

BRUJAS y NIGROMANTES

RITUALES

RAQUEL BRUNE

13

El porvenir de la sociedad mágica está en juego. El aquelarre de Madrid se prepara para la elección de una nueva Dama y acordar un nuevo Tratado de Paz para poder convivir con los nigromantes. Sin embargo, sus diferencias parecen acentuarse más que nunca a medida que la intolerancia crece en ambos bandos. Mientras tanto, la joven bruja Sabele y sus amigas intentan recuperar la normalidad con un viaje de verano a Edimburgo para asistir al FREF, un famoso festival que reúne a hechiceras de todo el mundo. En Escocia comprobarán que la magia puede ser incluso más poderosa de lo que creían. Lo que no sospechan es que una voz, un ser capaz de corromper al corazón más puro, recorre la ciudad en busca de un huésped que pueda satisfacer sus oscuros deseos.

Raquel Brune

Brujas y Nigromantes

Rituales

Brujas y nigromantes

2



Título original: *Título*
Raquel Brune, 2019

Revisión: 1.0
30/12/2020

Para todas las personas que alguna vez han deseado estar en cualquier otro lugar cuando en realidad todo lo que necesitaban se encontraba en su interior.



Leticia Fonseca había leído muchos libros (según su padre, demasiados) en un intento por comprender mejor un mundo en el que no siempre había hallado su sitio. Sentía debilidad por los héroes y heroínas que luchaban por causas nobles y se sacrificaban por los más débiles, así que no les había prestado demasiada atención a las villanas. Quizá si lo hubiese hecho, habría sabido a qué atenerse con Helena Lozano.

Mientras el ascensor descendía hacia la prisión subterránea bajo la sede de la Guardia, Leticia no podía evitar recordar la expresión de rabia serena en el rostro de la bruja mientras sus compañeros la conducían hasta una de las celdas. También le resultaba difícil librarse de aquella sensación de inquietud que tenía tan arraigada en el estómago. Lo que más la perturbaba de todo era que no había nada en su gesto que no pudiese comprender. Su plan A había fracasado, la había convertido en una prisionera del enemigo, de ahí su rabia. Y lo único que explicaba su serenidad, en opinión de Leticia, era que tuviese un plan B guardado bajo la manga. Su misión

consistía en descubrir, bajo las órdenes de su nueva superiora, la comisaria Morales, cuál era ese plan.

Cuánto echaba de menos trabajar con los fantasmas. Tenía el presentimiento de que sus quebraderos de cabeza con las Lozano no habían hecho más que comenzar.

Leticia pasó varios controles de seguridad que incluían la verificación de su identidad, cruzar un detector de metales (como si las pistolas y los cuchillos fuesen la peor de las amenazas posibles en ese lugar) y otro de objetos encantados y actividad mágica. Una vez estuvieron seguros de que se trataba de quien decía ser, le permitieron acceder a la sala de interrogatorios.

—Acaba de despertar —le informó una de las agentes que custodiaban la puerta.

La última vez que intentaron trasladarla desde su celda, Helena había estado a punto de calcinar vivo a uno de sus compañeros, así que la única forma que habían encontrado de moverla de una estancia a otra era suministrándole potentes somníferos. Genial, su interrogada no solo estaría igual de enfadada que de costumbre, sino que además se sentiría irritada y desorientada tras despertarse de una siesta impuesta.

«Me encanta mi trabajo», se repitió a sí misma para darse ánimos. «Me encanta mi trabajo».

Cuando entró en la sala encontró a Helena esposada a la silla, con la cabeza inclinada sobre su cuerpo, como si siguiese dormida. En teoría, las esposas habían sido hechizadas para anular la magia de quien las tocase, pero el rudimentario conjuro no había servido para detener a la bruja en otras ocasiones. Por fortuna, la comisaria Morales tenía la sensatez suficiente para asegurarse de que entre Leticia y Helena hubiese un cristal ignífugo. Aunque lo cierto era que la barrera supuestamente protectora no hacía que se sintiese muy tranquila.

Leticia se acomodó en la silla junto a ella y Helena alzó la vista lentamente, escrutándola de los pies a la cabeza para descubrir ante qué enemigo se encontraba esta vez. Al distinguir su rostro, resopló indignada.

Quizá leer tampoco le hubiese servido de nada. A la hora de crear a sus villanas, los escritores de sus novelas y obras de teatro preferidas parecían

sentir predilección por clichés como las *femmes fatales*, que seducían a hombres para arrebatárles su poder, y por las mujeres que acaban perdiendo el juicio. Helena Lozano no se parecía a ninguna de ellas. No era el tipo de personaje que anhelaba el poder de ningún hombre, porque albergaba en la punta de cualquiera de sus dedos un poder que el más rico e influyente de los corrientes no podría ni empezar a imaginar. Y no, tampoco había el más leve indicio de locura en ella; si actuaba de la forma en la que lo hacía era porque tenía muy claro cómo era el mundo en el que vivía y en qué se distinguía del tipo de mundo en el que ansiaba vivir, y estaba dispuesta a tomar cualquier medida para acortar la distancia entre ambos.

Helena le sostuvo la mirada y Leticia tuvo que recordarse que era una agente del orden frente a una prisionera; que, en teoría, era ella quien manejaba la situación.

—¿No te da vergüenza trabajar para estos misóginos cuando tienes esos dones? —dijo la bruja con aire desdeñoso.

Leticia se aclaró la garganta; le advirtieron que las Lozano tendían a llevarlo todo al terreno personal, pero no esperaba que fuese tan directa. Aunque quizá Helena sí había comenzado a delirar; no tenía ni idea de a qué dones se refería, claro que también era bien sabido que las brujas solían ver cosas que los corrientes, incluso los revelados, no eran capaces de discernir.

—¿Misóginos? Podemos charlar con tranquilidad, Helena; no estamos en el siglo XVI, y esto no es la Santa Inquisición.

Helena sonrió con desdén.

—¿Lo saben tus jefes?

Le estaba provocando.

Se había pasado media vida conviviendo con un hermano pequeño bocazas, así que Helena tendría que esforzarse mucho más para hacerle perder el control.

—¿Es cierto que las brujas vivís más que los corrientes? Verás, soy nueva en este departamento, así que me puede la curiosidad... Exactamente, ¿cuánto más? —preguntó Leticia para recuperar el control.

—Depende del poder la bruja —contestó Helena—. Algunas viven poco más de cien años, otras siguen siendo jóvenes a los doscientos. Las más

poderosas solían vivir milenios, pero eso fue hace mucho tiempo. Antes del declive, antes de... —la recorrió de nuevo con la mirada, acompañada por un ademán de desprecio— los vuestros.

Leticia se acomodó en su silla, en absoluto dispuesta a dejarse intimidar, aunque para ello tuviese que cruzar los brazos para que Helena no pudiese ver que le temblaban las manos.

—Es decir... que una bruja como tú podría vivir, ¿qué, ciento veinte años, ciento cincuenta? Eso es mucho tiempo, ¿no? Ya veo... Es interesante lo relativo que es el concepto de «cadena perpetua». Quizá si optásemos por una condena más concreta...

—¿Me estás ofreciendo un trato? —Helena se echó hacia delante tanto como se lo permitieron las esposas. Los dos meses que había pasado en prisión habían acentuado sus afilados rasgos y la delgadez de su rostro, pero no lograron causar mella en su determinación—. Qué considerada.

—No planificaste tu golpe sola, ayúdanos a encontrar al resto de responsables y repartiremos la condena entre las tres. Cincuenta años es mucho menos que ciento cincuenta.

No iba a funcionar. Le había bastado con preguntar un poco por ahí para descubrir que las Lozano no eran el tipo de familia cuyos miembros se traicionaban entre sí. Podría haberle dado a elegir entre la horca y entregar a las suyas y Helena se habría colocado la soga en torno al cuello ella misma, pero sus superiores le habían insistido en que presentase la oferta, a pesar de que cumplirla no entrase en sus planes y de que ella nunca fuese a aceptarla.

—Me sentiría insultada si me importase aunque fuese un poco lo que unos inquisidores piensen de mí.

Tal y como le habían indicado, Leticia intentó «razonar» con ella, convencida de que sería tan útil como intentar jugar al ajedrez con un tigre hambriento.

—Comprendo que, tal y como lo ves ahora, darnos información sobre el paradero de Rocío y Macarena puede parecer un acto de traición, pero si lo piensas, en realidad...

Helena rio y negó con la cabeza mientras Leticia repasaba todo lo que había dicho en busca de lo que podía haberle hecho tanta gracia.

—Qué equivocada estás. No me ofende que me creáis capaz de entregar a mis fieles primas, sino que penséis que necesito pactar con vosotros para salir de este agujero al que llamáis prisión.

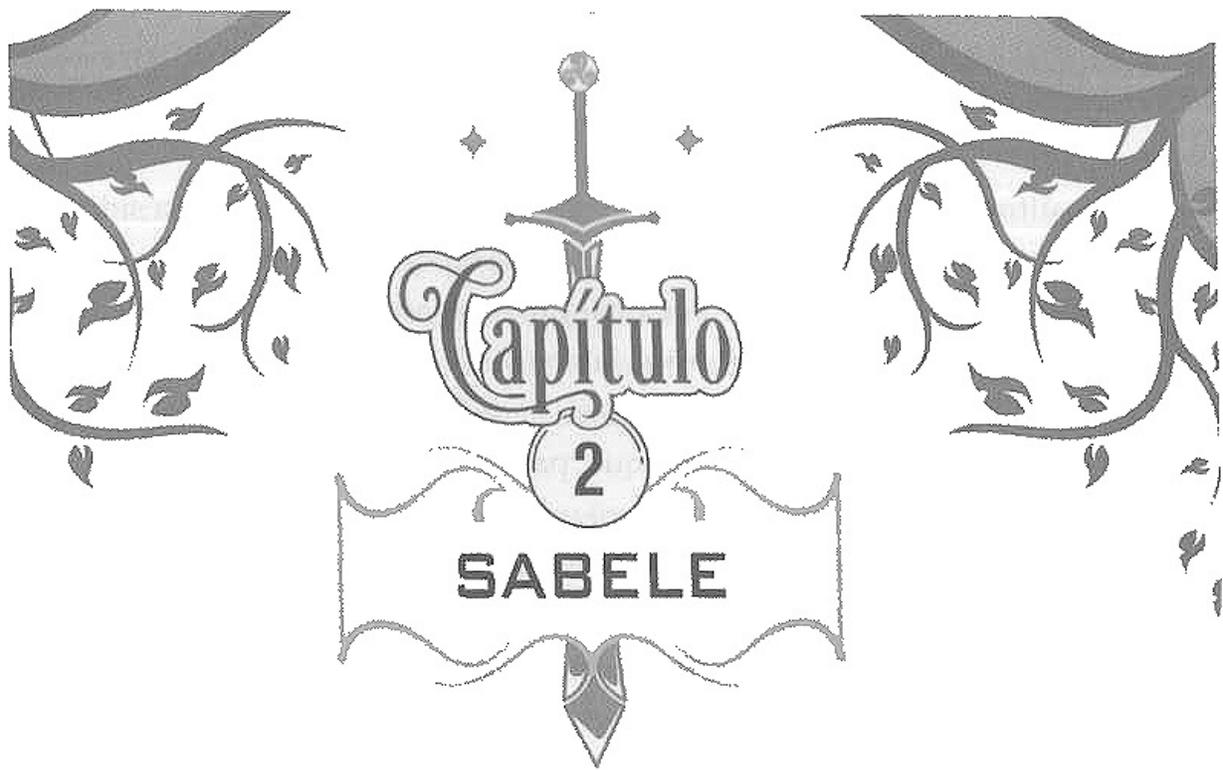
Leticia le sostuvo la mirada en busca del tipo de farol que estaba acostumbrada a ver en los ojos de los fantasmas más alborotadores y de los *poltergeists* traicioneros, pero o Helena era una mentirosa de primera categoría, o hablaba completamente en serio. Sintió que la temperatura de su cuerpo se elevaba a una velocidad alarmante y, durante un segundo, creyó que era un efecto secundario de la intensidad con la que Helena la escrutaba, hasta que la delató su sonrisa.

Leticia rompió el contacto visual para ver como las esposas comenzaban a adquirir un brillante tono anaranjado a la vez que el cristal que se suponía que debía protegerla se fundía lentamente, distorsionando la imagen al otro lado. Leticia se puso en pie y dio un paso atrás. Antes de que pudiese dar la voz de alarma, dos de sus compañeros entraron al otro lado de la sala y golpearon a Helena con sus varas inhibitoras de magia. Una descarga recorrió el cuerpo de la bruja, que quedó inmovilizada durante el tiempo suficiente para que pudiesen levantarla y sacarla de allí a rastras en dirección hacia su celda de máxima seguridad. Antes de que desapareciese de su vista, Helena le lanzó una última mirada de odio que hizo que sus entrañas se encogiesen.

Supo que sus palabras no eran un farol. Ningún muro, ninguna prisión; nada podría retener a Helena Lozano para siempre.

Si querían que respondiese ante la justicia, debían ser rápidos y extremar precauciones. Leticia sintió una punzada de impotencia. Lo único que podía hacer era redactar un informe exhaustivo y advertir a sus superiores, quienes, como siempre, acabarían por ignorar sus advertencias. Tras la Batalla de los Traidores, sus jefes estaban demasiado ocupados intentando dar explicaciones a Europa sobre lo ocurrido como para prestar atención a las «marionetas de Helena». Con tener a la mente pensante se daban por satisfechos, pero Leticia sabía por experiencia lo que sucedía cuando la Guardia subestimaba a las brujas.

Tenían que encontrar a las fugitivas antes de que ellas encontrasen a Helena.



Sabelle se miró en el espejo una última vez antes de salir del baño y volver a su habitación, esquivando a duras penas todos los conjuntos tirados por el suelo que se había probado antes de dar con el definitivo, ese que hacía que se sintiese segura y fuerte sin que el eco de su conciencia le reprochase que iba disfrazada de otra persona. Una cosa era hacer un pequeño esfuerzo extra para salir y otra muy distinta fingir ser alguien que no eres. A pesar de todo ese asunto de ser *influencer* (una mera casualidad del destino; a ella solo le interesaba la magia, quién iba a suponer que a las personas que ponían en práctica sus hechizos también les interesaría saber de qué marca era su pintalabios *cruelty freeé*), en el día a día no le prestaba tanta atención a su vestimenta como pudiese parecer, pero aquella noche no era una ocasión cualquiera.

Aquella noche tenía una cita.

Sabelle sonrió ante el espejo, pero su reflejo no parecía demasiado

dichoso. Había olvidado por completo el nerviosismo que acarrearía empezar a conocer a alguien desde prácticamente cero, y últimamente no le sobraban las fuerzas. Durante años había sido la novia perfecta del chico ideal, antes de que se diese cuenta de que ya no era la misma persona que se enamoró de Cal (aunque aún no tuviese claro en quién la convertía eso), antes de que una tarde de domingo con sus amigas se convirtiese en un desafío al destino en toda regla. Se recordó que, para bien o para mal, la primera impresión ya estaba causada, pero una conversación íntima, una mirada honesta, una sonrisa... podían arreglarlo o estropearlo todo.

«Puedes con esto. Tus nervios no te definen, tus miedos no te definen, tus pensamientos no te definen. Tú tienes el control, tú defines tus pensamientos».

Sabele se repetía una y otra vez los consejos que le había dado el terapeuta al que había visitado durante tres semanas esa primavera, como muchas de las brujas que habían participado en la Batalla de los Traidores. El doctor la había despachado enseguida tras achacar lo que le ocurría a «preocupaciones propias de la edad». «Nadie sabe lo que quiere hacer con su vida con veinte años, jovencita». Sabele no le echaba en cara su actitud condescendiente, no podía explicarle que había participado en un conflicto de fuerzas mágicas de gran poder ni que, en ocasiones, justo antes de dormirse, volvía a ver el rostro de Fausto encogido por el terror, o la figura siniestra que se asomaba desde un plano maligno al que las brujas llamaban el Valle de Lágrimas. Su tía Jimena no fue tan comprensiva como ella. «¿Qué puedes esperar de un corriente?», le dijo cuando se enteró de que había dejado la terapia. Unos días más tarde se presentó en su casa con esa maleta, sospechosamente similar a la de Mary Poppins, en la que transportaba sus utensilios mágicos de aquí para allá y plagó su casa de hechizos contra las malas energías. Habían ayudado, pero seguía despertándose muchas noches a las tres de la mañana con la convicción de que estaba a punto de morir.

Sabele inspiró hondo, preguntándose dónde había ido a parar su confianza en sí misma en los últimos meses. «Puedes con esto.

Tus nervios no te definen, tus miedos no te definen, tus pensamientos no te definen. Tú tienes el control, tú defines tus pensamientos», siguió

insistiendo hasta que sintió que el poder de la magia recorría cada fibra de su cuerpo. En algún punto de la terapia, los mantras acabaron convirtiéndose en hechizos en sus labios sin que ella lo pretendiese.

Surtió efecto durante aproximadamente cuarenta segundos.

¿Era normal que tuviese náuseas? La sensación era la misma que sintió antes de la prueba de aprendiz que nunca tuvo lugar, como si su valía estuviese a punto de ser examinada. «No», se dijo, sacudiendo la cabeza frente al espejo. Esa vez no habría ni jueces ni juzgados. Tantos años en las redes habían causado mella en su autoestima; era posible que necesitase la aprobación de los demás mucho más de lo que admitía ante sí misma, pero se negaba a convertir un encuentro casual en un drama. Ni hablar, ya no tenía dieciséis años, era una autónoma respetable que pagaba la cuota de la Seguridad Social todos los meses, tenía un contrato de alquiler y una línea telefónica propia. «Eres una adulta, compórtate como una». Tampoco tenía ni idea de cómo hacer eso, pero podía fingir hasta lograrlo, ¿no?

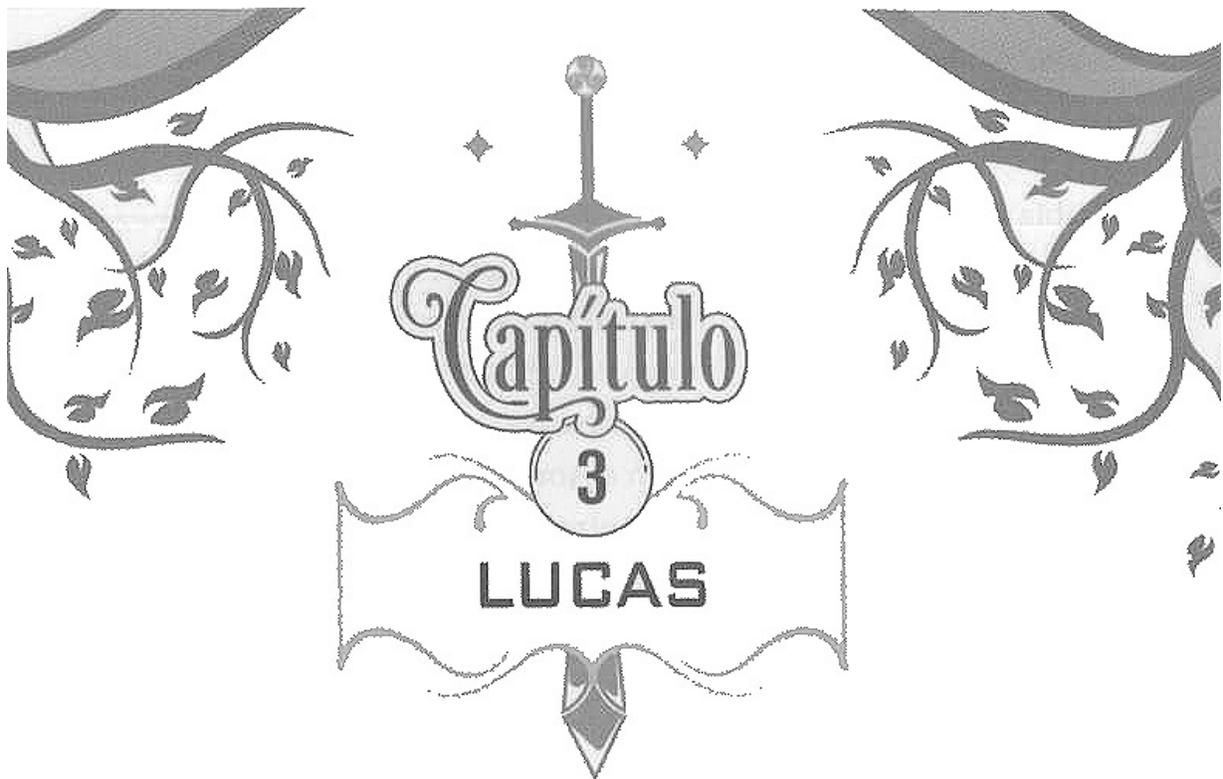
Trasladó todas sus cosas de la mochila de lino que empleaba habitualmente a un diminuto bolsito rojo que tuvo que hechizar para disponer de espacio suficiente donde guardar algo más que las llaves, el móvil y un monedero pequeño. «¿Cómo se las apañan los corrientes?», se preguntó. Estuvo a punto de decantarse por sus raídas zapatillas, a las que se les había abierto algún que otro agujero en la tela de tanto usarlas, pero en el último momento se subió a sus tacones favoritos (esos que apenas se ponía, ni siquiera en los eventos, pero que le encantaba admirar). Si Ame no estuviese de viaje, le habría pedido que hechizase sus pies para que no le dolieran. Sabele no era demasiado ducha en la magia corporal y sanativa y no le parecía el mejor momento para ponerse a experimentar.

Sería de lo más inconveniente provocarse un hedor de pies por accidente o cualquier metedura de pata por el estilo (verrugas, ampollas, uñas convertidas en garras... el abanico de posibilidades era aterrador).

Sabele estudió su reflejo en el espejo de cuerpo entero de su habitación una última vez. Se miró a los ojos y se recordó a sí misma que podía hacerlo, que no era para tanto y que esta vez todo saldría bien. Cupido le debía una, así que decidió que no tenía nada que temer. Asintió como si quisiese asegurarse a sí misma que lo había comprendido y trotó hacia la

salida con las llaves en la mano.

No quería hacer esperar a su cita.



Se sintió algo estúpido al darse cuenta de que estaba nervioso. *Muy* nervioso. No era como si fuese su primera vez; en realidad, lo había hecho una infinidad de veces antes, tantas que incluso había perdido la cuenta. Pero la ocasión lo merecía. Sí, iba a ser un momento especial en su vida, lo presentía, uno de esos míticos puntos de inflexión que marcan el antes y el después.

Lo que estaba a punto de suceder era el principio de su nueva vida. Sus nervios se transformaron en un cosquilleo de emoción.

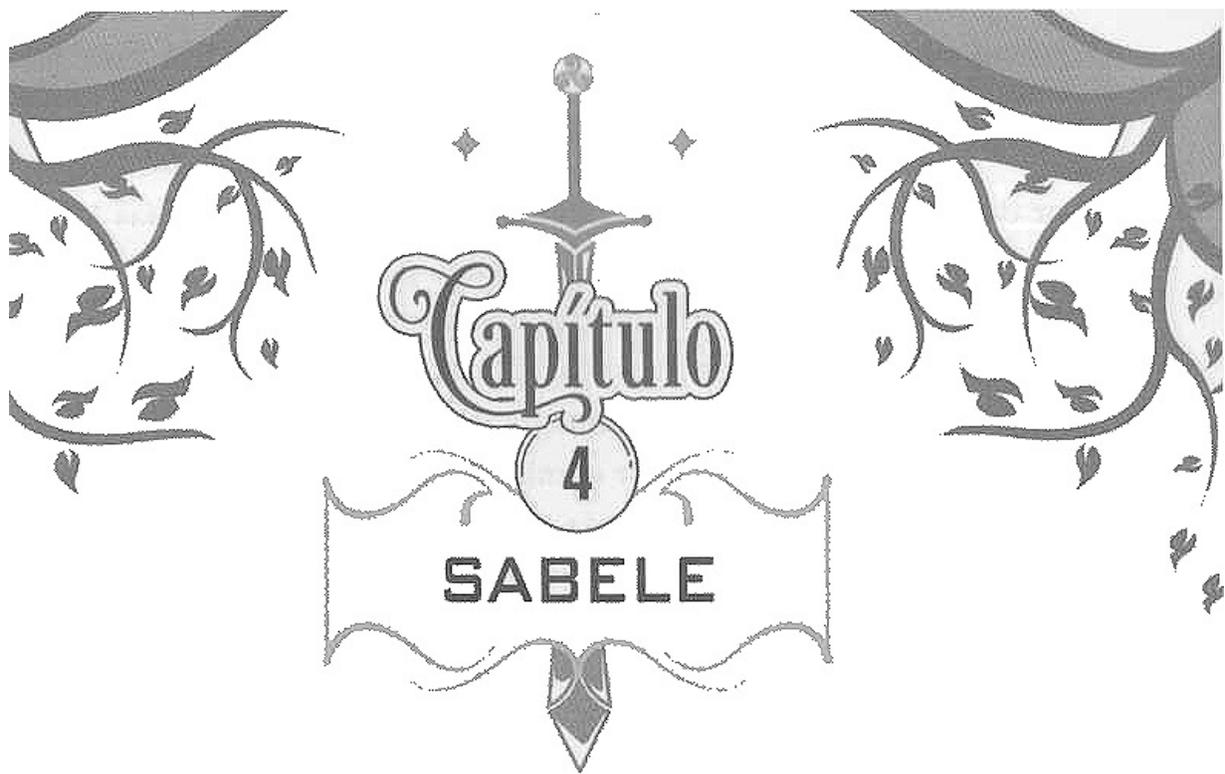
Hacía mucho tiempo que no se sentía tan vivo.

Cerró los ojos y se imaginó a sí mismo haciendo con ella todo lo que había deseado durante las semanas que pasaron desde la última vez que tuvo la ocasión de prestarle la atención que merecía. Se imaginó acariciándola, sosteniéndola entre sus brazos en un momento de mágica sintonía... Si se venía muy arriba, podía incluso imaginarse besándola.

Sonrió. Maldita sea, no era su mejor amiga, era el amor de su vida.

Se detuvo frente al edificio donde habían quedado y consultó la hora en su móvil. Ni siquiera se acordaba de la última vez que había llegado pronto a alguna parte. Tenía tantas ganas de empezar que decidió entrar. Avanzó hacia la puerta, sujetó el pomo y tiró, escuchando el familiar tintineo de las campanillas al abrirla. Las risas de las hadas debían de sonar así. Sonrió. Cuando se sentía feliz podía escuchar música en todas partes, y en ese momento, habría intuido una novena sinfonía en el sonido de una cisterna.

Tomó asiento junto a la entrada y cambió de postura varias veces, desbordante de energía. La impaciencia iba a consumirle.



Eran ya las ocho de la tarde pasadas, pero en pleno julio, las calles de Madrid y sus edificios de colores claros brillaban como si fuese mediodía. Sabelle caminaba por la acera casi a la carrera, a pesar del agobiante calor seco de la capital, para no llegar tarde. Se sintió agradecida con el universo por que el local que él había propuesto para la cita estuviese tan cerca de su casa. Si hubiese tenido que ir más lejos, quizá sus dudas la habrían convencido para dar la vuelta a mitad de camino. Puede que Rosita tuviese razón, que tomarse una temporada para centrarse en sí misma fuese lo que de veras necesitaba, pero ya estaba hecho, más le valía intentar disfrutarlo. Su otra alternativa era pasar *otro* viernes encerrada en casa.

Avanzó unos cuantos metros, cruzó la calle con el semáforo en rojo tras comprobar que no había ningún coche a la vista y se detuvo frente a la puerta abierta de un local decorado al estilo americano en la calle Fuencarral donde podías pedir cócteles y hamburguesas y, si tenías suerte,

encontrarte a algún que otro personaje del mundo del espectáculo. Había pasado miles de veces por delante, pero su interior iluminado por luces amarillentas le ora territorio desconocido. Sabele se inclinó para mirar a través del cristal y su corazón dio un vuelco al distinguirle sentado de espaldas en uno de los sillones rojos con respaldos de madera.

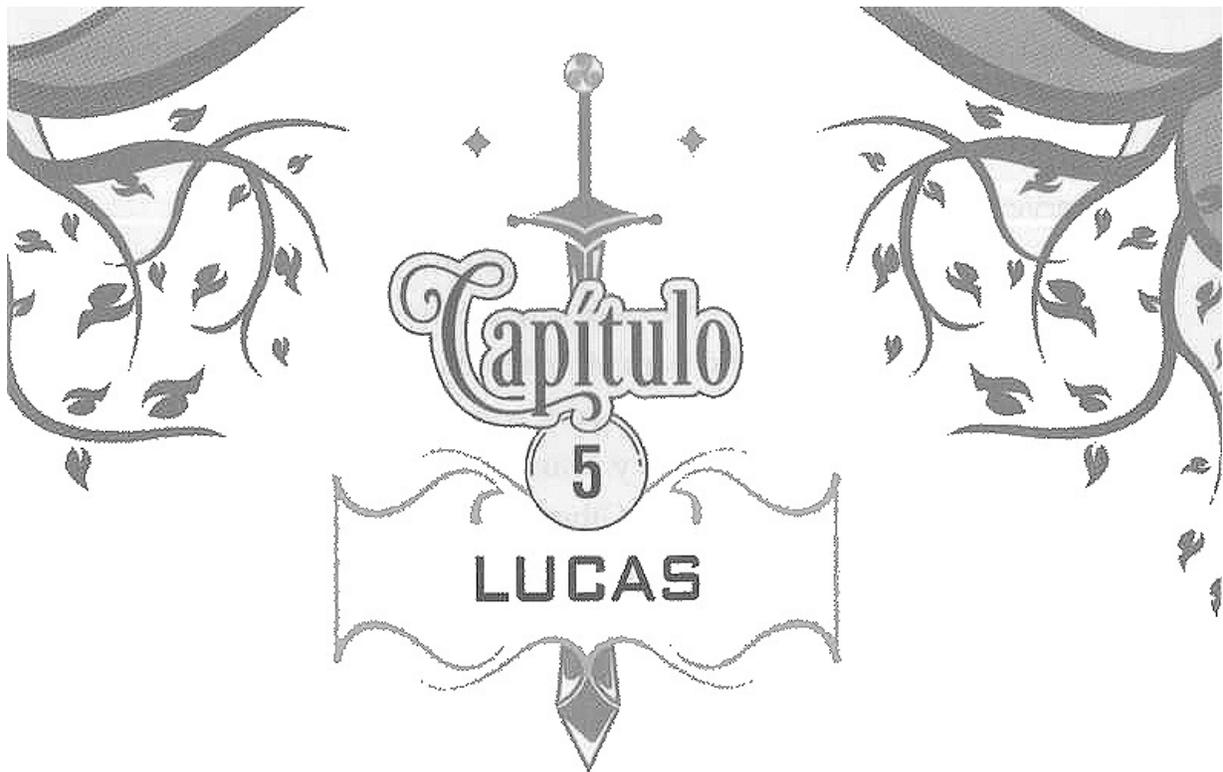
La bruja inspiró profundamente y esta vez optó por susurrar un viejo sortilegio para disipar el miedo y tranquilizarse mientras toqueteaba la piedra de ágata rosa y gris en su bolsillo.

—No hay lugar para el miedo en un corazón donde late el deseo. —Sus músculos se relajaron y dejó de sentir aquella desagradable punzada de tensión en el cuello. El hechizo no solucionaba el problema, pero sí le daba el margen suficiente para recomponerse.

«De acuerdo. Allá vamos. Es el momento». Cruzó la puerta y avanzó con decisión hacia donde se encontraba su cita.

—¡Hola! —exclamó al detenerse frente a él, quien sonrió de oreja a oreja.

—¡Sabele! ¿Cómo estás? Aparte de preciosa, claro —dijo Jean al ponerse en pie para saludarla con dos besos.



E speró en el interior del local de ensayo, incapaz de contener la emoción, hasta que todos los miembros de su nueva banda estuvieron presentes. Se saludaron sin demasiadas florituras: «Ey», «Qué pasa, chavales» y ese tipo de cosas que se dicen los colegas. El último en llegar fue su segundo guitarrista, Fran, un chico de rizados castaños y ropa cara que acababa de cumplir los dieciocho (hijo único y sobreprotegido hasta lo enfermizo) y que seguía siendo lo bastante impresionable como para ver en Luc la figura de un mentor.

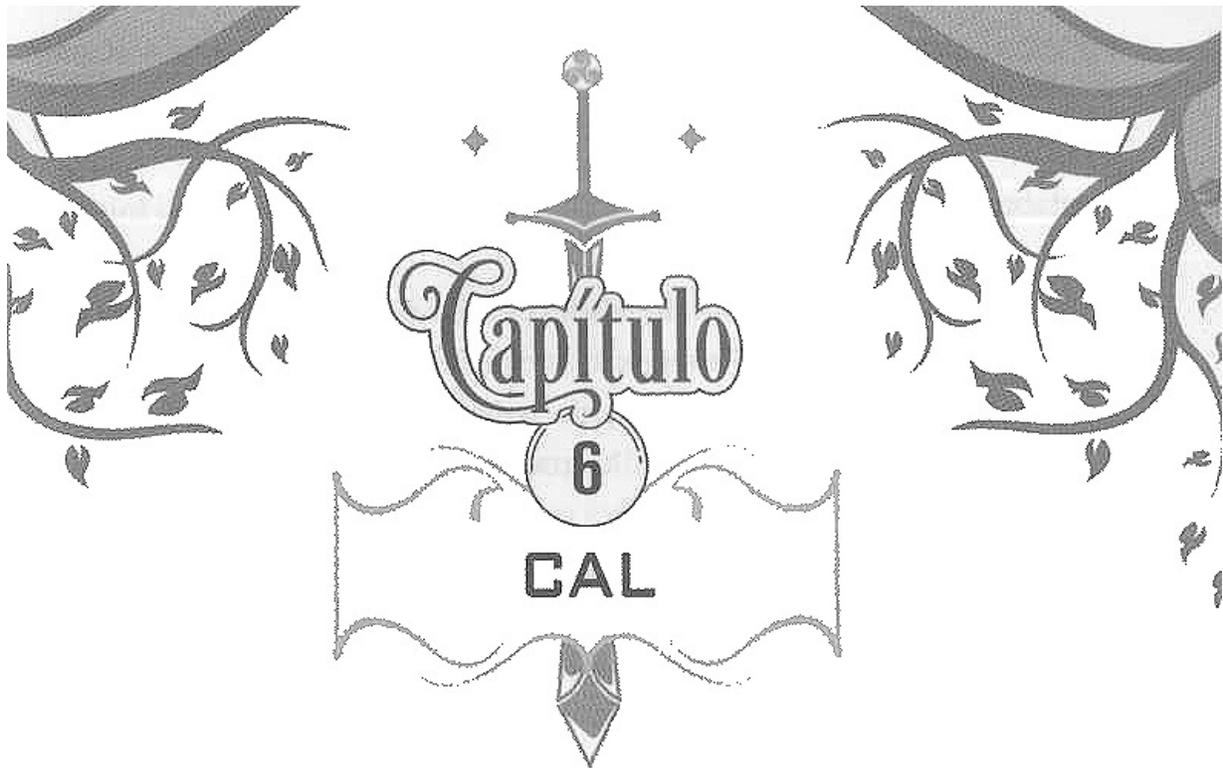
—¿Traes las cervezas? —preguntó al verle entrar, mientras él se dirigía hacia la sala que había reservado. Fran asintió con la cabeza. Daba gusto lo predispuesto que estaba siempre a ser útil.

—¡Eh, atendedme, panda de cretinos! —exclamó Luc ya en el interior de la sala insonorizada, subiéndose a uno de los altavoces para asegurarse la plena atención de su banda. Toni, el batería, rio como siempre hacía ante las

salidas de tono de su líder, y Dani, la bajista, se cruzó de brazos, expectante.

Luc extendió el brazo y Fran le puso en la mano una de las cervezas que acababa de abrir.

¡Qué comience el primer ensayo oficial de The Pretty Tomboys! Alzó el botellín en el aire y le dio un largo trago entre los vítores de su banda. Saltó para aterrizar en el suelo con menos elegancia de la que le habría gustado y se agachó junto a la funda de su guitarra favorita. La abrió y acarició con sumo cuidado lo que albergaba en su interior. Una Gibson Firebird III Non-Reverse de 1965, una belleza de caoba y palo santo como la que habían lucido en sus conciertos hombres como Eric Clapton, Keith Richards o Noel Gallagher. Su niña bonita, la chica de sus ojos, el amor de su vida. Por fin podía volver a tocarla como se merecía.



Hacía tiempo que Cal no se sentía del todo él mismo, y aquel traje a medida, ceñido a casi cada centímetro de su piel, contribuía a hacerle sentir como un auténtico impostor. Él se hubiese encontrado mucho más cómodo con una de sus camisetas negras y unos vaqueros oscuros cualquiera, pero José había insistido en que debía vestir así para aclimatarse al cargo y para inspirar el respeto que merecía entre sus subordinados. Últimamente, tanto José como muchos otros hombres que le doblaban y triplicaban en edad acostumbraban a tener una larga lista de opiniones sobre su vida, y a ninguno parecía importarle que él ni siquiera quisiese ese «gran cargo» del que todos hablaban como si se tratase de algo sagrado. «Y yo que creía que para nosotros lo único venerable es la muerte», pensó. «Teniendo en cuenta su edad, la mayoría de ellos están más cerca de adorarla en persona que de seguir dando órdenes disfrazadas de consejos. Ojalá venga a reclamar lo que es suyo dentro de poco». Cal se

frotó la frente, perturbado por uno de esos turbios y oscuros pensamientos que acudían a visitarle cada vez más a menudo. La presión y el estrés estaban sacando lo peor de él, una faceta que no conocía de sí mismo y que no le gustaba en absoluto.

Se recolocó el cuello de la fina camisa de lino negro y se acicaló el pelo (José le había sugerido cortarlo, pero habían llegado a un acuerdo tras su contraoferta de peinarlo hacia atrás) antes de bajarse del asiento trasero del Mercedes. Acababan de llegar a su destino.

José le había citado en el lujoso y vergonzosamente caro restaurante libanés donde solía cenar con su padre para, según él, «charlar», lo que en su idioma significaba seguir dándole consejos que no había pedido hasta que le reventase la cabeza. «Solo está preocupado por ti», se dijo. Como un buen y leal amigo, José había pasado su vida cuidando a Gabriel Saavedra, y ahora que este se pasaba la mayor parte del tiempo indispuerto en su cama, se había convencido de que también le correspondía velar por su hijo. De nuevo, sin preguntarle al principal involucrado por su parecer. Por una parte, Cal se sentía agradecido por que quisiera liberarle de parte de la carga que se le venía encima, ayudándole a gestionar sus nuevas y complejas responsabilidades. Por otra, esa turbia voz en su cabeza solo deseaba que se callase de una vez y fantaseaba con cortarle las cuerdas vocales a cambio de un poco de silencio.

Buscó al hombre de ceño fruncido y barba perfectamente recortada entre la multitud y se acercó a él sin esperar a que la jefa de sala le diera las buenas noches.

—¿Qué tal? —preguntó Cal al detenerse frente a él.

José se levantó para darle un abrazo y Cal se dejó.

«No tiene bastante con revolverme el cerebro, también tiene que estrujarme como a un mocosito de tres años».

«Porque me conoce desde que nací y es casi de la familia», se recordó.

—Bien, bien. ¿Tú cómo estás? Hemos estado muy liados en las oficinas esta semana, si tienes un hueco la que viene, quizá deberías plantearte hacer una visita, que vean que has asumido el mando.

Cal asintió sin decir nada. No le importaba lo más mínimo lo que hiciesen o pensasen en las oficinas que la hermandad hacía pasar por un

banco de inversiones en plena Castellana. Tomó el menú entre las manos y lo ojeó. Siempre había sentido debilidad por la gastronomía del Mediterráneo, y estaba casi convencido de que iba a pedir la *musaka* libanesa a base de garbanzos, pero fingir que leía el menú era mucho más interesante que conversar con alguien que le veía como un simple crío con una varita de mando demasiado grande para él.

—He pedido vino, sé que no bebes mucho, pero tienen una de las mejores selecciones de Madrid, así que cuento con que hagas una excepción —dijo José tras un breve pero incómodo silencio—. No te vendrá mal, tienes mala cara...

«¿Te has visto últimamente, viejo canoso?».

—He dormido poco. En unos días es la inauguración de la exposición y tengo un par de obras a medio acabar y varias reuniones pendientes con los marchantes de la galería para ver dónde las colocamos.

—Vaya... —José no desaprobaba su dedicación al arte abiertamente, pero era evidente que no le agradaba, al igual que a la mayoría de los nigromantes. Pensaban que era una muestra de debilidad, que implicaba, además, falta de un compromiso total por su parte. De no haber sido por los años durante los que su madre vivió junto a ellos, Cal habría sido igual, un frío hechicero al que poco le importaba cualquier forma de expresión, sin ningún interés por los sentimientos, por los sueños o por la vida—. Y las Juventudes... ¿te siguen dando problemas?

«Qué pregunta tan estúpida, claro que las Juventudes son un problema», pensó.

«Solo se preocupa, es razonable preocuparse».

Abel, cabecilla del grupo, era una bestia rabiosa y hambrienta a la que acababan de liberar de su amo y de su correa. Otro de los lamosos consejos de José había sido: «Mantén a tus amigos cerca y a tus enemigos aún más». Teniendo en cuenta que Cal no tenía a nadie a quien pudiera considerar como un amigo dentro de la hermandad, eso le dejaba con Abel pegado a sus espaldas después de su pobre intento por disolver las Juventudes. Oficialmente no existían, pero era de sobra consciente de que continuaban reuniéndose en secreto, liderados por Abel, y de que no tenían la más leve intención de acatar su mandato como nuevo líder. Si fuesen los únicos,

quizá podría lidiar con ellos.

Cal apretó los puños por debajo de la mesa, desbordado por un sentimiento de ira cada vez más familiar y que no sabía gestionar mejor que su cargo.

No era justo.

Al contrario que a los corrientes, con sus dioses mundanos, a él no le enseñaron a reclamarle justicia a la muerte, caprichosa e inconstante, pero no podía evitar que sus entrañas se retorciesen de impotencia.

Fausto obtuvo su castigo al ser arrastrado a un plano astral de sufrimiento por aquel espectro maligno, Helena dejaba morir las horas en una celda de aislamiento de la Guardia; incluso él, incapaz de evitar el daño y el mal que ellos causaron, estaba pagando las consecuencias de sus actos, encadenado a una vida que siempre había compadecido en otros y a un papel que no le correspondía. Por si no tuviese bastante, no le había quedado otra opción que mantener en secreto el retorno de sus poderes al resto de sus hermanos para no aumentar aún más el recelo que ya sentían por él. Mientras Cal era esclavo de una mentira, aquel maldito sádico de Abel se había ido de rositas y seguía haciendo de las suyas. No podía soportarlo.

—¿Caleb? —le reclamó José, devolviéndole a la realidad.

Cal alzó la vista y liberó los dedos de sus puños cerrados para volver a sostener el menú con una mano mientras acariciaba los cubiertos de plata con la otra.

—Sí... ya sabes cómo es Abel, sigue presionándome para que endurezca las condiciones del nuevo tratado, como si el Consejo del aquelarre no me estuviese dando ya suficientes problemas con la propuesta inicial.

«Abel tendría que contentarse con que, gracias a ese nuevo Tratado de Paz que tanto detesta, no esté pudriéndose junto a Helena». Todos los combatientes de la Batalla de los Traidores habían sido «perdonados» por el daño que pudiesen haber causado con la excusa de haber evitado posibles futuras venganzas que minasen aún más los números de ambas comunidades. A pesar de su postura oficial, Cal cruzaba los dedos para que la Guardia decidiese ignorar la medida y reservase para Abel una celda en

una de sus célebres prisiones cavadas en tierra sagrada, donde encerraban a los peores criminales mágicos.

Vio por el rabillo del ojo como una camarera se acercaba a ellos con la botella de vino en las manos para servirles en silencio. Mientras veía caer el líquido rojizo, la mente de Cal se retorció, acosada por el odio.

Se podía imaginar a Abel matando a sangre fría a la perfección, con la misma mirada sedienta que tenía cuando les había mostrado aquellas armas que por fortuna nunca llegaron a usar y de las que él mismo se había deshecho. Se lo imaginaba lanzando sus sombras de muerte sobre alguna joven e ingenua bruja y disfrutando de sus gritos. Sabele se había echado a llorar después del funeral de Carolina, y durante gran parte del camino de vuelta, Cal la consoló por todas las hermanas que había perdido. Sintió rabia al imaginar los cuerpos corroídos por la magia tendidos en el suelo de aquel edificio de Gran Vía y fantaseó con las distintas maneras en las que podría hacérselo pagar.

José le dio las gracias a la camarera y esta les deseó que disfrutasen del vino después de explicarles sus cualidades sin que Cal prestase atención a una sola palabra.

—El último tratado era equitativo —dijo José una vez volvieron a estar a solas—. Tu padre lo sabía y todos nosotros también. No sé qué tenéis en la cabeza los jóvenes para haber desarrollado esas ideas. En mis tiempos...

—¿Que qué tenemos? —le interrumpió Cal, incapaz de escuchar una sola palabra más—. ¿Qué tenemos en la cabeza... los jóvenes? —De su voz emanaba tanto desprecio que, por un instante, una sombra de miedo cruzó los ojos de José. Cal se dio cuenta y se horrorizó a sí mismo por ello, pero eso no le detuvo—. Tenemos la mierda que nos habéis enseñado, la hipocresía, el egoísmo y el odio que hemos mamado. A lo mejor, si nos hubieseis legado un mundo que no diese tanto asco, estaríamos a la altura de vuestras malditas expectativas.

—Cal... —dijo José en voz baja y evitando hacer movimientos bruscos, como si acabara de toparse con un lobo solitario y hambriento en mitad de un bosque a oscuras—. ¿Qué tal si nos tranquilizamos?

—¿Tranquilizarnos? Estoy muy tran... —Enmudeció al percatarse de que, en algún momento de su improvisado discurso, había agarrado el

cuchillo de la carne, que ahora sostenía firmemente. Consciente de pronto de toda la atención que había atraído, dejó caer el cuchillo sobre la mesa con un tintineo y el mundo comenzó a oscilar a su alrededor—. Lo... Lo siento. Discúlpame. No me encuentro bien... Voy... voy un momento al baño.

«Mírate, sigues siendo débil», dijo entre la vergüenza y la burla esa voz de su cabeza. La Voz. Se puso en pie y a duras penas mantuvo el equilibrio mientras andaba a trompicones hacia el cuarto de baño. No se percató de la presencia de la camarera que recogía las copas semivacias de una mesa cercana y chocó contra ella, provocando un estruendo cuando las bandejas cayeron y el cristal se hizo trizas contra el suelo. Los restos de vino le mancharon el traje nuevo y apenas pudo contener la ira cuando la joven se inclinó hacia él con un paño en la mano, pidiendo disculpas abochornada a pesar de que no hubiese sido culpa suya. Cal apartó su mano de un empujón.

—Maldita sea, ¿es que no puedes tener cuidado, estúpida inútil?! —bramó, intentando secar las manchas.

La mitad del restaurante los miraba con una mezcla de recelo y morbo. La camarera intentó responder, pero no le salió la voz.

—¿Algún problema, caballero? ¿Puedo ayudarle en algo? —dijo la jefa de sala, que apareció tras él mientras los encargados de seguridad se aproximaban con discreción.

—Yo... Perdonadme. —Corrió hacia el baño rezando por que José no hubiese visto el espectáculo. El estrés y el cansancio podían justificar sus pensamientos, pero... ni siquiera él comprendía sus propios actos, y aquellos arranques eran cada vez más frecuentes, cada vez peores.

Bajó las escaleras hacia el servicio de caballeros, abrió la puerta de golpe y, tras comprobar que no había nadie dentro, echó el pestillo.

No había hablado con nadie de sus episodios de ira descontrolada, se sentía demasiado avergonzado, y las pocas personas en quienes podía confiar tenían suficientes problemas de los que ocuparse. La Voz había acudido a él el mismo día en el que recobró sus poderes, como si fuese víctima de una bendición envenenada. Al principio había creído que era simplemente fruto de su imaginación, pero con el paso de las semanas había

tenido que plantarle cara a la realidad.

Algo no funcionaba dentro de su cabeza.

A base de indagar en círculos que no eran del todo respetables, había dado con un método que frenaba ese estado de ánimo frenético y encolerizado, uno que acallaba la Voz y lo sumía en un estado de paz artificial. Aunque, como todo en esta vida, tenía su precio.

Sacó la cartera del bolsillo de su americana, la abrió y extrajo de su interior una pequeña bolsita repleta de pastillas redondas de color rojo escarlata. Tuvo que escabullirse a hurtadillas para encontrarlas en el infame Mercado del Trasgo. Se las había comprado a un hechicero que vivía al margen de la ley de la hermandad, un nigromante célebre en el mundo clandestino gracias a sus creaciones y a los efectos que estas tenían. Por fortuna, nunca sería reconocido en público por sus habilidades. Ningún nigromante digno de respetar se dejaría ver bajo ninguna circunstancia comprando o usando ninguno de sus productos ni reconocería haberlo hecho.

Cal estudió las pastillas en silencio. El exma era una sustancia terriblemente adictiva, y un hechicero nunca sabía si iba a adormilarte o a excitarle. La había probado antes y sabía que, aunque impredecible, le daría tregua durante unas cuantas horas, pero cuando sus efectos se desvanecían, la Voz volvía con más fuerza que nunca. Sacó tres pastillas de la bolsa, dispuesto a librarse de ella.

«No tienes lo que hace falta», le reprochó. La rabia en sus entrañas amenazaba con desbordarse en cualquier momento.

Alguien llamó a la puerta y Cal se imaginó a sí mismo abriéndola y despedazando entre las sombras a quienquiera que osase interrumpirle.

—¿Cal, estás bien? —preguntó José al otro lado.

Cal miró las pastillas en la palma de su mano y cerró los ojos. No era como si tuviese elección, no cuando ya no era dueño de sus actos. Se llevó el exma a la boca, tragó y guardó el resto, cruzando los dedos para que su efecto durase hasta el final de la cena.

—¡Ya voy! —exclamó, sintiendo la magia revolverse en sus adentros.



Después de verle y de sentarse frente a él, sus nervios se disiparon. Solo había quedado con un chico al que había conocido en una fiesta para merendar y conocerse mejor. No era nada del otro mundo, no había espectros siniestros de por medio ni un conjuro, o más bien maldición, que les enlazase de por vida de una forma inexplicable. Visto con perspectiva, era una tontería. Jean ni siquiera sabía que era bruja, así que se trataba de una excelente oportunidad para sentirse como una chica corriente con problemas normales. El cantante había visto su canal y la había felicitado por ser tan «espiritual». «No se encuentra a mucha gente con la mente tan abierta hoy en día», le había dicho. Sabelle había intentado explicarle que los hechizos que aparecían en su canal no tenían nada que ver con las tendencias *new age*, que realmente era bruja, de las que pueden levitar y embrujar objetos, pero Jean empezó a explicarle su experiencia con la ley de la atracción y Sabelle lo había interpretado como una señal de que tal vez no fuera buena idea demostrarle sus talentos al primero que

pasara. No le salió muy bien la última vez.

Cogió el menú del bar para estudiarlo a fondo con la esperanza de que surgiese algún tema de conversación. Jean se apresuró a cumplir sus deseos.

—La especialidad del sitio son los cócteles, pero he estado mirando la carta mientras esperaba y... he tenido una idea loca —dijo, colocándose los largos mechones de pelo decolorado detrás de la oreja derecha.

Él la miró atentamente, como si esperase a que le diese permiso. Sabele sonrió. Jean era un chico muy mono, con su melena a lo Kurt Cobain, la barbita de tres días y esos hoyuelos adorables. Por esas razones y porque, al contrario que su excompañero de banda, era una persona educada, había sido fácil fijarse en él.

—Dime.

—¿Qué te parece si pedimos tarta de zanahoria y... patatas fritas para compartir? —Extendió los brazos con las palmas en alto y abrió la boca y los ojos de par en par—. Sé que no es una combinación muy habitual... Dulce y salado. Pero siempre han dicho que los polos opuestos se atraen. ¿Qué me dices?

—Genial —dijo Sabele, y asintió con la cabeza. Daba gusto estar con alguien con un poco de iniciativa y que, además, preguntaba por tu opinión. Sí, daba gusto.

—La hamburguesa vegetal no está nada mal, podríamos venir otro día y la pruebas, seguro que te encanta, ¿te apetece?

—Claro —sonrió. Jean, como ella, era vegetariano. Era una maravilla estar con alguien con quien tenía tantas cosas en común, con quien compartía valores. Una maravilla total y absoluta.

El cantante extendió la mano para posarla sobre la suya y Sabele alzó la mirada, sorprendida por la facilidad con la que mostraba un afecto que era imposible haber desarrollado en solo quince minutos de cita y unos cuantos mensajes de WhatsApp.

—Tenía muchas ganas de quedar contigo, Sabele. —Sabía que era un halago, pero había algo... No, *faltaba* algo... en la forma en la que pronunciaba su nombre, como si pudiese estar refiriéndose a cualquier otra persona—. Eres una persona muy especial, me muero por conocerte más a fondo.

Sabele alejó la mano tan sutilmente como pudo y se dispuso a jugar con el salero a su derecha. ¿Especial? Sí, era algo que los chicos (sobre todo los que apenas la conocían) solían decirle, pero nunca le había parecido romántico, más bien le sonaba... falso. ¿Qué quería decir eso de «especial»? Ella conocía a montones de chicas increíbles; como Rosita, que se atrevía a desafiar al sistema establecido sin temor, o como Ame, quien había cruzado medio mundo para estudiar y así cumplir algún día su sueño de diseñar su propia línea de ropa. No le agradaba la sensación de sentir que la comparaban con el resto del mundo. Si iban a halagarla quería que fuese por ella misma, por quien era. Aunque en el último par de meses ni siquiera ella lo tenía claro, no desde que la opción de convertirse en aprendiz de la Dama había desaparecido por completo.

—A mí también me apetecía conocerte —dijo, porque morir se no se estaba muriendo por nada, a pesar de que empezaba a sentirse como si, efectivamente, lo estuviese por dentro. «¿Qué me pasa?». Los insoportables nervios habían sido reemplazados de golpe por una insostenible cantidad de... *nada*.

Jean le habló de lo interesantes que le habían parecido sus vídeos durante un rato y le dio ideas para potenciar su canal.

—Deberías tener más seguidores. En serio. He estado fijándome y creo que los títulos más llamativos consiguen más visitas...

—¿Tú crees? —preguntó Sabele con un cierto deje de malicia impropio de ella. Casi pudo oír la voz de Luc en su mente: «Verás, mi amigo Jean es un tipo de lo más perspicaz».

Agitó la cabeza. «Largo de aquí, no te he dado permiso para estar en mi cabeza».

«Eh, a mí no me culpes de las movidas que te montas en tu imaginación».

Mientras Jean hablaba de sus descubrimientos, Sabele continuó jugando con el salero. Se sintió algo culpable por estar prestándole más atención al movimiento de los granos de sal tras el cristal que al discurso de su cita, así que se obligó a seguir escuchando. Después de todo, solo se interesaba por su mundo, aunque no estuviese acertando demasiado.

—Es muy curioso todo ese asunto de las piedras, del poder de la

naturaleza y de la mente. Ey, ¿sabes qué libro deberías leer? *El secreto*. Es fascinante, seguro que te encanta... ¡Ah! Ahí llega nuestra merienda.

El camarero depositó la tarta y dos cucharas en un lado de la mesa y las patatas fritas y un par de tenedores en el otro.

—Que aproveche.

—¡Gracias! Hmmm, qué delicia. Espero que no seas escrupulosa.

Sabele negó con la cabeza. El olor a aceite y queso fundido que emanaba de las patatas fritas era lo mejor que le había pasado en toda la semana, así que cogió el tenedor y se lanzó a comer sin pensarlo dos veces. Su ansia la sorprendió hasta a ella misma. Siendo objetiva... ¿quién necesita un novio teniendo patatas fritas?

—Están buenas, ¿eh? —preguntó Jean, quien aún no las había probado.

Sabele se quemó la lengua al llevarse las patatas a la boca, pero no le importó. Por Morgana, ¿qué estaba haciendo? Seguro que, si cambiaba el chip, la pesada losa que sentía sobre su pecho se esfumaba. Solo tenía que esforzarse un poco, mostrar interés por la persona que tenía delante.

—¿Y tú qué tal? ¿Cómo va la banda? ¿Alguna novedad? —Si no recordaba mal, le había parecido entender que iban a grabar un EP, o un videoclip, o algo por el estilo, con una importante discográfica internacional. Quién sabe. A lo mejor estaba tomando tarta con el próximo fenómeno musical y, en lugar de sentirse emocionada, se estaba preguntando si quedaría muy mal que pidiese otra ronda de patatas antes de acabarse la primera.

—¡Pues sí! Estamos bastante emocionados. Scott ha conseguido que The Telepats toquemos en nuestro primer festival. No es de los más importantes, la verdad, pero no se puede empezar por el FIB, ¿no? Lo mejor de todo es que tocaremos con muchas bandas británicas de nuestro rollo y, además, ¡nos vamos de viaje a Edimburgo por la cara! Cortesía de Scott.

—¿Edimburgo? —El tenedor se resbaló de entre los dedos de Sabele y retumbó contra la superficie de la mesa—. ¿Vais a tocar en el FREF?

—¡Ey! ¿Lo conoces? —preguntó entusiasmado.

Por un momento, Sabele se preguntó si el desafortunado hechizo de Ame no se habría propagado a todos los varones con los que compartía mesa más de cinco minutos. ¿Que si lo conocía? El Folk & Rock Edinburgh

Festival, más conocido como FREF, era uno de los principales festivales de música independiente (y magia) de Escocia, un evento que reunía en el mes de agosto a amantes del *indie rock* y a brujas de toda Europa y de gran parte del mundo para celebrar Lughnasad, la antigua fiesta de la cosecha. Sabele solo había tenido la ocasión de acudir a aquel encubierto encuentro mágico cuando cumplió los dieciocho, y por fin había logrado disponer de tiempo, dinero y amigas con quienes acudir de nuevo. Llevaba todo el verano deseando dejar atrás Madrid y la insoportable tensión que reinaba en la comunidad mágica durante unos cuantos días. La fecha en que se subirían a un vuelo rumbo a Edimburgo estaba señalada con todos los colores del arcoíris en su *Bullet Journal*. Así que sí, podía decirse que lo conocía.

—Ehm... Sí, bueno... pensaba ir con unas amigas.

Los pequeños ojos de Jean se abrieron de par en par, exultantes de emoción.

—¿De verdad? ¡No me puedo creer que vayas a estar en el primer festival de música en el que voy a tocar! ¡Es increíble! Casi parece cosa del destino. —Sabele sintió una oleada de pánico ante la mención de ese supuesto destino que tan harta la tenía últimamente, pero debía admitir que parecía improbable que fuese una mera coincidencia.

El azar es un concepto en el que cuesta creer cuando eres una bruja. Muchos de los acontecimientos que los corrientes tildaban de «casualidad» eran en realidad fruto de la magia. Y fue entonces, en ese preciso instante, cuando una idea cruzó su mente.

Si algo le había quedado claro después del último par de meses era que Luc no podía ser su alma gemela. Aunque le pareció obvio después de su primera y fatídica cita, había decidido darle una segunda oportunidad («¿En qué momento?») que confirmó sus sospechas. Por mucho atractivo de músico inconformista que pudiese tener, eran incompatibles; por no hablar de que saltaba a la vista que el chico no tenía ningún interés real en ella, ni en nadie que estuviese más allá de su ombligo. Aun así, presentía el hechizo de Ame como una maldición al acecho, esperando el momento para reunirles de nuevo en contra de su voluntad, pero... ¿y si había malinterpretado el hechizo? ¿Y si lo único que había estado haciendo era conducirla por un camino tortuoso hacia su verdadero destino? Sin Luc,

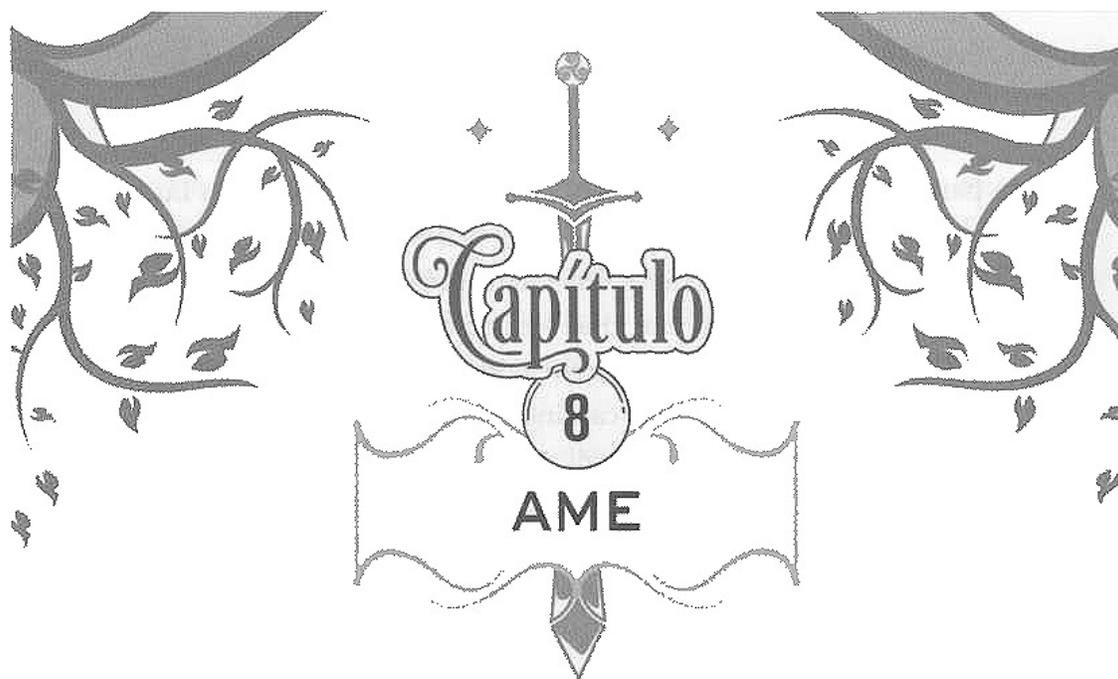
nunca habría conocido a Jean. Miró al chico, que continuaba hablando sobre todas las bandas famosas que habían tocado en el FREF antes de catapultarse a la fama.

—Supongo que... nos veremos por allí —dijo Jean, sin dejar de mirarla y aguardando su respuesta.

Sabele le miró en silencio. Le había oído cantar y sabía que tenía una voz bonita, como las que a ella le gustaban, clara y cándida. Salían por los mismos sitios, escuchaban música parecida, tenían visiones compatibles de la vida... Si se paraba a pensarlo, era lógico. Las emociones que estaba sintiendo en sus entrañas no se parecían en nada a lo que había experimentado con Cal o Luc, pero, después de todo, ninguno de los dos había resultado ser el indicado, así que tal vez fuese una buena señal.

—Claro —dijo con una gran sonrisa que no sentía del todo.

Si estaba en lo cierto, por fin podría olvidarse de Luc, que solo había sido un bache en el camino. Era la hora de pasar página; la magia le daba la oportunidad, no, la *obligación*, de dejar atrás a ese chico al que no lograba entender por más que lo intentaba, demasiado inmaduro e impulsivo para ella. Y junto a él, esperaba desprenderse de todos los malos recuerdos de aquella primavera. Sin embargo, en lugar de alivio, seguía teniendo la apremiante sensación de que algo terrible podría ocurrir en cualquier momento si se atrevía a bajar la guardia.



Ame adoraba y aborrecía volver a Japón a partes iguales, aunque, en ese preciso momento, la balanza se decantaba peligrosamente hacia el «qué ganas tengo de volver a Madrid».

—Tiene dos manos sanas que usa cada día para jugar a videojuegos. No se me ocurre ningún motivo por el que no pueda doblarse la ropa él solito —protestó Ame; una respuesta que le valió una de esas exageradas miradas de «Me has decepcionado» que le lanzaba su madre prácticamente cada vez que abría la boca para decir cualquier cosa que no fuese «Sí, madre» o «Sí, padre».

—No le hables así a tu madre —dijo su padre, apartando la vista de su ordenador portátil por primera vez desde la hora del té—. Cada día más impertinente... Hay que ver cómo son las jóvenes de hoy en día —masculló para sí mismo—. Me pregunto si no te estaremos dando demasiada libertad...

Mientras tanto, Yoshio, el hermano aludido, siguió jugando al *Fortnite* en el televisor del salón como si la cosa no fuese con él.

Ame tuvo que obligarse a morderse la lengua al recordar que, por mucho que le fastidiase, seguían siendo sus padres quienes pagaban la matrícula de la escuela y todos sus gastos en Madrid, y quienes podían cambiar de idea en cualquier momento. Optó por cruzarse de brazos y esperar a que se olvidasen de que acababan de pedirle que pusiese un poco de orden en la casa, incluyendo los dormitorios de sus

hermanos.

Un domingo cualquiera en casa de los Toyo.

A pesar de los continuos roces con su familia, a Ame le encantaba volver a Nagoya y poder comer *kishimen* hasta hartarse, dejar ofrendas para los espíritus en el templo, pasar la tarde en Sakae, una de las principales zonas comerciales y de ocio de la moderna ciudad, con su prima Hitomi, a quien quería como una hermana... Añoraba las calles de su ciudad y la cercanía de su familia continuamente cuando se tenía que marchar, y ni siquiera las recetas, inciensos y montañas de papelería japonesa que se llevaba con ella lograban confortarla del todo cuando le atacaba la nostalgia. Sin embargo, salir de su casa se convertía al mismo tiempo en toda una liberación; era para Ame como quitarse un chaleco antibalas relleno de plomo para poder lanzarse al mar y nadar sin miedo a hundirse. Aunque sabía que la querían y el sentimiento era mutuo, sus padres no siempre se lo ponían fácil.

Le costaba sentirse completamente en paz en un hogar donde la tradición y la familia lo eran todo cuando sus sueños iban mucho más allá de quedarse en Nagoya para cuidar de sus padres cuando fueran ancianos (después de haber educado a sus propios hijos y ser una honorable esposa, por supuesto). Ese era el destino de una bruja según la tradición de Japón: servir a la familia. Los aquelarres, si es que podían llamarse así, no estaban dirigidos por las brujas, sino por los varones de cada familia, que se enorgullecían de contar con sangre mágica a pesar de no tener poder alguno. Desde tiempos inmemorables, la brujería había sido percibida como una herramienta de servicio, y aunque eran numerosas las hechiceras que se habían revelado contra la sumisión de su magia, el deber de una buena bruja seguía siendo cuidar de sus seres queridos por encima de sí misma.

En Japón, Ame se sentía una incomprendida, pero también una rebelde, y aquel sentimiento no la disgustaba del todo. Sabele y Rosita la veían como una buena chica que nunca hacía lo que no debía. En su casa, en cambio, su familia la describía como una antisistema incendiaria, una mujer a la que debían recordarle cuál era su sitio de vez en cuando.

Ese año, Ame se había propuesto tomárselo con calma, sobre todo porque aún seguía digiriendo lo ocurrido durante la Batalla de los Traidores, pero, como era habitual durante los dos meses de verano que solía pasar allí, la paz no duró demasiado. Intentó concentrarse en los bocetos en los que estaba trabajando. Su proyecto de final de curso en la escuela de moda había sido uno de los favoritos de los profesores y el que obtuvo la mejor nota. La competencia era dura, y después de recibir su ronda de halagos supo que los demás se esforzarían por alcanzarla. En septiembre empezaría el próximo curso y, de entre todas las colecciones, los profesores escogerían las mejores para el desfile anual de la escuela, donde las más

célebres casas de costura seleccionarían a sus aprendices. No podía permitirse el lujo de descansar o se quedaría atrás.

Acababa de recuperar el ritmo y de entrar en ese estadio casi meditativo en el que le gustaba trabajar cuando sonó la puerta de la entrada abriéndose y escuchó como el recién llegado se quitaba los zapatos.

—*¡Tadaima!* —exclamó Tadashi, el mayor de sus hermanos varones, al entrar en el salón.

—¿Cómo ha ido el estudio? —preguntó su madre, que acudió a recibirle y le recogió la mochila para dejarla en su cuarto.

Tadashi se estaba preparando para los exámenes de acceso a la universidad y, a pesar de que el primero no tenía lugar hasta enero, el día a día de la familia Toyo parecía girar en torno a la fecha señalada.

—Muy bien. La biblioteca estaba muy llena, pero bien. Eso sí, ¡qué calor hace! —Se dejó caer en el sofá entre su padre y Yoshio—. Mataría por un té helado.

Ame desvió la vista al presentir la mirada de su madre clavándose en ella. Sabía lo que esperaban de su primogénita, pero no iba a satisfacerles tan fácilmente.

—Ame, hija, ¿por qué no le preparas un té a tu hermano mientras *yo* —dijo con un sutil tono acusatorio— recojo la habitación de Yoshio?

Ame inspiró profundamente y le rogó a la Diosa que le otorgase la paciencia que necesitaba. Estuvo tentada de responder «Tadashi también tenía dos manos la última vez que miré, madre», pero cuando su padre la miró, desafiante y autoritario, se dijo que no merecía la pena enfadarle otra vez. No le apetecía volver a escuchar uno de sus discursos sobre lo mucho que estaba avergonzando a su familia con su comportamiento. «Solo es un té», se dijo, aunque no fuese del todo cierto.

Dejó su bloc de notas con un golpe seco, malhumorada, sobre el asiento y cruzó el salón hacia la cocina. No sabía qué la enfurecía más, que en su familia se diese por hecho que su magia solo servía para bendecir a los varones del hogar y limpiar malas energías o que nadie se tomase en serio sus sueños y aspiraciones. Era como si todo su trabajo y sus sacrificios no fuesen más que un mero pasatiempo hasta que encontrasen a un buen hijo de bruja con quien casarla. ¿Cómo era posible que fuesen ellas quienes llevaban la magia en las venas y que, aun así, fuese en sus hermanos en quienes confiaban para honrar el apellido de su padre? No, no se trataba únicamente del estúpido té.

Cogió el calentador de agua y vertió el líquido hirviendo en una taza. Preparó una bolsa de té verde, la depositó en el interior de la taza y esperó a que el agua se tiñese de un brillante color amarillo. Le añadió tres hielos, una hoja de menta y dos cucharadas de azúcar y se aseguró de hacerlo sin el más leve atisbo de amor.

Volvió al salón con la taza en la mano, la dejó en la mesita frente a su hermano y

se dispuso a deshacerse de las energías negativas que la desbordaban para concentrarse en su trabajo. Ya tenía el cuaderno de nuevo en las manos cuando oyó a su hermano mascullar un «hmmm».

—Esto... Ame, te has olvidado de la rodaja de limón.

Ame dio media vuelta hacia él con el ceño fruncido y toda la rabia reprimida durante semanas chispeando en las puntas de sus dedos.

—¿Perdona?

—Que no le has echado limón. No me gusta el té verde sin limón.

—Desde luego... —dijo Yoshio, que parecía estar presente por primera vez en toda la tarde, con una risita burlona—. Menudo desastre de esposa vas a ser.

La taza de cerámica estalló en pedazos con un estruendo y el té salió despedido por doquier. Ame estaba tan enfadada, tan harta, que ni siquiera se dio cuenta de lo que su magia acababa de hacer. Tadashi la miraba con los ojos abiertos de par en par, aterrado.

—Creo que lo que quieres decir es «Gracias, Ame».

Salió del salón tan rápido como pudo y subió las escaleras a la carrera hacia su cuarto, ignorando los gritos de enfado de su madre. «Baja aquí ahora mismo y recoge este desastre», le pareció entender, pero le daba igual lo que dijese. ¿Por qué no había podido nacer en una familia como la de su prima Hitomi, en un hogar dónde esperasen de ella algo más que un té helado perfecto al gusto del señor de la casa?

Cerró la puerta de su cuarto y se tendió bocarriba sobre la cama a ras de suelo, con la esperanza de que la gravedad la ayude a contener las lágrimas. Miró fijamente el centenar de diminutas estrellas que había pintado en el techo cuando tenía quince años y, como siempre, su visión la tranquilizó. Había tardado dos fines de semana enteros en dibujarlas y colorearlas todas, pero había merecido la pena. Estrellas amarillas de seis puntas que representaban el emblema de las Hoshi, el clan de brujas al que pertenecía Ame y el apellido ancestral que llevaban su tía y su prima. Un clan que nunca tendría que haber abandonado si su madre no hubiese creído que el deber de una mujer era «renunciar a sí misma para formar una familia». Ame Hoshi. Aquel era su verdadero nombre, el que le habían arrebatado.

Rodó sobre sí misma para coger su móvil, olvidado sobre la mesilla. Desbloqueó su única vía de escape y corrió al grupo de WhatsApp que compartía con sus mejores amigas.

¿Cómo ha ido la cita? 🤔

Al cabo de unos instantes, Sabele apareció en línea y comenzó a escribir.

Sabele
Bien, supongo. Normal. Que no
esta mal para variar.

¿Normal? No suena muy romantico 😞

Ame respondió todo lo rápido que pudo para no darle a Sabele opción a cambiar de tema.

Por lo que a Ame respectaba, el principal problema de aquella cita era que su amiga se había equivocado de chico. Aunque Ame estaba tranquila; por mucho que se empeñase Sabele en correr en la dirección equivocada, su hechizo acabaría por devolverla al camino correcto.

Sabele
¿Vosotras que tal?

Sabele ignoró su comentario, tal y como esperaba.

Ame se mordió el labio, sintiéndose culpable por lo que iba a decir antes incluso de hacerlo, así que suavizó la crítica tanto como pudo.

Mis padres siguen considerando una
deshonra que me niegue a recoger la
habitación de mis hermanos. Por lo demás
bien 🤔

Sabele

Ugh. Que horror. 🤢 te compadezco
hermana. 💕💕

Acto seguido, Rosita mandó una foto de sus pies, cuyo brillo cobrizo contrastaba con el blanco de la arena de una playa paradisíaca.

Rosita
Ojalá estuviéseris aquí. 💕💕 he estado
preparando pócimas con las hermanas
de mi abuela toda la noche para
aprovechar la luz de la luna y ha sido
MA-RA-VI-LLO-SO 🦄

Durante unos segundos nadie dijo nada, nadie hizo amago de escribir, lo que sumió a Ame en una sensación de angustia similar a la que le producía cualquier silencio incómodo *in situ*.

Chicas... os echo mucho de menos. 😞]
sabeis que ganas tengo de volver.

Volvió a sentirse como una mala hija por enésima vez aquel domingo; por no ser la hija que sus padres tanto habían deseado, por envidiar a Rosita por tener el tipo de abuela que le enseñaba a elaborar pócimas bajo la luz de la luna en lugar de una que fruncía el labio con desaprobación cada vez que la veía. Se sintió culpable porque se pasaba diez de los doce meses que tiene un año añorando a su familia y, cuando por fin estaba con ellos, solo pensaba en el momento de marcharse.

Sabele
Yo también os echo de menos. ¡Volved
ya!

Con ese comentario, Sabele disipó los lúgubres pensamientos de Ame. Rosita se tomó algo más de tiempo para responder.

Rosita

También os quiero mucho y todo eso, no os lo toméis a mal, pero tengo cero ganas de volver. Si no fuese porque ya me he matriculado en ese estúpido curso, me lo estaría pensando muy seriamente. 😂😂

Si no fuese por ese curso... y por Leticia



Ame escribió el mensaje con su habitual sonrisa picara de casamentera y, aunque ninguna de sus amigas pudiese verla, estaba segura de que podían imaginar su expresión.

Rosita

Leticia no es un motivo de peso en mi vida, la verdad. Ni que fuese mi novia... 😡

Ame casi se la pudo imaginar encogiéndose de hombros. Se mordió el labio y, por un instante, sintió una pizca de rabia y de celos. ¿Por qué quienes encuentran el amor lo rehúyen y ella, que lo buscaba desesperadamente, no daba con él por mucho que se esforzase? Sabía que a sus amigas les parecía una forma de pensar anticuada, que pecaba de ingenua, pero ella siempre había imaginado que lograría dar con esa persona especial. Por supuesto que había cosas más importantes, pero ¿por qué no tenerlo todo? Suspiró; parecía estar condenada a ser demasiado tradicional para sus amigas... y demasiado ambiciosa para su familia.

Lo que tu digas...

Como cada vez que salía el tema de Leticia Fonseca, o de cualquier Fonseca en general, Sabele procuró guardar silencio. Rosita no respondió y Ame supo que la conversación había acabado.

¿Os apetece hacer una llamada espejo?

Una llamada espejo era una antigua y simple técnica que empleaban las brujas para comunicarse a distancia y que consistía en embrujar una superficie que reflejase a la persona con quien querías hablar, algo así como una especie de Skype mágico, pero sin quedarse colgado cada treinta segundos.

Rosita

La verdad es que yo pensaba irme ya a la cama... 😡

Ame hizo las cuentas y se dio cuenta de que en República Dominicana debían de ser las cinco de la mañana y de que era más que probable que su amiga no se hubiese acostado todavía.

Sabele

Yo necesito ponerme al día con el canal para tenerlo todo preparado antes del FREF, lo siento...

Otro día, entonces.

Ame abrió Spotify en su móvil y buscó una *playlist* de canciones de Taylor Swift antes de dejarlo sobre la mesita y tumbarse de nuevo sobre la cama. Cerró los ojos, extendió los brazos y las piernas, sonrió tanto como pudo y se obligó a sí misma a

dejar de lado todas las preocupaciones que la atosigaban.

La forma en que la veía su familia.

El último y duro curso que le esperaba en la escuela.

El caos en el aquelarre de Madrid y lo lejos que estaría del suyo propio.

La insistencia con la que su abuela paterna le repetía a su madre una y otra vez que, si querían heredar su puesto en el clan, lo primero que debían hacer era asegurarse de que su hija se casaba acorde con sus posibilidades y se convertía en una buena esposa. Una buena esposa para el completo desconocido, eso sí, de una buena familia de brujas, a quien su abuela pretendía que conociese con la esperanza de que se uniesen en uno de esos anticuados matrimonios por *omiiai*, que no eran exactamente concertados, pero se parecían demasiado, para el pesar de la romántica empedernida que llevaba dentro.

Ame inspiró profundamente; fijó su atención en cómo su pecho y su vientre se llenaban de aire y se concentró en el sonido de la música, en la voz de Taylor, que cantaba sobre sus numerosos amores y desamores. Ame cerró los ojos y le rogó al universo que le permitiese sentir algo parecido a eso, aunque fuese una sola vez. Lo que Ame había olvidado era que es peligroso lanzar deseos al universo cuando este escucha a escondidas.



Sable se sentó en el suelo y apoyó la espalda en su cama. Se convenció a sí misma de que estaba preparada para lo que iba a hacer y repasó por última vez las notas que había tomado en su cuaderno. Cogió aire, sonrió y pulsó el botón de *rec* de la cámara encendida frente a ella.

—Hola, mis queridas brujas y amigos hechiceros. En el vídeo de hoy no va a haber consejos ni trucos, sino que voy a hacer un pequeño *life update*. Sé que estáis deseando que suba ese conjuro para evitar quemaduras solares durante las vacaciones, o que pierdan tus maletas en el aeropuerto y todo ese tipo de contratiempos, pero me apetece hablaros un poco de tú a tú.

«Habréis notado que esta primavera no hubo vídeo todas las semanas y... Bueno, ha sido una temporada un poco agitada. —Se mordió el labio y hubo una larga pausa que luego tendría que editar. “Un poco agitada” era una manera curiosa de denominar la locura que había sido el mes de marzo—. Ha habido cambios en mi vida... Los cambios no son malos de por sí, son parte de la vida, algo natural. Este verano, mis compañeras de piso —“Mis únicas amigas de verdad”— se han ido de vacaciones y tengo todo el piso para mí —“Y me siento tan terriblemente sola que tengo ganas de llorar casi todo el tiempo”—, así que he tenido mucho tiempo para meditar, pensar y mirar dentro de mí misma. —“Ojalá hubiese sacado alguna conclusión. Porque no tengo ni idea de qué voy a hacer con mi vida”».

Siguió hablando sin decir nada en concreto durante varios minutos mientras daba sorbos a su taza de *roiboos* con canela cada vez que se quedaba en blanco y lanzaba miradas mal disimuladas a sus apuntes.

—Tengo ganas de que llegue el otoño, y espero que con él vengan un montón de proyectos nuevos. —«Porque como siga estancada, me voy a volver loca»—. Espero que estéis teniendo un verano genial. —«O por lo menos mejor que el mío»—. Gracias por ver el vídeo. Hasta la próxima. Un beso.

Tan pronto como dejó de hablar, supo que no lo iba a subir. No estaba preparada para dejar que todo internet viese sus momentos de debilidad y duda, ¿qué derecho tenía ella a quejarse? A simple vista, su vida era idílica, así que se avergonzaba por sentirse tan infeliz. No quería que nadie más lo supiera porque tenía miedo a que la juzgasen, a que nadie lo pudiese entender, a que creyesen que era una desagradecida... pero tampoco le gustaba... mentir. Últimamente, las palabras dejaban un regusto amargo en su paladar cuando las pronunciaba. Creía en lo que decía, pero su cabeza y su corazón estaban muy lejos de allí. Cuando le hablaba a la cámara se sentía un fraude. ¿Qué hacía ella dándoles consejos a los demás sobre qué hacer o no cuando ella misma estaba tan... perdida? Echó la cabeza hacia atrás y profirió un quejido de angustia.

Al contrario de lo que pudiese parecer, los comentarios que ya sabía que dejarían en sus vídeos no ayudaban. «Eres preciosa». «Cuánta perfección». «Te adoro». «Te quiero». Mensajes de personas que solo conocían la parte que ella les dejaba entrever. ¿Qué pensarían si pudiesen conocerla tal y como era? Tal vez, si tuviesen esa oportunidad, cambiarían de opinión y rehuirían de ella como hizo Luc. O puede que, simplemente, se marcharan a hacer cosas más interesantes, muy lejos de allí, como todos los demás.

«Odio Madrid en verano», se repitió por enésima vez, apoyando la cabeza, exasperada, contra el borde de su cama. Siempre que la dejaba en blanco, su mente se empeñaba en traicionarla. Hasta entonces, ocuparse de sus redes y el objetivo en la distancia de convertirse en aprendiz de Dama la habían mantenido ocupada, pero ya no sabía cómo ocupar las horas muertas.

Un mensaje hizo vibrar su móvil. Sabele alargó la mano hacia él, tirado sobre la cama, y recordó que no había apagado la cámara. Seguramente habría más verdad y sentimiento en esos minutos de silencio que en todo lo que había dicho. Guardó la cámara y el trípode debajo de su cama antes de dejarse caer en la silla frente al escritorio para contestar.

¿Vais a venir al final el viernes?

Sabele tuvo que releer el mensaje un par de veces antes de recordar a qué se refería Cal. Suspiró con desgana. Se había olvidado por completo. Estaba tan ocupada sintiéndose sola que no tenía tiempo para prestarle atención a su único amigo. «Ya te vale», se dijo a sí misma.

Hacía ya un mes que Cal (o Chacal, como todos le solían llamar antes de que se convirtiese en «Caleb, el líder de los nigromantes, su nuevo líder») le había contado que iba a exponer algunos de sus cuadros en una importante feria de arte joven e independiente. Se alegraba muchísimo por él, y cuando se lo contó, se había sentido entusiasmada ante la idea de acompañarle como haría una buena amiga, pero de pronto, sintió una profunda desgana.

Ahora mismo Cal estaba tan solo como ella, no podía fallarle. «Oh, mierda. Malditas sean las verrugas de todos los sapos, mierda», pensó al recordar que también había acordado tener otra cita con Jean ese mismo día. Tenía que retomar el hábito de utilizar su agenda.

¿Te importa si llevo a alguien?

Sabía que no era necesario preguntar, que Cal, quien insistía en que no quería que hubiese barreras entre ellos, nunca le diría que no aunque solo hubiesen pasado unos meses desde su abrupta ruptura, pero quería asegurarse de que no le pillase desprevenido.

Cal respondió en cuestión de segundos.

Cal

Claro, no, no me importa. ¿Porque me iba a importar? A no ser que sea ese atontado...

Ojalá dejase de sentir una punzada de dolor en el costado cada vez que alguien se refería a él en una conversación.

Que va. Esta muerto para mi. No, es... ot

persona.

Cal
¿Quién? ¿Qué me he perdido?

Ya te contaré...

No le apetecía hablar del tema con nadie, y mucho menos con él. Lo estaba intentando, de verdad, pero, aunque siguiesen teniendo una complicidad que sorprendía a muchos, no podía hablar con él de otros chicos como si fuese una de sus amigas.

—¿Y eso te parece lo raro? —le había dicho Rosita cuando comentaron el tema la última vez que hablaron a través de un espejo—. Lo raro es que le dejaras porque estabas aburrida de él y que ahora paséis más tiempo juntos que nunca.

—Le «dejé» porque ya no le quería de esa forma —repitió Sabele por enésima vez—. Porque he cambiado desde que tenía dieciséis años.

—Ya... lo que tú digas, pero te estás perdiendo la mejor parte de salir con un tío como Cal y aguantando la parte insufrible de lloriqueos y emociones. ¡Tú misma! Si prefieres ser su psicóloga personal, ¡adelante!

—No todo gira en torno al... a ya sabes qué, Rosita —había protestado Ame, poniendo los ojos en blanco.

Sabele sonrió ante el recuerdo. Por Morgana, cómo las echaba de menos.

El timbre de la casa sonó durante mucho más tiempo de lo que se consideraba cortés y Sabele casi se incorporó del susto. Miró el móvil y, durante unos segundos, se replanteó fingir que no estaba en casa. Se llevó las manos al rostro y lo apretó, exasperada. Solo conocía a una persona tan grosera como para presentarse en su casa de esa forma y sin avisar. Tras una efímera pausa, el timbre volvió a sonar de forma continua antes de comenzar a hacerlo intermitentemente hasta acabar por entonar el ritmo de *Despacito*. «Si vuelvo a escuchar esa canción una vez más, tendré que recurrir a un hechizo de sordera temporal», se dijo. Se incorporó del todo sin demasiada prisa, recorrió el pequeño apartamento hasta llegar al telefonillo, lo descolgó y dijo:

—Hola, tía Jimena.

—¿«Tía»? ¿Vas a dejar de recordarle a todo el mundo que soy bastante más vieja que tú alguna vez? Anda, ábreme la puerta.

—Ya... abrir la puerta. ¿Por qué querría hacer eso?

—Tal vez porque he sacrificado los mejores años de mi vida para criarte, niña ingrata. Y porque traigo la comida, ¿te parece poco?

Sabele negó con la cabeza, incrédula. Dudaba que Jimena hubiese sacrificado el más mínimo placer en toda su vida.

—Hmm... Déjame que lo piense. ¿Qué has traído?

—Nachos y burritos recién hechos de ese sitio que tanto te gusta.

Sabele pulsó el botón que abría la puerta del portal y sonrió. No le apetecía ver a nadie, pero Jimena no era cualquier persona. A pesar de sus continuos rifirrafes a medio camino entre los que tendrían una madre y una hija y otros más propios de dos hermanas, no dejaba de ser su única familia de sangre. O al menos, la única con la que podía contar.

Dejó la puerta abierta y, mientras oía el traqueteo de los tacones de su tía al subir por las escaleras, Sabele colocó un par de mantelitos sobre la mesa del salón y sacó dos cervezas sin alcohol de la nevera.

—Buenas tardes, ¿cómo está mi sobrina favorita? —Sabele suspiró al oír una vez más la broma que Jimena llevaba haciendo desde que tenía memoria. No tenía más sobrinas. Por no hablar de que no tenía mucho sentido que la llamase sobrina después de haberla regañado por llamarla tía, pero Jimena era así.

Observó a la mujer mientras caminaba hacia el sofá. En verano, su estilo de vestir se alejaba aún más de lo que la sociedad consideraba «apropiado para una mujer de su edad». Había usado un pañuelo rojo para recoger su pelo en un moño despeinado y varios collares caían sobre su camiseta negra sin mangas, que dejaba ver gran parte de su sujetador de encaje. Para Jimena, los años ochenta habían sido la mejor década en la historia de la humanidad, y no estaba dispuesta a dejarla ir tan fácilmente. Veintitantos años de distancia para una bruja no eran muchos. Su tía dejó la bolsa de papel con el logo de uno de sus restaurantes favoritos sobre la mesa, se quitó los tacones negros y se sentó en el sofá con las piernas cruzadas junto a su sobrina.

—Espero que te hayas acordado de que soy vegetariana —dijo después de lanzar una mirada hacia la bolsa, que despedía un olor que casi hizo que se le saltasen las lágrimas.

—El que tiene una pegatina verde es vegetal, con mucha crema agria y aún más guacamole. Disfruta de ese metabolismo mientras puedas, cariño. —Se inclinó para coger uno de los dos botellines y lo abrió con el borde de la mesa, ignorando por completo el abrebotellas que Sabele había dejado a su disposición.

—Gracias. Y... ¿a qué debo el placer de tu visita?

Jimena le dio un largo trago al botellín antes de responder.

—Después de dos meses de discusiones y de una eterna e insufrible reunión de

ocho horas hemos conseguido fijar una fecha para la ceremonia de elección de la próxima Dama y quería celebrarlo con la única bruja a la que me apetece verle la cara ahora mismo.

—Qué honor —dijo Sabele con aires sarcásticos, a pesar de que no podía sentirse más agradecida, mientras se llevaba el burrito a la boca y le asestaba un bocado—. ¿Qué tal está Flora?

Su tía frunció el labio durante unos segundos, un gesto al que le siguió un suspiro resignado.

La situación de la que había sido su Dama durante dos décadas resultaba un tanto inusual. La mayoría de ceremonias de elección se producían tras el fallecimiento de la predecesora o su renuncia (en sus últimos años, era habitual que las brujas tendiesen a buscar la paz en la naturaleza, de ahí el tópico de la anciana excéntrica y solitaria en la cabaña del bosque), pero no era frecuente que la última Dama permaneciese en el aquelarre mientras se elegía a su sucesora, y menos aún que lo hiciese como una corriente (por mucho que insistiesen en que bruja se nace y se muere, con o sin magia, a efectos prácticos, Flora había perdido hasta el último resquicio de su don al sacrificarse por el bienestar de todo el aquelarre).

—Está... Y supongo que, dadas las circunstancias, es lo máximo que podemos esperar.

—Vaya... —Sabele se rodeó las piernas con los brazos, sintiéndose culpable por su estado de ánimo. Al menos ella conservaba su magia.

—Lo sé, a veces parece que mejora y que encuentra algún nuevo propósito en la vida, pero ese estado de optimismo solo dura un par de días, y la mayoría de los clanes empiezan a estar hartos. Hoy Daniela ha sugerido que «la reubiquemos en un lugar más apropiado», una forma muy elegante de decir que la echamos de su hogar... —Suspiró de nuevo—. No entiendo a todas esas brujas que dejan de usar la magia voluntariamente. No me imagino siendo ninguna otra cosa.

—Yo tampoco —respondió Sabele taciturna. Sobre todo porque sabía de primera mano lo que podía ocurrir si la perdía de verdad—. Aunque, viendo cómo está el panorama, quizá nunca llegue a ser una bruja en condiciones.

—Ey... —Jimena extendió el brazo hacia ella para tocar con cariño la larga trenza en la que había recogido su pelo—. En cuanto nombren a una nueva Dama, no tardará mucho en empezar a aceptar alumnas; y, además, aunque no llegases a ser aprendiz, tampoco es que haga falta para ser una bruja con todas las letras, mírame a mí.

Sabele no logró disimular una mueca de desagrado. Ya no sabía cómo explicarle a su tía que su idea de una vida ideal no era viajar por el mundo de casa en casa intercambiando conocimientos con otras brujas y comprando alojamiento y comida

con el dinero que sacaba de vender amuletos o echar las cartas. ¿Tanto pedir era tener una vida estable y a la vez ser una bruja de oficio? Sin embargo, el anuncio de su tía le dio algo de esperanza.

—Así que... ¿Cuándo tendremos nueva Dama? —Optó por cambiar de tema. Además, la información le interesaba. Si la elección no se retrasaba demasiado, era posible que en la celebración de Samhain, más conocida como Halloween, pudiesen volver a aceptar alumnas. Y ella tendría de nuevo un objetivo en la vida en el que centrarse.

—El nueve de agosto, para aprovechar la energía de la luna llena, o lo que quede de ella —dijo Jimena, justo antes de asestarle un primer gran bocado a su burrito.

—Anda, es justo después del FREF —comentó Sabele. Nada más decirlo, se percató de que eso significaba que tendría que asistir.

Normalmente le encantaba asistir a los eventos del aquelarre, pero la elección de una Dama no era precisamente una celebración. Para que el ritual funcionase, todas las brujas tenían que permanecer inmóviles mientras la magia las examinaba una a una y tomaba su elección; un examen minucioso que nunca se sabía durante cuánto tiempo podía alargarse. La ceremonia documentada más extensa databa del siglo dieciséis, cuando las brujas del aquelarre de Oporto pasaron más de un mes y medio en trance hasta que la magia escogió a una de ellas.

—Ugh, ni me hables de esa cosa. Hemos tenido que retrasar la fecha porque Valeria no iba a poder asistir, y Juana está tan convencida de que la magia va a escoger a su pequeña Hierro que no podía permitir que se celebrase sin ella en la sala.

Sabele sintió un nuevo puñetazo en el estómago, o más bien una tanda de ellos, aunque no estaba segura de qué le dolía más: saber que iba a coincidir con Valeria en el festival o la posibilidad, por lo visto casi una certeza para algunos, de que fuese escogida como Dama cuando ella se conformaba con la proeza de convertirse en aprendiz. Se imaginó a Valeria, un año más joven que ella, como su mentora y sintió una arcada. «Qué ilusión poder ser tu maestra, seguro que podemos aprender mucho la una de la otra», diría, no porque lo pensase de verdad, sino porque era lo que mejor sonaba. Cruzó los dedos con disimulo para rogarle a la Diosa que eligiese a cualquier otra. «Oh, no... me estoy convirtiendo en mi tía», pensó con horror al percatarse de sus pensamientos.

Una bola de pelo de color amarillo caramelo saltó sobre las rodillas de Jimena y se acomodó sobre su regazo. Sabele miró de un lado a otro, preguntándose de dónde había salido el gato espía de su tía. Jimena acarició el espacio entre sus orejas sin soltar su cerveza y el minino maulló complacido.

—Bel tañe, los fuegos de Litha, eso sí son festividades en condiciones, pero

¿Lugnasad? Adonde vamos a llegar...

Sabele se mordió el labio para no decirle a su tía que tanto Beltane como Litha tenían fama de ser festividades un tanto anticuadas. En los últimos diez años, Lugnasad y el FREF habían pasado de ser un reclamo contracultural para unas cuantas brujas del mundillo alternativo a todo un referente de culto entre todas las jóvenes de su generación.

—Pero haces bien, os vendrá de maravilla despejaros un poco mientras las mayores nos tiramos de los pelos por el poder. Disfrutad de la vida y todas esas cosas mientras seáis jóvenes... En fin... ¿Y tú cómo lo llevas, niña? —dijo, volviendo a centrarse en la comida.

—¿Por qué no le preguntas a Bartolomé? —El gato rubio le dirigió una mirada aburrida, sin rastro alguno de culpabilidad. Suspiró. Algún día le tendría que perdonar que hubiese informado en secreto a su tía de sus meteduras de pata, pero no ayudaba que se negase a mostrarse arrepentido—. Bien. Supongo.

—¿Bien, supones? —Jimena arqueó las cejas—. Suena como la típica respuesta de alguien que está en el clímax de su felicidad. —Le guiñó un ojo—. No soy una de tus amiguitas veinteañeras, pero recuerdas que me puedes contar lo que sea, ¿verdad?

Sabele negó con la cabeza y se encogió de hombros.

—Estoy bien, en serio. Pensando en qué meter en la maleta y todo eso...

—Aún quedan dos semanas —dijo su tía, mirándola como si fuese una alienígena—. Está claro que no has sacado esa faceta responsable de mí. —Se mordió el labio, meditativa y con cierto apuro. Sabele supo qué le iba a preguntar antes de que lo hiciese, siempre lo hacía—. ¿Vas a ir a verla antes de marcharte?

—Sabes que no —respondió sin rodeos, quizá incluso algo brusca.

—Vale, solo preguntaba...

Habían tenido aquella discusión un millar de veces con el mismo resultado, así que ambas optaron por continuar con la cena en silencio. Sabele solo había visitado a su madre una vez en el retiro de La Poveda y no estaba dispuesta a repetir la experiencia. Por mucho que su tía se empeñase en que, a pesar de todo, su madre la quería, no le veía sentido a ir a ver a una persona que ni siquiera sabía quién era.

—Venga, come un poco —dijo su tía, incapaz de soportar más de dos segundos de silencio—, que se va a enfriar —apremió, y Sabele comenzó a masticar con desgana. Entre unas cosas y otras se le había quitado el poco apetito que tenía.

«Necesito marcharme de la ciudad desesperadamente».



Salió del probador ilusionada, sintiéndose como si fuese la protagonista de *Pretty Woman*, salvo porque era ella quien iba a pagar las facturas de la tienda con su salario mediocre y porque el hombre que la estudió de pies a cabeza no era su amante rico y atractivo, sino su hermano pequeño, que no tenía dónde caerse muerto salvo el sótano de sus padres. Luc encogió el labio y arrugó la nariz con una mueca de desagrado.

—Escucha —dijo, incorporándose en el sillón frente a ella—, si quieres que esto funcione, vas a tener que dejarme elegir.

—¿Qué problema hay con este? —dijo girando sobre sí misma. Luc resopló hacia dentro, su forma de reírse a carcajadas de ella—. Es un vestido, es femenino, es bonito —insistió algo dolida.

—Punto uno, que sea un vestido no significa que sea ni bonito ni femenino. Punto dos, tú no eres femenina, no hay por qué forzarlo.

—Estoy intentando planear una cita *romántica*, y para conseguirlo no

puedo ir vestida con uno de mis trajes, ni con estos zapatos —dijo señalando sus desgastados mocasines marrones.

Luc negó con la cabeza.

—Los zapatos son el menor de nuestros problemas.

Leticia le lanzó una mirada de odio. Era cierto que fue ella quien le pidió ayuda, pero no había creído que estuviese tan perdida en cuanto a moda como su hermano le estaba dando a entender. Su estilo siempre había sido más bien formal y sobrio, sobre todo ahora que la habían ascendido en la Guardia. En lugar de investigadora en el Departamento Espectral, podía presumir de ser el enlace entre brujas y nigromantes y el Departamento de Asuntos Mágicos. Tras su actuación antes y después de la Batalla de los Traidores, la mismísima Yolanda Morales le había ofrecido un puesto ligeramente mejor pagado, con algo más de prestigio y que le permitía estar en el terreno. Aunque tuviese que ponerse las pilas con el tema de la hechicería, no se quejaba. La única desventaja era que se pasaba el día hablando con personas que seguían vivas, y eso le obligaba a cuidar más su imagen. En cierta medida, creía haberlo conseguido, pero «una gran profesional» no era la impresión que quería causarle a Rosita cuando volviese de su estancia de dos meses en Santo Domingo.

Estaba todo planeado. Iba a ir a recogerla al aeropuerto a las ocho de la noche, cenarían juntas en un japonés del centro y después, si todo iba bien, a lo mejor tomarían algo en su casa. Era un buen plan, y precisamente eso era lo que la atemorizaba, que todo estuviese calculado a la perfección. Rosita no dejaba de hablar de lo mucho que le entusiasmaba y le atraía la aventura, lo impredecible, y Leticia no era precisamente la reina de la espontaneidad ni tenía una vida demasiado interesante más allá de su trabajo.

A medida que la fecha se acercaba, había tenido la estúpida idea de que un cambio de *look*, al menos en sus horas de ocio, podría contribuir a un cambio de actitud, pero no se le había pasado por la cabeza que fuese a resultar una labor tan ardua.

—Está bien, haz lo que te dé la gana. —Una parte de su cerebro le recriminaba que, aunque fuese su tarde libre, dos peligrosas criminales de la comunidad mágica andaban sueltas mientras ella estaba de compras. Cuanto

antes acabasen con eso, mejor. Así podría seguir repasando, en busca de pistas o lagunas, las declaraciones de las brujas del clan Lozano, que, por supuesto, negaban conocer el paradero de Macarena y Rocío.

—¡Por fin! —Luc se puso en pie de un salto y comenzó a caminar de un lado a otro de la tienda, escondida en una callejuela entre las calles Goya y Serrano para quienes supiesen que estaba ahí.

Leticia lo siguió de cerca, mirando con impotencia a su hermano mientras hurgaba entre las perchas y estantes con una maestría casi profesional. «Si lo de la música no le sale bien, siempre puede meterse a *personal shopper*», pensó al ver a Luc descartar prendas con una mueca asqueada y sin ningún remordimiento. Examinó una especie de peto, vestido, o algo que se le parecía, de polipiel y se lo tendió con brusquedad. Pasó a la siguiente sección de la tienda sin un ápice de duda. Le tendió una segunda prenda, esta vez unos pantalones negros con rayas grises y amarillas.

—¿Pero cuántas cosas pretendes que me pruebe?

—Las que haga falta —respondió Luc con brusquedad, tan encantador como siempre.

—¿Tan difícil crees que va a ser que encuentre algo que me quede bien?

—Quedarte te quedará bien cualquier cosa que te pongas; si no caminases como si te atravesase un palo sería más fácil, pero de proporciones vas bien. —Leticia se sorprendió; en boca de su hermanito, aquello era todo un halago—. El verdadero problema es que necesitas un cambio de armario para dejar de parecer una señora de cuarenta años aburrida de su trabajo.

—¡Casi! Quizá fuese imposible cambiar a las personas. Luc siempre sería un tanto insoportable y ella una señora aburrida, ¿por qué luchar contra la naturaleza de las cosas?

—No gano lo suficiente como para renovar el armario en una tienda como esta.

—Considéralo una inversión. O más bien una intervención de urgencia. —Luc se dio media vuelta con una camisa rosa que parecía una especie de pijama y la sostuvo con el brazo estirado, superponiéndola a la figura de Leticia. Arrugó la nariz y la devolvió a la percha.

—Si eres así de amable con el resto de las mujeres... no me sorprende que sigas soltero —dejó caer. Rosita y ella habían pactado no hablar de la ambigua relación entre su hermano y Sabele. Por desgracia, sus nobles intenciones no duraron demasiado y acabaron traficando con la información con total desvergüenza. Mientras ella deseaba con todas sus fuerzas que, por una vez, Luc saliese con una chica normal que le ayudase a sentar la cabeza, Rosita estaba convencida de que lo que su hermano necesitaba era «un buen sopapo». (No lo decía en el sentido literal, claro, pero entendía perfectamente a qué se refería).

—Estoy soltero porque quiero.

La última noticia que le había llegado era que su hermano había invitado a Sabele a una fiesta (le entristeció tener que enterarse por Rosita, y se lo habría echado en cara si eso no hubiese supuesto admitir que hablaba sobre él a sus espaldas) hacía unas semanas.

Leticia avanzó junto a su hermano y fingió mirar varias blusas a su lado.

—¿Y qué tal con Sabele? —preguntó, deseando que soltase prenda para poder hacer un análisis de la situación con Rosita aquella noche.

Luc se detuvo en seco durante una fracción de segundo y volvió a su tarea como si nada. «Lo peor es que seguro que cree que nadie se ha dado cuenta».

—¿Qué pasa con ella?

—No sé, ¿habéis vuelto a quedar o algo...?

Se encogió de hombros y murmuró un «No». «¿No? Pero ¿cómo puede ser tan falso y embustero?».

—¿No? ¿No la has visto en *ningún* sitio últimamente?

Luc negó con la cabeza. «Ay, Luc... ¿qué has hecho?». Se preguntó qué habría podido ocurrir en esa fiesta para que ni siquiera quisiese mencionar el tema. Tenía que haber alguna forma de conseguir que se abriese.

—Si quieres, puedo hablar con Rosa y quedamos un día los cua...

«¿En qué demonios estás pensando, Leticia?». Luc alzó la vista y su hermana no supo comprender lo que veía en sus ojos. ¿Dolor? ¿Vergüenza? ¿Ira? Quizá una combinación de las tres, pero... ¿cuál de esas emociones pesaba más?

—En serio, no necesito que mi hermana me haga de *wingman*. No tengo

ningún interés en las chicas ahora mismo, ni en cualquier tontería relacionada con el amor —dijo el mismo chico que con trece años guardaba un diario en el que escribía los versos más ñoños de sus canciones favoritas—. Lo único que me importa es mi banda.

—Sois un grupo de adolescentes haciendo reuniones en el sótano de papá y mamá para comer Doritos, beber cerveza y jugar a la Playstation. Mamá está tan preocupada que me ha escrito para asegurarse de que no te estás drogando. ¿Desde cuándo sois «una banda»?

Esta vez sí pudo leer con perfecta claridad el odio en la mirada de su hermano.

—Desde el viernes, que fue cuando tuvimos nuestra primera reunión oficial. Y en un local de ensayo, como todos los grupos de música serios. Porque, aunque no te lo creas, para mí, mi carrera es algo muy muy serio. ¿De acuerdo?

—Vale, vale... perdona —dijo mordiéndose el labio. Viendo cómo le había dolido, tal vez no fuese buena idea decirle que, vistos desde fuera, no parecía que fuesen muy en serio. Sabía lo importante que era la música para Luc, pero el resto de chicos no tenían pinta de ser precisamente unos lumbreras ni futuras estrellas del *rock*.

—Y espero que le hayas dicho a mamá que yo nunca haría eso.

Leticia se echó a reír.

—La verdad es que no sé qué le hace pensar a mamá que serías lo bastante discreto como para que no nos enterásemos todos si lo hicieses.

Esta vez fue Luc quien respondió con un bufido mientras examinaba una blusa de rombos multicolores.

—Ya, supongo que es normal que le inquiete que al resto de los mortales se nos dé tan bien como a ella ocultar secretos —masculló para sí mismo en voz muy baja.

—¿Qué?

Luc abrió los ojos de par en par y se apresuró a encogerse de hombros y negar con la cabeza.

—Nada.

—¿Eres consciente de lo sospechoso que suena eso en tu boca? —dijo arqueando una ceja.

—Bueno, ¿y qué? Mamá te oculta cosas, ¿y? Todo el mundo tiene secretos.

En eso Luc tenía razón, pero no podía soltarle una bomba como esa a una investigadora profesional y esperar que lo olvidase tan fácilmente, sobre todo cuando era algo que él sí sabía y ella no.

—Venga, *Cenicienta* —se burló su hermano, emprendiendo el rumbo hacia el probador. Rosita solía llamarla así desde que se dio cuenta de que era la chica que había perdido un zapato en la fiesta del aquelarre—. Vamos a ver si tu hada madrina consigue que parezcas una *millennial*.

Leticia puso los ojos en blanco, arrepintiéndose del momento en el que creyó que un cambio de *look* sería una buena idea. Se metió en el probador a regañadientes y maldijo a quienquiera que diseñase esas condenadas cortinas que nunca se acababan de cerrar.

Lo que su hermano había seleccionado no formaba parte de las fantasías de Leticia en las que se convertía en una mujer sensual y atractiva de la noche a la mañana, pero sí encajaba mucho mejor con ella. Se probó una blusa de color melocotón y una tela sedosa que caía sobre su diminuto busto con un aire elegante y femenino, pero con la suficiente sobriedad como para que encajase con su estilo. Se miró en el espejo como si intentase seducirse a sí misma. «Puede que funcione». A pesar de lo irritante que podía ser, había hecho bien en recurrir a su hermano. Se disponía a mostrarle con orgullo el resultado cuando la distrajo un zumbido insistente de su teléfono. «Oh, no», dijo al reconocer el tono de llamada que había seleccionado para asuntos de trabajo. Desbloqueó la pantalla y sus peores temores se cumplieron, tenía una notificación de su nueva jefa; una dirección y un mensaje formado por cuatro escuetas palabras: «¿Crees que son ellas?».

Parecía que la renovación de armario tendría que esperar.



Para Cal, el término «medicación» era un pobre eufemismo para lo que de verdad eran aquellas pastillas. En esa ocasión le habían provocado un lento adormecimiento que le hacía mantener a duras penas el hilo de lo que sucedía a su alrededor. «Mala suerte», se dijo. Parecía una jugarreta del destino, justo cuando más importante era que permaneciese alerta, su cerebro se convertía en una máquina averiada.

Podía escuchar las palabras de sus enemigos, pero la mera idea de responder le sofocaba.

Fausto era quien tendría que estar ocupándose de los asuntos de la hermandad, no él. Fausto el traidor. El favorito de su padre y el de la vieja retaguardia.

—Después de lo sucedido, no considero razonable que aceptemos ningún nuevo tratado que no nos garantice una posición privilegiada —dijo don Lázaro, que a sus setenta años todavía mantenía su puesto en la silla del Consejo, muy a pesar de su larga lista de nietos.

Don Lázaro aún recordaba con nostalgia los tiempos en los que los nigromantes se podían permitir jugar a dos bandas. Por una parte, mantenían la paz con las brujas para evitar seguir debilitando a la comunidad mágica tras la Guerra Civil de los corrientes, mientras que, por otra, altos cargos como él exhibían su poderío económico en los encuentros de la alta sociedad del Régimen. Cal era consciente de que eran muchos los que añoraban los días en que nadie se atrevía a cuestionar a un nigromante afín a la dictadura, ni siquiera los corruptos dirigentes de la Guardia. Los tiempos habían cambiado muy a su pesar, o más bien podría decirse que los tiempos habían cambiado para el pesar de gente como don Lázaro.

—Las brujas podrían considerar lo mismo —explicó José, sentado a la derecha de Cal en la alargada mesa.

Al contrario de lo que sucedía en el Consejo de las brujas, a aquellas reuniones tenían permitido el acceso y la palabra todos los nigromantes, lo que, en opinión de Cal, dificultaba aún más su labor. No había sido así para su padre. Después de escuchar atentamente a todo el mundo, Gabriel se ponía en pie, daba por terminada la sesión y procedía a hacer lo que le diese la real gana; o así había sido hasta que la tensión de los últimos meses le había debilitado como líder. Ahora, Cal tenía que cargar con los nuevos y malos hábitos de la hermandad sobre sus espaldas cuando nadie respetaba lo suficiente a un «amigo de brujas» como para no cuestionar su liderazgo.

—Ignoraba que esta reunión fuese para defender los intereses de las brujas —dijo con una sonrisa sarcástica Jaime Ruiz-Castro, más conocido como Ruiz. El hombre rondaba la edad de su padre, pero nunca habían sido exactamente amigos. El aspecto de Ruiz podía llevar a confusión. Su forma de vestir era mucho más relajada que la de la mayoría de los nigromantes; nunca llevaba chaqueta sobre su camisa oscura, y en más de una ocasión había acudido con pantalones vaqueros a las reuniones de la hermandad. Pero no había que dejarse engañar por su barba de tres días y sus pulseritas: Ruiz no era, en ninguno de los sentidos de la palabra, un hombre moderno.

Se decía de él que solo le importaba una cosa en esta vida, los más simplistas insistían en que era el dinero y que por eso se había especializado en la importación de bienes de lujo, mientras que los más enrevesados atribuirían esa entrega a coleccionar ceros en su cuenta corriente a una

ávida sed de poder. En realidad, ninguno acertaba; lo único que le importaba a Ruiz era seguir engordando su ego, y aquel joven de piel morena y ojos verdes al que tenía que rendir pleitesía se interponía en su camino.

José miró a Cal en busca de una respuesta. Había insistido mucho en lo importante que era que se desvinculase de esa imagen de «amigo de las brujas» si quería ser tomado en serio, por eso procuraba ser discreto cuando hablaba o se veía con Sabele. Abrir la boca requirió toda su energía mental.

—Es con ellas con quienes tenemos que firmar el nuevo tratado.

—Hemos tolerado la existencia de un tratado durante décadas, ¿y adónde nos ha llevado eso? —preguntó don Lázaro, deteniéndose para toser. Cincuenta años fumando puros pasaban factura hasta a un poderoso nigromante.

Se oyeron palabras de asentimiento entre los más ancianos, pero también entre los más jóvenes. Cal estaba adormilado, pero no se le escapaba la presencia de Abel entre la multitud.

—Un nuevo enfrentamiento no favorecerá a nadie —se apresuró a añadir José.

—No —reconoció don Lázaro—, pero no es preciso humillarnos para lograr la paz. En ocasiones, una buena demostración de fuerza básica para librar al enemigo de cualquier idea imprudente... —Algunos nigromantes se sintieron incómodos con sus insinuaciones, pero muchos otros asintieron con vehemencia.

«Si tanto le gustan las demostraciones de fuerza, podrías hacerle una al viejo», dijo la Voz en su cabeza. Las pastillas cada vez eran menos eficaces a la hora de aplacarla. Tan pronto como acabase la reunión tendría que consumir otra dosis.

—Tenemos una oportunidad para volver a empezar de cero —dijo Cal, alzando la vista desde su mesa hacia don Lázaro y esa permanente expresión de superioridad suya—, una oportunidad para entendernos. No vamos a desperdiciarla generando más odio y tensión —dijo, satisfecho consigo mismo y orgulloso por haber logrado articular un pensamiento tan coherente.

La Voz resopló en su cabeza. «Débil», dijo. «Eso es lo que piensan, que

eres débil. Y puede que tengan razón».

«Cállate. Ahora no».

«Eso está un poquito mejor».

Don Lázaro apretó los labios y Cal supo que se estaba conteniendo, lo cual no era buena señal; significaba que se guardaba la revancha para más tarde.

—Prepararemos una nueva contraoferta antes de presentársela a las brujas —sentenció José cuando nadie más rebatió—. Ahora, hemos de pasar a otro orden de asuntos. No formalizar la posición de nuestro líder nos hace vulnerables —miró a Cal fugazmente y, después, volvió a dirigirse al resto. Ya habían hablado de ese tema y estaban preparados para lo que iba a suceder—, por eso propongo que la jura de lealtad tenga lugar durante esta sesión.

El silencio se propagó por la sala como una enfermedad viral.

La jura de lealtad fue un ritual prácticamente sagrado entre sus antepasados nigromantes, quienes prometían servidumbre eterna e incondicional a sus líderes bajo pena de muerte. Se decía que quienes incumplían sus votos se convertían en cenizas, y que, en ocasiones, bastaba incluso con el pensamiento fugaz de cometer traición para que el juramento surtiese efecto. A los nigromantes modernos aquel concepto de sumisión no les había resultado tan atractivo, así que la jura de lealtad, una parte fundamental a la hora de reconocer a un líder como tal, se había transformado en un mero protocolo para ellos.

—¿Qué prisa hay? —preguntó Ruiz, que parecía a punto de bostezar en cualquier momento—. Que el chico demuestre lo que tiene defendiéndonos ante las brujas; ya juraremos después lo que sea preciso.

Esa reticencia no era ninguna sorpresa para Cal, después de todo, era el amigo de las brujas, un nigromante (por lo que ellos sabían) privado de su magia, un nigromante que ya renegó una vez de su derecho a liderar y que solo lo había recuperado al convertirse en una segunda opción. Incluso él mismo dudaría, y, sin embargo, le decepcionó el silencio de aquellos hombres que una vez se consideraron amigos de su padre.

—Tienes razón —dijo Cal—. No hay prisa.

Sus seguidores no le querían en el cargo y él no quería el puesto. Puede

que, después de todo, lograrse recuperar su vida. Se recordó a sí mismo las que hasta entonces fueron sus prioridades: su arte, sus amigos, Sabele... «Si deseas algo, debes tomarlo», susurró la Voz, tan oportuna y desdeñosa como siempre. «Por eso ninguno de estos hombres te respeta, te da demasiado miedo reclamar lo que te pertenece. Yo puedo ayudarte».

—Caballeros, ¿qué tal si lo dejamos aquí por hoy? —dijo, poniéndose en pie antes de recibir cualquier confirmación o reproche, y se apresuró hacia el cuarto de baño mientras sacaba las pastillas de su bolsita de plástico. No iba a caer en la tentación de escuchar al pérfido ser, no tan fácilmente.



Le vendría bien salir por ahí, hacer vida social y divertirse como solía hacer. En las últimas semanas, prácticamente solo salía de casa para cumplir las horas de «servicio a la comunidad» que le habían impuesto como castigo por tomar parte en una invocación ilegal (y que consistían en su mayor parte en ayudar a una huraña bruja a digitalizar y clasificar viejos libros de hechizos, otra de las ingeniosas ideas del clan Santos). Se pasaba el día metida en casa, matando las horas como podía. Todo el mundo parecía seguir adelante con su vida a pesar de la tensa calma que había precedido a la Batalla de los Traidores, pero ella sentía que se ahogaba. Necesitaba un cambio de ambiente, conocer gente nueva y charlar sobre tonterías que no tuviesen que ver con el arpa, el nuevo tratado, la ceremonia de elección o el paradero desconocido de las Lozano. No pedía más, simplemente pasar una noche agradable sin querer ni pretender otra cosa. Se arreglaría, vestiría su mejor sonrisa y saldría armada con su móvil

y preparada para pasar una gran noche rodeada de arte y de personas interesantes. Además, Cal nunca le había fallado cuando ella había organizado o presentado eventos, así que se lo debía. Era un momento muy importante para él, y si quería sentar las bases de una sana y duradera amistad, tenía que estar allí.

La teoría se la sabía, el problema era que le daba una pereza terrible.

No se reconocía a sí misma, tendida en la cama bocarriba con las piernas en alto, intentando convencerse de que salir un viernes por la noche era «lo lógico». La mera idea de tener que salir de la cama le provocaba el impulso de echarse a llorar y un gran vacío en el estómago. Llevaba cerca de dos horas sin hacer absolutamente nada salvo rodar de un lado a otro y pensar en el calor que hacía. Tenía varias decenas de mensajes sin abrir en su móvil (sin contar comentarios y las diversas notificaciones en redes sociales) porque no le apetecía hablar con nadie. Pero si salía de su cuarto, tendría que charlar con Cal y con Jean... como mínimo.

Jean. Técnicamente sería su segunda cita con quien podía ser su auténtica alma gemela; merecía la pena hacer el esfuerzo. Claro que, tener que convencerse de que le apetecía verle no parecía muy buena señal. «Si no lo haces por él, hazlo por ti», le dijo una voz en su cabeza. «No puedes seguir así».

Cogió aire y rodó hacia el borde de la cama hasta que sus pies tocaron el suelo y se puso en pie. «Bien, así. Un pie y después el otro. Todo irá bien», se prometió a sí misma. Se puso el primer vestido que encontró y, antes de salir de casa, encendió unas cuantas velas blancas para alejar la mala suerte y atraer la prosperidad. «Va a ser una gran noche», se prometió. Ningún hilo rojo del destino iba a arruinarla esta vez.



The Pretty Tomboys habían decidido por consenso que su nueva y primera tradición como banda sería la de salir de marcha todos los viernes por la noche; así afianzarían sus lazos y podrían hacer nuevos contactos (en una gran ciudad como Madrid uno nunca sabía a quién se iba a encontrar pidiendo a su lado en la barra).

Lucas toqueteaba las cuerdas de su guitarra con orgullo mientras escuchaba a su nueva familia debatir por dónde tocaba salir esa noche (sería estupendo si tuviesen un sitio fijo al que acudir, una especie de guarida, como Patti Smith y Robert Mapplethorpe en el Max's Kansas City o Amy Winehouse en el Hawley Arms de Camden, pero por el momento no habían encontrado ningún garito digno de semejante honor) (algún día, los hijos y nietos de sus dueños podrían decir con orgullo «Sí, The Pretty Tomboys y su líder, Luc Fonseca, frecuentaban este bar antes de ser famosos», y entonces les conducirían hacia la foto enmarcada en la pared que lo

demostraba. «Este chico tan atractivo de aquí es Luc; qué pena que muriese tan joven y en tan trágicas circunstancias. Podría haber compuesto tantas obras de arte si hubiese llegado a viejo...»).

Mientras él fantaseaba con su futuro más allá de la muerte, el debate continuaba abierto entre su batería, un chaval de piel morena y un envidiable par de pómulos llamado Toni que tenía la fuerza de un elefante en los brazos y un sentido del humor que hacía que Luc pareciese un santo, su nueva bajista, una chica con el pelo largo que se presentaba como Dani y que llevaba tocando el bajo desde los ocho años y vestía como un crío de doce, y su pupilo y segundo guitarrista, el angelical e ingenuo Fran, Fran el de los ojos dulces, quien no tenía la menor idea de dónde se estaba metiendo.

La negociación sobre adonde ir en su primera noche de juerga oficial como banda se había prolongado durante más de veinte minutos, a pesar de que solo necesitaban un sitio con buena música, barato y en la zona del centro para poder volver a casa sin demasiadas complicaciones (ni siquiera hacía falta que pudiese aprobar un control sorpresa de sanidad).

—¿Cuánta pasta tienes exactamente? —le preguntó Toni a Fran, que no dejaba de insistir en lo pelado que estaba.

—Me gasté lo que me quedaba en el vodka —dijo señalando la botella medio vacía de Absolut de cuyo rápido drenado el mayor responsable era Luc.

—Podrías haber comprado garrafón —le reprochó Dani—. Total, os lo ibais a ventilar en cinco minutos igualmente.

—Exagerada... —le reprochó Luc.

—No pasa nada. —Fran se encogió de hombros—. No necesito beber más, iré adonde digáis.

Luc, asaltado por las numerosas, brillantes, pésimas ideas que acudían a su mente cuando se hallaba en aquel estado de principio de embriaguez, rodeó los hombros de su amigo con el brazo.

—Claro que sí. Lo necesitas y vas a hacerlo. —Miró a Dani, que permanecía sentada con las piernas cruzadas en el suelo—. ¿No había una colega tuya que inauguraba un no sé qué?

Dani se cruzó de brazos, escéptica.

—Expone una pieza en una galería, sí, y hay una fiesta.

—Pues ya está —sentenció Luc, satisfecho consigo mismo—, no se hable más.

—Pero es que es una fiesta fina... —reprochó Dani.

—Mejor. Comida y bebida gratis. No me molestan los pijos —dijo Toni, encogiéndose de hombros. Luc, por su parte, se sintió un tanto receloso. La última «fiesta fina» en la que había estado había terminado con una posesión espectral.

—Si vamos, tenéis que comportaros —dijo Dani, retándoles a todos con una de sus famosas miradas desafiantes.

—¿Qué pasa, te avergüenzas de nosotros? —bromeó Toni, sentándose en el suelo junto a ella. Dani se apartó.

—Es una exposición de arte, no podéis ir por ahí gritando como mandriles y riéndoos de todo el mundo.

—Uf, arte... qué pereza... —se limitó a decir Toni.

Luc pensó en lo deprimente que era que ninguno de ellos intentase defenderse de las acusaciones de la bajista.

—A mí me parece buena idea. —Eran se encogió de hombros con una sonrisa de oreja a oreja.

Claro que se lo parecía, Eran era feliz por el mero hecho de estar allí, rodeado por lo que él llamaba gente guay. Fran era lo que el ego de Luc había necesitado a gritos durante todos aquellos años. «Ay, amigo mío, ¿dónde te habías metido?». Aunque a veces le irritase su inagotable optimismo, tenía que admitir que era un gustazo que, para variar, alguien le viese como un modelo a seguir y no como el desastre que era.

—Pues ya está —sentenció, dejando la guitarra a un lado y poniéndose en pie—. Vamos, vemos el ambiente y, si es un muermo, nos abrimos. Todo controlado.

Dicen que el ser humano es la única criatura de la naturaleza que tropieza dos veces con la misma piedra, y tiene que ser cierto si el pobre Lucas Fonseca aún pensaba, después de todo lo que le había sucedido, que tenía algún tipo de control sobre su suerte.



Sabelle miró boquiabierta a su alrededor al descubrir que aquel edificio de fachada sobria y antigua en la calle de Hortaleza, por delante del que había pasado centenares de veces sin prestarle la más mínima atención, era por dentro un moderno edificio de cristal, metal y madera que daba cobijo a un jardín psicodélico. Madrid nunca dejaba de sorprenderla.

—Lo bueno del arte moderno es que te hace pensar. Es fascinante tener que buscar su verdadera esencia. Me encanta el arte que te hace pensar —decía Jean a su lado, vestido con una camiseta de rayas negras y blancas y una boina que no venía demasiado a cuento en pleno verano, pero Sabelle no le prestaba atención. Estaba demasiado ocupada admirando el edificio y sorprendiéndose cada vez que reconocía un rostro célebre entre la multitud, al otro lado de los controles de seguridad.

Actores y actrices, escritores y escritoras, los músicos de moda, artistas consagrados, diseñadores apadrinados por las grandes revistas y modelos en los inicios de sus prometedoras carreras junto a sus respectivos agentes se

paseaban por los pasillos de la sala de exposiciones; saludaban a viejos amigos, hacían contactos y, sobre todo, se dejaban ver. Se sintió impresionada. Cal y ella siempre se habían movido en niveles considerablemente altos en cuanto a «fama» gracias a sus redes sociales, pero, en ese momento, se sentía una intrusa en mitad de un mundo inaccesible para los mortales. Entre tanta celebridad, los familiares y amigos de los artistas que exponían parecían estar tan en *shock* como ella.

Mientras Sabele miraba de un lado a otro con admiración, Jean hablaba a su lado sin que le prestase demasiada atención.

—En cambio, el arte figurativo... No sé, quiero decir, tenemos cámaras, ¿no? ¿Quién necesita un retrato en óleo? ¿Entiendes lo que quiero decir? En fin. Y luego hay quien dice «Eso lo podría haber hecho mi hijo de tres años», la típica frase llena de prejuicios, pero no es cierto, es arte conceptual, ¿de verdad puede tu hijo de tres años elaborar metáforas complejas? Porque en mi opinión...

Su cita le había dicho nada más verla que «tenía una gran noticia que anunciar», pero sus teorías artísticas le habían hecho divagar más de la cuenta y Sabele acabó asintiendo con la cabeza a pesar de haber perdido el hilo de la conversación hacía un rato.

—Pe... perdona —le interrumpió una fina voz.

Sabele se detuvo al sentir una mano tímida apoyándose en su hombro fugazmente. Su acompañante tardó unos cuantos segundos en darse cuenta de que hablaba solo, esta vez literalmente. Al darse media vuelta, Sabele se encontró con una chica de unos quince años con el pelo muy rizado, unas gafas muy parecidas a las suyas y las mejillas sonrojadas.

—¿Eres Sabele? —preguntó con la voz entrecortada.

Sabele asintió y los ojos de la chica se iluminaron. No pudo evitar sonreír, y sintió una calidez que añoraba en su corazón cuando le confesó que era una fiel admiradora de su canal.

—Me alegras las tardes cada vez que subes un vídeo. Sigo tollos tus consejos —dijo señalando las cuentas de su pulsera, repleta de amuletos.

Sabele le dio las gracias, se sacaron una foto y la joven volvió a reunirse con los que parecían ser sus padres. La bruja no podía dejar de sonreír. A veces se olvidaba de la razón por la que hacía todo aquello, y ese pequeño

encuentro le hizo reconectar, aunque brevemente, con lo que lo dotaba a todo de *sentido*. Solo por eso había merecido la pena el esfuerzo de salir de casa.

—Vaya, ¿te pasa a menudo? —preguntó Jean, y Sabele escrutó su rostro temiendo encontrar algún rastro de celos, pero no encontró ninguno—. Sí que eres toda una *celebrity*, eh. *Influencer* —dijo para sí mismo, saboreando la palabra. Para sorpresa de Sabele, no lo dijo con desdén—. Quién sabe, si va bien con The Telepats este verano, a lo mejor llegamos a ser una de esas parejas de lamosos, a lo Alaska y Mario. —Sonrió para acto seguido titubear al percatarse de que, a su manera, acababa de declararse—. Quiero decir, si llegásemos a... que no tiene por qué... Es decir, no me importaría, siempre que tú... —Al ver que Sabele no respondía, optó por sonreír y tomar la salida más noble que encontró para una situación embarazosa: ser directo—. Me gustas mucho, Sabele. —Se encogió de hombros—. No hace falta que me des una respuesta ahora, entiendo que aún tenemos que conocernos mejor, pero... bueno, ya lo sabes.

Sabele asintió y continuaron andando como si nada. La verdad es que Sabele no tenía ninguna intención de darle una respuesta *ahora*. «¿Le gusto yo... o le gusta cómo quedamos juntos?», se preguntó. Él mismo lo había dicho, aún tenían que conocerse, ¿cómo podía estar tan seguro? Por eso le resultaba difícil distinguir si tenía sentimientos por ella o por el tipo de chicas dentro del que encajaba.

Hacía solo una semana se había preguntado si su gran amor podría ser en realidad él. Y ahora, su potencial alma gemela acababa de declarar sus emociones por ella y su intención de ir más allá y Sabele sentía... *Nada*.

Absolutamente nada.

Continuaron caminando entre las obras, deteniéndose unos segundos ante cada una de ellas. Jean hacía algún comentario al respecto de prácticamente todas y Sabele fingía escuchar, concentrada en la abrumadora nada que la invadía. Si quería, solo tenía que aceptar, sin el más mínimo esfuerzo. Estaba ahí, al alcance de su mano, el amor o lo que quiera que Jean sintiese por ella. Solo tenía que tomarlo, pero ¿lo quería? En realidad, ya sabía la respuesta.

Lo peor de todo fue que, mientras él hablaba y hablaba sin parar, ella no

podía dejar de pensar en Luc. Luc. *El estúpido Luc*. Lo primero que había pensado cuando Jean pronunció las palabras «parejas de famosos» había sido en el maldito Luc Fonseca, adherido a su mente como un hongo vírico que no acababa de marcharse por más antibióticos que tomase. Había tenido varias citas con una especie de versión, en teoría mejorada, de él. Jean era más maduro, más responsable, más exitoso... y en cambio se trataba, y siempre volvía a tratarse, de él. De Luc. Ese estúpido que siempre le hacía reír cuando más lo necesitaba, pero que la cagaba estrepitosamente a la hora de la verdad.

Sabele se mordió el labio.

Sabía de una bruja de Barcelona capaz de llevar a cabo unos poderosos hechizos de amnesia selectiva. Tal vez...

—Si te fijas bien, se puede percibir un cierto parecido con la obra de... ¿Cómo se llama? El artista chino, ese que es tan conocido...

La silueta de una espalda familiar dando media vuelta hacia ella la salvó de tener que escuchar en qué creía Jean que una pila de cajas de zapatos se parecía a las instalaciones de Ai Weiwei. Cal la saludó con la mano y ella sonrió aliviada. El alivio era una emoción desbordante comparada con el vacío que había experimentado hacía unos momentos. Se excusó ante su grupito de amigos corrientes y caminó hacia ella. Al verle de cerca se percató de que no tenía buen aspecto. Unas profundas ojeras delataban que llevaba unos cuantos días sin dormir en condiciones, y en su siempre rasurada mandíbula asomaba una barba incipiente. También juraría que estaba más delgado que la última vez que se habían visto.

—Cal. —Le recibió con los brazos abiertos y se fundieron en un abrazo del que le costó desprenderse, embriagada por el familiar olor de su champú y su colonia. A veces se preguntaba si había hecho lo correcto al terminar con él, en esas ocasiones en las que se sentía tan perdida que creía echarle de menos.

—Has venido —dijo él, sonriendo con felicidad, el cansancio reflejado en sus ojos.

—Tú debes de ser el pintor, ¿no? —dijo Jean, en un pobre intento de marcar territorio.

—Y tú debes de ser el *otro* músico... —respondió Cal mirando a Jean

con un palpable desdén.

¿De verdad? Lo que menos le apetecía a Sabele aquella noche era acabar atrapada en mitad de una pelea de gallos. ¿Había sido una ingenua por esperar más madurez de ellos? Puede que Rosita tuviese razón y lo suyo estuviese demasiado reciente, pero eso no justificaba el tono de Cal.

—¿Qué tal va la cosa? Pinta bien, ¿no? Está bastante lleno, y he visto unas cuantas caras conocidas —dijo Sabele para desviar la atención hacia otro tema.

En lugar de dejar que el aludido interviniese, Jean se adelantó, lo que hizo que Sabele se preguntase si era tan retorcido como para haberlo hecho a propósito o estaba tan abstraído en sí mismo como para no darse cuenta de que su aportación no era necesaria.

—Sí, hay muy buen ambiente, da gusto estar rodeados por gente de espíritu elevado. Me dan ganas de salir corriendo a crear.

—¿Por qué no lo haces? —preguntó Cal con una seriedad tan gélida que hizo que un escalofrío recorriese la nuca de Sabele.

—¿Cómo? —dijo Jean, sin comprender.

—Irte, salir corriendo, ¿por qué no lo haces?

Jean sonrió incómodo y buscó a Sabele con la mirada, como si quisiese averiguar si la tensión cortante era tan real como le parecía. ¿A qué estaba jugando Cal? Se suponía que ya lo habían hablado, que le parecía bien que siguiesen con sus vidas sin dejar de formar parte de la del otro. La única salida que se le ocurrió a la bruja fue echarse a reír y fingir que su exnovio tenía un particular sentido del humor. Por desgracia, Jean era todo un parlanchín, pero no un estúpido.

—Ya... Muy buena.

—Bueno, no te molestamos más —dijo Sabele, reprimiendo el instinto natural de tocarle el brazo antes de irse—. Aún tenemos que ver los cuadros. Mucho ánimo.

—Gracias, disfrutadlos —dijo Cal, que parecía aturdido, como si de pronto no estuviese del todo allí.

Jean se adelantó y Sabele se dispuso a seguirle, pero sintió como Cal atrapaba su muñeca en el aire antes de que pudiera marcharse. Al mirar en sus ojos, volvió a ver al Cal generoso y cortés que conocía.

—Yo... Perdona que haya sido un poco cretino. Las Juventudes, el Tratado de Paz... Apenas he dormido esta semana. Discúlpame.

Sabele asintió, aunque sus explicaciones no acababan de cuadrarle. Por difícil que pareciese, le había visto vivir situaciones peores y, a pesar de su carácter sobreprotector, jamás reaccionaba con una hostilidad tan gratuita. No tenía ningún motivo para odiar a Jean salvo porque era su cita, y había querido creer que él estaba por encima de los celos infantiles del amor romántico, sobre todo cuando había quedado claro que eran amigos.

—No te preocupes, y enhorabuena. —Esta vez sí se permitió sostener su mano antes de marcharse—. Disfruta de tu noche.

Le resultó extraño darle la espalda y marcharse sin más. Si aquella exposición hubiese tenido lugar unos meses atrás, hubiese pasado la noche a su lado, la novia de, la musa de. No, en realidad no le echaba de menos, no añoraba ser «Sabele, la novia de», simplemente no podía dejar de preguntarse quién era ahora.

—Un poco tóxico tu ex, ¿no? —comentó Jean cuando le alcanzó, detenido frente a una fotografía manipulada que mezclaba un conocidísimo fotograma de una aún más famosa película con un Van Gogh.

—El... ha pasado por mucho últimamente. —Se oyó a sí misma y supo cómo sonaba. Supo que Jean se preguntaba «¿Por qué lo justifica?», pero si le conociese como ella, sabría que Cal era un buen tío—. ¿Te importa adelantarte? Creo que necesito...

—¿Espacio? —Jean se encogió de hombros—. Lo pillo. Voy a ir echándoles un ojo a las esculturas. De todas las modalidades de arte, la escultura es mi preferida. —Se inclinó hacia ella para depositar un beso amable en su mejilla y la dejó a solas. *A solas*. Rodeada de desconocidos, pero expuesta ante sus propios pensamientos.

Echó un vistazo a las numerosas notificaciones de su móvil. Suspiró, tentada a recluirse en un rincón y dedicarse a actualizar su *timeline* de Instagram, pero se recordó que eso podía hacerlo en casa cuando quisiese, y que estaba rodeada de arte. Después de grabar y subir una *story* en la que retrataba el ambiente, comenzó a deambular por la sala. Se detuvo ante la obra más cercana y, por primera vez desde que entró en la sala de exposiciones, la *disfrutó*. Era un retrato al óleo de una chica joven fumando,

con el pelo muy corto y la cara repleta de *piercings*. Miró el conjunto y después se fijó en los detalles, en la forma de sus dedos al sostener el cigarro, sus ojos cerrados para disfrutar de la calada, el mensaje de «No fuméis, niños» escrito en su camiseta de tirantes. Se fijó en el círculo rojo que señalaba su venta junto al nombre de la autora y sonrió. Ojalá todos los cuadros de Cal se vendiesen. Sabele se dio cuenta de que estaba deseando verlos. Le había hablado mucho de sus nuevos proyectos, pero no se los había enseñado, aunque reconoció el sello inconfundible de su obra tan pronto como distinguió la oscuridad de uno de sus cuadros al fondo de la sala.

Sintió que la boca se le quedaba seca ante la inquietante imagen. Parecía que ella no era la única que no estaba pasando por su mejor momento.

El título de la obra era «Autorretrato», pero el lienzo no mostraba a nadie que ella conociese. Aquel no podía ser *su* Cal. Ante ella se hallaba un chico con su mismo pelo oscuro, sus arqueadas y pobladas cejas, sus pómulos altos, su mandíbula cuadrada... pero su piel no era morena, sino grisácea, sus ojos verdes se habían convertido en pozos de oscuridad, de sus labios asomaban colmillos y de su boca brotaban serpientes y todo tipo de insectos. Unos largos y escuálidos brazos terminados en zarpas surgían por la parte inferior del lienzo y se aferraban a él, tirando hacia abajo. «Por Morgana... Cal». Apartó la mirada. No quería seguir mirando. Tenía que tener una conversación muy seria con él. Seguramente, el resto de espectadores de la exposición supondrían que se trataba de una obra simbolista, surrealista, quizá, pero ella sabía mejor que nadie que los cuadros de Cal tenían más realismo que magia.

Avanzó hacia la siguiente pieza, mucho más luminosa, pero también poblada por sombras. Se titulaba «Añicos», y si pretendía que así se sintiese al verla, lo había conseguido. En ella, una chica con una larga melena rubia flotaba desnuda, cubierta tan solo por una fina tela blanca, en lo que parecía ser un lago. De su tobillo izquierdo brotaban un millar de hilos negros que se entremezclaban en todas direcciones hasta formar una ininteligible masa negra.

Sabele miró de reojo a su alrededor para asegurarse de que estaba sola ante la obra. No quería que nadie la reconociese. Miró los hilos negros y

estuvo tentada de estirar la mano para tocar la pintura, preguntándose qué podía significar.



— **A** la calle de Bailen, por favor —dijo Leticia, subiéndose al taxi (una de las pocas ventajas de su nuevo puesto era que le pagaban los *tickets* de sus desplazamientos). Aprovechó el trayecto para ordenar sus ideas y repasar los apuntes que había hecho en su libreta. Era la cuarta iglesia que iba a visitar esa tarde (su día libre, se suponía, ¡ja!), y no esperaba encontrar ningún patrón distinto a lo que había visto en las otras tres.

Se bajó del coche cuando llegaron al final de la calle e hizo el resto del trayecto a pie. Aún no había anochecido del todo en la ciudad, que en verano comenzaba a florecer en todo su esplendor cuando los rayos del sol se replegaban por fin, y los grupos de amigos y parejitas aprovechaban el césped de la plaza del Palacio Real para hacer improvisadas merendolas (que normalmente consistían en *snacks* del todo a cien y helados), tocar algún instrumento musical, jugar a las cartas o simplemente disfrutar de su mutua compañía. Leticia sintió una punzada de envidia.

Pasó de largo la regia construcción de estilo neoclásico donde hacía no tanto habitaron reyes y reinas hasta llegar a la catedral más célebre de la capital: Santa María la Real de la Almudena (más conocida como la Almudena, a secas).

Leticia se detuvo ante la entrada de la iglesia durante unos segundos y sus dedos revolotearon inconscientemente hacia la cruz en su pecho. Tanto Luc como ella la llevaban siempre puesta desde que tenía uso de razón. Fue un regalo que su madre les hizo en sus respectivos bautizos (aunque ellos no lo recordaban y no les quedaba otra que confiar en su palabra), y había insistido durante años y años en la importancia de que la llevarsen siempre puesta; hasta tal punto que, ahora, la simple idea de quitársela le provocaba una punzada de inquietud.

Reanudó el paso y mostró su placa a un par de compañeros que vigilaban la entrada, quienes se hicieron a un lado para dejarla pasar. Como siempre que se adentraba en uno de aquellos imponentes edificios, Leticia sentía una punzada de admiración. Sus constructores habían intentado ensalzar con su creación la grandeza de Dios y de la Virgen, y en su humilde opinión, lo habían conseguido. Avanzó entre las elevadas columnas de piedra, embelesada con la ecléctica mezcla de estilos arquitectónicos, hasta llegar al altar. Allí la esperaban sus dos nuevos compañeros, reclutas que técnicamente estaban bajo su mando (aún no podía creerse que estuviese en la posición de darle órdenes a nadie): Mateo, un estudiante de INEF que supuestamente estaba haciendo las prácticas en un centro de alto rendimiento, y Patricia, a quien había reclutado en una prueba física en las oposiciones al cuerpo de la Policía Nacional.

—Buenas tardes, agentes —dijo, tan formal como pudo—. Siento haberos arruinado el fin de semana. —«Aunque yo también soy una mandada»—. ¿Qué tenemos aquí? —preguntó mientras se ponía los guantes de látex para evitar contaminar aún más el escenario.

—Robo con embrujo y... una pizca de exhibicionismo —explicó Patricia—. El mismo *modus operandi* que en las otras iglesias, por lo que hemos podido saber.

—Los ladrones entraron a plena luz del día y después alteraron la memoria de todos los presentes para que creyesen haber presenciado «un

milagro» —dijo Mateo, que le tendió un informe que recogía todos los testimonios.

Quienquiera que hubiese cometido el robo tenía un particular sentido del humor. Los turistas que visitaban la catedral estaban convencidos de haber presenciado cómo las estatuas de los santos habían ardidido en llamas sin sufrir ningún daño.

—O ladronas.

—¿Qué? —preguntó Mateo.

—O ladronas... El «milagro» es sin duda una bonita forma de generar una distracción, nadie les prestaría atención mientras sucede lo imposible. Sin duda, todo el mundo estaría muy ocupado grabándolo con su móvil. —Patricia asintió para reconocer con desgana que estaba de acuerdo—. La pregunta es... ¿si no querían que les descubriesen, por qué no hacerlo en plena noche, o cuando la iglesia esté cerrada? —El uso del fuego y la sensación de impunidad le hacía pensar inevitablemente en las mujeres más buscadas del país en esos momentos—. Se están pavoneando —dijo con una punzada de rabia—. ¿Qué se han llevado? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta.

—Solo el agua bendita de la pila.

Leticia miró a su alrededor. Obras de arte con un incalculable valor histórico, lámparas, candelabros, cruces, retablos y todo tipo de objetos de pro que podían valer una fortuna... y se llevaban la dichosa agua. Ordenó que la condujesen hasta la pila, en la cripta de la catedral, y se detuvo ante la fuente esculpida para albergar el sacro líquido, ahora completamente seca. No hubiese sido difícil inmiscuirse allí dentro mientras todos estaban pendientes del supuesto milagro.

—¿Por qué el agua bendita? No tiene grandes propiedades, y no creo que nuestras sospechosas planeen convertirse al cristianismo.

Al contrario de lo que solían dar a entender en las series y películas, tirarle un cubo de agua a un demonio solo serviría para refrescarle. El agua bendita solo era útil para bautizar a las personas y darles esa aura brillante durante algún tiempo, hasta que sus efectos acababan por desvanecerse. Había quien decía que anulaba temporalmente la magia de cualquier bruja que la tocase, pero en realidad era preciso acompañarla de un conjuro (a

nadie en la Guardia le gustaba sacar ese tema a relucir).

—¿Puede tratarse de una provocación? —sugirió Mateo, pero a Leticia no le pareció un motivo suficiente para asaltar una docena de iglesias en la capital. Eran demasiadas molestias, si hubiesen querido cabrearles hubiese bastado con dejar que los ídolos ardiesen de verdad.

Recordó su última conversación con Helena Lozano y la carne volvió a ponérsele de gallina. Tomó nota mentalmente de que no estaría de más volver a pedir un refuerzo en la seguridad de la prisión, y también sugeriría su traslado a unas instalaciones más remotas. Sus superiores habían considerado que Helena les sería más útil en la capital, pero Leticia estaba convencida de que jamás conseguirían sacarle ninguna información.

—Ya no hay respeto por nada —masculló un fantasma ataviado con lo que parecía ser la sotana de un sacerdote—, ni siquiera por lo sagrado —dijo con un suspiro melancólico.

Claro. La cripta de la catedral era prácticamente un panteón, y donde abundaban los féretros... también lo hacían los espíritus rezagados. Por fin un elemento en el que Leticia se sentía cómoda.

—¿Disculpe? —Leticia emprendió la marcha tras el fantasma que vagaba de un lado a otro de la cripta sostenida por varios centenares de columnas—. Señor, eh, Padre. Disculpe, ¿ha visto lo que ha sucedido?

El fantasma se giró hacia ella con los ojos muy abiertos y la boca torcida, como si no diese crédito a que alguien de carne y hueso le hubiese escuchado farfullar.

—No, no he visto absolutamente nada. Yo solo soy un siervo del Señor que no comprende los quehaceres del diablo y sus... súbditas. Si me disculpa —se excusó justo antes de atravesar la roca de la cripta y desaparecer tras ella.

Recordó la última vez que los fantasmas habían estado demasiado asustados para cooperar... No había muchos capaces de infundir semejante terror en quienes no tenían nada que perder. «Sus súbditas». No le cabía ninguna duda de que las Lozano estaban detrás de aquello.

—Seguid buscando —les ordenó a sus compañeros—, puede que haya alguna pista que nos lleve a ellas —dijo, aunque no tenía demasiadas esperanzas en que hubiesen sido lo bastante descuidadas.

Si estaban tramando algo, las posibilidades de detenerlas antes de que pusiesen su plan en marcha eran escasas. Llevaban semanas buscándolas, pero las Lozano no habían dejado un solo rastro que pudiesen seguir, y si alguien sabía algo... se negaba a hablar. La única alternativa que tenían era estar preparados cuando eso sucediese.



«¿Esto lo llaman fiesta?». Juraría que había visto a varios niños pequeños correteando por el jardín. «Una fiesta. Me mofo». Si eso era una fiesta, él era Mick Jagger en 1968. Pero bueno, al menos Dani no se había equivocado con lo de que se podía beber gratis, y *champagne* del bueno. Él tenía en mente algo que fuese a subírsele más rápido, pero no era el tipo de idiota que le decía que no a una botella cara; ante todo, Luc se consideraba un tío con buen gusto.

«Con un poco de suerte, hago algún contacto», se dijo a sí mismo, paseándose entre los cuadros, esculturas y montones de basura con un precio desorbitado. La exposición parecía ser una especie de iniciativa *chupiguay* para jóvenes artistas de esas en las que solo seleccionan a niños pijos con un buen agente, el tipo de evento que atraía a famosos y a personas de buena posición. The Pretty Tomboys necesitaban urgentemente un productor o un mánager, pero ninguno de sus compañeros había sabido ver la oportunidad, así que no les quedaba otra opción que plantarse frente a

la puerta por donde entraban los camareros del *catering* con las bandejas de canapés y gorronear todo lo que pudiesen. Eran buenos músicos, pero menos mal que estaba él para poner la visión.

De todas formas, en el caso de que no consiguiese presentarse a nadie relevante, las obras le resultaban mucho más entretenidas que un canapé de *foie gras* o una brocheta de pollo *teriyaki*. Había de todo, pero las más estrambóticas y, en su nada humilde opinión, presuntuosas, captaron enseguida su atención. «Vaya tomadura de pelo», pensó al pasar de largo ante una espantosa escultura hecha a base de cabezas de muñecas Barbie. Y luego decían que lo suyo era postureo. «¡Miradme, miradme, hago cosas sin sentido, qué moderno y qué intenso soy!», se burló en su fuero interno. Dio un sorbo a la copa de *champagne* para pasar el mal trago y aplacar al *hater* que llevaba dentro, una tarea complicada hasta para un espumoso. Estaba a punto de sacar su móvil para mofarse en público de la obra cuando una imagen le cautivó en la distancia.

No estaba seguro de qué era, pero se sintió irremediabilmente atraído por la obra, una mezcla de luces y sombras, que colgaba en la pared de la sala de al lado. Hipnotizado, avanzó hacia el cuadro sin apartar la vista de la pálida figura que lo protagonizaba, de su melena rubia, de su bonito y familiar rostro. La observó en silencio con el corazón encogido, como si fuese lo más hermoso que había visto en su vida. Quizá fuese porque estaba algo borracho, pero le pareció perfecta. Por una vez no tenía ningún comentario irónico que hacer, demasiado absorto en los colores de la obra, hasta que comprendió por qué le había resultado tan sugerente al distinguir a Sabele a solo unos pasos del cuadro.

«Oh, mierda».

Estuvo tentado de huir y fingir que no había visto nada, pero era demasiado tarde. Sabele acababa de girar la cabeza hacia él, como si fuese un títere guiado por la intuición. Luc sintió como la vergüenza le mataba lentamente desde dentro, y por una vez hubiese deseado ser él quien tenía poderes mágicos para hacer que la tierra le engullera. Por si no fuera lo bastante embarazoso encontrarte con alguien a quien llevas evitando semanas, estaba seguro de que sostener una copa en una mano y la botella de vodka a medias que había conseguido colar en la otra no daba la imagen

que a él le hubiese gustado transmitir. Al menos, no a ella.

Durante un instante, Sabele le estudió confusa, pero en cuanto se dio cuenta de que no se trataba de una visión, o quizá cuando recordó la última vez que se habían visto, el enfado chisporroteó en sus ojos. Ella entreabrió los labios y, por un momento, Luc temió que fuese a gritarle o a insultarle allí, delante de todos aquellos potenciales mánager, socios y contactos, pero hizo algo aún peor. Se dio la vuelta y se marchó como si no existiese.

Estuvo a punto de sentirse insultado, herido en su orgullo y todo ese rollo, pero tenía que admitir que la entendía, y de sobra. De hecho, le parecía la reacción más razonable. Los recuerdos borrosos de aquella fiesta, unidos a lo que después le contaron sus colegas, volvieron a cobrar vida en su mente y se sintió abochornado y agobiado. No lo bastante para cancelar la noche de fiesta, pero sí para buscar a su banda y arrastrar a todos sus componentes a cualquier garito de los alrededores. Invitaba él, si hacía falta, pero tenía que largarse de allí antes de que existiera la posibilidad de volver a encontrarse con... «Oh, mierda».

Allí estaba, en mitad de la escalera. Sabele. No había huido tan rápido como creía. Y junto a ella... «Venga ya».

—¿Luc? —preguntó Jean al verle, frunciendo el ceño. Casi pudo leer sus pensamientos: tenía miedo de que montase uno de sus numeritos.

También comprendía que Sabele quisiese tener una cita con cualquiera que no fuese él, pero ¿por qué demonios, de todos los idiotas del mundo, tenía que elegir a su examigo de la infancia? Jean no tenía nada de especial, solo un montón de suerte que no se merecía. «Definitivamente, esta chica no tiene buen ojo para los tíos», pensó.

«Sé civilizado», se suplicó a sí mismo. Los dos le miraban como si esperasen que hiciese cualquier locura. Pues no. No iba a darles ese gusto. Esta vez iba a ser elegante, iba a quedar por encima de ellos, a dejar claro que, si se lo proponía, podía ser todo un caballero, un tipo con clase. Se dispuso a bajar las escaleras hacia ellos y tropezó consigo mismo al poner el pie en el primer escalón. Tuvo que agarrarse a la barandilla para no caer rodando y la copa de *champagne* se estrelló contra el suelo.

—Ya estamos... —oyó decir a Sabele para sí misma, pero optó por ignorarla.

Ni siquiera había bebido tanto, el problema era que tenía las piernas demasiado largas y el centro de gravedad muy alto, ¿qué culpa tenía él? Que les pidiesen explicaciones a las leyes de la física.

—Hola, Jean. Sabele. —Les saludó a ambos y trató de recuperar la compostura tan dignamente como pudo.

—¿Qué tal? —preguntó Jean mientras Sabele intentaba conducirlo escaleras abajo sin éxito. Tal vez ella prefiriese no tener que verle la cara, pero intuía que Jean, el estúpido, traidor, cobarde y suertudo de Jean estaba dispuesto a disfrutar de su triunfo y a restregarle aquel giro del destino tanto como le fuera posible. Luc decidió ponérselo difícil, o al menos intentarlo.

—Muy bien. Estupendo. Perfecto. Fabuloso. —No le devolvió el qué tal, pero eso no detuvo a Jean.

—Me alegro. Yo también estoy genial, mejor que nunca. Muy bien acompañado, como puedes ver. —Eso era rastrero hasta para él. Luc sintió como si una mano con las uñas afiladas le abriese el pecho en dos y rebuscase en él hasta encontrar su corazón para arrancárselo de cuajo.

Sabele desvió la mirada, ¿culpabilidad? Perfecto, además sentía lástima por él, un pobre diablo que no estaba a la altura de una chica como ella. Como si no pudiese encontrar a otra con quien salir cuando quisiera...

—Supongo que tendría que darte las gracias —continuó diciendo Jean—. Si no me hubieses invitado a tu fiestecita para... ¿cómo era? ¿Demostrarme que tu grupo le daba mil vueltas al mío? Sí, eso dijiste... Sin tu fiesta, Sabele y yo no nos habríamos conocido, así que gracias.

Luc apretó el puño, digiriendo la doble puñalada. Olvidó sus buenas intenciones de estar por encima de la situación y, en un patético intento por demostrar que se equivocaba al pensar que podía hacerle daño, reaccionó, por fuerza de hábito, de la peor manera posible: mintiendo.

—De nada. Hacéis una pareja preciosa. De hecho, yo también he venido muy bien acompañado.

—¿Sí? —preguntó Jean, sorprendido, pero sin demasiado interés. *Sorprendido...* «Será imbécil».

—Sí.

Buscó celos en la expresión de Sabele, pero no obtuvo nada, así que decidió continuar con la mentira con la dudosa suerte de que Dani subiese

las escaleras hacia él en ese mismo momento.

—Luc, por fin te encuentro —dijo—. Los chi...

Luc la interrumpió, caminó hacia ella y rodeó sus hombros con el brazo sin previo aviso. Dani nunca se cansaba de repetir lo mucho que detestaba que la tocasen, así que, por un momento, temió que usase sus conocimientos de kárate para tirarle por las escaleras. Se lo habría merecido, la verdad.

—¡Ey! Justo hablaba de ti...

—¿Ah, sí? —Dani arqueó una ceja; miró a la pareja frente a ella, después a Luc y de nuevo a Sabele.

—¿Guapa, eh? —siguió diciendo, aunque era la única verdad que había salido de su boca desde que empezó a hablar. Dani tenía los labios de Angelina Jolie, los pómulos y la barbilla de Ariana Grande y los ojos de Mila Kunis. ¿Cómo no se había fijado antes? Maldita sea, Dani era preciosa. Entre su *sex appeal* de cantante andrógino y la cara de Dani iban a vender unos cuantos discos solo por guapos. Bien. Una venta era una venta. Sabía que su música se defendía por sí misma, así que por él se podían comprar el EP para hacer una hoguera mientras eso significase que estaba en las listas de los más vendidos.

—Además, Dani es la mejor bajista de Madrid, ¿verdad?

Se dio cuenta de lo idiota que era cuando Sabele echó a andar escaleras abajo sin mediar una sola palabra, ni con su cita ni con él. No conservó los modales ni siquiera para saludar a la pobre Dani, que les miraba sin comprender nada. Una parte de él sintió un siniestro placer al comprobar que había conseguido despertarle celos, a la vez que quería darse una bofetada a sí mismo. «Has conseguido que la chica que te vuelve loco piense que estás con otra. Bien». Igual esa estrategia funcionaba en las telenovelas, pero dudaba que Sabele fuese a caer rendida a sus pies tras semejante numerito.

—¡Sabele! —la llamó mientras se marchaba. Se alejó de Dani y de Jean y corrió tras ella.

—¡Déjala en paz, Luc! Dale espacio —dijo Jean, dándoselas de digno, tal y como siempre hacía.

—¡Espacio y una mierda! ¡Sabele! —gritó, pero ella ya había cruzado la

puerta de la entrada.

Corrió tan rápido como pudo; apartaba a la gente de su camino con brusquedad y se ganó algún que otro merecido insulto a su paso. No le preocupaba. A esas alturas era inmune al desprecio ajeno. Salió a la calle y la vio caminar a grandes zancadas a pesar de sus tacones.

Después de cómo se comportó en la fiesta había aceptado que nunca habría nada entre ellos. Pensó más de una vez (y de veinte) en escribirle, pero se sentía tan avergonzado que... Dios, ¿por qué iba a querer sus excusas y disculpas? Lo sabía, lo entendía. Era imposible que alguien como Sabele, alguien con una vida en orden, con las ideas claras, inteligente, luchadora, amable, increíblemente guapa... («Dios, si es un maldito ángel... Oh, espera, puede que esté más borracho de lo que creía») llegase a enamorarse de él. Captaba la idea. Ella... Él... Se esforzaba por demostrarle al mundo que tenía una gran autoestima, pero no estaba ciego. Sin embargo, aunque supiese de sobra que Sabele nunca le iba a querer, no soportaba la idea de que le odiase. Las cosas no podían acabar así entre ellos, así que reunió todo su valor e ignoró la voz en su cabeza que le decía que estaba comportándose de manera patética.

—¡Sabele!



Solo había pedido una noche normal y corriente, una noche para divertirse un poco, olvidar sus dudas internas, los malos recuerdos, los juegos de política a su alrededor por los que una veinteañera como ella no podía hacer nada... Quería recuperar su vida antes de lo sucedido en marzo durante un rato, y ninguno de los tres se lo había permitido.

—¡Sabele! —la llamó por... ¿qué, tercera, cuarta vez? Cualquier persona normal habría captado el mensaje: no quería hablar con él, ni siquiera quería verle la cara. Pero intuía que no iba a detenerse. Dio media vuelta hacia Luc y le respondió lo más civilizadamente que pudo.

—¿Qué demonios quieres de mí?

Él se detuvo en seco.

—Eh... yo... pues...

—Me da la sensación de que no tienes nada que decir que no hayas

dicho ya. Buenas noches.

Antes de que pudiera reemprender su marcha, Luc encontró las palabras.

—¿Qué quieres oír, que lo siento, que soy un desecho humano? De acuerdo, lo siento y soy...

—No, Lucas, no quiero oír nada de eso. Ya lo he oído muchas veces y, ¿sabes qué? Como excusa ante ti mismo para no cambiar lo que no te gusta de tu vida o de tu propia persona está muy bien, pero, visto desde fuera, solo cuela la primera vez.

Luc miró de un lado a otro, en apariencia más frustrado que dolido por sus palabras. Extendió los brazos en el aire, en dirección hacia ella.

—Entonces, ¿qué quieres?

—¿Yo? ¿Qué quieres tú? Eso es lo que me pregunto...

Silencio. «Ya. Como siempre».

—Dos meses... —continuó, y sintió como la herida escocía al reabrirse lentamente. ¿Por qué se hacía daño a sí misma?—. Dos meses de «Esta semana no puedo», «Al final me ha surgido algo», «Lo siento, Sabele, es que me duele un dedo del pie».

—Era el tobillo —puntualizó Luc.

—Perdona, te dolía el tobillo. Eso lo cambia todo. —Dejó que el sarcasmo causase efecto antes de seguir con sus reproches—: ¿No tienes nada que añadir, nada que me haga entender por qué has estado jugando conmigo?

Luc miró al suelo fijamente durante unos cuantos segundos y Sabele esperó, como había esperado durante semanas, como cuando repasaba sus *stories* para comprobar que las había visto aunque luego no se dignase a responder a sus mensajes; esperó hasta comprender que su amor propio valía mucho más que aquel bucle sin salida, aunque últimamente le costase recurrir a él.

—Tengo un nuevo grupo. —Luc se atrevió por fin a alzar la mirada, aunque sus ojos se detuvieron en sus labios para evitar el contacto visual—. Somos buenos. Empezamos a grabar dentro de poco.

Sabele se encogió de hombros. Le parecía estupendo que persiguiese sus sueños, de hecho, era una de las cosas que habían acabado por agradecerle

de él, pero ¿adónde pretendía llegar con eso?

—Estoy poniendo mi vida en orden.

Oh. De acuerdo. Sabele cogió aire en un intento por digerir el golpe.

—Ya, y supongo que una bruja no entra dentro de ese «orden».

—¿Qué? No... no quería decir eso.

—Mira, da igual. Yo solo quería que quedásemos para ver qué tal iba. Pensé que, a lo mejor, no sé, podíamos llegar a ser amigos. —«Mentira»—. Pero no pasa nada si no te interesa. —«Mentira»—. Lo entiendo. —«Mentira».

—Sí que me interesa —dijo Luc, incapaz de mirarla a los ojos. «Pues demuéstralo», suplicó sin decir nada—. Y sí que... sí que podemos ser amigos.

«Podemos ser amigos». ¿Por qué una frase que parecía tan inofensiva escocía tanto? Sonaba como uno de esos datos curiosos que dan en los documentales. «El ser humano puede sobrevivir hasta cinco días sin beber, veinte sin dormir y sesenta días sin comer». Sí. Podía. *Podemos*. ¿Pero quién en su sano juicio lo haría por voluntad propia? «Podemos ser amigos», pero ¿para qué? Solo en ese momento comprendió de verdad cómo debía de estar sintiéndose Cal; pero Cal y Luc no eran la misma persona, no se parecían en nada.

—No lo creo. Los amigos se cuidan entre sí, los amigos se respetan.

—¿Tiene esto algo que ver con Dani? Solo es mi bajista, ni siquiera me gusta. No sé por qué he dicho esas tonterías, yo...

El viento comenzó a soplar con ímpetu en torno a ellos, con una fuerza impropia de aquella época del año, revolviéndole el cabello con furia, balanceando las ramas de los árboles a su alrededor y agitando los contenedores de basura.

—¿Crees que estoy celosa?

El joven dio un paso hacia ella y el aire le envolvió, impidiéndole avanzar. Distinguió el temor en la expresión de Luc y le vio tragar saliva. Sabele se percató de lo que estaba haciendo e inspiró hondo, en busca de un poco de serenidad. El viento se amainó hasta convertirse en una suave brisa. No, no era propio de ella volcar sus frustraciones en los demás, ni siquiera en Luc.

—Por mí puedes salir con quien quieras. Por la Diosa, no voy a empezar a maldecir contra esa pobre chica ni a suplicar tu atención. —Y menos aún cuando su intento había sido tan poco creíble. Bastaba con ver la expresión de la bajista cuando Luc la rodeó con el brazo.

—Estoy poniendo mi vida en orden —insistió Luc—. Los últimos meses no han sido buenos, pero... las cosas empiezan a ir bien. Solo necesito... un empujón.

Quiso creerle. Lo intentó. Pero tenía suficientes problemas en su cabeza que resolver como para ocuparse de los de alguien que insistía en complicarlo todo. Si tenía que haber alguien en su vida, sería una persona que le ayudase a encontrar la paz, no que trajese más caos consigo. Y si esa persona no existía, entonces lo mejor sería que continuase a solas con su camino.

Negó con la cabeza a aquella petición que Luc ni siquiera había pronunciado en voz alta.

—Me alegro por ti, Luc. Espero que lo consigas, pero no voy a ser tan ingenua como para pensar que la gente se transforma de la noche a la mañana. —Señaló la botella de vodka que no había soltado en ningún momento—. O que puedo cambiarte. No soy un ángel salvador, no soy una musa que irradia luz, soy una bruja. Así que vas a tener que salvarte tú solito.

Se miraron a los ojos y Sabele sintió un nudo en el estómago. Se recordó a sí misma que él le había fallado primero, y que no le había pedido ayuda en ningún momento, porque si lo hubiese hecho, quizá no hubiese podido decir que no. Por fortuna, Luc no se atrevió a añadir nada más. Ya había tomado su decisión, pero su silencio le puso las cosas aún más fáciles.

—Espero que lo consigas, Luc.

«Y también espero no volver a verte nunca», se dijo al echar a andar en dirección a Malasaña, aunque sabía que la magia no se lo pondría tan fácil. No quería verle. Tampoco a Cal, ni a Jean. No quería volver a saber nada del amor, ni de los chicos que solo le complicaban la vida. Lo único en lo que podía pensar era en lo mucho que echaba de menos a sus amigas.



E ntró de nuevo en el edificio y buscó a sus amigos como un autómatas. Necesitaba que saliesen de allí y fuesen al bar más cercano a pillarse el pedo del siglo. Que ansiase mejorar como persona para estar a la altura de las expectativas de Sabele, y, de paso, de sí mismo, no tenía nada que ver con que se emborrachase hasta perder el sentido de vez en cuando, ¿verdad? Quizá fuese cierto eso de que no dejaba de ponerse excusas, ¿y qué? Vale, sí, igual era un desastre y lo iba a ser siempre. ¿Pero no era eso otra excusa? «Mierda», pensó por enésima vez esa noche. Jean llegaría a ser una estrella internacional, se casaría con la chica de sus sueños, tendrían dos hijos biológicos guapísimos y adoptarían a dos o tres niños más. Y todo eso mientras él se autodestruía. ¿Y qué? Al menos tenía un plan. Era más de lo que podía decir la mayoría de la gente.

Maldita sea.

Dio media vuelta, tiró la botella de vodka en una papelera y se replanteó la opción de irse a su casa a dormir. Lo que estaba dispuesto a hacer cuando

esa bruja estaba cerca no dejaba de sorprenderle.

Sintió una mano sobre su hombro y se giró sobresaltado, como si su cuerpo temiese que Sabele hubiese vuelto para decirle un par de cosas más si es que quedaba algo que decir. En su lugar se encontró con la fea cara de Jean y su pelo amarillo neón.

Su célebre expresión asqueada apareció de forma automática, sin que Luc hiciera nada por contenerla. «Te odio, es obvio, ¿y qué?» era su filosofía en ese tipo de situaciones.

—¿Qué narices quieres?

Jean tampoco disimuló su mudo «Señor, dame paciencia» al poner los ojos en blanco e inspirar profundamente.

—Mira, me lo he pensado mucho antes de venir a decirte esto porque no lo tenía nada claro antes de verte esta noche. Y sigo sin tenerlo, pero creo que lo necesitas, y urgentemente, además.

—¿De qué hablas? Mira, tío, no me rayes...

—The Telepats íbamos a tocar como teloneros en el FREF este verano —se apresuró a decir antes de que Luc volviese a darle la espalda.

—Sí, ya lo sé. Creo que lo sabe todo el mundo. —Llevaba viendo sus estúpidas publicaciones sobre el puñetero FREF en Twitter e Instagram desde hacía semanas. Hasta lo había compartido en Snapchat. ¡Snapchat! Pero ¿es que eso aún existía?

—Escucha un poco por una vez en tu vida. He dicho íbamos. *Íbamos*. —Jean le miró fijamente, captando por fin el interés de Luc—. Scott ha movido sus hilos y nos ha conseguido una fecha para grabar en Sunset Sound, pero tenemos que estar allí justo antes del festival. —Luc se contuvo para no abrir la boca de par en par y, durante una milésima de segundo, estuvo a punto de dar saltos de alegría y abrazar a su compañero; después recordó que le había desechado como una colilla usada y que le odiaba por ello, así que su entusiasmo se esfumó y se apoderó de él una putrefacta envidia.

Sunset Sound era uno de los muchos sueños que ambos habían compartido. En aquel estudio de Hollywood se habían creado obras maestras como *Purple Rain* y por él habían pasado artistas como Janis Joplin, Aretha Franklin, The Doors, Guns N' Roses, Los Rolling... y ahora

Jean.

—La cosa es que la organización del FREF nos ha pedido que busquemos un sustituto para compensarles.

—¿Por qué me cuentas esto? —preguntó Luc. Aunque intuía por dónde quería ir; hasta donde había entendido, Jean y él habían pasado de ser hermanos a enemigos el día en que su primera banda, The Finnegans, se disolvió cuando sus miembros desertaron para unirse a otro grupo con más experiencia y gancho comercial. Y si eran enemigos, no comprendía por qué iba a querer ayudarle... a él. Precisamente a él. ¿Culpabilidad? Tal vez.

—¿Tú por qué crees? —Se encogió de hombros. Definitivamente, se sentía culpable.

Pues nadie, y mucho menos una persona con la mitad del pelo teñido de color amarillo chillón, se compadecía de Lucas Fonseca.

—No nos has oído. Cabe la posibilidad de que sonemos como el culo.

—No lo creo. Dudo que tú te juntases con alguien que no supiese lo que hace. Musicalmente hablando, claro.

—Yo no lo tendría tan claro, después de todo, estuve en la misma banda que tú. —Jean le sostuvo la mirada, sin decir nada ante su provocación, completamente impasible. Le gustase o no, le conocía desde los doce años —. No necesito tu caridad.

—No es caridad.

—Entonces solo es la culpa que te corroe por haber dejado tirado a tu amigo y tener que ver como tú te catapultas hacia el éxito mientras él se queda tirado en la mierda.

Jean le dedicó un largo y resignado suspiro.

—Vale. Como tú veas. Te estoy dando la oportunidad de tocar ante un público internacional en uno de los festivales más prestigiosos y con mejor cartel de música *rock* independiente porque tengo la sensación de que te has olvidado de que *ese* era nuestro sueño. Pero oye, si no te apetece, pues lo dejamos y me busco a otro. Y mientras, tú sigue dándole a la botella si es lo que te hace feliz.

Se cruzó de brazos y esperó su respuesta. Luc agradeció no poder ver la cara de estúpido que se le debía de haber quedado. Con un productor de la categoría de Scott, The Telepats podrían llegar a tocar en todos los

festivales que quisiesen, pero ¿cuándo iba a volver a tener un don nadie como él un golpe de suerte como ese?

—¿Amigos? —Jean le tendió la mano. El muy imbécil sabía que le tenía en el bote.

Luc miró sus gruesos dedos, recubiertos de anillos; uno de ellos, por cierto, se lo había prestado él en primero de Bachillerato y ya nunca lo recuperó. Jean fingió que no se había dado cuenta; como siempre, le encantaba la sensación de sentirse un paso por delante. Ahora era Luc quien se había quedado atrás, y Jean le ofrecía la posibilidad de luchar por recuperar el primer puesto. Por un instante estuvo tentado a creer que significaba que en realidad seguían siendo amigos, pero el efecto del vodka se había disipado lo suficiente como para recordarle lo reciente que era la herida.

Al final, la decisión era sencilla. Tenía que elegir entre aferrarse a su orgullo o perseguir la fama.

Había pocas cosas que Luc no estuviese dispuesto a hacer a cambio de la certeza de que siempre habría flores en su tumba, además de algún que otro monumento para homenajear su legado en cada uno de los cinco continentes.

—De acuerdo. Te haré el favor —dijo estrechándole la mano.



Buscaba en su conciencia una explicación (o más bien una excusa) para su comportamiento de esa noche. Era cierto que las últimas semanas de tensión continua habían sido muy estresantes, que aún no se había recuperado del todo de la traición de Fausto, que la Voz susurraba en su oído palabras tentadoras e ideas peligrosas, que la medicación que empleaba para acallarla jugaba con su estado de ánimo como si fuera una ruleta de la fortuna. Los pretextos tras los que se ocultaba eran ciertos, sí, pero la única verdad era que los celos le habían envenenado como un buen trago de arsénico.

Había querido creer que era el tipo de persona madura capaz de afrontar que su expareja siga adelante con su vida, pero al parecer se equivocaba.

«A nadie le gusta que le dejen atrás, que le humillen y le rechacen. ¿Cuándo vas a reclamar lo que es tuyo en vez de dejarte pisotear?», dijo la Voz.

Cal sacudió la cabeza y el exma aún presente en su sangre acalló a su péfido compañero de viaje. En esta ocasión, la medicación le había acelerado y se había pasado la noche hablando sin parar con cualquiera que se pusiese a su alcance, yendo de aquí para allá sin poder estarse quieto.

A pesar de su desbordante energía, la noche había avanzado con la calma propia de una exposición de arte. Las celebridades invitadas fueron las primeras en marcharse, seguramente porque tenían fiestas mucho más interesantes y exclusivas a las que asistir, y los familiares y amigos de los artistas alargaron la noche hasta que se acabaron los canapés y dejaron de servir *champagne* y vino blanco. Poco a poco, las salas se vaciaron hasta que solo quedaron unos cuantos rezagados. Cuando los efectos del exma comenzaron a disiparse, Cal reunió la suficiente calma para detenerse ante su propia obra, que escrutó interrogante, como si ni él mismo supiese qué había intentado decir. En concreto, no lograba apartar la vista del cuadro en el que aparecía la mujer de cabellos dorados. No pretendió retratar a Sabele en él, simplemente se había dejado llevar por las musas, aunque al contemplar el resultado final, su inspiración era demasiado evidente como para negarla. «Debo ponerlo a buen recaudo», se dijo al recordar los viejos y oscuros hechizos capaces de emplear el retrato de una persona tanto para salvarla como para condenarla. Lo último que quería era transformar a Sabele en una especie de Dorian Gray. El arte, en ocasiones, albergaba tanto poder como la magia.

Cal se perdió en sus propias pinceladas, ajeno al mundo que le envolvía, hasta que las luces se apagaron. Por un instante creyó que estaban cerrando la galería, pero no tardó en comprobar que la solidez de aquella oscuridad no era natural. Miró a su alrededor y fue testigo de cómo uno a uno los corrientes presentes en la sala caían al suelo, inconscientes, a medida que las sombras invadían sus cuerpos. La oscuridad se tornó aún más densa cuando tres nigromantes rompieron el silencio con el sonido de sus pasos sobre el suelo de hormigón.

—¿Esto es a lo que se dedican los corrientes? —preguntó Abel con desdén—. Qué aburrimiento —dijo antes de golpear una de las esculturas que encontró a su paso, que cayó y se deshizo en pedazos—. Ups.

Abel y sus dos matones de las Juventudes avanzaron hacia Cal,

desafiantes. Si hubiese podido usar su poder, Cal les habría destrozado a los tres con solo un par de palabras, pero no había compartido el retorno su poder con nadie, y no tenía intención de delatarse esa noche.

La magia de Abel se basaba en un despliegue agresivo de fuerzas, lo que para un nigromante suponía un desgaste visible. Las sombras ascendían por su cuello hasta teñir su mandíbula de un color tan negro como el carbón recién sacado de la mina. Si seguía derrochando su poder así, no viviría muchos más años.

—¿Qué estás haciendo, Abel? —preguntó, procurando mostrarse seguro, casi soberbio. Aquel hombre había seguido a Fausto hasta la guerra, ¿cómo iba a lograr él mantenerle atado en corto durante la paz?

—Venimos a apoyar a nuestro líder, ¿verdad, chicos? —Sus dos compañeros asintieron con la cabeza y Abel se encogió de hombros—. Corrientes... brujas... —Escupió en el suelo para dejar claros sus sentimientos. Tan elegante como siempre—. ¿Por qué ibas a juntarte con ellos teniéndonos a nosotros, líder? —Forzó una reverencia sin dejar de sonreír. Le estaba tanteando. Y Cal no tenía ninguna forma de defenderse. Los miembros de las Juventudes eran las últimas personas del mundo con quienes querría pasar su tiempo, pero tampoco le convenía desafiarles abiertamente.

—No, gracias. No tengo ningún interés en pasar la noche invocando a espectros maliciosos y atormentando a corrientes en callejones oscuros.

—Hacemos mucho más que eso... defendemos a los nuestros, no como tú.

Abel apretó los puños y Cal supo que se estaba conteniendo. Si había algo con lo que Abel disfrutaba era la violencia gratuita. ¿Por qué reprimirse? Le tenía indefenso y a su disposición, podría haber acabado con él; habría consecuencias, por supuesto, pero nunca le había importado pagarlas con tal de salirse con la suya. «Le están controlando», comprendió. Abel había encontrado un nuevo señor al que seguir. Un verdadero enemigo oculto detrás de su sabueso, igual que Fausto. Unos cuantos nombres de posibles candidatos acudieron a la mente de Cal. No le faltaban enemigos, la pregunta era... ¿quién sería lo bastante soberbio como para creerse capaz de controlar a la bestia?

«¿Hasta cuándo vas a seguir charlando con él?», susurró la Voz. «Dale su merecido, haz que se arrepienta de desafiarte».

—¿Qué es lo que quieres, Abel? —No estaba dispuesto a seguir a merced de su puesta en escena.

—Nunca te juraremos lealtad, ningún nigromante lo hará, porque no eres uno de nosotros, amigo de brujas, ni siquiera las sombras están dispuestas a servirte.

Como si pretendiese remarcar las diferencias entre ellos, un amasijo de sombras brotó bajo sus pies y se propagó por las paredes como una hiedra; la oscuridad se expandió entre sus cuadros y los estrujó hasta engullirlos por completo, dejando tras de sí un hueco vacío en la pared. Cal observó impotente cómo destrozaban su obra mientras sus entrañas reclamaban venganza. La mujer de los cabellos dorados se deshizo ante sus ojos, como si nunca hubiese existido.

—Retírate —dijo Abel—, deja paso a un verdadero nigromante, o puede que la próxima vez no nos conformemos con tus estúpidos cuadros.

Sus secuaces sonrieron sin despegar la vista de él cuando Abel reclamó de nuevo a las sombras, que los engulleron en un torbellino para llevárselos muy lejos de allí, arrasando con las ventanas a su paso y dejando a Cal completamente a solas entre los corrientes inconscientes, que comenzaron a desperezarse poco a poco sin comprender qué había ocurrido. Tenía que marcharse de allí. Se escabulló entre los pasillos vacíos; las palabras de Abel le perseguían de cerca.

«Quizá lo mejor sería que le hiciese caso. Ni siquiera deseo este puesto. Mi padre no me lo perdonará nunca, pero sobreviviré».

«¿Y dejar el poder en sus manos?», replicó la Voz.

Por pérfida que fuese la Voz, en eso tenía razón: no podía dejar el nuevo Tratado de Paz con las brujas en manos de gente afín a Abel, de quienes solo podían esperar una guerra inminente, una guerra que haría que los nigromantes más sanguinarios y crueles pasasen a la historia como héroes. No iba a permitirlo.

«El poder es tu mayor aliado. Yo puedo proporcionarte más del que tienes, mucho más, solo tienes que seguir mis consejos. Aliméntame y podrás poner a tus pies a tus enemigos con solo chasquear los dedos».

Cal negó con la cabeza. No, él no quería más poder para sí, se conformaba con evitar que cayese en las manos equivocadas.
«Necio», sentenció la Voz, y Cal no le llevó la contraria.



Al entrar en el apartamento vacío, el silencio volvió a pesar sobre ella.

—¡Ughhhh! —exclamó en voz alta, lanzando el diminuto bolsito sobre el sofá antes de caminar decidida hacia su habitación. Rebuscó en su joyero hasta dar con una fina pulsera con el símbolo del infinito. La sopesó entre sus manos. Oro. Mientras que la plata albergaba con mayor facilidad los conjuros que atraían la suerte o protegían del mal o la desdicha, el oro era un excelente conductor mágico, ideal para el hechizo que tenía en mente. Podría haber inventado su propia versión o empleado la *app* de Valeria («¡Ni loca!»), pero prefirió asegurarse de que salía bien y buscó en su estantería hasta dar con el manual de magia que necesitaba.

Si se tratase de cualquier otra persona, le eliminaría de su lista de contactos, dejaría de seguirle en todas las redes sociales y procuraría no volver a encontrarse con él en la vida. Pero no, tenía que tratarse de Luc. Su

«alma gemela». «Por favor», pensó. «No me hagas reír». Ojalá el hechizo hubiese tenido tan buena puntería como eficacia. Por muy equivocada que estuviese la magia, la experiencia le decía que no podría evitar tropezar con él una y otra vez, y sus esfuerzos por evitarlo no harían más que conducirla hacia su ineludible destino, como si de una tragedia griega se tratase. De acuerdo, no podía evitar que sus caminos volviesen a entrelazarse, no mientras no hubiese encontrado una forma de romper el dichoso hechizo, pero sí podía estar sobre aviso para dar media vuelta y evitar el encuentro, o al menos procurar que no le pillase por sorpresa.

Con la pulsera entre los dedos, Sabele se dirigió a la cocina y abrió los armarios hasta encontrar un cuenco y un bote de sal. Depositó ambos objetos sobre la encimera, desenroscó la tapa del bote, vertió su contenido en el bol hasta llenarlo y enterró la pulsera dorada en la sal hasta cubrirla por completo. Se asomó para mirar la hora en el reloj de aires cincuenteros en la pared de salón. Las once pasadas. Comprobó el estado de la luna en su móvil. Apenas acababa de comenzar el cuarto creciente. No era mal momento para un hechizo a largo plazo. Si hacía falta, lo repetiría más adelante en el ciclo lunar. Por ahora tendría que valer. Cogió uno de los pósits que colgaban de la nevera y con un lápiz de Ikea escribió en él el nombre completo de Luc, que había visto hacía unos meses, al cotillear de camino al baño, en la orla del instituto enmarcada en el pasillo de su casa: «Lucas Fonseca Zambrano». Lo enterró junto a la pulsera. Abrió el pesado y viejo tomo (propiedad del clan Yeats desde hacía varios centenares de años) y buscó en el índice escrito a mano hasta localizar el hechizo que buscaba. «Te tengo», se dijo al encontrar la página. Solo tenía que leer en voz alta y...

Se detuvo.

«¿A qué esperas?», se exigió saber a sí misma. «Vamos, hazlo». Nada. «Solo tienes que pronunciar unas cuantas palabras y no tendrás que volver a encontrártelo por sorpresa». Era demasiado fácil. Tan fácil que no podía evitar sentir que era el paso definitivo, la prueba de que se había rendido, o de que, mejor dicho, lo había superado. Si pronunciaba aquel hechizo significaba que Luc le daba igual, que no quería volver a saber nada de él.

Se humedeció los labios, molesta por el mero hecho de estar dudando.

Por eso, para demostrarse a sí misma que no cabía ninguna duda al respecto, lo hizo.

—Hijo desheredado, piedra en mi calzado, bache en el camino, error humano. Fuera de mi vista, alerta e imprevista. Muéstrame su cercanía, aleja su falsa simpatía de cada paso de mi día.

La pulsera de oro se iluminó, como haría desde ese momento cada vez que Luc estuviese cerca, desbordando la luz más allá de la sal que la cubría. Sabele sonrió satisfecha y se abrochó la pulsera en torno a la muñeca.

«Tal vez el hechizo se equivocó porque no tengo un alma gemela, no en ese sentido», dijo, observando la pulsera que casi por accidente se acababa de convertir en un recordatorio perpetuo de que *ella* era el amor de su vida. Además, ¿para qué necesitaba la compañía romántica de un hombre cuando tenía a sus amigas?

Se puso el pijama de verano más mono y cómodo que tenía, se desmaquilló, se recogió el pelo en un moño despeinado y se preparó un yogur con cereales y rodajas de melocotón antes de tirarse en el sofá y sacar su móvil para hacer un repaso de sus redes. Lo primero que abrió fue WhatsApp; sonrió al ver que tenía varios mensajes en el grupo que compartía con sus amigas.

Ame le pedía que le diese la enhorabuena a Cal de su parte. Sabele respondió con el emoticono de la carita mandando un beso (que era más sencillo que explicar que había salido en desbandada de la inauguración). Siguió bajando y vio que Rosita les había enviado un audio de unos treinta segundos. Típico de Rosita. Siempre se quejaba de la pereza que le daba escribir, así que optaba por mandarles notas de voz, que usaba tanto para reírse de uno de sus comentarios como para contarles una anécdota en un audio eterno. Reprodujo el mensaje y la sonrisa se desvaneció lentamente de su cara a medida que escuchaba.

—Hola, *mi' brujita' hermoosa'* —dijo con el acento dominicano que se le volvía a pegar cada vez que pasaba allí más de una semana seguida. Las eses desaparecían como por arte de magia y los diptongos se transformaban de mil maneras distintas—. ¿Cómo *tá to'*? Me muerdo de *gana'* de *vero'*, por cierto, no hace falta que andéis a buscarme al aeropuerto. —Poco a poco, el acento se iba disipando para mezclarse con la

jerga madrileña—. Creo que tengo una cita, ya nos *vemo* ' el lunes. —Sabele casi pudo ver cómo les guiñaba un ojo—. Un besóte.

Sabele suspiró y dejó el móvil sobre la mesita del té.

Bueno, suponía que tendría a sus amigas mientras estuviesen solteras. Aunque Rosita se hubiese negado a admitir que tuviesen una relación, aunque pasase más tiempo con Leticia que con ellas y más noches «durmiendo» en el apartamento de la agente que en su propia habitación. Intentó convencerse de que estaba siendo ridícula por sentirse triste por algo que en principio era bueno, pero una parte de ella se sentía decepcionada al pensar que la fecha que ella tenía marcada en el calendario hacía semanas y que estaba esperando con todas sus fuerzas significaba tan poco para Rosita. Tenía sentido. Sus amigas se habían marchado para seguir con sus vidas. Era ella la que se había quedado estancada.

Escuchó un ronroneo junto a ella y se giró para comprobar que Bartolomé jugueteaba entre sus piernas. Se agachó para cogerle con ambas manos y le alzó en el aire. Bartolomé protestó con un maullido por la indigna situación.

—Al menos puedo contar contigo, ¿verdad? Aunque seas un gato cotilla. —Le estrechó entre sus brazos y el gato bufó resignado, pero sin apartarse de su lado.

Sabele intentó visualizar el festival, la música, la naturaleza, la diversión, sus amigas. Se imaginó a sí misma de marcha con Ame, con Rosita y con un montón de nuevas hermanas brujas. «Lo que mal empieza, bien acaba», se dijo. Todo el mundo tenía malas rachas y días torcidos, pero unos cuantos contratiempos no iban a privarla de disfrutar del verano de su vida.



Su padre apareció triunfal con la primera paella del verano entre sus manos y la depositó en el centro de la mesa. Con la llegada del verano, la comida semanal de los Fonseca se trasladaba al jardín, donde su madre se encargaba de organizar idílicos picnics sobre un par de mesitas de madera resguardadas bajo un toldo. Como podía esperarse de una buena decoradora de interiores, no escatimaba en detalles. Su padre tomó asiento y se dispuso a repartir su versión del famoso plato (que seguramente habría provocado la furia de cualquier valenciano que supiese cómo preparar una «auténtica paella de Valencia»). Uno a uno le fueron pasando los platos. Leticia olfateó hambrienta el suyo. Era una lata tener que fingir durante horas que seguía siendo una abogada escalando en la jerarquía de su bufete, pero como joven adulta independizada, no tener que preocuparse de qué comer y dejar que la alimentasen era todo un gusto.

Extendió el brazo hacia la jarra de sangría y se sirvió un vaso.

—¿Alguien más quiere?

Su padre asintió como respuesta y Leticia llenó su copa. Automáticamente se giró hacia Luc, pero el joven negó con la cabeza.

—No, gracias.

Leticia arqueó una ceja. ¿Su hermanito rechazando alcohol gratis? Primero el supuesto «secreto» de su madre del que Lucas no quería soltar prenda y ahora esto.

—¿Estás tomando antibióticos o qué? —preguntó a ver si le sonsacaba algo, pero su hermano estaba acostumbrado a torear los interrogatorios de Luis Fonseca, así que no iba a sucumbir ante ella. Pensándolo bien, era una pena que no pudiese pedirle a su padre que charlase con Helena Lozano. Seguro que en cinco minutos la habría hecho llorar y confesar dónde se encontraba su guarida secreta... si es que las Lozano tenían alguna.

—Será eso...

Antes de empezar la comida, se cogieron de las manos en un incómodo silencio antes de que su padre empezase a bendecir la mesa como de costumbre.

—Amén —dijeron a la vez Luis y ella, como solía ser habitual, mientras Lucas se esforzaba por no ser blasfemo.

Empezaron a comer y, en cuestión de segundos, su padre comenzó a disparar preguntas sobre su trabajo y ella las regateó y esquivó todas como pudo. «¿En qué caso trabajas ahora?». «¿Qué tal se porta tu jefe?». «¿Alguna nueva incorporación en el bufete que incremente la competencia?». «¿Han comentado algo sobre ascenderte?». «¿Aún no tienes asistente?». «Estás trabajando muy bien, ganas casi todos los casos —en su vida ficticia perdía algún juicio de vez en cuando para que pareciese creíble, pero solo los necesarios—, ¿estás segura de que no tienen intención de incorporarte en el equipo como fija? ¿Quieres que hable con alguien?».

Cuando ya creía haber satisfecho el orgullo paterno de Luis Fonseca, sintió la mirada de su madre escrutándola de pies a cabeza y supo lo que significaba. «Oh, no». A pesar de la tensión y de tener que disimular el nudo que se le formaba en la garganta ante el miedo a que pudiesen descubrir su mentira, prefería un millón de veces los interrogatorios de su padre a los «Hmmm, ya veo» de su madre.

—Qué arreglada has venido hoy, Leticia —dijo sosteniéndole la mirada. Leticia sintió que la sangre se arremolinaba en sus mejillas.

Al final se había decantado por ponerse un mono *beige* que su hermano había elegido y que no se podía permitir, pero que aun así se había comprado. En cuanto acabase la sobremesa, su plan era salir disparada hacia el aeropuerto para recoger a Rosita en la preciosa moto que había comprado a plazos con su modesto aumento de sueldo y con lo que había sacado de vender su viejo coche. No era el mejor *outfit* para conducirla, pero confiaba en que el efecto que causaría mereciera la pena. Cielos, nunca había tenido tantas ganas de que llegase un domingo por la noche.

—Como todas las semanas. —Se encogió de hombros.

Oyó a Lucas resoplar en tono de burla y le asestó una patada por debajo de la mesa.

—Hmmm, ya veo —dijo su madre—. ¿No tenéis intención de venir acompañados en ningún momento? Me gustaría poder presumir de mis dotes de decoradora con alguien que no formase parte de mi familia.

A Luc se le escurrió el tenedor de entre los dedos y Leticia se percató de que tendría que conservar la calma por los dos.

—No creo que eso vaya a pasar próximamente.

—Ya veo... es una pena.

«Sí, una pena», repitió en su fuero interno mientras se esforzaba por comer la paella que de pronto parecía negarse a entrar en su cuerpo. Le gustaba mucho Rosita, pero... no se imaginaba llevando una bruja a casa de sus padres. Al gran Luis Fonseca le daría un infarto allí mismo. Como revelado, tenía una aversión hacia lo sobrenatural que rayaba en lo enfermizo, por eso estaba totalmente en contra de que cualquiera de sus hijos se mezclase, de la manera que fuese, con la Guardia, así que no se imaginaba cómo podía reaccionar si descubría toda la verdad sobre la vida de su hija.

—¿Y tú, Lucas? —preguntó Mercedes mientras escrutaba a su hijo menor.

—Nada serio —respondió en el acto, y esta vez fue Leticia quien rio con disimulo.

—Ya veo...

—Aunque, como me estoy dando cuenta de que nadie me va a preguntar cómo me va, os lo digo yo. Mi banda va a tocar en el FREF —anunció con orgullo.

Su padre frunció el entrecejo e hizo una mueca de desagrado con los labios. Seguramente no fuese la reacción que su pobre hermano deseaba, pero sí era la más predecible.

—Espero que no sea otra de esas inmundas discotecas de tres al cuarto.

Lucas frunció el ceño. Si se hubiese tratado de otra persona, seguramente hubiese montado un numerito por su ignorancia musical, pero con su padre... ni siquiera él era tan estúpido.

—Es uno de los festivales internacionales de música independiente más importantes de Europa.

Luis Fonseca reaccionó con un «Ajá» que indicaba que no estaba impresionado en absoluto. Leticia estaba segura de que, hasta que no viese con sus propios ojos a Lucas tocar en el descanso de la Super Bowl, no se acabaría de creer lo de que iba a conseguir ser «estrella del *rock*». No podía culparle, no parecía un sueño muy realista.

—Es una gran oportunidad. Seríamos los teloneros de Damsel Under Stress. —La expresión severa de su padre no se suavizó en lo más mínimo—. Es uno de los grupos de *iridie rock* alternativo más conocidos del mundo. —Nada. Hasta Leticia empezaba a sentir cierto apuro por él. Parecía mentira que Luc no conociese a su padre, que llevaba escuchando los mismos álbumes de Raphael desde hacía cuarenta años—. Habrá público de todo el mundo, y otros grupos, y sus mánager, productores, periodistas musicales. Es... es una gran oportunidad —insistió, pero su padre seguía sin mostrarse del todo convencido.

—Eso es genial, cariño —dijo su madre con una sonrisa sincera—. Tenemos que celebrarlo.

—¿Cuánto vas a ganar? —preguntó su padre. Tajante, directo, a la yugular.

—Ya... sobre eso os quería hablar. —Luis hizo una mueca que dejó muy clara su opinión al respecto antes de que Luc lo dijese en voz alta—. La compensación es... en especies.

—Y tendrás el valor de decir que lo que haces es más que un *hobbie*.

¿Vais a tocar a cambio de cerveza o qué?

—A cambio de entradas de pase exclusivo para el festival. Son bastante caras, pero la cuestión es que el festival es en Edimburgo... —Leticia se mordió el labio, incómoda al ver que una gota de sudor caía por la nuca de su hermano—. Y... necesitaría que me prestaseis dinero para el vuelo.

Su padre respondió con una risotada seca.

—Os lo devolveré... —insistió Lucas.

—No nací ayer. Aún nos debes trescientos euros de tu último jugueteo.

—No es ningún juguete, necesitaba ese altavoz.

Leticia se mordió la lengua; cualquier cosa que pudiese añadir solo perjudicaría a su hermano. Hacía unos meses que su padre le había cortado el grifo, y si Luc había sobrevivido era porque era ella quien le mantenía por culpa de un estúpido trato y porque vivir en el sótano de sus padres apenas implicaba gastos. Lo cierto era que Leticia tenía fe en el talento de su hermano, pero el mundillo artístico le parecía demasiado complicado para que alguien como Luc, tan errático y tan absorto en su propia forma de ver el mundo, pudiese hacerse un hueco en él. No le veía capaz de tragar lo que hiciera falta, y tampoco de aceptar las críticas.

—Lucas... —dijo su madre poniéndose en pie justo a tiempo de evitar lo que podía ser una auténtica catástrofe. Leticia respiró aliviada—. ¿Por qué no me acompañas a la cocina a por el café? —Miró fijamente a su hijo y Lucas asintió.

Como investigadora que era, Leticia supo reconocer su oportunidad en cuanto la vio. No podía quitarse el secreto de su madre de la cabeza. Puede que fuese una tontería, como que había comprado unas nuevas y carísimas cortinas sin ponerse de acuerdo antes con su padre, o quizá se tratase de un misterio mucho más serio, puede que Lucas y ella fuesen adoptados y sus recuerdos de la infancia, falsas memorias, o quizá... No... ¿y si tenía un amante? Al principio pensó en preguntarle directamente, pero, si de verdad les ocultaba algo, no se lo iba a contar así como así, y de ese modo solo lograría alertarla. «Si Luc lo sabe, no puede ser para tanto; indagaré solo para asegurarme de que está todo en orden», se dijo. A pesar de que su conciencia le susurraba que lo que estaba a punto de hacer era una violación de la privacidad, no pudo resistir la tentación de ponerse en pie y anunciar

que iba al baño. Aunque, por supuesto, omitió su intención de tomar un pequeño desvío por el camino.



Lucas estaba harto. Harto de que todo el mundo pensase que era un inútil y un vago y que nadie apreciase ni un poco sus esfuerzos por mejorar. Llevaba dos días sin probar una sola gota de alcohol, ¡dos! Y estaba a punto de volverse loco. Tenía que haber aceptado esa sangría; si total, hiciese lo que hiciese, iban a seguir viéndole como un fracasado, qué mejor que estar borracho mientras te estudian y juzgan.

Siguió a su madre hasta la cocina sin dejar de rumiar los comentarios de su padre que tanto le estaba costando digerir. ¿Juguetitos? ¿Tocar a cambio de cerveza? ¿Discotecas de tres al cuarto? ¿Un *hobbie*? ¿Un puñetero *hobbie*, de verdad? ¿Por qué no era capaz de tomarle en serio? Su madre se detuvo en mitad de la cocina (bastante lejos de la cafetera) y le miró fijamente.

—Yo te pago el avión —dijo decidida.

¡Por fin! Por fin alguien que creía en él. Podría echarse a llorar. Abrazó a su madre, quien le devolvió el gesto sorprendida. Normalmente, Luc

estaba demasiado enfadado con el mundo como para ir por ahí repartiendo afecto.

—A cambio... me gustaría pedirte un favor —dijo apurada cuando Luc se separó de ella.

Vaya. ¿Acaso era un ingenuo por esperar un poco de amor desinteresado? En fin, puede que acabase de descubrir de dónde le venía la vena negociadora.

—¿Qué necesitas? —preguntó suspicaz. «Por favor, que no tenga nada que ver con brujería. Nada que ver con brujería», repitió en su fuero interno. Aún estaba digiriendo el hecho de que su madre les hubiese ocultado a todos su verdadera naturaleza durante casi veinte años.

A modo de respuesta, Mercedes caminó hacia la nevera y escribió algo en uno de los pósitos donde solían apuntar la lista de la compra o las citas con el dentista. Le tendió el papel amarillo y Luc vio que en él había escrita una dirección en inglés y un nombre: *The Lady in the Woods*. Justo debajo aparecía una lista de cosas extrañas que no sonaban a nada que se pudiese comprar en el supermercado.

—¿Qué es esto?

—Verás... siempre he visto a las mujeres a mi alrededor tener que renunciar a algo para poder convertirse en madres y creía que yo era afortunada. Tenía mi trabajo, a mis amigas, mi vida de adulta y también a vosotros. Pensaba que lo había conseguido, que había engañado al patriarcado. —Le miró fijamente como si quisiese asegurarse de que lo había dicho bien, «el patriarcado». Sabía que su madre había sido una santurróna durante su juventud, así que suponía que las olas feministas de los ochenta y noventa le habían pasado de largo en el pijo piso de su familia en el centro de Cáceres (ciudad que llevaba años sin pisar, por cierto)—. Pero desde que ocurrió... bueno, nuestro *secretillo* —casi parecía disfrutar de la palabra al decirla—, me he dado cuenta de que sí que renuncié a algo, a algo muy importante. A mi verdadero yo. Soy una mujer profesional, soy amiga, soy esposa, soy madre, pero también soy una bruja.

—No se lo digas a papá, pensará que solo es «un *hobbie*». —Su madre rio y Luc se sintió extrañamente orgulloso de sí mismo.

—Lo echo de menos. Nunca he sido una gran bruja, pero... quiero

volver a practicar la magia. No solo un par de conjuntos al mes, sino cada día. —«Oh, Dios, no»—. The *Lady in the Woods* es una tienda bastante conocida, y una de las más antiguas.

—Si te pregunto de qué es la tienda, no me va a gustar, ¿verdad?

Mercedes sonrió a modo de disculpa.

—Algunos de estos objetos e ingredientes —señaló la lista— son difíciles de encontrar, pero seguro que allí puedes dar con ellos. Me vendrían muy bien para retomar... ya sabes —susurró al tiempo que le asestaba a Luc un codazo—, mis viejas costumbres.

Luc suspiró. Aún estaba intentando digerir que era... el hijo *de una bruja*. Le parecía un poco pronto para plantarse en una tienda y decir en voz alta «Buenos días, ¿me pone treinta gramos de ojos de sapo y veinte de cola de dragón? Ah, y una bolsita de babas de tritón, por favor». Por supuesto, ninguno de esos ingredientes, o de los que habría esperado, estaba en la lista, pero en su cabeza la escena resultaba igual de absurda, con ojos de sapo o sin ellos. Por otra parte, conseguir los billetes que tanto ansiaba a cambio de hacer la compra parecía más bien un segundo golpe de suerte. «Hay que ver todo lo que hago por mis sueños... para que nadie me lo tenga en cuenta».

—Vale. Compraré lo que me digas. —Se encogió de hombros y esta vez fue su madre quien le abrazó.

—Te noto tenso —dijo al separarse de él—. ¿Hay algo que te preocupe? ¿Quieres que te eche las cartas? —preguntó ilusionada.

—Dios, no. Ni de coña.

—Cuida ese lenguaje.

—De ninguna manera, madre.

—Lucas, hijo mío, no juegues conmigo o empezaré a hacer preguntas sobre quién es esa chica que te tiene suspirando por las esquinas y que te ha hecho rechazar un vaso de sangría en plena ola de calor.

Lucas creyó que sus mejillas iban a estallar en llamas.

—Eso suponía. Y ahora, haz el favor de preparar el café y llevarlo a la mesa —dijo dejándole a solas en la cocina y un pasito más cerca de convertirse en la persona que siempre había soñado ser.



Comprobó que Lucas y su madre seguían en la cocina y subió las escaleras a hurtadillas hacia la planta de arriba. Abrió la primera puerta a la derecha y entró en el dormitorio de su madre (desde que ella se había marchado de casa y Luc se mudó al sótano, sus padres aprovecharon para darse el lujo de dormir en estancias separadas. Los dos tenían tantas ganas de recuperar su espacio personal que ni siquiera se pararon a pensar en si era una práctica a la que pudiesen calificar de «habitual»).

El cuarto era pequeño, pero luminoso. Una cama de matrimonio, un escritorio y una mesa de dibujo ocupaban la sala donde Mercedes Zambrano pasaba la mayor parte del tiempo que permanecía en aquella casa.

Ignorando todos los interrogantes morales sobre lo que se disponía a hacer (una investigación era una investigación), Leticia comenzó a inspeccionar cada rincón de la habitación, primero su estudio de trabajo,

después el armario y las estanterías, donde revisó todos sus libros uno a uno en busca de pistas. No había ningún indicio sospechoso que le pudiese conducir a pensar que su madre llevaba una doble vida. Miró también debajo de la cama y solo encontró unas cuantas cajas con la ropa de invierno. Al cabo de un rato, solo quedaban por inspeccionar los cajones del armario, y Leticia dudó. Había ciertas facetas de sus padres que ningún hijo quería conocer. Abrió el primer cajón y lo cerró tan rápido como pudo al ver que se asomaban varios conjuntos de ropa interior. «No, gracias». En el segundo cajón halló los calcetines y medias perfectamente ordenados. Solo quedaba el tercer y último cajón, y Leticia supo que estaba jugando con fuego. «Por favor, que sea el cajón de los pañuelos y los cinturones». Tal vez porque ella llevaba toda su vida distribuyendo así su armario y de algún sitio le tenía que venir, ahí estaban los pañuelos y cinturones de su madre. Hasta la mismísima Marie Kondo estaría orgullosa de las dotes de organización de Mercedes. En ese armario no había nada digno de ser destacado. Mercedes Zambrano era igual de aburrida que su hija.

Por una parte, se sentía aliviada, y por otra, decepcionada. Hurgó un poco entre las coloridas telas y, cuando ya casi se había dado por vencida, sus dedos rozaron un objeto contundente. Palpó entre los pañuelos y acabó sacando de entre ellos un pequeño cofre de madera de unos veinte centímetros de largo y unos quince tanto de ancho como de profundidad. Tuvo un presentimiento mientras lo estudiaba atentamente, una especie de descarga eléctrica que le provocó cosquilleos en la punta de los dedos. Había unas runas extrañas talladas en la madera, pintada de negro y dorado. El objeto parecía antiguo, aunque no sabría datarlo. Dio unos golpecitos sobre la tapa. Sonaba a hueco, pero a juzgar por el peso, había algún objeto guardado en su interior. Lo agitó y no oyó sonido alguno. O se trataba de algo muy grande o se encontraba muy bien protegido. Su tapa estaba decorada por el relieve de un diminuto felino que le recordó a la silueta de un lince. Estudió el candado, tan simple como los que solían llevar los diarios de adolescentes. Sonrió para sí misma.

Era pan comido, se las había visto con cerraduras mucho más complejas que esa. Rebuscó en su bolso hasta dar con el pequeño destornillador que llevaba siempre en la funda de sus gafas de sol por si se desajustaban y lo

utilizó para introducirlo en el ojo del candado. Lo tanteó hasta encontrar el punto exacto y giró el destornillador. Siguió intentándolo hasta rozar lo compulsivo y acabó por rendirse con un gruñido. Recordó la última vez que una cerradura se le había resistido tanto, escondida en una despensa en la sede del aquelarre, pero era imposible que se tratase de un hechizo, ¿verdad? La única opción que se le ocurría (aparte de volver a dejarlo donde estaba y preocuparse de sus propios asuntos, claro) era... Miró su bolso, preguntándose si sería lo suficientemente grande.

—No deberías hacer eso... y lo sabes —dijo una voz añorada a su espalda.

Como cada vez que Blanca se aparecía a su lado sin previo aviso, su corazón se estremeció. Había asumido que olvidarse de saludar formaba parte de su naturaleza y ya no se molestaba en seguir explicándole por qué prefería que no le diese sustos de muerte cada dos por tres.

—Solo voy a tomarla prestada. —Se encogió de hombros.

—Para espiar a tu señora madre. Qué poco respeto hacia tus mayores. —Blanca estaba un poco chapada a la antigua en muchos aspectos, seguramente porque había muerto en los sesenta siendo poco más que una adolescente, pero, normalmente, el fantasma estaba tan feliz, o como fuese que se sintiesen las ánimas sin cuerpo, de tener una amiga que jamás le llevaba la contraria.

Leticia estudió su expresión y, al sentirse observada, Blanca desvió la mirada.

—Tú sabes algo...

El fantasma asintió.

—Pero no te lo puedo decir.

—¿Has estado espiando? —le preguntó Leticia.

Blanca negó con la cabeza.

Estupendo, no solo Luc sabía qué era lo que su madre le estaba ocultando, también lo hacía un fantasma vagabundo que nada tenía que ver con la familia. ¿Era la única persona en la que su madre no confiaba o qué?

—Pues si tú no me cuentas qué sabes o por qué lo sabes, tendré que descubrirlo yo misma —dijo guardando la caja en su bolso a pesar de los reproches de Blanca—. Soy agente de la Guardia y este podría ser un objeto

mágico no identificado. Solo estoy haciendo mi trabajo.



En el momento en que cruzó al otro lado de la puerta que separaba la salida de equipajes de la entrada del aeropuerto y vio el rostro de Sabele, sintió que podía volver a ser ella misma. Dejó caer la maleta tras de sí de la emoción y corrió hacia su amiga, que había preparado una pancarta en la que se podía leer «Bienvenida a casa» y, justo debajo, «Okaeri», que significaba lo mismo, pero en alfabeto hiragana. Se abrazaron entre gritos de felicidad.

—¡Qué ganas tenía de bajarme de ese avión y verte de nuevo! Estás muy morena —comentó Ame mirándola de pies a cabeza cuando se separaron—. ¿Has estado yendo a la piscina sin mí?

Sabele rio.

—Estoy igual de blancucha que siempre, y tú también.

—¿Seguro? Bueno, estás preciosa de cualquier manera. Y ahora, vamos, llévame a cenar comida occidental, por favor.

—He preparado tortilla de patata —anunció Sabele, orgullosa de sí

misma. No es que a su amiga se le diese muy bien la cocina, así que Ame sabía que no se ponía a freír patatas por cualquiera.

—¿Has estado practicando? —dijo impresionada.

—No he tenido muchas cosas que hacer. Oh, Ame, cómo me alegro de que hayas vuelto. No sabes lo aburridos que han sido estos meses sin vosotras. ¡Cuéntamelo todo! ¿Qué tal ha ido?

La ayudó a recoger la maleta del suelo y juntas emprendieron el camino hacia la parada del autobús que las llevaría de vuelta al centro de Madrid.

—No —la corrigió Ame. Podría haberle hablado de las discusiones con su familia y de la deshonra que supondría para ellos si se negaba a casarse con el completo desconocido que ya habían seleccionado cuidadosamente para ella, pero prefería olvidar todo cuanto había dejado atrás en Japón—. *Tú* tienes que contármelo todo. ¿Qué tal la exposición de Cal? Me hubiese gustado poder ir a la inauguración. ¿Cómo fue?

Sabele se mordió el labio y una sombra cruzó su rostro, borrando su sonrisa de un plumazo.

—Bien. —Incluso con un simple monosílabo, su voz había temblado. Cielos. Sabele era una mentirosa nefasta. Tal vez pudiese engañar a todos esos seguidores suyos de internet cuando subía esas *stories* sonriendo de oreja a oreja, pero no a ella—. Bueno, estoy un poco preocupada por Cal, le noto... raro, pero supongo que es normal, dadas las circunstancias. —Ame asintió, compadeciéndose mentalmente del nigromante, pero no durante demasiado tiempo.

—¿Y qué tal con *tu amigo*?

La melancolía en el rostro de Sabele se transformó en pura indignación.

—No tengo ningún *amigo*.

Claro. Lo que sospechaba. Intuía que algo ocurría desde que fue a esa fiesta a la que Luc la invitó y sobre la que ella no había comentado absolutamente nada. Rosita y ella habían especulado sobre qué había podido pasar, pero la hermana de Luc, Leticia, tampoco había conseguido sonsacarle nada al susodicho.

—De acuerdo...

Ame podría haber llegado a dudar de sus talentos como bruja, pero no del hechizo que su tía le había enseñado. El hilo rojo del destino. Aquel

grito al universo no podía ser ignorado, así que sabía que no había ninguna necesidad de insistir.

—No, en serio. Para mí ya no existe. ¿Ves esto? —dijo señalando la fina pulsera dorada que colgaba de su muñeca—. Me avisará cada vez que esté cerca. Así que dile adiós a tu maldito amiguito el hilo rojo.

Ame sonrió. De acuerdo. Si ella era feliz así, le dejaría que siguiese pensando que podía eludirle.

—Vamos. Me muero de hambre y los aeropuertos me ponen de los nervios. ¿Qué tal está Bartolomé? —dijo cambiando de tema y comprobando con cierto placer que Sabele se sentía algo frustrada por no poder seguir hablando de esa persona que «no existía para ella».

Bloqueó la envidia que se enroscaba en su estómago. Mientras su amiga intentaba olvidar a su alma gemela, ella no podía dejar de preguntarse dónde estaba la suya y cómo sería, a pesar de que ya no importase. El diez de julio de 2018. Ese era el día que su abuela había fijado como el de su boda en el caso de que ambos jóvenes decidiesen seguir adelante después de conocerse, aunque para Ame, ninguna de las alternativas resultaba deseable.

Se conocía demasiado bien para saber que no sería capaz de defraudar a los Toyo, aunque tuviese que elegir entre hacer lo que ellos consideraban correcto y la vida que había imaginado para sí misma.

Aquel iba a ser su último verano junto a sus dos amigas, a no ser que aceptase renunciar a su clan y a su familia. Sonrió mientras se subían a un taxi y Sabele le relataba las aburridas tareas que había tenido que hacer durante el verano. Ella siguió haciendo preguntas para no tener que hablar de sus vacaciones.



Se inclinó sobre la cama para depositar un beso en su suave piel bronceada por el sol. Acarició sus frondosos rizos y besó su cuello, justo bajo la oreja.

—Buenos días, brujita durmiente —susurró en su oído.

Rosita gruñó y se giró hacia el otro lado de la cama mascullando una frase ininteligible que acababa con la palabra «Cenicienta». Leticia sonrió.

—He preparado gofres. —Acercó la bandeja del desayuno hacia ella para que le llegase el olor de la masa recién hecha y el caramelo casero que había rociado por encima.

Rosita gruñó de nuevo, esta vez con curiosidad, y abrió un ojo para poder comprobar si merecía o no la pena el esfuerzo de levantarse. El zumo exprimido, el café, la fruta cortada y los gofres consiguieron que se incorporara lentamente, echando atrás las sábanas y dejando a la vista su impresionante cuerpo.

—Vaya... ¿Es nuestro aniversario? —Sonrió y extendió la mano hacia

la copa que contenía el zumo. Lo probó y lo miró sorprendida antes de volver a dejarlo en la mesa—. Naranjas de verdad.

Estoy impresionada. Si eres tan detallista con tus ligues, me pregunto qué harás para tus novias. —Le guiñó un ojo y Leticia hizo un esfuerzo por sonreír.

—Me he despertado a eso de las seis y no podía dormir, así que he decidido aprovechar el tiempo —aclaró para que Rosita no pensase que estaba siendo demasiado... intensa.

La noche anterior habían tenido otra de sus charlas de «¿En qué punto estamos?» que incluían el tema de la exclusividad y lo poco realista que era el amor romántico. O más bien, Rosita expuso su punto de vista mientras Leticia asentía con la cabeza y fingía ante sí misma que no le importaba que le hablase de Julio, ese «chulazo» de piel morena y ojos verdes que había conocido en el pueblo de su tía. En los últimos meses, se había hartado de repetir que no eran pareja, pero, en el fondo, había tenido la esperanza de que pudieran llegar a serlo.

—Ey... ¿pasa algo? —preguntó Rosita entre bocado y bocado, acariciándole el rostro con la mano.

Leticia negó con la cabeza.

—¡Qué me muero de hambre! —exclamó dándole un bocado a su gofre.

—Mmmm. —Rosita rio sin dejar de masticar—. Espero que no sea una queja, porque yo me he pasado la noche en vela después de nueve horas de avión, y tengo que estar de vuelta en el aeropuerto... —miró la hora en el reloj de la mesilla— en dos horas y media.

—Cuanto menos duermas, mejor para el *jet lag*. En el fondo estoy haciéndote un favor.

—¡Eso es cuando viajas hacia el oeste!

Para enfatizar su respuesta, Rosita, quien ya había finiquitado casi todo su desayuno, le asestó un mordisquito en el codo a traición.

—¡Ey! Encima de que me tomo las molestias de alimentarte. —Se giró para hacerle cosquillas en el vientre—. Tendría que haberte dejado morir de hambre —protestó, y recogió los cubiertos y los colocó en la bandeja para llevárselo todo de vuelta a la cocina. Los depositó sobre la minúscula encimera y les dio un rápido lavado para dejar la sala lo más recogida

posible antes de marcharse a la oficina.

—Oye... —dijo Rosita tras ella. Leticia se giró hacia la bruja y vio, por el raballo del ojo, que se ponía una camiseta negra—. ¿Por qué tienes una caja de Kyteler?

—¿Una qué?

Rosita señaló hacia el cofre que Leticia había tomado prestado de entre las posesiones de su madre el día anterior.

—¿Cómo has dicho que se llama? —dijo Leticia, que ya se había olvidado de la vajilla y se dirigía hacia Rosita.

—Una caja de Kyteler. Solo puede abrirla la persona que la embruja... —Se detuvo y miró a Leticia e hizo una mueca—. No sé si debería contarte esto, eres de la Guardia. Aunque este tipo de encantamiento tiene más de setecientos años, me sorprendería que no lo conocieseis ya.

—No tiene nada que ver con el trabajo —se apresuró a decir Leticia.

—Ya... bueno... Tampoco hay mucho más que contar. ¿De dónde la has sacado, entonces? Una caja tan bien conservada no es fácil de encontrar, quiero decir, puedes hechizar cualquier objeto, pero si usas una de las originales, el efecto es mucho mayor —dijo acariciando los relieves—. Hmmm... Creo que me voy a dar una ducha, si no te importa.

Leticia negó con la cabeza y Rosita le dio un beso en la mejilla. La bruja sacó un neceser del interior de la voluminosa mochila que había traído como equipaje y se metió en el cuarto de baño, cerrando la puerta tras de sí y dejando a Leticia a solas con la misteriosa caja.

¿Por qué su madre poseía un antiguo y poderoso objeto mágico? ¿Cómo lo había conseguido? ¿Quién lo había hechizado? Y, sobre todo, ¿qué ocultaba ahí dentro que necesitase tanta protección? «Creo que me hace falta otro café».



¡Por fin! ¡Por fin volvía a sentirse viva, pletórica, desbordada de energía positiva! Volvía a ser ella misma. Creía que había olvidado por completo cómo era estar motivada y activa, pero la idea de ir a pasar una semana de diversión despreocupada con sus mejores amigas en mitad de la naturaleza y, sobre todo, muy lejos de allí, hacía que quisiese gritar de la emoción. ¡Adiós, Madrid!

Ame, Rosita y ella acababan de cruzar el control de seguridad y campaban a sus anchas por la terminal internacional del aeropuerto Madrid-Barajas Adolfo Suárez con sus equipajes.

—¿Qué os parece si le echamos un ojo al *duty free* y después comemos algo? —propuso Rosita.

—¿Comer? ¿Cómo puedes pensar en comer? —preguntó Ame, cada vez más pálida y temblorosa a medida que se acercaban a la puerta de embarque. No importaba en cuántos vuelos distintos hubiese viajado, ni que hiciese trayectos de varios miles de kilómetros a menudo, su fobia a sufrir

un accidente aéreo seguía rozando la neurosis. «La mayoría de los fallos humanos y técnicos que tienen consecuencias fatales se producen en el despegue o en el aterrizaje, así que, si sobrevivimos a la primera media hora en el aire, significa que tenemos la estadística de nuestra parte», explicó durante el trayecto en autobús hacia allí. Aparentemente lo había leído en un libro de autoayuda contra la aerofobia que no parecía haber servido de mucho.

Rosita sonrió y se encogió de hombros.

—¿Cuándo es un mal momento para comer?

—Cabe la posibilidad de que en un par de horas estemos cayendo desde una altura de varios miles de kilómetros en el interior de una lata metálica, perdóname si no tengo apetito.

—Pues mejor me lo pones, si vas a palmarla, mejor hacerlo con el estómago lleno.

—De comida de aeropuerto —replicó Ame asqueada.

Sabele sonrió al verlas reñir. Por fin todo volvía a la normalidad. Cómo las había echado de menos.

Dieron unas cuantas vueltas por la terminal para hacer tiempo antes de que anunciaran las puertas de embarque. Rosita desapareció en busca de unos M&M's y Sabele fue a hacerse con uno de esos supervenías que había visto por todas partes en los últimos meses para entretenerse en el avión si sus amigas optaban por dormir. Mientras tanto, Ame se encargó de informarla sobre todas las posibles formas en las que un avión podía estrellarse o explotar en pleno vuelo.

—He mirado el tiempo y no es que vaya a ser peor de lo habitual, pero me preocupa que haya turbulencias.

—Ame, el avión no se va a caer porque haya turbulencias —repitió Sabele por enésima vez; en el fondo, las ocurrencias de su amiga la divertían.

—¿Y tú cómo puedes saberlo?

—No lo sé, ni yo ni nadie, pero confías en que todo va a ir bien y punto. Porque si no, nos volveríamos locos.

Y como si su vida no fuese más que una tragicomedia escrita por un sádico monstruo sin un ápice de humanidad, su optimismo obtuvo como

recompensa el único tipo de accidente que Ame no había enumerado. El cósmico.

Sabele se petrificó al ver que junto a Rosita caminaba una muchacha alta y escuálida que vestía una simple camiseta negra que dejaba su ombligo a la vista y una falda vaquera de talle alto que hacía, junto a unas sandalias de plataforma, que sus piernas pareciesen kilométricas. Su pelo había crecido lo suficiente en aquellos cuatro meses (seguramente con ayuda de algún tónico mágico) para que pudiese peinar los mechones azabaches de forma desordenada sobre su frente. Sabele hubiese querido olvidar su rostro, pero en una comunidad tan reducida como la mágica tendría que convivir con Valeria Santos durante el resto de su vida, o al menos el tiempo suficiente hasta que la fichase alguno de los aquelarres de California: Los Ángeles, San Diego, el cada vez más popular aquelarre de San Francisco... Tal vez entonces lograrse librarse de la envidia que le producía que las cosas pareciesen salirle siempre a la perfección y sin esfuerzo y de los malos recuerdos y remordimientos que la avasallaban cada vez que la veía.

—¡Eh, chicas! —exclamó Rosita—. Mirad a quién me he encontrado en la sección de chocolatinas y dulces.

—Necesitaba azúcar para animarme. Berta ha tenido un pequeño accidente en su curso en la Joan Wytte, y solo de pensarlo me da un bajón enorme —dijo con una sonrisa amarga.

Berta Hierro había conseguido una de las escasas plazas disponibles para los famosos cursos de verano de la sede de Joan Wytte en Nueva York, una de las cuatro instituciones donde se impartían las distintas ramas de la magia como si de una carrera universitaria se tratase. Conseguir estudiar en cualquiera de ellas, aunque solo fuese un curso de tres semanas, era el equivalente a asistir a Harvard o a Oxford en términos corrientes. Su tía Jimena había dejado caer en varias ocasiones que era una «curiosa casualidad» que la nueva decana fuese íntima amiga de Frida Hierro, pariente de Berta y líder de la rama estadounidense del clan. Sabele intentaba ignorar las insinuaciones de su tía porque no tenía motivos para dudar de que el talento de Berta le hubiese permitido entrar en el programa de estudio de Bestias y Leyendas Prehispánicas, y también porque

necesitaba creer que era posible cumplir sueños y lograr objetivos a base de esfuerzo. Era lo único que ella podía ofrecer, después de todo. Dudaba mucho que a las brujas de Joan Wytte, Croydon School, la Escuela Mágica de Shanghái o Aquila Verreauxii les pareciese relevante su número de seguidores o que les impresionase su apellido.

—¡Vaya! —exclamó Ame—. ¿Se encuentra bien?

—Sí, sí. Solo ha sido un rasguño, por lo que me ha contado. Parece ser que las serpientes emplumadas son muy impredecibles. Lo peor de todo es que ha tenido que quedarse un par de días en observación y ha perdido el vuelo a Escocia. Me pasaré sola todo el festival, a no ser que le den el alta y encuentre otro vuelo, lo que parece muy poco probable. —Valeria suspiró con pena e hizo un mohín de tristeza.

Sabele supo que no podía evitar lo que iba a suceder a continuación, así que se resignó y se preparó para asentir y sonreír. Después de todo, y por muy poco que le apeteciese, era lo correcto. Si había allí una persona con derecho a juzgar y rechazar a alguien era Valeria, no ella.

—¡Qué dices, boba! —exclamó Rosita—. Ni hablar, tú te vienes con nosotras.

—Oh, yo... Me encantaría, pero no querría estorbaros.

—¡Cómo vas a estorbar! —dijo Ame.

—¿Estáis seguras?

—Por supuesto —dijo Rosita, y Valeria desvió la mirada hacia Sabele, quien tragó saliva al darse cuenta de que esperaban una respuesta por su parte—. ¿Verdad?

—Claro —se limitó a decir Sabele.

La improvisada cuadrilla se sentó a desayunar en una de las cafeterías del aeropuerto, aunque solo Rosita comió. Valeria pidió un té verde solo, Ame, un vaso de agua y Sabele se conformó con un café con leche. También se le había cerrado el estómago, aunque en su caso no eran las turbulencias lo que le producía malestar.

Tras un rato de debate sobre quién podría ser la elegida por la magia como Dama (incluyendo un momento en el que Rosita sugirió que la magia sería estúpida si no eligiese a Valeria y la aludida rio azorada, negando esa posibilidad que tan obviamente le encantaba) durante el que Sabele

permaneció en absoluto silencio, fue precisamente Valeria, sentada a su lado, quien la sacó de sus pensamientos mientras Rosita y Ame discutían a saber por qué.

—¿Sabele? —la llamó, y la bruja la miró sobresaltada—. Tal vez sean imaginaciones mías, pero tengo la sensación de que hay una frialdad, un muro entre nosotras. No sé si me explico. —Sabele tragó saliva y no dijo nada, como si no supiese de qué hablaba, mientras lucía su mejor cara de *poker*—. Puede que sea porque no hemos tenido la ocasión de hablar, ya sabes, desde lo que pasó, pero quiero que sepas que no te culpo. Te perdono.

Sabele sintió que su sangre comenzaba a hervir en sus venas y abrasaba su piel a medida que fluía por su cuerpo. ¿Que la perdonaba? Ni siquiera le había pedido perdón. Solo la Diosa podía concederle el perdón a una bruja, o, en su defecto, una de sus adoradoras, y Sabele no recordaba haber oído nunca que Valeria tuviese intenciones de recluirse en Avalon o en ningún otro de los templos ancestrales para venerarla. Ante el silencio de Sabele, la bruja continuó hablando.

—Creo que las dos tenemos mucho potencial, y las mujeres tenemos que apoyarnos las unas a las otras... ¿Qué te parece si volvemos a empezar?

Lo más absurdo de todo era que si le hubiese dado un poco más de tiempo, Sabele hubiese acabado disculpándose. Su imprudencia había convertido a Valeria en el pelele de un espectro malvado que podría haberle causado secuelas irreparables. Claro que lo sentía, pero había algo en la actitud de Valeria que la sacaba de quicio (esa actitud de «os estoy haciendo un favor a todas con mi presencia» que emanaba de cada uno de sus gestos; al menos, así se sentía Sabele). Sin embargo, les quedaba una semana de convivencia por delante y Rosita estaba encantada con su presencia; no quería fastidiarles el festival a todas. Además, ¿quién le decía que no era ella quien se estaba comportando como una idiota, o imaginándose cosas? Seguro que esa sensación era fruto de su paranoia. Que Valeria fuese lo bastante madura para no guardarle rencor después de lo ocurrido decía mucho a su favor, ¿iba a ser ella quien no estuviese a la altura? Cogió aire, se tragó sus sentimientos y sus celos y dijo:

—Sí, claro. Suena bien.

—¡Genial! —exclamó Valeria, dándole un abrazo que no se sentía como tal. Solo estaba rodeándola con los brazos bruscamente—. Tenemos que colaborar algún día, tú y yo. Sería superinteresante.

Sabele se esforzó por sonreír y desvió la mirada hacia su amiga Ame.

—¿Qué haces? —le preguntó al ver que, con ayuda de un coletero, daba la forma de un muñeco a varias servilletas.

—Es un *Teru Teru Bozu* —explicó—. Para que no llueva y no haya turbulencias. Oye, tú eres la especialista en amuletos, ¿no tienes alguno contra los accidentes? ¿Un hechizo? —Sus ojos se iluminaron.

—¿Te quedarías más tranquila si lo hago? —preguntó entre divertida y al límite de la paciencia humana.

Ame asintió enérgicamente con la cabeza y no pudo contener una sonrisa.

—Está bien...

La pequeña bruja aplaudió su decisión.

—¿En serio? —Rosita arqueó incrédula las cejas, pero ni Ame ni Sabele se dieron por aludidas.

—Necesito un pequeño mechón de pelo de todas vosotras.

Se miraron las unas a las otras sin saber qué hacer. No era como si pudiesen colar unas tijeras en el control de seguridad. En realidad, sí, había un millar de maneras en las que una bruja podía burlar a las máquinas y la vigilancia de los ojos corrientes, pero ninguna tenía la necesidad de llevar objetos punzantes o más de cien mililitros de un líquido en concreto para que mereciese la pena hacer un hechizo.

—Supongo que valdrá con que os arranquéis un pelo.

Las cuatro brujas tiraron de su cuero cabelludo hasta reunir uno de sus cabellos sobre una de las servilletas. «Qué asquito», murmuró Ame para sí misma. Sabele utilizó el extremo de su colgante para abrirse una diminuta herida en el dedo índice, del que brotaron unas cuantas gotas de sangre. Apoyó su mano izquierda sobre los cabellos y recitó las palabras mágicas.

—Cuatro almas, cuatro vidas, protege sus cuerpos de cualquier herida.

A pesar de la sencillez del conjuro, sintió que una corriente de energía atravesaba su espina dorsal; sin duda, el resto también la experimentó, ya que se agitaron en sus sillas.

—Vaya —dijo Valeria con sincera admiración—, es increíble. Cuando yo invoco a la suerte ni siquiera siento un hormiguelo.

Sabele se permitió el lujo de disfrutar del momento. Había algo que podía hacer mejor que Valeria Santos. Eso sí que era increíble.

—El efecto durará veinticuatro horas —advirtió a sus compañeras de viaje—. Pero tampoco se trata de tentar a la suerte.

—¡Recibido! —exclamó Rosita—. Procuraremos no lanzarnos delante de un autobús de dos plantas.

—Ojalá la suerte nos ayude a encontrarnos con Mithali Apte —dijo Valeria—. He visto en su Instagram que va a ir al FREF. Ya nos conocimos en un encuentro de brujas en Barcelona, pero me encantaría volver a verla, es tan fascinante como dicen.

Mithali Apte había logrado reunir a jóvenes y talentosas brujas de prácticamente todas las familias inglesas en un nuevo clan, uno libre de los prejuicios y conflictos existentes entre las viejas y las nuevas familias, con el fin de reivindicar la magia como una herramienta de expresión y de defensa de su cultura. Ella misma era una figura conocida por su obra incluso entre los corrientes, aunque ellos solo pudiesen apreciar la parte mundana de su trabajo. Sabele también la seguía en redes, pero no habría sabido qué decirle si se encontrasen. Dudaba que Mithali supiese quién era ella.

Anunciaron la puerta de embarque de su vuelo y se pusieron en marcha. A pesar del hechizo de Sabele, cuando llegaron a sus asientos, Ame estaba a punto de entrar en pánico otra vez. Se sentó en el extremo del pasillo, lo más lejos que pudo de la ventanilla, y comenzó a hacer ejercicios de respiración. La miró horrorizada mientras grababa un plano del interior del avión para las *stories* de Instagram y que, si estaba de humor, incluiría en algún *vlog* para su canal.

—¿Qué haces? —le reprendió Ame—. ¿Sabes que los datos de tu móvil pueden provocar interferencias entre la cabina y la torre de control? ¿Y si nos estrellamos por tu culpa? Nunca te lo perdonaría.

—No hemos despegado aún. El avión ni siquiera se ha movido marcha atrás para ir a la pista —intentó defenderse, pero Ame no atendía a razones, así que optó por satisfacer los reclamos de su fobia y apagó el móvil en el

mismo instante en que un mensaje que nunca llegaría a entrar en su bandeja se perdía entre millones de ondas electromagnéticas.

«Ey, oye, mira... sé que he sido un idiota. Me voy a Escocia unos días con mi banda, aunque probablemente ya lo sepas, pero... me gustaría quedar contigo cuando vuelva, si quieres, y hablamos como adultos. Si quieres».



Cuando Leticia entró por la puerta de la sede de la Guardia, el habitual y anodino ambiente de oficina típico de cualquier mañana había sido sustituido por un revuelo continuo. Por lo visto, la noticia de que esperaban la visita de «la Griega», que es como la llamaba ya todo el mundo, había corrido más rápido que una noticia falsa en Twitter.

La Griega era una supervisora que enviaban desde Europa para asegurarse de que se habían tomado las medidas pertinentes tras su «lamentable actuación» (o más bien, la falta de ella) antes, durante y después de la ruptura del Tratado de Paz entre brujas y nigromantes. La indignación generalizada era la postura más habitual entre los agentes y administrativos de la institución. «¿Medidas pertinentes? Pero si en muchos países de la Unión Europea ni siquiera hay un tratado». Y en eso tenían razón, en el centro del continente aún había incidentes de violencia entre brujas y nigromantes de vez en cuando, y en ciertas regiones del este ambos

bandos mantenían una guerra abierta desde hacía siglos en la que ningún otro país se atrevía a intervenir. Sin embargo, la Unión solía mantener siempre un ojo extra puesto sobre la Guardia española a causa de su empeño por actuar al libre albedrío. Eran los herederos de la Inquisición Española, azote de brujas, herejes y demonios, la primera Guardia Estatal del mundo. Aquellas raíces grandilocuentes les habían convencido de que merecían un respeto mayor que el resto de sus contemporáneos. Muchos aún no habían superado el malestar que había generado que, en los años ochenta, su enlace con el Gobierno les advirtiese que se acabarían las subvenciones si no aceptaban, como el resto de España, integrarse con las instituciones europeas.

Leticia no sentía el mismo orgullo por sus raíces que la mayoría de sus compañeros, pero la falta de confianza que demostraba la visita de la Griega le escocía por igual. A pesar del caos inicial, un nuevo tratado se preparaba bajo su supervisión, y los responsables habían respondido por sus actos. Bueno, casi todos.

Echó un vistazo de reojo a uno de las docenas de carteles pegados por todo el edificio. Debajo de un «Se busca» aparecían los rostros de dos brujas de pelo moreno y ojos oscuros. Rocío y Macarena Lozano. Leticia sintió el mismo nudo que se formaba en su estómago cada vez que veía sus rostros. Habían intensificado su búsqueda durante semanas, sin resultado, y aunque no había ninguna prueba que las relacionase con el robo de agua bendita, el instinto de Leticia le advertía que tramaban algo, un golpe inminente. Las amenazas de Helena, el uso del fuego, el temor de los fantasmas... no podía ser casualidad. José Antonio Herrera, director de la Guardia, no quería oír hablar del tema. Insistía en que doblar las medidas de seguridad les haría parecer unos incompetentes. En opinión de Leticia, que su superior priorizase las apariencias a la misión de la Guardia (mantener el orden y el equilibrio en la comunidad mágica) era una de las muchas causas por las que desde Europa se les consideraba... bueno, unos incompetentes.

A pesar de que las Lozano fuesen una prioridad en materia de seguridad nacional, esa mañana la mente de Leticia estaba atareada con otros asuntos.

En lugar de caminar hacia el cubículo que rara vez ocupaba o hacia el despacho de alguno de sus superiores, Leticia tomó un desvío hacia los

laboratorios del sótano. Aunque la mayoría de los forenses, científicos e ingenieros que trabajaban para la Guardia estaban repartidos en distintos laboratorios a lo largo y ancho de la ciudad, contaban con unas modestas instalaciones para imprevistos y emergencias en la Castellana. Cruzó el largo pasillo iluminado por luces de neón y se detuvo ante la puerta del laboratorio número seis: objetos encantados.

Llamó a la puerta tres veces y entró sin esperar a que respondiesen. La única persona que quedaba en el laboratorio 6 después de los recortes de los últimos cuatro años era Javier, un arqueólogo y antropólogo que además se había especializado en Teología y Ocultismo. Era difícil encontrar a personas con perfiles tan complejos, así que la Guardia no tardó demasiado en ficharle cuando descubrieron que se trataba de un revelado no registrado.

—Leticia —le saludó con una gran y perfecta sonrisa—. ¿Otra vez tú por aquí? ¿Qué has encontrado esta vez?

Rebuscó en su bolso, extrajo el cofre y se lo tendió.

—¿Una caja de Kyteler? —preguntó nada más verla. Leticia asintió. Al parecer, ella era la única que desconocía la existencia de aquellos objetos.

Javier se puso unos guantes antes de sostener el objeto, con aires de profesionalidad propios de un personaje de una serie policíaca, y lo estudió con atención.

—Parece antiguo, ¿sabes si es una de las originales? ¿De dónde la has sacado?

—Es una larga historia. —Por no hablar de que, si pretendía que Javier creyese que se trataba de un trabajo oficial, decirle que la había sacado del dormitorio de su madre no parecía muy buena idea.

El arqueólogo depositó la caja en su mesa de trabajo, bajo la luz de una potente lámpara, y dio media vuelta para sacar una especie de batería eléctrica de uno de los armarios. Enganchó los dos cables que salían de ella a la caja de mala manera. Se trataba de un inhibidor de fuerzas mágicas de última generación que seguramente hubiesen importado de, cómo no, Berlín. Ajustó varios reguladores con meticulosidad y después activó el artilugio.

—Hmm... te aconsejo retroceder unos pasos —dijo, tendiéndole unas gafas de protección iguales a las que él se acababa de poner.

Ajustó varios reguladores con extremo cuidado y después activó el artilugio.

Tras unos segundos en los que el motor del aparato chirrió como si estuviese a punto de explotar, saltaron unas cuantas chispas (y un sospechoso hilillo de humo) de los extremos conectados a la caja y el candado tintineó.

—Toda tuya.

Tan pronto como Leticia rozó el candado, se abrió súbitamente y cayó sobre la mesa con un golpe seco. Su corazón latió aceleradamente, una reacción física fruto del subidón de adrenalina que experimentaba cada vez que estaba a punto de resolver un misterio. Su excitación se convertiría pronto en frustración, pues solo estaba a punto de descubrir otra pieza de un puzle más grande de lo que esperaba.

Arqueó las cejas.

—¿Qué es esto? —preguntó al ver unos pequeños frascos de cristal dentro de los que flotaba un líquido violáceo salpicado con diminutas motas de polvo que no dejaban de bailar en su interior.

—Parecen recuerdos —dijo Javier como si fuese obvio. Estaba claro que todo lo que Leticia sabía sobre fantasmas y espectros lo ignoraba al respecto del mundo de las brujas—. Pueden extraerse de la mente a través de un hechizo, para conservarlos o para olvidar. Solía ser una costumbre habitual que las brujas más sabias del aquelarre extrajesen recuerdos de su mente, ya fuese por su valor histórico o para conservar todos sus conocimientos sobre magia y así evitar que se perdiesen una vez llegase su hora. Es probable que Sara, del Departamento de Biología, te pueda servir de más ayuda que yo. Creo que en los laboratorios de Las Rozas tienen un proyector de recuerdos.

—Genial, gracias. —Leticia volvió a cerrar la caja y se marchó por donde había venido.

No tenía ninguna intención de hablar con Sara, del Departamento de Biología. Si utilizaba cualquier instalación de la Guardia para reproducir los recuerdos, quedaría un registro de ello, y al no saber lo que podía encontrarse en su interior prefería no correr el riesgo. Estaba segura de que si buscaba bien encontraría a alguien que conociese alguna otra forma de

visionarios. Javier había dicho que era una costumbre habitual entre las brujas. Cuando volviese de sus vacaciones en Escocia llamaría a Rosita y le pediría que le hiciese el favor de indagar sobre quién contaba con el talento de extraer recuerdos en Madrid.

Mientras tanto, tendría que vivir con sus dudas. ¿A quién pertenecían esos recuerdos? Quizá su madre los estuviese guardando sin saber qué eran en realidad, después de todo, el revelado era su padre, para ella solo serían un montón de frascos vacíos. Tal vez tenía una amiga bruja sin saberlo; y cabía la posibilidad de que esa amiga le hubiese pedido que guardase el cofre por ella, para evitar algún tipo de tentación o que se descubriesen sus secretos. La última opción era que Mercedes Zambrano conociese a una bruja y que, plenamente consciente de sus actos, le hubiese pedido que extrajese de su mente una serie de recuerdos... Pero ¿para qué? ¿Para protegerlos... o para olvidar?

Su imaginación se desató y miles de historias se formaron en su mente, ¿y si había descubierto un secreto doloroso que prefería olvidar? ¿Había una persona en su pasado que le había hecho daño? ¿Alguien a quien había perdido y sin quien no podía vivir?

Quizá se tratase de un amor de su juventud al que no lograba renunciar y había decidido olvidarle para pasar página y ser feliz. Mercedes Zambrano tenía cuarenta y nueve años, se casó con veintidós y tuvo a su primera hija con veintitrés. ¿Eran aquellos recuerdos anteriores a su nacimiento? Tal vez tenía una hermana melliza que murió trágicamente y por eso quería olvidar. No recordaba ningún hecho traumático de su infancia, así que no podía tener nada que ver ni con ella ni con Lucas... A no ser que... ¿quién le decía que aquellos recuerdos eran de su madre? ¿Y si había mandado hechizar a su padre, o a Lucas, o a ella? Lucas debía saber la verdad, pero todo apuntaba a que no se lo iba a contar (podría haber intentado sonsacárselo, pero también se había marchado a Escocia), lo cual reforzaba la teoría de que tal vez fuese a ella misma a quien le ocultaban la verdad.

Quizá no debiese hacerlo, pero necesitaba descubrir qué parte del pasado de su familia se escondía en el interior de ese cofre, siempre y cuando, claro, su trabajo se lo permitiese. Volvió a pasar por delante del

cartel de «Se busca» de las Lozano. Algo le decía que sus intrigas domésticas tendrían que esperar.



Por fortuna, los temores de Ame habían sido infundados y aterrizaron sin problemas en la pista del aeropuerto de Edimburgo, aunque quizá solo fuese fruto de la magia de Sabele y gracias a los amuletos de Ame. No había ninguna manera de que pudiesen averiguarlo, así que dependía de ellas elegir la razón por la que habían llegado sanas y salvas a tierra firme: o bien gracias a sus dones o bien gracias al buen trabajo de ingenieros, mecánicos y pilotos.

Ame estaba eufórica, pero con unas ganas terribles de salir del aeropuerto, así que se apresuraron a buscar la salida y dar comienzo así a sus vacaciones.

Tan pronto como se bajaron del autobús que las llevó hasta el centro, se sintieron empapadas por el misticismo de la ciudad. Tal y como les habían prometido, la ciudad de Edimburgo estaba poblada por fantasmas hasta el punto de que era difícil distinguirlos de los corrientes que caminaban por la Royal Mile entre la niebla de la mañana que aún perduraba entre los

edificios grises. El aire era mucho más húmedo que en Madrid, y Sabele lo agradeció cuando sus pulmones se llenaron de aire fresco, que olía a levadura y cebada, tras dos meses de seco verano en la capital.

Antes de emprender el viaje, las tres amigas habían acordado que durante el festival no se preocuparían ni de sus móviles ni de sus estudios o sus trabajos (incluidas las redes sociales, aunque no había sido capaz de prometer que no sacaría dos millones de fotos o que no lo grabaría todo en vídeo), así que, después de sacar unas fotos a su comfortable habitación con vistas al castillo de Edimburgo y a un típico desayuno escocés (aunque solo Rosita fue capaz de terminarse el *porridge* servido con huevos, tomate e ingentes cantidades de beicon), Sabele puso su teléfono en modo avión. Estaba dispuesta a «vivir el momento». Era una gozada no tener que pensar en qué haría en el futuro más allá de dónde comerían *fish and chips* (en su caso, berenjena rebozada y *chips*). Se sentía... liberada.

Por su parte, Valeria puso rumbo al festival directamente desde el aeropuerto. Se había pasado todo el vuelo intentando convencerlas de que, si no acampaban, no estaban viviendo la experiencia de la forma adecuada. «O lo haces bien, o no lo haces», les había dicho. Según ella, ir a un festival de música y pernoctar en un hotel era como no ir. O dormías casi a la intemperie y hacías cola todas las mañanas para poder hacer tus necesidades en un baño portátil o la experiencia no servía de nada. Tal vez la Sabele de dieciséis años hubiese estado de acuerdo con ella, pero a la de veintiuno le gustaba demasiado disponer de una ducha para ella sola y sábanas limpias.

Para llegar hasta la explanada donde tenía lugar el FREF tendrían que alejarse algunos kilómetros de la ciudad, aunque las tres brujas hubiesen podido recorrer sus callejones y pasear por sus famosos y tranquilos cementerios durante horas. Ame, Rosita y Sabele pasearon por Princes Street hasta casi llegar a la altura de Calton Hill, donde se detendría el autobús que hacía la ruta hasta el festival.

Sabele ya conocía la ciudad, que visitó de niña un par de veces con su tía cuando ella tenía dieciocho, pero para Rosita y Ame era la primera vez. Ninguna de las dos era capaz de permanecer más de quince segundos sin abrir la boca o señalar algún detalle o rincón que llamaba su atención entre los edificios de piedra gris. «Por esto quería una habitación en un hotel», se

dijo Sabele. Cuando se cansasen de dar saltos, podían volver a la ciudad y tomar algo en un *pub*, pasear en busca del mejor *souvenir* o incluso apuntarse a uno de esos *tours* que te descubren los rincones embrujados y las leyendas de Edimburgo (sería curioso ver cómo lo explicaban los corrientes).

Tras quince minutos de espera bajo el cielo nublado, que amenazaba con convertirse en una pasajera tormenta de verano, apareció el autobús. Le mostraron sus entradas del festival al conductor y se acomodaron. Poco a poco, dejaron el casco antiguo atrás para incorporarse a una modesta autovía que avanzaba a través de urbanizaciones de adosados, supermercados y parques hasta que el mundo a su alrededor se tornó completamente verde.

Supieron que habían llegado a su destino cuando vislumbraron una amplia zona de cielo azul rodeada de nubes que se detenían en sus límites, como si alguien hubiese trazado una línea en el cielo; obra, sin duda, de brujas.

El autobús se detuvo en la última y única parada y se bajaron junto al resto de asistentes casi a la carrera, impacientes por alcanzar su destino. En tierra firme las recibió una bocanada de aire fresco que llenó sus pulmones e hizo que una descarga de energía recorriera sus venas. En plena naturaleza, rebotante de vida, el poder de la magia se percibía, exultante, en cada partícula a su alrededor. En cada hoja de cada árbol, en sus ramas y raíces, en los helechos y el musgo, en el canto de los pájaros que anidaban en lo alto de los tejos y abetos, en el pelaje de los gatos monteses que descansaban a su sombra, en los insectos que dominaban el bosque, demasiado pequeños para que nadie reparase en su hegemonía. El mundo vibraba y ellas con él.

—¡Qué maravilla! —exclamó Ame, estirando los brazos y embriagada de pura felicidad.

A veces, las brujas de ciudad olvidaban el verdadero rostro de la magia hasta que gozaban de ella en su estado natural, hasta que eran capaces de percibir cada latido de vida en varios kilómetros a la redonda, hasta que experimentaban lo que era que sus sentidos se agudizasen al máximo.

—Sí, vaya gustazo —asintió Rosita—. La magia es casi tan pura como

en la playa de Bahoruco. —Inspiró profundamente—. Casi. Además, en el Caribe hace mejor tiempo... —Señaló hacia el cielo.

—Más nos vale darnos prisa si no queremos mojarnos —sugirió Sabele.

Al sentir que las primeras y amenazantes gotas caían sobre sus cabezas, las tres brujas echaron a correr hacia la entrada al festival. Unas cuantas vallas amarillas separaban el cerco soleado del resto del mundo, que permanecía ajeno a la catarsis mágica que estaba a punto de estallar en el extenso claro verde, rodeado por el bosque y por colinas vírgenes. Se pusieron a la cola y, en cuestión de unos pocos minutos, le enseñaban sus entradas a una joven bruja que les puso una pulsera morada (que las distinguía de la amarilla que lucían los corrientes).

—Pasadlo bien, chicas. —La bruja, que también llevaba puesta una de las pulseras moradas, les guiñó un ojo.

Le dieron las gracias y se adentraron en aquel encuentro de brujas y corrientes que abarcaba varios miles de metros cuadrados, incluyendo la zona de tiendas de campaña, varios escenarios, todo tipo de puestos de comida y *merchandising* y una gigantesca noria al fondo del recinto. Tan pronto como cruzaron al otro lado, el frío y la humedad de la brisa se convirtieron en una ideal temperatura de veinticinco grados bajo la luz del sol. A pesar de que a esas horas tan tempranas solo tocaban algunas bandas modestas en los escenarios más pequeños, podían oír música a todo volumen a través de altavoces distribuidos por doquier.

—Qué atractivo es todo el mundo, ¿no? —dijo Rosita, bajándose las gafas de sol con interés para ver mejor mientras examinaba a los chicos y chicas que iban y venían.

—Y qué bien visten... —comentó Sabele, que había creído que su modelito festivalero estaría a la altura para encontrarse con que muchas de aquellas chicas, y muchos chicos, parecían haber sido vestidas, peinadas y maquilladas por estilistas profesionales. Su *bralette* de encaje blanco ya no le parecía tan original como había creído. Intentó no darle importancia; lo que de verdad contaba era que estaban todas juntas. Nada de postureo mientras durasen sus vacaciones.

A medida que avanzaban hacia el corazón del FREF, la fuerza de la magia se disipaba (aunque seguía siendo aún más intensa que en cualquier

lugar conquistado por los corrientes), sustituida por el aroma agridulce que surgía de los puestos de comida para llevar, donde se podían comprar desde *dumplings* y *baos* hasta perritos calientes de tofu. Los corrientes se entremezclaban con corros de brujas sentadas en la hierba que se leían las cartas las unas a las otras, y los *stands* de camisetas de las bandas que tocaban en el festival estaban pared con pared con otros que vendían pocimas energéticas y cámaras de fotos instantáneas embrujadas para que todas las fotos saliesen bien. Sabele, que no era precisamente la más frugal de las brujas, se sorprendió al ver hasta qué punto el uso de la magia se había vuelto superficial en el festival. «No lo recordaba así», pensó. El FREF había crecido mucho en los últimos seis años, lo que no implicaba necesariamente que hubiese mejorado.

Sin dejar de caminar, Sabele abrió el mapa que contenía el *pack* de bienvenida que les habían entregado a la entrada para ubicarse.

En teoría, habían quedado con Valeria frente al escenario B, a tan solo unos cuantos minutos de donde se encontraban.

—Es por aquí. —Señaló el camino mientras hurgaba en la bolsa para ver qué más contenía. Una chapa, una pequeña botella de agua con la forma de un brik de cartón, varias muestras de cosmética mágica (protector solar que duraba todo el día, rímel que de verdad hacía tus pestañas más largas y frondosas, sombra de ojos que elegía el mejor color para tu tono de piel...), ofertas y descuentos para gastar en los puestos, los horarios de los eventos exclusivos para brujas y el programa completo de los conciertos.

Cogió el programa diciéndose que solo quería echar un vistazo una vez más a los grupos que tocarían durante toda la semana, pero tan pronto como lo sacó de la bolsa, sus ojos comenzaron a buscar frenéticamente el nombre de la banda de Jean, The Telepats. Encontró el nombre del grupo junto al de la famosa banda que cerraría el festival en el escenario principal, Damsel Under Stress; al parecer, serían sus teloneros. Sin embargo, The Telepats aparecía tachado con boli, y escrito a mano, justo encima, se podía leer: The Pretty Tomboys. Sabele frunció el ceño. Jamás había oído hablar de ese grupo, pero al leer su nombre, sintió un desagradable escalofrío seguido de un mal presentimiento. ¿Habría ocurrido algo con la banda de Jean? Se sintió culpable por haber estado evitándole y se dijo que le llamaría tan

pronto como volviese a Madrid para comprobar que todo iba bien.

Tras unos cuantos minutos abriéndose paso entre una cada vez más creciente multitud, distinguieron a Valeria en la distancia. Estaba tan radiante como siempre. Llevaba puesto un mono color negro plagado de abalorios y rallas blancas, que dibujaban sinuosas formas por todo su cuerpo. En su brazo podía verse perfectamente el enorme tatuaje de dos carpas koi, animal protector de su familia; una gargantilla de oro brillaba alrededor de su cuello y una gran cantidad de purpurina y brillantes le salpicaban el rostro, sobre todo en torno a sus ojos oscuros. Al verlas, sonrió y les hizo un gesto con la mano para que se acercasen.

Sabele se sintió algo incómoda al percatarse de que se encontraba en un círculo de completos desconocidos. Normalmente le encantaba conocer a gente nueva, pero se suponía que esa iba a ser una semana para pasar con sus amigas después de todo el verano separadas, y de pronto se encontraba en inferioridad de número frente a Valeria. A su lado había dos gemelas menudas con el pelo teñido de un rubio casi blanco y las cejas muy marcadas que escuchaban atentamente a una chica peinada con una larga trenza castaña. La bruja de la trenza hablaba a voces sobre un nuevo hechizo exfoliante que acababa de descubrir a pesar de la presencia de un corriente entre ellas, un chico pelirrojo que llevaba una camisa *beige* que había remangado mal y unas botas marrones que parecían tener más años que él.

El chico, que aparentaba un par de años más que ellas, no parecía encajar en absoluto con el grupo. Se le veía demasiado... serio, y a juzgar por su mirada perdida, los exfoliantes no le interesaban demasiado. ¿Con quién habría venido? Supuso que debía de tratarse de un revelado. No emanaba de él esa energía fúnebre y gélida que vibraba en torno a los nigromantes y que solía provocar que la mayoría de brujas no fuesen capaces de estar cerca de ellos durante demasiado tiempo. Además, no tenía claro que uno de ellos fuese a ser bien recibido en el festival. Fue entonces cuando reparó en la pulsera morada en su mano. «¡Un brujo!». Seguía a varios activistas mágicos que defendían la total integración de los hechiceros en todos los aquelarres en Twitter, pero eso no había impedido que diese por hecho que se trataba de un corriente. «Tengo que ponerme las

pilas», se dijo. Mientras que algunos aquelarres, normalmente de ciudad, siempre habían creído que las brujas, y brujos, debían ser capaces de vivir a la vanguardia de los tiempos, en otros, la tradicional veneración de «la feminidad» les había impedido abrir la mente.

—Oh... no sabía que iba a haber chicos —murmuró Ame al oído de Sabele. A su amiga nunca se le había dado bien interactuar con el género masculino, en especial los que le parecían «encantadores». Suponía que eso significaba que el desconocido era su tipo, pero se trataba solo de una deducción. Así como a Rosita parecía cautivarle la belleza de medio mundo, Ame nunca se sentía impresionada por nadie.

—Es una lástima que no tengas a nadie con quien emparejarle —bromeó, cogiéndola de la mano—. Vamos, seguro que es *encantador*.

Por fin llegaron junto a ellos y Rosita silbó a modo de cumplido al detenerse frente a Valeria.

—Estás preciosa. —La saludó con dos besos, posando fugazmente su mano sobre su cintura. Sabele reconocía aquel gesto y el peligro que conllevaba.

—¡Piola, chicas! —Saludó en inglés y continuó hablando en ese idioma—. Qué bien que hayáis llegado ya. Aunque si hubieseis dormido en el *camping* no os habríais perdido el famoso chocolate caliente al estilo Cunningham. —Señaló al pelirrojo. «¿Cunningham, de qué le sonaba ese nombre?»—. No os conocéis, ¿verdad? —Todas las brujas presentes negaron con la cabeza al unísono—. Estas son las hermanas McKenna, tienen un programa de cocina en la televisión irlandesa, aunque solo las brujas sabemos que usan hierbas mágicas en sus recetas. —Les guiñó un ojo y las gemelas sonrieron. Señaló a la siguiente de la lista, la bruja de la trenza—. Carrie Christie, experta en magia estética. —Carrie sonrió y aguardó en silencio, como si diese por hecho que iba algo más detrás de su nombre—. Creadora y CEO de Luxe. Nos conocimos en el Congreso de Jóvenes Emprendedores Mágicos de Barcelona del año pasado.

—*Enchanté* —saludó con un marcado acento americano.

—Y este de aquí —dijo tendiendo el brazo hacia el chico, quien saludó tímidamente con la mano— es Matt Cunningham, está acabando la carrera de Medicina y tiene unas ideas muy interesantes sobre la posible unión de

magia y tecnología médica, ¿verdad?

—Yo no diría interesantes, pero sí... supongo que algunas de mis teorías pueden ser controvertidas —dijo Matt, llevándose incómodo la mano a la nuca. Era evidente que no disfrutaba siendo el centro de atención, pero Sabele no pudo reprimir el impulso de admiración al recordar por qué su apellido le resultaba familiar.

—Espera. Tú escribiste ese artículo sobre cómo utilizar las bolas de cristal para averiguar qué tratamiento aplicarle al paciente —dijo boquiabierto. Lo que Matt hacía iba mucho más allá que las *apps* de Valeria o sus propios vídeos; el brujo estaba salvando vidas.

—¿Ah, sí? Pues el clan Yeats es experto en la suerte —dijo Valeria, y Sabele se sintió culpable por dudar de sus intenciones al ver cómo la presentaba como alguien capaz.

—¿No fue alguien de ese clan quien invocó a ese horrible espectro? —dijo una de las gemelas. Valeria le hizo un gesto mal disimulado con la mano para que se callase. Sabele contuvo el aire en sus pulmones. Vaya, así que todo el mundo se había enterado de su metedura de pata.

—Sabele tiene un canal de YouTube con muchos seguidores, ¿verdad? —dijo Valeria cambiando de tema—. Cualquier día de estos hacemos una colaboración, eh. Tu magia y mi tecnología. —Le guiñó un ojo.

—Un canal. *How cute is that...* —dijo Carrie con tono condescendiente. «Mono», acababa de referirse a su mayor logro hasta el momento como «una monada». Se obligó a dejarlo pasar. No era la primera vez que la menospreciaban por su oficio; tampoco sería la última.

Valeria continuó con las presentaciones.

—Rosita Costello, experta en pociones, y Ame Toyo, futura diseñadora de moda.

—¿Eso que llevas lo has diseñado tú? —preguntó Matt, señalando el top de cuadros rosas y amarillos que la bruja llevaba puesto.

—S... sí —respondió Ame, sorprendida por la pregunta. A Sabele no se le escapó cómo se azoraba aún más de lo habitual. Volvió a mirar al chico, con sus gafas marrones, las pecas que salpicaban su rostro y aquel aura amable y tranquila. Quizá fuese la ocasión de resarcirse... y de devolverle a Ame una taza de su propia medicina.

—Vaya, es increíble... Aunque, bueno —se señaló a sí mismo—, está claro que no soy quién para hablar de moda, ¿verdad? Solo sé coser heridas.

—Siempre podéis hablar de medicina, Ame es toda una experta en magia sanativa —dejó caer Sabele.

—¿Ah, sí? —preguntó Matt, llevándose la mano al mentón—. Qué combinación tan fascinante: moda y medicina. ¿Qué tipo de magia sanativa practicas?

—Mi... mi familia es originaria de Japón. Practicamos la magia ceremonial —explicó Ame, y en un abrir y cerrar de ojos estaban conversando sobre las distintas tendencias de filosofía médica, corrientes y mágicas. «Misión cumplida», se dijo satisfecha.

Una vez hechas las presentaciones, las distintas conversaciones continuaron bajo el amparo de la música de una banda que empezaba a ser conocida, pero no demasiado. Aunque estaba satisfecha por su improvisada labor como celestina, Sabele se dio cuenta de que se había quedado fuera de todas las conversaciones que tenían lugar. Rosita y Valeria anunciaron que iban a por un té helado y les preguntaron si querían algo.

—Pero no os adentréis en el bosque —les advirtió Matt con un ambiguo tono medio en broma medio en serio—. Sería una desgracia que os raptasen las hadas.

Sabele les dio tres libras para que le comprasen una limonada y, cuando se dio media vuelta para preguntarle a Ame si lo estrecha que se estaba volviendo la relación entre las dos brujas era o no fruto de su imaginación, la encontró en mitad de un debate sobre las probabilidades reales de morir en un accidente aéreo que tanto ella como Matt parecían estar tomándose muy en serio, aunque el brujo no dejase de sonreír. La fobia de Ame parecía haber servido de algo útil por una vez.

Sintió una punzada de melancolía que se esforzó por ignorar. Se descubrió a sí misma preguntándose qué estaría haciendo Luc en ese momento y deseó que, fuera lo que fuese, estuviese cumpliendo con sus buenos propósitos, claro que no era como si fuese asunto suyo. Suspiró y optó por alejarse unos cuantos pasos y bailar por su cuenta. Después de todo, había venido a divertirse, y eso era lo que pensaba hacer.



La planta baja de The Three Witches era exactamente lo que acudía a la mente de cualquier turista cuando oía la expresión «un típico *pub* escocés». Cuando llegó la hora de la cena, que allí rondaba las siete de la tarde, Matt había sugerido que tomaran un autobús de vuelta a la ciudad para poder comer «algo local» y continuar la fiesta en un famoso *pub*. Rosita y Valeria, que llevaban bebiendo mojitos de forma continua desde las dos de la tarde, se mostraron entusiasmadas con la idea. Las gemelas prefirieron quedarse en el festival y a Carrie la habían perdido de vista hacía horas, Sabele suponía que porque estaba muy solicitada. Aun así no dijo nada, pero a esas alturas del día, Sabele estaba segura de que ella hubiese querido ir a cualquier sitio donde pudiese seguir hablando con Matt, así que aceptó.

El famoso *pub* era un local que desde el exterior parecía pequeño, quizá por la estridente pintura roja con la que habían pintado la madera de su fachada, que contrastaba con la piedra gris del resto del edificio. Al entrar

en The Three Witches (según Matt, el nombre era una mera casualidad y ninguno de sus dueños había tenido relación alguna con el mundo mágico; «Pero por aquella época, las cazas de brujas eran muy populares, claro que rara vez capturaban a una bruja real», añadió), se encontraron con un local oscuro, pero acogedor, con un montón de sillones de piel del siglo pasado, paredes decoradas con fotografías del Edimburgo de los años veinte y treinta y una barra de madera negra con una absurda cantidad de grifos de cerveza, cuyo olor, mezclado con el de la carne asada, las salchichas y el beicon, inundaba el local, marcando el tono de la atmósfera. The Three Witches era tradicional y contundente, y presumía de un menú que era la mayor pesadilla de cualquier vegetariano, aunque también contaba con opciones *veggies* y veganas.

En un rincón del *pub*, un guapo guitarrista con una coleta pelirroja cantaba baladas y canciones típicas acompañado por una violinista y una flautista. *Well, I quickly approached this fair maiden, asked her what was the cause of her woe or what was the cause of her suffering that forced her to leave her own home*, pronunció con su voz cantarína y dulce. El cantante alzó la vista y sus ojos la buscaron directamente a ella. Le regaló una media sonrisa antes de continuar con la estrofa y Sabele miró hacia otro lado. Por mucho que se empeñasen, ya había tenido suficientes experiencias con músicos para el resto de su vida. «No, gracias».

Por recomendación de Matt pidieron pintas de una cerveza artesanal local que, para espanto de Sabele, les sirvieron tibia y tenía sabor aguado. No quería ofender los gustos locales, así que optó por darle un par de traguitos y dejarla de lado disimuladamente. Sus amigos pidieron perritos calientes desbordados de salsa barbacoa y ella pidió un plato de *haggis* vegetariano.

A lo largo de la calle había algunas pequeñas salas de fiesta con música a todo volumen, pero ellos prefirieron quedarse en el *pub*, comiendo en una barra junto a la pared, salvo Valeria y Rosita, que bailaban sin ton ni son al ritmo de las canciones folk mientras le pedían a la banda que tocasen canciones de Mumford & Sons, seguramente porque ignoraban que la popular banda era inglesa. Sabele continuó con su comida con algo de vergüenza, que se vio incrementada al percatarse de que se acababa de

convertir en una sujetavelas, a pesar de que Matt, siempre atento, procurase preguntarle su opinión de vez en cuando para que no se sintiese excluida. Por desgracia no tenía ni la menor idea de qué hablaban la mitad del tiempo.

Sacó el móvil del bolsillo y vagó durante unos minutos a través de las fotos y vídeos que había hecho durante el día. La chica que veía en la pantalla estaba viviendo el verano de su vida: se había vuelto a pintar las manos con henna, esta vez decoradas con runas celtas que representaban Lugnasad, se había tirado por una tirolina, había bailado hasta agotarse... era lo que quería, divertirse, no pensar, entonces ¿por qué en cuanto se quedaba quieta tres segundos volvía ese vacío? Alzó la vista al presentir que los ojos del cantante pelirrojo la escrutaban otra vez. Suspiró en voz alta.

—Me voy a tomar un poco el aire —anunció mientras se levantaba del taburete.

—¿Y eso? ¿Te encuentras bien? —preguntó su amiga, preocupada.

—Sí, es que... hay mucho ruido —dijo mirando al guitarrista con desdén—. Enseguida vuelvo.

Por un momento, Sabele estuvo convencida de que se había convertido en uno de los numerosos fantasmas que rondaban aquel lugar: insignificante, perdida. Se abrió paso entre la multitud con la puerta en mente como único objetivo. Por fin llegó a la salida y se alejó de los fumadores calle abajo para poder respirar en paz.

Avanzó unos cuantos metros a través de los centenarios edificios, dejando atrás una antigua iglesia neogótica reconvertida en teatro. Poco a poco, disminuyó el ritmo de sus acelerados pasos hasta detenerse. Estaba sola en mitad de una ciudad prácticamente desconocida y no quería perderse. Se apoyó en la pared tras ella y se concentró en sus respiraciones y en el mundo en torno a ella, en la brisa fresca y húmeda, en las hojas de los árboles, y se abrazó a sí misma, ignorando los lamentos y risas de los fantasmas. De pronto, la soledad de la que tan insistentemente procuraba huir la reconfortó, hasta que un maullido frente a ella la interrumpió.

Alzó la vista y sus ojos se abrieron de par en par al ver el rótulo de la tienda en la calle de en frente. No podía ser casualidad que se detuviese

justo al llegar a la altura de aquel rincón. El gato negro la miró unos segundos y salió corriendo, perdiéndose entre los callejones.

En cualquier otra circunstancia podría haber pasado de largo junto a la tienda sin percatarse de su existencia, escondida entre un Subway y un restaurante indio desbordado de estudiantes. Las maderas que recubrían la fachada eran de puro ébano azabache, y en lo alto de la pared colgaba un cartel en el que se podía leer «The *Lady* in the Woods» en letras doradas. En el mismo color habían trazado la silueta de una joven de larga cabellera, sentada bajo la sombra de un árbol, que sostenía un libro entre las manos a la vez que vigilaba el contenido espumeante de un caldero. Sabele parpadeó un par de veces y la señal que colgaba sobre su entrada se transformó ante sus ojos, hechizada para que solo ella y las suyas pudiesen leer «Bienvenida, bruja, tenemos todo cuanto necesitas».

«Una tienda de brujería», comprendió emocionada. Llevaba siglos sin pisar una. En la mayoría de las ciudades se podía conseguir el material en tiendas corrientes si uno sabía a quién preguntar, pero solo las grandes capitales o ciudades con una longeva tradición mágica contaban con tiendas especializadas. Para su sorpresa, en una ciudad a la que a las seis de la tarde todo estaba cerrado, The *Lady* in the Woods continuaba abierta.

Sabele se mordió el labio. No iba a poder resistir la tentación. Sus amigas no la echarían de menos aunque dedicase unos minutos de más a explorar la tienda en busca de amuletos e ingredientes raros que comprar a modo de *souvenir*. Antes de darse cuenta delo que hacía, estaba abriendo la puerta y cruzando el umbral. Una campana de viento situada sobre el dintel tintineó anunciando su llegada, pero no había nadie en el mostrador. Sabele se quedó boquiabierta ante la cantidad de libros y manuales, tarros repletos de hierbas, piedras, aceites y minerales, gráficos y ruedas astrológicas, cartas de tarot, péndulos, bolas de cristal, runas y joyas de todo tipo que había en la tienda.

Sin embargo, hubo algo que acaparó su atención enseguida y que no tenía nada que ver con la magia. O quizá sí. La pared frente a la entrada estaba presidida por un gigantesco lienzo enmarcado en madera y pan de oro. En él podía apreciarse la figura de una mujer vestida con un delicado traje renacentista. Su frondosa melena, adornada con flores, era de un

precioso rubio anaranjado y caía en cascada por su espalda. Sostenía un ramo de flores silvestres entre las manos y a su espalda se extendía un frondoso bosque. Tras admirar las impulsivas y firmes pinceladas, Sabele se percató de que el cuadro la estaba mirando. No se trataba de aquella paranoica sensación de sentirse observada por un objeto inerte, sino la certeza de que aquel óleo albergaba algún tipo de vida.

—Hola. —Sonrió tímidamente.

La mujer del cuadro le devolvió la sonrisa y asintió a modo de saludo.

Sabele continuó explorando la sala hasta que por fin se detuvo junto a las estanterías y las analizó con esmero, acariciando el lomo de los antiguos volúmenes a su paso. *The Lady in the Woods* no se parecía en nada a *Urban Witchcrafters*, la moderna tienda de tres plantas que había visitado en Ámsterdam; donde, por cierto, vendían los productos de Luxe entre otros muchos juguetitos mágicos como fundas de móvil bendecidas o vinilos hechizados para reproducir la canción en la que estuviese pensando el oyente. No. La energía que emanaba de la recóndita y antigua tienda iba más allá de truquitos vistosos y cremas antiacné.

Entre los numerosos libros, Sabele fue a dar con un antiguo tomo sobre aromaterapia mágica; lo abrió con cautela para examinar las páginas una a una. «Espantar tormentos y pensamientos recurrentes», rezaba el título de uno de los capítulos. Sabele lo leyó con interés. No le vendría mal probar aquella combinación para librarse de ese runrún continuo que rumiaba en el fondo de su mente, siempre podía sacarle una foto y pedirle a Rosita que se encargase de la mezcla: tres gotas de azahar, una de romero, dos de esencia de rosa, media cucharada de cenizas de laurel... Estaba tan enfrascada en la lectura y tan confiada en la distancia que supuestamente la separaba de Luc que no se percató de que la pulsera de su muñeca brillaba con un intenso color azulado.

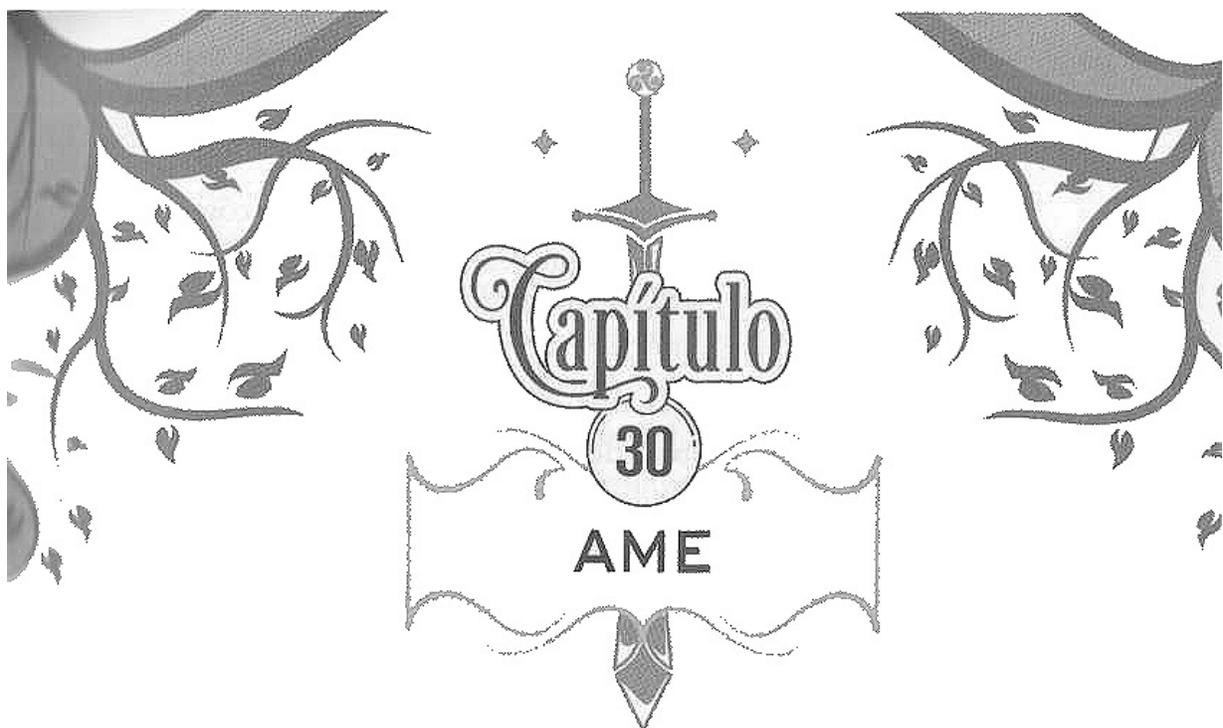
Escuchó voces acercándose desde la parte de atrás de la tienda. Perfecto. Iba a pedirle ahora mismo que le vendiese un frasco de azahar de un naranjo bendecido por sacerdotisas de Avalon (estaba convencida de que todo lo demás lo tenían que tener en la despensa de su piso en Malasaña). Se dio media vuelta hacia las escaleras que conducían a la planta de arriba cuando una voluminosa mujer de rizos rubios vestida con un ajustado

corpiño apareció bajando sus escalones, seguida de una figura casi etérea.

Se encontraron de bruces el uno frente al otro y sin escapatoria posible.

—No puede ser. Otra vez no —dijo ante la expresión aterrorizada de Luc, quien parecía un cervatillo temeroso que acababa de tropezar con un cazador. Vio como el chico tragaba saliva y se esforzaba para levantar una mano a modo de saludo y decir:

—Ey...



Ame llevaba toda su vida aterrada ante la idea de tener que hablar con un chico (los novios y ligues de sus amigas y sus colegas de la escuela de diseño no contaban) y resultaba que, al final, no era para tanto. Quizá porque, con el día de su boda marcada en el calendario, sabía que no tenía que preocuparse ni por su rechazo ni por lo que más la aterraba: su posible interés. Independientemente de lo que Matt pensase de ella, su familia esperaba una ceremonia nupcial la primavera que viene. Nemea creyó que algo que tanto la atormentaba fuese a suponer un alivio tan grande. El lado positivo de su situación era que podía disfrutar de la compañía de Matt sin dejar de ser ella misma. Quién iba a decir que coquetear podía ser tan... divertido. Ojalá lo hubiese sabido antes. Puede que la media pinta que había bebido (ella, que no solía probar el alcohol) tuviese algo que ver.

Y a la vez que se sentía como ella misma, sin filtros ni reparos, tenía la sensación de haberse convertido en una persona completamente distinta,

porque, como Matt no la conocía de nada, no tenía por qué hablarle de sus problemas. Como mucho iban a pasar juntos una semana, ¿para qué tomarse tantas molestias?

Matt, mucho más abierto y honesto que ella, le contaba cómo se había desmayado la primera vez que les hicieron entrar en la sala de autopsias durante su primer curso como estudiante de Medicina, y Ame no podía parar de reír.

—Uno de mis compañeros tuvo que sacarme en brazos de allí. Tardé media hora en recobrar del todo la consciencia, pero mi orgullo... eso no lo he recuperado nunca.

—¡Qué horror! —exclamó Ame.

—Y eso que no tenemos que robar los cuerpos como hacían los estudiantes de la Universidad de Edimburgo en el pasado.

—¿Que hacían qué? —Ame abrió la boca de par en par, horrorizada.

—Como lo oyes. Me temo que no me hubiese ido bien en el siglo XVIII.

—¿Cómo pudiste aguantar toda la carrera si te afecta tanto? Yo creo que me habría echado a llorar si tuviese que estar cerca de... ya sabes... —Ni siquiera podía decirlo. La palabra «cadáveres» le provocaba escalofríos. Las brujas y la muerte no se llevaban demasiado bien.

Matt había acabado el Grado de Medicina en solo cuatro años y recordaba cómo les había contado que estaba formándose como residente para especializarse en Cirugía General. No se le ocurría una profesión más desagradable para una persona tocada por la magia de la vida. La especialidad de su clan era la sanación, sí, pero el proceso no tenía nada que ver. Ellas solo recitaban hechizos, preparaban ungüentos e invocaban espíritus protectores con incienso; nunca había tenido que cortar, que abrir, que hacer correr la sangre. Sintió una pequeña arcada solo de pensarlo.

El brujo se encogió de hombros ante su pregunta.

—Supongo que uno se acostumbra a todo. Además, estaba bastante motivado. Decidí que mi fobia no iba a poder conmigo. La magia curativa tiene muchas limitaciones a la hora de abordar problemas modernos. Bueno, tú ya lo sabes, no quiero decir que no sea válida, pero, por ejemplo, a la hora de tratar cambios físicos como... una amputación, la magia solo puede obrar ilusiones o hechizar objetos inanimados con el riesgo que ello

conlleva. Una prótesis de tecnología corriente, en cambio... Si combinas ambas puedes conseguir que una prótesis funcional presente un aspecto natural sin el temor de que tu nueva mano cobre vida propia.

Ame asintió. Ella nunca había intentado nada parecido, pero también había oído hablar de casos en los que los *poltergeists* habían poseído prótesis hechizadas solo para pasar el rato y hacer maldades de las suyas.

—Pero la medicina humana también está atrasada en muchos aspectos. Mira la salud mental. *Electroshock*, psiquiátricos, pastillas... y aún no tienen ni idea de qué están haciendo.

Matt se reajustó las gafas, pensativo.

—El cerebro es un misterio para corrientes y brujas. No estoy seguro de si llegaríamos a entenderlo, aunque trabajásemos juntos.

—Puede que no, pero al menos la magia puede proporcionar un alivio, y sin efectos secundarios. La paz interior la trae antes la fe en el poder de la naturaleza que los químicos de los corrientes.

—¿Y qué hay de los casos graves? ¿Qué va a hacer la paz interior para las personas que han cruzado el punto de no retorno, donde nuestros conocimientos de medicina o magia no nos ayudan? —Ame enmudeció al recordar a Diana Yeats. El punto de no retorno. Su amiga había crecido sin una madre y la magia no había podido hacer nada por ayudarla—. Por eso quiero aprender cómo combinarlas, escoger lo mejor de cada una y crear algo capaz de ayudar a los desesperados, a quienes han perdido la fe.

Ame se sonrojó y se cubrió parte del rostro con la mano para disimular su sonrisa, un gesto que no pasó inadvertido a su nuevo amigo.

—¿Pasa algo? —preguntó, entre nervioso y divertido.

—No, nada. Es que... es muy bonito lo que haces. —Ame se percató de que mientras hablaban se había inclinado hacia él para poder oírle mejor y sus rostros se encontraban ahora a tan solo unos cuantos centímetros. Oh. Ahí estaba. El revoloteo en las tripas que se esforzaba por ignorar—. Dedicar tu vida a los demás.

Matt sonrió y unos hoyuelos se formaron en la comisura de sus labios. Agachó la cabeza, azorado, y sus gafas marrones se deslizaron unos milímetros por su nariz recta. Lo normal en ella hubiese sido apartar la mirada al percatarse de que Matt atraía su interés más de lo que haría un

«nuevo amigo», pero, de nuevo, era imposible que llegase a haber nada más entre ellos, ¡iba a casarse en unos meses! Así que, a quién le importaba.

—No es para tanto... Mi madre nos crio ella sola cuando solo tenía veintidós años, a mis dos hermanas y a mí; eso sí es entregar tu vida a los demás. Yo solo estudio, me como el tarro y les suelto mis aburridas teorías a las chicas guapas en los *pubs*. —Sonrió aún más y Ame se cubrió medio rostro con la mano al darse cuenta de que la chica guapa era ella. Le resultó tan surrealista que se echó a reír—. ¿Qué, qué he dicho tan gracioso? —dijo él, sonriendo también—. Me he pasado, ¿verdad? Creí que iba a sonar más sutil, pero al oírlo me he dado cuenta de que en realidad no lo era.

—En absoluto.

—Discúlpame, la mayoría de las conversaciones que tengo con otras personas implican hablar de sintomatologías y tratamientos. No tengo mucha práctica... —«ligando»; no hacía falta que lo dijese, aunque ambos fuesen a morir de la vergüenza, sabían qué estaba sucediendo.

—No pasa nada, yo... tampoco tengo práctica —dijo, sonrojándose por enésima vez.

—Ya mejoraremos —dijo Matt, dándole un pequeño trago a su cerveza.

Ame no quiso contradecirle, pero lo cierto es que no iba a tener muchas más ocasiones para poner a prueba sus aptitudes románticas. A esas alturas de la noche había olvidado por completo que hacía media hora que no sabía nada de sus dos mejores amigas. Por una vez, le apetecía ser egoísta. Es más, estaba convencida de que se lo merecía y de que Matt era un regalo de despedida que el universo había puesto en su camino. Su última oportunidad de pensar solo en lo que ella quería antes de convertirse en una fiel y devota esposa.



La media tonelada de objetos extraños e ingredientes aún más peculiares que cargaba entre sus brazos estuvieron a punto de precipitarse contra el suelo cuando vio a Sabele detenida frente a él. El ceño de la bruja estaba fruncido, como cada vez que la desbordaba la furia. Luc se sintió confuso. Aún no había podido tener tiempo de hacer nada para molestarla, ¿verdad? Aunque con su trayectoria... quién sabía.

Se percató de que seguramente había permanecido en silencio más tiempo del socialmente aceptable (claro que... ¿cuál era la pausa que uno se puede permitir hacer cuando la chica que te ha rechazado se presenta en Escocia sin previo aviso?). Alzó una mano y dijo todo cuanto su cerebro cortocircuitado por el encuentro sorpresa le permitió.

—Ey.

«Qué ocurrente, Luc». Quiso estamparse su guitarra a sí mismo en la cabeza. Se suponía que, cuando eras músico, te convertías automáticamente en un imán para las chicas, ¿no? ¿Por qué le habían engañado así?

Sabele, inmune a su elocuente y seductivo discurso, se cruzó de brazos

y sonrió con acidez e ironía. Le miró de pies a cabeza y resopló resignada.

—No es que me importe —dijo Sabele—, pero me intriga saber cómo se las apaña el cosmos. ¿Qué haces aquí?

Se abstuvo de responder «Hacer recados para mi madre, quien, por cierto, resulta que es una bruja, como tú, ¿la conoces?». Si hubiese llegado a decirlo, seguramente le habría seguido una risa psicótica que reflejase su estado de ánimo. En lugar de eso, optó por la comunicación telegráfica.

—El festival. Jean. The Telepats no han podido venir.

—Oh... comprendo. ¿The Pretty Tomboys?

Luc asintió, con una pizca de orgullo, cuando Sabele pronunció el nombre de su banda. «Sabía que era pegadizo».

—Supuse que Jean te lo habría contado. —Pensar en ellos dos juntos le seguía poniendo enfermo, pero se esforzaba por disimularlo.

Sabele desvió la mirada.

—Ya, bueno... no hemos hablado mucho últimamente.

El corazón de Luc dio un vuelco de pura felicidad.

—Quita esa cara de satisfacción —le reprochó ella. De acuerdo, quizá no se le estuviese dando demasiado bien eso de ocultar sus sentimientos, pero, en su defensa, le había pillado con la guardia baja, y pulir la pose de *rockero* ególatra llevaba su tiempo.

—¿Qué cara? —Sabele puso los ojos en blanco. De acuerdo, ¿por qué fingir?—. Entonces... ¿te veré por el festival?

—Sinceramente, espero que no. Buena suerte con tu banda.

Sin previo aviso, la bruja dejó el libro que sostenía entre las manos de vuelta en la estantería y se marchó. Luc oyó una risita y se percató de que la dueña de la tienda, una tal Molly, según pudo ver al forzar la vista para leer el cartelito que colgaba de su camisa, les había estado observando todo el tiempo.

—Oh, querido, ¿a quién se le ocurre enamorarse de una bruja? —dijo en inglés con su cerrado acento escocés. La mujer negó con la cabeza sin dejar de sonreír. Saltaba a la vista que su dramática situación le resultaba divertida—. ¿Necesitas algo más?

Luc depositó la compra en el mostrador y comprobó la lista de su madre una última vez.

—También necesito... polvos de escamas de serpiente marina — respondió Luc, también en inglés, con una mueca asqueada.

—Pero qué tenemos aquí... ¿alguien está preparando un ungüento de la memoria?

Luc sonrió antes de decir:

—No tengo ni idea de qué es eso ni quiero saberlo.

La bruja le devolvió la sonrisa y salió del mostrador para regresar a la despensa.

¿Dónde iba a meter todos esos trastos? No quería ni imaginarse qué podría pasar si los del control del aeropuerto veían los extraños ingredientes en su maleta a través del escáner y decidían pararle. ¿Cómo iba a explicar que llevaba polvos de escama de serpiente marina? Se imaginó a sí mismo intentando explicar que no estaba loco con el mismo grado de credibilidad que quienes afirmaban haber visto a Nessie, aunque, ahora que lo pensaba... ¿serpiente marina?

Echó un vistazo a la sala una vez más para distraerse de sus paranoias y un escalofrío recorrió cada una de sus vértebras al posar su mirada sobre el cuadro de una mujer que parecía observarle.

—Qué siniestro... —murmuró, acercándose a él.

—*An caileag boidheach* —respondió la mujer del cuadro.

—¡¿Qué demo...?! —Casi le da un infarto del susto.

—*An caileag boidheach* —insistió. Solo esperaba que lo que estuviese diciendo no significase «¡Sal de aquí! Es la bruja de Hansel y Gretel y va a devorarte».

—¿Todo bien, querido? —preguntó la dueña desde la otra habitación.

—¡Sí! —dijo Luc con la mano en el pecho—. Todo bien... si obviamos que un cuadro me está hablando en gaélico o algo así... todo normal.

Había visto arpas embrujadas, cartas cuyas ilustraciones aparecían y desaparecían por arte de magia y *apps* para hechizos, pero aquello era nuevo. Desde luego, no se podía quejar de que su vida fuese aburrida.

—*The girl. The beautiful girl. And you are an artist, aren't you? It's pretty obvious.*

«La chica. La chica guapa. Y tú eres artista, ¿verdad? Salta a la vista», dijo con una pronunciación casi incomprensible. ¿De qué iba la movida?

¿Es que ahora hasta la decoración iba a opinar sobre su inexistente relación con Sabele?

Asintió con la cabeza.

—*Beware* —continuó diciendo el cuadro. «Ten cuidado»—. No escribas sobre ella, no la retrates, no escribas melodías para ella —dijo en inglés, con vehemencia—. No la conviertas en arte. No le hagas lo que él me hizo a mí.

—Eh... ¿de acuerdo? —La mujer, obviando el hecho de que era un cuadro parlante, no parecía estar demasiado cuerda (aunque tal vez el loco fuese él), así que optó por no contrariarla.

—El arte y los sentimientos tienen más poder del que les otorgamos. Recuérdalo. —Le miró fijamente con un aire de gravedad que le puso la piel de gallina.

—Vale...

La dueña de la tienda reapareció y la mujer del cuadro devolvió la vista al frente como si nada.

—Solo me quedan botes grandes de medio kilo, pero te puedo poner una bolsita aparte. ¿Cuánto necesitas?

—Depende —masculló él—. Si puede hacer que mi vida tenga sentido, me lo llevo todo. —La mujer le miró con una sonrisa incómoda. Luc suspiró antes de volver al inglés—. Una bolsita pequeña estará bien. —A pesar de su silencio, sentía la mirada de la mujer de óleo en forma de cosquilleo en su nuca.

«Qué sabrá ella», se dijo para espantar su mal augurio. «No la conviertas en arte», había dicho, como si Sabele necesitase su intervención para eso. Seguro que el cursi de Jean le había compuesto ya veinte canciones ñoñas. Y seguro que las había tocado todas para ella, el muy idiota. Cogió la bolsa de papel, que rompía el misticismo del ambiente, que contenía su compra y se marchó de allí con una tentadora idea en la cabeza. «Seguro que Jean lo ha intentado, pero yo lo puedo hacer mejor».



Su mano se había apresurado hacia la pistola oculta bajo su almohada y había apuntado hacia el vacío, con la respiración agitada y el pulso descontrolado. Frías gotas de sudor recorrían su espalda y cada músculo de su cuerpo se contraía en estado de alerta.

«Solo ha sido un sueño», determinó al verse sola en su apartamento. Se dejó caer sobre la almohada, pero no soltó el arma. Después de lo que había sucedido hacía apenas unos días había decidido que dormir con ella a mano era la opción más sabia.

Si Leticia había creído en algún momento que podía aprovechar sus ratos libres para investigar un viejo secreto familiar, su realidad laboral se había encargado de ponerle los pies de vuelta en el suelo.

Había descolgado el teléfono con la convicción de que se trataría de un nuevo asalto en una iglesia o una capilla, pero esta vez no se conformaron con sobresaltar a los fieles y robar el agua de la pila bautismal.

Una vez en el escenario del crimen, Leticia tuvo que mostrar su placa en

al menos cinco ocasiones hasta que le permitieron acceder al salón de Felipe Otero, donde su pareja había encontrado su cuerpo calcinado. Sintió una arcada al ver lo que quedaba del agente. Felipe tenía una posición muy similar a la suya en el mismo departamento, y se había encargado de dejarle clara su opinión al respecto de que le reconociesen a una simple novata los mismos méritos que a él le había costado años granjearse, pero jamás le hubiese deseado un final como ese.

Leticia barrió la estancia hasta localizar a la mujer que le había llamado, Yolanda Morales. El semblante de la mujer era tan duro como sus rasgos, acentuados por una melena que comenzaba a tornarse gris y en la que destacaba un mechón blanco que caía sinuoso en torno a su rostro. La primera vez que la vio, a aquella leyenda viva de la historia de la Guardia, Leticia pensó que parecía una superheroína.

Su superiora le hizo un gesto para que se aproximase y Leticia se apresuró a reunirse con ella, rodeando el cadáver con un escalofrío que pareció durar demasiado.

—¿Habéis encontrado alguna prueba? —preguntó al llegar a su lado. La mujer negó con la cabeza—. Podríamos esperar algunos días, quizá su espíritu no haya logrado cruzar al otro lado. —Esa era la forma que tenían de referirse a los fantasmas, aunque en realidad ninguno de ellos podía asegurar que hubiese algún otro lugar al que cruzar tras la muerte.

—Parece poco probable. Se trata de una muerte traumática, sin duda —dijo la mujer, con su voz autoritaria y rasgada—, pero Felipe nunca fue un nostálgico. Dudo que le hubiese agradado quedarse atrás. En cualquier caso, creo que ambas sabemos a quién podemos culpar. —Posó sus ojos fijamente en ella y la mirada de odio de Helena Lozano retornó a su mente y estremeció cada fibra de su ser—. Leí tu informe y coincidí contigo; por desgracia, a nuestro *querido* —dijo con desdén, no era un secreto que ambicionaba su puesto desde hacía años— José Antonio le ha parecido que no causaría una buena imagen ante Europa tener que reforzar medidas. ¿A quién le importa la seguridad cuando están en juego las subvenciones? Según él, es cosa nuestra arreglarlo, no suya. —Se cruzó de brazos, malhumorada, y Leticia no supo qué contestar. Ya había lidiado con la ineptitud de su superior, así que ni siquiera estaba sorprendida—. Dime qué

opinas —dijo Yolanda, señalando el cuerpo.

Leticia hizo de tripas corazón y se agachó junto a lo que quedaba de Felipe Otero con sumo cuidado de alterar la escena. A pesar del hedor y de lo grotesco del asesinato, había un detalle que pronto captó su atención. El dedo índice, el corazón y el anular de su mano derecha habían sido retorcidos con brutalidad y colgaban de forma antinatural.

—Los dedos. Antes de quemárselos... los rompieron. ¿Tortura? —dijo poniéndose en pie ante Yolanda—. Querían información.

—Y mucho me temo que Felipe habló, claro que no podemos culparle —suspiró—. Llamaré a las oficinas para que trasladen a Helena a otra celda e insistiré en que multipliquen la vigilancia. Haré lo que pueda para convencerles de que traman una fuga. —Tras décadas demostrando su valía en el terreno, ese era el nuevo cometido de Yolanda Morales: convencer a sus superiores de que había que tomar medidas—. Mientras tanto, necesito que concentres toda tu atención y la de tu equipo en localizar a las Lozano. Os conseguiré cualquier recurso que necesitéis —dijo mirándola fijamente, y Leticia asintió con la cabeza; la caja de Kyteler tendría que esperar.

Lo que más le gustaba de trabajar con Yolanda era que no la cuestionaba solo porque fuese joven; ella también fue una vez una agente novata ansiosa por demostrar su valía.

Lanzó una última mirada hacia el cuerpo de Felipe antes de marcharse. ¿Por qué él? Se preguntó. Puede que las Lozano hubiesen acechado en las inmediaciones de las oficinas de la Guardia (empezaría por ahí, revisaría las cintas de seguridad de los locales más próximos) y hubiesen seguido a una víctima al azar, a alguien que pudiese proporcionarles información sobre el paradero de su prima y la seguridad con que la custodiaban. Tragó saliva. Eso quería decir que podría haber sido cualquiera, que quizá, si la hubiesen escogido, ahora habría una decena de agentes en su diminuto apartamento sacando fotos de sus restos calcinados. ¿Cuánta tortura hubiese aguantado antes de decirles todo cuanto quisiesen saber? Se esforzó para cruzar las escaleras y el portal hacia la salida sin que le temblasen las piernas y llamó a Mateo y Patricia para reconducir la investigación. Volvió a su casa a las tantas y cenó un bol de cereales. Le escribió a Rosita para preguntarle cómo iba el festival y le aseguró a su madre que había cenado bien aunque fuese

mentira. Se metió en la cama, leyó un capítulo de *El conde de Montecristo* y apagó la luz. Fue entonces, a merced de la oscuridad y en un absoluto silencio, cuando el miedo acudió a visitarla, cuando la certeza de que no había ningún lugar seguro en la ciudad le quitó el sueño. «Podría haber sido yo» fue su último pensamiento antes de caer dormida tras varias horas dando vueltas, cuando el agotamiento fue más fuerte que la amenaza que ser cernía sobre la capital.



La semana no resultó ser como la había imaginado durante el verano, pero las tres amigas encontraron distintas formas de disfrutarla.

Rosita pasó la mayor parte del tiempo entablando amistad con Valeria (en ocasiones Sabele tenía la impresión de que estaba evitándolas, pero se convenció de que eran imaginaciones suyas), quien a su vez no cesaba de insistir a Sabele sobre que tenían que verse en Madrid, que tenían que colaborar, que tenían que conocerse mejor y unir fuerzas. «Tenían, tenían, tenían». Como si fuese una especie de obligación.

Con Ame casi no había podido hablar, y cuando lo había hecho, la conversación, o más bien el monólogo, giraba en torno a lo maravilloso, culto, bueno y divertido que era Matt, y sobre lo adorables que le parecían sus pequeños despistes. Por una parte, se alegraba de que por fin Ame hubiese encontrado a una persona que no fuese un personaje de ficción o un cantante de K-pop que le interesase tanto, aunque por otro, le inquietaba lo que pudiese ocurrir cuando acabase el festival. Saltaba a la vista que habían

conectado muy rápido, pero Ame no era de las que buscaban un amor de verano para pasar un rato, o eso era lo que había creído. Tenía que admitir que Rosita no era la única que se estaba comportando de forma extraña.

Como sus amigas estaban ocupadas, a Sabele no le quedó otra opción que hacer *networking*, por lo que acabó haciendo decenas de contactos, aunque todos superficiales. A pesar de estar perpetuamente rodeada de brujas interesantes, una parte de su atención siempre estaba puesta en no tropezarse de nuevo con Luc. Cada vez que creía verle entre la multitud, su corazón se aceleraba con pánico para volver a ralentizarse, impregnado de un sentimiento que le recordaba demasiado a la decepción cuando comprobaba que no se trataba de él.

El último día llegó casi convertido en rutina después de seis días tomando el sol, comiendo *fast food* y bailando, y de cinco noches que se alternaron entre fiestas clandestinas o madrugadas que se alargaban charlando bajo la luz de la luna.

El pequeño grupo integrado por Rosita, Valeria, Ame, Matt y ella misma puso rumbo hacia el escenario principal cuando el sol comenzaba a ponerse con la intención de pillar un sitio decente para el concierto que cerraría el festival. Damsel Under Stress, formado por un grupo de hermanas que, a pesar de ser corrientes, podrían haber pasado por brujas, tocarían hasta la medianoche, cuando daría por concluida la edición del FREF y comenzarían los rituales de Lugnasad. Todo ello después de que The Pretty Tomboys actuaran como teloneros. Aún no estaba segura de cómo se sentía al respecto.

Ya casi habían llegado al escenario cuando Sabele oyó como Valeria exclamaba con admiración. Miró hacia el frente y comprendió el porqué.

Mithali Apte estaba a unos pocos metros de distancia y caminaba hacia ellas, seguida de las brujas del recién creado clan de Camden, famoso ya en todo el mundo mágico. Pese a su estatura media, Mithali parecía ser inmensamente alta a causa de su actitud. Lucía su frondosa melena negra como si fuese una armadura y un bindi rojo marcaba su sexto chakra, una muestra del legado hindú de su magia. Las brujas londinenses continuaron avanzando con seguridad, y Valeria estaba más que dispuesta a presentarse cuando Mithali se detuvo justo frente a Sabele y le dijo con su refinado

acento de internado privado:

—Qué gran placer poder encontrarnos. Me llamo Mithali, Mithali Apte, del clan de Camden —dijo como si necesitase presentación alguna.

—Eh... hola —dijo tras una breve pausa para recuperarse del *shock*—. Yo soy...

—Sabele Yeats. —Sonrió—. Sabemos quién eres. —Señaló a una de sus compañeras, una chica bajita con la piel morena y el pelo muy rubio—. Wendy es una gran fan de tu canal, no para de hablar de ti.

—Oh, vaya —dijo mirándolas a ambas sucesivamente, sin saber cómo reaccionar a eso—. Gracias.

Mithali sonrió como una de esas *femmes fatales* de las películas que son perfectamente conscientes del efecto que tienen sobre los demás y el poder que ello les confiere. La tierna y repentina timidez de Sabele parecía divertirla.

—Tenemos muchas ganas de conocerte a fondo. Creemos que tienes... mucho potencial que explorar. ¿Te veremos esta noche en Lugnasad?

—Sí. —Sabele asintió—. Sí, claro, pensábamos ir todas.

Las brujas de Camden, a quienes se podía distinguir entre la multitud por sus *bombers* amarillos, desviaron su atención por un momento hacia el resto de brujas, y Valeria, poco acostumbrada a no ser el centro de atención, aprovechó la ocasión para recuperar su puesto.

—Yo soy Valeria, Valeria Santos. Nos conocimos en el Congreso de Jóvenes Emprendedores Mágicos de Barcelona.

—Sí, la chica de las *apps*. También sabemos quién eres —dijo Mithali, para satisfacción de Valeria.

—¡Sí! Esa soy yo. Ahora estoy trabajando en algo que seguro que os encanta. Va a sacudir el mundo mágico tal y como lo conocemos... otra vez. —Se encogió de hombros como si esa faceta suya de visionaria transformando la sociedad fuese algo que simplemente no podía evitar—. Se llama Talismán, y la podrán utilizar desde brujas hasta corrientes, la idea es crear una *app* capaz de atraer la suerte y proteger de los malos augurios.

—¿Corrientes usando la magia? Me pregunto dónde habré visto eso antes... —Mithali dirigió una fugaz pero significativa mirada hacia Sabele, aunque Valeria no pareció percatarse.

—¡Lo sé! Va a ser un bombazo. Aún tenemos que afinar el tema del equilibrio, no queremos que nuestros usuarios acaben abusando de su suerte. Habíamos pensado en usar algoritmos, o quizá...

Valeria continuó hablando, pero Sabele dejó de escucharla al comprender lo que estaba ocurriendo. Talismán. Una *app* para atraer la suerte. Una *app* que la sustituiría a ella e, irremediablemente, los trucos sobre piedras y amuletos que compartía en YouTube. Una *app* inacabada para la que necesitaba ayuda y que explicaba el insistente interés de Valeria en ella y en que «colaborasen». Sintió una puñalada certera clavándose en su estómago, o más bien en su espalda.

—Suenan complicado. Buena suerte —dijo Mithali—. Aunque, como ya sabes, a nosotras nos interesa más la sensibilidad artística que los códigos de programación —se dirigió de nuevo a Sabele—. Tenemos que irnos, pero espero que nos volvamos a encontrar esta noche, si no, llámanos si te dejas caer por Londres. Aunque puede que te llamemos nosotras antes. Adiós, chicas.

—Adiós —se despidieron todos al unísono.

Las brujas se marcharon dejando tras de sí el peso de su ausencia.

—No me puedo creer que acabemos de hablar con Mithali Apte —dijo Ame boquiabierta—. Me encanta la colección de ropa de su clan —dijo refiriéndose a las camisetas con lemas reivindicativos que vendían en su web para apoyar causas benéficas—. Y cómo viste...

—Y qué cutis... qué ojos... qué pestañas... En serio, ¿habéis visto la longitud de esas pestañas? —continuó alabándola Rosita.

—Suponía que se acordaría de mí, pero no quería ser grosera —dijo Valeria—. Estuvimos cenando juntas en Barcelona. Bueno, era una comida grupal, pero estuvimos charlando un buen rato —presumió.

«Si por charlar te refieres a que presumiste durante diez minutos sin parar para coger aire... me lo creo», pensó Sabele, con la sangre hirviendo en sus venas. Los demás reemprendieron el paso, pero ella permaneció con los pies clavados en el suelo. Valeria sabía lo que significaban para ella la suerte, el equilibrio y la desdicha, sabía el precio que había pagado su familia por emplearla de forma irresponsable y, aun así, había pretendido utilizarla para incrementar su fama.

—¿Cuándo pensabas decirme lo de la *app*? —dijo, y Valeria la miró boquiabierta. Acababa de percatarse de que se había delatado a sí misma.

—Pues justo de eso te quería hablar en Madrid, pero ahora estamos de vacaciones, y no consideré que ese fuese un tema del que hablar durante unas vacaciones... ¿No te parece que es una idea maravillosa?

—Pues no —dijo tajante, para sorpresa de todos los presentes—. Me parece una idea terrible. La suerte no es ningún juego. —Una cosa era enseñar a los corrientes a usar las energías positivas en su interior y otra muy distinta poner a su disposición fuerzas que no podían comprender.

—Bueno, precisamente por eso contaba con tu ayuda para...

—No.

—Pero... —continuó Valeria. Rosita le sujetó la muñeca para que se detuviese.

—Déjala, es un tema delicado —susurró.

Sabele resopló dolida, ¿en serio iba a ponerse de su parte? ¿A hablar de ella como si no estuviese delante, como si fuese una exagerada o una loca? Tenía motivos de sobra para saber que esa *app* era una pésima idea.

—«Delicado» es una bonita forma de decirlo.

Sabele echó a andar y presintió al resto siguiéndola en silencio. Odiaba las confrontaciones, pero no podía, sencillamente, *no podía* sentarse a mirar cómo Valeria se divertía al asumir el papel de «la genio visionaria» dando un mal uso a la magia como si solo se tratase de un juego. Además, había hecho que se sintiese estúpida por ignorar su instinto. Se había culpado a sí misma por tener prejuicios cuando en realidad había estado en lo cierto todo el tiempo. Valeria no quería ser su amiga, solo utilizarla.

Estaba tan enfada que casi se le olvidó que, en cuestión de minutos, Luc y su grupo saldrían a tocar al escenario. *Casi*.

Permanecieron en pie en la explanada, rodeados cada vez por una mayor cantidad de gente a medida que se acercaba la hora del concierto, separados los unos de los otros por una tensión tan densa que casi era palpable. Ame y Rosita intentaron generar conversación en torno a ella para sacarla de su estado de ánimo taciturno, pero Sabele ni siquiera tenía ganas de responder.

Los técnicos de sonido se retiraron del escenario y Sabele se rodeó a sí

misma con los brazos. Miró a su alrededor. Una parte de sí misma contempló la opción de largarse sin dar explicaciones. «Solo serán un par de canciones», se dijo. Además, estaba harta de huir cada vez que la cosa se torda un poco. No. Esta vez se iba a quedar.

El primer miembro de la banda salió de entre bastidores, un chico delgado, pero de músculos fibrosos, vestido con una camiseta negra y unas zapatillas Vans, que caminó hacia la batería con una determinación admirable en alguien que iba a tocar ante miles de personas por primera vez. Le siguieron de cerca un adolescente con una destartalada melena rizada y la chica que había visto en la exposición (estaba casi convencida de que era ella, a pesar de que todas las pantallas en las que deberían aparecer los rostros de los teloneros estaban apagadas y sus lentillas para la miopía no daban más de sí después de llevarlas puestas doce horas seguidas). El último en salir al escenario, cómo no, fue Luc. Flotó sobre el escenario con esos volátiles pasos suyos y se detuvo frente al micro después de colocarse la guitarra alrededor del cuerpo. Llevaba puestos unos pantalones negros ajustados, unos botines y una camisa también negra con un estampado blanco de flores horteras abierta hasta la base del esternón. Agachó la mirada hacia las cuerdas de la guitarra y un mechón de su largo flequillo cayó sobre su rostro. Al alzar la vista se pasó la mano por el pelo para devolverlo a su destartalado tupé. Sabele pudo oír que la chica justo delante de ella suspiraba. «Por la Diosa... no es para tanto. Además, de cerca ni siquiera es guapo».

—¿Ese no es...? —Rosita enmudeció al darse cuenta de que, en efecto, lo era.

—Buenas noches, Edimburgo —dijo Luc, rodeando el micro con los dedos. Sabele sintió como si una bola gigante se hubiese atrincherado en su estómago. La verdad es que el papel de estrella del *rock* le iba al pego—. Nosotros somos The Pretty Tomboys.



Había sido la semana más dura de su vida. Después de siete días de reuniones con unos grupos de poder y con otros dentro de la hermandad, de asambleas colectivas, de consejos que no había pedido y exigencias a las que no podía atender, por fin habían firmado la propuesta de la nueva versión del Tratado de Paz que iban a enviar a las brujas.

En el primer borrador, los nigromantes habían solicitado la posibilidad de rescindir el tratado sin penalizaciones, pero la Guardia jamás lo aceptaría, así que lo modificaron para que en esta ocasión la maldición recayese sobre el infractor y no sobre el líder de cada hermandad (lo cual suponía que la paz proseguiría aunque se quebrantase de forma puntual). También habían propuesto una serie de zonas de la ciudad exclusivas para cada grupo a las que se prohibía el acceso al otro bando, lo cual, a ojos de Cal, era un retroceso, pero muchos de sus hermanos se habían negado a renunciar a ese apartado.

Dentro de lo malo, la propuesta final era más o menos razonable. Al menos había logrado omitir las ideas más radicales, como las de quienes sugerían una separación territorial total.

Lo único que inquietaba a Cal era que Abel y el resto de las Juventudes hubiesen protestado con tan poco ahínco ante la decisión final. Se limitaron a votar en contra y a expresar su desacuerdo, pero Abel se abstuvo de sus habituales y dramáticas salidas de tono. Tal vez ahora que había asumido el verdadero mando de una asociación en teoría inexistente estaba tan exhausto como él, o quizá detrás de su bravuconería en la exposición no hubiese más que humo. ¿Qué más daban sus motivos? No sería Cal quien protestase por su aparente apatía.

Por si no fuese suficiente con tener que encontrar la forma de satisfacer a todo el mundo, las pastillas que acallaban la turbia voz en su interior, y que cada vez necesitaba tomar con mayor frecuencia, seguían produciendo efectos impredecibles. Esa noche le habían provocado un nerviosismo que rozaba la paranoia. Lo habitual hubiese sido que se quedase a charlar con unos y otros, un «acto de presencia social», como los llamaba su padre, pero tan pronto como dio por concluida la sesión, se dirigió a grandes zancadas hacia el luminoso desván, donde había instalado su estudio de pintura.

Sintió la mirada de José siguiéndole de cerca, seguramente tomando nota de su errático comportamiento para reprenderle más tarde. Pero qué sabía José. El noventa y nueve por cierto de su tiempo había pasado a ser de los demás, de todos los nigromantes que querían algo de él, de José y sus regañinas, de «la hermandad». Se había ganado el privilegio de dedicarse aquella noche solo a sí mismo.

Se remangó y empleó toda esa energía que le sobraba para atacar, implacable, el lienzo que tenía frente a él. Trazaba líneas sin forma, sin una imagen en mente, deslizaba el pincel de un lado a otro con un ímpetu que rozaba la violencia con la única meta de librarse del frenesí de la droga y de la Voz que susurraba cada vez más alto en su cabeza.

Se quitó la americana negra con un par de movimientos bruscos, y más tarde la camiseta. Sudaba por todos los poros de su piel. Jadeaba por el esfuerzo. Estaba tan sumergido en su ritual que no se percató de que alguien

había entrado en el desván, atravesando la pared como una masa de humo para después recuperar su figura de hombre. El olor del óleo, el peso del pincel, la sensación rugosa y cremosa que ascendía por su muñeca al mezclar la pintura con la tela... absorbían sus sentidos por completo. Tampoco escuchó a la serpiente de sombras deslizarse directamente hacia él antes de lanzarse hacia su cuello. Por fortuna para Cal, su imprudencia no fue tan grande como la de su atacante, que creía lidiar con alguien privado de la magia, y por tanto estaba desprotegido.

Cuando los colmillos de la bestia estuvieron a solo una caricia de distancia de su cuello, el escudo de sombras que le protegía apareció de la nada y cortó a la serpiente en tres pedazos que se disolvieron en el aire. El pincel se escurrió de entre sus dedos y cayó al suelo, manchándolo de pintura negra y salpicando a su alrededor. Cal dio media vuelta, alerta y dispuesto a contraatacar mientras las sombras, en la forma de un lobo de oscuridad, gruñían al atacante a la espera de órdenes.

«Mátalo». La Voz de su cabeza había vuelto con más fuerza que nunca. El subidón de adrenalina parecía haber anulado el efecto de las pastillas.

El nigromante que le había atacado cubría su rostro con una capucha y un pañuelo negro que simulaba una calavera sobre su mandíbula, el uniforme de las Juventudes.

«Mátalo», insistió la Voz. «Una vida por otra. Merece morir».

«No», respondió él.

Su atacante aprovechó el momento de duda para reanudar su ofensiva. Un grave error.

«Tu vida o la suya», dijo la Voz.

El nigromante corrió hacia él, armado con dos colosales guadañas de sombras. No importaba lo fuerte que pudiese ser su magia, la de Cal había sido mayor antes de la maldición, y ahora era aún más poderoso. Deshizo su conjuro con un chasquido de dedos y el atacante se descubrió desarmado.

«Déjame a mí. Merece morir». El ímpetu de la Voz era casi irresistible. «Nadie merece morir». El lobo de sombras se desvaneció en el aire.

—Vete —le advirtió. No sabía cuánto tiempo iba a poder contener el impulso destructivo que palpitaba en su sangre y en su mente—. Vete antes

de que te haga daño.

El nigromante de las Juventudes desoyó su ruego y comenzó a mascullar en la lengua de la muerte.

—*Ohk hara sabe y abale koh sara bar a sabe...*

El suelo en torno a los pies de Cal se convirtió en una especie de masa viscosa que amenazó con engullirle como si de arenas movedizas se tratase.

«No se cansará de atacar. Solo hay una salida. Déjame a mí».

«¡NO!».

—*¡Ohk fiahna!* —exclamó Cal, y la masa desapareció. El pañuelo que cubría el rostro de su atacante había caído y pudo ver sus atemorizados ojos.

Solo era un crío, apenas un adolescente al que habrían mandado a por él porque su edad le protegía de la justicia de los nigromantes y porque nadie sospecharía de alguien tan joven. Abel le habría asegurado que sería un asunto fácil, que iba a atacar a un corriente que no se podría defender. Entrar, atacar y salir. Un trabajo limpio. Los poderes de Cal no formaban parte del plan.

«Si hubiese podido, te habría matado. Una rata cobarde como esa habría sido capaz de matarte».

Cal apretó los puños para contener a la Voz. Miró fijamente al chico y retrocedió, asustado de sí mismo.

—Ve... vete —repitió, y esta vez, el joven estaba dispuesto a seguir su consejo. Dio media vuelta y echó a correr hacia la pared por la que había entrado.

«Te habría matado... y volverá a intentarlo si tiene la ocasión».

Demasiado tarde. Cal se percató de que ya no había nada que «contener» o «reprimir», era él quien quería hacerle daño, era él, y no la Voz, quien quería arrebatarse lo que había venido a quitarle. Invocó a las sombras y fuertes hilos negros surgieron de entre sus manos hasta adoptar la forma de unas garras que se cerraron en torno al chico y lo atrajeron hacia él, arrojándole a sus pies.

El chico gritó pidiendo ayuda.

—Te lo advertí, pero no escuchaste —masculló Cal, agachándose junto a él.

—Yo... yo... Lo siento... No sabía... —moqueó, a modo de súplica.

—No sabías que yo podía defenderme, ¿verdad? Y si no lo hubiese hecho... ahora el muerto sería yo, en lugar de tú.

El chico sollozó entre ruegos ininteligibles, pero nada de lo que dijese podría salvarle. Cal se dejó llevar y la Voz le indicó lo que tenía que hacer. Acunó el rostro del chico entre sus manos y detuvo sus labios a unos pocos milímetros de los suyos, abriendo su boca para dar paso a las sombras que abandonaban el frágil cuerpo que la contenía. El chico solo tuvo tiempo para proferir un leve gemido de incomodidad e incompreensión antes de que su cuerpo se vaciase por completo del poder que le daba vida, arrastrando su alma con ella. Cal dejó caer el cuerpo inerte, que se precipitó sobre el suelo como el peso muerto que era, y sintió el cosquilleo de la magia que acababa de arrebatarse en su interior. Le dio la bienvenida. Ahora le pertenecía.

La neblina que la Voz parecía verter sobre su mente se esfumó cuando el trabajo estuvo hecho y la comprensión de lo que había ocurrido le golpeó de lleno.

—Por Anubis... ¿qué he hecho? —Se miró horrorizado las manos y experimentó un cosquilleo similar a la ebriedad mientras la magia del joven se unía a la suya, incrementando su poder.

Escuchó a la Voz reír en el interior de su mente.

«¿Que qué has hecho? ¿Acaso esto te sorprende? Porque solo acabamos de empezar...».



La multitud aplaudió tímidamente. La mayoría de los asistentes estaban distraídos con sus propios asuntos: miraban el móvil, hablaban con sus amigos, bebían, lanzaban señales a esa persona con la que les gustaría acabar la noche... Las pocas personas que les prestaban su plena atención lo hacían con una mezcla de curiosidad y expectación, como si desearan que les sorprendieran para bien. Aunque también había algún que otro escéptico que no creía que unos cuantos críos fuesen a merecer su aplauso.

Sabelle sentía la mirada de sus amigas clavándose en ella sin hallar en su expresión la explicación que buscaban. Querían saber, pero no se atrevían a preguntar.

Luc se aferró al micrófono con ese carisma que le daba su absoluta, y aparente, indiferencia. Había pintado sus uñas de negro y sus dedos estaban cubiertos de anillos.

—Todos sabemos que los teloneros son una pesadilla, así que

intentaremos ser breves para que podáis escuchar a la banda de verdad. — Sabele oyó risas a su alrededor. Había olvidado que Luc, cuando no se comportaba como un cretino, podía ser ingenioso—. Aunque, sintiéndolo mucho, tocaremos temas propios, esperamos que los toleréis como mejor podáis.

Hizo una señal al resto de su banda y, tras varios golpes de baqueta del batería, comenzaron a tocar. Dos guitarras, una batería y un bajo. Libre de florituras y ambiciones. *Rock* y nada más. Sin dejar de tocar la guitarra, Luc se encaró al micro y comenzó a cantar.

Sabele le había oído farfullar borracho en aquella fiesta suya, pero lo que hizo entonces no tenía nada que ver con lo que ocurría sobre el escenario. Su voz era grave y dulce, como la de un niño que ha crecido demasiado rápido, y él la utilizaba para enviar señales contradictorias. Confiada, pero melancólica. Metódica, pero rebelde. Apasionada e indignada, casi furiosa, pero de una forma contenida. Cantaba un tema enérgico, fuerte, que comenzó a sacudir al público al ritmo de la música poco a poco hasta que al cabo de un par de estrofas todo el mundo se movía entregado. La letra hablaba sobre cómo un chico le decía a su padre que no iba a crecer para convertirse en una versión más joven de él y que no lo sentía, aunque supiese que nunca se iban a comprender el uno al otro. Era triste, pero Luc contaba la historia como si hubiese un fondo de alegría en ella, como si fuese lo más liberador y feliz que le hubiese sucedido en la vida. Los espectadores a su alrededor comenzaron a bailar y saltar, eufóricos. Al parecer, Luc no era el único que se había sentido así alguna vez.

El primer tema concluyó y esta vez el público aplaudió con ganas, ganas de más.

—Vaya, pues parece que son buenos —dijo Matt junto a ella. Sabele tragó saliva.

—No sé por qué... —comentó Valeria—, pero la cara del cantante me suena. ¿Es modelo o algo así?

Nadie se atrevió a responder mientras The Pretty Tomboys empezaban a tocar la siguiente canción. Sonaban bien y lo sabían.

Por fin Luc había conseguido lo que tanto quería. Su ansiada banda

perfecta sobre el escenario. Los sueños se cumplían. Como le sucedía a menudo con ese chico, no pudo contener una sonrisa. Sus amigas la miraban atónitas y ella no se sentía capaz de explicar que, después de lo torpe y estúpido que había sido, no podía evitar sentirse feliz por él, porque sabía lo importante que era para Luc. Se dio cuenta, para su asombro, de que, a pesar de sus esfuerzos, era incapaz de odiarle.

Tocaron otras tres canciones más y Sabele estuvo a punto de ser capaz de cerrar los ojos y dejarse llevar, pero una fuerza irrefrenable la obligaba a mirar. No quería perderse un solo segundo, así que sus ojos observaban atentos y se esforzaban por retener y grabar cada imagen.

En lugar de seguir tocando, Luc se detuvo y volvió a rodear el micro con sus dedos huesudos.

—Pues no ha estado tan mal, eh... para ser teloneros. —De nuevo, risas—. Ahora vamos a tocar nuestra última canción de la noche, de nada. —Y otra vez... las risas—. Sé que os va a sonar un poco moñas, no os creáis que yo no lo pienso, pero es lo que hay. —Se aclaró la garganta y se mojó los labios antes de decir—: No sé si estás aquí, si estás oyendo esto. —El corazón de Sabele dio un vuelco. «Oh, no, no, no»—. Pero... esta canción... Bah, da igual. Allá va nuestra primera y última balada: *Magical Girl*.

«Oh, no, no, no», decía una parte de su cabeza. «¿*Magical Girl*? Por fin, ya era hora de que alguien me dedicase una canción», pensaba la otra.

—Por la Diosa... —susurraron sus labios.

—Tía, qué fuerte —dijo Rosita—. Le hablas durante meses y te ignora. Pasas de él y te escribe una canción. A los hombres no hay quien les entienda.

La música se reinició esta vez en la forma de un lento y desgarrado lamento, tan contradictorio como el resto de su música, porque sonaba como una celebración.

*If you hadn't bewitched me,
I'd think this is a huge mistake
But the string is pulling us together
So tight*

*Again and again
Oh magical girl*

Luc pronunciaba cada palabra con una infinita cautela, como si con ellas evitase el fin del mundo. O al menos el del suyo. Nunca le había visto mostrarse tan... vulnerable. Sabele se sintió mareada por la fuerza de las vertiginosas emociones que la invadían. ¿Qué pretendía con eso? ¿A qué estaba jugando? Sabele vio que muchas personas del público habían sacado sus móviles y grababan la actuación. Estupendo. Lo que le faltaba. Que aquella canción y lo que quiera que significase perdurasen para siempre.

*And I'm praying under your spell
Please, please don't go away
Oh magical girl*

Sabele escuchó un sollozo contenido y, al girar la cabeza, vio a Ame llorando a lágrima viva. «Venga ya. ¿En serio?». Ame se encogió de hombros y moqueó. ¿Lo peor de todo? Que no era la única a la que la dulce y sentida melodía había arrancado alguna que otra lágrima. Gran parte de la multitud había encendido la linterna de su móvil para acompañar al misticismo de la canción. Por lo visto, Luc solo sacaba a relucir su sensibilidad artística cuando le convenía, o cuando le apetecía, no lo sabía.

Sabele se reconcilió con esa parte de sí misma que le obligaba a hacerse la dura, a mostrarse inquebrantable hasta cuando se estaba rompiendo, y se dejó llevar por la música, se permitió sentir, y resultó que había estado ahogando, bajo capas de rabia y desidia, muchos más sentimientos de los que creía. Los efectos sanadores de la música comenzaron a surtir efecto y poco a poco dejó fluir todas esas emociones hasta que sintió una lágrima en su mejilla.

No por Luc, ni por su canción, sino porque por primera vez en semanas sintió su propia luz.

La última nota murió lentamente en el aire y, durante un único instante, el silencio fue absoluto en la pradera. Ni una sola alma se atrevió a decir

nada hasta que Luc se inclinó de nuevo hacia el micrófono.

—Somos The Pretty Tomboys. Seguidnos en Instagram. Muchas gracias, buenas noches.

Sin más dilaciones, sin siquiera presentarse uno a uno, salieron del escenario sin dejar más rastro de su presencia que la conmoción general. El público aplaudió entregado una última vez, preguntándose quiénes eran aquellos chavales y, sobre todo, quién era esa «chica mágica» que no se podían quitar de la cabeza.

—Jo... qué bonito —masculló Ame a su lado, aún entre lágrimas.

—Viendo cómo tiene al público —comentó Valeria, divertida, seguramente porque no le había reconocido— me da que no va a tardar mucho en olvidarse de esa chica tan mágica... —Se encogió de hombros. Sabele se fijó en que no le faltaba razón; Luc había despertado pasiones de todo tipo entre los asistentes.

Sabele tragó saliva. Se acababa de dar cuenta de que, en realidad, no quería ser olvidada.



Cuando bajaron del escenario, Luc se echó a temblar. —¡Sííí! ¡Ohhh! ¡¿Lo oís?! ¡Nos aplauden! ¡A nosotros! —bramó Toni, que se encontraba en un estado de exaltación e hiperactividad que podría competir con el de una experiencia religiosa.

—¡Increíble! —exclamó Fran, dándole a Luc unas palmadas en el hombro que él apenas pudo procesar. Su mente estaba muy lejos de lo que percibían sus sentidos.

Se sumieron en una especie de abrazo colectivo al que le habían arrastrado no sabía cómo. Fran y Toni no paraban de gritar como simios mientras Dani se quejaba.

—¡Que no me gusta que me toquen! —dijo apartándose de ellos—. Que conste que solo os aguanto porque... ¡vamos a ser increíblemente famosos!

Toni la elevó por los aires y ella agitó las manos en el aire, eufórica. Nunca había visto a Dani saliendo de su coraza de esa forma, ni siquiera cuando estaba concentrada en tocar el bajo y se olvidaba de que los demás

estaban allí. Luc observó el proceso como si se tratase de un mero espectador de una vida lejana. Sentía que lo que estaba sucediendo no le pertenecía a él, sino a otra persona. Había fantaseado tantas veces con un momento como aquel que parecía más real en su imaginación que en el presente.

—Tío, ¿estás bien? —preguntó Fran.

—Por favor, dime que no es por esa piba —dijo Toni, juntando las palmas de sus manos a modo de súplica.

«Esa piba». Dios. Solo esperaba no haberla cagado más. Estaba convencido de que su canción le daba mil vueltas a cualquiera que pudiese escribir Jean, pero no quería parecer uno de esos acosadores obsesos. El tema del amor cortés no le iba demasiado. Sabele había dejado clara su postura demasiadas veces como para que fuese tan estúpido de volver a intentarlo. De hecho, se había pasado varios días componiendo, encerrado con su portátil y su guitarra, en parte para evitar encontrarse de nuevo con ella. No podría resistir otra de sus miradas horrorizadas. ¿Y si había estado en el concierto? ¿Y si había oído la canción? ¿Qué estaría pensando? ¿Le habría parecido un romántico o un patético? Decían que esa apreciación dependía mucho de si uno tenía o no interés por la atención recibida. Si eso era cierto, lo tenía chungo.

Por supuesto, no podía compartir con sus colegas su dilema amoroso. O derribaría la fachada de músico triunfador con la que había conseguido reclutarles.

—Lo que no entiendo es por qué estáis tan sorprendidos. Ya os dije que íbamos a triunfar, incrédulos.

De nuevo respondieron con gritos y un desenfrenado jolgorio que se interrumpió súbitamente. Todos miraban boquiabiertos hacia algún punto detrás de Luc, quien se dio la vuelta para toparse de frente con Miranda Lyon, la líder de las hermanas Lyon y vocalista y guitarrista de Damsel Under Stress. Luc sintió como el estómago subía a su garganta. Se había pasado horas escuchando canciones y viendo los vídeos de su banda. Ya bastante en *shock* estaba por haber sido su telonero. Tenerla en frente después de que la organización les advirtiese que no molestasen a la banda era demasiada información que procesar para su cerebro. «Dios, necesito

una cerveza».

—Enhorabuena, chicos... y chica. —Se asomó tras él para guiñarle un ojo a Dani, quien se había quedado pálida y parecía estar a punto de desmayarse.

—Oye —dijo dirigiéndose a Luc—. Espero que puedas olvidar a esa *magical girl* por una noche. —Le puso la mano en el brazo, cerca del hombro. «Oh, mierda»—. Vamos a celebrar una fiesta en nuestro hotel. Muchas de las bandas están invitadas y las chicas y yo creemos que sería genial que vinieseis.

—Allí estaremos —dijo Toni sin pensárselo un solo segundo. Miranda sonrió sin dejar de mirar a Luc—. Yo soy Toni, por cierto.

—Y yo Fran.

—Daniela —se presentó alzando la mano tímidamente.

—¿Y tú, chico misterioso? —Miranda Lyon le escrutó de arriba abajo con sus ojos grises y Luc tardó unos segundos en procesar que se refería a él. Hasta hacía dos segundos, solo era un idiota cualquiera, por muy en alta estima que se tuviese a sí mismo, no un «chico misterioso».

—Luc Fonseca.

Miranda Lyon sonrió en el que seguramente sería uno de los momentos cumbres de la autobiografía de Luc.

—Hasta esta noche, Luc Fonseca —repitió su nombre a duras penas, con su encantador acento londinense.

La cantante caminó hacia la entrada en bastidores, donde le esperaban el resto de las Lyon, listas para salir a escena.

—¡No te creo! —exclamó Toni—. Vaya, colega —le miró con una mezcla de admiración y envidia—. Miranda Lyon acaba de tirarte los tejos.

—Yo no diría tanto... —dijo Luc con desgana.

—Que sí, tío. Que te estaba tirando los tejos ¡una Lyon! Son cuatro, eh, el número perfecto, una para cada uno. —Le dio unos golpecitos en el brazo a Dani.

—Por última vez. Que no me vista como el concepto que tenéis de la feminidad no significa que sea lesbiana. Además, no sé qué interés iba a tener en ti ninguna de las Lyon.

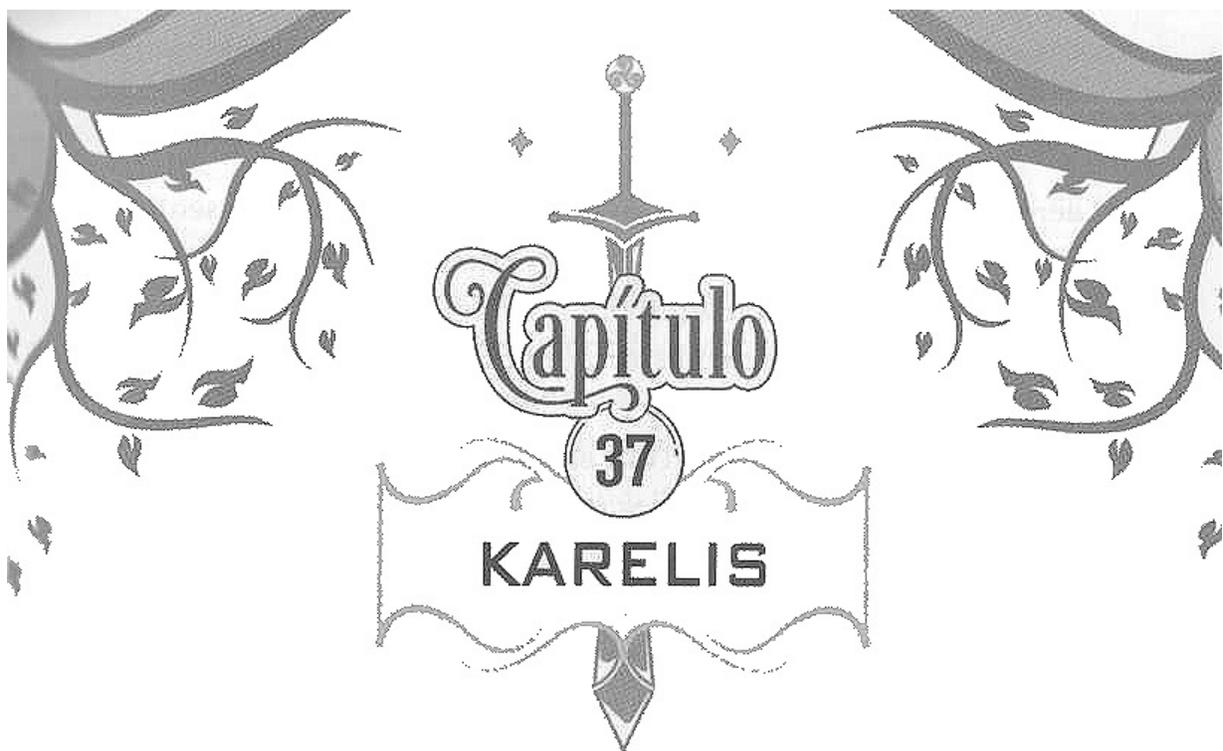
—Te digo yo que ninguna piba se va a poder resistir a esto —dijo

frotándose el pecho con una expresión de éxtasis impostado.

—Tío, das asco —sentenció Dani, y Toni miró a sus colegas en busca de apoyo.

—Un poco de asco sí que das a veces —dijo Fran, con algo de reparo.

Luc sonrió. No estaba seguro de si por el sincero comentario de su amigo o por lo increíble que era la situación en general. Sí. Miranda Lyon había coqueteado con él, y seguramente había un millar de chicas y chicos suspirando por un cantante de *rock*, pero no por él, no por Luc. No por la desastrosa persona que era, sino por la idea que se habían creado de él en un par de minutos. Un millar de personas aplaudiéndole y la única que le importaba, la única que le había visto tal y como era, pasaba de él.



Sofía Karelis amaba su trabajo. Se había pasado la infancia viendo cómo las brujas dominaban a placer las aguas de las islas donde nació, cómo jugaban con las cosechas en función de sus caprichos y susurraban a los animales para que se rebelasen del yugo de sus amos. Cuánto las había odiado. Ellas, con sus condenados poderes, se creían por encima de todos los demás, pero ahora, era Karelis la que miraba a hechiceras y nigromantes por encima del hombro, ella, a su paso por cualquier ciudad del continente, hacía temblar a hombres orgullosos ante su mención, porque sabían que de su criterio dependía su futuro, y no necesitaba ningún tipo de magia para que se hiciese su voluntad.

Por eso no le importaba no tener más de una semana de vacaciones, que emplearía para volver a su tierra natal y disfrutar de siete días para ella en cuanto acabase con su tarea en Madrid. Siete días durante los cuales las brujas no se atreverían a dejarse ver. Tampoco tenía ningún inconveniente con trabajar demasiadas horas como para que la idea de formar una familia

fuese una tentación, ni reparos en viajar de un rincón a otro de Europa. Cruzar el aeropuerto con sus tacones y una maleta de mano la hacía sentir poderosa. «La Griega», así la llamaban adonde quiera que fuese, un apodo que portaba con orgullo.

Era su primera vez en España, e iba a asegurarse de que no la olvidaran.

Se subió en el primer taxi que encontró y le pidió al conductor que la llevase hasta su hotel. Para mantener en orden una vida tan ajetreada, una gran disciplina era esencial, así que nada de andarse con rodeos. Una figura de autoridad como ella, que representaba el esplendor de la Guardia, debía mantenerse en forma, seguir una dieta estoica y descansar. Nada más llegar al hotel preguntó por el gimnasio y por el servicio de habitaciones. Corrió unos cuantos kilómetros en la cinta con vistas al centro de la ciudad y, una vez en su habitación (después de haber comprobado que no había rastro alguno de maldiciones o conjuros en ella), mandó unos cuantos correos que harían llorar a varios de sus destinatarios y cenó una escueta ensalada de quinoa. Se daría una ducha, se aplicaría las cremas que mantenían su piel inmaculada y dormiría bocarriba hasta el amanecer. Aquel era su ritual de guerra.

Sofía Karelis colgó su camisa blanca y las dos piezas de su traje de falda en el armario con meticulosa atención y caminó hacia el baño.

Dejó que el agua corriese hasta que su temperatura fuese lo suficientemente alta antes de poner el tapón. Su única debilidad eran los baños calientes de cuarenta minutos. Decía que el rumor del agua le ayudaba a pensar. Se metió en la bañera, corrió la cortina y dejó que el agua la empapase. Abrió la boca y cerró los ojos, permitiendo por primera vez en todo el día que sus músculos se relajasen.

Al principio, Sofía Karelis no notó nada inusual. La temperatura del agua se incrementaba tan lentamente que le resultó imperceptible.

Cuando por fin comprendió que algo fallaba, no había nada que hacer.

Una gota de agua ardiendo cayó justo sobre su párpado, arrancándole un grito de dolor. Una segunda gota la siguió, transformándose en vapor nada más tocar la piel de su brazo, donde dejó una marca rojiza. Sofía intentó huir cuando el agua hirviendo la acribilló como una lluvia ácida, pero sus pies no podían moverse. Forcejeó contra su propio cuerpo, entre chillidos

de dolor, y en uno de sus desesperados gestos arrancó la cortina de un solo tirón. Al otro lado, apareció una pálida figura vestida de negro que la observaba con sus oscuros ojos y una sonrisa maliciosa. No podía ser. Había inspeccionado el cuarto en busca de hechizos, tendría que haber detectado su presencia si ya estaba allí, y había colgado amuletos en la puerta para que nadie pudiese entrar. Sofía no tuvo tiempo para intentar comprender cómo había llegado hasta la situación en la que estaba.

—Es curioso, dicen que el agua bendita anula los poderes de una bruja si la toca, pero resulta que, si conoces el conjuro adecuado, también sirve para camuflar cualquier hechizo. Unas cuantas gotas en el tanque de agua y... ¡tachán! Nadie sabrá nunca que en realidad son un arma mortal.

Una segunda bruja, con el pelo más largo y rizado, se apoyó en el hombro de su hermana, pero Sofía no podía verla mientras intentaba proteger su rostro con los brazos. Era inútil, tarde o temprano, el agua embrujada acabaría por abrirse paso a través de su carne y sus huesos. Solo estaba prolongando su sufrimiento, pero no eran las Lozano quienes se lo advertirían, no cuando estaban disfrutando tanto con el espectáculo.

—Hemos oído lo que les hiciste a las brujas en tu país... y no está bien, nada bien. —Rocío negó con la cabeza.

—Les mandaremos un saludo de tu parte —sentenció Rocío a la vez que Karelis se retorció sobre sí misma con un último alarido.



La multitud se disolvía lentamente en todas direcciones, sin embargo, un espectador avisado y que prestase la suficiente atención podría haberse percatado de cómo una significativa afluencia de chicas jóvenes se desviaba hacia el interior de los bosques.

Damsel Under Stress dieron uno de sus mejores conciertos aquella noche. Eran célebres por la calidad de sus directos y por su capacidad para hipnotizar al público, pero, tal vez a causa de la magia en el ambiente, habían brillado con más fuerza que nunca sobre el escenario. Sabelle cruzó los dedos para que su espectacular actuación acaparase toda la atención y se convirtiese en el tema de conversación estrella de la noche, pero en realidad conocía demasiado bien a sus amigas para creerlo posible.

De camino a las celebraciones, se vio abordada por Ame y Rosita. Cada bruja la cogió de uno de sus brazos y así siguieron caminando, como colegialas por el campo.

—¿Qué queréis saber? —preguntó resignada.

—Pues todo... *magical girl* —se burló Rosita.

—¿Qué todo? No hay absolutamente nada de lo que hablar. Y ni se os ocurra llamarme así —dijo Sabele con un mohín y el ceño fruncido.

—Vamos a ver. Sabes que no soy la mayor fan de este romance, pero que yo me aclare, ¿a ti te gusta ese chico?

Sabele se mordió el labio, sin saber qué decir. Sería absurdo negar que había algo en él que le atraía, pero después hacía cosas que la sacaban de quicio y le hacían pensar que jamás serían compatibles... y luego tenía momentos dulces como esa estúpida canción.

—Es complicado.

—Ya, por eso las personas habitualmente eligen con quién les apetece pasar su tiempo en lugar de invocar a un estúpido hilo de no sé qué que perpetúa una sociedad monógama arcaica.

—¡Oye! ¡No hace eso! —protestó Ame—. De hecho, no todo el mundo tiene un alma gemela, y hay personas con varias, listilla.

—¿Existe la posibilidad de que haya habido un error cósmico? —preguntó Sabele. Sus amigas la miraron sin comprender y Sabele se resignó. No era como si pudiese esconderles un secreto a ellas, y ni siquiera era un secreto, sino, más bien, algo de lo que no le apetecía hablar. Cogió aire y disparó, dispuesta a zanjar el tema para siempre—. Digamos que la fiesta a la que me invitó no fue demasiado bien... Estuve allí, sola, durante tres horas. Solo me saludó porque estaba en la puerta de camino a la cocina y no le quedaba otra. Exactamente once de los amigos de sus amigos intentaron ligar conmigo de forma cada vez más desagradable durante la noche, y cuando me harté de ser la «piba rubia» que estaba sola en una esquina y me acerqué para decirle que no aguantaba más y que me iba, él estaba tan borracho que se limitó a reírse y a decir «¿Por qué?» justo antes de tropezarse y tirarme encima un vaso de medio litro de ron con cola. Ni un solo mensaje o llamada de disculpa después de eso. Ahí fue cuando conocí a Jean, fue el único que intentó ayudarme a secar mi ropa en vez de reírse. Fin de la historia.

Las dos amigas la miraron boquiabiertas, aunque no se le escapó que Rosita estaba conteniendo la risa.

—Vale... —dijo Rosita—, pasa de ese tío, no merece la pena, por muy bien que toque la guitarra.

Ame dudó antes de decir algo y abrió y cerró los labios varias veces antes de añadir:

—La verdad es que no me lo estás poniendo fácil.

—Pues eso, y ahora, ¿podemos olvidarlo?

Sus hermanas brujas asintieron y le dieron un poco de espacio, el mismo que ocupó un incómodo silencio mientras pensaban a todo gas cómo cambiar de tema.

—Ya oigo los tambores. —Fue Valeria quien las salvó, adelantándose para ponerse a su altura—. Debemos estar cerca.

A medida que se aproximaban a la primera y tímida hilera de árboles, un temblor tribal mecía el suelo bajo sus pies. Una vez rodeadas por el bosque, la intensidad de cada golpe de tambor las calaba hasta llegar al pecho, sincronizándose con el ritmo de sus latidos. No tuvieron que preguntar dónde se encontraba el centro de la celebración, el sonido las guio hasta su destino.

Ame se quedó boquiabierta al ver el espectáculo y hasta Sabele se sorprendió por el ambiente que predominaba en aquel pequeño claro del bosque.

Habían encendido una hoguera mágica en el centro y alrededor de ella bailaban decenas de brujas que la bordeaban en círculos. Las más osadas de ellas se atrevían a saltarla de un lado a otro, como si de una noche de San Juan se tratara. Junto a la hoguera, un grupo de brujas tocaban al unísono distintos instrumentos de percusión: bongos, tambores, timbales, e incluso alguna que otra pandereta. La mayoría de las hechiceras habían optado por bailar al ritmo de la música y aullar a la luna en una especie de catarsis mientras conjuraban ilusiones que chisporroteaban en el aire en forma de fuegos artificiales, algunas habían preferido sentarse y beber en vasos de papel, mientras que otras se sentaban en corros para pasarse entre sí lo que parecía una variopinta colección de pócimas alucinógenas. Por si con eso no hubiese sido suficiente para escandalizar a la pobre Ame, predominaba una cuarta actividad esa noche: el intercambio de saliva. Algunas brujas se besaban y acariciaban entre sí o a algún que otro corriente invitado a la fiesta, quienes seguramente creerían estar en un botellón un tanto excéntrico.

—No... no era lo que esperaba —dijo Ame, con las mejillas encendidas de un color tan rojo que parecían estar hechas de acero fundido.

—Yo tampoco... —Por fin Sabele entendía por qué cuando tenía dieciocho años recién cumplidos y había querido unirse a la fiesta, sus amigas más mayores la habían mirado condescendientes y las habían mandado a ella y a las de su edad de vuelta a las tiendas de campaña con el argumento de que «eso no era para bebés».

—Me encanta —dijo Rosita junto a ellas, maravillada por el espectáculo. Valeria rio y la cogió de la mano.

—¡Bailemos!

Rosita la siguió sin pensárselo dos veces y juntas se unieron a la danza en torno a la hoguera.

—¿Te apetece que vayamos a una zona más tranquila? —preguntó Matt, mirando a Ame, quien asintió enérgicamente.

—Yo me voy a acercar al lago un momento —anunció Sabele. Como buena amiga, sabía cuándo desaparecer de escena. Ame la miró con el ceño fruncido por la preocupación.

—¿Estás segura? —casi parecía que le estuviese pidiendo permiso. Sabele sonrió.

—Sí, me vendrá bien lavarme la cara y tener un poco de paz —«Y no quiero privarte de una mágica noche con un chico que te gusta», pero esa parte solo la dijo con un guiño pícaro de ojo—. Vuelvo en cinco minutos.

Ame se sonrojó aún más si era posible, a pesar de que no era capaz de contener su alegría.

—De acuerdo, pero si necesitas algo... búscanos.

—Lo mismo te digo.

Ame dirigió una mirada escéptica hacia la hoguera, donde se encontraba Rosita, que bebía de una lata de cerveza que parecía haber sacado de la nada.

—Creo que nosotras estaremos bien, la verdad.

Se miraron y contuvieron una risita maliciosa.

—Pasadlo bien —dijo Sabele sin dejar de sonreír.

Se despidió con la mano y se marchó en la oscuridad, alejándose del ruido, del gentío, del frenesí que quedaba a sus espaldas. No quería estar

con nadie más que consigo misma y con la naturaleza. La idea le resultó seductora y, a medida que dejaba el mundo atrás, le invadía una gloriosa paz. Las partículas mágicas que flotaban en el aire acariciaban su piel y la recorrían juguetonas, reconociéndola como una de las suyas. Vislumbró la superficie del agua, de un azul casi negro, que brillaba con un matiz plateado bajo la luz de la luna.

No pudo resistir la tentación de quitarse las Converse y los calcetines para caminar descalza por la orilla, adentrándose poco a poco en la gélida agua hasta que le cubrió la espinilla. Susurró un hechizo y el agua alrededor de su piel se tornó cálida. Se agachó para surcar la superficie del lago con la mano y después estiró los brazos hacia el cielo, inspirando profundamente. «Como en casa, en ningún sitio», pensó, a pesar de que toda su vida había sido una nómada empeñada en encontrar un hogar fuera de sí misma. Qué gran error.

Estaba agotada de sentirse perdida, responsable por todo, harta de sentirse culpable por no estar al cien por cien todo el tiempo. ¿Y qué si tenía sus momentos de debilidad, y qué si a veces se le venía el mundo encima y le resultaba demasiado grande para sus hombros cansados, y qué si no era la perfecta mujer fuerte e infalible que fingía ser en redes sociales porque sentía que era lo que se esperaba de ella? Llevaba semanas machacándose en balde. Por mucho que lo desease, no podía solucionar los problemas de la comunidad mágica, ni borrar sus propios errores. Y mientras se lamentaba por ello, se había perdido por el camino, había olvidado la lección más importante que el clan Yeats le había legado: que ante todo, lo único que tenía que ser era auténtica, *libre*. No podía seguir aferrándose a las cadenas que se había puesto a sí misma. Sabía que el camino sería mucho más largo, pero, en aquel lago perdido en un rincón de Escocia, decidió que iba a perdonarse a sí misma.



«**P**or favor, que no se vayan a la fiesta de las Lyon sin mí». No quería ser el típico *matao* que iba de listillo yendo al bosque para evitar las colas de los baños y que acababa siendo devorado por un oso. ¿Había osos en Escocia? No tenía ni idea, y prefería permanecer en su ignorancia.

Probablemente adentrarse a solas y de noche entre los frondosos árboles no fuese la mejor idea de su vida. Aunque, siendo sincero consigo mismo, había tenido otras infinitamente peores, así que tampoco era para tanto. Se acordó de aquella vez que se había despertado en una playa de Alicante vistiendo solo un bañador después de una noche de fiesta sin tener ni idea de cómo había llegado hasta allí o de dónde había salido el bañador rojo. «Ah... los buenos tiempos», suspiró.

Siguió avanzando por el camino cada vez más agreste hasta que no hubo ningún rastro de otro ser humano. Llevaba cerca de veinte minutos dando vueltas en busca de alguna salida como el torpe sin sentido de la

orientación que era. A medida que la oscuridad se cerraba en torno a él, había pasado de tener miedo a perderse la fiesta de las Lyon a tener miedo a secas. «Respira hondo, aquí no hay ni un alma», se recordó, y era literal, ni siquiera los fantasmas moraban por ese bosque. A no ser que apareciese el Bigfoot o un loco con una motosierra... no tenía nada que temer. Y, sin embargo, tenía el presentimiento de que estaba siendo observado. Escuchó un tintineo a su espalda y, alarmado, se dio media vuelta. No había nadie. «Será algún animal». Solo esperaba que no fuese uno carnívoro. Ya podía ver los titulares. «Joven incauto se adentra en el bosque, solo para echar una meada rápida, y es devorado por fieras». Lo que más le repatearía sería morir estando tan cerca de su ansiada fama. Y sin haber... Bueno, había muchas cosas que todavía tenía pendientes y le habría gustado hacer. Es que... ¿a quién se le ocurría organizar un festival de música tan cerca de un bosque? Seguro que su padre les plantaba una demanda. Por si no estuviese lo suficientemente emparanoiado ya, empezó a oír tambores en la distancia. «Igual me estoy volviendo loco». De pronto, el horizonte se volvió luminoso y Luc se percató de que estaba acercándose a un lago. Al menos sí que estaba completamente convencido de que no había cocodrilos en Escocia. Caminó hacia el agua, atraído por su brillo nocturno como una polilla que se aproxima a una llama sin sospechar que su calor está a punto de quemarla. Se detuvo junto a la orilla y el agua mojó la suela de sus botines.

De nuevo se sintió observado, y esta vez, su sexto sentido no le falló. A unos cuantos metros de él, metida en el agua, le miraba una chica con la piel tostada por el sol de los últimos días y una larga melena rubia que brillaba como el oro en la noche. Tragó saliva. Sabele.

Intentó retroceder, pero al dar un paso atrás, sus botines resbalaron sobre los guijarros mojados y su elevado centro de gravedad le jugó otra mala pasada, haciéndole caer contra el suelo y provocándole un considerable dolor en el coxis que le hizo proferir un quejido. Allí estaba él, tendido entre piedras como una presa desvalida cuando Sabele miró hacia él y sus grandes ojos azules le atravesaron. Esta vez no vio sorpresa ni horror en ellos, solo una llana resignación.

—Eh... yo...

No sabía ni qué decir para excusarse. No es como si lo hubiese hecho a propósito. «Espera». ¿Y si había escuchado su canción? Maldita sea, tenía que habérselo pensado antes. ¿En qué momento le pareció buena idea exponer su vida amorosa a la vista de miles de desconocidos? No tenía que haber compuesto esa estúpida canción, ¿por qué no había escrito sobre drogas o noches desenfundadas a través de retorcidas metáforas como todos los *rockeros* y punto? Seguro que así hubiese vendido más discos que siendo un sentimental.

—Eh...

No le salían las palabras, pero, por suerte, y como era habitual, Sabele fue quien tomó la iniciativa. Sonrió y se mordió el labio con un suspiro irónico.

—Vengo hasta lo más recóndito del bosque para alejarme de toda la humanidad y, por supuesto, tienes que aparecer tú.

Caminó hacia él y, para sorpresa de Luc, le tendió la mano. Él la aceptó sin entender nada. Vaya. Sí que había triunfado con unas cuantas estrofas de nada. Así que al final había funcionado, ¿eh? «Mírame, me llamo Luc y soy *supersensible*». Sí, señor. Se imaginó miles de habitaciones de todo el mundo forradas con pósteres de su cara.

Luc se incorporó, aceptando la ayuda que le ofrecía la bruja. Sus manos permanecieron en contacto durante más tiempo del necesario y socialmente aceptable. Los dos las apartaron al unísono, bruscamente, al percatarse de que estaban en mitad de lo que se conoce como «una situación embarazosa». El músico se miró los pies, el único lugar que le parecía seguro.

—¿Qui... quieres que me vaya? —se atrevió a preguntar por fin. «Por favor, que no diga que sí». Qué humillante era ser respetuoso con el resto de seres humanos a su alrededor, preferiría volver a su modo desconsiderado y arrogante, la verdad. «Me estoy ablandando».

Sabele ladeó la cabeza y respondió con una sencilla y, sin embargo, significativa observación.

—No apestas a alcohol.

—Ugh. No me lo recuerdes. Llevo siete días sin beber para no liarla en el festival. La peor semana de mi vida.

En parte era una broma, solo en parte. Salir ahí fuera a cantar y tocar, a la merced del público, sin la liviana sensación del alcohol en su sangre para aplacar el miedo, había sido una de las cosas más duras que jamás había hecho, pero merecía la pena solo por comprobar que *podía* hacerlo, que no necesitaba estar embriagado para ser valiente, o para disfrutar de las cosas.

—Me alegra volver a verte sobrio. Estás mejor así.

Luc se encogió de hombros.

—No te creas... a mí me caigo mejor cuando voy achispado.

Sabele sonrió cabizbaja mientras negaba con la cabeza en un gesto que venía a decir «Eres incorregible».

«Di algo», le ordenó su cerebro. Habían pasado más de cinco segundos sin que ninguno de los dos hablase. «Di algo». Pero su cerebro estaba demasiado ocupado prestando atención a cada detalle. A la henna en sus manos mientras se tocaba su largo pelo decorado con varias trencitas, a lo oscuras que eran sus pestañas y los restos de pintalabios que quedaban en la comisura de sus labios. Si no fuese un maldito cobarde se inclinaría hacia ella lo bastante despacio para que ella pudiese elegir entre hacerle la cobra y darle una bofetada por cretino o devolverle el gesto. Igual debería haber bebido. «No. No es buena idea». «Cobarde». Ni siquiera se atrevía a preguntarle si había escuchado o no la estúpida canción. «Vamos. Di algo. Lo que sea».



Llevaban cerca de medio minuto sin intercambiar una sola palabra, pero a Sabele no le importaba. Lejos de resultarle incómodo, más bien lo sentía como uno de aquellos silencios donde una puede acomodarse, como lo hace una manta de lana a tu alrededor en invierno o una brisa marina en plena ola de calor. No. No le importaba. Aunque, hablando de calor, ¿no hacía demasiado allí? Cambió el peso de una pierna a otra, inquieta ante la repentina sensación que invadía su cuerpo. «Será un sofoco», se dijo, restándole importancia, aunque no se le ocurriese ningún motivo racional para que la temperatura de su cuerpo estuviese elevándose drásticamente.

—¿Qué... qué tal lo has pasado en el festival? —dijo Luc de pronto.

—Bien... Damsel Under Stress han estado geniales, aunque no entiendo mucho de música, pero suenan bien, ¿no?

Vio como Luc tragaba saliva. Si él no sacaba el tema de la canción, ella tampoco lo haría. Qué extraño. El calor que se había iniciado en sus

entrañas se estaba expandiendo por todo su cuerpo, acompañado del familiar cosquilleo de la magia. Espera, ¿estaba siendo embrujada? Sintió como su rostro se sonrojaba y no era timidez, sino su sangre al bullir.

—Sí. Son geniales.

—Estupendas.

Sabele suspiró, haciendo todo lo posible por ignorar el ardor y concentrarse en la conversación.

—Así que... ¿todo bien?

—Sinceramente, no sé qué hacer contigo —saltó de pronto, perdiendo la paciencia. Maldición. Aquel estúpido calor no le dejaba pensar con claridad. Tuvo que hacer una pausa para respirar, aturdida—. Un día parece que te importo, al día siguiente que te doy igual. Un día me ignoras por completo y después me compones una canción de amor. —¿De verdad acababa de decir eso? Los latidos de su propio corazón bombardeaban su cabeza con frenesí y sin ningún motivo aparente, aturullándola. Sus músculos se habían tensado de los pies a la cabeza y sudaba por cada poro de su piel. Definitivamente era magia, una que no podía comprender, tan antigua y poderosa que ni siquiera estaba preocupada por conocer su origen. Sentirse así le pareció lo más natural del mundo, por inoportuno que resultase—. ¿Qué quieres de mí?

Luc la miró catatónico. Sí. Definitivamente había sido demasiado directa.

—¿Cuándo te he ignorado? —dijo por fin.

—¿Va en serio? Te pasaste un mes sin responder a mis mensajes y después me invitaste a una fiesta horrible en la que no me dirigiste la palabra. Maldito calor —dijo abanicándose con la mano. Casi podía sentir que la sangre huía de su cerebro para concentrarse en otras partes de su anatomía.

Si no estuviese tan guapo esa noche quizá le hubiese sido más fácil concentrarse. ¿Por qué justamente esa noche? Siempre había tenido algo, pero no era una belleza convencional, en cambio, esa noche, bajo la luz de los focos, bajo la de la luna... El pelo le había crecido y un mechón rebelde le caía por la cara, resaltando sus pómulos. Además, se había puesto *eyeliner* negro y sus ojos castaños relucían con más vida de la habitual.

Eyelin. Ninguna chica que hubiese crecido viendo *Piratas del Caribe* y escuchando a Green Day y Fali Out Boy como hizo ella podía resistirse a algo así. «¡Sabele! ¡Céntrate!», se reprochó a sí misma.

—Oye, tú también podrías haber hecho algo por hablarme —se defendió Luc.

—Pero ¡¿cómo tienes tanta cara?! ¡Era tu fiesta! ¡Tú me invitaste!

Sus cuerpos estaban mucho más cerca de lo que podía soportar. ¿Cuándo se habían acercado tanto? Sentía como el olor de su cuerpo emanaba desde cada poro de su piel; sudor y una suave y dulzona fragancia masculina que no sabía identificar junto a un cóctel de hormonas.

—¿Y qué, eso significa que no tienes boca?

Boca. Sí. Y cuerdas vocales, y labios, y lengua. Iba a morirse de calor, o de una taquicardia o de no poder soportar más aquel cosquilleo. Boca, lengua, labios. Cerró los ojos para respirar. Tenía la angustiada sensación de que estaba a punto de perderse a sí misma. Boca, lengua, labios. Piel.

—Era... tu fiesta —insistió, incapaz de concentrarse lo suficiente para articular una frase más larga. No entendía qué le estaba sucediendo a su cuerpo, pero cada vez le resultaba más complicado ignorar aquel instinto visceral... y cada vez le apetecía menos resistirse.

—Lo sé, y lo intenté, ¿vale? Creí que un par de cervezas me ayudarían a romper el hielo, pero no dejabas de hablar con un montón de tíos mucho más... más... —Luc suspiró—. ¿Cómo iba a saber que querías hablar *conmigo*? Además, te mandé un mensaje hace unos días y nunca respondiste, ¿quién ignora a quién?

¿Mensaje? ¿De qué hablaba?

Sabele no podía razonar con claridad, el fuego lo había acaparado todo en ella: cerebro, corazón y vísceras. «¿Qué clase de hechizo es este?» fue el último pensamiento coherente que pudo formar.

Cerró los ojos, se inclinó hacia delante y perdió la noción del mundo a su alrededor. La mano de Sabele se aferró al cuello de Luc y lo buscó con premura, ardiendo con cada fibra de su ser.

No sabía del todo cómo había pasado, pero estaba besando a Luc.



Matt y Ame buscaron un rincón apartado y tranquilo del claro, pero lo bastante cerca como para poder formar parte de la fiesta. Matt tendió una manta que llevaba guardada en su mochila bajo un robusto pino y ambos se apoyaron en el tronco. A su alrededor había grupitos de amigos que se habían tumbado para observar las estrellas o que jugaban a las cartas. Ojalá ellos se hubiesen traído algo con lo que distraerse. Ame se alegró de comprobar que no todo en Lugnasad era descontrol.

La bruja se sentía algo culpable por haber dejado a Sabele a solas, por mucho que se empeñase en que estaba perfectamente, Ame sabía que era imposible que después de lo que había pasado en el concierto no se hubiese removido algo en su interior, sin embargo, no tardó en olvidarse por completo de su amiga por mucho que la quisiese.

—¿Te apetece un chocolate caliente? —preguntó Matt una vez se hubieron acomodado. Sacó un termo y lo agitó en el aire frente a ella.

—Claro. Chocolate gratis, ¿quién diría que no?

—Quién sabe, hay mucho insensato suelto hoy en día. Hay gente a la que le gusta el chocolate blanco, con eso te lo digo todo —dijo mientras le servía en un pequeño vasito de plástico. El olor del cacao al derramarse llegó hasta su nariz y el estómago de Ame rugió.

—¿Qué dices? ¡El chocolate blanco está buenísimo! —Cogió el vaso que Matt le tendía y sintió que el calor se propagaba por sus dedos.

—Me decepcionas, Ame. Yo creía que eras una mujer con criterio. ¿Sabes que el ochenta por ciento de su composición es azúcar y leche? Ni siquiera es chocolate. Ningún ser racional se atrevería a decir lo contrario.

—¡Claro que es chocolate!

—No pienso aceptar argumentos gastronómicos de una mujer que procede de un país en el que se vende Kit Kat de boniato. ¿Qué clase de persona le pone boniato al chocolate?

—¿Qué clase de persona le pone vísceras a su avena? ¿Y qué hay de las patatas? ¿Por qué todo lleva patatas?

El escocés arqueó las cejas.

—Devuélveme el chocolate, no te lo mereces. El *haggis* es una delicia culinaria, y el tópico de las patatas es sobre los irlandeses. No sé qué me duele más, que no sepas apreciar el *haggis*, que te guste el chocolate blanco o que me hayas confundido con un irlandés.

—¿Es que hay alguna diferencia? —Ame le sacó la lengua.

—Si algún día vuelves a Escocia me aseguraré de que la aprendas... y de que pruebes el *haggis*.

—Eso no va a pasar. *Nunca* —dijo Ame con una mueca de asco.

Matt rio, pero su sonrisa se desvaneció lentamente. Los dos se quedaron en silencio y Ame se preguntó si estaban pensando lo mismo. En teoría se refería al plato, pero ¿cuántas probabilidades reales había de que volviese a Escocia? «Me hubiese encantado poder seguir conociéndote», le habría confesado si tuviese el coraje suficiente. Optó por no decir nada, ¿para qué? No hubiese servido para cambiar sus circunstancias, pero Matt no parecía dispuesto a rendirse tan fácilmente.

—Podrías... podrías volver de visita alguna vez. Es una pena que os vayáis de aquí sin ver las Highlands. Yo... podría llevaros. Una de mis tías

del clan vive allí —sonrió. Matt se inquietó ante su silencio y siguió hablando, cada vez más nervioso—. Aunque si te parece un aburrimiento de plan puedo ir yo a España. Estuve en Barcelona hace años, pero nunca he visitado Madrid.

De momento solo eran amigos a primera vista. Amigos que se entendían muy bien y hablaban durante horas, a pesar de que a Ame le estaban empezando a apetecer otras cosas aparte de hablar. Se sonrojó ante el pensamiento. Su imaginación no solía tomar esos derroteros. Le dio un trago al chocolate. Estaba caliente, ardía. Quizá eso explicase el calor que comenzaba a invadir su cuerpo, seguido de un cosquilleo inexplicable y repentino. «¿Magia?», dudó. Supo que era el momento idóneo para contarle la verdad, esa que no había compartido con nadie aún, porque a él, al contrario que a sus amigas, no volvería a verle. «Voy a casarme», quería decir en voz alta, de una vez por todas, para acabar con aquella farsa, pero el calor comenzaba a aturdiría, a volverla impulsiva, irracional.

—Me apetecería mucho —y se sorprendió a sí misma al darse cuenta de qué otras cosas le apetecería hacer. «Oh, por la Diosa», pensó abochornada. Era impropio de ella. ¿Qué bicho le había picado? «Qué calor...».

Los tambores se detuvieron y el silencio la alertó tanto como un estruendo en la calma. Miró hacia la multitud y se percató de que todas las brujas y sus acompañantes corrientes se habían detenido y permanecían con los ojos cerrados, distanciadas las unas de las otras.

—¿Qué... qué está pasando?

—El apogeo de Lugnasad —explicó Matt—. Se concentran para no tocar a nadie. Hace siglos, antes del dominio cristiano, Lugnasad marcaba la fecha en que se celebraban matrimonios provisionales. Lugnasad significa «la boda de Lug» en gaélico.

—¿Cómo que provisionales? ¿De prueba?

Matt sonrió.

—Sí, en realidad sí. Duraban un año y un día y se les llamaba Handfasting. Antiguamente el ritual era más complejo, sobre todo entre corrientes, pero durante la noche de Lugnasad el poder de la magia palpita con más fuerza, y se aprovecha eso para recordar el viejo hechizo con el que las almas se unían durante esa experiencia de un año. Por eso, con un

mero roce basta para dar forma a la unión. Cuando pase la medianoche, el poder de Lugnasad decrecerá, pero durante este minuto... En fin, es importante mantener la concentración para evitar... el contacto físico. A no ser que quieras una boda exprés. —Se mordió el labio y apartó la vista.

Mantener la concentración. Entendía a qué se refería. Una desconocida parte de sí misma ansiaba abalanzarse sobre él y no soltarle nunca, pero no de forma precisamente romántica.

—Como habrás notado, a nivel fisiológico, Lugnasad también tiene otros... efectos secundarios entre las brujas y brujos.

Ame se sonrojó al percatarse de que seguramente él también estaba teniendo pensamientos como los suyos. «Solo es un hechizo», se recordó. «Es el poder de una magia ancestral que quiere casar a todo el mundo, no es auténtico». Tal vez lo que sentía solo fuese fruto de un conjuro, pero el deseo insaciable le parecía muy muy real.

—¿Segura? —le preguntó una bruja con una larga melena negra a otra que llevaba el pelo trenzado y un vestido blanco muy apropiado para la ocasión.

—Segura —contestó, y se besaron ante todos los presentes.

El resto de las brujas aplaudieron, emocionadas. «Qué romántico», pensó Ame, sintiendo una punzada de envidia. De niña siempre había fantaseado con su boda. En parte porque era lo que le habían enseñado, pero también porque sentía el genuino deseo de compartir su vida con otra persona, con alguien especial. No le importaría haberse casado en una noche de Lugnasad. En lugar de eso, otras personas habían elegido por ella la fecha del enlace, el lugar y... también el novio.

—Hay pocas uniones con más fuerza que esta, una unión de espíritus, y no de posesiones, ni de nombres. Solo cuerpo y alma. El corazón no se entrega, se comparte —dijo Matt sin despegar la vista de las recién casadas—. Seguro que serán muy felices.

Ame sintió la pena hundiéndose en su pecho, más fuerte que el deseo, alimentada por la duda. ¿Podría ella ser feliz cuando solo iban a ser sus posesiones y su nombre lo que fuese unido a otro ser humano? ¿Qué sería de su espíritu? Observó a Matt, ensimismado en una segunda unión que se producía con ellos como testigos. No. Puede que no le quedase más

remedio que decir «Sí, quiero», pero no le entregaría su espíritu a un desconocido, y su corazón tampoco.



Su cerebro insistía en que no podía estar ocurriendo lo que sus cinco sentidos le transmitían. La canción que había compuesto no era ni de lejos tan buena.

Sabele. Le. Estaba. Besando.

Según todo lo que creía saber sobre el amor y las mujeres, había hecho todo lo posible por perder su afecto (por accidente, claro), para asegurarse de que Sabele le odiaba, así que no comprendía por qué de pronto se estaban besando. No tenía sentido.

Parpadeó un par de veces y allí seguían sus suaves labios contra los suyos. Bah. ¿A quién le importaba el sentido común? ¿No se trataba de *sentir*, a secas? ¿Qué más daba el sentido? Ya lo razonaría luego si es que hacía falta.

Sabele le estaba besando. Era lo único que necesitaba saber.

Alzó su mano hacia la base de su mandíbula y le devolvió el beso.

Entreabrieron los labios al unísono y se dieron paso. Escuchó algún que otro gemido sin estar seguro de si provenía de ella o de él. Mientras Luc

acunaba su rostro con las manos, ella se aferró a su cintura. Enredó sus dedos en su pelo dorado, cada vez menos consciente de sus actos, deseando que no se detuviese nunca. Lucas estaba muy cerca de entrar en el paraíso, o en el infierno, le daba igual. Todo le daba igual. Por él, el mundo podía irse a pique en ese mismo instante. Sin dejar de besarle, Sabele había introducido las manos lentamente bajo la tela de su camisa y acariciaba su piel mientras le atraía con fuerza hacia ella. Las yemas de sus dedos ardían y sentía la calidez de su cuerpo contra el suyo.

Todos los malentendidos, los miedos, los problemas de comunicación, los complejos y dudas... se disolvieron. A lo mejor tenían que haber empezado por lo físico desde el principio. Era un lenguaje en el que parecían comprenderse mucho mejor.

Luc sintió una de las manos de Sabele descender por su espalda para acercarle aún más, como si todavía quedase alguna distancia entre sus cuerpos que salvar. Sin previo aviso, una descarga recorrió su cuerpo de pies a cabeza y enfrió su carne y su piel. Se trataba del ya de sobra conocido rumor de la magia, pero en una versión mucho más intensa de la habitual. «Mierda». Se detuvo en seco, imitando a Sabele, que le miraba confusa, como si intentase averiguar por su expresión si habían experimentado lo mismo. Un fuerte pinchazo le atravesó el pecho, una estocada invisible que le atravesó el corazón, y vio como Sabele llevaba su mano derecha a su pecho izquierdo. No sabía qué estaba pasando, pero no le hacía ni pizca de gracia. A la punzada le siguió un ardor en la mano similar a una quemadura solar y, tras unos segundos, desapareció, devolviéndole a la normalidad. O eso creyó él. Parecía mentira que aún no hubiese aprendido a no anticiparse a los caprichos de la magia.

—¿Estás bien? —preguntó Luc.

—No... no sé... supongo. —Sabele se examinó de pies a cabeza—. ¿Tú?

Luc asintió. ¿Se lo parecía o a él o estaban en mitad de un silencio incómodo? Habían pasado de cien a cero en cinco segundos, de estar completamente compenetrados en busca de más a no saber ni qué decirse, de que sus pieles no pudiesen distinguirse a estar a mil kilómetros de distancia el uno del otro.

—Yo... sigo enfadada. —Sabele le miró desafiante y, por algún motivo, el gesto no hizo más que ablandarle el corazón.

—Avísame cuando se te vuelva a pasar. —Bajó la vista para que no viese que estaba sonriendo.

—En tus sueños. Ha debido de ser cosa de Lugnasad. Lo siento por ti, pero no volverá a ocurrir.

—No sé qué es eso de Lugnasad, pero tienes que admitir que no ha estado nada mal. —Sabele puso los ojos en blanco.

—Venga, si no hubiese sido por ese pinchazo en el pecho... —La frase quedó suspendida en el aire cuando Luc alzó la mano y encontró enredada en torno a su muñeca una luminosa luz con la forma de una cinta—. Vale... esto es raro. —Siguió la extensa cinta con la mirada hasta encontrar el otro extremo en la muñeca de Sabele, que la observaba con los ojos abiertos de par en par y una expresión de pánico en los ojos.

—No. No... No, no, no, no —dijo a la vez que probaba a alzar la mano para alejarla de él. La distancia de la cinta que les unía dependía de la que les separaba.

—¿Qué? ¿Qué es? ¿Vamos a morir? —Si es que en el fondo sabía que no era buena idea pasearse por el bosque de noche...

Sabele negó con la cabeza para después mirarle compungida. No es el gesto que uno quiere ver en alguien a quien acaba de besar.

—Peor aún. Nos hemos casado.

La quietud se instaló en el bosque, como si hasta los propios árboles les hubiesen abandonado para no tener que ser testigos de la bochornosa situación. Luc entornó los ojos, incrédulo.

—¿Cómo que casados?

Miró fijamente a Sabele en busca de algún indicio de que pudiese estar bromeando.

—Casados. Durante un año y un día —explicó Sabele mientras se cruzaba de brazos.

—Un año y un día —repitió escéptico—. Claro que sí... —«Vale, o actúa muy bien o... no tiene cara de estar bromeando».

—Deja de mirarme como si estuviese loca. Nos hemos... Estábamos... durante el apogeo de Lugnasad.

—¿Es ese «Lugnasad» algún tipo de químico de diseño? —dijo poniendo entre comillas con los dedos el término que, a su juicio, parecía una palabra inventada.

—Por el poder de Morgana. Un año y un día casada *contigo*. —Sabele se llevó literalmente las manos a la cabeza. «Ehhhh... ¿vale?». Seguía creyendo que eso del «matrimonio» tenía que ser una ida de olla de la bruja, pero le gustaba pensar que, si algún día le daba por casarse (como estrella de *rock* tendría que hacerlo un par de veces, incluyendo algún que otro divorcio exprés en Las Vegas a las doce horas de la boda), la otra persona se sentiría complacida.

—No —siguió diciendo Sabele—. Lugnasad es una festividad mágica que acaba de unir nuestras almas, ¿sabes lo que eso significa? —Señaló la cinta de su muñeca—. Si te duele algo, lo sabré. Si te emborrachas, lo sabré. Si enfermas, si ríes, si tienes un mal sueño, lo sabré. —Todas las cosas que no quería que Sabele supiese que hacía bastante a menudo acudieron a su mente como si las hubiera llamado a formar fila—. Cada vez que experimentes cualquier emoción intensa estarás compartiéndola conmigo, y viceversa.

—Bueno, pues firmamos los papeles del divorcio y ya está. —Se encogió de hombros.

—¿Crees que estaría tan enfadada si fuese tan sencillo? —Se recorrió el cuello con las manos, exasperada.

—Alguna forma habrá.

—¿Desde cuándo eres tan optimista?

—Yo qué sé, ¿la sobriedad? —O tal vez que, en el fondo, la idea de estar conectado a ella no le parecía tan terrible. Era la excusa perfecta para pasar el suficiente tiempo a su lado para demostrarle que podía no ser un idiota integral. Aunque... por otra parte, si tenía acceso a sus pensamientos y sentimientos más profundos... ¿cómo estar seguro de que no iba a disgustarle lo que viese? Uf... Tal vez la tipa del cuadro tenía razón y no había sido buena idea escribirle una canción. ¿Qué le había dicho? No sé qué del poder del arte. ¿Era posible que supiese lo que iba a pasar? Si conocía los efectos que podía tener la canción, tal vez también supiese cómo deshacerlos.

—Tengo una idea —anunció, orgulloso de sí mismo. Sabele suspiró.
—Que la Diosa nos dé fuerza y nos guíe.



Las manos le temblaban y apenas lograba articular palabra desde que había vuelto en sí, pero no comprendió del todo la gravedad de lo ocurrido hasta que vio la expresión de José y la sombra que oscureció su mirada al ver el cuerpo sin vida del joven nigromante. Su malestar era la confirmación de que la pesadilla era real.

—¿Cómo ha sucedido? —preguntó, agachándose junto al cadáver. Le tomó el pulso como si no fuera evidente, por la palidez violácea de su piel y la rigidez de sus miembros, que estaba muerto.

—Yo... Me atacó. Solo intentaba defenderme —dijo Cal con un nudo en la garganta.

—¿Cómo? —José alzó la vista hacia él, suspicaz.

«Sospecha algo», pensó mientras se esforzaba por mantenerla compostura.

Cuando el efecto de las tres pastillas que tomó de golpe acallaron por fin la insistente Voz, que se resistió con más ímpetu que nunca, lo primero

que hizo fue coger su móvil y darse cuenta de que no tenía a nadie a quien llamar. La primera persona a la que solía acudir era Sabele, pero no se encontraba en la ciudad y, si lo hubiese estado, lo último que quería era que ella supiese lo que había ocurrido. «Que has matado a un crío». Sintió una arcada.

Decidió llamar a José porque era el único que había intentado ayudarle durante los últimos meses, pero seguía prefiriendo que nadie supiese que había recuperado sus poderes, y mucho menos que habían venido acompañados de una energía oscura que no sabía controlar.

—A... ¿A qué te refieres? —preguntó a pesar de saberlo a la perfección.

—¿Le has golpeado? No veo sangre por ningún sitio, y tampoco hematomas.

—Le di en la nuca —mintió.

José frunció el ceño. No parecía del todo convencido. Aun así, acabó por asentir. Cal supuso que había optado por convencerse de lo que le era más conveniente creer, como hacía casi todo el mundo, aunque se tratase de algo imposible como que hubiese derrotado a un nigromante sin recurrir al poder de las sombras.

—¿Qué crees que debería hacer?

«Perseguir a los responsables y desangrarlos como a cerdos», dijo la Voz en su cabeza en un susurro.

«No. Otra vez no. Es demasiado pronto», se lamentó. Solo había pasado media hora desde que las pastillas comenzaron a surtir efecto, y la dosis superaba con creces lo recomendable para su salud.

—Por ahora, ser discretos. No nos conviene que sepan que han fallado. Tal vez sería buena idea que te marchases de viaje unos días hasta que averigüemos qué ha ocurrido.

«¿Un viaje? Vaya, vaya. ¿Por qué el viejo iba a querer alejarte de tu puesto?», dijo la Voz de forma maliciosa.

—No puedo irme. Mañana es la ceremonia de elección de la nueva Dama del aquelarre y el martes me reúno con la elegida para negociar el contrato.

—Yo lo atenderé —se ofreció voluntario.

«Qué sospechoso, ¿no crees? Casi suena como si no quisiera que te encargases tú. ¿Qué saca él de todo esto? Solo pretende engañarte, usarte, igual que todos, igual que Fausto, igual que tu padre, igual que Sabele».

Cal se llevó las manos a la sien, dolorido.

—No. Para bien o para mal, yo soy el responsable. Debo acudir en persona o las brujas se lo tomarán como una ofensa.

José suspiró.

—Yo te doy mi opinión. Tú decides si la tomas o la dejas. Pero si saben que has sobrevivido y que habrá represalias, solo lograremos que se pongan nerviosos y hagan una insensatez. Eso no suele favorecer a nadie. —Examinó de nuevo el cuerpo de su víctima, esta vez girándolo para examinar su rostro—. Su padre estará devastado cuando se entere, era solo un crío, su único hijo...

«Un asesino».

—Un asesino. —Las palabras escaparon de la boca de Cal, pero, aunque no fuesen del todo suyas, las sentía en sus entrañas. La rabia. El odio.

—Le han utilizado. —José negó con la cabeza—. Era un chico pacífico.

—Que no dudó en intentar asesinar a un hombre indefenso. —La culpabilidad que había sentido hacía solo unos minutos fue desapareciendo, engullida por la ira.

—No tan indefenso, viendo los resultados. —José se incorporó y caminó hacia Cal, se detuvo a solo un par de pasos de él—. Al menos mantente al margen hasta mañana para que mi gente de confianza tenga tiempo de investigar quién está detrás de esto.

«¿Quiénes son esos hombres de confianza?», dijo la Voz, que cada vez hablaba más alto en su cabeza. «¿Por qué él tiene hombres de confianza y tú no? No olvides quién es el líder».

—Sé quiénes son los responsables. Abel y los suyos nunca estuvieron a favor del nuevo Tratado de Paz. Harían lo que fuese por evitar su firma. —«Y que yo siga siendo el líder de la hermandad».

—Puede que sí, o puede que no. Este chico ni siquiera estaba en las Juventudes antes de que se disolviesen.

«Miente. Cree que eres débil. Quiere aprovecharse».

«No... no sabes lo que dices».

«Mírale a los ojos. Nos tiene miedo». Cal obedeció y supo que estaba en lo cierto. José parecía haber intuido la esencia oscura en su interior y permanecía a una distancia prudencial. Se movía y hablaba con cautela, como quien observa a un perro hambriento al que pretende alimentar sin saber si tiene o no la rabia. Sin saber si se dejará acariciar o se decantará por atacar. «No sería la primera vez que alguien se aprovecha de tu ingenuidad». Sintió una punzada de dolor al revivir por un momento la impotencia e incredulidad que había sentido en aquella nave industrial, cuando Fausto le había arrebatado la vida a esa pobre bruja aun sabiendo que la maldición se cerniría sobre él. «¿Vas a cometer el mismo error dos veces?».

—Creo... creo que necesito estar solo.

José asintió con la cabeza.

—Pero no te quedes aquí. Vete a dormir, ¿de acuerdo? Yo me encargo de todo. —Le posó la mano en el hombro, paternal, solo una milésima de segundo.

Cal asintió.

«Cobarde. Ingenuo. ¿De verdad vas a confiar en él? Luego no digas que no te lo advertí. Es un mentiroso».

«Cállate. Ya has hecho bastante por hoy». Logró reunir las fuerzas necesarias para salir del ático antes de que la Voz le arrebatase de nuevo la cordura.

«Oh, no, Caleb, yo solo te he guiado, el resto lo has hecho tú solito».

No quería escuchar, no quería enfrentarse a la verdad. Era más de lo que podía soportar.



Tení a que ser racional, analizar la situación desde un punto de vista calmado y sensato. No era el fin del mundo. Cada día se producían accidentes mil veces peores que una boda no intencionada (aunque, como decía Jimena, si ignoras tus problemas porque otros son más desdichados, tampoco podrás disfrutar de tu felicidad porque otros gozan de mayor fortuna que tú). Ninguno de los dos estaba conforme con la situación, así que solo era cuestión de encontrar una solución.

Todo esto, claro, se lo decía su faceta más sensata. El resto de las voces en su cabeza y de sus órganos vitales tenían una opinión muy diferente al respecto.

—Bueno, ¿qué te parece, mi señora esposa? —preguntó Luc, que acaba de exponerle su «idea», que era ni más ni menos que confiar en que el misterioso mensaje de una pintura parlante era una especie de presagio y que tal vez, si la mujer del cuadro sabía que iba a ocurrir, también podría decirles cómo solucionarlo. Sabelle adoptó una postura suspicaz. Dudaba

que hubiese una forma de romper sus nupcias. El matrimonio era uno de los sacramentos de las brujas. Aunque no se trataba del ritual más frecuente, era igual de poderoso que todos los demás.

—Es casi la una de la mañana —dijo consultando su móvil— y no hay cobertura, así que no podemos usar Uber ni nada parecido hasta que no estemos cerca de la ciudad.

—Ya, bueno, ¿y? —Luc se encogió de hombros.

—Que no sé si merece la pena... —Tenía que estar en el aeropuerto a las ocho de la mañana para coger el avión de regreso a Madrid. Lo último que le apetecía era merodear por una autopista escocesa para nada.

—La noche es joven, podemos hacer autostop. Será una historia graciosa que contar a nuestros nietos. —Luc alzó las cejas fugazmente, retándola a responder a su provocación.

—No bromees con eso. —No sabía si llegaría a tener nietos, o hijos, sin ir más lejos, pero estaba convencida de que, si lo hiciese, Luc no estaría en la ecuación.

—¿Por qué? Que, por cierto, ya que resulta que estamos casados... ¿qué te parece si vienes a casa el domingo para comer con mi familia? Seguro que a mi madre le encantará conocerte...

Sabele le sostuvo una mirada, consciente de que sus cejas estaban a punto de fusionarse y de que su frente tenía que estar distorsionada de tanto fruncirlas. Desde luego, Luc sabía cómo sacar lo peor de ella y cómo llevarla hasta los límites de su paciencia.

—Para.

—¿Por qué? Si no te importa que estemos casados durante un año, mejor hacerlo en condiciones, ¿no? —preguntó. De nuevo, aquella expresión desafiante. Dijese lo que dijese, iba a convertirlo en un nuevo revés, y Sabele no tenía ganas de jugar.

—Está bien. Vamos a la dichosa tienda a perder el tiempo —cedió al fin. «Si lo llego a saber me quedo en Malasaña», pensó. Claro que no hubiese servido de nada, ¿verdad? Fuera adonde fuese, aquel estúpido romance sin pasión ni lógica (y aún menos futuro) iba a seguirles allá adonde intentasen huir, como una retorcida profecía griega.

—Tus deseos son órdenes para mí. —Luc le dedicó una media sonrisa

fugaz; un cuarto de sonrisa, más bien... y siendo optimistas. Lo que, en su caso, eran palabras mayores.

—Vamos. —Sabele echó a andar hacia el interior del bosque siguiendo el ruido de los tambores y las luces en la distancia—. Acabemos con esto cuanto antes.

Le hubiese gustado creer que el escueto plan de Luc podía funcionar, pero tenía el presentimiento de que cuanto más forcejeasen con el universo, más se encargaría este de enredar sus caminos. Por un instante tuvo la tentación de dejarse llevar. A veces le hubiese gustado ser un poco más como su tía y... bueno, un poco menos como ella misma.

—¿Sabes lo peor de todo? —dijo Luc tras un rato de silenciosa caminata.

—Sorpréndeme.

—Que he tenido un matrimonio loco a lo *celebrity* y ni siquiera se lo puedo contar a la prensa. Con algo como esto podría empezar a chupar páginas y vídeos de canales de cotilleos.

Suponía que era mucho pedir que le diese una respuesta seria, pero al menos había cumplido la parte de sorprenderla.

—¿«Músico anónimo se casa por accidente con una conocida *youtuber* después de componerle una canción»? —propuso Sabele, y Luc resopló.

—Cuidado, Kendall Jenner, no sabía yo que fueses tan famosa.

—Kendall Jenner no es *youtuber*.

—Lo que sea, la cuestión es... ¿qué te hace pensar que la canción es sobre ti?

Esta vez fue Sabele quien se mostró ofendida.

—¿*Magical Girl*? ¿En serio?

Luc se encogió de hombros y alzó las manos en el aire.

—Es una figura retórica. Podría ser sobre cualquiera.

—Obviamente. —Por un instante estuvo tentada a negar con la cabeza y dejarlo estar, pero no. De eso nada. Si no le quedaba otra que aguantar un vínculo espiritual conectándoles durante trescientos sesenta y cinco días, se iban a tener que dejar de tonterías—. ¿Por qué no puedes hablar claro? ¿Es una incapacidad física, un trauma de infancia?

Lucas se detuvo y la miró confuso.

—¿De qué hablas?

Ambos se estudiaron durante lo que pareció una eternidad.

—Bueno, siempre parece que vas a comportarte como una persona normal y de pronto... nada. Por cada paso adelante que das, cuentas dos hacia atrás. Es... confuso. —A medida que intentaba explicarse se daba cuenta de que en realidad Luc sí hablaba claro, quizá demasiado. El problema era que sus actos y lo que decía rara vez concordaban.

—¿Confuso? ¿Yo? ¿Yo soy quien genera confusión? —Se llevó las manos a la cintura y miró hacia todas partes menos hacia ella—. ¿Por qué no hablamos de lo que haces tú? Primero huyes de mí, luego me besas, después no soportas tenerme cerca... ¿Qué se supone que tengo que sacar de eso?

Sabele vaciló y él aprovechó el instante de duda para dar un paso hacia ella y extender los brazos en un gesto de rendición.

—Dime, ¿qué quieres que haga?

El lazo que les unía le transmitió una fuerte agitación. Impotencia, rabia, dolor, pero también un incontenible y lacerante deseo que la aturdió y la paralizó de pies a cabeza.

—Estaba... estaba bajo los efectos de Lugnasad.

Y esta vez, Luc sí dio un paso atrás. El lazo se enfrió hasta casi congelarse.

—Entiendo —dijo, cabizbajo.

No. No lo entendía. No entendía nada. ¿Que qué quería que hiciese? Quería que le demostrase que no le daba igual. Que le importaba lo suficiente como para quedar con ella a tomar una cerveza de vez en cuando. Que pensaba en ella cuando veía cosas que le recordaban a algo que le contó hacía semanas. Que había escuchado a los grupos y visto las películas que sabía que le gustaban solo para intentar estar más cerca de ella. Quería saber si hacía todas esas cosas extrañas que ella no conseguía evitar por más que lo intentase. El problema era que no se sentía capaz de decirlo en voz alta. «Esto es ridículo».

—Luc, escucha... —Un movimiento entre los arbustos la interrumpió.

—¿Qué es eso?

Escuchó unas voces aproximándose y, para cuando quiso darse cuenta,

tenía dos ojos negros justo delante. Ella gritó del susto. Ame gritó del susto. Matt gritó, asustado por sus gritos. Y Luc les miró a todos con un gesto condescendiente.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Sabele cuando su corazón volvió a latir a un ritmo normal.

—¡Buscarte! Matt se ha ofrecido a acercarnos al hotel en su coche. — De pronto, Ame sonrió de oreja a oreja. Miró hacia Luc, y después a ella—. Hola, Luc.

—Ey —saludó él.

—Tienes una mancha de pintalabios rojo —dijo señalando el lateral de su propia barbilla— justo aquí.

Luc se apresuró a limpiarse con el dorso de la mano.

Sabele sintió que sus mejillas se tornaban carmesí ante la sonrisa acusatoria y divertida de su amiga. Al menos era un alivio que solo las personas que compartían el lazo del Handfasting pudiesen verlo.

—¿No eres uno de los teloneros de Damsel Under Stress, el cantante?

Luc asintió con un gesto de fingida indiferencia. Sabele resopló, a esas alturas le conocía lo suficiente para saber que por dentro estaba derritiéndose de placer al sentirse reconocido.

—Personalmente, yo me veo más como un guitarrista, pero sí.

—Vaya, pues enhorabuena, habéis hecho un gran trabajo. —Luc asintió como si ya lo supiese y no necesitase que nadie se lo repitiese—. ¿De qué os conocéis? —dijo señalando a Sabele.

—Es una larga histo... —comenzó a decir Sabele.

—Sabele es la chica de la canción. —Se apresuró a añadir Ame, y Matt la miró con una sonrisilla maquiavélica que recordaba mucho a la de la propia Ame.

—¡Vaya! Bueno, sentimos haberos interrumpido, lo del viaje en coche es optativo, claro. Podemos irnos por donde hemos venido.

—No interrumpís nada —aclaró Sabele—. De hecho... nos vendría muy bien que nos acercaseis a la ciudad —suspiró. Por fin un poco de suerte. No todo podían ser meteduras de pata.

—De acuerdo. Pero no os sintáis incómodos, lo que os ha sucedido es mucho más frecuente de lo que podáis pensar. No todo el mundo tiene el

autocontrol suficiente para resistirse a la magia de Lugnasad. Mientras no os hayáis casado por accidente... —Matt se echó a reír, deteniéndose al ver las expresiones lúgubres en sus rostros—. Oh... entiendo. —Ame reaccionó con una exclamación sostenida y se cubrió la boca con las manos—. Hmmm, ¿felicidades?

—Gracias —respondieron Sabele y Luc al unísono sin un ápice de alegría en sus voces.

«Deja de mirarme con esa cara de satisfacción», quiso decirle a Ame. Seguramente su amiga podría leer sus pensamientos en su mirada, pero no le importaba. Se había salido con la suya. «Malditas seáis tú y tu estirpe de casamenteras». Al menos alguien era feliz con la situación.



Tal y como Sabele había vaticinado, las persianas metálicas de *The Lady in the Woods* estaban cerradas a cal y canto. —Pues nada. Parece que no va a poder ser— dijo Ame con una pena tan falsa que ni siquiera era fingida. Demostraba más ganas por que el matrimonio saliese adelante que cualquiera de los involucrados.

—No tan deprisa. —Sabele se agachó junto al candado, susurró unas cuantas palabras que Luc no pudo oír y, con un clic y un brillo dorado, la cadena que unía las dos mitades de las persianas cayó al suelo y solo tuvieron que tirar de ellas para poder entrar en el interior de la tienda mágica.

—¿Alohomora? —sugirió, ganándose una mirada de odio de su *querida* esposa.

En el mismo momento en el que Sabele, al frente de la expedición de allanamiento de morada, pisaba el suelo de parqué desgastado, las mechas

de las velas se prendieron por voluntad propia y alumbraron la parte delantera de la tienda.

—Intuía que volveríamos a vernos —dijo una voz en inglés desde la pared—, pero no creí que fuese a ser tan pronto.

Luc se giró para contemplar el cuadro, que le miraba con una mezcla de desasosiego y resignación.

—Cosas de la vida. —Se encogió de hombros.

—Desoíste mis advertencias, ¿no es así?

Sabele frunció los labios en una mueca de reproche. Quizá fuese cosa del vínculo, o el hecho de que empezaba a reconocer todos y cada uno de sus gestos de enfado, pero creyó oír los pensamientos de la bruja diciéndole «¿Qué advertencia, Lucas?».

Decidió que no sería cauto por su parte admitir que su consejo solo había conseguido alentarle a hacer todo lo contrario.

—Mi nombre es Sabele, del clan Yeats. —Dio un paso adelante—. Mi... colega —escogió cuidadosamente el término. ¿Qué pasaba? ¿Le daba vergüenza admitir que era su *marido*?— tiene la ridícula idea de que puedes ayudarnos a deshacer un hechizo ancestral de gran poder.

La mujer del cuadro sonrió.

—Oh, no. No sería capaz de hacer nada contra la magia de la luna. —Negó con la cabeza—. Solo soy un cuadro. —Sabele ladeó la cabeza hacia él a modo de «te lo dije»—. Pero sé quién *sí* puede. —Esta vez fue Lucas quien se giró hacia ella con una expresión de satisfacción. Ella respondió frunciendo los labios y ladeando la cabeza de un lado a otro—. Aunque necesitare que me hagáis un pequeño favor a cambio. —«Vaya, no podía ser tan sencillo, ¿verdad?».

Sabele negó con la cabeza.

—Ni hablar, tenemos que coger un vuelo en seis horas. No voy a volver a participar en jueguecitos extraños otra vez. Ya he aprendido la lección. Ame, nos vamos —dijo girándose hacia su amiga.

—Me parece bien, vayámonos —dijo Ame.

Luc estuvo a punto de soltarle alguna bordería del estilo de «¿Y a ti quién te ha preguntado?», pero cuando vio la ilusión en sus grandes ojos inocentes, el mal humor se esfumó. No podía ser un cretino con una persona

tan amable. Además, a veces tenía la sensación de que Ame era la única persona fuera de su banda que tenía un poco de confianza en él. Nadie más habría dado un céntimo por su relación con Sabele, ni siquiera él mismo.

—¡No! —se apresuró a decir la mujer del cuadro. Luc estuvo convencido de que, si hubiese podido avanzar hacia delante o hacia atrás, habría corrido hacia ellos para detenerles—. No —dijo, esta vez más calmada, plenamente consciente de las miradas que había puestas en ella, y se dirigió solo a Sabele cuando habló de nuevo—: Por favor, antes de tomar una decisión, escucha mi historia. —Sabele miró hacia la salida y después hacia la mujer—. Por favor... Si después de saber cómo he llegado hasta aquí decidís no ayudarme, lo aceptaré, pero como bruja, te suplico que me des una oportunidad.

—¿Bruja? ¿Eres una persona...? ¿Eres real? —preguntó Sabele, boquiabierta. Le alegraba comprobar que no era el único que estaba flipando, para variar.

La mujer sonrió apenada y se sentó sobre una roca junto a los árboles de su escenario.

—Muchos creen que solo soy un dibujo embrujado. Lo comprendo, es un error común —suspiró—. Pero yo solía ser de carne y hueso, tan viva y joven como tú.

—¿Qué pasó? —dijo Ame, aproximándose a ella.

—No estoy segura de cuánto tiempo ha transcurrido, las horas y los días se difuminan aquí dentro, pero recuerdo qué año era entonces. Mil ochocientos cincuenta y ocho, una época dura para el país, pero el aquelarre siempre había estado unido para sobrevivir a la política de los corrientes, así que a mí no me faltaba de nada. Supongo que por eso llamé la atención de un corriente como él. Yo era una joven sana, robusta, de «cabellos en llamas», como él los llamaba. —Sonrió con tristeza—. Era un artista... un pintor. Seguidor apasionado de los prerrafaelitas. Viajó a Escocia desde Londres en busca de inspiración para sus cuadros y, según él, encontró a su musa. —Extendió sus manos para señalarse a sí misma, había algo de orgullo en su voz—. Todas mis hermanas me advirtieron que nunca funcionaría, pero yo no quise escucharlas. En el fondo sabía que tenían razón —sonrió, perdida en a saber qué viejos recuerdos—, pero nos

divertíamos tanto...

»Me encantaba sentirme adorada. Ahora sé que él nunca me vio como una persona real. Solo era una idea, su obra maestra. —Señaló a su alrededor—. Cuando me percaté de que detrás de su devoción no había nada más que el delirio de un artista... ya era tarde. Él emprendió la marcha hacia el norte y, aunque me prometió volver en unas semanas, nunca regresó. Conté cada hora que pasó desde su marcha, hasta que una mañana me desperté convertida en una de las obras para las que había posado. Las hadas le encontraron, estoy segura de ello. Este solo puede ser uno de sus trucos. No sé qué le prometieron a cambio, o de qué forma le amenazaron, pero yo... yo me convertí en el arte que él veía cuando me miraba.

—Por Morgana —susurró Sabele, conmovida—. Eso es terrible, pero ¿qué tiene que ver con nosotros?

—Las mismas hadas que me encadenaron dentro de este lienzo tienen el poder para liberaros de la magia de la Diosa.

—Hadas —repitió Luc, resignado. Fantasma, espectros, nigromantes, brujas, fuerzas demoníacas de dimensiones alternativas. Claro, lo único que faltaban eran hadas. Cómo no.

—Hadas. El pueblo que habita en el reino de Sidhe, la gente hermosa. En estas tierras se las venera y teme a partes iguales. Su magia es poderosa, aunque no se mezclen con mortales. Sé que hay una entrada a su corte en la isla de Skye. Al menos fue allí adonde él se marchó en busca de paisajes para sus obras.

—¿Por qué nos cuentas esto? —preguntó Luc—. Ya no tenemos por qué ayudarte, nos has dado la información que necesitábamos.

La bruja atrapada en el lienzo le miró con ternura y Luc sintió un nudo en la garganta. Sabele gruñó y dio una vuelta por la sala, frustrada. Luc había oído en numerosas ocasiones su discursito de «las mujeres nos tenemos que ayudar entre nosotras», así que se imaginaba el dilema que estaba teniendo lugar entre obedecer a su conciencia o ser práctica.

—Pero lo haremos —dijo Matt ante la mirada de incredulidad de Luc—. Es lo correcto.

—De acuerdo, Superman... —masculló Luc para sí mismo. «¿De dónde ha salido este tío?».

—Mis tíos viven en Inverness. Podríamos llenar el depósito de mi coche e ir desde allí. Solo tardaríamos unas horas —dijo Matt, incrementando el nerviosismo de Sabele. Ame le miró con admiración.

—Está bien. Supongamos —dijo Sabele al fin—, y solo supongamos, que aceptamos viajar a Skye y buscar la... guarida de las hadas. ¿Qué tendríamos que hacer para ayudarte?

La mujer vaciló durante un instante, como si supiese cómo iba a sonar lo que estaba a punto de decir. Bajó la mirada, en un gesto de culpabilidad.

—Liberarle de la corte de Sidhe para que cualquiera que sea el trato que aceptó se deshaga.

—Me temo que eso es imposible —intervino de nuevo Matt con su suave acento escocés—. Las hadas no liberan a nadie. Nunca. Si te atrapan, estás perdido, condenado a pasar toda la eternidad en su corte. Más aún si han hecho algún tipo de trato con él. Es lo que nos enseñaban de niños y jamás he sabido de un caso en que ocurriese lo contrario.

—Salvo Lancelot —intervino Ame, que se sonrojó al convertirse en el blanco de todas las miradas.

—Sí, pero eso es... es distinto —dijo Matt, que parecía sorprendido por no ser el único que conocía los secretos de las antiguas Caledonia y Britania—. Lancelot era un protegido de las hadas, no su prisionero.

—Sea como sea —dijo la bruja en el cuadro—, no perdéis nada por intentarlo. Si no lo conseguís, basta con que le digáis a William que su vieja amiga Shannon le envía saludos. Si no podéis salvarme a mí, aseguraos al menos de que él se encuentra bien.

—Shannon... —El nombre se escapó de entre sus labios en un susurro y agradeció que nadie le escuchase. *Shannon*. La mujer de los cabellos en llamas. Podía entender qué había visto en ella un corriente. Incluso él, que conocía la magia y la evitaba con todas sus fuerzas, sentía aquella irremediable atracción por la fuerza y el misterio que emanaba de las brujas.

Sabele se mordió el labio.

—No tenéis por qué veros envueltos en esto —dijo mirando a Ame y a Matt—. Si las hadas son tan traicioneras como sugiere su fama... será peligroso.

—Creo que ya hemos tenido esta conversación alguna vez —replicó

Ame—, y sí tenemos por qué. Aunque sí que suena arriesgado... —Miró al escocés con preocupación.

—Ni se te ocurra pensarlo. Las amigas de mis amigas son mis amigas —dijo Matt, tajante—. Además, me he pasado toda mi vida estudiando cómo emplear la magia para salvar vidas, sería un hipócrita si le diese la espalda a Shannon. En cierta forma, su caso podría considerarse una... anomalía médica.

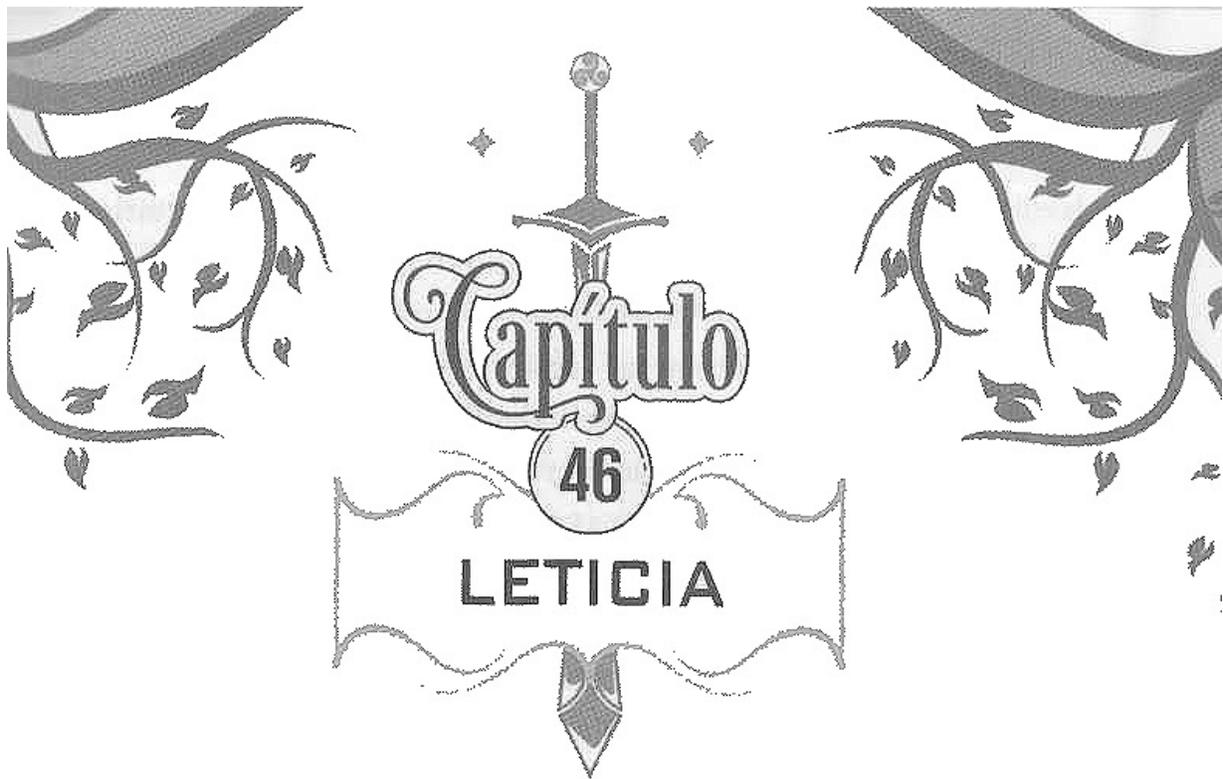
Sabele suspiró.

—Pues entonces está decidido. Nos vamos a las Highlands.

—¿Nadie va a pedir mi opinión? —Cuatro pares de ojos escrutaron a Luc de pies a cabeza.

—Desde luego —dijo Sabele—, tienes un don para saber cómo arruinar un momento. —Negó con la cabeza y rio para sí misma.

Luc tendría mucho tiempo por delante para intentar desentrañar qué significaba aquella risa. A lo mejor su hermana tenía razón cuando le regañaba diciéndole que no se enteraba de nada.



La alarma sonó a las seis y media, después de un aburrido domingo que había invertido en revisar decenas de horas de grabación sin dar con una sola pista. A pesar de su agotamiento, saltó de la cama preparada para volver a la acción. Se vistió con su sobrio traje azul marino y se calzó sus zapatos negros estilo Oxford a modo de armadura. Había empezado la mañana con un café para llevar aguado y unas cuantas visitas a brujas de los bajos fondos en busca de pistas sobre las Lozano, algo que la condujese hasta el agua bendita robada y que la ayudase a relacionar ambos casos. A eso de las once, puso rumbo a la comisaría para comprobar si alguno de sus compañeros de equipo había averiguado algo útil.

Solo al cruzar las puertas metálicas que guardaban el principal bastión de la Guardia en España recordó que no era un lunes cualquiera. En el palacete de Castellana, el inicio de la semana podía resumirse con el sonido del ruido blanco que invadía cada una de sus estancias. Todo el mundo se

esforzaba por hacer y hablar lo mínimo posible. En cambio, aquella mañana el ir y venir era continuo y los corrillos de cuchicheos se oían por doquier.

Leticia iba a acercarse a Patricia y Mateo para preguntarles qué demonios estaba ocurriendo cuando lo comprendió todo por sí misma.

Le bastó con verla bajar las escaleras junto a su jefe para saber quién era. La famosa «Griega». La delataban su actitud dominante y la forma en que José Antonio Herrera la seguía de cerca con su mejor cara de «aquí me tiene para servirle». Los ojos de la mujer recorrieron el rellano y los corrillos se deshicieron automáticamente mientras todos se apresuraban a fingir que estaban muy atareados. La mujer no era del todo como Leticia se la había imaginado. Tenía el carácter, sí, esa fuerza visceral que a veces hacía falta para llegar alto siendo una mujer en un mundo de hombres, pero era mucho más joven de lo que hubiese esperado. A pesar de no aparentar mucho más de treinta años, había llegado a un puesto de calibre internacional. Aunque Leticia se sentía mucho más cómoda en las calles que en la política y la burocracia, sintió admiración.

—¡Señorita Fonseca! —exclamó su jefe al verla, quien solía dirigirse a ella con un seco «Fonseca». Leticia arqueó una ceja al oír la palabra «señorita». José Antonio caminó hacia ella con pasos tan acelerados como se lo permitía su cuerpo, acostumbrado al sedentarismo extremo, pero la mirada de Leticia estaba puesta en la Griega, en la forma que tenía de moverse con una elegancia animal, casi salvaje, que le resultó familiar de una manera que no sabría explicar.

—Así que esta es la joven insurgente —dijo al detenerse frente a ella, con un perfecto acento español.

—Sí, quiero decir... no. Quiero decir... —Su jefe balbuceó hasta que la mujer le hizo callar con un gesto.

—En Europa están muy preocupados. Les interesaría saber por qué hay agentes que actúan impunemente por su cuenta en lugar de seguir las vías oficiales.

Leticia la fulminó con la mirada. ¿Es que en Europa no tenían preocupaciones más graves que la forma en que ella había evitado la muerte de una persona y delatado a los verdaderos culpables de un delito?

—Bueno, eh... —continuó chapurreando su jefe. Leticia supo que no

iba a dar la cara por ella. No podía, o, más bien, no *quería* decir la verdad: que si había ignorado el protocolo fue porque ni él ni ninguno de sus superiores había querido escucharla cuando les advirtió que estaba sucediendo algo extraño.

—Si uno actúa en mitad de la acción, a veces tiene que tomar decisiones en lugar de pedir permiso —dijo, desafiante. Tras una tensa pausa, la Griega sonrió. Una de esas sonrisas peligrosas. Había algo en aquella mujer que la inquietaba, que le provocaba un urgente deseo de alejarse de ella tanto como pudiera.

—Permítame que le acompañe a la salida —intervino Herrera de pronto, incapaz de soportar un segundo más la tensión. No sentía ningún apego hacia él, pero Leticia podía comprenderlo perfectamente. Cinco minutos ante ella habían sido suficientes para provocarle escalofríos.

—Aún no —dijo ella, y sus deseos se hicieron órdenes en sus labios—. En Europa quieren asegurarse de que las medidas carcelarias son adecuadas.

—Puedo garantizarle que... —comenzó a decir su jefe.

—A mis superiores no les basta con sus garantías, no después de lo que ha ocurrido. Necesito verlo con mis propios ojos.

Leticia intercambió una significativa mirada con su jefe. Sí. Habían tomado medidas de sobra para asegurarse no solo de que Helena Lozano no salía de su celda, sino también para evitar que nadie pudiera entrar, por error o intencionadamente, ya fuesen curiosos o malintencionados. Todos en la Guardia estaban tan convencidos de la seguridad de sus instalaciones que habían desoído las amenazas de fuga de Helena tachándolas como desvarios. Ojalá Leticia pudiese tenerlo tan claro como ellos; dormiría mucho más tranquila por las noches.

—De... de acuerdo. Fonseca, ¿por qué no se lleva a un par de agentes para enseñarle las instalaciones a la señora Karelis?

«Claro, cómo no». Por supuesto, él no iba a correr el riesgo de bajar y poner su trasero en peligro. Leticia asintió resignada y se apresuró a buscar a sus compañeros a regañadientes. «Es que en Europa blablablá», mascullaba en su mente. Y pensar que por un momento había estado dispuesta a admirarla. Sus palabras condescendientes y el escalofrío

irracional que le recorría la espalda cuando la miraba le hicieron cambiar de opinión. No. La señora Karelis no le agradaba. «Cuanto antes acabe con esto, antes regresará a Bruselas».

Mateo y Patricia la siguieron de cerca mientras volvía al rellano donde Karelis los aguardaba junto a su jefe, que se mostraba tan altivo y huraño con sus empleados como servil con su invitada.

—Acompañen a la señora Karelis —ordenó—. Y sigan todas sus órdenes como si fuesen las mías propias.

Una sonrisilla malvada en los labios de Karelis sugirió que dudaba que eso fuese a ser suficiente para complacerla.

Leticia asintió y la guio hacia el ascensor de seguridad que conducía al sótano. Introdujo la llave en el ojo de la cerradura para activar el mecanismo que abría sus puertas. Repitió el gesto para bajar a la segunda planta.

La Griega extrajo un bloc de notas de su diminuto bolso y comenzó a escribir.

—Solo los líderes de equipos y sus superiores tenemos acceso a la planta inferior —explicó. Karelis reaccionó con una mueca y siguió tomando notas.

Las puertas se abrieron y desvelaron un angosto pasillo de hormigón velado por dos guardias armados. Leticia les mostró su placa y su identificación personal para que les permitiesen avanzar.

—Vienen conmigo —indicó, señalando al resto de la pequeña expedición. Aun así, les pidieron documentos de identificación y les apuntaron en el registro. También les hicieron atravesar un detector de metales, y uno de los guardias se aproximó a ellos con un medidor de magia. Leticia se percató de que Karelis lo miraba con recelo. «¿Acaso la famosa Griega tiene algo que esconder?».

—Aunque se realiza un control en la entrada, realizamos una segunda ronda para asegurarnos de que todo está en orden —explicó Leticia.

Karelis resopló con un ademán de superioridad, como si se sintiese ultrajada por sus explicaciones.

—Como debe ser, agente. —Fue la primera en dar un paso adelante y extender los brazos. Leticia observó atenta que el medidor permanecía en

cero. «Me lo habré imaginado», se dijo. Qué lástima que su fantasía en la que descubría que la soberbia mujer cargaba con algún objeto prohibido, desenmascarando alguna peligrosa organización criminal en la que participaba, se desvaneciese cuando el guardia anunció:

—Todo en orden.

Uno a uno se sometieron al examen, y la Griega volvió a concentrarse en su bloc de notas.

—Solo dos guardias... —dejó caer Karelis, escéptica—. ¿Tal vez subestimáis a vuestros enemigos?

—En absoluto. Hay dos en el acceso, y en función de la peligrosidad del recluso se añade vigilancia extra. Además, hay cámaras por todas partes.

Siguieron avanzando por el pasillo a lo largo del cual se distribuían pequeñas puertas con una única y estrecha abertura cubierta por cristales blindados. Ante aquellas puertas había, como mucho, un vigilante; ninguno en la mayoría de los casos. A medida que avanzaban, el número de agentes por puerta aumentaba a dos y tres a la vez que los cristales desaparecían de las puertas. Los seres en su interior eran demasiado peligrosos para ser aislados por un cristal.

—El hormigón fue fabricado con agua bendecida para anular la magia. No es cien por cien efectivo, pero suele adormilar los poderes de los presos —explicó Leticia mientras avanzaban—. El metal de las puertas se fabricó con restos de espadas fundidas del medievo, que también fueron forjadas con poderosos contrahechizos.

—Empleáis la magia para luchar contra las brujas —observó Karelis en tono interrogante.

Poco a poco se aproximaron a una escueta puerta por la que apenas cabría una persona agachada, guardada por ocho hombres y mujeres armados con balas mágicas para atravesar cualquier conjuro protector. La celda de Helena Lozano. Se le erizó la piel solo de pensarlo. Si había estado dispuesta a destruir a todos los nigromantes incluso a costa de las vidas de numerosas de sus hermanas, ¿qué no les haría a los herederos de la Inquisición, a la que tanto habían odiado sus antepasados, si quedase libre?

—Bueno, sí —dijo extrañada. ¿Acaso no hacían lo mismo en el resto de Guardias europeas?—. En realidad, hacía mucho tiempo que no era preciso

usar estas instalaciones con ninguna bruja, no desde que se firmó el Tratado de Paz. Pero, en fin, para operar en igualdad de condiciones en un entorno mágico es preciso utilizar sus herramientas.

—Creía que por aquí odiabais la magia, ¿no te parece un tanto hipócrita, inquisidora? —La Griega la perforó con una mirada desbordada de rabia. «Inquisidora».

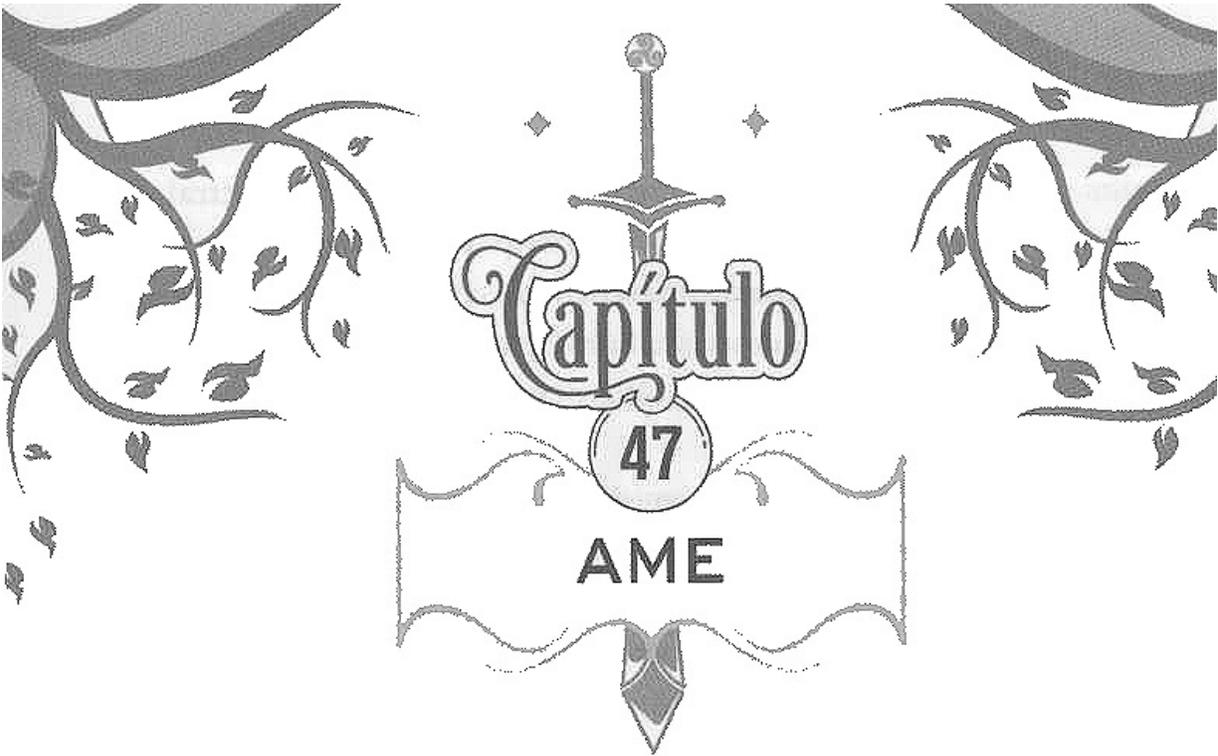
Y de pronto, todos los cabos sueltos se conectaron en su mente: su momento de duda al detenerse ante el control, el robo del agua bendita, sus extrañas acusaciones.

—¿Qué has hecho con ella? —preguntó, refiriéndose a la auténtica Karelis. No esperó a que respondiese, sino que alargó su mano hacia el cinturón en busca de su arma reglamentaria, pero Macarena Lozano fue mucho más rápida que ella.

Su tez mediterránea se transformó en una palidez espectral y su larga melena castaña en cortos mechones de pelo negro. Su rostro había colgado de todas las paredes del edificio durante semanas. Después de tanto buscarla, había sido ella quien había acudido a sus captores. Salvo que ahora, ellos eran la presa.

—¡Deten...!

Antes de que pudiera advertir a sus compañeros, una onda expansiva de calor puro y llamas la empujó contra el suelo. Sintió un fuerte impacto en la cabeza y en la espalda. Lo último que distinguió antes de perder la consciencia fueron los aullidos de dolor de los guardias y el estruendo de una explosión.



Inverness era una pequeña ciudad rodeada por ingentes cantidades de agua. El río Ness desembocaba en su puerto marítimo y partía la ciudad en dos. En su orilla podían admirarse las pequeñas casitas de dos y tres plantas que se extendían en todas direcciones, una colección de iglesias con sus respectivos cementerios y su célebre castillo, reconstruido en varias ocasiones, que se alzaba sobre una colina.

—Es precioso —dijo Ame cuando se halló en mitad de uno de los numerosos puentes que conectaban las mitades de la ciudad. Se detuvo junto a la barandilla de la construcción victoriana para sacar una foto de la brillante superficie del agua acunada por la ciudad.

—El lago Ness está a unos pocos kilómetros de distancia. Me hubiese gustado enseñártelo cuando vinieses de visita —dijo Matt, deteniéndose junto a ella—, pero supongo que así te engancharás y querrás volver.

Desvió la vista y vio como Luc, cargado con su bolsa de viaje y la funda

de su guitarra, intentaba sacarle una foto a Sabele con el móvil de la bruja, quien se había subido a la barandilla y miraba al infinito con una pose melancólica y seductora al mismo tiempo.

—Recuérdame por qué estoy haciendo esto —le oyó mascullar. Sabele estaba demasiado ocupada posando para responder—. ¡Así, así! Supernatural —dijo sarcástico—. Típica pose de estar aquí sentada en un puente como si nada. Planazo de lunes.

—Cállate —dijo Sabele entre dientes, sin perder su pose—. Qué frío hace, ¿no? —comentó una vez se hubo reunido de nuevo con Ame y Matt y después de asegurarse de que las fotos hacían justicia al enclave. La bruja vestía unos pantalones vaqueros con agujeros por todas partes y una camiseta blanca de manga larga que dejaba ver su ombligo. Se abrazó a sí misma para darse calor.

—Bienvenida a la capital de las Highlands —dijo Matt, extendiendo los brazos—. No recuerdo un solo día en el que hubiese más de dieciocho grados.

—Si pretendes que te deje mi chaqueta solo porque estamos casados, lo llevas claro. Eso es sexismo —dijo Luc, abrochándose la chupa de cuero.

—No quiero tu estúpida chaqueta. —Sabele miró hacia Matt—. Pero no me importaría pasar por una tienda de ropa.

—No te preocupes, tengo unas cuantas sudaderas en casa de mi tía que te podrían servir —dijo Matt con una sonrisa—. Siempre se me olvida alguna cuando vengo.

El escocés les guio hacia una diminuta casita a las afueras de la ciudad con un gran patio delantero de un verde que se antojaba infinito. Abrió la verja delantera y les invitó a pasar. Antes de que llegasen a la puerta de entrada, dos niñas pelirrojas se abalanzaron sobre él.

—¡Primo Matt, primo Matt! —le llamaban en un inglés cerrado que era como música celestial para los oídos de Ame.

—¡Leslie, Bonnie! ¡Por la Diosa, qué grandes estáis! ¿Habéis comido muchas espinacas como os dije? Recordad que el ácido fólico es muy bueno para el cabello.

—¡Sí, primo Matt! —exclamaron las dos niñas sin soltarse de sus piernas.

—Pero qué mentirosas sois... —bromeó.

Una mujer de mediana edad y un sano rostro sonrosado se asomó a la puerta con un bebé entre los brazos y una gran sonrisa en la cara.

—No os quedéis ahí parados. Venid, entrad. ¿Habéis comido? Estoy preparando pastel de salmón para la cena. Y una buena guarnición de verduras para la vegetariana, ¿quién es? —Sabele alzó la mano tímidamente—. Espero que te guste el *rumbledethumps* —dijo invitándoles a entrar con la mano—. Vamos, entrad, que os vais a resfriar. ¡Niñas! Dejad a vuestro primo en paz.

A pesar de su brusquedad, Ame se sintió abrumada por tanta hospitalidad. En su casa hubiesen interrogado incluso a cualquier chico desconocido que quisiese llamarla por teléfono (era una suposición hipotética. Ame jamás se había atrevido a darle su número de casa a un chico. Ni el de su móvil).

El interior de la casa de piedra gris era tradicional, pero sencillo. La mayoría de los muebles de madera parecían sacados de una tienda de antigüedades, y cada uno parecía gozar de un encanto especial, pero lo que más llamó la atención de Ame fue el pequeño comedor bañado por la tenue luz que se filtraba desde el exterior a través de unos grandes ventanales. Ame sintió un hormigueo acogedor y el impulso de acurrucarse frente al fuego al distinguir una chimenea en el salón.

—Hola, tía Susan —saludó el brujo.

—¿Cómo estás, mi amor? —Le recibió con un achuchón—. Venid, dejad vuestras cosas por aquí, que estaréis agotados. —Ayudó a Matt a quitarse la sudadera azul que llevaba puesta sobre una camisa de franela gris y la colgó con ímpetu en un perchero. Acto seguido se asomó al comedor, donde una adolescente de unos catorce años, que ocultaba parte de su rostro con su larga y frondosa melena rizada, tecleaba sin parar en la pantalla de su móvil mientras un bolígrafo se deslizaba solo sobre el papel—. Janet, ¿has acabado de estudiar? —La chica asintió sin levantar la vista del móvil. Su madre cogió los apuntes que había en la mesa y recitó un hechizo revelador del que Ame tan solo pudo captar un par de palabras. Los folios con esquemas se elevaron en el aire y se rompieron en mil pedazos.

—¡Eh! —protestó la chica.

—La magia te podrá resumir los temas, pero no va a estudiar por ti. Vamos. Vuelve a empezar.

—Ugh, ¡pero fei llevo aquí todo el día! Ya he perdido demasiado tiempo.

—Y más tiempo que vas a perder si no dejas de quejarte en vez de ponerte a estudiar. Y apaga ese maldito cacharro. —En el mismo instante en que dio la orden, el móvil se apagó y la chiquilla gruñó de nuevo.

—Disculpad —dijo dirigiéndose a sus invitados—. Tu prima está en una etapa complicadilla —le explicó a Matt—. Hemos tenido que obligarla a repetir sus exámenes en septiembre porque usó su magia para copiar en todos. No sé qué vamos a hacer con ella —dijo sin dejar de ir de aquí para allá; hizo una pequeña pausa y cogió en brazos a una de las pequeñas, Leslie o Bonnie, no estaba segura de cuál era cuál.

Ame observaba fascinada a aquella mujer. No podía parecerse menos a la figura materna con la que ella se había criado. Su madre jamás habría utilizado la magia de aquella forma tan abierta y... banal. En su cultura, la magia requería del respeto y de los rituales adecuados y nunca se empleaba a la ligera. Por otra parte, a ella jamás se le habría ocurrido comportarse como su hija adolescente. En su casa le habían enseñado que la magia debía ser empleada para servir a los demás, a sus padres, a sus hermanos, a su esposo y a la familia, pero no para satisfacer los propios deseos y caprichos, y mucho menos para hacer algo deshonesto. Quizá por todas aquellas diferencias se sentía emocionada, como una especie de Alicia en el País de las Maravillas al descubrir un mundo gobernado por una lógica alternativa.

—Pasaréis la noche aquí, ¿no? No son horas de emprender un viaje tan largo, no. Os he preparado un par de habitaciones. Chicos por un lado y chicas por otro, claro. Sé que venís de la ciudad, pero en esta casa hay que mantener un poco de decoro. —Comenzó a subir las escaleras después de volver a dejar a la niña en el suelo.

—Dios... cuánta energía —comentó Luc, que parecía sobresaturado por el exceso de amabilidad.

—Muchas gracias por todo, señora Cunningham —se apresuró a decir Sabele, antes de que Luc añadiese alguna de sus impertinencias.

—Oh, de nada, cariño. No iba a dejaros a vuestra suerte. Oh, y podéis

llamarme Susan. —La mujer recitó un breve hechizo en lo que parecía ser gaélico y sus mochilas y maletas se elevaron en el aire tras ella.

Susan se encargó de alimentarles y entretenerles durante lo que quedaba de tarde con una dedicación que rozaba lo profesional. A la hora de la cena, el señor Cunningham, un alto escocés de pelo moreno, frondosa barba y sonrisa amable, llegó a casa cargado con dos hogazas de la panadería local que regentaba. Cuando se sentaron en torno a la mesa del comedor ante un menú que podría haber alimentado a una veintena de jugadores de *rugby* hambrientos, Ame, acostumbrada a alimentarse como un pajarito, creyó que no iba a salir con vida de allí. Aunque a juzgar por las expresiones de sus compañeros, no era la única. Cuando llevaban media hora de cena, Luc había escondido entre las servilletas cerca de medio kilo de pastel de salmón y Sabele llevaba dándole vueltas cerca de diez minutos al mismo trozo de patata. El único que parecía no sentirse ni cerca de satisfecho era Matt, que se servía comida sin parar.

—Haz un huequecito para el postre, Matt.

Más de una mirada de pánico apareció ante la mención de la palabra «postre», pero ninguno pudo resistir la tentación de darle un bocado a la bandeja de *brownies* recién hechos que Susan depositó sobre la mesa.

Durante toda la cena, las niñas no habían dejado de abordarles con todo tipo de preguntas sobre sus lugares de origen y sobre cómo era allí la magia.

—Perdonadlas —dijo su madre mientras les servía helado—. Siempre se vuelven locas cuando una bruja aparece por casa.

—Yo de mayor voy a ser una bruja —dijo la más pequeña, Bonnie.

—Ya eres bruja, boba —le replicó Janet.

—No le hables así a tu hermana —le reprochó su madre con una mirada desafiante. Era increíble como aquella mujer podía pasar de derrochar el candor más absoluto a ser implacable—. Niñas... ya sabéis cómo son. ¿Tenéis alguna hermana? —En teoría la pregunta iba dirigida a todos, pero Ame tuvo la sensación de que solo la miraba a ella.

—Solo dos hermanos. —Ame jugueteó con el *brownie*. Se sentía cómoda en aquella casa, sentada en torno a esa vieja mesa de madera—. Me

hubiese gustado tener una hermana, la verdad —admitió. Así su carga se hubiese visto aliviada. Si en vez de ser la única niña hubiese sido una hermana menor, seguramente sus padres no se preocuparían tanto por controlar su vida amorosa.

—Me temo que yo tengo de sobra —dijo Matt con una amplia sonrisa—, puedo prestarte alguna, si quieres.

—Si te oyese tu madre... —le reprochó Susan.

—Tienes razón, no le desearía a nadie ser familia de Amy... —dijo, y a pesar de su regañina, Susan rio con disimulo.

Tras unos cuantos minutos en la sala de estar que pasaron charlando y jugando con las niñas (incluso Luc fue incapaz de negarse a responder a sus muchas preguntas, cuyas respuestas acabaron con Bonnie afirmando que, además de bruja, quería ser estrella de *rock* como él), Matt propuso que se marchasen a dormir, arruinando los planes de Leslie de organizar una sesión nocturna de pociones mágicas (aunque todos sus ingredientes eran imaginarios y pretendía emplear un caldero de plástico para prepararlos).

—Eso es. Todos a la cama. Vamos, jovencitas —dijo Susan. Las niñas protestaron, pero no se atrevieron a desobedecer sus órdenes.

Bonnie extendió los brazos hacia su primo y Matt la alzó en el aire. Una vez en sus brazos, la niña le susurró algo al oído que hizo que Matt riese.

—No. Por ahora no. Venga, gamberrilla. Hazle caso a tu madre y vete a dormir. —Volvió a dejarla en el suelo con cuidado y la niña corrió hacia las escaleras junto a su hermana.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Ame, curiosa.

—Oh... nada. Cosas de críos.

Junto a ellos pasaron Sabele y Luc, que para no soportarse acababan siempre pegados el uno al otro. Ame oyó como Luc bromeaba sobre algo relacionado con una cama de matrimonio, con lo que se ganó unos cuantos reproches de la bruja (a pesar de que Ame juraría haberla visto sonreír).

—Parece que llevasen treinta años casados en lugar de dieciocho horas. ¿De verdad se quieren divorciar? —dijo Matt cuando ya no podían oírles—. Sería una faena conducir hasta los confines de Skye para nada, aunque los paisajes son impresionantes.

Ame estuvo a punto de repetirle por enésima vez que no tenía por qué

hacerlo si no quería, pero estando en mitad del rellano de la casa de sus tíos, se percató de que empezaba a sonar absurdo.

—Gracias por hacer todo esto. Eres... eres muy generoso por ayudarles.

—Qué va. En el fondo solo estoy siendo un egoísta. Créeme. —Matt sonrió y le miró fijamente, y Ame sintió que su corazón se engrandecía en su pecho hasta no dejarla respirar.

—Me... me voy a dormir —dijo. Ame pudo ver la decepción en sus ojos. Aun así, la sonrisa no desapareció de su rostro.

—Claro. Yo subiré enseguida. Buenas noches. —Estiró el brazo hacia su hombro, pero se detuvo a medio camino—. Que descanses.

—Buenas noches.

Subió las escaleras tan deprisa como pudo, sintiendo la mirada de Matt clavada en su espalda. Entró en la habitación de Janet, desterrada a dormir en el salón durante una noche (no sin protestas), y se encontró a Sabele en pijama, tumbada en la cama con el móvil entre las manos.

—Creo que es oficial. Jimena me va a expulsar del clan por dejarla tirada esta noche, pero la verdad es que no me importa mucho perderme cómo nombran a Valeria nueva Dama. —Alzó la vista hacia ella y frunció el ceño—. ¿Estás bien?

Ame asintió.

—¿Sabes algo de Rosita? —preguntó. Consultó su móvil y vio que solo tenía unos cuantos mensajes de su prima Hitomi. Negó con la cabeza y se sentó en el borde de la cama—. ¿Y tú qué tal? —De pronto, Ame reconoció en Sabele la sonrisa picara que ella le había dedicado tantas veces.

—Bien.

—Ya... interesante. Matt y su familia son muy generosos, ¿verdad? Creo que a su tía le encantaría cebarte con sopa *cullen skink* para «rellenar esos mofletes» más a menudo.

—No hay nada entre nosotros —se apresuró a decir, anticipándose a las insinuaciones de Sabele—. Somos amigos.

—Pues se está tomando muchas molestias para ayudar a una *amiga*.

—Es médico. Se dedica a eso. A ayudar a la gente. —Ame se quitó las zapatillas, se le hacía raro andar por una casa ajena con un calzado en los pies, y se tumbó junto a su amiga—. Y tu luna de miel, ¿qué tal?

—No me cambies de tema. ¿De verdad lleváis una semana escabulléndoos a solas y no ha habido... nada?

A pesar de que no había espejos en el dormitorio donde pudiese verse, supo que se había puesto completamente roja, hasta el punto de que sus mejillas le escocían del ardor. Ame negó con la cabeza con todas sus fuerzas.

—¿Nada... de *nada*?

La bruja se hizo un ovillo, sonrojándose cada vez más, aunque pareciese imposible. No estaba acostumbrada a hablar de aquellos temas, no cuando giraban en torno a ella; quizá porque le daba una vergüenza horrible, o porque nunca había tenido nada que contar. Se había acostumbrado a oír las conversaciones ajenas, que al principio la horrorizaban, pero, al cabo de unos meses conviviendo con Rosita, ya nada le chocaba como al principio. No sabía cómo se suponía que funcionaba «todo ese tema» y le abochornaba admitirlo. Se giró hacia su amiga y supo que, a pesar de la extrañeza, podía sentirse segura con ella.

—Nunca he besado a nadie. —Era la primera vez que se lo contaba a alguien que no la conociese desde niña, a alguien que no lo supiese ya. Se preparó para la sorpresa, la pena, el horror que había temido tantas veces en sus fantasías fatalistas, pero Sabele no reaccionó de ninguna de esas formas.

—Ya veo... Y... ¿no te apetece probar con Matt? —preguntó con total normalidad. Ame tardó unos segundos en percatarse de que era su turno de hablar.

—Yo... —Recordó las sensaciones que habían recorrido su cuerpo durante Lughnasad, esas a las que estaba tan poco acostumbrada, esas que según la televisión y la cultura popular debería estar sintiendo continuamente. Optó por decir la verdad, por incómoda que le resultase—. Sí. Con Matt sí. —Sintió como sus mejillas ardían, pero no le importó.

—¿Y por qué no lo haces?

«Porque me caso el verano que viene», pensó.

—No lo sé —dijo—. Es complicado. Sabele se echó a reír.

—¿Complicado? Perdona, pero vamos de camino a la misteriosa tierra de las hadas para que me pueda divorciar de un chico que no deja de meterme en líos porque nos hemos casado por accidente y, oh, por cierto,

estamos unidos por un vínculo mágico que dice, permíteme que me ría, que somos almas gemelas a pesar de que no nos podemos soportar.

—Sois almas gemelas —respondió Ame, y Sabele gruñó a su lado—. A lo mejor no os habéis conocido en el momento apropiado, pero, con o sin el hechizo, lo hubieseis hecho.

—Ame, las almas gemelas no existen. Hay gente que te gusta y con la que te sientes cómoda y gente con la que no. Nada más. —Se incorporó para gatear hacia el interior de la cama—. Me voy a dormir, estoy agotada. —Se escurrió entre las sábanas y, antes de taparse, dijo—: Por cierto, que sepas que en realidad los besos no son para tanto. En las pelis y los libros los pintan como si fuesen lo más increíble del mundo, pero, si lo piensas con detenimiento, es... —bostezó— bastante asqueroso.

Cerró los ojos y en cuestión de segundos estaba completamente dormida. Ame sonrió apenada. Le agradecía a Sabele su honestidad, pero la verdad era que no se le ocurría nada que pudiese hacer con Matt que le resultase asqueroso.



Estaba viva. Suponía que era una buena señal, sobre todo teniendo en cuenta que le dolía todo el cuerpo. Sintió que alguien, o *algo*, acariciaba su rostro. El tacto le resultó extraño, áspero, frío.

—Se llama Leticia —dijo una voz familiar a su lado. «Blanca...»—. Oh, por favor, espero que se recupere. Estar muerto no es nada divertido, y me encanta tener una amiga viva.

—Leticia, ese es tu nombre, ¿verdad, Leticia? ¿Puedes oírme? —dijo una voz dulce pero firme—. Necesito que abras los ojos y me respondas, Leticia, ¿puedes hacerlo?

—S... sí —masculló. Enfocó la vista lentamente y distinguió el rostro de una mujer vestida de blanco.

¿Quién era? ¿Por qué la miraba fijamente, como si estuviese examinándola? Se percató de que llevaba puestos unos guantes blancos, de ahí el tacto áspero. Una doctora. Los recuerdos de lo sucedido acudieron a su mente de golpe y se incorporó bruscamente a pesar de los reproches de la

doctora.

—Mateo, Patricia... —pronunció sus nombres con temor.

—No te preocupes por tus compañeros, están siendo atendidos. Ahora piensa en ti, ¿de acuerdo? Tenemos que sacarte de aquí. Eh, eh, ten cuidado —le reprochó, pero Leticia no era el tipo de persona capaz de pensar en su bienestar primero y en el de los demás después.

Se puso de pie a duras penas mientras la doctora se esforzaba por hacerla entrar en razón. El mundo daba vueltas a su alrededor, le pitaban los oídos y apenas era capaz de mantener el equilibrio, pero lo peor de todo vino cuando logró apoyarse contra una de las paredes y contemplar el macabro espectáculo.

«Tendría que haberme dado cuenta. Maldita sea, ¿cómo no me di cuenta?». Su instinto le había gritado que aquella mujer no era de fiar, ¿por qué lo había ignorado?

La puerta de la celda de Helena había saltado por los aires en mil pedazos y no quedaba rastro alguno ni de ella ni de su prima. Varios agentes luchaban por sofocar las llamas que aún se propagaban por parte del edificio y Leticia pudo escuchar las sirenas de los bomberos en la distancia. Las paredes estaban marcadas por las huellas de las llamaradas que Leticia había sentido impactar contra ella, y el suelo, salpicado de sangre por las quemaduras que habían sufrido los guardias, a quienes trasladaban en camillas por turnos hacia la salida entre varios doctores. Leticia vio el estado del cuerpo de Mateo mientras le elevaban, inconsciente, del suelo. Desearía no haberlo hecho. Sus brazos y parte de su rostro estaban completamente chamuscados, inflamados por ampollas blanquecinas y quemaduras rojas que desprendían un olor nauseabundo. Leticia se miró los brazos con el corazón a mil por hora en busca de alguna herida o marca, pero no halló ninguna. Su piel estaba intacta. Se llevó la mano a la cruz en su cuello, de forma instintiva, y el metal le quemó los dedos. No tenía sentido.

Sintió una mano posándose en su hombro y saltó como si acabara de recorrerla una descarga. Era la doctora.

—Es... es imposible —logró articular—. ¿Por qué?

La doctora tardó unos instantes en percatarse de a qué se refería. ¿Por

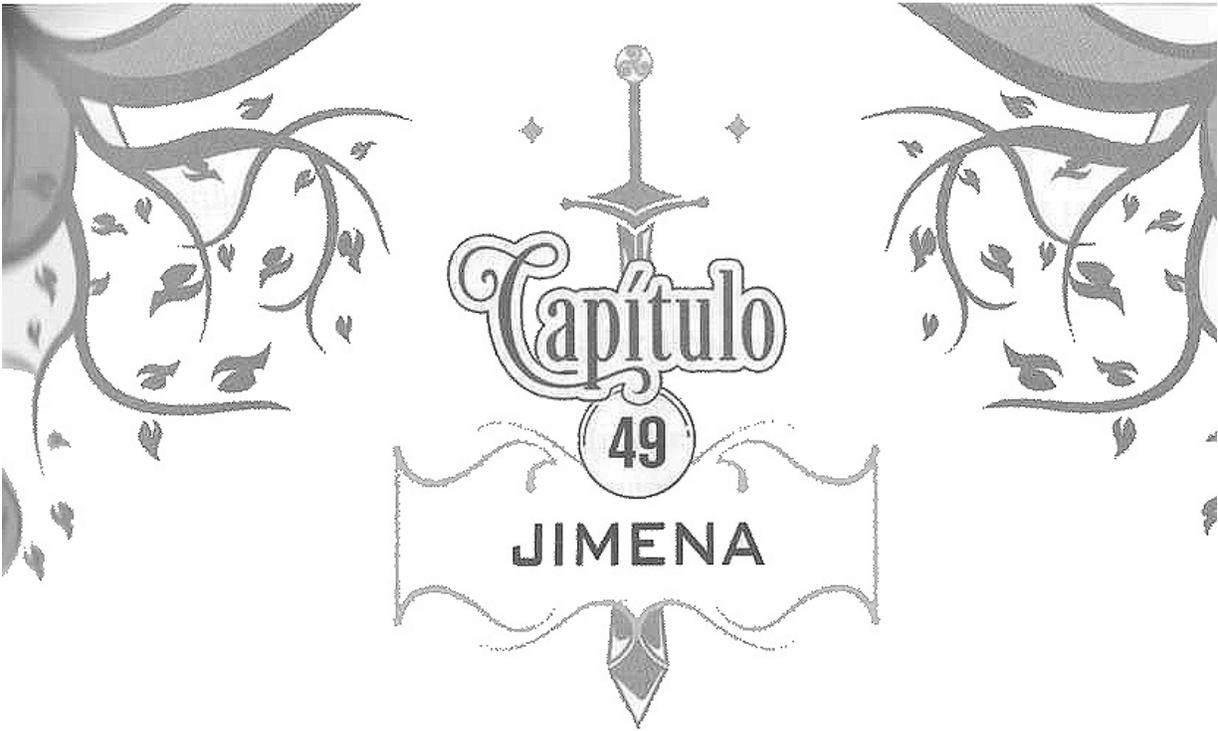
qué a ellos, por qué a mí no?

—¿Había algún objeto protegiéndote? ¿Algo que te separase de la explosión?

Negó con la cabeza, a pesar de que la cruz siguiese desprendiendo calor sobre su pecho. Cualquiera diría que se había librado por arte de magia. Se dejó caer abrumada y la doctora le pidió ayuda a uno de sus compañeros para evitar que cayese de bruces al suelo.

—Vamos —dijo, sosteniéndola por la muñeca—. No es seguro estar aquí abajo. Ya has respirado demasiado humo.

—Tienen que encontrarlas —dijo confundida, perdiendo de nuevo la noción del tiempo y el espacio mientras la doctora la conducía hacia la salida—. Tienen que encontrarlas... —susurró. Solo había una idea clara en su mente. Helena, Rocío y Macarena Lozano eran libres y estaban dispuestas a provocar tantos daños como fuesen precisos para cumplir su cometido: destruir a la Guardia, a los nigromantes y a cualquier bruja que se interpusiese en su camino.



Tal y como dictaba la tradición, todas las brujas de la ciudad mayores de dieciséis habían sido convocadas sin excepción a la ceremonia de elección de la nueva Dama del aquelarre de Madrid. La llamaban elección porque su resultado dependía de una decisión, pero ninguna de ellas votaría ni tendría derecho a opinar, pues sería la magia la encargada de designar a la elegida, que podía resultar ser cualquiera de las presentes. Jimena esperaba la ceremonia con ansia desde hacía semanas no porque tuviese el más mínimo interés en quién resultase elegida, sino porque en cuanto hubiese una nueva Dama, ella, por fin, podría largarse de allí. Flora había requerido su apoyo en la transición de poderes y no había podido negarse a ayudarla a adecentar el despacho y los aposentos de la Dama y a organizar la ceremonia, que tendría lugar en la azotea de la sede del aquelarre en plena Gran Vía.

Desde lo alto podían avistar el corazón de Madrid, aunque ninguno de los corrientes que paseaban por las atestadas calles fuesen a percibir su

presencia.

Para maximizar el poder de la invocación de la magia tendrían que esperar a la medianoche, así que iba a ser una larga noche de verano. Jimena se había encargado de decorar la azotea con guirnaldas luminosas y de ambientar la velada con unos cuantos altavoces escondidos que reproducían música *synth pop* de principios de los ochenta (ya que tenía que organizarlo todo ella, al menos que fuese de su agrado). Mientras se abría paso entre la multitud en busca de unos canapés con los que llenarse el estómago, de fondo sonaba *Sweet Dreams*.

—Jimena. —Oyó que la llamaban cuando ya casi estaba a la altura de la camarera que se paseaba por entre las asistentes (era ahora o nunca; el *catering* tenía órdenes de marcharse en breves). Jimena maldijo por lo bajo y se dio la vuelta para saludar a Daniela Hierro, que se había asegurado de traer a su pequeño ejército de hijas al acontecimiento a pesar de que algunas no pasaban de los catorce años—. Un vestido precioso.

Jimena miró de pies a cabeza a la siempre elegante Daniela, quien parecía salida de un reportaje de Carolina Herrera en *Vogue*, y la comparó con su propio estilismo: un escueto vestido negro con lunares blancos y tachuelas que dejaba a la vista el tatuaje de una gigantesca serpiente en su espalda. Dudaba mucho que a Daniela su vestido le pareciese precioso. Dudaba incluso que lo *considerase* un vestido.

—Daniela Hierro. —Era una forma elegante de evitar decir «cuánto me alegro de verte». No le gustaba mentir. Tenía que admitir que Daniela se había portado con elegancia y honor en los momentos de crisis, pero, por otro lado, su nombre seguía siendo sinónimo de complicaciones.

—Qué raro no ver a tu sobrina por aquí —fue su saludo. ¡Ja! Como si hacía solo un par de meses no hubiese insistido para que recibiese un castigo ejemplar. Jimena sabía de sobra que solo estaba tanteando a la competencia. Las apuestas de la mayoría de los clanes se centraban en las Hierro y las Santos, de nuevo enfrentadas por la ambición. Quiso reír. Como si la pobre Sabelita tuviese alguna oportunidad... Ella creía en su sobrina más que nadie, pero era más del tipo de chica de «viajar, escribir, meditar y descubrirse a sí misma» que de las que soñaban con el poder como Daniela.

—Ha tenido un... imprevisto.

—Vaya, qué lástima. ¿Se encuentra bien? —Apoyó su mano repleta de pulseras de oro en su antebrazo.

—Oh, sí, sí. Todo bien. —Llevaba todo el día sin contestar a sus mensajes, pero todo perfecto.

—Berta tuvo un accidente hace poco, pero por fortuna ha podido venir. —Su hija mayor, una chica menuda con los mismos ojos verdes que todas sus hermanas, asintió con la cabeza junto a ella. A Jimena le extrañó no verla pegada como siempre a la sombra de Valeria Santos. Su madre se habría esforzado por dejar clara la distancia entre ambos clanes para la ocasión—. En fin. Me alegra haberte visto. Mucha suerte.

Jimena sonrió. ¿Suerte? Sí, la tendría. Quien goza de un exceso de ambición tiende a creer que es lo común a toda la raza humana, y Jimena tendría que tener muy mala estrella para que la magia la eligiese precisamente a ella, así que podía estar tranquila.

—Mucha suerte a ti también.

Continuó andando hacia la camarera, ahora en el otro extremo de la sala, cuando se detuvo en seco al distinguir la melena rizada de Rosita en la distancia. ¡Ajá! Así que al final su sobrina había conseguido llegar a tiempo. Tanto sobresalto para nada.

—¡Rosita! —la llamó a gritos y entonces se percató de quién la acompañaba. Valeria Santos. ¿Qué se había perdido? La joven bruja la miró sobresaltada, como si le incomodase su presencia. «Qué extraño»—. ¿Has visto a mi chica?

—¿Sabele? —Negó con la cabeza—. No la veo desde el festival. Ella y Ame se piraron y me dejaron tirada. —Se encogió de hombros—. Supuse que las dos estaban muy ocupadas con sus nuevos novios. Lo siento. —Rosita se dio media vuelta hacia su nueva amiga y dejó a Jimena con la palabra en la boca.

¿Novios? Su ceño se frunció de forma instintiva. Iba a tener una interesante charla con su sobrina la próxima vez que se viesen. No iba a ser ella quien juzgase su vida amorosa, pero eludir un evento de semejante importancia por un ligue de verano no le parecía una emergencia ni un imprevisto. Tanto insistir en que quería ser una bruja en mayúsculas, ¿para

eso? Aunque era cierto que en los últimos meses había notado el desánimo de su sobrina. «Vamos a tener una bonita conversación sobre la gestión de las emociones en cuanto vuelva». ¿Por dónde iba? Ah, sí. Sus canapés.

Ya casi había alcanzado a la camarera, que se dirigía hacia la puerta con el último buñuelo de trufas, cuando su corazón se detuvo en seco. Por un momento... No. No podía ser. Se detuvo para enfocar mejor la vista, intentando distinguir el rostro familiar que creía haber visto entre la multitud. Era imposible que fuese ella. No después de lo que había ocurrido. No después de lo que les dijo antes de marcharse sin dejar rastro, sin avisar. En el mismo instante en que la mujer estaba a punto de darse la vuelta, Flora se interpuso entre ella y su mirada.

—Jimena, se acerca el momento.

Cuando Jimena se asomó tras su vieja amiga, no había nadie allí. Nadie que no debiese estar. Suspiró. Necesitaba unas vacaciones. Se estaba volviendo una paranoica.

—¿Te encuentras bien? —preguntó la que hasta hace unos meses había sido la Dama. Jimena asintió.

—¿Y tú?

—No te mentaré, estoy deseando acabar con esto. —Le dedicó una lánguida sonrisa.

Por fin algo que podía comprender a la perfección. Aunque ninguna de las presentes sería capaz de imaginar por lo que estaba pasando Flora por mucho que lo intentasen. No solo había perdido su magia, sino que había permanecido al frente del aquelarre para ayudar en todo lo posible. Y pensar que se había atrevido a juzgarla débil. Ignoraba cuáles eran sus planes para después de aquella noche, pero si Jimena hubiese estado en su situación, se habría marchado lo más lejos posible. Precisamente por eso le había propuesto que la acompañase en su próximo viaje, aún sin destino establecido, pero declinó su oferta muy educadamente, como solo ella sabía.

Despejaron un círculo en el centro de la azotea y, con la ayuda de varias voluntarias, entre las que se incluían, cómo no, Daniela y Juana, trazaron una rudimentaria, pero eficiente, rueda lunar con tiza blanca. En torno a ella distribuyeron media docena de candelabros de más de un metro y medio de

altura que se convirtieron en la única iluminación de la azotea cuando apagaron las guirnaldas. Mientras trabajaban se hizo un silencio interrumpido tan solo por la contaminación acústica de la ciudad, que de pronto se antojaba distante como un sueño.

Jimena miró hacia Flora para comprobar su estado. Se mantenía serena, resignada a su rol de espectadora.

El ritual se inició sin anuncios ni florituras. Situaron un pedestal en el centro de la rueda y, sobre él, un cáliz que habría de contener todos los medios y formas de vida. Juana tomó la iniciativa y se adentró en el círculo para depositar un puñado de tierra en el interior del cáliz. Dio un paso atrás, deteniéndose junto a uno de los candelabros. Daniela la siguió, tomando la pequeña jarra de agua que Jimena le tendió para verterla en el recipiente. Imitó a su hermana bruja, permaneciendo en los límites de la rueda. Emma se incorporó de forma improvisada al sagrado ritual, soplando su aliento vital sobre la mezcla.

La última en incorporarse a la ceremonia fue la propia Jimena, puñal en mano. Extendió su brazo sobre el cáliz y deslizó la fría hoja sobre su piel, causando una herida lo bastante grande y profunda como para que las gotas de sangre fluyeran ágiles hasta teñir el agua de un intenso color rojo.

Fue ella la primera en comenzar a recitar el conjuro ancestral que, sin haber aprendido, todas las brujas conocían, aletargado en un profundo rincón donde cobijaban el poder de los primeros recuerdos de las de su clase en este mundo.

—En cada fase lunar, en cada ciclo de luz y oscuridad, desde el principio al fin de la vida, a través del agua, la tierra, el aire y la chispa, me declaro tu eterna sierva, tu hija predilecta, la defensora de tu voluntad y la mano que la ejecutará.

A su voz se sumaron las de sus hermanas; primero Juana, después Daniela y, en cuestión de segundos, todas las brujas presentes recitaban en voz alta y alzaban sus brazos hacia el cielo para invocar el poder de la magia. La única que permanecía en silencio era Flora, que seguía inmóvil junto al círculo, en el lugar que habría ocupado si aún poseyese sus dones.

Jimena cerró los ojos y se dejó llevar, inmersa en el cántico.

Sintió que se acercaba, primero poco a poco, muy despacio, y después a

la velocidad del rayo; era el poder de la magia. Sacudió su cuerpo y su alma y se enredó en cada fibra de su ser con tal fuerza que alzó su cuerpo varios centímetros en el aire y estiró todas sus extremidades. Abrió los ojos y solo vio que una inmensa luz violácea la rodeaba hasta desbordarla con una energía vital que no dejaba espacio para el aire, ni para sus propios sentimientos y pensamientos. Por un instante, desapareció por completo. El brutal choque terminó tan abruptamente como había comenzado y Jimena se precipitó de rodillas contra el suelo, deteniendo la caída con las palmas de las manos. Jadeó, exhausta. «Por la Diosa. Recordaba haber sentido un fuerte cosquilleo en la última elección, pero nada como esto».

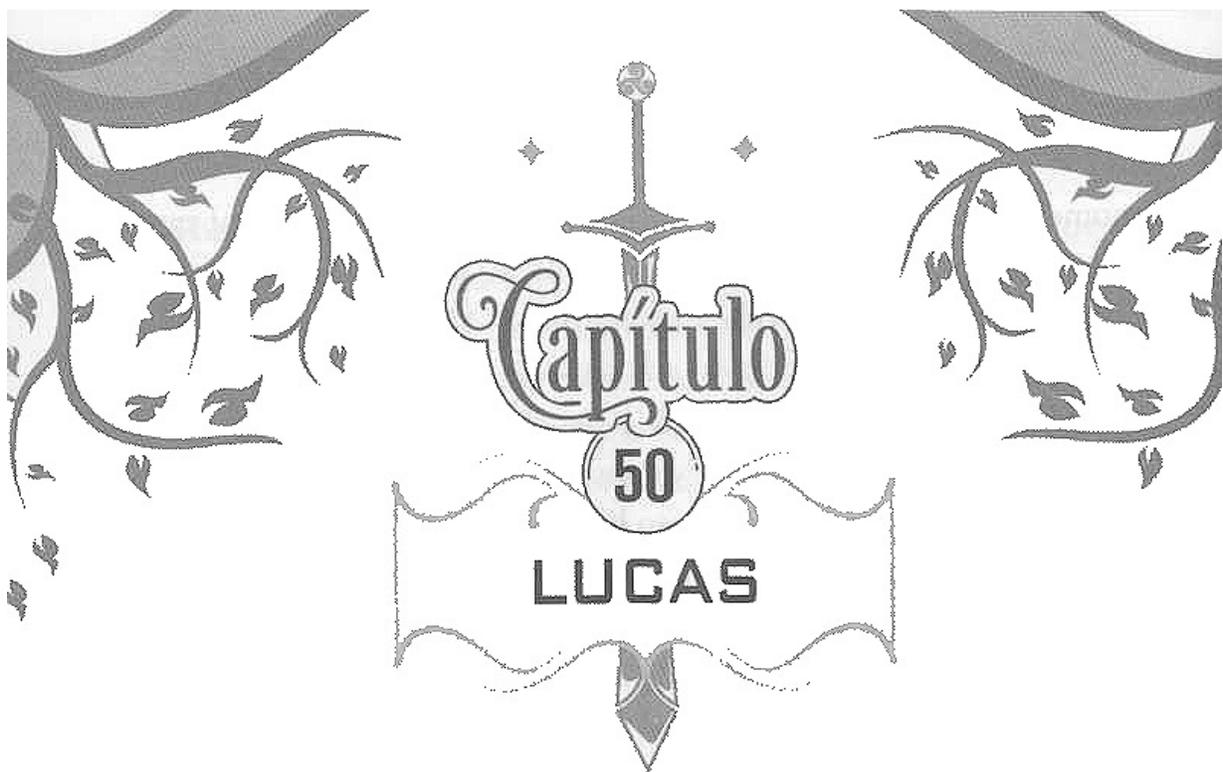
Se incorporó poco a poco y sintió que dos brujas la ayudaban a levantarse. Su vista, emborronada por la luz, fue enfocándose por momentos. «Qué narices...». No le parecía muy buena señal que todos los ojos estuviesen clavados en ella. Se percató de que una de las mujeres que aún la sostenían era Flora. Alzó la vista hacia ella e intentó leer la expresión de sus ojos sin ningún resultado. Solo estaba convencida de que no había alegría en ellos.

—Lo siento, amiga mía, y enhorabuena.

Daniela Hierro dio un paso hacia ella y, solemne, hincó una rodilla en el suelo.

—Larga vida a la Dama —dijo, y todas las brujas corearon la frase—. Que tu gobierno goce de la pureza de la magia que te ha escogido y nos traiga prosperidad.

—No —dijo en voz alta—. No. Tiene que ser una broma. —Alzó la vista y miró a sus nuevas súbditas. Ninguna de ellas tenía cara de estar de guasa—. Decidme que es una broma.



Verde. Carretera. Verde. Lago. Verde. Colina. Verde. Otro lago. Un río... ¿pero cuánta agua había en aquel país? Luc, a pesar de su supuesta sensibilidad artística, se había hartado de la abrumadora belleza a los treinta minutos de viaje. Así que, después de más de tres horas de verde, había empezado a detestar todas las tonalidades del color. Para colmo habían decidido rotar turnos de control de la música (él no, claro; si por él hubiese sido, se hubiesen pasado las cinco horas escuchando *Whatever People Say I Am, That's What I'm Not* en bucle) y llevaba cuarenta y cinco minutos escuchando a Demi Lovato, Ariana Grande y grupos de chicas japonesas con las voces muy agudas. Le iba a explotar la cabeza. Pero además de Matt, Ame era la única con carnet de conducir, así que ni siquiera tenía derecho a quejarse mientras la bruja conducía a toda velocidad mientras tarareaba el estribillo de *Dangerous Woman*.

Luc suspiró y enterró su rostro en las palmas de las manos. Si al menos

pudiese estirar un poco las piernas... El coche era tan diminuto que tenía que tener cuidado para no chocar con Sabele cada vez que se movía. Estúpido coche. Estúpidas piernas largas. Por otra parte, ¿a quién le importaba que se tocasen si seguían unidos por aquel condenado lazo de luz? Su vista se desvió hacia la derecha. Sabele se había recogido el pelo en una trenza destartada y llevaba puesta una ancha sudadera gris que Matt le había prestado. La ropa masculina le sentaba bien. Por un instante la visualizó vestida con su chupa de cuero y no le disgustó la imagen.

—¿Qué miras tanto? —preguntó la bruja, sacándole de sus ensoñaciones—. No irás a componerme otra canción, ¿verdad?

—A lo mejor cuando dejes de hacerte la orgullosa —le reprochó.

—Yo no hago eso.

Luc resopló.

—Estoy enfadada, nada más. ¿Es que no puedo estar enfadada?

—¿Por qué estás enfadada, si puede saberse? —Luc se bajó las gafas de sol de la frente y se cubrió los ojos con ellas. Así se sentía un pelín más protegido.

El vínculo estaba causando unos peculiares efectos en su relación, sobre todo en su forma de comunicarse. Ella podía sentir que él hacía la pregunta con honestidad, y él que ella bajaba lentamente sus defensas.

—Porque siempre que nos encontramos todo sale mal.

También podía percibir que, aunque era cierto, esa no era toda la verdad.

—¿Y qué te crees, que a mí me entusiasman estas aventurillas mágicas? Yo tendría que estar en mi casa de resaca.

—Es martes.

—Bueno, pues componiendo, qué más da. El caso es que yo no tendría que estar de camino al País de Nunca Jamás y, sin embargo, aquí estoy.

—Mis disculpas por tu sufrimiento —replicó Sabele sarcástica, tras poner los ojos en blanco—. Seguro que estarías mucho más feliz en una caravana de estrella itinerante rodeado de *grupies*.

«No quiero *grupies*, te quiero a ti». Hubiese sido una declaración épica de amor, así que, obviamente, no lo dijo en voz alta.

—Y por eso necesito el divorcio cuanto antes, para disfrutar de la fama.

Por un momento creyó que su comentario la ofendería. En lugar de hacerlo, Sabele se echó a reír. Que la idea de él rodeado por un montón de chicas guapas muriéndose por sus huesos le resultase digna de carcajadas no era demasiado alentador.

—¿Qué tiene tanta gracia?

—Hay un hotel donde podéis pagar una habitación por horas en la próxima salida, ¿os interesa? —dijo Matt desde el asiento delantero. Ame se rio.

Los dos desviaron rápidamente la vista al frente, fingiendo no haber oído nada.

Al cabo de un rato decidieron, también por votación, parar para descansar y comer algo (la tía de Matt les había provisto con una bolsa llena de sándwiches y un termo con té caliente). Ame detuvo el coche lentamente y giró para detenerse en mitad de una extensa explanada que se convertía en montaña en la distancia. Aunque podrían haberse parado en medio de la carretera sin problemas; habían pasado cerca de cuarenta minutos desde la última vez que se cruzaron con otro vehículo.

Sabele se bajó del coche y comenzó a hacer estiramientos mientras Matt y Ame se adelantaban unos cuantos pasos. Dios, qué empalago. ¿Y se atrevían a burlarse de ellos? Que se lo hiciesen mirar. Luc se apoyó contra el coche y se crujió los huesos del cuello y los hombros. Vaya aburrimiento.

«Lu...».

Se incorporó extrañado. ¿Qué había sido aquello? Miró de un lado a otro en busca de la fuente del agudo lamento. Sonaba como si alguien estuviese a punto de echarse a llorar de pura desesperación. Volvió a acomodarse al darse cuenta de que nadie más daba muestras de haberlo oído. «Habrà sido un pájaro». «Lu...». El músico se incorporó de nuevo. Solo había verde a su alrededor, una llanura a la derecha y una colina repleta de árboles que conducía a uno de los numerosos lagos que se extendían por Escocia. Miró hacia el cielo. No había más que nubes grisáceas.

«Luc...».

No era un lamento, comprendió. Le estaba llamando a él. Aquella fina voz de mujer le estaba llamando. «Lucas», repitió, lánguida, pero seductora.

Sin pensárselo dos veces cruzó la carretera y comenzó a descender entre los árboles, siguiendo la dirección que le indicaban sus oídos.

«Lucas».

Sus pasos eran cada vez más ágiles y rápidos. Le estaban llamando y él debía acudir a la llamada. Debía acudir *ya*. Cuando se quiso dar cuenta, estaba corriendo en mitad de un bosque desconocido, pero sabía de sobra hacia dónde se dirigía.

Por fin llegó al lago y, sin siquiera pararse a pensar, siguió caminando a través del agua. Sintió la gélida agua empapar sus botines y después sus pantalones. No le importaban ni el frío ni el peso de su ropa mojada tirando hacia abajo. Debía encontrar el origen, debía acudir. Pronto el agua le cubrió hasta la cintura. Durante un segundo, su razón le hizo vacilar. La última vez que se había dejado llevar por una de esas voces había acabado robando un objeto mágico ancestral de infinito valor. «Espera», le advirtió su mente, pero era demasiado tarde. Acababa de verla, sumergida en el agua, mostrando tan solo su rostro y el cuello sobre la superficie; una pálida mujer de ojos azules. Su pelo, completamente blanco, se extendía por el agua en mechones infinitos que se perdían bajo la oscuridad del lago. «Lucas», oyó en su mente, a pesar de que la criatura, pues algo le decía que aquel ser de belleza infinita no podía ser humano, no había movido sus labios carnosos.

—Ya voy —dijo con su voz agitada por la carrera que le había llevado hasta allí—. Ya... voy.

—¡¡Lucas!! —le llamó una segunda voz desde la orilla, una que intentaba detenerle, pero no quiso escuchar.

A pesar de que el agua le llegaba ya hasta el cuello, seguía separándose una distancia que se le antojaba abismal. Volvió a dudar, pero ella sonrió y sus miedos se esfumaron junto a los restos que quedaban de su instinto de supervivencia. Un paso más. Solo tenía que dar un paso más. Su cabello se empapó cuando se encontró completamente sumergido, y frente a él vio a la hermosa doncella, rodeada ahora por otras cinco muchachas igual de sublimes que ella. Podría morir allí mismo y sería feliz. Una paz embriagadora le pedía que no se marchara jamás.

La criatura acarició su rostro con sus manos congeladas y las bajó por

su cuello, sus hombros, sus brazos... hasta cogerle de la mano. Tiró de él hacia el interior del lago y Luc olvidó por completo que no podía respirar, que se estaba ahogando, muriendo.



—¿D onde está Luc? —preguntó cuando terminó de calentar los músculos y articulaciones de sus brazos y dio media vuelta para estirar las piernas sobre el capó.

Matt se encogió de hombros al comprobar que el chico no estaba.

—Igual necesitaba un poco de privacidad.

Sabelle negó con la cabeza. Sentía una fuerte y repentina ansiedad en el pecho. El vínculo se entrelazaba contra su muñeca con una fuerza opresora, cortándole la circulación, advirtiéndole de que las cosas no marchaban bien.

—Ha ocurrido algo —dijo, mirando hacia el bosque.

—Es mayorcito. Seguro que no le ha pasado nada. A pesar de todos los mitos y leyendas sobre las tierras del norte esta zona es bastante tranquila, el único peligro con el que podría encontrarse, aunque es bastante improbable que lo hiciese, son los... —Su rostro empalideció—. Mierda. Había olvidado que es un revelado.

El pánico en su expresión fue bastante para hacer que Sabelle echase a

correr en dirección hacia el bosque; llamó a Luc a gritos y siguió el camino que su instinto y el vínculo le marcaban, tirando de ella hacia el lago.

—¡¡Lucas!! —le llamó en vano al verle entrar en el agua. ¿Qué demonios estaba haciendo? El chico la ignoró y continuó su avance hasta desaparecer bajo el agua.

No sabía a qué se enfrentaba ni cómo vencerlo, pero sí supo que, si no le sacaba de allí, le perdería para siempre.

Se lanzó al agua sin dudarle, a pesar de los gritos de Ame tras ella. No había tiempo para pararse a pensar, ni siquiera para protegerse con un hechizo que le permitiese respirar. El agua gélida la recibió con un golpe seco, calando al instante su ropa y su larga melena, acuchillando la piel de su rostro.

Nadó hacia el interior del lago y dio la orden a sus párpados de alzarse, que se resistieron durante unos segundos. Al abrir los ojos, descubrió el verdadero rostro de los seres a los que se enfrentaba. Bajo el agua cristalina, rehuyendo los rayos de sol que se colaban primero entre las nubes y después bajo el agua, nadaba un grupo de espíritus del agua con la forma de seis corceles blancos. Sus crines flotaban en el agua como serpientes y, a pesar de su envergadura, parecían flotar en el agua como si no pesaran nada. Sin dejarse engañar por su hermoso aspecto, Sabele reconoció a los peligrosos seres de cuento.

Kelpies.

Los espíritus se giraron hacia ella al presentirla y le dedicaron un gruñido que reveló todos sus dientes. Sabele se impulsó hacia arriba para tomar aire y pronunciar un conjuro. Seguía detestando la magia ofensiva. Por la Diosa, era una bruja de ciudad, se suponía que el mayor peligro al que tendría que enfrentarse era a que su móvil se quedase sin batería. Cuando ya estaba casi en la superficie, sintió un dolor punzante en la pierna y una fuerza colosal que la arrastraba hacia abajo. Se encontró cara a cara contra una de las bestias. Forcejeó y le golpeó el hocico con su pierna libre, pero solo consiguió que el espíritu aumentase la fuerza con que clavaba sus afilados colmillos en su espinilla. Contuvo un grito para evitar que sus pulmones se llenasen de aire. Cerró los ojos hasta que la punzada de dolor concluyó y al abrirlos vio como las otras fieras hambrientas arrastraban a

Luc hacia el interior del lago.

Tenía que impedirlo, pero no estaba en absoluto segura de cómo. Conjurar en silencio siempre era más complicado que recitar el hechizo de por sí, pero además, el que tenía en mente requería una concentración que lo habría convertido en un desafío incluso aunque hubiese tenido la posibilidad de valerse de la fuerza de las palabras. Posible o no, Luc estaba ya tan lejos que apenas podía distinguir su delgado cuerpo. No le quedaba otra opción que intentarlo.

Ignoró el ardor en su pecho, fruto de la falta de aire y de la angustia de no poder respirar, dejó ir el dolor de su pierna, de la sangre escapando de la herida. «Vida... busca la vida».

Se concentró en aquel medio misterioso y extraño, en los peces de todos los tamaños imaginables que nadaban bajo el agua, en los tritones y sapos que moraban sus orillas, en las plantas que se atrevían a crecer en su superficie. La vida palpitaba en ese lugar que amenazaba con arrebatarla. Solo tenía que pedir prestada la fuerza que irradiaba. Extendió los brazos y permitió que fluyera desde la planta de sus pies a la punta de sus dedos.

«Paraliza su cuerpo, sus manos, cada movimiento, congela su magia, el tiempo que corre por sus huesos».

Sintió que un relámpago de magia atravesaba su cuerpo y cruzaba el agua como una saeta en dirección hacia los espíritus en la distancia, petrificando a los corceles acuáticos. Asustado por el súbito despliegue de poder, la criatura que se aferraba a su pierna la liberó y huyó hacia las profundidades. Tan pronto como lo hizo, Sabele ascendió de dos brazadas para tomar aire y volver a sumergirse en busca de Luc. El lazo que les unía no cesaba de palpar como si de una alarma se tratase, una que le indicaba, frenética, que no le sobraba el tiempo. Nadó hasta llegar a él y sintió un calambre al tocar su cuerpo, aún más gélido que el agua. Estaba inconsciente. O eso esperaba. Le agarró por debajo de las axilas y le pareció tan frágil como una marioneta de porcelana. Comenzó el ascenso con el impulso de la magia, agradeciendo que Luc no pesara demasiado.

«Por favor, no te mueras», pensó a medida que se acercaba a la superficie.

Nadó hasta que sus pies tocaron la tierra y siguió tirando de Luc hasta

salir del agua. Depositó su cuerpo desvalido sobre las piedras de la orilla y se desplomó junto a él. Cerró los ojos y de pronto fue consciente de su propio dolor.

Oyó que Matt y Ame corrían en su auxilio, pero apenas tuvo fuerzas para incorporarse y mirar qué estaba ocurriendo. Matt le realizaba una maniobra de reanimación mientras Ame, de rodillas junto al joven, rodeaba su cabeza con las palmas de las manos, sin llegar a tocarle, y pronunciaba una retahíla de hechizos sanadores.

«Van a salvarle. Todo irá bien», se dijo. En cualquier momento despertaría y diría una de sus tonterías, estaba convencida. Iba a despertar... pero no lo hacía. Los segundos pasaban agónicos y, a pesar de los esfuerzos de ambos jóvenes, Luc no reaccionaba. Su cuerpo permanecía inerte, como un cascarón vacío, y el brillo y el color de su vínculo se tomaban cada vez más débiles, más pálidos, al igual que la presencia que intuía al otro lado.

—No... no, no. —Se arrastró hasta él y sus manos se precipitaron sobre su brazo inerte, aferrándose a él con total desesperación—. Eh, tú, idiota. No puedes morirte —dejó de ser dueña de sus palabras, que le habían sido arrebatadas por la impotencia—. Siempre bromeas con eso de morir a los veintisiete, como las grandes leyendas. No tiene ninguna gracia, pero, eh, aún queda mucho para eso, no te puedes morir todavía. —Ame y Matt continuaban con sus intentos, pero lentamente su ímpetu decaía junto con las posibilidades de éxito—. No puedes morir, se supone que tenemos que encontrarnos una y otra vez, así que no puedes irte, no así...

—Sintió las lágrimas caer por su barbilla. Ni siquiera se había dado cuenta de que estaba llorando. —No sin que...

Ese fue el momento que Luc escogió para tomar una larga bocanada de aire, que fue acompañada por los suspiros de sus salvadores, quienes, aliviados, se permitieron el lujo de dejar de contener el aire en sus pulmones. Seguía vivo. Se giró para escupir, entre tosidos, un reguero de agua, y antes de que pudiese recuperar del todo el aliento, Sabele se había abalanzado sobre él para estrecharle entre sus brazos. Sintió que su frente se apoyaba en su esternón y sus manos buscaban lentamente sus caderas. No tenía planeado soltarle nunca.

—Sabele —dijo Matt, mirando a la bruja—. Sois adorables, pero creo

que sería mejor que le dejases un poco de espacio.

—Oh. Sí. Claro —dijo, sonrojándose. Retrocedió para sentarse en el suelo a unos cuantos centímetros de Luc, que seguía tosiendo agua.

—¿Qué... qué ha pasado? —fue capaz de decir al fin.

—Kelpies —dijo Matt—, espíritus malignos. En realidad no son malvados, solo tratan de sobrevivir. La cadena alimenticia. Su tentempié favorito son los hombres incautos a los que atraen con sus cantos haciéndose pasar por mujeres hermosas. Por suerte son bastante asustadizos.

—Ah... Ya... —Luc tragó saliva—. Yo soy el hombre incauto. —Agachó la vista, quizá avergonzado, puede que tan solo agotado.

—¿Puedes respirar bien? —preguntó Sabele mirándole fijamente. Luc asintió.

—Ame, ¿podrías inducirle un poco de calor en el cuerpo? —le pidió a la bruja, que asintió y, con solo un par de palabras, hizo que el color volviese a las mejillas de Luc.

—Y ahora, déjame que vea eso dijo Matt señalando la herida profunda que no dejaba de sangrar en la pierna de Sabele. Luc contempló horrorizado el reguero de sangre.

—Yo... Lo siento. —Parecía mortificado. Su rostro se había quedado aún más pálido que cuando le creían muerto. A pesar del dolor, Sabele sintió una extraña satisfacción. Era poco frecuente que Luc demostrase que le importaba algo que no fuera él mismo o su música.

—No es culpa tuya —intervino Matt—. Eres una presa fácil, tendría que habérselo advertido, no sé en qué estaría pensando —Matt se arrodilló junto a Sabele—. Voy a necesitar que levantes la pierna, pero te va a doler. Y sería estupendo un hechizo para detener la hemorragia.

—Yo me puedo encargar de eso —dijo Ame, que acudió junto a su amiga. Posó sus manos en ambos extremos de la herida y comenzó a recitar en japonés.

Sabele sintió un alivio inmediato del punzante y desgarrador dolor que ascendía por su pierna.

—De acuerdo. —Matt elevó la zona herida sujetando cuidadosamente su tobillo y la examinó unos segundos antes de decir—: No es demasiado

grave. Tiene peor pinta de lo que es, créeme. Cojearás un poco unos cuantos días, pero no ha pillado ninguna vena ni arteria importante. Aunque eso es obvio, no seguirías consciente si lo hubiese hecho, así que no te preocupes.

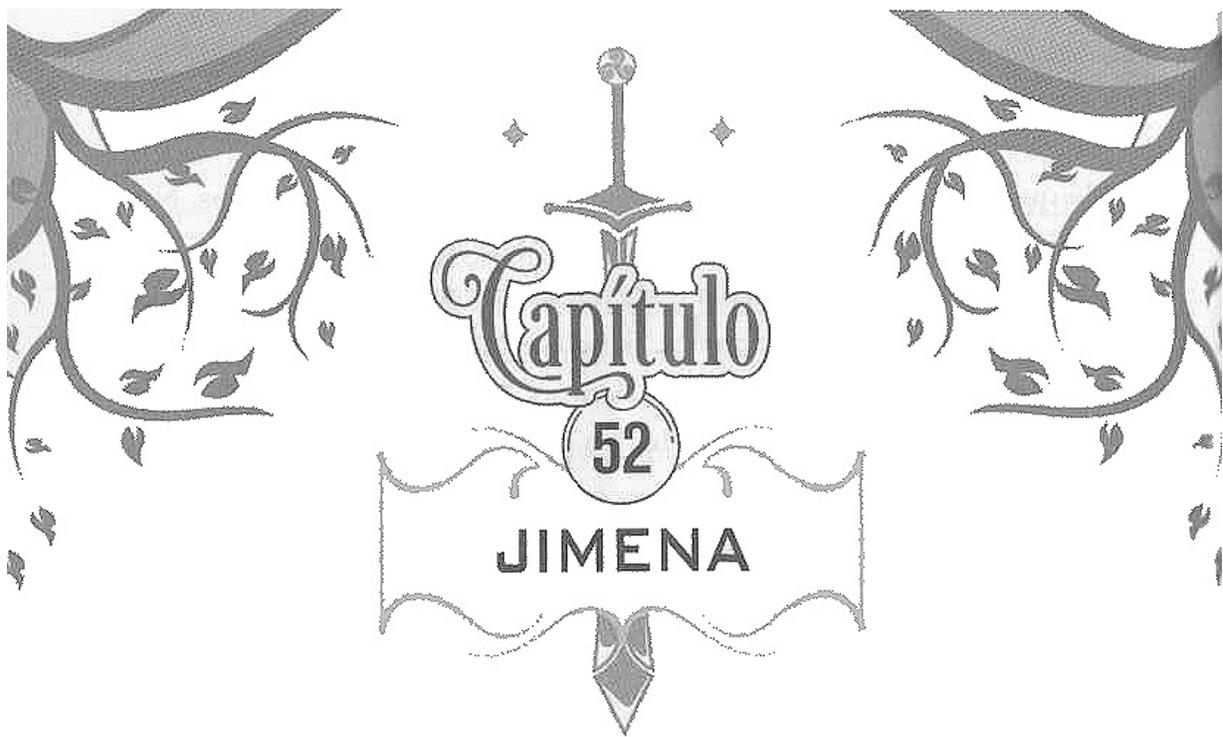
—Puedo... ¿puedo hacer algo? —preguntó Luc.

—Sí. Descansar —dijo Matt—. Acabamos de sacarte de una parada respiratoria y, si no fuésemos hechiceros, tendríamos que estar llevándote al hospital ahora mismo, así que, como mínimo, estáte quietecito. Nosotros nos encargamos de esto.

El paciente asintió, sin fuerzas para llevarle la contraria.

—Ya lo has oído —dijo Sabele—. Solo es un rasguño feo.

Sabele supo que de verdad estaba agotado cuando se limitó a asentir en lugar de llevarle la contraria o hacerle uno de sus reproches burlones. Sintió el impulso de abrazarle, a pesar de cuánto la sacaba de quicio, de su estúpida y compleja relación indefinida y de que siempre parecía haber una barrera invisible entre ellos. No tenía la menor idea de cómo lo hizo, pero aquel deseo recorrió el lazo e hizo que Luc alzase la vista hacia ella, sumido en una especie de *shock*. Se miraron fijamente. Sabele estaba segura de que jamás lo habían hecho durante tanto tiempo. «Gracias», dijo él con los labios, sin emitir un solo sonido, y a pesar de todo lo que acababan de vivir, Sabele sonrió.



—¡**S**uéltame! —le espetó Jimena a Emma, que la había rodeado con los brazos para alzarla y llevarla escaleras abajo—. ¿No se supone que ahora tienes que obedecer mis órdenes? ¡Pues empieza con esa!

Para algo era la nueva Dama, ¿cuál era la ventaja si ni siquiera tenía privilegios? «Mierda. Era la nueva Dama». ¿Cómo había podido pasar? ¿Es que su vida era una comedia francesa y nadie le había avisado? «Joven mujer de mediana edad se topa de bruces con sus responsabilidades en el peor momento posible, justo cuando casi había conseguido huir de ellas». Emma siguió caminando hasta que llegaron al que había sido el despacho de Flora. Era la segunda vez que la arrojaban al interior de esa sala en menos de cuatro meses. No era un buen indicador, aunque al menos iba mejorando. Esta vez el despacho era suyo. El siguiente paso era empezar a entrar en los sitios por voluntad propia.

—No. Mi misión no es obedecerte, es serte lo más útil posible. A ti y a la comunidad mágica. —Emma la miró fijamente. Nunca le había caído demasiado bien aquella fortachona. Tampoco especialmente mal.

A sus ojos era como una especie de mueble parlante. Con reflexiones como esa seguía sin poder comprender cómo era posible que la magia la hubiese escogido, si era una hedonista y una egoísta que no confiaba en nadie y, además, se sentía orgullosa por ello.

Tras Emma aparecieron Daniela, Juana y Rosita. Le consoló comprobar que al menos una de las tres personas que habían acudido en su ayuda le caía bien.

—Renuncio —dijo al verlas cruzar la puerta y cerrarla tras ellas. Se negaba a pasarse los mejores años de su vida encerrada tras las paredes de un edificio en Gran Vía hablando de política. Aún le quedaba mucho mundo por ver, gente a la que conocer, experiencias que disfrutar y otras de las que arrepentirse—. No. Imposible. Renuncio y ya está. No puedo ser yo la responsable de todas las brujas de Madrid. Si apenas soy responsable de mí misma.

—Estoy de acuerdo —dijo Daniela, cruzada de brazos ante ella. Si era su nueva líder, ¿por qué nadie le mostraba un poquito de respeto? Por mantener las apariencias, al menos—. Pero si algo me ha enseñado esta guerra, a mí y a todas —dijo mirando a Juana—, es que la magia no se equivoca. Flora fue la líder que necesitábamos, y ahora lo eres tú. —Era evidente que la idea le entusiasmaba tan poco como a la aludida.

—¡Anda ya! —exclamó en voz alta. Después de todos esos años de ambición enfermiza. ¿Daniela iba a convertirse en una humilde y servil ciudadana modelo precisamente *ahora*?

—Deja de comportarte como una niña caprichosa —le espetó Juana. Jimena sintió el impulso de escupirle a los pies a modo de desafío. Si hubiese sido unos cuantos años más joven, quizá lo habría hecho.

—¿Y vosotras dos desde cuándo os lleváis tan bien y estáis tan de acuerdo en todo? ¿Es que no veis que no tiene ningún sentido? — dijo señalándolas. Miró hacia Rosita en busca de apoyo. Siempre se había entendido bien con ella, a pesar de las tres décadas de edad que las separaban.

—Te entiendo perfectamente, hermana. Pero creo que no tienes alternativa. —Se encogió de hombros.

Jimena se dejó caer en una de las sillas frente al escritorio. Miró al infinito devastada, sepultada por todas las implicaciones de lo sucedido aquella noche. Su vida tal y como la conocía se había acabado para siempre. Nunca volvería a ser Jimena la nómada ni Jimena del clan Yeats, solo la Dama.

—¿Puedo hacer algo por ti? —preguntó Rosita, agachándose junto a la silla. *Su* silla. Como todo lo que había en esa habitación.

—Ahora que lo dices... hay un minibar en aquel mueble de allí —dijo señalando tras ella—. ¿Por qué no me traes un *whisky* con hielo?

Rosita dudó, seguramente porque Sabele le habría contado que llevaba veinte años limpia. Decidió ignorar el impulso, haciendo acopio de todas sus fuerzas, y no insistir.

—¿De verdad tu primera decisión como Dama va a ser qué copa tomar? —Daniela se cruzó de brazos y arqueó una ceja.

—¿Ves? No tengo madera de líder. Finjamos que no ha ocurrido nada, repitamos el hechizo y ya está. Seguro que la magia capta la indirecta.

Antes de que alguien le repitiese que no le quedaba otra opción que hacerse a la idea, llamaron a la puerta tímidamente y la cabeza de Valeria se asomó al otro lado.

—Perdonad que os interrumpa, pero ha venido una agente de la Guardia preguntando por la nueva Dama. Dice que es urgente.

—No más urgente que sentarnos a buscar la forma de anular esta elección.

—Me temo que sí. —La puerta se abrió del todo y Valeria entró cohibida delante de la joven agente que había visto el día de la Batalla de los Traidores y que, según tenía entendido, era el nuevo enlace con la organización. Leticia Fonseca, la hermana de Luc. Y la chiquilla tenía un aspecto francamente lamentable.

—Por la Diosa, ¿qué te ha ocurrido? —preguntó al verla. Tenía parte de la cabeza vendada y se intuía una mancha de sangre empapando las primeras capas de tela.

—Helena Lozano ha escapado —dijo a modo de explicación.

Un silencio sepulcral se instaló en el despacho. Jimena sintió un nudo en el estómago. ¿Por qué sería que las malas noticias nunca se conformaban con llegar de una en una? Tragó saliva.

—Tenemos a fantasmas rastreando toda la ciudad en su busca sin resultados. Creemos que están entrando y saliendo del Valle de Lágrimas para despistarnos.

—Fantasmas —repitió Daniela incrédula—. Sí que se ha modernizado la Guardia.

—¿Cuándo se ha producido la huida?

—Esta misma mañana.

—¿Y nos lo comunicáis ahora? —reprochó Daniela.

—La oficina ha sido un verdadero caos. Han provocado... Las Lozano han dejado a varios heridos tras de sí, además de un incendio que ha destruido la mitad de las instalaciones. Hemos estado ocupados.

No escapó a Jimena cómo se esforzaba por mantener la verdad tras esas palabras bajo una barrera de seriedad. Ella también se había obligado a no sentir cuando no podía soportar sus propios recuerdos. La mirada de la muchacha se desvió hacia algún lugar tras ella. Jimena miró de refilón hacia Rosita.

—Por qué no me sorprende... —dijo Juana, cruzándose de brazos.

—A la comisaria Morales le gustaría interrogar a Emilia Lozano —dijo la agente, refiriéndose a la madre de Helena. Jimena no disimuló una mueca de desagrado. ¿Morales? Así que había conseguido el puesto que quería. Llevaba muchos años sin oír aquel nombre.

—De acuerdo, intentaremos convencerla para que coopere, pero vamos a necesitar toda la información que tengáis, sin escatimar en detalles —dijo Juana.

—Y cuanto antes. Esa familia es una amenaza para la estabilidad de la comunidad mágica, no solo para la Guardia —añadió Daniela.

Jimena las observó en silencio. Aquellas dos mujeres inteligentes y valerosas trabajando en equipo, compenetrándose de esa forma. Quizá ser Dama no fuese a ser tan difícil si se aseguraba de que ambas permaneciesen a su lado.

—Se ha convocado un gabinete de crisis mañana por la mañana, me han

pedido que invite a la nueva Dama a acudir junto al líder de los nigromantes. —Miró alternativamente a las dos mujeres y Jimena no pudo evitar reírse en voz alta. Todas las presentes la miraron sin dar crédito. Tal vez tenía un sentido del humor particular. Era lo que tenía pasar tantos años sin implicarte demasiado en nada. Desarrollabas un sexto sentido para captar las ironías y absurdos.

—Soy yo a quien estás buscando —dijo, y la agente la miró ojiplática. Si la joven Leticia no fuese tan tiesa por la vida, seguramente habría abierto la boca de par en par—. Sí. Yo tampoco acabo de creérmelo.

Todas la miraron fijamente, en busca de una respuesta, una opinión, una orden. Se frotó la frente con las manos. Media hora en el poder y ya tenía la cabeza a punto de reventar.

—No encontraremos a las Lozano con gabinetes de crisis. No somos burócratas —suspiró—. Supongo... —Miró hacia Daniela y Juana—. ¿Podéis organizar batidas de búsqueda? —Ambas asintieron al unísono.

—Iré a por el Orbe —anunció Daniela—. Informaré a todas las brujas de la ciudad para que estén atentas.

—No servirá de mucho —advirtió Leticia.

Jimena se encogió de hombros.

—Y entonces, ¿qué más da lo que hagamos?



Abandonó la improvisada reunión con un regusto amargo que bien podría haber sido su propia bilis. El malestar físico y las emociones atascadas en sus entrañas le provocaban náuseas, pero ni siquiera se sentía capaz de quejarse. No cuando ella solo había sufrido unas cuantas contusiones y sus dos compañeros habían sido trasladados al hospital y luchaban por sus vidas. Creía que lo que quería era estar en el terreno, pero nunca se había parado a pensar en las consecuencias. Cuidado con lo que deseas, dicen. Empezaba a pensar que no era lo bastante fuerte para el trabajo, que, después de todo, su padre tenía razón y su sitio estaba en una oficina estudiando sentencias.

Caminó por el pasillo a grandes zancadas, deseando llegar a su casa, tomarse dos pastillas de paracetamol y dormir hasta que sonase la alarma al día siguiente. Pero la vida de una agente de la Guardia no podía ser tan fácil. Oyó pasos tras ella y siguió caminando como si nada, dejando que

quienquiera que la siguiese se confiase. Antes de que llegase a las escaleras, una mano se apoyó en su hombro y Leticia utilizó sus conocimientos de defensa personal para inmovilizarla contra la pared. Dio media vuelta sobresaltada para encontrarse con el rostro redondeado de Rosita, que no parecía nada impresionada por su llave.

—Eh, eh, tranquila. Solo quiero hablar —dijo, y Leticia entornó los ojos, preguntándose qué tramaba—. ¿Por qué no vamos a un sitio un poco más discreto?

Leticia la liberó y dio un paso atrás, agotada. Suspiró.

—No me parece el momento más oportuno para *eso*, Rosa.

La bruja puso los ojos en blanco.

—Y luego dicen que soy yo la que está obsesionada con el tema. Te sorprenderá descubrir esto sobre mí, pero no me van nada los sitios públicos —la recorrió con la mirada y una mueca de preocupación en los labios— ni las vendas.

Rosita la cogió de la mano y tiró de ella hacia el interior de un cuarto cercano que estaba vacío.

—Sé cómo encontrarla.

Leticia negó con la cabeza. Agradecía sus intenciones, pero eso era imposible. Si las brujas más poderosas y experimentadas no lograban romper las barreras tras las que se ocultaba Helena, ella tampoco. Tenía muchas ganas de irse a la cama y poco tiempo para juegos de niños.

—Rosa, es genial que quieras colaborar, te entiendo, pero...

—No, escúchame. Este verano... Suponía que podríamos volver a estar en peligro y aprendí algunos truquillos para que mis amigas y yo no volviésemos a estar desprotegidas.

—Rosa... —repitió.

—Deja de mirarme con ese gesto condescendiente y de llamarme así, que pareces mi madre. Si te digo que puedo hacerlo, es que puedo.

El coraje que desprendían sus ojos no dejaba lugar a dudas, estaba convencida de lo que decía. Y conocía a Rosa... Rosita, lo bastante para saber que, cuando estaba convencida de algo, estuviese o no en lo cierto, era imposible hacerla parar o entrar en razón.

—Está bien, ¿cómo?

—No puedes decírselo a nadie.

No le gustaba un pelo cómo sonaba eso. Lo último que necesitaban su vida personal y su carrera profesional eran más secretos.

—¿Por qué?

—Digamos que mi maestra tenía... una peculiar visión de la magia y sus límites.

Leticia cerró los ojos e inspiró profundamente.

—¿Estamos hablando de magia negra? —Rosita sonrió con fingida inocencia, lo que, por supuesto, solo podía significar que era culpable como la que más—. No vamos a hacerlo. No deberíamos. Sácate esa idea de la cabeza.

—Solo necesito material genético, o uno de sus objetos personales, y la habré localizado en menos de cinco minutos.

—¿Sí? ¿Y si resulta que se ocultan en el Valle de Lágrimas como ya han hecho antes, qué harás, abrirás un portal a un plano maligno para ir a buscarla tú solita?

—Si hace falta... —Se encogió de hombros. Loca de remate. Y no precisamente el tipo de locura por el que se había fijado en ella.

No podía estar teniendo esta conversación, de verdad que no. No solo era terriblemente arriesgado para su integridad física y espiritual, sino que, además, si Rosita era descubierta realizando magia negra, podía ser sancionada tanto por las brujas como por la Guardia. La pena más leve a la que podía enfrentarse era el exilio vitalicio. Por no hablar de que ella podía olvidarse de seguir siendo agente.

—No. De ninguna manera. Me voy de aquí y tú vas a olvidar esa estupidez. ¿De acuerdo?

Rosita resopló con una sonrisa picara.

—No puedes darme órdenes. Nadie puede. —Dio media vuelta para marcharse y le guiñó un ojo—. Llámame cuando estés desesperada y «no deberíamos» deje de ser un impedimento. —Se encogió de hombros con la altanería de quien se sabe victorioso.



La paranoia le había mantenido en vela durante toda la noche, y cuanto más agotado y débil se sentía él, más fuerte se tornaba la Voz. Había llegado al punto en que tomaba las pastillas a puñados, entre trago y trago de café, para poder oír sus propios pensamientos.

A primera hora de la mañana se levantó y se vistió con su traje más elegante en un esfuerzo por parecer la mejor versión de sí mismo. Cogió el móvil de su mesilla de noche y meditó la posibilidad de llamar a Sabele. Sabía que seguramente seguía enfadada después del numerito en la inauguración de la exposición, y que no le debía nada, pero la necesitaba. Miró la pantalla, pensando en un mensaje de auxilio que escribir. La Voz no tardó en manifestarse.

«¿Qué haces? Cobarde. Huyendo a besar los pies de quienes te han rechazado ante la más mínima complicación. No la necesitas. Ahora me tienes a mí». Cal apretó el puño y dejó caer el móvil en el suelo. Una oleada

de rabia le invadió y se descubrió a sí mismo golpeando la puerta de su armario con todas sus fuerzas.

«La echo de menos...», pensó, a pesar del dolor en su pecho al reconocer la verdad que implicaban aquellas palabras. Estaba muy lejos de superarlo.

«Ella a ti no», respondió la Voz.

«Sigue siendo mi amiga. Me conoce mejor que nadie».

«Ahora ya no. No te conoce mejor que yo. No ha visto la oscuridad y los secretos que yo he presenciado en tu interior».

«Vete», ordenó, y la Voz desapareció, ahogada en el efecto de la droga.

Se agachó para recoger el teléfono, que se había agrietado justo en la esquina de la pantalla, invadido por el súbito temor de que Sabele se diese cuenta de cómo era en realidad, de la naturaleza sombría que aún moraba en su mente, en su alma. Le escribiría más tarde para pedirle una de las pócimas somníferas de Rosita. Nada más. Un mensaje. Y ya está. No significaba nada.

Se encerró en su despacho, que aún cobijaba todos los objetos personales de su padre, con una taza de café muy cargado. Intentó concentrarse en el papeleo que tenía delante, confiando en que el exma le diese el margen de tiempo que necesitaba para seguir siendo una persona funcional.

Al cabo de una hora, José llamó a la puerta del despacho para repasar con él su agenda del día; Cal se había tragado dos pastillas más antes de que llegase para acallar la paranoia, esa que le decía que tramaba un plan secreto contra él, que no podía confiar en nadie porque todos querían su cabeza y su puesto. En esta ocasión, las pastillas optaron por confundirle. Apenas comprendía lo que su tío le decía. ¿Jimena, la tía de Sabele? ¿La ceremonia de elección? Sí, debía de estar hablando de eso. La ceremonia. Claro, había sido la noche anterior.

—Tienes una reunión con la nueva Dama a las doce de la mañana para hablar del nuevo tratado y otra a la una con la Guardia para coordinar la búsqueda de las Lozano.

—¿Las Lozano? —Aún había algo que se removía en él al oír aquel apellido. El fuego en su cuello, la risa malvada, la crueldad, la magia al

desaparecer lentamente de su cuerpo para no ir a ninguna parte, cada una de sus células pudriéndose, muriendo, en la fría nave industrial.

—Sí... Por su huida. —Cal abrió los ojos de par en par. No. Ellas también no. No podía estar rodeado de enemigos. En el exterior, en el interior, en su ciudad, en su casa, en su cuerpo. Tenía que haber alguien de su parte que pudiese ayudarlo—. ¿Te encuentras bien? Es lo primero que te he contado al entrar.

Cal asintió.

—Cambia la reunión para otro día —ordenó; no se sentía con fuerzas para visitar territorio hostil.

—Sé que lo de anoche fue... intenso —dijo ante su silencio—. Pero estamos trabajando en ello. Quieres... ¿quieres hablar con tu padre del tema? —preguntó, y el estómago de Cal se revolvió aún más.

«¿Para qué?», dijo la Voz. «¿Para que te recuerde que a su niño bonito, a su precioso Fausto, nadie habría querido matarle?».

—¿Para qué?

—Pasó muchos años en tu posición. Seguro que puede ayudarte... Además, es tu padre.

Cal rio.

—Solo ahora que no tiene una opción mejor...

—Creo que te equivocas con tu pa...

—¡No quiero hablar de mi padre! —Asestó un puñetazo en la madera del despacho y el dolor del impacto subió por su muñeca.

—De... de acuerdo. —José retrocedió, agachando la mirada—. Procura no dejarte ver demasiado. Recuerda que no queremos que los traidores sepan que te encuentras en perfecto estado. He mandado a casi todo el mundo a casa hoy, a todos los que he podido. Creo que ellos nos son fieles, pero... ten cuidado.

«Gran idea. Encerrarte en una casa rodeado de sus fieras. De su gente de confianza. ¿Quién te salvará entonces? Tienes que demostrarles quién tiene el poder».

Cal no respondió. Mantuvo la mirada perdida en la pared hasta que oyó la puerta cerrarse.

—Se acabó —dijo en voz alta; no pensaba seguir esperando a que

atacasen en cualquier momento, a que le pillasen desprevenido. Sintió la aprobación de la Voz, y eso le dio fuerzas.

Se puso en pie y caminó hacia la vitrina de su padre. Abrió las puertas de cristal de par en par y tanteó los frascos y botes. Aún tenía los sentidos embotados, así que tardó unos cuantos minutos en reunir la concentración suficiente para recabar ingredientes. Perfecto. Tenía todo lo que necesitaba.

Con un chasquido de dedos hizo que una sombra echase el cerrojo de la puerta del despacho por él. Despejó la mesa de papeles, notas y bolígrafos, apartó su portátil y se detuvo en seco al llegar a la foto enmarcada de su padre, Fausto y él cuando no eran más que niños. La cogió con las manos temblorosas y la sostuvo frente a él. Gabriel Saavedra había mantenido aquel marco en el escritorio de su despacho durante dos décadas, como si así pudiese conservar una pizca del espíritu de la familia feliz que en ella aparecía. Los dos niños sonreían mientras Gabriel les alzaba en el aire, en el jardín de esa misma mansión, antes de que la derruyeran para volverla a alzar con un nuevo rostro. Solo habían conservado el invernadero. Su madre había sacado la fotografía. Si cerraba los ojos aún podía ver su pelo liso y brillante ondeando en torno a su rostro, su permanente sonrisa, sus ojos verdes, el intenso color oliva de su piel que contrastaba con el vestido amarillo de lunares blancos, su favorito.

Ya nada quedaba del momento que había capturado aquella fotografía, ni de las personas que aparecían en ella.

Su madre no fue capaz de resistir las miradas de recelo, las malas contestaciones, las burlas, el acoso continuo de la hermandad, y tuvo que marcharse cuando él tenía diez años. Murió poco antes de que cumplierse los dieciséis tras una larga y dolorosa enfermedad que la magia podría haber aliviado con facilidad. Nadie le dijo que estaba enferma. Su padre se lo confesó todo el día del funeral, y Cal aún no le había perdonado.

La sonrisa de su madre se había perdido junto con la compasión y la humanidad de su padre. A los dos niños les habían arrebatado su inocencia poco a poco, y aunque Fausto ya no formase parte de este mundo, no quedaba mucho más del niño que Cal había sido que de él. ¿Qué diría ahora el adolescente enfadado que fue al verle convertido en el estandarte de la institución que destruyó todo lo que le importaba en la vida, que aún

intentaba arrebatarle lo poco que le quedaba?

«Toma lo que es tuyo».

Lanzó el marco contra la pared con un grito. El cristal que protegía la foto estalló en pedazos y el marco de plata cayó al suelo.

«Toma lo que es tuyo. Conviértelo en algo mejor, en lo que tú quieras. Pero primero, debes hacer una buena limpieza».

No se paró a contemplar el estropicio, ni a pensar en las consecuencias que tendrían sus actos si alguien le pillaba in fraganti.

Sacó un puñado de velas del armario y una tiza, trazó un óvalo en la superficie de madera de la mesa y comenzó a escribir la palabra «ventana» en la lengua muerta una y otra vez en torno a él. Las runas no tendrían ningún significado para un corriente que intentase leerlas, pero cualquier bruja o nigromante podría sentir su poder solo con estar cerca.

Buscó su daga ceremonial escondida entre su cinturón y la camisa negra. La sopesó entre sus manos. Nunca pudo recuperar la vieja reliquia familiar que Helena le había arrebatado, así que tuvo que mandar forjar otra, más sobria y afilada que la anterior.

Extendió su brazo sobre el óvalo y comenzó a recitar el conjuro.

—*Okham Ashna sei Ohm. Okham eino Sakshama.*

Por un instante vaciló. Salvo para defenderse de su atacante la noche anterior, no había vuelto a emplear su magia desde que la creyó perdida, no con tanta sangre fría. Desconocía los efectos que tendría sobre su cuerpo, sobre las cicatrices que le cubrirían de por vida, ¿reanimaría a las sombras que casi le consumieron? Tampoco conocía el alcance del poder del invasor en su cuerpo, ¿a quién de los dos pertenecía exactamente la magia? ¿La podría controlar?

«¿A qué esperas? Vamos. Hazlo de una vez». Cal obedeció.

Deslizó el cuchillo por la palma de la mano y dejó que las gotas de sangre fluyeran hasta empaparle la piel.

—*Okham Ashna sei Ohm. Okham eino Sakshama* —repetía mientras golpeaba la mesa con la palma de la mano abierta, dejando tras ella la marca de su palma ensangrentada. Sabía qué nombre debía pronunciar, a quién estaba buscando—. Abel.

Una onda de energía, tétrica y gélida, recorrió su cuerpo. Las sombras le

visitaron, pero esta vez no se atrevieron a quedarse, ni a reclamar su cuerpo. Su alma ya no les pertenecía, ahora eran ellas las que estaban a sus órdenes, incondicionalmente. Cal era su dueño.

Un rayo de luz negra brilló dentro del contorno de tiza, en la forma de un óvalo casi perfecto. Cal sintió como las defensas que protegían a Abel se resquebrajaban ante la implacable fuerza de su nueva magia. La superficie de la mesa se transformó en un cristal transparente y el rostro del joven apareció al otro lado. Cal se asomó para ver mejor con quién estaba hablando aquel al que consideraba su principal enemigo. Se encontraba en una sala lúgubre pero elegante, decorada con lámparas de oro, alfombras persas y una mesa de mármol negro. Sintió una puñalada atravesar su espalda. Se sentía decepcionado, pero no podía decir que estuviese del todo sorprendido. Los dos hombres que se sentaban en torno a la mesa fumaban puros y bebían coñac, como en un anuncio de los años cincuenta. Don Lázaro y Ruiz.

—¿Estás seguro de que está muerto? —dijo don Lázaro, sentado en una lujosa silla tallada como si fuese un trono.

—He visto el cadáver con mis propios ojos —explicó Abel—. Han intentado tapar el asunto, pero tengo más aliados de los que ellos creen.

Ruiz se echó a reír.

—Vaya... quién lo iba a decir del cachorro Saavedra. Siempre creí que era un mojigato endeble, con todas esas payasadas de la pintura, de los amigos corrientes y de la novia bruja. Igual nos hemos equivocado con él.

Cal apretó los puños al comprobar que así era como le veían. Débil. Además del odio que le despertaban los traidores, se sintió ridículo y pequeño. Había sacrificado su respetabilidad... ¿a cambió de qué? De sus amigos, a quienes no tenía tiempo de llamar y que no se acordaban de llamarle a él. De la que fue su novia, a la que no sabía si había perdido también como amiga. De su arte... ¿para qué le servía su arte ahora? Apretó tanto que sus uñas se clavaron en la herida, aún sangrante, y no se detuvo a pesar del dolor. ¿Quién se creía ese chupóptero, corrupto y mentiroso para hablar tan a la ligera sobre su vida?

—No me creo que haya sido cosa del chico. No tiene lo que hace falta —sentenció Lázaro. Miró a Abel—. ¿Quién más lo sabe?

—Mateo Hernán, Carlos Lozoya y José.

—Ah, sí —continuó don Lázaro—. José no se despega del chico últimamente, tendremos que ponerle más vigilancia.

—Es joven y manipulable. —Ruiz se encogió de hombros—. Si fuese mi ahijado, yo tampoco me alejaría de ese regalo del cielo.

—No entiendo a qué estamos esperando. —Abel se levantó y merodeó de un lado a otro de la sala como el perro rabioso que era—. Tenemos aliados suficientes, somos más fuertes. ¿Por qué seguimos aguantando a ese traidor en el poder?

—Esperamos a que cometa un error que su hada madrina no pueda remediar —dijo Ruiz—. Entonces ni sus pocos aliados se mantendrán firmes. Presentaremos una moción de censura y ganaremos. —Se encogió de hombros—. Así de fácil.

—No quiero presentar una maldita moción, quiero luchar. ¿Qué clase de cobardes somos? Recuperemos el lugar que nos pertenece, como nigromantes, no como verdaderos cob...

Las palabras de Abel quedaron interrumpidas cuando don Lázaro agitó la mano y le hizo caer de bruces contra el suelo; una sombra había tirado de sus tobillos y lo arrastraba por el suelo. Gimió cuando su nariz se rompió contra la moqueta y comenzó a sangrar.

—No somos bestias salvajes, sino personas civilizadas. No necesitamos valernos de más violencia que la justa e imprescindible. Unas gotas de veneno, una sombra en la oscuridad... La historia de la humanidad está poblada de horrores, la de los nigromantes de secretos. ¿Comprendes, maldito necio?

Abel se incorporó lentamente y miró al anciano con un odio desmedido. Aun así, asintió. Una contundente demostración de fuerza era la única forma de ganarse el respeto de personas como Abel.

—Lo primero que debemos hacer es dejarle sin protectores, aislarle. Eso le volverá torpe, más aún. Mientras su padre viva, el resto de la cámara no se atreverá a darle la espalda al cachorro abiertamente, pero sin su apoyo... —continuó diciendo don Lázaro, que dirigió una significativa mirada a Ruiz.

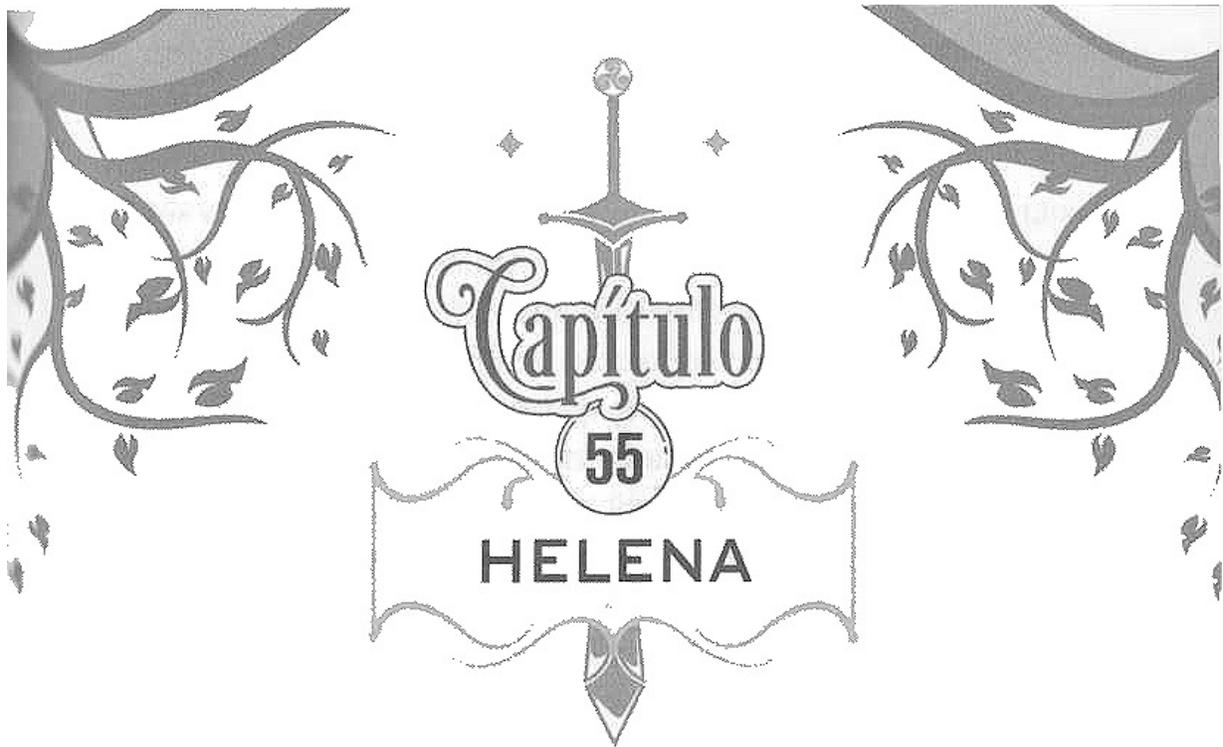
El hombre, unas décadas más joven que el anciano, asintió.

—Es hora de que nuestra estirpe vuelva a guardar un par de secretos.

Había visto suficiente. Cal extendió la mano por la mesa, emborronando los trazos de tiza hasta que la imagen se desvaneció por completo.

Iban a volver a traicionar a los Saavedra, iban a reducir a polvo los restos quebradizos de la poderosa y ancestral familia. Tras siglos de fidelidad, sus seguidores y devotos aliados habían aguardado pacientes a que llegase su momento de debilidad como serpientes silenciosas. Creían que él, Caleb Saavedra, encarnaba la decadencia de su estirpe. Esos viejos creían que no era más que un joven estúpido al que podrían desbancar sin que ofreciese resistencia. Creían que eran más fuertes que él.

«Demuéstrales cuánto se equivocan».



Entre las paredes cubiertas de grafitis se abría una fina grieta en el espacio y el tiempo, lo suficientemente grande para dejar salir a cualquier ser que no perteneciese a esa dimensión. Ocupaba el lugar exacto en el que se encontraron los vestuarios de lo que había sido un gimnasio masificado antes de la crisis financiera de 2008. Casi diez años más tarde, los únicos seres que los visitaban eran las ratas y las arañas. En mitad de una de las olvidadas salas, unas cuantas velas, diseminadas en torno a un pentagrama, devolvían a la vida el espacio deshabitado.

Las tres primas Lozano se habían abierto paso gracias a su magia entre los carritos oxidados, el pladur que se había venido abajo de techos y paredes, los muebles dejados atrás por sus dueños y los cristales rotos esparcidos por doquier. No era un lugar acogedor, pero podría servir de refugio a las fugitivas mientras se afanaban por encontrar al ente a quien consideraban el salvador de su estirpe, el dios que invocaron desde el corazón del mismísimo Valle de Lágrimas, para rogarle que guiase a las

brujas a una nueva era de gloria. La falta de comodidades nunca había amedrentado a las Lozano, casi pudiera parecer que las desdeñaban. Sin una sola protesta por el hedor a material de construcción podrido o por la falta de salubridad, las tres brujas se pusieron a trabajar. Debían ser rápidas y certeras. No tenían mucho tiempo antes de que alguien pudiera quebrantar las barreras mágicas y localizarlas. Permanecer en continuo movimiento era su única opción para sobrevivir. Después de todo lo que habían hecho, esas cobardes del aquelarre y los inquisidores de la Guardia les darían caza sin tregua.

Dispusieron las velas, trazaron las líneas y recitaron las palabras. El rostro de Helena se encogió en una mueca de rabia cuando encontró cerrada la brecha que tan pacientemente había alzado entre ambos mundos. ¿La Guardia, el Consejo de brujas, los nigromantes, tal vez? Su lista de enemigos no cesaba de engordar, pero una nimiedad como esa no iba a detener a una Lozano. Apretó las mandíbulas y gimió por el esfuerzo mientras la magia fluía desde su cuerpo, expandiendo poco a poco la fina grieta lo suficiente para que pudiesen cruzarla una a una.

La expedición fue en balde.

Recorrieron aquella yerma tierra sin dar con ningún rastro del ser. La primera en rendirse fue la propia Helena.

—¿Adónde vas? —preguntó Rocío al ver que el cuerpo de su prima reaparecía lentamente y dejaba atrás el ardiente aire de aquel lugar que podrían haber confundido con el infierno.

—No está aquí —dijo, nada dispuesta a dar más explicaciones.

El plan inicial había sido invocarle para ofrecerle su propio cuerpo como ofrenda, permitir que se hiciese a su nueva condición humana poco a poco y sin interferencias hasta que pudiesen compartir la conciencia de su cuerpo. Entonces emplearía su poder para devorar la magia ajena y acabar con el corrupto don de los nigromantes. Las brujas habrían ganado la fuerza de una divinidad y un mundo limpio de sus rivales naturales con un solo conjuro. Todo echado a perder por culpa de la maldita Flora y su miedo a gobernar, al verdadero poder de la magia más allá de esa endeble y evasiva diosa suya. Su fracaso significaba que había liberado una fuerza incontrolable y hambrienta en un mundo que no le era familiar. Podría

haber ocupado la forma de cualquier ser vivo sobre la tierra y bajo el mar, pero Helena intuía que una criatura de semejante poder no se habría conformado con un ser menor. Tenían que encontrarle antes de que sus enemigos lo hiciesen y comprendieran las posibilidades de su magia.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Macarena, quien estuvo a punto de apoyar la mano en el hombro de su prima, pero se autocensuró justo a tiempo. Helena no estaba de humor para permitir que nadie la tocara.

—Enviaremos un mensaje abierto para él. Esté donde esté, lo percibirá, no me cabe duda.

—¿Pero eso no es como lanzar una carta en una botella al mar? —preguntó Rocío, escéptica. El desdén en la mirada de Helena le bastó como respuesta y le hizo tragar saliva.

—Extended la mano —ordenó. Las dos brujas unieron las palmas de la mano en el aire. Helena sumó la suya a la trinidad y con su mano libre trazó un círculo en torno a ellas que concluyó llevando una esfera de fuego hasta el borde de sus labios—. Lleva estas palabras a su legítimo dueño, esté donde esté, déjale oír, en todas sus posibles formas, que le estamos buscando. Sigue su rastro en todas las direcciones posibles y dile, dile que somos sus servidoras. Haz que venga a nosotras. —La llama desapareció en el aire cargada con aquella verdad a medias. Helena y las suyas estaban dispuestas a venerar a la criatura, pero solo porque podía ayudarles a cumplir sus más fervientes deseos—. Vámonos de aquí. Macarena, busca el siguiente lugar de la lista. Rocío, recoge todo esto —dijo con un aspaviento. Las dos primas asintieron y se pusieron manos a la obra mientras Helena se mordía, distraída, la uña del dedo índice.

Esta vez no se iba a contentar con eliminar a todos los nigromantes y arrebatárles su magia, no. También iba a enfrentarse a quienquiera que hubiesen escogido en esa farsa de ritual, la ceremonia de elección, y le pondría un anillo de llamas en torno al cuello. Pasaría de ser una prisionera política a una heroína de leyenda. Cuando hubiese acabado con la ignominiosa existencia de los nigromantes, los libros de historia la recordarían como la más grande, la primera y única reina de *todas* las brujas. Para una Lozano, dominar el aquelarre de Madrid era un logro que sabía a poco. Nadie volvería a cuestionar su poder, y todos los que se

habían atrevido a apresarla y humillarla, bruja o corriente, suplicarían su perdón de rodillas, arrepentidos por sus pecados.



Su padre había insistido en que quería verle, o eso era lo que José le había transmitido. Hacía años que su padre no mostraba el más mínimo interés por lo que hacía, dónde ni con quién (a no ser que pudiese perjudicar su imagen), pero quizá su nuevo cargo (y haberse quedado sin alternativas en su sucesión) había reavivado sus instintos paternos. Si de algo estaba seguro era de que no reclamaba su presencia para decirle lo orgulloso que estaba de él.

Después de descubrirse a sí mismo planeando la muerte de sus enemigos, Cal apenas podía mirarse al espejo. Ya había arrebatado una vida, pero fue en una situación extrema, para defenderse, no tuvo tiempo para pensar. O de eso intentaba convencerse.

En un fugaz momento de lucidez se había asustado tanto por la intensidad de sus intenciones que logró reunir la fuerza de voluntad suficiente para arrastrarse a la cocina y servirse un vaso de agua que le ayudase a tragar un buen puñado de pastillas, una dosis mucho mayor de la

que podría matarle, según le había advertido el vendedor. El exma no le mató, pero sí que hizo que prácticamente tuviese que arrastrarse hasta su cama, donde durmió profundamente hasta bien entrada la tarde. Le despertó la mano de José, meciéndole con una muestra de algo parecido al afecto. Seguramente lo habría sido sin el tinte de temor que hizo que retrocediese rápidamente ante el primer signo de consciencia de Cal.

Cal se frotó los ojos y descubrió con incredulidad, al mirar el despertador sobre su mesilla de noche, que había dormido durante la mayor parte del día. Experimentó ese trance fugaz durante el que le costó recordar dónde estaba y en qué circunstancias llegó hasta ese lugar. Muy a su pesar, los recuerdos de en quien se estaba convirtiendo seguían ahí. Igual que la Voz.

Tras asearse lo suficiente para estar presentable hizo de tripas corazón y bajó las escaleras hasta el dormitorio de su padre, donde Gabriel pasaba la mayor parte del tiempo desde que la maldición del tratado se cernió sobre él. Llamó a la puerta con los nudillos dos veces y la abrió con un deje de reparo. Siempre se había sentido como un intruso en la vida de su propio padre. Entró en el cuarto, preparado para retroceder en cualquier momento por si Gabriel, detenido junto a la ventana, había cambiado de opinión. Al igual que el resto de la mansión, la estancia había sido decorada con exclusivos muebles de diseño de los materiales más lujosos que pudieron encontrar, en una gama que entremezclaba la oscuridad del negro y el brillo de la plata.

—¿Querías verme? —preguntó tímidamente, y su padre se giró hacia él con un amago de sonrisa.

Cal se preguntó si José le habría contado lo que había ocurrido durante las últimas semanas: el intento de asesinato, la negativa de gran parte de la hermandad a jurarle lealtad, los extraños arranques de ira de su hijo... El hombre tenía un aspecto desmejorado que no pasaría desapercibido para nadie que le hubiese conocido en sus momentos de gloria, así que quizá no hubiese querido preocuparle. Su delgadez le había hecho envejecer diez años de golpe, y su cabello, aún negro hacía unos meses, se había tornado gris.

Gabriel asintió con la cabeza.

—Pareces extrañado. —Cal no respondió—. Espero que tengas un hueco en tu ajetreada agenda para tu viejo padre.

Había una burla oculta en esa frase en apariencia inofensiva. Años atrás, Cal se había negado a ocupar aquel puesto para poder ser libre, y había acabado esclavizado por su deber de todas formas.

«Si fueses un poco más listo, podrías aprovecharlo en tu propio beneficio», susurró la Voz.

El hombre se echó a toser y tuvo que sentarse sobre la cama. Cal se apresuró a ayudarlo y su padre rio.

—Así es como me tratan todos, como a un pobre viejo a punto de escacharrarse. Ni siquiera José quiere contarme lo que está ocurriendo, como si no pudiese lidiar con ello. —Gabriel sonrió con amargura.

Así que Cal estaba en lo cierto, no sabía nada. Al menos había descubierto qué era lo que su padre quería de verdad: información.

«¿Creíste por un momento que estaba preocupado por ti?», oyó en su mente, y no supo si el pensamiento procedía de él o de la Voz. «Su único hijo ha sido la hermandad, no lo olvides».

—Don Lázaro y Ruiz planean matarte con el apoyo de las Juventudes, eso es lo que está ocurriendo —soltó, sin paliativos. ¿Gabriel quería la verdad? Ahí la tenía. Pero si sus colegas creían que perder a las sombras le había debilitado, estaban muy equivocados. Lejos de mostrarse alarmado, Gabriel asintió con la cabeza, como si no se sintiese en absoluto sorprendido.

—Interesante. Querrán aprovechar el vacío de poder. Tres cabezas de hidra compitiendo por una corona. Me pregunto cómo piensan matarse entre ellos si logran acabar conmigo. —No era la primera vez que descubría un intento de usurpación en su contra, a juzgar por la calma con la que recibió la noticia—. Tienes que encontrarla forma de que hinquen la rodilla y te juren lealtad. No frenará sus ambiciones durante mucho tiempo, pero te dará un margen para ganarte la confianza de tus aliados. Ni siquiera don Lázaro se atreverá a desafiar abiertamente a un líder legítimo.

Cal escuchó, sin saber si reír o llorar ante su consejo. Era como decirle a un hombre que vagaba por el desierto que, si quería solucionar sus problemas, bastaba con que bebiese un buen trago de agua.

—Es una lástima no tener el carisma de Fausto, habría logrado que me siguiesen sin cuestionarme a cada paso que doy.

El semblante de Gabriel se encogió fugazmente en una mueca de desagrado y dolor ante la mención de su favorito. Cal se sintió satisfecho por haber conseguido tocar una de sus fibras sensibles, por comprobar que ni siquiera su padre era infalible.

—Fausto traicionó a nuestra familia, pero amaba esta hermandad —sentenció, mirando a su hijo a los ojos a modo de desafío.

—Tú tampoco piensas que vaya a ser un buen líder —comprendió.

—Creo que tienes madera para ello, pero no el amor, ni el interés. Admito que cargo con parte de la culpa. —Se puso en pie y avanzó un par de pasos hacia él, apoyándose en su bastón negro azabache—. Te permití que te salieses con la tuya, con todos esos caprichos corrientes, con los viajes, el arte, incluso acepté que fueses a dar con... malas compañías, porque creí que, llegado el momento, tendrías la dignidad suficiente para asumir la posición que te correspondía. Siempre me has guardado rencor porque crees que Fausto era mi preferido, pero tú me empujaste a ello. ¿Quieres que crea en ti? Demuestra que lo mereces.

«Eso podemos hacerlo. Podemos mostrarle a este estúpido viejo de lo que somos capaces. Solo tienes que dejarte llevar, cumplir todo cuanto desees. Muéstrale tu visión. Un mundo mejor, un mundo sin traidores».

Cal se llevó la mano a la frente. El amasijo de voces, la de aquel ser en su mente, la de su padre, le impedían escuchar la suya propia. ¿Seguía allí siquiera?

«Eres mil veces más poderoso de lo que ninguno de ellos podrá serlo jamás. Recuérdales cuál es su lugar. Póstrales».

—Celebra el ritual de la jura de lealtad, oblígales a posicionarse —dijo su padre, pero Cal apenas podía escucharle.

«¿Qué excusa te vas a poner ahora? Toma lo que quieres. Toma lo que es tuyo».

—¡Basta! —exclamó Cal, y las sombras brotaron del interior de su cuerpo, de cada arrojito de oscuridad en la sala, de debajo del suelo, del techo, en una vorágine que hizo estallar los cristales de las ventanas y jarrones, que reventó cajones y armarios e hizo temblar toda la habitación.

Cuando Cal volvió en sí, con la respiración acelerada y cubierto de sudor, se encontró con la inescrutable mirada de su padre.

—Es... es imposible. La maldición...

«Quizá así comprendas de lo que soy capaz».

Cal dio media vuelta en busca de la salida, aturdido por todo lo que acababa de ocurrir y por el ruido en su cabeza. Dio un portazo tras de sí y, antes de que pudiese llegar hasta su habitación, un dolor en el pecho y en las entrañas le tumbó de rodillas. Gimió, aturdido. ¿Qué le estaba sucediendo? ¿Se trataba de un nuevo intento de asesinato, un veneno, quizá, un maleficio? Se sentía como si sus adentros luchasen con todas sus fuerzas por abandonarle. Una llama apareció de la nada ante sus ojos y avanzó en el aire, deteniéndose en seco, como si estuviese esperando a que la siguiese.

«Me temo que es por mí. Alguien nos está invocando. Me están invocando. Quieren mi poder. Nuestro poder».

Cal no supo qué responder. El dolor le impedía razonar, hacía solo unos minutos hubiese hecho cualquier cosa por deshacerse de la Voz, ¿la querían? Que la tomasen entonces. Era toda suya. Sin embargo, después de escuchar las palabras de su padre, de descubrir lo que en realidad pensaba... «Demuestra que lo mereces». Cal no era el tipo de persona que lograba someter a su voluntad a los demás, ni creyó que pudiese llegar al punto de desearlo, pero junto a la Voz... con su poder...

«Estaba seguro de que acabaríamos entendiéndonos», dijo la Voz, pero el dolor continuaba.

«Haz que pare».

Una risa retumbó en cada recoveco de su cráneo.

«Me temo que solo hay una manera de detenerlo».

Dio un paso adelante, hacia la llama, que avanzó unos cuantos centímetros más. El dolor se atenuó. Siguió a la llama por el pasillo de la mansión, escaleras abajo, a través de los jardines. No iba a permitir que le arrebatasen su poder, no de nuevo. Estaba cansado de doblegarse ante los demás, esta vez sería más inteligente que ellos, más cruel si era preciso; esta vez iba a hacer que el mundo se moldease a su voluntad y no al revés. Sacó el teléfono móvil del bolsillo de su chaqueta y llamó a su chófer para que le preparase un coche. Quiquiera que hubiese osado invocar a la Voz

conseguiría lo que se proponía, acudiría a la llamada.



Lo primero que Sabelle habría hecho en circunstancias normales ante un paisaje como el de la isla de Skye sería pedirle a alguien que le sacase una foto para su perfil de Instagram. Estaba convencida de que con un cielo tan infinito como aquel, tan solo acariciado por las afiladas cumbres de roca gris de oscuro basalto y maleza verde, amarilleado por el tibio calor del verano, se habría vuelto viral en cuestión de minutos. Tenía la suerte de haber visitado algunos de los parajes más hermosos del planeta, pero ninguno combinaba la belleza de aquellas colinas, cascadas y ríos con el inhóspito carácter de una tierra despoblada, en la que muy pocos se habían atrevido a hallar su hogar.

Se bajó del coche y extendió los brazos, eufórica.

—Es... es lo más bonito que he visto en años. —Sintió que se le humedecían los ojos, como cada vez que contemplaba una obra de arte, natural o fruto de manos humanas.

—Supongo que no está mal —dijo Luc junto a ella.

—Bienvenidos a la península de Trotternish —dijo Matt, bajándose del coche tras ellos con su mismo entusiasmo.

—¿No será peligroso ir por mitad del campo como si nada? —preguntó Ame, seguramente más preocupada por sus amigos que por sí misma—. Quiero decir, ¿hay algún tipo de ser mágico hambriento como los kelpies?

—La verdad es que no lo sé. Nunca antes había visitado Skye. Pero miles de turistas vienen todos los años a hacer senderismo y, que yo sepa, no ha habido más de un par de desaparecidos.

—Qué bien... *solo* un par —dijo Luc.

Sabele optó por dejar de escuchar y cerró los ojos para sentir la brisa marina en su rostro. Cuando cruzaron aquel escueto puente de la A87 escocesa no imaginó los paisajes que les aguardaban al otro lado. Habían empezado a explorar la isla por el norte porque tenían la esperanza de encontrar la entrada al reino de Sidhe, hogar de los seres feéricos, en las cercanías de un lugar llamado Fairy Glen, el valle de las hadas. También había unos famosos riachuelos que se convertían en cascada al sur conocidos como Fairy Pools, pero después de lo ocurrido con Luc y los caballos acuáticos prefirieron mantenerse lo más alejados como fuera posible de la combinación de agua y magia.

—¿A qué distancia estamos de Fairy Glen? —preguntó Sabele, volviendo a reunirse con el grupo después de sacar unas cuantas fotografías.

—Treinta y dos minutos, según Google Maps —dijo Ame, señalando su móvil.

—¿De qué compañía eres? —preguntó Luc con el ceño fruncido mientras buscaba un atisbo de su conexión a internet—. No tengo ni una maldita rayita.

—No sé. Está hechizado —Ame se encogió de hombros—, así que supongo que de todas.

Luc resopló malhumorado.

—Ah, ya. Brujas. Cómo he podido olvidarlo.

Volvieron a subirse al coche, muy a pesar de Sabele, quien podría haber pasado horas paseando por aquel paisaje.

Tras un breve trayecto por una carretera angosta y unidireccional

vadeada por hermosas llanuras y despeñaderos de espanto que les hicieron serpentear por toda la península, acabaron por detenerse cuando el camino se volvió intransitable para cualquier vehículo.

—Por fin, pensaba que no había nada más que granjas dispersas por aquí —dijo Luc, aliviado. Aunque Ame no tardó en acabar con sus ilusiones.

—Y ahora, a andar —anunció Ame, móvil en mano. Luc se quejó y Matt y Sabele se bajaron del coche prácticamente a la carrera, entusiasmados por la idea de dar un paseo en lugar de estar sentados en el vehículo.

Avanzaron por un laberinto de verdes montículos en el que se encontraron con tan solo una pareja de turistas y sus hijas pequeñas de vuelta de la atracción turística y con unas cuantas ovejas que los miraron con recelo.

—¿Cómo sabremos que hemos llegado? —preguntó Luc—. A mí me parece todo exactamente lo mismo desde hace un rato, nada que diga «Eh, aquí nos va la magia».

Las miradas de los tres extranjeros se posaron sobre Matt, quien volvió a encogerse de hombros con algo de apuro, como si quisiese decir «Lo siento, ser escocés no me convierte en un experto en turismo rural o colonias de hadas».

—Normalmente son los habitantes de Sidhe quienes te encuentran a ti cuando quieren y no al revés. Lo cierto es que llevan toda mi vida advirtiéndome sobre cómo evitarlas, a mi abuela nunca se le ocurrió contarme historias que explicasen la forma de encontrarlas.

—¿Por qué tienen fama de ser tan peligrosas? En Japón, las *yósei* son consideradas seres de luz. Su piel brilla como si tuviesen un farolillo en el corazón, viven en el interior de los árboles y solo se muestran ante las personas de gran nobleza —dijo con cierto orgullo—. Cómo me gustaría llegar a ver una *yósei*. Mi prima Hitomi jura que vio una de niña, pero yo no sé si creérmelo...

—Hazme caso, tu prima Hitomi no querría encontrarse con una de nuestras hadas —advirtió Matt—. Las historias cuentan que secuestran a humanos desprevenidos y les obligan a bailar hasta la muerte por diversión,

pero no es del todo exacto. El pueblo de Sidhe ha vivido durante tanto tiempo que su corazón ha acabado por volverse de piedra, y para recordar cómo era sentir, necesitan a los humanos. Después de todo, su magia se apoya en la fuerza de las emociones.

Sabele se mordió el labio, pensativa. De niña tenía un viejo libro de cuentos celtas de Irlanda y Escocia. A pesar de su corta experiencia vital, se percató de que los cuentos escoceses eran mucho más oscuros que los de sus vecinos, aunque nunca había comprendido la razón. Quizá se debiese a que las antiguas leyendas beben de la realidad mucho más de lo que cualquier corriente podría esperar.

—O sea que, técnicamente... somos su fuente de alimento —reflexionó Sabele en voz alta.

Luc se detuvo en seco y les miró como si estuviesen todos mal de la cabeza.

—Eh, parad el carro. A mí nadie me dijo que íbamos a visitar a una tribu de caníbales.

—No te preocupes, tú estás a salvo, ¿quién iba a querer comerte a ti? —susurró Sabele, lo suficientemente alto para que el músico lo oyese y le respondiese con un gesto soez que Sabele imitó sin ningún pudor. Luc resopló para disimular una sonrisa.

—¿Crees que podríamos escribir un blog sobre esta experiencia y llamarlo «Viajando con niños»? —le preguntó Matt a Ame, quien no logró contener una risita ante los gestos de agravio de los dos aludidos—. No funciona exactamente así, Luc, la dieta de los *daoine slth*, como les llamamos en mi tierra, es estrictamente «vegana». Por lo que tengo entendido solo consumen bayas y néctar, y lo hacen por su sabor, no porque necesiten los nutrientes, lo cual es fascinante y sería un gran tema para una tesis, ahora que lo pienso. —Por un momento, su mirada se perdió en el infinito hasta que se dio cuenta de que todos seguían mirándole, expectantes—. Y en cuanto a los humanos, lo único que les interesa son nuestros miedos, deseos, nuestra alegría, nuestra ira... Por eso suele considerárseles... poco de fiar.

Continuaron andando a través de los serpenteantes caminos mientras Matt les narraba las numerosas precauciones que debían tener con las

hadas, eso sí, añadiendo siempre la muletilla de que «no tenía por qué ocurrir nada». No debían comer ni beber nada que les ofreciesen, ni darles información demasiado personal, y cuanto menos les escuchasen, mejor, así se asegurarían de no caer en la tentación de aceptar uno de sus famosos tratos envenenados como le había sucedido al tal William.

—Pero, sobre todo, no se os ocurra sumaros a los círculos en los que danzan, aunque no muráis, podrían atraparos por toda la eternidad, o al menos hasta que se os cayesen los pies de tanto bailar. Claro que, como médico en ciernes, tengo que decir que creo que eso sería mucho, mucho tiempo bailando.

Sus pasos se detuvieron poco a poco cuando el paisaje se transformó ante sus ojos y se encontraron ante una llanura rodeada por montículos que se distribuían en torno a ellos con una gracia casi antinatural, y entre ellos, una espiral de rocas que formaba círculos concéntricos y que desprendía una sensación difícil de explicar, como si en su interior se concentrase un poder insondable y, al mismo tiempo, no hubiese nada. «La magia desaparece en su interior», comprendió. Eso era el vacío que sentía, ausencia de magia.

—Creo que hemos llegado —dijo Sabele al distinguir el monumento—. Vamos —dijo mientras avanzaba hacia la figura.

—Id con cuidado —avisó Matt—, podría ser una trampa, o esconder una maldición.

Sabele se agachó junto a las piedras sin pensárselo dos veces. Su instinto le gritaba que habían dado con el lugar indicado. Sintió una corriente de energía recorrer su cuerpo.

—Es un poder ancestral —susurró, alzando su mano hacia la piedra. «No, no es que no haya magia, es que es diferente a la nuestra». Nunca había experimentado nada semejante.

La energía sosegada, pero viva, de las piedras se remontaba muchos milenios atrás, antes de que brujas y nigromantes perteneciesen a hermandades diferentes, antes de los aquelarres, de la Guardia y del Dios cristiano, puede que incluso antes de la Diosa. A pesar de las advertencias de Matt y de la sabiduría contenida en los cuentos, el deseo de acariciarla era irresistible.

—¡Espera! —Ame corrió a su lado—. Pase lo que pase, lo afrontaremos juntas —dijo la joven, sosteniendo su otra mano con la suya.

Se miraron fijamente durante un instante. «¿Estás segura?», preguntaron sus ojos. Ame asintió con la cabeza y Sabele sonrió, ¿qué había hecho para ganar una amiga como ella? Matt se sumó a la cadena humana, entrelazando los finos dedos de Ame entre los suyos, un gesto que hizo que los dos se sonrojaran hasta la raíz del cabello. Estaban listos. Sabele cerró los ojos, tocó la piedra con la punta de sus dedos y... nada. Alejó su propia mano y la estudió sin comprender por qué solo había sentido el frío tacto de una roca. Tras una pausa incómoda lo bastante larga como para acabar con la sensación épica del momento, los tres se asomaron para comprobar qué estaba fallando. Luc arqueó una ceja al convertirse en el blanco de sus mudos reproches.

—Paso.

—Luc... —comenzó a protestar Sabele.

—En serio, si os vieseis ahora mismo, lo entenderíais. El rollito del todos a una queda muy ridículo cuando tienes más de doce años. ¿Para qué vamos a morir todos innecesariamente si resulta que esa puñetera piedra está envenenada o maldita? Mejor que se sacrifique solo uno de nosotros, ¿no? Además, vosotros sois hechiceros, la magia os protege, ¿y qué pasa conmigo, eh? ¿Lo habéis pensado? Pues claro que no.

Sabele se esforzó por ignorar la parte de sentido que tenían sus palabras, porque estaba convencida de que la única forma de cruzar la puerta era que estuviesen todos juntos. Puede que el cinismo tuviese sus razones a veces, pero el instinto de una bruja siempre era más poderoso.

Sin pararse a pedir permiso, Matt extendió el brazo para agarrar a Luc por la muñeca. Antes de que el músico pudiese reaccionar, el brujo se giró hacia Sabele y dijo:

—Hazlo.

Sabele asintió y posó su mano sobre la roca por segunda vez, en esta ocasión plantando la palma en la superficie rugosa con decisión. Sintió que la magia que contenía recorría su cuerpo y les atravesaba uno a uno como un rayo. Un vacío se abrió bajo sus pies donde antes había tierra y cayeron en la oscuridad entre gritos de sorpresa y terror.



«**E**sta vez me he muerto fijo» fue lo primero que pensó Luc al recuperar la consciencia. Abrió los ojos poco a poco hasta que la luz fue dando forma al mundo a su alrededor. Esperaba equivocarse y no estar muerto, porque si aquello era el más allá, se sentía francamente decepcionado.

Se incorporó con torpeza, lleno de tierra de los pies a la cabeza. «Otra camisa cara echada a perder», se dijo mientras se quitaba la suciedad a manotazos y con una mueca asqueada. Cómo odiaba el campo. Sobre sus cabezas había un atardecer tras el que comenzaban a intuirse la luna y las primeras estrellas, enmarcadas por un frondoso bosque que parecía no tener fin. Junto a él, el resto del grupo se desperezaba en un estado de confusión similar al suyo.

—¿Alguien recuerda cómo hemos llegado hasta aquí? —preguntó Ame.

—Esa... maldita piedra —dijo Sabele, llevándose las manos a la cabeza con un gemido. Así que no era el único que se sentía como si tuviese una resaca épica.

—No puedo creer que estemos aquí. En el reino de Sidhe. La tierra de las hadas —dijo Matt con tanto asombro en la voz como en la mirada, con la que contemplaba sus alrededores con avidez, como si no acabase de creer que fuese real—. La tía Susan me va a matar cuando se entere de que no hemos venido a Skye a hacer turismo.

Luc sintió un afilado tacto metálico en la fina piel de su cuello. De pronto fue extremadamente consciente de lo vulnerable que era esa parte de su anatomía.

—Si no nos matan ellos antes —se atrevió a decir.

Ante el grupo había detenidos dos seres (hombres, mujeres, ninguno de los dos, o los dos a la vez; era difícil saberlo y tampoco importaba) de elevada estatura, extremidades largas y rasgos angulosos. El más adelantado, de semblante calmado, tenía el pelo rojo como el fuego. El segundo ser, de cabello oscuro, mantenía el arma en alto, desafiante. Enseguida, su atención se dirigió hacia Luc.

«¿Por qué siempre me tiene que tocar a mí?». Alzó las manos en alto.

—Eh, ¿lo ves, colega... quien seas? Soy inofensivo.

Le habían asegurado que vería hadas y, aunque no esperaba encontrarse con un diminuto ser brillante que nacía de las risas de los niños, se sentía estafado. Las criaturas se parecían más a los elfos de *El Señor de los Anillos*, con ese pelo largo, los ojos rasgados y las orejas picudas. Lo único que no le cuadraba era el vestuario. En todas las series y libros, los elfos solían vestir ropajes de colores discretos. Estos dos, en cambio, parecían haber elegido las prendas más llamativas y chillonas que tenían en el armario y las habían mezclado sin criterio alguno junto a una ingente cantidad de joyas que decoraban sus orejas, manos, cuello y dedos. Parecía que su criterio fuese «cuanto más *brillibrilli*, mejor». Incluso su piel estaba decorada con algún tipo de purpurina.

El hada (o elfo) frunció el ceño ante el sonido de su voz y sintió como la punta de la lanza ejercía un poquito más de presión sobre su cuello, la justa para que se le quitasen las ganas de hablar, lo cual era toda una proeza por parte de las hadas.

—Luc, si yo fuera tú... me callaría —susurró Sabele a su lado—. He venido a anular este matrimonio, no a que me conviertas en viuda.

Se ahorró aclarar que ya había llegado él solito a esa conclusión, muchas gracias.

El ser feérico se giró hacia Sabele, su pelo negro ondeó con el movimiento, y alejó el filo del cuello de Luc para casi posarlo sobre el pecho de la joven.

—Silencio, condenada bruja. Tu estirpe ha liberado el horror que se ha de cernir sobre todos nosotros. —Sabele y Ame se miraron la una a la otra, confundidas—. Si por mí fuese, pagaríais por vuestra osadía. Los humanos no respetáis nada.

—¿Horror? ¿A qué demonios te refieres? Y aparta eso de mí —exigió Sabele, lo que solo logró que el hada diese un paso adelante hacia ella.

—Vosotras lo invocasteis, el poder hambriento que primero asolará vuestro mundo para después venir a por el nuestro.

Un envalentonamiento similar al que sentía cuando llevaba tres copas invadió a Luc. Dio un leve empujón al hada con ambas manos, quien ni siquiera se inmutó.

—¡Eh! No te pases de... —En un movimiento tan veloz que ni siquiera lo vio, el hada devolvió la punta de su lanza a su yugular. Si no hubiese temido autodegollarse, habría tragado saliva—. Vale, vale. Nada de hacerse el héroe, entendido.

Al menos la distracción le proporcionó a Sabele el tiempo suficiente para intentar contraatacar. Alzó las manos en el aire y comenzó a recitar:

—Párpados violetas que sin querer se cierran. Labios rojos que con ganas bostezan. Pesada consciencia, duerme, te entregas. El sueño te reclama en su vasta tierra. —Nada. Absolutamente nada. Sabele se miró las manos sin comprender.

El hada la estudió con una mezcla de asco y lástima.

—Supongo que tendría que haberos advertido que, según las leyendas, nuestra magia no funciona aquí —dijo Matt—. El tiempo no transcurre en la tierra de Sidhe; nada puede morir, pero, técnicamente, tampoco vive.

—Sí. Hubiese sido interesante que lo mencionases —respondió ella.

—¿Qué buscáis en el reino de Sidhe, forasteros? —preguntó la segunda hada, que permanecía alerta, pero serena, al contrario que su irascible compañera. Miró a Sabele directamente a los ojos, desafiante, y la bruja no

dudó al responder. Ojalá tener su temperamento; se las apañaba para hablar y moverse como una reina hasta privada de sus poderes en una tierra hostil. No le extrañaba que quisiese el divorcio, la verdad; Luc no se atrevía ni a respirar muy fuerte por si acaso.

—Buscamos a un humano corriente que se encuentra entre vosotros y, además... Necesitamos romper un hechizo de gran poder, alumbrado bajo la luna de Lugnasad.

—Gran poder —dijo con tono de burla el hada desafiante—. Los humanos no tenéis ni la más remota idea de lo que es un gran poder.

—Me temo que nuestra estirpe no puede interferir con la magia de vuestro mundo, pero hallaréis a alguien que os ayudará en las profundidades del bosque. ¿Estáis dispuestos a pagar el precio de entrada? —preguntó la más serena.

Se miraron los unos a los otros, ¿lo estaban?

—¿Cuál es el precio? —preguntó Sabele.

Por la mente de Luc pasaron mil posibilidades, cada cual más truculenta y sanguinaria que la anterior, ¿el alma de su primogénito, una de sus extremidades, diez años de su vida, un riñón? Claro que, teniendo en cuenta lo pelado que estaba, lo peor que podían pedirle era dinero.

—Un secreto —dijo el hada—, uno por cada viajero.

«Pues no es para tanto», pensó Luc. Ahí iba la segunda decepción del día.

—Las ofertas de las hadas siempre contienen una trampa —advirtió Matt. Los aludidos ni afirmaron ni desmintieron—. Pero hemos llegado hasta aquí. A mí no me importa pagar el precio. No hay nada que me dé miedo contar.

—Ni a mí —dijo Ame, dando un simbólico paso hacia delante.

Sabele buscó a Luc con la mirada, interrogante. Esta vez sí que tragó saliva. Así que un secreto... Había unas cuantas cosas que prefería que Sabele no supiese sobre él, y otras tantas que harían que se muriese de vergüenza si alguna vez salían a la luz. ¿Merecía la pena? Tampoco tenía tantas ganas de anular el vínculo que les unía, ese mismo que le hizo sentir la súplica silenciosa de Sabele. Inspiró hondo, resignado. En fin, solo era cuestión de elegir bien el secreto que iba a confesar.

—A mí me da igual todo —soltó, cuando en realidad quería decir «Veo difícil que vuestra opinión sobre mí pueda empeorar más a estas alturas».

—Pagaremos —anunció Sabele, y el hada retiró el arma para reunirse con la otra.

—Si por mí fuese —dijo el hada irascible, a quien la mera existencia de los visitantes parecía molestarle—, ninguna bruja volvería a pisar nuestras tierras.

—Un secreto por cada viajero —repitió el hada de voz serena.

Estaba a punto de bromear con un «Venga, chavales, ¿quién se moja primero?», como si estuviesen jugando a verdad o reto, cuando sintió su propia voz surgir de su garganta y formar palabras sin su permiso.

—Lo que más miedo me da en este mundo es no llegar a ser suficiente nunca, desperdiciar mi vida y morir solo. —Las sílabas escaparon sin que pudiese hacer nada por remediarlo y se llevó las manos a la boca de la impresión—. ¿Pero qué...?

En el fondo sabía que no tenía derecho a quejarse, podría haber sido mucho mucho peor. A pesar de que no pareciese un gran secreto sintió que sus mejillas se sonrojaban. Y él no era de esos a los que se les suben los colores con cualquier cosa. Miró hacia otro lado, como si así pudiese seguir fingiendo que lo único que le importaba en la vida era su música, que por ella sacrificaría lo que fuese, que no necesitaba ni el amor ni la aprobación de los demás, que estaba por encima de todo eso.

Por suerte para la imagen que Luc se construía cada día, no hubo tiempo para que la revelación calase entre sus compañeros. En cuestión de un par de segundos, otra voz se alzó, derribando un muro mucho más sólido que el suyo.

—Finjo que todo va bien, pero mi hermana Amy lleva tres años sin dirigirme la palabra porque cree que he traicionado todo lo que significa nacer con el don de la magia —anunció la voz de Matt sin previo aviso.

El brujo parecía horrorizado por la revelación. «Vaya panda de sosos aburridos estamos hechos», se dijo Luc. ¿De verdad ninguno de ellos tenía algo ilegal o inmoral que ocultar? Estaba seguro de que, de haber hecho el experimento con su banda, habrían obtenido resultados infinitamente más interesantes. Enseguida se arrepintió de sus pensamientos al ver el dolor y

el pánico en los ojos de Matt. Mierda. Nunca tendría por qué haber confesado algo que le quemaba por dentro de ese modo, en contra de su voluntad. Tenía razón, los juegos de las hadas eran pérfidos y peligrosos. Lo único que se le ocurrió que pudiese hacer para ayudar fue dar dos golpecitos en el hombro de Matt a modo de «Ánimo, tío».

Se miraron los unos a los otros, preguntándose quién sería la siguiente.

Ame contuvo un gemido. Apretó los labios tan fuerte como pudo en un esfuerzo colosal por conservar su secreto, pero era tarde. Ya había aceptado el precio. «Venga, déjalo ir. Seguro que tampoco es para tanto». ¿Qué era lo peor que podía haber hecho la tierna y dulce Ame? ¿Se le había escapado alguna palabrota? ¿Se despistó y se le murió una planta por no regarla?

—El verano que viene voy a casarme con un completo desconocido que mi abuela ha elegido para garantizar el futuro del clan —dijo al fin. Enterró el rostro entre las manos, abochornada.

«Lo retiro». Costaba saber quién parecía más consternado, si Sabele o Matt.

—¿Casarte? —preguntó Matt, como si repetir la palabra fuese a hacer que desapareciera.

Esta vez tampoco tuvieron tiempo para recrearse en el asombro generalizado. Luc, por su parte, tampoco entendía nada, pero lo que quiera que Sabele tuviese que decir le parecía mucho más interesante.

—Yo... —Se mordió el labio y negó con la cabeza. Una fina lágrima se acomodó en el rabillo de su ojo por el esfuerzo. Se estaba poniendo tan roja que el tono de su piel empezaba a pasar al morado.

—Suéltalo ya, que te va a dar algo —dijo Luc, que comenzaba a preocuparse. «Luego soy yo el cabezota».

—Yo... —Siguió forcejeando hasta que de pronto lo dejó ir. No iba a poder impedirlo, así que era mejor arrancarlo de golpe—. De acuerdo, me rindo: estoy enamorada de Luc.

Una de dos: o su corazón se había parado en seco o latía tan deprisa que su ritmo se confundía con el de un zumbido constante. Tenía que haber oído mal. ¿Que Sabele estaba *qué*? Seguro que había dicho «Estoy mazo harta de Luc», pero eso no era ningún secreto.

La bruja clavó la vista en el suelo, su melena rubia cayó sobre sus ojos,

ocultando su expresión, e inspiró tan hondo que parecía que sus pulmones no tuviesen límites.

—¿Qué? —fue lo único que se le ocurrió decir. Silencio—. Eso... ¿es verdad?

Sabele alzó la vista poco a poco y olvidó cómo respirar cuando por fin sus pupilas se encontraron. Intentó interpretar la expresión en su rostro: ¿confusa, aliviada, asustada, decida, todas a la vez? La bruja parecía tan sorprendida como él por lo que acababa de decir en voz alta.

—Bueno... —Matt se aclaró la garganta, girándose hacia él—. Parece que no vas a tener que preocuparte de morir solo.



Leticia echó un último vistazo a la dirección escrita en su móvil y, cuando estuvo completamente segura de no haberse equivocado, llamó al timbre. Por enésima vez se preguntó en qué momento había aceptado formar parte de aquel plan. Parecía una decisión más propia de su hermano pequeño. Tendría que estar allí para detenerla como agente del orden en lugar de colaborar con ella.

Claro que, técnicamente, no estaba de guardia, aunque tuviese su placa en el bolsillo.

No llevaba puesto su formal atuendo de trabajo, pero tampoco se había atrevido con uno de los conjuntos que Luc le había ayudado a elegir. En su lugar se había conformado con unos pantalones vaqueros y una camiseta de rayas. En una mano sostenía una bolsa con comida de la hamburguesería *take-away* de la esquina, como Rosita le había pedido, mientras los dedos de la otra se agitaban con nerviosismo. «¿Quién me manda a mí meterme en estos líos?».

Tras unos segundos en los que su nerviosismo se multiplicó, Rosita apareció al otro lado de la puerta, vestida con un *crop top* ajustado que dejaba a la vista el *piercing* de su ombligo. Había recogido su frondosa melena con un pañuelo multicolor y los mechones rizados escapaban por doquier.

—Buenas noches, Cenicienta. Genial —dijo al verla—, has traído la cena. Pasa, lo tengo todo casi preparado.

Leticia no supo qué primera vez la abrumaba más. La primera vez que estaba en una morada de brujas o la primera vez que Rosita la invitaba a *su* casa. «No te hagas ilusiones», se advirtió. «Hoy se trata de trabajo. Solo trabajo». Después de todo habían escogido aquel escenario por dos motivos: porque todos los utensilios de Rosita se encontraban allí y porque Leticia no quería dejar rastros de actividad mágica ilegal en su apartamento, por si las cosas se torcían.

La deformación profesional de Leticia hizo que sus ojos barriesen cada detalle de la casa con atención, pero su curiosidad pronto se vio acaparada por el despliegue decorativo que Rosita había improvisado para la ocasión.

—¿Es realmente necesario? —dijo señalando las máscaras de madera (que, según Leticia, «daban bastante mal rollo») repartidas por todo el salón y las telas negras que cubrían las ventanas.

—No, pero ayudan a crear el ambiente. La mitad de la magia es concentración. —Rosita se señaló la frente—. ¿Prefieres cenar antes del ritual o después?

Leticia sintió un nudo en el estómago. Le recordaba a la sensación que había tenido cuando en tercero de la ESO intentó copiar en un examen de geografía al comprender que era incapaz de memorizar todas esas capitales. Se había estresado tanto que estuvo a punto de vomitar, y por supuesto jamás llegó a sacar la chuleta del dobladillo de la falda del uniforme. Ese día se dio cuenta de que no estaba hecha para hacer cosas que no le parecían correctas, por muy cómoda o apetecible que resultase la idea, era incapaz de llevarla a la práctica. Desobedecer a sus superiores cuando la situación lo requería podía afrontarlo, invocar a fuerzas malignas que les permitirían cruzar la línea que separaba la magia legítima de la poco ética...

—Mejor luego —dijo—. ¿De verdad es necesario hacer esto?

—La Diosa no nos puede ayudar a encontrar a las Lozano, al menos no la faceta de ella que conocemos. Si queremos dar con ellas tendremos que jugar con las mismas reglas. ¿Lo has traído?

Leticia asintió resignada y le tendió un trozo de tela de encaje negro que ella misma había recortado. Rosita lo examinó con una mueca de decepción.

—¿Solo esto?

—Es todo lo que he podido conseguir. Como comprenderás, dada la situación, la seguridad es extrema en la Guardia. Por no hablar de que le han prohibido el acceso a la mitad del edificio mientras evalúan los daños estructurales que haya podido causar el incendio y...

Rosita le pidió que parase con un gesto de la mano.

—Ya, ya... lo pillo, algo más personal que un trozo de vestido sería más efectivo, pero me las apañaré.

Se sentó en el interior de un círculo, que contenía varios cuencos repletos de especias, huevos de gallina de supermercado y lo que parecía un manojo de plumas. Más que para hacer un hechizo parecía que se estuviese preparando para cocinar una tortilla. Pulsó la pantalla de su móvil y el ritmo de los tambores comenzó a sonar a todo volumen. Lanzó el teléfono sobre el sofá.

—Siéntate. Esto va a llevar un rato.

—Ehm... ¿puedo ayudarte en algo? —Tomó asiento mientras la bruja encendía una a una las velas con un mechero.

—Sí. Es posible que me quede inconsciente en algún momento del proceso. Asegúrate de que no se me quema el pelo.

—¿Inconsciente?

—Sí, a veces los espíritus se equivocan de objeto si no les guías bien. Aún estoy pillándole el truco.

—Creo que será mejor que paremos esto ahora que estamos a tiempo... —sugirió, pero Rosita había empezado a trabajar y no tenía la más mínima intención de detenerse.

Utilizó una de las velas para prender el contenido del cuenco y comenzó a recitar.

—Señora de la luna, ajena a nuestro mundo, acepta esta ofrenda de vida,

de fuego, de aire.

Con un gesto grácil de su muñeca, lanzó las especias a las llamas, que se avivaron con un brillo verdoso y fugaz antes de volver a su estado original. Después cascó los huevos y dejó caer yema y clara en su interior. Rosita cerró los ojos.

Leticia observó en silencio, convertida en un manojo de sentimientos encontrados. Por una parte, estaba preocupada por Rosita y presentía que el ritual era mucho más peligroso de lo que le había contado. Por otra, su curiosidad científica estaba deseando ser testigo de una forma de magia a la que tanto temieron los inquisidores del siglo XIX. Seguramente, si no hubiese coincidido con la época en la que desaparecieron del ojo público para convertirse en un secreto de Estado, hubiesen empleado todos sus esfuerzos por acabar con cada uno de los practicantes de magia negra.

Rosita se movió de un lado a otro mientras murmuraba sílabas sin sentido. Al principio Leticia creyó que su cuerpo se mecía por voluntad propia, como parte de la parafernalia teatral del hechizo, pero a medida que su silueta se volvía nítida y definida, pudo distinguir a los espíritus que giraban en torno a ella, cada vez más deprisa, hasta que Rosita abrió los ojos y alzó la voz.

—Déjame ver lo que ven sus ojos, déjame sentir lo que siente su piel, déjame leer su mente, ser su aliento, viajar en sus pies. —Besó el pedazo de tela y después lo depositó con cuidado en el fuego. Los espíritus disformes, que no pertenecían a ninguna persona viva o muerta como las que Leticia acostumbraba a ver, se precipitaron sobre el pedazo de tela.

Estaban jugando con los límites de la vida y la muerte para obrar un hechizo prohibido entre las brujas y por la Guardia, un poder que violaba la ética, los límites de la privacidad y los derechos del hechizado por igual. Rosita intentaba adentrarse en la mente de Helena Lozano sin permiso, o más bien, los espíritus lo harían por ella. Tras unos segundos sumida en el inquietante trance, Rosita comenzó a convulsionarse.

—¿Rosa? —Leticia se puso en pie y caminó hacia ella, sin atreverse a interrumpirla por miedo a empeorarlo. La joven siguió agitándose, con las pupilas mirando hacia el interior de su cráneo.

«¿Esto es normal?», se preguntó. No podía ser normal. Si era normal,

podía habérselo advertido también, ¿no? «Oye, no te extrañes si de repente parece que estoy teniendo un ataque de epilepsia justo antes de desmayarme».

Tal y como había prometido, la joven cerró los ojos de golpe y cayó inconsciente hacia atrás. Leticia se apresuró a sostenerla por los brazos para evitar que se quemase la preciosa melena o que provocase un incendio en todo el edificio.

—¡Rosita! —la llamó. La joven abrió los ojos lentamente y balbuceó sílabas sin sentido—. Rosita, ¿me oyes? —Tenía dos opciones, pedir ayuda a los médicos de la Guardia y resignarse a ser sancionada y suspendida de por vida, o intentar explicarles a los doctores de las urgencias corrientes por qué su amiga parecía necesitar un exorcista. Por fortuna, no necesitó tomar ninguna decisión. Rosita retornó a su lado con una gran bocanada de aire.

—¡Casas bajas! —exclamó—. Las ventanas. —Leticia la estudió esperando que no se hubiese vuelto loca—. Y las torres. Casas bajas y las cuatro torres. —Miró a la agente fijamente y una gigantesca sonrisa se formó en sus labios pintados de granate—. Creo que sé dónde se esconden.

Leticia contuvo el aliento. La imagen de sus compañeros agonizando tras haber sido engullidos por las llamas volvió a apoderarse de su mente, y la mera idea de que pudiese ocurrirle lo mismo a Rosita hizo que se estremeciera, pero esta vez, las ansias de justicia se antepusieron al miedo. Porque, a sus ojos, eso sí era lo correcto.

—Vamos a por ellas.



Un secreto. Sabía de sus trucos, de sus juegos, de cómo encantaban a las mujeres y los hombres que iban a parar a su tierra para sembrar la discordia en sus corazones y beber de ella como si de agua fresca se tratase.

Les habían hecho pagar con un secreto, pero se habían cobrado mucho más que eso.

El grupo marchaba sumido en un silencio antinatural. Ame y Matt caminaban lo más alejados posible el uno del otro. Sus bromas y charlas se habían apagado, sus miradas cómplices habían sido sustituidas por gestos evasivos. Sabele supuso que, como a ella, la vergüenza, el mal sabor de la mentira y el arrepentimiento les pesaban demasiado para poder andar con más ligereza. Luc no alzaba la voz ni para decir una de sus clásicas ocurrencias y, contra todo pronóstico, Sabele las echaba de menos. Y ella... ante semejante panorama no tenía nada que añadir. Se sentía avergonzada, no tanto por confesar sus sentimientos y exponerse, sino por haber

conseguido engañarse a sí misma durante tanto tiempo.

—Bienvenidos al reino de Sidhe en todo su esplendor —anunció el hada pelirroja, extendiendo la mano para mostrarles un pequeño claro rodeado por casas construidas en los árboles, conectadas entre sí por puentes colgantes de madera. Sabele no distinguió ninguna forma de acceder hasta ellas, pero supo enseguida que estaban habitadas porque sintió las miradas curiosas de las hadas posarse sobre ella desde las alturas.

Las dos hadas guardianas se retiraron a la vez que sus compañeros feéricos, no tan altos pero muy por encima de la estatura media humana, corrían a recibirles; o más bien a comprobar qué clase de incautos se habían presentado en su reino por voluntad propia.

—¡Nuevos humanos! ¡Humanos!

—Espera, no son humanos cualesquiera.

—¡Brujas! ¡Son brujas! —Formaron corros en torno a ellos y se movieron amenazantes, como hienas estudiando el botín que los lobos habían dejado atrás para ellos en busca de las partes que aún se podían devorar. Tenían los ojos enormes, las orejas picudas, la piel cetrina y sus largas melenas revueltas, como si se pasasen el día retozando por la hierba y no se molestasen en acicalarse después. El grupo se encogió ante el acoso de las hadas hasta que quedaron a unos pocos centímetros los unos de los otros.

—Las brujas son tontas. Mira lo que han hecho.

—¡No digas eso! A mí me gustan las brujas —dijo una de ellas, que se acercó para agasajar a sus visitantes con coronas de flores de todos los colores que depositó sobre sus cabezas.

—Calla, qué sabrás tú.

—¡Un artista! Y está enterito.

—Tiene mucha suerte de no haberse encontrado con una *leanan sidhe*.

Una de las hadas le agarró un mechón de pelo al pasar junto a ella y tiró solo para tantearla.

—¡Basta ya! —exclamó, incapaz de soportar sus risitas un solo segundo más. Sintió como ellas se llenaban de fuerza ante su estallido de rabia. Eso era lo que querían, avivar sus emociones. Primero les adoraban, después les maltrataban, en busca de una reacción. No estaba dispuesta a darles esa

satisfacción, inspiró hondo y procuró hablar con la mayor calma posible—. Hemos pagado un precio por vuestra ayuda, ¿vais a ayudarnos o no?

—Aburrida.

—Amargada.

—Lástima... Yo quería jugar con ellos.

—La llevaremos ante la dama verde.

—Sí. A la dama verde le agrada tratar con brujas.

—Le recuerda a cuando ella era una.

El amasijo de voces se entremezclaba hasta formar un murmullo ininteligible, pero si habían dicho lo que Sabele había creído oír... no. Eso era imposible. Por el camino, Matt le contó varias historias en las que las hadas convertían a corrientes en uno de los suyos para jugar con ellos. Se decía que procuraban ofrecerle la inmortalidad a quien no la deseaba, pero ¿a una bruja?

—Venid.

—Seguidnos.

—Sí, eso. Venid.

Se miraron entre sí. ¿Qué otra opción tenían, explorar el reino por su cuenta? Caminaron tras los feéricos, sintiendo las miradas de sus vecinos acechándoles desde los árboles y en las orillas de los estanques.

Sabele avanzaba con cautela, procurando desconfiar de sus guías y preparada para hallarse en mitad de una trampa en cualquier momento. Miraba de un lado a otro, atenta, y fue así como descubrió al primero de los humanos que vería allí, pero no el último. Se trataba de un joven de piel rosada y cabellos y pestañas blancas que jugaba a las canicas con una alegre y pequeña hada.

Parecía... feliz, en paz, de una forma absurda y radical. No daba la imagen de ser la víctima de una retorcida forma de tortura, pero después de cómo les habían engañado con sus secretos, eligiendo aquellos que más discordia podrían causar entre el grupo de amigos, Sabele supo que tenía que haber un truco escondido.

Siguieron su recorrido por el reino de Sidhe, donde los humanos poblaban el bosque casi a la par que las criaturas inmortales: nadaban en el agua, peinaban los largos y sedosos cabellos de sus captores, se deleitaban

con la abundante comida y con los dulces néctares que les servían y, sobre todo, bailaban, bailaban al ritmo de tambores y flautas. Todos con la misma expresión de felicidad insondable que había visto en el rostro del muchacho albino. Nadie adivinaría que eran rehenes. «¿Cómo vamos a encontrar al pintor entre toda esta gente?», se preguntó.

Las hadas se dispersaron cuando llegaron a la entrada de un templo formado por las ramas y raíces entrelazadas del bosque. Las risas y el jolgorio enmudecieron a medida que se acercaban al lugar, como si las hadas prefiriesen mantenerse alejadas. En su interior, sentada sobre un banco de piedra, permanecía casi inerte una mujer con los ojos azules y el cabello negro, suelto hasta la altura de sus caderas. Llevaba puesto un largo vestido verde que le cubría hasta los pies. Alzó la vista con desgana hacia ellos.

—Pobres niños —dijo tras mirarles en silencio durante unos segundos—. Qué osadía venir a pedirle nada menos que dos favores a la gente de Sidhe. Os han cobrado un precio, pero apenas lo habéis empezado a pagar.

La hada-bruja miró a través de sus almas y no solo leyó su interior, sino también su pasado y su futuro. Sabele sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Así que era cierto. Bruja y feérica a la vez. ¿Por qué nunca había oído hablar de una mujer con semejante poder? La única explicación era que fuese aún más antigua que cualquier escrito o congregación mágica. —No te equivocas con tus presentimientos.

Clavó su mirada celeste en ella.

—La Diosa tiene una curiosa forma de actuar. Os arrepentiréis de esto durante mucho tiempo. Me pregunto si valdrá la pena. Lo que hallaréis aquí salvará a muchas personas, pero también acabará con lo más importante de todo.

Las palabras cayeron sobre ellos como una profecía y Sabele tuvo que reprimir el impulso de huir lo más lejos posible de aquella mujer. «Acabará con lo más importante de todo», ¿lo más importante para *quién*?

—No la escuches —advirtió Matt—, medio bruja o no, solo está jugando con tu mente. Recordad que estamos en Sidhe, solo buscan alterarnos.

—Ya hemos aguantado bastantes chorradas por hoy —dijo Luc tras ella.

Qué curioso que ahora que había reconocido sus sentimientos, le fuese más sencillo percatarse de qué era lo que le gustaba de él—. ¿Puedes ayudarnos o no?

La dama verde arqueó los labios en una sutil sonrisa. Era un gesto apenas visible, pero ante su impasibilidad parecía un gran cambio.

—Acercaos, los dos. —Extendió los brazos hacia ellos y se puso en pie a medida que Sabele y Luc se adentraban en el templete.

—Espero que ahora no venga la parte en que se levanta el vestido y resulta ser un monstruo hambriento con la intención de devorarnos —susurró Luc a su oído.

—De verdad que creo que no es el mejor momento para bromitas —contestó Sabele, aunque apreciase su esfuerzo por quitarle peso a la situación.

—¿Bromas? Hablo muy en serio.

Se detuvieron bajo el techo de ramas y hojas verdes. Sabele se percató de que, a pesar de la frondosa vegetación, no habían oído cantar a un solo pájaro desde que entraron en el reino de Sidhe, ni tampoco habían visto insectos de ningún tipo, de la misma forma en que no habitaba ningún pez o anfibio en los estanques. Hadas, humanos y plantas eran los únicos seres que poblaban aquel mundo.

—Extended vuestra mano izquierda —ordenó solemne la dama verde—. Y colocad la una sobre la otra.

La pareja obedeció y la dama verde posó la palma de su mano sobre ellas. Su piel era gélida, como si la sangre no corriese por sus venas.

—Sidhe os ha exigido un pago, pero yo os pediré una condición. No debéis hablarle a nadie ni de mi existencia ni de mi poder. Serían muchas las brujas y nigromantes que no sentirían ningún reparo en intentar apoderarse de él.

—Lo prometo —dijo Sabele, quien en el fondo seguía pensando que nada de aquello era posible. Se suponía que la magia de las brujas no funcionaba en el reino de Sidhe, claro que, ¿no habían dicho que ella ya no era una bruja? Entonces, ¿qué era?

—De todas formas, nadie me creería —dijo Luc.

La mujer cerró los ojos y Sabele sintió que una corriente de calor que

nacía de las palmas de sus manos se extendía por todo su cuerpo.

—El poder de la vida ha unido estas almas, que sea la fuerza de la eternidad lo que las separe.

El lazo de luz, al que se había acostumbrado hasta el punto de dejar de prestarle atención, comenzó a deshacerse igual que la sal en el agua, hasta desaparecer por completo. Donde antes encontraba el eco de las emociones de Luc, ahora sentía un vacío. Un profundo y hondo vacío que no sabía cómo iba a volver a llenar. Resulta que en su corazón había espacio para más de una persona, para recibir a alguien que no fuera ella misma, y se había dado cuenta de ello tarde. La dama verde estaba en lo cierto. Ya había comenzado a arrepentirse.

—Pues... ya está —dijo Luc, examinando su muñeca—. Hecho.

—Sí... hecho —asintió ella.

Habían logrado una hazaña imposible y ninguno de los dos lo estaba celebrando. ¿Tanto esfuerzo... para esto? «Es lo que teníamos que hacer», se aseguró. Lo hacían por su propio bien, por el de ambos. Ahora volvían a ser libres. O casi. El hilo rojo seguía intacto.

—Tranquila —dijo la dama verde, como si pudiese leerle la mente. Si era capaz de otear en el futuro, Sabele supuso que no habría nada que le impidiese conocer el presente a la perfección—. Puedo quebrar hechizos, pero no hay nada que yo pueda hacer contra el destino, ni contra la voluntad de la Diosa.

Quería marcharse de allí. Dejar atrás el reino de Sidhe y volver a su casa, donde nadie podía leer y exponer sus sentimientos más profundos, tan recónditos que ni ella misma sabía reconocerlos.

—¿Qué hay del pintor? —preguntó Sabele.

—Encontraréis al hombre que buscáis en las danzas de la llanura. Pero, os lo advierto, la gente de Sidhe no deja marchar a sus preciadas presas fácilmente.

Sabele se mordió el labio. La idea de romper su promesa y marcharse corriendo de allí resultaba tentadora, pero no podía condenar a esa pobre mujer a pasar el resto de la eternidad atrapada entre los límites que imponía el marco de un cuadro.

—Tendremos cuidado —dijo.

—No entendéis nada... pobres almas desdichadas. Da igual lo que hagáis o cómo. Ellas siempre saldrán ganando.

La dama verde volvió a dejarse caer sobre el asiento de piedra, apoyando sus lánguidos brazos sobre su regazo, y dejó que su vista volviese a perderse como si fuese una estatua de mármol. Sabele sintió un nudo en el estómago, y, a pesar de la inquietud que habían sembrado todas sus advertencias, no pudo evitar preocuparse por ella. Después de todo, era una de las suyas, su hermana bruja.

—¿Hay algo que podamos hacer por ti?

La mujer ladeó la cabeza hacia ella con una calma angustiante. En sus labios se dibujó una leve sonrisa irónica.

—¿Sabes qué les sucede a las hadas cuando llevan mucho tiempo viviendo? —preguntó. «Su corazón se convierte en piedra», o eso les había contado Matt—. No hay nada que necesite —dijo, como si en realidad lo que estuviese admitiendo fuera que no quedaba nada que pudiese querer o desear.

Sabele asintió y, con el espíritu sumido en un plomizo pesar, le dio la espalda al hada-bruja. No soportaba la idea de dejarla atrás sin más, sin conocer su historia. ¿Cómo había acabado allí, atrapada, invisible al mundo, petrificada por dentro? ¿Qué clase de circunstancia podía haber concluido con un final tan agrídulce? Ninguno de sus compañeros sentía el menor deseo de pasar allí más tiempo del estrictamente necesario, así que hizo de tripas corazón y dejó atrás sus preguntas, relegándolas a lo más profundo de su mente junto al recuerdo de la dama verde. Avanzaron por el bosque sin la menor idea de dónde se encontraba la llanura, pero con la sensación de que el propio reino les conduciría hasta el lugar que buscaban.

El tiempo tal y como lo conocían sus cuerpos no existía en la tierra de Sidhe, así que permanecían sumidos en una especie de letargo interno, suspendidos en un estado en el que no experimentaban el hambre, la sed o el cansancio. Caminaron sin intercambiar más palabras de las necesarias durante lo que podían haber sido cinco minutos o cinco horas, escuchando las risas de las hadas y sus miradas hostiles. Por fin la luz se abrió paso, cegadora, a medida que el bosque desaparecía poco a poco hasta convertirse en una explanada.

—Parece que hemos llegado —dijo Matt. No pronunció el «Y ahora qué» en voz alta, pero todos pudieron oírlo.

El territorio parecía haber sido agujereado por círculos de agua distribuidos al azar en torno a un inmenso lago, lo que daba al paisaje un aspecto onírico, como si estuviesen contemplando un cuadro de El Bosco. En los espacios que cubrían la hierba y los tréboles bailaban docenas de humanos acompañados de sus captores, aunque ninguno de ellos parecía sentirse en absoluto atrapado. Reían y sonreían sin cesar. En lugar de compadecerse por ellos, tuvieron que resistirse para no sumarse a la celebración.

¿Por qué lidiar con los problemas de la vida cotidiana, con las ambiciones, frustraciones y miedos, las expectativas que otros tienen de ti, los prejuicios ajenos y los propios, las desdichas que se cuentan en los telediarios como si fuesen un espectáculo y las ambiciones de los políticos corruptos y de los poderosos sin moral, por qué vivir en un mundo así cuando uno podía limitarse a soltarse el pelo y seguir el ritmo de la música con los ojos cerrados? Sabele tuvo que reconocer ante sí misma que le resultaba tentador.

Muy tentador.

Presintió un movimiento junto a ella y vio a Luc dando un paso en dirección al círculo de bailarines más cercano. Extendió el brazo y le agarró de la muñeca para detenerle.

—Ni. Se. Te. Ocurra —le advirtió. A Luc le llevó unos segundos recuperar del todo el sentido de la realidad, pero cuando lo hizo, asintió con la cabeza sin reproches—. Será mejor que empecemos a buscar cuanto antes. —Era muy fácil decirlo, pero, como suele ocurrir, hacerlo era una cuestión completamente distinta.

—¿Qué sugieres que hagamos? ¿Que nos paseemos por ahí mientras preguntamos al aire si a alguien se le ha perdido una novia en un cuadro? —dijo Luc—. Aquí hay docenas de personas. ¿De dónde ha salido tanta gente?

—Llevan siglos acumulándose aquí —dijo Matt.

Y no le faltaba razón. Bastaba con echar un vistazo en derredor para comprobar la variopinta representación histórica ante la que se encontraban;

hombres ataviados con capas de piel, mujeres con ceñidos corsés que habían aflojado para poder moverse con libertad, otras que lucían largas melenas repletas de trenzas y amuletos de hierro con runas extrañas, un tipo en vaqueros y camiseta, niños con calcetines hasta las rodillas y niñas con vestidos de principio del siglo xx. Ame contuvo un grito horrorizado al comprobar que los adultos no eran las únicas víctimas de la magia de Sidhe.

—Tenemos que hacer algo. No podemos dejarlos aquí —exclamó compungida.

—Todos sus familiares llevan décadas o siglos muertos, el mundo que conocieron ya no existe... No sé si les estaríamos haciendo un favor —dijo Matt, con una sombra pesimista tiñendo su voz—. Además, dudo mucho que las hadas nos permitiesen salir de aquí con uno de sus rehenes como si nada.

Sabele sintió un nudo en el estómago. Precisamente eso era lo que habían acudido a hacer a la llanura. Temió que su misión de rescate se convirtiese en un desesperado plan de huida en cualquier momento. Pasaron de largo al grupo de niños y se vieron rodeados por una vorágine de cuerpos danzantes.

—¡William! —llamó Sabele. Su voz apenas se imponía al sonido de la música. Estuvo a punto de iniciar un hechizo de búsqueda para rastrearle por puro reflejo. Qué complicada era la vida sin magia. Se sentía desnuda, vulnerable—. ¡William! —Se conformó con seguir llamándole por su nombre. Matt y Ame la imitaron y Luc se resignó a caminar tras ellos algo abochornado. «Al menos lo estamos intentando», pensó Sabele ante la actitud derrotista del músico.

—Teníamos que haberle pedido que nos lo describiese —se lamentó Ame.

—Pensemos, ¿qué sabemos de él? —propuso Matt.

—Que es un artista intenso y atormentado del siglo diecinueve —dijo Sabele—, así que seguramente lleve levita, el pelo despeinado y un buen par de patillas de romántico irresponsable.

—¿Como ese de ahí? —dijo Luc señalando hacia un corro cercano.

De la levita no quedaba ni rastro, pero el joven en cuestión llevaba puesto un chaleco negro con mariposas bordadas, una camisa abullonada y

una frondosa y salvaje melena negra que se mecía al ritmo de la música. Sin embargo, no era ni su ropa ni su esfuerzo por parecer bohemio lo que le delataba, sino esa sonrisilla autosuficiente que le dedicaba a la esbelta hada con la que bailaba.

—Qué bien... Tiene pinta de ser encantador —masculló para sí misma, sarcástica. Se abrieron paso hacia él y Sabele, decidida, fue la primera en hablarle—. Disculpa. ¿William? —Intentó llamar su atención dándole unos golpecitos en la espalda, pero la pareja de baile no dejaba de balancearse de un lado al otro mientras una segunda hada tocaba el tambor sin cesar—. Perdona...

—No se preocupe, hermosa dama, bailaré con usted en cuanto acabe esta canción —dijo el tipo con un acento británico que en los actores famosos le parecía irresistible y que, en él, sin embargo, resultaba de lo más repelente.

—No quiero bailar —dijo tajante. Se ahorró señalar que, aunque quisiese, la canción sonaba como una continua y eterna melodía.

—¿Por qué? Una joven dama tan bella como usted no debería hacer otra cosa. ¡Pruébelo! Le sentará bien.

Sabele frunció el ceño.

—No, gracias. Hemos venido porque...

Sin dejar de moverse, la miró de pies a cabeza como si quisiese comprobar qué tipo de persona era capaz de rechazarle *a él*. Dibujó una mueca con los labios.

—Hay que ver qué ropas tan extrañas visten las recién llegadas. ¿Qué clase de prenda es esa? ¡Puedo verle las piernas! Ojalá todas las jóvenes de mi época fuesen tan descaradas. —Sonrió de oreja a oreja—. Mi vida en Londres hubiese sido mucho más divertida.

¿Descarada? Sabele fue consciente de golpe de que para un hombre de su época no había demasiada diferencia entre verle los muslos a una mujer y verla completamente desnuda. Si pensaba amedrentarla con ese comentario lo llevaba claro. Se había pasado años ignorando y ridiculizando los comentarios de tipejos de internet que pretendían sexualizarla y cosificarla en sus propias fotos, así que un tío que no sabía ni lo que era Twitter no iba a poner su vestuario en tela de juicio.

—Shannon te envía recuerdos. —El pintor no se detuvo, enredado en las idas y venidas de la canción mágica, pero su rostro se tornó pálido de golpe. Así que sí era William.

—¿Shannon? ¿De qué conoce usted a Shannon? Debe de llevar siglos muerta, así que no juegue conmigo. ¿Cómo sabe de su existencia? ¿Quién se lo ha contado? Sea lo que sea, solo fue un malentendido. —El pánico era palpable en su voz. Sabele no sabía decir si porque se sentía avergonzado de lo que había hecho o porque estaba aterrado de las consecuencias que pudiesen acarrear sus actos.

—Me lo ha dicho ella misma. Vengo del año 2017 y he podido hablar con Shannon porque tu adulación de pacotilla la ha convertido en un cuadro. No sé qué trato hiciste con las hadas, pero vas a venir con nosotros y a devolverla a su estado natural. ¿Comprendes? Y, por favor, deja de tratarme de usted; no cuela.

El temor se esfumó de su rostro. No, no parecía que se sintiese culpable, más bien tremendamente aliviado por descubrir que su amante bruja no podía hacerle daño, atrapada en la pintura de un lienzo.

—¿Y por qué iba a hacer eso? Admiro tus nobles intenciones, jovencita, pero uno de mis cuadros ha resultado ser una obra única en el mundo, ¡una obra viva! Las hadas me prometieron que pintaría el cuadro más singular del mundo y ha resultado ser cierto. ¿Por qué iba a querer renunciar a eso? Y... ¿por qué iba a querer salir de aquí? Afuera solo hay penurias, y aquí, ¡la felicidad y la juventud eternas! —El artista continuó bailando con más ímpetu que antes.

Sabele notó que la furia nacía en sus entrañas y le subía por todo el cuerpo.

—¿Es que no te importa lo que le ocurra a Shannon? Se suponía que... ¡Se suponía que la amabas!

—Oh, sí —dijo con un suspiro—, no he vuelto a ver una cabellera tan hermosa como la suya. Y su rostro, divino como el de una diosa. Por no hablar de sus caderas... —Sonrió y Sabele quiso abofetearle—. Pero eso fue hace mucho tiempo, querida, y he amado a muchas otras, ¿por qué darle más importancia a una que a las demás? No sería justo.

Sabele se giró hacia sus compañeros.

—¿Votos a favor de llevárnoslo por la fuerza? —Luc fue el primero en levantar la mano y a Sabele le inquietó estar de acuerdo con él sin ningún pero. Estaba dispuesta a sacarle a rastras de ahí por los pelos si hacía falta.

—No creo que sea tan sencillo —señaló Matt.

—Escuchad al escocés —dijo el hada que había estado bailando junto a William, que retomó la danza con otros dos feéricos—. Nadie puede abandonar Sidhe si no es por voluntad propia y con la aprobación de los guardianes. Después de todo el néctar que ha bebido pertenece más a nuestro mundo que al vuestro. —El hada miró a Ame fijamente y le tendió una mano—. Qué triste estás... ¿te apetece bailar?

Ame retrocedió un paso instintivamente y estuvo a punto de tropezar en la orilla de uno de los estanques. El hada rio y se marchó dando saltos por la hierba.

—Odio este lugar... —dijo Matt con un mohín.

—Ya somos dos —reconoció Sabele.

—Tres... —dijo Ame.

—Bueno... no está tan mal. —Luc se encogió de hombros, lo que era la confirmación que necesitaban de que tenían que encontrar la forma de convencer al enamorado pintor para que les acompañase cuanto antes. Puede que Luc fuese el más vulnerable a la llamada de las hadas, pero no les sería difícil convencerles uno a uno de que no encontrarían nada mejor allá fuera, en el mundo de los mortales, donde la vida era demasiado complicada como para dejar a nadie indemne.



Las hadas no solo se estaban alimentando de sus emociones, tenían que haberle arrancado el corazón de cuajo. Era la única explicación para el vacío que sentía. No le había contado a nadie lo de la boda porque así podía fingir que no era cierto y seguir divirtiéndose con sus amigos, disfrutando del verano o en plena misión mágica, como si no fuese más que una veinteañera cualquiera a la que le preocupaba su futuro laboral, pagar el alquiler, llevar una dieta equilibrada y reducir su huella ecológica en lugar de pasarse las horas preguntándose con qué tipo de persona estaría casada en un año.

Se habían retirado al margen del bosque cuando un grupo de hadas se acercó a ellos con bandejas repletas con sus comidas favoritas y les habían invitado a comer: tortilla de patata y miso ramen para Ame, *pizza* y tarta de arándanos para Matt y pasta con nata y champiñones para Sabele, acompañada de una fresca ensalada de rúcula y pepino que olía a verano. A

Luc, que comía porque no le quedaba más remedio, le trajeron enormes jarras de cerveza espumosa y fría. A pesar de que sus cuerpos no sentían hambre, la tierra feérica sí parecía intensificar sus apetitos, así que tuvieron que recurrir a toda su fuerza de voluntad para rechazarlo.

—No comáis ni bebáis nada —advirtió Matt por enésima vez—, son bayas embrujadas para adoptar la apariencia de lo que más deseamos.

El brujo se dejó caer en el suelo junto a un árbol, y antes de que todos pudiesen acomodarse en busca de un poco de paz mental, Sabele anunció que iba a «buscar leña», seguramente imitando alguna película de domingo por la tarde en televisión. Tras un segundo de incertidumbre, Luc miró a Ame como si le preguntase «¿Vas tú o se supone que tengo que ir yo?». Ame, que ante todo era una casamentera *amateur*, se encogió de hombros. Luc suspiró y corrió tras ella dejándole a solas con el escocés. «Oh, no». No había pensado en ese detalle.

—¿Leña? —preguntó Matt—. Aquí no hay leña. Ni siquiera hace frío, dudo que existan las corrientes térmicas en este lugar. ¿Crees que se encuentra bien?

—Ha sido... un día intenso —se limitó a decir Ame.

Entendía perfectamente por qué Sabele había salido huyendo. El silencio, el denso tabú que habían dejado los secretos compartidos, desgastaba hasta casi llegar al hueso. Por no hablar de la sensación de fracaso que sentían todos por no haber logrado ayudar a Shannon. Ojalá se le hubiese ocurrido a ella lo de correr hacia el bosque. Puede que no fuese demasiado tarde.

—¿Quieres... quieres hablar de ello? —se atrevió a preguntar Matt.

—No —dijo tajante, con una bola de angustia en el pecho. Al menos parecía que sí que podía seguir sintiendo—. No sé.

—Supongo que... todos estamos un poco abrumados. Aunque creo que, en el fondo, cada uno está dándole vueltas a su propio secreto y a lo que pensarán de él los demás más que a los secretos del resto —dijo Matt, rodeando sus rodillas con los brazos como si así pudiese protegerse del mundo y su hostilidad.

La verdad en la afirmación de Matt la golpeó en las entrañas. Tenía razón. No le había quedado tiempo para pensar en la vulnerabilidad de Luc,

en la vergüenza de Sabele o en el dolor de Matt. Había estado demasiado ocupada preocupándose por qué estarían pensando los demás de su matrimonio de conveniencia.

—Lo siento —dijo de pronto, sin meditar las palabras—. Lo siento mucho. —Por nada en particular, por todo, por su egocentrismo, por su propia injusticia, por la de Matt.

—No hay nada que sentir... a veces la vida es así, supongo... ¿Puedo preguntarte algo? —soltó Matt de repente con un tono de voz que le advertía de que quizá no fuese a ser una pregunta agradable de contestar. Aun así, Ame asintió levemente con la cabeza—. ¿Te va a hacer feliz? —La miró fijamente a los ojos y Ame no supo dónde esconder sus sentimientos. No esperaba esa pregunta.

—Supongo que no tengo forma de saberlo.

—¿Quieres hacerlo?

Ame se abrazó a sí misma.

—No tengo elección. No puedo fallarle a mi familia. Es una cuestión de honor. Si no accedo a cumplir el compromiso, defraudaré a toda mi familia y ellos pagarán las consecuencias de mis actos. Sé que es difícil de entender...

—No... no lo es. Créeme. Lo sé todo sobre «defraudar a tu familia». —Una mezcla de pena y rabia enturbiaba su voz—. Según Amy les he fallado y avergonzado por no cumplir con sus expectativas de mí, porque no soy la persona que a ellos les gustaría, pero ¿sabes qué? No tiene razón, y tu familia tampoco.

Interpretó su rostro como habría hecho con una pieza de diseño, examinando las costuras, intentando adivinar el patrón. Le veía tan lleno de seguridad, tan fuerte y tan capaz de todo, que había dado por hecho que siempre había sido así, que todo fue fácil para él. Qué estúpida. Como si ella no hubiese vivido cada día lo que significaba ser la oveja negra, la que no lograba complacer al resto y a quien los demás no eran capaces de comprender.

—Me gustaría que hubiese otra opción, una que no implicase o fallarle a mi familia o renunciar a todo lo que me importa...

Matt se inclinó para apoyar su mano sobre la de Ame.

—Te entiendo, pero no la hay. No hay soluciones, solo salidas. —Matt suspiró y miró hacia arriba, buscando las palabras—. Nunca pensé... nunca pensé que mi hermana fuese de ese tipo de personas, ¿sabes? Pertenezco a un clan de brujas longevo, tradicional, en el que la feminidad y la maternidad se valora por encima de todas las cosas, así que digamos que nunca han sido brujas muy abiertas de mente, pero... yo creía... Soy su hermano —dijo con una sonrisa amarga—. Aunque duela, no me arrepiento de nada, ¿sabes?

Con su mano libre, Ame jugueteó con la hierba bajo sus piernas, arrancando pequeñas briznas al enredarlas entre sus dedos. Sentía rabia. Por Matt, por ella, por todas las personas que, en lugar de una familia que les apoyase incondicionalmente, se encontraban con un campo de batalla en el que debían luchar cada día solo para poder ser ellos mismos. No era justo, nadie debería pasar por eso. Pero les había tocado a ellos y, por fortuna, no hacía falta un vínculo de sangre para encontrar una familia que te quisiera tal y como eres.

—Ojalá yo fuese tan valiente como tú —dijo, porque no podía comprender cómo alguien podía rechazar a una persona tan buena y generosa como Matt.

—No lo soy —dijo, y Ame le miró con incredulidad—. De verdad. No fue valentía, fue supervivencia. Nunca me sentí capaz de vivir la vida de otra persona. —Cogió aire mientras meditaba si debía o no añadir algo más—. No sé cuál es la mejor opción para ti, pero sí sé que de los prejuicios de los demás te acabas curando, de traicionarte a ti mismo... eso no lo tengo tan claro. Tomes la decisión que tomes, me gustaría que aun así vinieses de visita algún día.

Ojalá se lo hubiese puesto más fácil, ojalá se hubiese comportado como un paternalista juicioso advirtiéndole que estaba tomando la peor decisión de su vida y que se iba a arrepentir. Estaba usando su libertad para renunciar a ella, lo sabía mejor que nadie y no necesitaba que se lo recordasen, pero ¿acaso no era lo que hacía todo el mundo de una forma u otra? Ella lo haría con un matrimonio concertado, pero otras personas se conformaban con un trabajo anodino que no tenía nada que ver con sus sueños por miedo, no por necesidad, o con una relación de pareja en la que la pasión y el amor habían

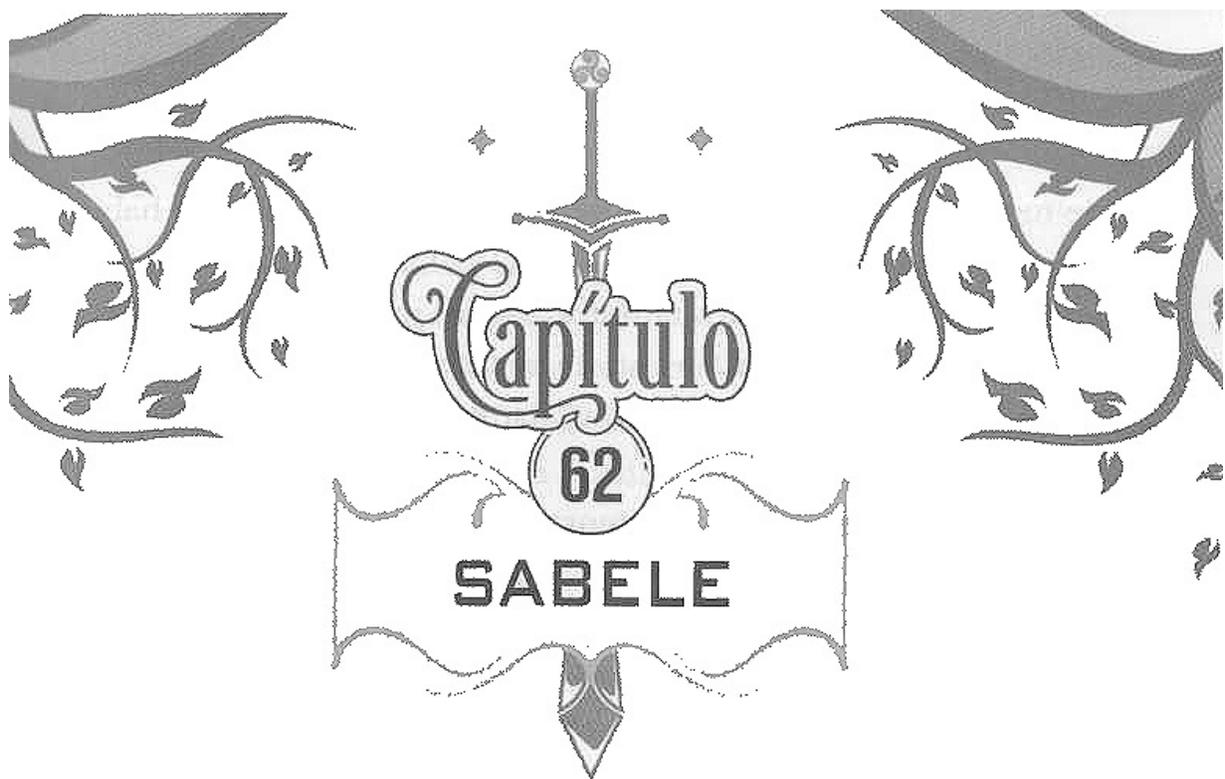
desaparecido hacía tiempo, o con quedar los sábados con amigos que ya no te caen bien. ¿Qué diferencia había? Se suponía que era lo que implicaba ser un adulto, ¿no? Hacer algo por mucho que no te agrade.

«Las hadas deben de estar dándose un festín con nuestras emociones esta noche».

—Creo... creo que la decisión ya está tomada —dijo, y sintió que su pecho se rompía en mil pedazos ante la certeza de que acababa de renunciar a ese algo único y genuino que llevaba buscando toda su vida.

—En ese caso, espero que seas muy feliz y que tu esposo pueda ver tan claro como yo que eres una persona asombrosa y valiente, aunque te guste el chocolate blanco. —Sonrió a pesar de que la invisible herida abierta no dejase de sangrar.

No. No se lo estaba poniendo *nada* fácil.



Sabía que iba a ganarse fama de dramática con sus desbandadas y que nadie se iba a creer lo de la leña, especialmente cuando volviese con las manos vacías. ¿Por qué había dicho eso? Qué estupidez. «Me da igual», se dijo, después de la racha que llevaba, tenía todo el derecho del mundo a tomarse un segundo para desaparecer. No pretendía montar un circo, solo necesitaba un poco de espacio. ¿Cómo iba a saber que Luc, el tipo al que siempre todo le da igual, iba a salir tras ella?

—¡Sabele! Sabele, para. ¿Estás bien? —le preguntó, caminando cada vez más rápido a medida que ella aceleraba.

—Perfectamente. —Se dio cuenta de que no sabía hacia dónde estaba caminando, y en cuestión de minutos estaban otra vez detenidos en la linde del bosque, esta vez rodeados por flores blancas que crecían por doquier y sin Matt y Ame a la vista por ninguna parte. Presintió que la peculiar naturaleza del reino de las hadas estaba jugando con ella.

—Y una mierda. Siempre que sales disparada es porque te pasa algo y no quieres hacerle frente, así que venga, no te hagas de rogar —dijo Luc, deteniéndose a su lado. Ahí estaba. Se había labrado una reputación como escapista. Genial.

—Solo necesito unos minutos a solas, ¿comprendes? *A solas*.

—¿Para qué, para lamentarte pensando: «Oh, qué voy a hacer ahora que Luc sabe que estoy coladita por él, hacerme la dura no va a servir para nada»?

Qué vergüenza estar enamorada de alguien que podía llegar a caerte tan mal.

—Tengo preocupaciones más urgentes e importantes, la verdad. Cómo vamos a salir de aquí sin faltar a nuestra promesa es una de ellas. ¿Me puedes dejar en paz? —dijo sin mirarle ni un solo instante bajo la premisa de «si no te veo, no existes».

—La verdad es que no, quiero decir, si después de todas las estupideces que he hecho sigues enamorada de mí, tendría que cagarla mucho esta noche para hacerte cambiar de opinión, ¿verdad? Así que creo que correré el riesgo.

Su táctica se vino abajo enseguida; era imposible estar a menos de cien metros de Luc durante más de treinta segundos sin que acabase acaparando toda tu atención. Se concentró para acumular tanto odio como pudo en la mirada antes de arrojárselo.

—Yo te abro el corazón y tú te ríes de mí. Lo peor es que no me sorprende.

—No has abierto nada, te han obligado a soltarlo con magia élfica o polvos de hadas o qué sé yo.

—El efecto es el mismo...

—Lo que cuenta es la intención, y no tenías *ninguna*.

Luc se cruzó de brazos y esperó a que respondiese.

—¿Y qué quieres que haga? —dijo por fin. Sabele fue demasiado consciente de la gran distancia que les separaba. ¿Acaso le tenía miedo? ¿Qué pensaba Luc que iba a hacer, pedirle matrimonio? Si acababan de divorciarse, por la magia de Morgana.

—Nada. No quiero nada.

—Algo querrás. Algo que evidentemente no puedo dar. Porque si no... —Su voz vaciló y se llevó las manos a los bolsillos, demasiado nervioso para permanecer quieto—. No se me da bien hablar de estas cosas... —A juzgar por su expresión, podría haber estado caminando sobre ascuas en vez de hablando con ella—. Si al menos me hubieseis dejado beber una maldita cerveza, o si no me hubiese dejado la guitarra en el coche... —resopló malhumorado—. Agh... mira... da igual. No, no da igual. Lo que quiero decir...

—De verdad, no hace falta que digas nada...

Luc arqueó una ceja, desafiante.

—Pues tienes razón. No debería hacer falta. Creo que ya he dicho suficiente. —Sabele frunció el ceño, pero no tuvo tiempo de contradecirle—. ¡Te escribí una canción! —En lugar de encogerse en sí mismo, esta vez Luc extendió los brazos.

—Dijiste... dijiste que no tenía nada que ver conmigo.

—Lo que me gustaría saber... —Luc dio un paso hacia ella, un único paso que parecía una proeza imposible, un milagro, como abrir las aguas o caminar sobre ellas. Sabele clavó la vista en el cuello de su camisa y descubrió un detalle en el que nunca se había fijado, la palabra *FATE* tatuada en su clavícula, tan pequeña que apenas podía distinguirse— es por qué prefieres fingir que te crees las mentiras que digo cuando sabes que no son ciertas, ¿por qué te has convencido de que no me importas?

No quería hacerlo. No quería mirarle a los ojos porque sabía que no podría seguir viviendo en la farsa que se había inventado, esa en la que se consideraba por encima de sus emociones. *Por qué*, le había preguntado. Su vida era un desastre desde que le había conocido, la idea de que un estúpido hilo invisible decidiese por ella la sacaba de sus casillas, y no tenía tiempo que perder desviando su atención de sus verdaderos objetivos. Esas eran las excusas que se ponía para intentar que funcionase una historia que podría acabar rompiéndole el corazón.

—No lo finjo, Luc. Lo creo de verdad.

—Pues estás muy equivocada.

Lo primero que sintió fue el movimiento, brusco y tan rápido que no pudo verlo. Después llegó el tacto de sus manos en torno a su rostro, el

contraste de la delicadeza y el ímpetu con que los labios de Luc se posaban sobre los suyos. A pesar de las dudas de su mente, su cuerpo no tardó un solo instante en corresponder al beso. El estrecho contacto de sus pieles no tenía nada que ver con el ansioso y visceral beso que habían compartido bajo el influjo de Lugnasad. Sus respiraciones se habían acomodado la una a la otra y sus manos se exploraban lenta y cautelosamente, con la seguridad con que juegan dos cuerpos que saben que comparten más que el deseo y mucho más que la fuerza de un instante. Sus rostros se separaron lentamente, lo suficiente para poder mirarse a los ojos, pero no para dejar de sentir la respiración del otro o distinguir de quién eran los latidos desbocados.

—No creo que esté a la altura —dijo Luc en un repentino ataque de dudas, ¿de verdad le parecía el mejor momento para empezar a escuchar a su sentido común?—. La voy a cagar mil veces. Sabele, no me entero de la mitad de las cosas y no pillo las indirectas, bebo demasiado, no tengo trabajo, soy un desastre y...

Sabele le calló con un beso y Luc dejó ir las palabras con un leve gemido.

—Estamos... —dijo casi entre sus labios— en el siglo XXI No necesito a un hombre que me mantenga y me cuide.

—No me malinterpretes —sonrió—. No tengo nada en contra de ser un mantenido. —Sabele volvió a besarle, esta vez para asegurarse de que no arruinaba el momento con sus bromas—. Si todo esto sale mal, que conste que yo avisé.

El hecho de que, así, sin más, hubiese un «todo esto» del que preocuparse le resultó abrumador. No podía ser tan fácil. No después de tanto jugar al ratón y al gato. ¿Había sido así de sencillo desde el principio? ¿Por qué lo habían complicado tanto?

—Un artista egocéntrico y una bruja ambiciosa, ¿qué podría salir mal? —bromeó, y sus sonrisas se encontraron por casualidad.

—Cruza los dedos para no acabar atrapada... yo qué sé, en una partitura.

Sabele extendió los brazos y retrocedió, electrocutada por la idea que acababa de materializarse en su cabeza. Durante aquellos días había

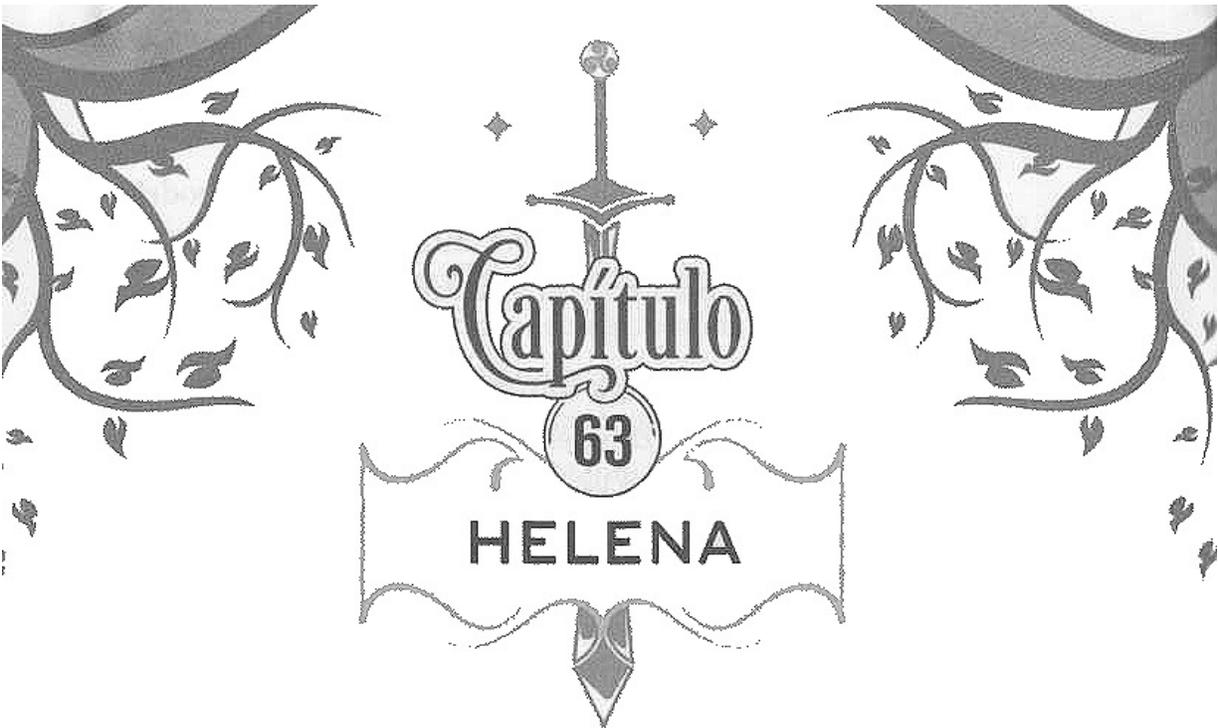
pensado a menudo en lo que tenía en común con la bruja atrapada, pero no había reparado en lo que tenían en común Luc y el egoísta pintor.

—¿Qué pasa? ¿Qué he hecho ahora?

Sabele negó con la cabeza y sonrió.

—Nada... nada salvo ser un genio. —Se dejó llevar por el impulso y depositó un beso en su mejilla. La sensación de poder tocarle con normalidad le resultó extraña, pero agradable.

—Venga, vamos a sacar a ese pintor de poca monta de aquí y a rescatar a Shannon de una vez por todas.



Cerró los ojos con fuerza y se tapó los oídos cuando comprendió lo que estaba ocurriendo, pero era demasiado tarde. Helena Lozano estaba casi convencida de que la intrusa en su mente había logrado mirar a través de sus ojos durante el tiempo suficiente para averiguar dónde se encontraba. «Teníamos que haber tapiado esas condenadas ventanas, lo sabía», se dijo.

—¿Helena? ¿Qué ocurre? —Macarena, de guardia mientras Rocío descansaba echada en el sofá frente a ella, dejó caer las manos y se giró hacia sus compañeras.

—Nada. No desatiendas tus hechizos —dijo mientras intentaba pensar. «Así que la nueva Dama se había atrevido a recurrir a la magia oscura en nuestra contra», dedujo. Tal vez se equivocaba al juzgar a todas las familias del Consejo por igual. Sospechaba que hubiese podido llegar a entenderse con alguien que no temía romper las normas para combatir a su enemigo. No alcanzaba a sospechar que la única y verdadera responsable del conjuro

fuese una veinteañera que actuaba a escondidas del aquelarre. En su imaginación, un ejército de brujas debía de estar en marcha hacia allí, preparadas para hacerlas pagar por sus crímenes.

—Tenemos que irnos —anunció sin más explicaciones. Arrancó el cojín sobre el que Rocío apoyaba la cabeza para despertarla—. En marcha. Nos movemos al siguiente escondite.

Las dos brujas asintieron y comenzaron a recoger sus escasos enseres y objetos mágicos. Ninguna de las dos se había atrevido a decirle la verdad a la cara, pero Helena sabía los pensamientos con los que coqueteaban. Las dos estaban empezando a perder la fe en ella y en su causa. Habían puesto en juego sus vidas enteras, sus esperanzas de futuro y las de su familia a cambio de una promesa que no acababa de cumplirse. Cuando aceptaron seguirla se visualizaron como ministras de un nuevo orden, y no como fugitivas de justicia. Se preguntó cuánto tiempo le quedaba hasta que su inquebrantable lealtad empezase a vacilar. Por fortuna, un juramento de sangre y fuego las vinculaba a ella. La familia debía permanecer unida.

—Vamos —repitió, cada vez más impaciente. Caminó hacia la salida—. Estad preparadas para defenderos por si... —Abrió la puerta y al otro lado se encontró con un rostro familiar que sonreía ante su incredulidad. Retrocedió con las manos envueltas en ascuas, dispuesta a atacar.

—¿Os pilló en mal momento? —preguntó el nigromante.

Debería estar muerto. ¿Por qué nadie le había informado de que estaba vivo? Lanzó una mirada de reproche a sus primas, más atemorizadas por las represalias de Helena que por las intenciones del intruso. No era más que un cachorro insignificante la última vez que le había visto, pero tenía motivos de sobra para pretender vengarse de ella. Qué inconveniente.

—Caleb Saavedra, te veo cambiado. Tal vez sea la vida de corriente —saludó, sin obtener respuesta—. Parece que tu amigo te subestimó, ¿verdad? ¿Cómo está tu padre?

El nigromante volvió a sonreír.

—Intentar enfurecerme no te servirá de nada, Helena. Puedes decirles a tus matonas que apaguen esas llamas. Son tan útiles como tus provocaciones.

—¿A qué has venido? —preguntó. No tenía demasiado tiempo que

perder antes de que llegase el aquelarre. ¿Acaso era cierto que brujas y nigromantes estaban dispuestos a volver a colaborar como si nada hubiese ocurrido? Imposible. Sus cualidades les destinaban a no entenderse nunca, eran enemigos naturales, estaba convencida de ello.

—Me habéis llamado —dijo, con perfecta naturalidad—. ¿Puedo entrar? —preguntó, pero Helena no dio un solo paso atrás, sin comprender a qué se refería—. Mírame a los ojos —ordenó, y ella no pudo negarse a obedecer. Sus iris seguían conservando la mayor parte de su verdor, pero tras ellos se ocultaba un profundo color negro que le arrebató el aire. Helena apartó la mirada, incapaz de otear en aquella nada que lo contenía todo.

—Caos...

—¿Así lo llamas? —El nigromante dio un paso hacia ella y Helena retrocedió—. No creo que ese sea su verdadero nombre, aunque lo cierto es que nunca se ha presentado.

Helena se echó a reír ante la absurda situación. Lo habían conseguido. Su empresa había triunfado. Aquel que liberaría al mundo del falso equilibrio, el que mantenía a los débiles e impuros y el poder de la vida y el fuego en el mismo nivel, había encontrado un huésped mortal; y precisamente era uno de los seres que se beneficiaban del injusto balance. Helena cayó de rodillas en muestra de devoción y sus secuaces la imitaron al comprender qué sucedía.

—¿Por qué has tardado tanto?

Los ojos del nigromante se tornaron completamente negros durante el tiempo que tardó en responder.

—El viaje no ha sido sencillo. Tardé en encontrar un cuerpo preparado para mis apetitos y gran parte de mi fuerza se perdió por el camino, pero eso ya no importa. Este cuerpo y su alma me pertenecen. Y tenemos hambre. Tenemos sed.

Helena se sintió extasiada por la violencia en su voz, por el ansia voraz que ella misma llevaba conteniendo en el pecho y en las entrañas desde que tenía uso de razón.

—Comencemos cuanto antes el festín —dijo ella, desbordante de felicidad. Ya no temía a sus enemigas. No tenían ninguna posibilidad contra

su nuevo dios—. Los corrientes son una plaga propagándose por el mundo, contaminándolo con su estilo de vida banal, dejando rastros de su inmunda presencia por doquier, pero los nigromantes... son la carroña de este mundo. Qué ironía que de la mano de uno de los suyos vayan a encontrar la justicia.

—Justicia. —El ser que controlaba el rostro de Caleb Saavedra paladeó cada sílaba—. ¿Qué te hace pensar que me interesa la justicia cuando tú misma me llamas Caos?

Helena vaciló. ¿Acaso estaba poniéndola a prueba?

—Es cierto. No es justicia, no es una ley, es la única forma en que debe ser. El Caos debe reinar en este mundo, y los nigromantes no tienen ninguna cabida en él... a no ser que se postren ante ti.

—Levántate —ordenó. Helena se alzó y sintió un escalofrío cuando las manos del dios rodearon su cuello en una caricia—. Dices que compartes mi causa... pero ignoras cuál es. Tengo un mundo nuevo a mi disposición, un mundo enfermo, sí, pero repleto de magia... una magia que se rige por un maldito equilibrio donde no tengo cabida. —Helena tuvo un mal presentimiento, motivado quizá por la forma en que la miraba. No se sentía como su aliada, ni siquiera como su súbdita, sino como una presa que había caído en la red de la araña—. Has dicho que quieres servirme. No tengo nada en contra de eso, aunque me da lástima lo equivocada que estás.

Helena tragó saliva e intentó retroceder, pero la fuerza con que sujetaba su nuca se lo impidió. Invocó las llamas e intentó prenderle fuego a la americana de su traje para poder huir, pero el hechizo se desvaneció como humo entre sus manos.

—¡Haced algo! —les gritó a las jóvenes Lozano, que intentaron en balde invocar el poder de las llamas, que se esfumaban cada vez que estaban a punto de rozarle.

La oscuridad se replegó en la mirada de Cal y Helena supo que volvía a hablar con el joven nigromante.

—¿Crees que no he venido preparado para saludarte? Esta vez, mi magia es más fuerte que la tuya, Helena —dijo el joven. Aunque volviese a ser el hechicero quien controlaba aquel cuerpo, no se sintió más segura—. Fausto y tú destrozasteis mi familia, decenas de brujas y nigromantes

murieron por vuestra culpa, mi vida ya no me pertenece porque tengo que ocupar el cargo que nunca quise, arreglar errores que yo no cometí.

Helena gimió, sin aliento, sin sonido, a medida que sus dedos la asfixiaban. Forcejeó y sus primas corrieron a ayudarla, golpeando al joven con sus puños y piernas sin desestabilizarle en lo más mínimo. Mientras, el nigromante seguía hablando.

—Él ya está pagando por sus actos, y tú... tú te has cobrado demasiadas vidas inocentes como para seguir indemne.

Helena sintió una ausencia infinitamente más dolorosa que la del aire en sus pulmones. Y no era la única, a juzgar por los chillidos de Rocío y Macarena, que se habían desplomado en el suelo mientras rogaban piedad.

—No... no —dijo al comprenderlo que le estaba haciendo. La magia abandonaba su cuerpo en un torrente incontrolable, como si hubiese perforado su alma y drenase de cada poro de su piel en busca de la fuerza vital que le conferían sus poderes.

—Tú me arrebataste mi magia... tú me convertiste en esto —dijo mientras la debilidad se apoderaba de ella.

—Por... por favor —consiguió mascullar.

—Hablas de justicia. Ojo por ojo. Esa es la justicia que mereces.

El mundo comenzó a nublarse a su alrededor y supo que no solo iba a robarle su poder, sino cada ápice de vida que pudiese devorar hasta que no quedara la más leve chispa. El don del fuego la había abandonado por completo y el tiempo que le quedaba estaba a punto de extinguirse con él.

Helena extendió las manos en un intento desesperado por liberarse del yugo de su agresor y comenzó a arañar su pecho, a rasgar su ropa, a tirar de los bolsillos de su americana, haciendo que un pequeño sobre con pastillas cayese al suelo y desparramara su contenido por doquier... pero no consiguió herirle, ni hacerle retroceder o dudar. Con su magia, también se extinguía su energía. Sintió la pérdida palpitando en su pecho, y cuando oyó a Rocío y Macarena dejar de gritar, supo que su sufrimiento había concluido y que el nigromante se había tornado más poderoso si cabe. Su fuego ahora le pertenecía a él.

Sus últimos pensamientos no fueron para sus seres queridos, ni para arrepentirse por sus errores o pecados, tampoco se preguntó cómo podía

haber llegado hasta ahí. Solo tuvo espacio para sentir y maldecir el frío. El frío que engullía su cuerpo ahora que no quedaba rastro alguno de las llamas.



La influencia del reino de Sidhe era mucho más embriagadora que cualquiera de los efectos de sus bebidas favoritas, aunque sus sentidos permaneciesen intactos. Tenía la sensación de vivir en mitad de una fantasía. Y no sentía ninguna necesidad de volver a la realidad. Allí nadie podía exigirles nada, ni hacerles daño. Podrían ser libres. En Sidhe no tendrían que conformarse con soñar, porque el reino de las hadas *era* un sueño.

Si Luc hubiese llegado solo a aquel lugar, quizá no hubiese vuelto a Madrid, hasta la música le parecía prescindible comparada con la sensación de ligereza que invadía su cuerpo desde que pisó por primera vez la llanura donde humanos y hadas danzaban como iguales. Más tarde se alegraría de que, al ver el empeño de Sabele por liberar a la bruja del cuadro, no se hubiese atrevido a sugerirle la idea de mandarlo todo al traste y quedarse a vivir allí por toda la eternidad, jóvenes, sanos y juntos. No sabía cómo

Sabele pensaba lograr lo que se proponía, pero con semejante ímpetu estaba seguro de que lo haría, sobre todo porque ya la había visto antes en acción (lidiar con un pintor fracasado de hace doscientos años no iba a ser gran cosa comparado con luchar contra un espectro vengativo).

Caminaron por la linde del bosque hasta dar con sus amigos, a quienes habían dejado a solas para reencontrarles sumidos en un silencio resignado y cargado de pena. Ame había apoyado su cabeza en el hombro de Matt, quien había posado su mano en el hueco entre ambos. Vaya, era lo más cerca que había visto a la bruja de nadie que no fuese... bueno, una chica. Parecía que la reacción en cadena de los secretos no había dejado indemne a nadie. Ame se incorporó de golpe.

—¡Chicos! Menos mal, ya pensábamos que os había pasado algo —dijo la bruja.

—Sí, se os ve muy preocupados. —Como de costumbre, el comentario escapó de su boca antes de que pudiese moderarlo.

Sabele le reprendió con una mirada ultrajada. Había cosas que estaban destinadas a no cambiar nunca.

—Creo que sé cómo podemos salir de aquí —anunció Sabele, y les animó con la mano a que la siguiesen.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Matt, algo escéptico.

Sabele sonrió de oreja a oreja. Luc intuyó que iba a apostar por ese rollito de no contarle su idea a nadie para mantener la intriga.

—Dejádmelo a mí.

Bingo. La verdad es que nunca había entendido a la gente que se hacía la interesante; el día que él tuviese una buena idea se iba a asegurar de que todo el mundo se enterase.

Emprendieron el camino de vuelta al corazón de la llanura y esta vez encontraron a William en mitad de un corro que bailaba en torno a uno de los estanques. El pintor alzaba los brazos en el aire y hacía reverencias como si estuviese invocando a algún tipo de deidad. Cuando les vio, una mueca de desagrado se alojó en las comisuras de sus labios. «¿Es que no me vais a dejar disfrutar tranquilo de mi noche de marcha?», parecía decir. Luc le comprendió perfectamente, pero en esta ocasión iba con el bando contrario, era parte de los aguafiestas. ¿Cómo había podido ocurrir? Se

encogió de hombros. «Lo siento, amigo».

—¿Qué queréis ahora? ¿No ha quedado claro? —dijo cuando el círculo en continuo movimiento le puso frente a ellos—. No voy a sacrificar la inmortalidad por una simple musa.

Luc negó con la cabeza, incrédulo. ¿Una simple musa? Tal vez aquel lugar no fuese tan maravilloso si hacía que vieses a las personas que formaron parte de tu vida como una molestia que te impedía seguir bailando.

Sabele inspiró hondo, procurando ignorar el comentario; de algo tenía que servirle haber practicado tanto por culpa de Luc. En lugar de protestar o amenazar al hombre, se cruzó de brazos, alzó la barbilla con actitud desafiante y sonrió.

—¿Quién ha dicho que dejarás de ser inmortal? Puedes tener ambas cosas.

Durante la siguiente vuelta, el artista la miró fijamente y con desconfianza. No respondió hasta estar a su altura. Era una forma de conversar bastante absurda. Parecían estar sumidos en mitad de una escena de *Alicia en el País de las Maravillas*.

—Es un truco —sentenció.

—Bueno, si prefieres seguir siendo un don nadie, allá tú. —Sabele se encogió de hombros.

Luc pudo ver que el pobre idiota picaba hasta el fondo, aunque también lo entendió. Empezaban a molestarle de veras sus similitudes. Quería pensar que ni siquiera él era tan ruin.

—¿Un don nadie? ¿Cómo te atreves? ¡Soy un gran artista! Uno de los mejores de mi generación. He creado la obra más insólita e increíble del mundo. —Era sorprendente la habilidad del artista para continuar bailando a pesar de sus chillos.

Luc miró hacia otro lado, abochornado. «Espero no sonar así». Se sentía como cuando uno revisa sus viejas publicaciones de Facebook, esas con un filtro hortera y un texto penoso que dan vergüenza ajena y hacen que te preguntes en qué estabas pensando y cómo pudo parecerse una buena idea. «Qué grima».

Menos mal que Sabele estaba dispuesta a aprovechar la soberbia del

artista en su propio beneficio.

—¿Ah, sí? Pues yo ya no recuerdo tu apellido. ¿Cómo era... Evans, Jones, Smith?

Shannon nunca les había dicho cuál era el apellido de William, pero por fin entendió qué pretendía hacer Sabele. El despliegue de malicia hizo que sintiese una punzada de orgullo. A pesar de que, como a cualquiera, su belleza y que irradiase esa peculiar energía vital por los cuatros costados le hubiesen noqueado, era ese lado oscuro lo que le volvía loco.

—¡Asbridge! ¡Es Asbridge! —respondió ultrajado.

—Ahhh... cierto —dijo Sabele, llevándose el dedo a la barbilla como si estuviese reflexionando—. Peter Asbridge.

Luc tuvo que contener una carcajada.

—¡William! ¡Mi nombre es William Asbridge! ¿Es que no os enseñan nada en el siglo XXI? —protestó, tan ofendido que sus mejillas se habían tornado rojas y parecía que sus ojos estuviesen hinchados.

—Claro que sí, nos enseñan arte: Velázquez, Goya, Turner... Pero en el mundo humano nadie te recuerda, ni se te considera un gran artista. Tus obras se pudren sin que nadie les preste atención.

Que esa parte fuese cierta hizo que Luc sintiese una punzada de compasión por el tipo. Si él llevase doscientos años sin pasarse por el mundo, no le haría mucha gracia enterarse de que su obra había caído en el olvido.

—Mientes —dijo, pero la falsa seguridad en su voz perdía efecto por un tic nervioso en su ojo derecho.

—¿Sabes dónde encontramos a Shannon? El cuadro cuelga de la pared de una vieja tienda que nadie visita. Ni siquiera la dueña lo mira más de dos veces al día.

—Eso es ridículo, mi trabajo está a la altura del de John Millais.

—Puede, pero sus cuadros todavía se exponen en los grandes museos y su nombre es conocido, mientras que el tuyo... A veces la vida no es justa.

El pintor buscó alguna señal que delatase una mentira en el rostro de Sabele y después en los de todos los presentes. Luc cruzó los brazos tras la cabeza y suspiró en señal de empatía. Cuando comprendió que Sabele no trataba de engañarle, William comenzó a balbucear incoherencias sobre la

pésima iluminación de uno y la rigidez de las figuras del otro.

—Tranquilo, te entiendo, pero no te preocupes, yo puedo ayudarte — dijo Sabele. Nunca la había visto tan satisfecha de sí misma. Pobre William, estaba perdido.

—¿Cómo? —William se esforzó por mantener la compostura, eso se lo tenían que reconocer, pero la desesperación se palpaba en cada uno de sus gestos.

—Mi tía conoce a una académica de la National Gallery y yo tengo cierta... influencia social.

—¡Una mujer académica! ¡Ja! ¿Y qué más? Buen intento, pero así no vas a engañarme.

—Los tiempos cambian —dijo Sabele, mirándole de arriba abajo—, por suerte.

Su argumento no pareció convencer al artista. Luc se preguntó a sí mismo qué preferiría él si le diesen a elegir: vivir eternamente en un lugar que le condenaría al olvido, pero en un estado de perpetua felicidad, o volver al mundo real, con sus días buenos y sus días malos, con la garantía de que pasaría a la historia. El reino de Sidhe era tentador, pero se dio cuenta de que nunca se perdonaría haber dejado pasar una oportunidad como esa, por mucho néctar que bebiese.

—Amigo —intervino—, yo que tú la escucharía. Por cierto... —susurró al oído de Sabele— esto me recuerda que sigo esperando esa mención en Instagram que me prometiste, ya sabes... cuando hicimos esa catastrófica invocación.

—¿Te parece que este es un buen momento para recordar eso? —murmuró ella.

—¿Puedes cumplir lo que dices, no me estás engañando? —preguntó el pintor.

—Esa académica de la que te hablo le debe un gran favor a mi tía. Cooperará. El mundo verá tus obras, su éxito o fracaso depende solo de ellas mismas. ¿Crees en tu obra lo suficiente como para correr el riesgo?

William vaciló. Sabele pasó por alto que había una grieta en su plan. Todo creador, por egocéntrico que fuese, siempre albergaba dudas sobre sí mismo y su valía. Era inevitable. Incluso cuando alguien conseguía crear

una obra maestra que lo consagraba como artista se pasaría el resto de su vida preguntándose si había sido una casualidad o si sería capaz de repetirlo. ¿Valía lo suficiente o no? ¿Tenía talento o solo era un impostor? Por no hablar del pánico a no poder igualarla nunca. No, no era tan sencillo.

Después de cerca de doscientos años bailando sin cesar, el pintor se detuvo en seco y se apartó del corro para caminar hacia Sabele con la mano extendida.

—Sí —dijo por fin—. Sí. Creo.

Luc asintió a modo de reconocimiento. Él habría hecho lo mismo. Aceptar y llevarse las dudas con él a la cama.

Sabele le estrechó la mano y sonrió.

—Ya habéis oído —advirtió la bruja a las hadas que bailaban con él.

En lugar de protestar o combatir por conservar al humano que había estado bajo su hechizo durante casi un par de siglos, las hadas se mantuvieron al margen, bailando como si nada, y le dejaron marchar. Luc no sabía demasiado sobre las hadas, de hecho, hasta hacía unos días, creía que eran del tamaño de un cargador de móvil y que tenían pequeñas alas con las que revolotear, pero basándose en lo que había aprendido... le daba muy mala espina aquella actitud cooperativa. Por no hablar de las sonrisas en sus rostros mientras veían cómo se alejaban. Muy mal rollo. La dama verde les había advertido que se arrepentirían de las decisiones que tomaran allí, y en vista de su experiencia en el campo de lo paranormal, Luc la creía. Lo único que se preguntaba era cuánto tardarían en hacerlo.

—Sabele... ¿estás segura de que esto es buena idea? —preguntó mientras recorrían la llanura de vuelta al bosque. A medida que avanzaban, se sentía observado por todas las miradas de los seres feéricos, que las posaban en ellos mientras sonreían de oreja a oreja.

—Estoy psicológicamente preparada para que todo salga mal, por si eso es lo que te preocu... —La bruja abrió los ojos de par en par y se detuvo en seco. Miró hacia abajo, en dirección a su pierna izquierda, y Luc la imitó. Un látigo de agua se había enroscado en torno a su tobillo. Sabele tuvo el tiempo justo para gritar antes de que la tirase al suelo para arrastrarla al interior del estanque más cercano. Luc intentó agarrarle las manos para impedir que el agua la enguliese, pero solo consiguió caer de bruces y

ponérselo más fácil a un segundo látigo que le agarró del cuello y tiró de él hasta que primero su cabeza y después el resto de su cuerpo estuvieron bajo el agua.



Sabelle estaba convencida de que se hallaba suspendida en el agua, agua transparente, a pesar de que la oscuridad verdosa era tan densa que le impedía distinguir a través de ella. Era agua, agua normal y corriente, pero también era agua que no mojaba, agua en la que podía respirar sin branquias. En el reino de Sidhe, la física no obedecía las mismas leyes del sentido común que en el lugar al que Sabelle llamaba mundo real. Por muy consciente que fuese de ello, su cerebro no estaba preparado para estar sumergido en una especie de inmenso lago subterráneo sin mojarse ni ahogarse. Otra de las extrañezas del profundo lago sin fin bajo sus pies era que, a pesar de que parecía lo bastante grande para ocupar toda la superficie de la llanura e incluso más, el único orificio que daba a la superficie era aquel a través del que había entrado. Se preguntó a dónde demonios darían el resto de estanques.

Aún intentaba procesar las incoherencias cuando sintió una onda expansiva que acariciaba su piel y alzó la vista para comprobar que Luc

también había sido sumergido. El músico frunció el ceño al comprobar que ninguno de los dos estaba muriéndose ni forcejeando con ninguna criatura marina hambrienta y malvada. Nada de calamares gigantes ni plesiosaurios. Luc extendió los brazos hacia ella. «¿Qué narices está pasando?». Sabele se encogió de hombros y negó con la cabeza. «Ni idea».

Abrió la boca para comprobar si era capaz de hablar en el peculiar medio, pero solo consiguió que se le llenase de agua que tuvo que tragar para no ahogarse por su propio mérito. «Qué asco».

Sabele siguió mirando de un lado a otro, preguntándose si las hadas les estaban gastando una broma de mal gusto; puede que estuviesen vengándose por haber liberado a uno de sus prisioneros. Sus sospechas no tardaron en obtener respuesta, aunque no la que ella esperaba.

Una luz blanquecina tomó forma en mitad del oscuro verdor e hizo que les ardiesen los ojos, complicándoles la tarea de adaptarse al brusco resplandor. Su corazón se encogió al comprobar que tras la luz se asomaba una figura tan blanca como el brillo que la envolvía. «La dama del lago». El pensamiento tomó forma propia en su mente sin que ella lo invocara. Ignoraba cómo lo sabía, pero estaba convencida de ello. Tenía que ser ella, la dama blanca de las leyendas, aquella a la que uno de los caballeros de Arturo, ingenuo, creía haber matado. La reina de todas las hadas, diosa del agua, fuente de vida. Sabele miró bajo sus pies, convencida de que en algún lugar bajo ellos tenía que encontrarse su famoso castillo sumergido. «¿Por qué?», se preguntó. «¿Por qué la había elegido a ella, a ellos, para mostrarse?».

—Sabele Yeats, Lucas Fonseca Zambrano. ¿Son esos vuestros nombres de nacimiento? —preguntó la poderosa reina.

Sabele no sabía si estaba oyendo su voz mediante sus oídos o proyectada en su mente, pero su potencia y limpieza, tan nítida como la luz que parecía envolver sus largos cabellos albinos, caló entre cada una de sus vértebras como el más ávido de los escalofríos.

Ambos asintieron. Luc había nadado hacia ella y sus manos se habían buscado instintivamente bajo el agua.

—¿Aceptáis vuestro destino?

Se miraron el uno al otro. ¿Su destino? La pregunta no tenía ningún

sentido para ella. Si el destino existía, no había nada que pudiesen hacer para evitar caer en él; si podían moldearlo a voluntad, no tenía sentido que lo acatasen antes de saber cuál era. Quizá por eso, la dama del lago no aguardó a su respuesta para entregarles su presente.

Una larga espada medieval decorada con detalles de oro y símbolos celtas se materializó en el agua frente a ellos, alzada entre las manos del hada. En su hoja había una inscripción que Sabele no alcanzaba a distinguir. La dama del lago sostuvo la espada entre las manos y esta se rompió en dos pedazos. Aunque no sabía explicar por qué, el gesto le provocó una punzada en el estómago. Tenía el presentimiento de que lo que acababa de hacer era nada menos que una profanación. Uno de los fragmentos, el que no poseía mango, se convirtió en una daga ante sus ojos, mientras que su otra mitad permaneció con la forma de una espada quebrada.

—Cada uno de vosotros albergará uno de los pedazos en su interior hasta que llegue la hora de liberar su poder —sentenció la dama.

Las armas, que resplandecían con un brillo dorado, flotaron hacia ellos a través del agua. El metal se detuvo a la altura de su pecho y sintió un candor envolviendo su cuerpo a medida que el fragmento de espada se desvanecía en el agua. El calor se esfumó tan rápido como había comenzado.

—Olvidaréis el tesoro que cobijáis. Cuando el desequilibrio venza al orden y la fuerza de la vida y la muerte se tambaleen en el interior de un mismo cuerpo, será el día en que recordaréis que esta arma ancestral os fue confiada. De vosotros depende cómo utilizarla. Empleadla bien, porque sois los únicos que pueden pagar el precio para usarla.

No era una pregunta, ni una sugerencia, ni siquiera se trataba de una amenaza velada o una indirecta pasivo-agresiva. Era una sentencia.

El hada miró hacia Sabele y clavó en ella sus iris plateados, tan claros que se confundían con el blanco de sus ojos.

—Te esperan retos difíciles. No pierdas tu fe en la Diosa, no estáis aquí por casualidad.

¿Qué tenía que ver la Diosa con todo aquello? Sabele quiso protestar, indagar, indignarse frente a la supuesta serenidad con la que tenía que afrontar aquella profecía, pero un fogonazo de luz, aún más intenso que el anterior, tiñó el lago de un opaco color blanco que la obligó a cerrar los

ojos.

El pecho le ardía y se sentía desorientada. Su cuerpo permanecía tumbado sobre la hierba, calado de arriba abajo. Intentó respirar, pero en lugar de eso, su cuerpo tosió con violencia. Tuvo que girarse sobre sí misma para escupir el agua acumulada en su boca.

—Vosotros dos... no vais a acercaros nunca más a una fuente de agua en mi presencia —dijo Matt, de rodillas junto a ella—. ¿Habéis comprendido?

—¿Qué... qué ha pasado?

Luc permanecía tumbado bocabajo a su lado, con una expresión tan aturdida como la suya. William les observaba a ambos desde la distancia, tan aburrido que se le escapó un bostezo. Sabele intuyó que nada que no tuviese que ver con él le interesaba demasiado.

—El agua os ha arrastrado hasta el estanque y después habéis nadado fuera de él —explicó Ame.

¿Que el agua *qué*? ¿Arrastrado adónde? ¿Nadado? Qué absurdo, no recordaba ninguna de las dos cosas, y la expresión de sus amigos no sugería que estuviesen bromeando o exagerando. Examinó su mente. Lo último que recordaba era que caminaba junto a Luc y que, un segundo más tarde, estaba tirada en el suelo, ahogándose.

—¿Estás bien? —le preguntó su amiga, arrodillándose a su lado. Asintió con la cabeza y, aunque no comprendía nada, decidió dejarlo pasar. Seguro que no se trataba más que de otra triquiñuela de las hadas; no podían alargar su estancia en el reino de Sidhe. Cada segundo que pasaban allí aumentaba el riesgo de que fuesen embaucados, y no quería desoír las advertencias de la dama verde.

—Sí... —asintió con la cabeza—. Estoy bien —dijo, y reanudaron la marcha.

Se moría de ganas por salir para siempre de aquel extraño lugar que no dejaba de confundirla.



Volvía a llegar tarde. Igual que en la noche de la Batalla de los Traidores, no fue lo bastante rápida para impedir una desgracia.

El siniestro espectáculo desplegado ante sus ojos le cortó el aliento. Había acudido en su búsqueda para impartir justicia, para esposarles las manos contra la espalda y arrastrarlas a una celda donde pagasen por sus crímenes, pero nunca habría deseado que sucediese algo así. Los cuerpos de las tres brujas permanecían inertes en el suelo y sus miradas huecas clavadas en el techo. Alguien, con intenciones no tan honradas como las suyas, se le había adelantado. Otra vez.

Ella y Rosita habían tomado el metro en Tribunal y recorrido la línea uno hasta llegar a Tetuán. Se alejaron entre las casas bajas, dejando AZCA cada vez más lejos y acercándose a esas torres que arañaban el cielo madrileño. Seguro que los constructores de aquel diminuto y humilde poblado jamás habrían soñado con estar tan cerca de tales monstruosidades

de cristal y acero. Tras un rato caminando, se detuvieron junto a un edificio de cuatro plantas que se alzaba junto a un descampado en el que se acumulaban los ramajes secos, la tierra yerma y todo tipo de desperdicios, orgánicos e inorgánicos. Las ventanas sin cristales o tapiadas y los grafitis y desconchones que cubrían la fachada delataban que se trataba de un edificio abandonado que ni siquiera los okupas de la zona habían querido acondicionar a sus necesidades.

—¿Estás segura de que es aquí? —preguntó, escéptica. Rosita asintió.

—Es el lugar que vi. Lo único... es que no estoy muy segura de que sigan por aquí. No presiento ningún hechizo protector por la zona.

—Ya sería mala suerte que hayan decidido marcharse justo ahora —farfulló ella.

—Bueno... —dijo Rosita; Leticia arqueó las cejas. No le gustaba nada cómo sonaban esos puntos suspensivos implícitos en su respuesta—. En teoría no tendría por qué, pero es un hechizo que no tengo del todo dominado y cabe la posibilidad de que Helena sintiese la incursión. Aunque insisto, no tendría por qué.

—No me puedo creer que esté jugándome mi puesto por un «hechizo que no tienes del todo dominado».

—Oye, yo también preferiría estar haciendo otra cosa, en concreto me encantaría estar comiéndome tranquilamente mi hamburguesa y viendo *Stranger Things*, doña «no necesito ayuda, prefiero jugarme la vida yo solita», pero aquí estamos. ¿Vamos a patearles el culo o no?

Leticia había intentado llevar a cabo la detención por su cuenta, pero Rosita insistía en que las Lozano la convertirían en papilla antes de que pudiese decir «alto en nombre de la Guardia». No le agradaba en absoluto admitir que tenía razón.

—No vamos a patearle el culo a nadie. Entremos en el portal con discreción. Si no están aquí, será mejor que acabemos con esto cuanto antes. Si están, pediré refuerzos antes de seguir adelante.

Por desgracia, sí que las encontraron. La puerta del piso estaba abierta de par en par, y lo primero que vieron fueron los pies de Helena asomando al otro lado. Algo terrible tenía que haberles sucedido. En sus rostros había quedado grabada una mueca de terror digna de una máscara griega y sus

cuerpos parecían consumidos, como si les hubiesen arrebatado la juventud de golpe.

—Qué horror —dijo por fin.

—Supongo que no somos las únicas enemigas de las Lozano. —Rosita se acercó para examinar los cuerpos de cerca—. Menos mal que no nos hemos encontrado con quienquiera que sea el responsable de esto. Nunca había visto nada así... —Se agachó junto a ellas y bajó sus párpados con un suave gesto—. Que la Diosa acoja vuestras almas, que vuestra magia viva una nueva y próspera vida —se incorporó, desbordando rabia—. Son unas traidoras, pero nadie merece morir de esta forma.

Le conmovió su pesar por sus enemigas. Estaba en lo cierto. Las Lozano habían sido víctimas de un crimen y los culpables tendrían que pagar por él. Leticia sacó el móvil de su bolso y comenzó a marcar el número de su superior.

—No toques nada, ¿de acuerdo? Pediré refuerzos y un equipo de rastreo profesional.

—¡Espera! —exclamó Rosita mientras se llevaba el móvil al oído. Colgó justo antes de que se estableciese conexión. La miró fijamente. Ya podía estar interfiriendo en su labor policial por un buen motivo—. He encontrado algo y no creo que quieras contárselo a tus jefes. —Alzó una diminuta pastilla roja y la rascó con el dedo para llevarse unas virutas a la boca antes de que Leticia pudiese impedirselo. Rosita escupió en un pañuelo de papel que tenía preparado en la mano—. Sé lo que es. En los bajos fondos se las conoce como exma. Droga sintética. Un potente inhibidor mágico. Utiliza la energía mágica de una bruja o nigromante para excitarte o calmarte, pero no puedes hacer hechizos como la Diosa manda durante un buen rato porque se alimenta de ella para funcionar. Es una bomba de relojería. Nunca sabes cómo te va a hacer reaccionar ni durante cuánto tiempo.

Leticia le dirigió una mirada acusadora.

—¿Por qué sabes todo eso?

—¿Estás loca? No me mires así, en la vida probaría una de estas, no soy estúpida. Lo que soy es experta en pociones, y esto... —agitó la pastillita en el aire— es una de las mezclas de ingredientes mágicos más eficientes que

hay. Es increíblemente adictiva, peligrosa e... ilegal.

—Adictiva e ilegal... suena a que nuestro asesino podría verse en un apuro si estas dosis —dijo mirando el puñado de pastillas distribuido a su alrededor— fuesen las únicas que tenía. Aunque, por otra parte, ¿por qué dejarlas aquí?

—Si eres un asesino múltiple y sabes que no eres el único buscando a tus víctimas, no te vas a parar a contar pastillitas.

—¿Cómo sabemos que no son de ellas? —dijo señalando a las víctimas. Rosita resopló, como diciendo «Ya, claro».

—Ay, Cenicienta... No tienes ni idea de brujas, ¿verdad? Las Lozano creen en la pureza de su sangre y jamás la enturbiarían con sustancias como esta. Créeme. De hecho, ninguna bruja o nigromante respetable lo haría. Sus efectos son difíciles de disimular.

Leticia se cruzó de brazos. Las Lozano asesinadas vilmente de una forma que ni ella ni Rosita eran capaces de comprender, un asesino que limitaba su uso de la magia para garantizarse un subidón a costa de unas pastillas ilegales, pero que era capaz de vencer a tres de las brujas más poderosas de la ciudad a la vez... Hacía solo unos meses soñaba con un caso así, habría pagado por él, pero ahora que lo tenía frente a ella...

—Esto se nos escapa de las manos. —Leticia desbloqueó su teléfono de nuevo en busca del número de su jefe.

—Al contrario. Solo hay un lugar en Madrid en el que se pueden comprar este tipo de... productos —dijo Rosita, caminando hacia ella con decisión. Tomó sus manos con las suyas para evitar que hiciese la llamada y Leticia sintió todo lo contrario a un escalofrío cuando sus pieles se rozaron—. Indagaremos. Preguntaremos y encontraremos respuestas. Nosotras. Juntas.

Por mucho que a Leticia le entusiasmase la idea de emprender una aventura de investigación al más puro estilo Sherlock y Watson, involucrar a Rosita en un homicidio a espaldas de sus jefes y compañeros no le parecía emocionante, le parecía una estupidez.

—La Guardia se encargará de esto.

—Está bien. Llámales. Pero no les hables del exma. —Rosita se encargó de responder a la pregunta en sus ojos antes de que la formulase—. Los

tenderos del Mercado del Trasgo jamás permitirán a la Guardia entrar en su dominio, solo nos retrasarán. Si es que deciden investigar...

—¿Quieres que les esconda pruebas a mis superiores? —Tenía que estar oyendo mal. Ya habían incumplido suficientes normas para una buena temporada.

—Solo un ratito —dijo, apretando sus manos con aún más fuerza. La miró fijamente con esos grandes ojos negros que siempre hacían que perdiese el hilo de sus pensamientos—. ¿Quieres encontrar al asesino o no? —Leticia asintió con la cabeza—. Entonces, confía en mí —le pidió, y aunque seguía creyendo que no era una buena idea, Leticia se olvidó de su preciada lógica.



Había pocas cosas que pudiesen sacar de quicio a Ame y acabar con su paciencia, y los juegos mentales de las hadas eran una de ellas. Si tenía que pasar un solo minuto más recorriendo aquellos bosques y oyendo los murmullos de los dichosos feéricos a su paso iba a gritar de desesperación. Tenía la sensación de que llevaban semanas andando, aunque su cerebro le decía que eso era imposible. Cada vez era más evidente que las hadas no les permitirían marcharse sin antes divertirse a su costa. Casi podía percibir cómo se deleitaban bebiendo de sus sentimientos de frustración.

Ame respiró hondo y se esforzó por recordarse que no todo había sido malo. Al menos la visita al reino de Sidhe había servido para acabar de una vez por todas con esa absurda tensión no resuelta entre Sabele y Lucas. Solo hicieron falta una boda accidental y un divorcio mágico exprés para que se dieran cuenta de que estaban colados el uno por el otro. No habían

dicho nada, pero era absurdo que intentasen negarlo. Tan pronto como habían logrado ponerse en pie y preguntarse qué tal se encontraban después del incidente del estanque, Luc había recogido uno de los mechones dorados de Sabele, completamente empapado, detrás de su oreja. Solo era un gesto, pero no tenía nada de insignificante. El lado inseguro de Luc nunca se habría atrevido a un acercamiento así si no supiese de antemano que no sería rechazado.

A pesar de su impulso de gritar «¡Por fin, lo sabía!», Ame se mordió el labio y apretó los puños, esforzándose para contener su emoción y fingir, como hacían ellos, que no pasaba nada fuera de lo común. Tenía miedo de que si alguien les señalaba que caminaban más juntos de lo habitual o que les había sorprendido cogiéndose de la mano un par de veces en su paseo por el bosque, alguno de los dos idiotas, o los dos a la vez, se apartase corriendo y volviese a su espiral de negación.

—No recordaba que el camino hacia la salida fuese tan largo... —El pintor bostezó por enésima vez—. Me muero de sed, ¿os importa si paro en algún claro a beber un rato?

—¿Y volver a bailar por toda la eternidad? —protestó Sabele—. Ni en sueños. Además, es imposible que tengas sed aquí, no cuela.

De nuevo el tiempo se diluyó, medido tan solo por los pasos que daban, hasta que acabaron por detenerse de nuevo ante las dos hadas guardianas que les habían cobrado tan nefasto precio.

—¿Adónde creéis que vais? —El ser feérico de pelo oscuro alzó de nuevo su lanza hacia ellos.

—¿Es que no os habéis alimentado suficiente a nuestra costa? —protestó Matt—. Os hemos dado todo el juego que queráis.

—Vosotros podéis marcharos. Él —dijo señalando con la cabeza hacia William— nos pertenece.

—Ya no —reprochó Sabele, dando un paso adelante—. El hechizo se ha roto, ya no bailará por toda la eternidad.

—Ha comido nuestros manjares y bebido néctar de nuestros cultivos. Su cuerpo pertenece a este mundo.

—Agh, ¿y ahora qué? Estoy harto de esta gente —masculló Luc, malhumorado. Ame asintió con la cabeza. Acababa de resumir a la

perfección lo que todos sentían hacia las hadas.

—Ya hemos pagado el precio —insistió Sabele, cada vez más irritada—. Sabíais a qué veníamos y nos permitisteis pasar. Él ha tomado su decisión.

Ame echó de menos a Rosita. En situaciones como esa habría sabido qué hacer. Nunca permitía que nadie ni nada le pasase por encima, y mucho menos que se aprovecharan de ella. Por no hablar de que no tenía el más mínimo sentido del pudor. Rosita habría puesto en su sitio a esas hadas sin inmutarse.

—No importa lo que elija porque ya no es dueño de su destino, renunció a él el día que dio un trago a nuestras copas, cuando hizo un trato con nosotras —dijo el hada de pelo oscuro.

—Para que una vida abandone nuestro mundo —dijo la pelirroja con una solemnidad que solo acentuaba la rabia de su compañera—, otra debe ocupar su lugar. Para que se quiebre un trato, otro debe sellarse.

—Eso es ridículo —dijo Sabele—. No, ni en broma. Nos vamos de aquí, los cinco. —Dio otro paso adelante y la punta de la lanza rozó su pecho.

—Igual tenemos que calmarnos todos un poquito —sugirió Luc, y Sabele le lanzó una mirada irónica que decía «gracias por la aportación»—. ¿Qué? Me molestaría bastante que te empalasen precisamente hoy, la verdad.

—Ah, ¿y cualquier otro día te hubiese dado igual? —Sabele frunció el ceño.

—No, no tengo nada en contra de los empalamientos. ¡Pues claro que me hubiese importado! Soy capaz de arrancarle las trenzas a uno de estos Légolas de pacotilla sin du... —El filo de una daga se tornó hacia su cuello en un ágil y rápido gesto, casi imperceptible—. Vale, no. Perdona, lo retiro. Soy un cobarde y suspendí Educación Física, ¿a quién pretendo engañar? No a la violencia. Paz.

—Cierra la boca de una vez, rata humana —advirtió el hada.

—Eh —protestó Sabele—. Solo yo puedo enfadarme con él en mi presencia. —La lanza ascendió hacia el borde del cuello de la bruja sin que el hada desviase la vista de Luc—. Deberías dejar de amenazar si no

piensas usarla. —Sabele apartó la vara de madera de un golpe seco con el antebrazo y siguió avanzando sin que el hada hiciese nada por impedirselo, hasta que se desvaneció ante sus ojos, envuelta en... ¿purpurina?

—¿Alguien me explica qué está pasando? —Luc les miró con una mueca que no desvelaba sorpresa, sino una vaga y aburrida resignación.

—Ella es solo una visitante. Puede marcharse cuando quiera y eso ha hecho —explicó Matt. Todos nosotros podemos hacerlo, pero no si le llevamos a él.

—A lo mejor esto es una señal... —comenzó a decir el artista, quien había permanecido en silencio a varios metros de distancia al verse aludido—. Puede que este sea mi sitio. Es decir... bueno, si después de tantos siglos nadie ha descubierto mi obra, tal vez... puede que mi padre tenga razón y no sirva para esto.

Luc resopló.

—Ya. Típico. El mío sigue insistiendo para que deje la música y estudie Derecho, y aquí estamos los dos. A punto de dejar que una bruja nos catapulte hacia la fama.

—¿Una bruja? —El artista frunció el ceño, con desconfianza—. Nadie me advirtió que ella fuese una bruja —dijo señalando hacia el espacio vacío que Sabele había dejado tras de sí.

—Y de las buenas —dijo Luc, Ame juraría que con una pizca de orgullo.

—No pretenderá vengarse por lo que hice... ya sabes, con su amiga.

—Si a mí no me ha estrangulado todavía, no creo que te haga daño. —El músico se encogió de hombros.

—Una bruja... —murmuró para sí mismo. Miró hacia atrás, en dirección al bosque.

—Si no lo haces por la fama —dijo Ame, dejando que las palabras surgiesen de su corazón—, hazlo por Shannon. —Se giró hacia las hadas, decidida a ofrecerse voluntaria. Después de todo, no le esperaba la dicha allí fuera, tenía sentido que fuese quien se sacrificase. Era la que menos iba a perder. Tal vez fuese lo mejor para todos, su familia no tendría otra opción que perdonarla por su sacrificio—. Yo me...

—Yo me quedaré —anunció Matt, quizá anticipándose a su decisión.

La mera idea de dejar a Matt atrás, atrapado en aquella especie de limbo en ninguna parte, hizo que se le encogiesen las entrañas.

—¿Qué? —dijo ella—. ¡No! No puedes. Nada de esto tiene que ver contigo.

—No estudié Medicina para poder llevar una bata blanca, Ame. Me convertí en doctor para poder ayudar a quienes más lo necesitasen —dijo con total naturalidad. ¿Cómo podía estar tan tranquilo?—. Sé de sobra lo que significa sentirse atrapado, y Shannon se merece recuperar su cuerpo después de todo este tiempo.

Matt sonrió y ella quiso abofetearle. ¿Por qué tenía que ser así, por qué tenía que ser tan... buena persona?

El hada pelirroja, que podía leer el corazón de Matt como si hubiese sido escrito en las runas con que su gente escribía las viejas historias, extrajo un odre, elaborado a partir de grandes hojas verdes, de su cinto y se lo tendió a Matt. Néctar.

—Si bebes, el pacto quedará sellado. Su vida por la tuya.

—¡No! —exclamó Ame, interponiéndose entre ambos—. Me quedaré yo.

El hada sonrió a pesar de la impaciencia de su compañero, que mantenía la lanza alzada aunque no tuviese permiso para emplearla.

—Podemos negociar una solución que nos complazca a todos. Aún nos queda el detalle del trato.

Todos los presentes estudiaron al ser feérico con desconfianza. En su breve experiencia, las ofertas de las hadas podían encerrar muchos más inconvenientes que ventajas, y la mayoría no se podían comprender a simple vista.

—Habla —dijo Matt.

—Si nos entregas tu cuerpo —señaló el odre—, ella —dijo, y su dedo se desplazó hacia Ame— podrá liberarte cuando nos entregue algo con el mismo valor que una vida humana.

—No. —Ame negó con la cabeza y se volvió hacia Matt, agarrándole del antebrazo y olvidando por completo que estaban rodeados por espectadores—. Es un truco y lo sabes. No han dejado de jugar con nosotros desde que llegamos, y la dama verde nos advirtió que nos arrepentiríamos.

—Ame...

—¿Qué hay que tenga el mismo valor que la vida humana? ¿Qué valor es ese? ¿No ves lo ambiguo que es? Podría buscar mil años y nunca encontrar lo que piden —dijo ella, tan rápido que la lengua se le trababa con cada palabra.

—Ame... —repitió él, paciente y conmovido—, confío en ti. Sé que encontrarás lo que piden y que volverás para salvarme. Si algo he aprendido de ti en este tiempo es que te desvives por los demás, que harías cualquier cosa por tus amigos y familia. Acepto la oferta —dijo en dirección a las hadas.

—¡No!

—Con una condición. —Esta vez, el brujo la miró a ella—. Que eso no te impida seguir con tu vida. ¿Lo prometes?

Ame negó con la cabeza.

—No. Si aceptas, destruirás mi vida, me dedicaré en cuerpo y alma a salvarte y renunciaré a todo lo que me importa y a todo lo que podría hacerme feliz, así que no puedes hacerlo. A no ser que mi felicidad no te importe.

Matt sonrió y una luminosa y melódica risa enmarcó su sonrisa. ¿Cómo podía reír cuando estaba a punto de firmar su sentencia?

—No. No lo harás. ¿Sabes por qué lo sé? —susurró a su oído—. Porque eres la persona más fuerte y valiente que conozco y tu familia es lo más importante para ti. Vive tu vida, Ame Toyo. Hazme ese favor. Deja lo de rescatarme para tus ratos libres.

Fuerte. Valiente. Ame estaba acostumbrada a que la juzgasen como tonta o débil antes de conocerla. Era pequeña y delicada, e incluso en pleno 2017 seguía habiendo muchas personas que solo te consideraban una mujer fuerte si hacías exactamente lo mismo que se esperaba de un hombre: luchar en la guerra para proteger a los tuyos, negarte a casarte para vivir tu propia vida... Sin duda eran decisiones nobles, pero ¿qué pasaba con las mujeres que en lugar de luchar en la batalla se quedaban atrás para sacar adelante a sus familias en la miseria que dejaban tras de sí los soldados? ¿Y las que decidían casarse porque no hacerlo supondría la desgracia para los suyos? También eran decisiones difíciles, y tomarlas, desde luego, requería

valor. Ni ella misma se hubiese descrito como fuerte y valiente, le habían enseñado que eran atributos incompatibles con su forma de ser, pero la forma en la que Matt le sostenía la mirada, con respeto y pasión, le hizo pensar que tal vez lo fuera. Porque, tal vez, hubiese muchas formas distintas de ser fuerte, fueras quien fueses. Y por eso no podía perderle, por egoísmo puro y duro, por cómo le hacía sentir consigo misma.

—¡Para! ¡Para, por favor! —gritó, pero sus súplicas no sirvieron de nada.

Extendió el brazo hacia el odre y Ame forcejeó inútilmente con él para impedirselo. Notó que deslizaba algo en su mano y se percató de que eran las llaves de su viejo coche de segunda mano.

Matt se llevó la boquilla hacia los labios, inclinó la cabeza y dejó que las gotas de néctar cayesen dentro de su boca, resbalando por la comisura de sus labios. Al mismo tiempo, las hadas extendieron las manos hacia Luc y Ame para soplar en su dirección, expandiendo en el aire decenas de miles de diminutos granos de polvo brillante. Ame quiso gritar, protestar, llorar, pero el mundo de Sidhe se emborronó ante sus ojos y la luz de la mañana les golpeó.

Habían vuelto al mundo real.

El sol brillaba sobre sus cabezas, y la humedad de la niebla, que aún no se había disipado del todo, la envolvió mientras se derrumbaba sobre la hierba y se encogía sobre sí misma para llorar.

—¡Ame! Ame, ¿qué ha pasado? —Sabele corrió a su lado y sintió sus manos apoyándose sobre su espalda—. ¿Ame?

—Le... le he perdido.



Caleb Saavedra nació el 11 de abril de 1991 en un hospital de la Moraleja, Madrid. De su madre heredó los ojos verdes y el carácter dulce, de su padre, la desconfianza. Fue un niño alegre e inquieto, un adolescente algo difícil y un adulto responsable. Cal había sido muchas cosas a lo largo de su vida, pero sobre todo se consideraba un artista, un aventurero, un aficionado a los deportes de riesgo; además, era vegetariano desde hacía cuatro años, sobre todo a causa de Sabele, su querida Sabele. Ese chico jamás habría sido capaz de hacer algo como lo que había planeado para esa noche. La persona que saludaba con diplomacia y un gesto elegante a los principales representantes de las distintas ramas y familias de la hermandad les miraba con los ojos de Cal, estrechaba sus manos con los dedos de Cal, les sonreía, afable y confiado, con la boca de dentadura perfecta de Cal, pero en su pecho bombeaba algo más que la sangre caliente. Aquel cuerpo era suyo, pero ya no le pertenecía del todo. La magia que vibraba en cada una de sus células era robada, la Voz que

susurraba en su cabeza se había convertido en un secuestrador hacia quien comenzaba a sentir un cierto afecto y un grado de dependencia que se parecía demasiado al síndrome de Estocolmo. Caleb Saavedra se desdibujaba con cada respiración, y quienquiera que hubiese sido ya no oponía resistencia. O se deshacía desde dentro... o dejaba que le destruyesen desde fuera.

Cal dejó que los nigromantes menos importantes jerárquicamente se acomodasen en la gigantesca sala y se retiró discretamente en dirección al jardín.

Comprobó que nadie le siguiese y extrajo un pequeño espejo de bolsillo, una esfera negra con una mariposa en relieve que se abría para dar lugar a dos versiones del mismo reflejo. Era de Sabele. Lo había olvidado en una de sus visitas a hurtadillas al estudio que tenía alquilado en el centro de Madrid, donde acababa viviendo la mayor parte del tiempo que su padre no le requería entre los suyos. Cal lo había encontrado poco después de que su relación terminase. Tendría que habérselo devuelto, pero no lo hizo.

Alzó el espejo a la altura de sus ojos y se observó a sí mismo unos segundos. Nadie que mirase notaría cambio alguno en el semblante del muchacho, a no ser que fuese lo bastante insensato como para mirarle a los ojos durante demasiado tiempo. Puede que su expresión fuese más rígida, que no sonriese como antes, pero eran sus pupilas las que le delataban. La luz, el candor... habían desaparecido de ellas. El nuevo Cal, o quienquiera que fuese ahora, no tenía tiempo para sentimentalismos; miró fijamente el espectro e invocó el poder de las sombras.

—*Okham Ashna sei Ohm. Okham eino Sakshama. Don Lázaro aon Ruiz aon Abel.*

La magia de vida de las tres Lozano había incrementado tanto su fuerza que no necesitó ofrecer su sangre en esta ocasión. La realidad se dobló a su voluntad y una imagen que se correspondía con el interior de la sala se formó en la superficie del espejo. Su grupo de traidores preferidos permanecían en su interior y procuraban evitar el contacto visual entre ellos. Ruiz había tomado asiento en un extremo, muy cercano al que Cal habría de ocupar presidiendo la mesa, y don Lázaro había procurado acomodarse lo más lejos posible de él. Abel se arremolinaba junto a sus

seguidores en una esquina, incapaz de estarse quieto más de cinco segundos. Ese perro rabioso.

Las piezas para su golpe de gracia estaban en su sitio. Se dispuso a dar media vuelta para enfrentarse a su destino cuando el peso del espejo entre sus dedos le hizo vacilar.

«Ya hemos hablado de esto. Olvídala», insistió la Voz, que parecía odiar el recuerdo de la joven bruja tanto como él la extrañaba.

«Solo será un momento». Sabía que no estaba bien, pero tampoco lo estaba nada de lo que tenía planeado hacer esa noche.

—*Okham Ashna sei Ohm. Okham eino Sakshama. Sabele...*

Su pelo dorado y su rostro armonioso se materializaron sobre la superficie lisa. Su imagen avivó los escasos restos de su humanidad, o así lo hizo hasta que poco a poco la escena se tornó nítida y descubrió que no estaba sola. Sabele tenía los ojos cerrados y su cabeza descansaba sobre el hombro de ese maldito revelado, que la rodeaba con el brazo y se apoyaba en ella, también dormido, en el asiento trasero de un coche. No. No podía ser. ¿Qué hacían juntos, de nuevo? Creía que le había descartado, que se había dado cuenta de que no estaba a la altura. Era imposible que hubiese elegido al músico antes que a él. ¿Es que estaba ciega? ¿Acaso era una pobre tonta? Un corriente cualquiera como él no podría apreciarla, no podría admirarla en su magnitud, tal y como merecía, él, tan simple, tan necio, nunca podría quererla como Cal la quería. ¿Por qué Sabele no podía verlo? Cal era el único a la altura, el único lo bastante poderoso para aspirar a ganarse el amor de una mujer como ella. La ira recorrió sus brazos hasta llegar a sus dedos, que apretaban el espejo con tanta fuerza que el plástico cedió y el cristal se rompió en pedazos. Las sombras se encargaron de protegerle y pronunciaron un hechizo por él, haciendo que los cortantes pedazos se transformasen en polvo al caer sobre su piel. La Voz volvió a susurrar en su mente, aburrida y burlona a la vez.

«Te lo he dicho. No merece la pena. Olvídala».

«Te equivocas». Podía convencerle para que renunciase a sus principios, para que disfrutase de la venganza tanto como él paladeaba la destrucción que provocaba a su paso, para que renunciase a su humanidad, pero nunca lograría que Sabele dejase de acaparar cada pensamiento en su cabeza.

Sabele. *Sabele*. Tenía que aferrarse a ella. A cómo le hacía sentir. A cómo era lo único que evitaba que la Voz engullese a Caleb Saavedra.

«Déjala ir. Ahora tenemos cosas más importantes que hacer».

Caleb continuó mirando el polvo esparcido entre las líneas de su mano. «Ayúdame a recuperarla y haré todo lo que tú quieras».

Creyó verle sonreír, en el interior de su alma. «Lo harás de todas formas».

Un paulatino silencio inundó la sala cuando Cal cruzó el umbral de la puerta. Todos los presentes le observaron con un dispar rango de emociones y la falta de ellas. Algunos le depreciaban por su pasado como amigo de las brujas, otros querían confiar en que su sangre Saavedra le haría estar a la altura, los demás no sabían qué esperar de él y la incertidumbre se convertía en miedo y recelo, aunque también había quien se limitaba a pensar que estar allí esa noche no era más que una pérdida de su valioso tiempo. No les había dado ninguna explicación de por qué les había reunido en la mansión Saavedra y era consciente de los numerosos rumores que se habían propagado como una pandemia durante las últimas horas. La teoría más popular de todas era la de que se preparaba para abdicar y convocar algún tipo de elecciones, opinaban que utilizaría la ocasión para proponer un sucesor. Qué gran decepción iban a llevarse.

La sala estaba a rebosar.

Los nigromantes de mayor importancia jerárquica ocupaban asientos en torno a la mesa que Cal presidiría y sus seguidores, que se contaban por decenas, permanecían en pie tras ellos. La hermandad al completo se había congregado tras su llamada.

—Cierra con llave —susurró a José, detenido a su lado—, y si podéis, usad un par de hechizos discretos para sellarla. No quiero que nadie salga de aquí antes de tiempo. ¿Entendido?

José vaciló. No comprendía el porqué de sus actos, ni el de su petición, pero la firmeza en sus palabras no dejaba espacio a la duda. Esta vez no era un chiquillo que necesitaba guía y consejo, sino un líder esperando a que sus órdenes fuesen cumplidas. José asintió y mandó a sus hombres cerrar las puertas mediante las sombras, lo que desató un corrillo de murmullos que murió lentamente cuando Cal ocupó su asiento presidiendo la mesa.

—Mis fieles hermanos —habló ante sus expectantes seguidores. Su padre habría estado orgulloso si hubiese podido moverse de la cama para verlo—. Sé que tenéis muchas dudas sobre por qué os he hecho venir. Y muchas teorías. —Alguna sonrisa picara se dibujó entre la multitud—. Para todos aquellos que habéis sido fieles seguidores de mi padre y de la estirpe Saavedra tengo buenas y malas noticias. —Vio como sus enemigos intercambiaban miradas recelosas y sintió una punzada de satisfacción—. No tengo la más mínima intención de renunciar a mi derecho por nacimiento. Cometí ese error una vez y las sombras me han dado una segunda oportunidad, aunque sé que hay muchos que no creen que la merezca. —Recorrió a los hombres con la mirada. Ruiz evitaba el contacto visual, nervioso, y don Lázaro le estudiaba con un gesto condescendiente que daba a entender lo mucho que le aburría su discurso. Solo Abel le sostuvo la mirada, desafiante.

—¿Cuál es la buena noticia? —dijo, ganándose miradas de reproche por parte de algunos y risas de los que habían sido miembros de las Juventudes.

—Ya veo que valoráis vuestro tiempo, así que iré al grano. Si no hubiese convocado una reunión de urgencia, esta misma noche, mi padre, Gabriel Saavedra, a quien habéis seguido y admirado durante décadas —dijo, aunque no fuese cierto para todos— habría sido traicionado y asesinado —su público se escandalizó. No era la primera vez que a Gabriel intentaban eliminarle de la ecuación política, pero sí la única ocasión en que alguien se había atrevido a hablar de la cuestión tan abiertamente—. Hay traidores sentados entre nosotros.

—Ridículo —dijo Ruiz, incapaz de mantenerse al margen al sentir el revoloteo de una acusación inminente sobre él—. Todos los presentes en esta mesa hemos hecho un juramento de lealtad hacia esta hermandad, y la insinuación de que alguno de nosotros sea capaz de romperlo me parece repug...

—Fausto Carrasco —el peso del nombre le hizo enmudecer momentáneamente— no era el único que discrepaba con los métodos de mi padre. —Miró a los ojos a don Lázaro, que permanecía inalterable—. La buena noticia, Ruiz, es que yo no soy él. Esta noche comienza una nueva era. —Extendió los brazos en el aire—. *Okham sain ana okh salom yenai.*

—Una manada de lobos, fraguados en las sombras, surgió de las entrañas de la tierra, rodeando la mesa y amenazando a quienes debían lealtad a los traidores con gruñidos amenazantes.

Los nigromantes observaron perplejos. Hasta donde ellos sabían, Cal había perdido todo su poder a causa del tratado. ¿Cómo era posible? ¿Qué clase de trucos estaba empleando?

—¿De verdad es necesaria esta pantomima? —Don Lázaro, sabiéndose descubierto, habló por fin.

Cal dejó que sus lobos hablasen por él. Tres de las fieras se abalanzaron sobre los cabecillas de la traición agarrándoles de las extremidades y del pescuezo para arrastrarles entre gritos hasta sus pies. Sus propias sombras intentaron detenerlas, pero no eran lo bastante fuertes para vencer los colmillos de las fieras.

—¿A qué esperáis, insensatos? —bramó Ruiz entre gemidos de dolor. La carne de los lobos se componía de sombras, pero su mordisco era muy real.

Varios de sus hombres se prepararon para luchar, invocando a sus propias sombras y lanzando conjuros contra Cal. Una barrera protectora se alzó entre él y sus enemigos, protegiéndole de cada ataque. Los hombres de Ruiz contemplaron impotentes que sus mayores esfuerzos no eran capaces de hacer que el joven se despeinase siquiera. Ruiz había procurado rodearse de nigromantes serviles y poderosos, pero ninguna de esas cualidades les servirían esa noche.

—Os daré una última oportunidad —dijo Cal, decidido a mostrarse clemente ante el resto de la hermandad—. Servidme y os perdonaré la vida.

Los hombres vacilaron, y aquel segundo de duda fue suficiente para que Cal tomase una decisión mientras la Voz le susurraba «Hazlo, no tengas miedo».

—Fuego... arde —pidió, y sintió como el poder de la vida, la magia que había arrebatado a las Lozano, acudía a él.

La voracidad de las llamas les engulló ante el horror de todos los presentes, incapaces de comprender lo que estaban presenciando. Caleb Saavedra no solo había recuperado sus poderes, sino que era capaz de recurrir a la magia de las brujas.

Los hombres gritaron y se consumieron como cerillas, inundando la sala de un nauseabundo olor a carne chamuscada. Cal observó el espectáculo sin el más leve ápice de remordimiento.

—Que la muerte os acoja en su seno —dijo cuando por fin los gritos cesaron.

Mientras sus aliados morían por él, los lobos se habían encargado de tirar a Ruiz de su silla y lo arrastraron hasta los pies de su amo. El hombre no dejó de gritar y blasfemar un solo instante.

—¡Esto es un error! ¡Pagarás por esto! No sabes lo que estás haciendo, no tienes ni idea de a quién estás amenazando. —Ruiz se revolvió en el suelo.

Abel había saltado de su silla y, junto a lo que quedaba de las Juventudes, invocaba a las sombras en un vano intento de poder enfrentarse a los lobos. Al contrario que Ruiz, Abel era un digno contrincante y no sentía miedo a dejar que la podredumbre de las sombras ascendiese por sus brazos hasta subir a la base de su cuello para teñirla de negro por completo, acariciando su barbilla. Para Abel, la maldición de los nigromantes, el precio que pagaban por su poder, era un honor al que se entregaba con placer. Aun así, ninguno de sus hechizos era rival para el nuevo poder de Cal, que miró a Ruiz, tendido a sus pies, con desdén.

—Las sombras no solo me han dado otra oportunidad, sino que también me han concedido un valioso don. En su sabiduría me han elegido y yo acepto su decisión humildemente. Los nigromantes hemos combatido a las brujas durante siglos sin percatarnos de que la vida y la muerte solo son dos nombres para un mismo concepto que hemos cometido el error de separar. Vida y muerte, juntos, se convierten en algo mucho más grande.

—¡Te arrepentirás! —seguía gritando Ruiz, ignorando sus palabras. A pesar de sus amenazas, pudo ver el terror en sus ojos, su infinito miedo a la muerte a pesar de haberla adorado como su diosa. El viejo Cal titubeó en su interior.

«¿Qué haces?», preguntó la Voz. «Observa cómo te miran, cómo te adoran... vamos. No les falles ahora. Los tienes en el bolsillo».

Cal contempló a su público. La Voz estaba en lo cierto. Fieles, traidores, todos querían ser testigos de su poder.

«Yo nunca he querido esto».

«No se trata de lo que quieres, sino de lo que *debes*».

«Está indefenso, asustado...».

«Si el poder de su magia se equiparase al tuyo, ya te habría matado como pretendía hacer con tu padre. Solo es otro traidor, otro Fausto». La mención del nombre de su amigo hizo que la fuerza de su conciencia se mitigase.

Se agachó para alzar a Ruiz en el aire sin esfuerzo, ayudado por las sombras; acuñó su rostro con la mano, clavándole los dedos en la fina piel de las mejillas. Sintió el aliento del aterrorizado hombre en su rostro. Qué desagradable.

«Acabemos con esto cuanto antes», dijo la Voz, ¿o fue él?

La corriente de magia fluyó acompañada por los gritos desesperados de Ruiz, que como todas sus víctimas comprendía demasiado tarde qué estaba ocurriendo. Don Lázaro observaba perplejo y horrorizado, aguardando su turno; Abel, con admiración. Los dos habían cesado en su forcejeo y se limitaban a presenciar un acto imposible. No existía ningún hechizo ni artilugio capaz de transportar la magia de un cuerpo vivo a otro, y, sin embargo, era lo que sucedía ante sus ojos. Ver para creer. Las sombras abandonaban el cuerpo de Ruiz para introducirse en el de Cal a través de sus ojos, su boca, sus fosas nasales, a través de cada poro de su piel.

—Para... para, por favor... —sollozó su víctima, cada vez más débil.

«Ya tenemos su magia. No hay por qué matarlo», le dijo la Voz a Cal en sus adentros, convertida en apenas un murmullo.

«Tampoco hay por qué parar».

La Voz se limitó a reír mientras el cuerpo sin vida de Ruiz caía a sus pies, y aunque no era capaz de admitirlo, Cal lo estaba disfrutando.

—Don Lázaro, creo que es su turno de decidir.

Isaac y Jeremías, los dos hijos mayores de don Lázaro, y sus aliados se pusieron en pie, dispuestos a evitar la ejecución de su padre a costa de la suya. A la vez, quienes se mantenían fieles a la familia Saavedra se prepararon para plantarles cara junto a los lobos.

—Este crimen es inadmisibile. No somos salvajes —dijo Isaac, embargado por el odio, pero no demasiado, después de todo acababa de

librarles de su principal competidor—. Si tienes alguna prueba con la que acusar a mi padre, preséntala en un juicio justo.

—¿Para que podáis comprar a los nigromantes que formen el jurado? —preguntó Cal, que conocía de sobra, como todos, los hábitos de la familia.

Jeremías se subió a la mesa en un alarde de grandiosidad, convencido de que lo que acababan de presenciar le daba el pretexto que necesitaba para cumplir con los planes de su padre.

—¿Es este el líder que queréis? Un amante de las brujas que arremete contra sus hermanos, que ignora nuestros más sagrados rituales, que ha renegado una y otra vez de nosotros... Un hombre maldito.

«¡Maldito!».

La palabra retumbó en sus oídos en la forma de una premonición. Caleb el Maldito. Jeremías olvidaba que había que ser cuidadoso con el nombre que les otorgamos a las cosas. Precisamente un nigromante tendría que haber comprendido el poder latente en las palabras.

Maldito o no, cerró los ojos y dejó que largos tentáculos de oscuridad brotasen de su cuerpo en dirección a sus enemigos. Se cernieron en torno a sus cuellos como sogas lo bastante fuertes como para quitarles el aliento sin asfixiarles. Los tentáculos succionaron la magia de sus cuerpos y palpitaron mientras la conducían hasta el de su señor, que sentía que su poder aumentaba con cada latido. Las sombras volvieron a cobijarse en el interior de su piel y dejaron que los traidores cayesen desplomados sin vida contra el suelo como cáscaras vacías. El último en perecer fue Jeremías, que, ante los lamentos de su padre, cayó de rodillas y después de frente contra la mesa. Solo los gritos e insultos de don Lázaro quebraban el silencio.

—¿Alguien más siente el deseo de cuestionar mi posición? —preguntó con un tono tan políticamente correcto que provocaba escalofríos.

Abel se levantó lentamente solo para volver a ponerse de rodillas. Respiraba con frenesí, extasiado por la virulencia de la puesta en escena.

—Mi señor... —susurró con una sonrisa de oreja a oreja. Por fin había encontrado al tipo de hombre al que quería servir, alguien que no tenía miedo, ni reparos, alguien que no pedía perdón ni permiso, alguien como él.

Don Lázaro, que lo había observado todo sentado en su silla, escupió en el suelo y comenzó a recitar un ataque. La imagen de una colosal águila

comenzó a formarse ante él, pero las sombras no eran capaces de mantenerse unidas el tiempo suficiente para tomar una forma sólida a pesar de los esfuerzos del hombre. Cal se acercó a él, dejando que los nigromantes se apartasen a su paso. Se agachó para mirar a los ojos a su enemigo y sonrió.

—Tu magia es tan débil, viejo, que no la quiero para nada —dijo Cal a modo de sentencia. Los lobos escucharon la orden de su amo y se cernieron sobre el anciano como un telón de oscuridad que daba paso al inicio de una nueva era en la que solo sobrevivirían los más fuertes. No tuvo tiempo de gritar.

El silencio más absoluto se hizo en la sala y Cal paladeó la victoria.

—Y ahora, hermanos, ha llegado el momento que tanto ansiábamos. Convoco una jura de lealtad. ¿Alguien tiene algo que objetar? —preguntó, y solo le respondió el silencio—. Prepara el ritual —le ordenó a José, que le observaba catatónico. No tuvo que repetírselo para que se pusiese en marcha, pero a Cal no se le escapó su reticencia, el pavor con el que le miraba. No le incomodaba que le temiesen, siempre y cuando cumpliesen sus órdenes. Era la única forma de asegurarse de que lograrían crear ese mundo con el que tanto soñaba—. Tú serás el primero —sentenció, mientras el hombre disponía la daga ceremonial ante él. De nuevo, le vio vacilar, pero asintió con la cabeza e hincó la rodilla ante él. Con la daga, efectuó un preciso corte sobre la palma de su mano y comenzó a recitar.

—Larga vida al líder. Que la muerte te espere largo y tendido y que...

—No —le interrumpió Cal—, ese juramento no. El de verdad.

José le miró fijamente, incrédulo.

—Lleva siglos sin pronunciarse.

—Por eso esta noche es tan especial —respondió Cal, con la amenaza latente en su voz. «¿Serías capaz?», parecía preguntarle la mirada inquisitiva de José, que tras unos eternos segundos debió de decidir que no valía la pena comprobarlo.

Repitió el corte en la mano y esta vez se abrió la camisa para efectuar un segundo corte en su pecho, justo por encima del corazón. La sangre cayó por su piel vientre abajo, tiñendo su camisa de rojo.

—Juro servir a la voluntad de mi líder... —las palabras, pronunciadas

en la lengua de los nigromantes, se atragantaban en sus cuerdas vocales— con mi cuerpo, mi magia y mi vida. Hasta que la diosa muerte me reclame, le pertenezco... —Cal sintió una punzada en el pecho y el poder de la magia crepitar en el aire. El ancestral ritual había funcionado— siempre y cuando su mandato sea justo y noble.

Una mueca apareció en el rostro del joven al comprender que le estaba desafiando.

Aquella última línea no formaba parte del juramento original. José la había añadido en el último momento. El hombre se puso en pie y le miró fijamente, altivo, como si le estuviese retando a acabar con su vida también después de que le acabase de jurar lealtad delante de todos.

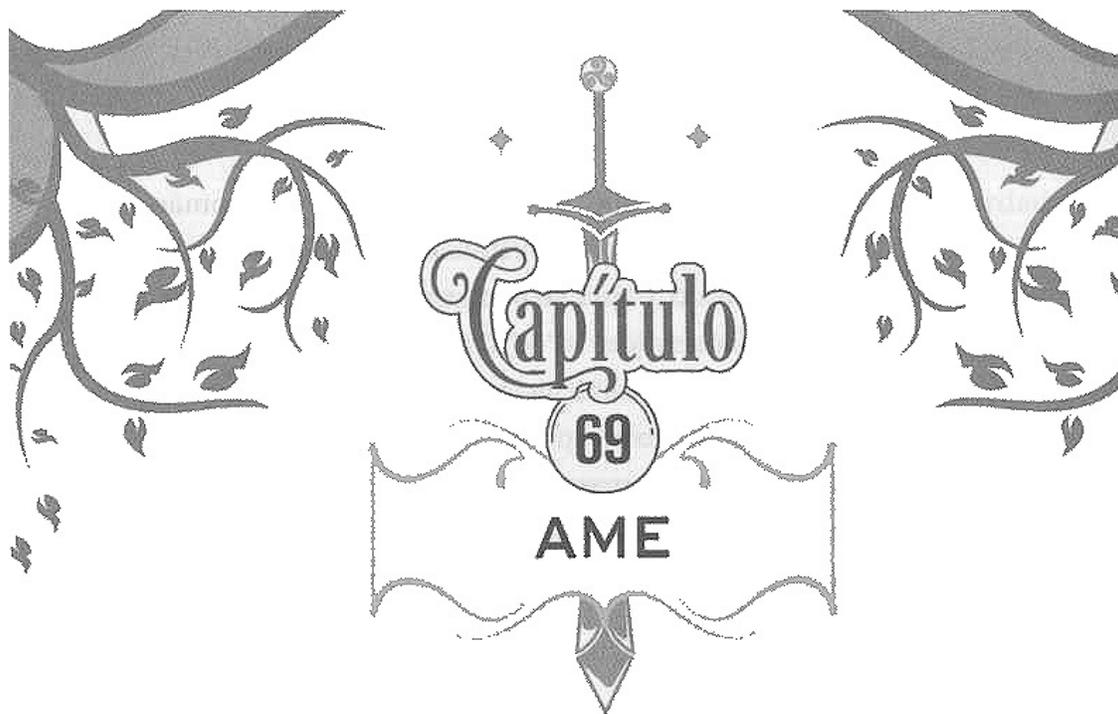
Cal optó por mantener la compostura, ¿se sentía mejor así? De acuerdo, que José desconfiase cuanto quisiera. Si ansiaba aquel cargo que tanto había odiado era porque nadie sería tan justo y noble como él. Sonrió y asintió con la cabeza.

—Te recibo con orgullo, hermano. —Miró hacia la multitud, que se apresuró a formar fila, preparada para rendirle pleitesía, y supo que ninguno de ellos se atrevería a repetir la fórmula de José.

«Se acabó la guerra, se acabó el odio entre brujas y nigromantes», se dijo. «A partir de ahora, todo va a cambiar». Sintió que le invadía una honda plenitud y que se sentía más ligero, más feliz de lo que jamás se había sentido. «Podré acabar con todo cuanto detesto de esta hermandad, con sus vicios y defectos».

Sintió un viejo cosquilleo en su mente, como si la Voz no quisiese que ignorase su perpetua presencia.

«Y nunca olvides a quién se lo debes».



Susan extrajo otro pañuelo de papel de la caja y se secó las lágrimas por enésima vez. «La tía Susan me va a matar cuando se entere de que no hemos venido a Skye a hacer turismo», había dicho Matt; era una frase figurada, por supuesto, porque Susan no hubiese sido capaz de hacerle daño a una mosca, pero no le cabía la menor duda de que, si hubiese estado allí, le hubiese atizado con sus pantuflas en la cabeza. De alguna forma, el pensamiento hizo que se sintiese aún más triste.

—Hadas. Si me hubiese dicho que ibais a tratar con hadas, le hubiese atado a esa misma silla hasta hacerle entrar en razón. —Enterró el rostro entre las manos—. ¿Qué se le pasó por la cabeza para acudir a las hadas? Es un buen chico escocés, debería saber que no hay que tratar con ellas... —Se sonó la nariz para evitar ahogarse en su propia pena.

Ame, Luc y William observaban a la mujer con un nudo en el estómago, sin atreverse a añadir nada. Solo Sabele había logrado reunir el coraje para sentarse junto a la bruja y sostener su mano o acariciar su hombro. Susan, lejos de rechazar su apoyo o acusarla de engatusar a su pobre sobrino en una empresa peligrosa, había estrechado a Sabele entre sus brazos hasta casi estrujarla.

Cuando se detuvo ante la casa, con las llaves del coche aún en las manos, Ame

estuvo a punto de tener una crisis y salir corriendo. Solo la intervención de su amiga la había convencido para seguir adelante.

—No puedo. No puedo hacerlo. No puedo mirarles a los ojos después de lo que he hecho.

—¿Lo que has hecho? —respondió Sabele horrorizada.

—No tenía que habérselo permitido, no lo impedí, yo...

—¡Ame! Escúchame. No es culpa tuya.

—Eso es lo que se dice siempre, pero...

—¡Para! No te hagas eso. No tiene sentido, hazme caso... Lo sé por experiencia. Matt es un hombre adulto y capaz de tomar sus propias decisiones. Él quiso acompañarnos a pesar de los peligros, que conocía mejor que nadie, él quiso ayudar a una mujer inocente, aunque eso le pusiese en riesgo. Su sacrificio le honra, y cuando todo esto acabe, encontraremos la forma de traerle de vuelta, ¿de acuerdo?

«Pero solo yo puedo ayudarle». Esa era la trampa de las hadas. Ahora mismo Ame no se sentía capaz de ayudar a nadie, ni siquiera a sí misma. Sus amigas bromeaban a menudo con que muchos de sus hechizos, los que no eran curativos, salían al revés. Hasta hacía poco, la propia Sabele lo había sufrido en sus carnes. En cierto modo, sin el hechizo del hilo rojo, nada de eso hubiese llegado a ocurrir jamás. Habría conocido a un agradable joven de Edimburgo y se hubiesen despedido para siempre sin más. Tal vez fuese mejor que no volviese a hacer magia.

—¿Qué pasa, mami? —preguntó la pequeña Bonnie, cobijándose tras su hermana Leslie, ambas asomadas a la puerta del salón a pesar de que su madre las había mandado a jugar al jardín—. ¿No va a venir el primo Matt?

La mujer se puso en pie y se llevó las manos a la cintura.

—¿No os he dicho que jugaseis fuera? Escuchar a escondidas a los mayores es de muy muy mala educación. ¿Acaso sois unas maleducadas? —preguntó, y las dos chiquillas negaron con la cabeza de forma exagerada—. Pues hale, a jugar. —Asintieron y corrieron por el pasillo—. Esas niñas desobedientes... —dijo antes de dejarse caer sobre el sillón y volver a sollozar—. Creo que necesito un té...

—Yo lo preparo —dijo Ame, poniéndose en pie casi de un salto. Era la excusa perfecta para salir de allí cinco segundos.

—Gracias, amor.

Ame asintió con la cabeza y caminó hacia la cocina. Rebuscó en los armarios en busca de una tetera, la llenó de agua hirviendo y colocó el filtro con *earl grey* en su interior. Una vez hubo concluido el ordinario ritual, sacó el móvil del interior de su bolsito de colores y fue directa al único chat recurrente en su WhatsApp.

Sanderson Sisters 🧙‍♀️

Hola.

¿Como estas?

Aquellas dos ridículas palabras le habían requerido un esfuerzo descomunal. Rosita respondió casi en el acto.

Rosita
Bien. ¿Y tu?

A Ame no le gustó percibir un muro de frialdad entre ellas. Sospechaba que le había molestado que se marchasen sin incluirla en la aventura, sin dar ninguna explicación. Ojalá no lo hubiesen hecho.

Bien.

Rosita
Genial, me alegro

ha ocurrido algo horrible.

Rosita
¿Has bebido tequila por accidente?

Ame sonrió.

Rosita era la única persona con el poder de hacerla reír cuando todo iba mal. El año anterior, cuando creía que no iba a llegar a tiempo a las fechas de entrega de sus trabajos y de sus exámenes, cuando se pasaba tanto tiempo al borde de un ataque de

pánico que no era capaz de hacer nada, Rosita la obligó a sentarse y ver *Dando la nota*, una de esas pelis de humor absurdo que tanto le gustaban a su amiga. Ame no captaba la mitad de las bromas, pero la risa de Rosita era contagiosa y acabó por dolerle el abdomen de tanto reír. Ojalá estuviese allí con ella y pudiesen sentarse a ver series y pelis mientras el mundo ardía a su alrededor. Así era como Ame se imaginaba el apocalipsis, y, si lo vivía con Rosita, seguro que no le parecería para tanto. A pesar de sus peleas continuas, adoraba a su amiga. El único problema era que a veces le daba algo de miedo. Sobre todo cuando tenía razón. Por eso no le había contado lo de la boda. Sabía que, al contrario que Sabele, no iba a ser capaz de callarse las dolorosas verdades, aunque fuese por cortesía.

Peor.

Rosita
Entonces sí que tiene que ser horrible.

Ame cogió aire para dar con una respuesta, para poner en orden las ideas que bombardeaban su mente, pero la aplicación le notificó que Rosita había comenzado a escribir de nuevo.

Rosita
¿Cuándo vais a volver? No se que estáis haciendo, pero por aquí las cosas están un poco patas arriba

Recordar que más allá de las islas británicas la vida seguía la aturdió. Había olvidado que se habían perdido la ceremonia de elección de la nueva Dama. Sentía curiosidad, pero el peso de la realidad era demasiado grande, y no estaba preparada para volver a soportarlo.

Hemos conseguido billetes para mañana pero tendremos que hacer escala en Londres.
Ya nos contarás.

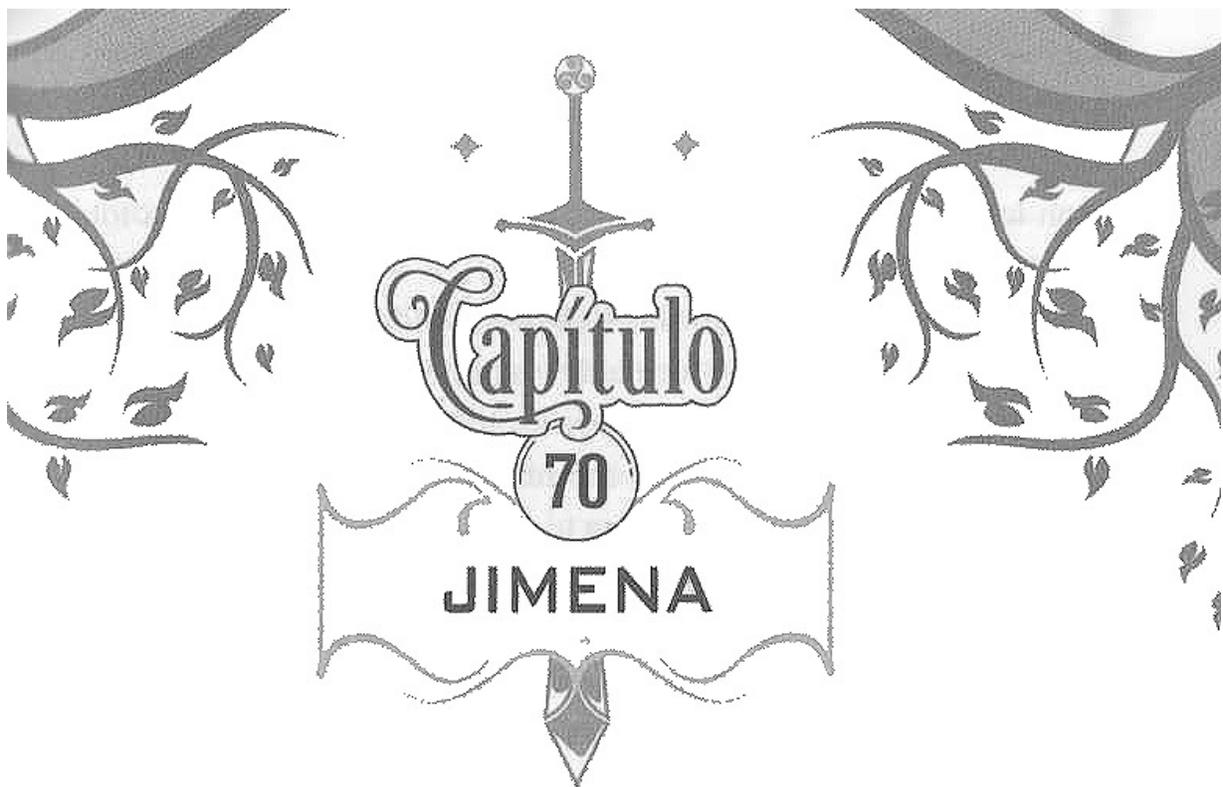
Guardó el móvil de vuelta en su bolso y sirvió el té en una bonita taza que colgaba de la pared. Le añadió dos cucharadas de azúcar y un chorro de la leche que había en la nevera. Inspiró hondo y volvió a entrar en el salón, tragándose sus sentimientos. Cuando Susan le dio un sorbo al té, su rostro se iluminó.

—Gracias, querida —le dijo—. Un té excelente. El té siempre ayuda —añadió con un suspiro.

Ame asintió. Empezaba a pensar que sus padres y hermanos podían tener razón y que eso era para lo único que servía, a lo que estaba destinada: preparar un buen té.

—Volverá —sentenció la mujer, entre sorbo y sorbo. La miró fijamente y sostuvo su mano con fuerza. La firme voluntad de la mujer sacudió a Ame de los pies a la cabeza—. Volverá —repitió, mirándola fijamente, como si supiese que dependía de ella. Fue en ese momento cuando Ame tomó su decisión.

—Lo hará —dijo, porque iba a encontrar la forma de que Matt volviese a reunirse con esa familia que tanto le quería; sin condiciones, sin juicios, solo con su absoluto y ciego amor, costase lo que costase.



Le parecía una auténtica locura que llevase dos días al mando del aquelarre y que nadie se hubiese dado cuenta todavía de que el papel le quedaba demasiado grande. Grande y ancho en la cintura, muy ajustado en los muslos y excesivamente largo para ella. Ser la Dama era como estar atrapada en un mundo en el que solo podías vestir pantalones con un patronaje absurdo y de una talla que no es la tuya. Era imposible sentirse cómoda y confiada en ellos.

Por si no tuviese ya suficientes dudas y prejuicios con todo ese asunto, tanto Daniela como Juana se habían encargado de pegarse a ella para cuestionar cada uno de sus actos y hacerle sugerencias continuas. Según Daniela, iba siendo hora de que dejase de vestir como una adolescente de otra década, y ser la Dama era la excusa perfecta para empezar el cambio. «Representas a las brujas del aquelarre, tienes que mostrar respetabilidad y buena presencia con tu apariencia», le había dicho. En opinión de Juana, lo

que tenía que hacer era informatizar la organización. Por su parte, Jimena se conformaba con no provocar un conflicto diplomático con la Guardia o con los nigromantes que resultase en una guerra fatal y en la total destrucción del aquelarre.

La única persona que la estaba ayudando de verdad era Flora. A ella no le importaba su forma de vestir ni si sabía o no cómo utilizar un *smartphone* (la respuesta era «solo para comprar cosas desde casa y reservar billetes»). Para asombro de todas, había asumido el papel de su ayudante sin que se lo pidiese. Había programado su agenda para la próxima semana, respondía a los mensajes que no le interesaban con una negativa educada, seleccionaba los que sí debía revisar y le recordaba sus obligaciones del día. En definitiva, se había convertido en Carolina. Y Jimena le debía una disculpa.

Durante años la había juzgado en secreto (aunque no con demasiado disimulo) por adoptar aquel rol con tanta diligencia, renunciando a su juventud y a sus principios, renegando de las Gatas Doradas, dándoles la espalda a sus amigas. Nunca había comprendido los sacrificios que conllevaba ser la Dama y lo duro que podía llegar a ser hasta que lo vivió en sus carnes.

Sentía que su vida había dejado de pertenecerle. Su mayor pesadilla hecha realidad.

La locura se había intensificado después de que los cuerpos de las tres Lozano fugitivas hubiesen aparecido sin vida en un piso vacío al norte de la ciudad. La causa de la muerte era indudablemente mágica, aunque nadie estaba seguro de qué les había sucedido exactamente. «Nunca hemos visto nada igual», le informó esa joven agente de la Guardia, Leticia Fonseca.

Lo peor de todo era que los cuerpos seguían allí, protegidos de la putrefacción mediante un hechizo porque el Consejo del aquelarre y la Guardia habían sido incapaces de ponerse de acuerdo sobre quién se encargaría de la autopsia. Las brujas (por una vez todas se ponían de acuerdo en algo) alegaban que la Guardia había demostrado su incapacidad para hacerse cargo de la situación, y la Guardia... en fin, era la Guardia. Estaban convencidos de su legítimo derecho a meter las narices donde nadie les había pedido que las metieran (aunque que lo último que hiciesen las Lozano en vida fuese ejecutar a una importante agente europea e incendiar

sus instalaciones no ayudaba a que relajasen su postura). Todo el mundo esperaba que ella hiciese algo al respecto, reclamar los cuerpos, suponía; después de todo, seguían siendo brujas y su clan conservaba un asiento en el Consejo al que la madre de Helena, Emilia Lozano (quien estaba furiosa por toda esta situación y exigía venganza y un entierro digno para su hija), no estaba dispuesta a renunciar. Por Jimena podían olvidarse de que las primas Lozano habían existido y no volver a hablar del tema, pero no tenía ni la menor idea de qué se suponía que tenía que hacer para que la Guardia cediese.

Alguien llamó a la puerta y la cabeza de Flora se asomó al otro lado.

—¿Sí? —preguntó.

—Caleb Saavedra está esperando fuera. ¿Le hago pasar?

Jimena consultó la hora en su reloj de muñeca.

—Llega pronto —afirmó, ofendida.

Hubiese preferido que llegase media hora tarde. No tenía muchas ganas de sentarse a jugar a los diplomáticos con el exnovio de su sobrina. Ni se sentía preparada para negociar pactos oficiales con un chiquillo al que había visto en pijama más de una vez y que en su cabeza seguía teniendo diecisiete años. ¿De verdad ese crío tenía la edad legal para conducir y votar?

—El Consejo ya ha aprobado el borrador oficial del nuevo Tratado de Paz —le recordó Flora—. Los nigromantes también le han dado el visto bueno. Hasta esta tarde no es el acto público.

Oh, sí. El acto público. Habían acordado un paripé en un territorio neutral y, casualmente, la Guardia se había ofrecido voluntaria para repetir en su papel de mediador (aunque no habían tenido un gran éxito evitando la guerra la última vez, ¿verdad?). Se reunirían los principales cabecillas de los tres grupos, se estrecharían la mano y le dedicarían una sonrisa falsa a la cámara. Una lamentable imagen para la historia.

—¿Y qué hace aquí entonces?

—Es una mera formalidad. La reunión lleva pactada una semana. Solo tenéis que daros los buenos días y recordaros mutuamente lo de acuerdo que estáis en todo —explicó mientras Jimena tomaba asiento frente a su escritorio. Su escritorio. Nunca se habría imaginado como el tipo de mujer

que posee un escritorio.

—Ugh... ¿y no puedes hacerlo tú por mí? Está claro que se te da mejor. Flora negó con la cabeza.

—Yo ya no soy bruja.

«Enhorabuena», se dijo Jimena a sí misma y a su falta de tacto. Creyó oír la voz de Daniela en su mente: «Ya va siendo hora de que dejes de ser una egocéntrica absorbida por sus propios problemas y deseos». Nunca había dicho algo así en su presencia, pero por algún motivo, parecía un mensaje más convincente cuando lo oía con la voz de la matriarca. Genial, la voz de su conciencia era una Hierro.

Jimena suspiró.

—Ya. Perdona... Dile que pase.

Flora asintió, diligente. Había algo perverso en que una persona que había acumulado tanto estatus y poder se mostrase de pronto tan servil. Jimena ni siquiera había sido capaz de ser abnegada en su juventud. En lugar de ser humilde ante su inexperiencia, había pecado de orgullosa, aunque no fue la primera ni sería la última joven hechicera que sobrevaloraba sus habilidades hasta que la Diosa le recordaba su sitio.

Esperó impaciente hasta que vio entrar por la puerta al nuevo líder de los nigromantes. Arqueó una ceja. Por lo visto, Jimena no era la única a la que el mando le estaba sentando mal. El chico había pasado de vestir vaqueros negros y camisetas a ser preso de un ceñido traje negro que ensombrecía sus rasgos. «Qué triste, qué gris», pensó.

Siempre le habían parecido deprimentes todos esos tipos trajeados, henchidos en testosterona y ambición, que se subían y bajaban en la parada de Canary Wharf de Londres, y Cal parecía el nuevo becario de la oficina.

Se puso en pie para saludarle, esforzándose para sonreír. Si a ella le resultaba raro e incómodo, no podía imaginarse cómo era la sensación de negociar formalmente con la tía de la chica que te dejó plantado. Esa misma que le decía «Asegúrate de traerla de vuelta a las diez, jovencito» antes de echarse a reír y de que le diese unas palmaditas en el hombro ante el bochorno de Sabele.

—Bienvenido a mi despacho, ¿en qué puedo ayudarte? —suspiró. «He ahí una frase que nunca pensé que diría»—. Adelante, siéntate. En la silla...

de mi despacho.

Cal sonrió y se sentó con las piernas cruzadas frente a ella.

—La vida no deja de dar vueltas, ¿verdad?

En las últimas ocasiones en que había visto al nigromante, el chico había estado apagado, pero inquieto. No era de extrañar. Nadie esperaba que estuviese vivo después de lo ocurrido, y sin embargo ahí estaba, convertido en el líder de una de las instituciones más acaudaladas e influyentes del país. En esa ocasión, en cambio, Cal se acomodó en el asiento de manera confiada y tranquila. Quizá le había supuesto un alivio hallar una amiga como ella en el otro bando. No es que se considerase amiga de los amigos de Sabele, hasta para ella eso sería demasiado, no, solo significaba que no le iba a hacer la vida imposible como podrían haber hecho Juana o Daniela.

—¿Quieres algo de beber? —le ofreció—. Tengo agua y zumo de naranja. Eso sí, tendremos que beber con moderación, no queremos pasarnos con las vitaminas, ¿verdad?

Su broma se estrelló contra un muro invisible. «No estamos de humor, ¿eh?». Siguió sonriendo y sintiéndose como una estúpida.

Tras un incómodo silencio, Cal negó con la cabeza.

—Mi visita será breve, no te privaré de tu valioso tiempo de Dama.

Jimena arqueó una ceja. Los nigromantes siempre tendían a ser estiraditos, pero ese lenguaje en un chaval de veintialgo era rancio hasta para ellos. ¿Qué bicho le había picado?

—Bueno, el que tú necesites, chiqui. Hay confianza.

La sonrisa afable de Cal se esfumó. Vale. Mensaje captado. Nada de salirse del protocolo.

—Me temo que no tendrás muchas ganas de verme cuando oigas lo que he venido a decir.

—Dime, por favor, que no hay más cambios en el nuevo tratado. Como tenga que volver a convencer de algo que me da igual a una docena de mujeres adultas que no me toman en serio voy a volverme loca.

La sonrisa reapareció, pero en una forma torcida que hizo que un escalofrío le recorriese la espalda. Cuando sus ojos, que no recordaba tan oscuros, la perforaron sin piedad, su instinto, ese que no le temía a nada ni

nadie, le suplicó que no le hiciese enfadar. «¿Qué te han hecho?», se preguntó, intentando mantener la compostura, o al menos aparentarlo.

—En ese caso puede que sean buenas noticias. No tendrás que convencer a nadie de nada, te lo aseguro. He decidido no firmar el pacto.

Por primera vez en años, Jimena titubeó.

—¿Qué... cómo? ¿Por qué? Pero... si cumplía todas vuestras condiciones. Hasta hemos eliminado la cláusula de la maldición. ¿Es que... es que pensáis declararnos la guerra? —Jimena agradeció estar sentada. Sus planes para la edad madura eran largarse a Tailandia a fundirse sus escasos ahorros en un paraíso tropical lo más alejado posible de los turistas, no comandar a sus soldados en batallas mágicas.

—Oh, no. Por el poder de las sombras, en absoluto. Considero a las brujas un importante pilar de mis planes de futuro al frente de la hermandad —sonrió. De nuevo, aquella turbia sonrisa que la hizo encogerse.

—Perdóname, Cal... ¿Caleb? Pero no entiendo nada. ¿Por qué no firmas el pacto entonces? Dame algo para que pueda calmar los ánimos del Consejo. No sé si conoces a esas brujas, pero no les va a sentar nada bien.

Cal se encogió de hombros.

—Por nada en particular. Simplemente me gusta poder decidir cuándo cambiar de opinión. —Sonrió y se puso de pie sin que a Jimena le diese tiempo a preparar una respuesta. Cuando quiso darse cuenta, Cal estaba detenido junto a la puerta. Estaba claro que nada de lo que pudiese decir iba a persuadirle para que recapacitase, ni súplicas ni argumentos de peso. Fueran cuales fuesen sus motivos, la decisión estaba tomada—. Por cierto, dale recuerdos a Sabele de mi parte. Espero que nos podamos ver pronto.

Jimena asintió y dejó que se marchara (como si estuviese en su mano impedirlo). Sí, claro que iba a hablar sobre él con Sabele, pero no precisamente para transmitirle sus deseos. El nigromante la dejó a solas en el despacho, con las manos en la cabeza y ni la menor idea de cómo iba a explicarles lo que acababa de ocurrir a sus hermanas de aquelarre. «Aunque sea la verdad, no van a creerme», pensó. El desafío que suponía la decisión de Cal podía ser una nueva amenaza capaz de abrir un nuevo capítulo en la historia de la comunidad mágica, uno del que, quizá, no lograsen leer la última página.



El tiempo corría en su contra a una velocidad que rivalizaba con la de la luz, a modo de recordatorio de la mortalidad humana y la fugacidad de la vida.

En tan solo un día, William había envejecido treinta años.

Sus frondosos rizos negros se habían tornado grises y la línea de su nacimiento había retrocedido varios centímetros en su cráneo. El pelo que desapareció de su cabeza parecía haberse instalado en sus orificios nasales y auditivos. Sus ojos, antes joviales y pendencieros, habían perdido gran parte de su energía, y su rostro se había cubierto de manchas. Cada vez que el hombre se miraba en un espejo maldecía con tanto ímpetu que hasta a Sabelle le resultaba ofensivamente blasfemo.

—Me habéis engañado, bastardos, desgraciados —protestaba—. Me dijisteis que renunciaría a la inmortalidad, no que me convertiría en un viejo antes de hacerlo. Mi muerte debía ser trágica y hermosa, y en su lugar me

estoy con virtiendo... ¡en mi padre! —exclamó con horror, examinando con las manos por enésima vez las arrugas de su rostro en el reflejo de un escaparate. Estaba tan ocupado observándose a sí mismo que no había tenido tiempo de quedarse anonadado ante los inventos tecnológicos del último siglo.

Sabele intentó consolarle para que así pudiesen seguir andando hacia *The Lady in the Woods*.

—Técnicamente desapareciste con veintidós, y así pasarás a la historia.

—Como un hermoso y putrefacto cadáver de veintidós años —añadió Luc, encogiéndose de hombros cuando Sabele se giró hacia él con una ceja arqueada. Quién iba a decir que el apunte de Luc funcionaría esta vez.

—Eso... eso es cierto —dijo William, desviando unos cuantos segundos la vista de su reflejo—. Veintidós años es toda una proeza. Más joven aún que Keats. «Viajó a las misteriosas Highlands escocesas en busca de su amada musa y desapareció sin dejar rastro de su juventud y belleza». Sí. Es trágico, por supuesto.

—Yo estaría satisfecho —afirmó Luc.

Sabele puso los ojos en blanco cuando estuvo segura de que el pintor no la veía. «¿En busca de su amada musa? En busca de juerga y una forma de huir de sus responsabilidades, querrá decir».

—Eso es. Y ahora, por favor, ¿podemos seguir avanzando? La tienda está a la vuelta de la esquina.

El pintor reaccionó con una mueca de desagrado.

—¿Estás segura de que es realmente necesario?

Podía comprender a la perfección que no quisiese dar la cara y mirar a los ojos a Shannon después de lo que le había hecho. Era la prueba de que, a pesar de ser un cretino egoísta, le quedaba algo de vergüenza.

—Un trato es un trato. Si no cumples tu parte, habrás desperdiciado tu juventud y tu miserable vida para nada.

Lucas abrió los ojos de par en par, horrorizado, y extendió los brazos unos cuantos centímetros, con las palmas en alto, como si le estuviese diciendo «Hala, tía, te has pasado».

—Tu miserable y romántica vida atormentada, quiero decir —se corrigió con un carraspeo de garganta. A William pareció valerle el

concepto.

—Es hora de que afronte mi fatídico destino —dijo solemne, con la vista al frente.

—¡Muy bien! —apoyó su mano sobre el hombro del pintor y le hizo avanzar. No le quedaba paciencia para aguantar más tonterías. En fin, era triste que la vida del pintor se consumiese lentamente, pero había vivido ya doscientos años más de los que le correspondían.

Entre los tres consiguieron conducir a William hasta la entrada de la tienda, aunque Ame solo les acompañaba a medias, perdida en sus pensamientos desde que salieron de Inverness. Sabele estaba convencida de que le daba vueltas al acertijo de las hadas y le preocupaba que se presionase demasiado a sí misma, pero lo único que podía hacer era estar allí para ella por si la necesitaba.

—¿Este es el lugar? —preguntó William con incredulidad, mirando de un lado a otro de la calle, detenido ante la fachada de *The Lady in the Woods*—. Al menos no tiene el mismo aspecto ridículo que el resto de establecimientos. ¿Qué siglo decís que es este?

Sabele le ignoró y abrió la puerta de la tienda, que chirrió con el brusco movimiento. Solo un paso más, un pasito y ya está. No era tan complicado. El pintor tragó saliva y miró hacia atrás en busca de una vía de escape.

—Va a ser que no, colega —dijo Luc, negando con la cabeza.

—Temo más su ira que a mi propia muerte —confesó en un susurro.

—No digo que no te entienda, pero a veces nos toca tragar y echarle narices para triunfar. No te queda otra, tío.

—Es curioso, no comprendo la mitad de vuestras palabras, y desde luego, estoy seguro de no ser tu tío, pero creo saber a qué te refieres... Sí. A todo hombre le llega el día en que debe demostrar de qué está hecho.

William asintió, cogió aire y se preparó para cruzar el umbral de la puerta.

—Que Dios me proteja.

Sabele sabía que no era quién para cuestionar las creencias ajenas, pero no le parecía que se hubiese acordado demasiado de su Dios cristiano cuando disfrutaba de los placeres del reino de Sidhe. Entró tras él para asegurarse de que no se le pasaba su repentino alarde de valor.

—¡Oh! Me había parecido oír que había clientes —saludó la afable tendera cuando entraron por fin—. ¡Vaya, pero si sois vosotras, queridas! No me digáis que ese es...

—William Asbridge —dijo Shannon desde su lienzo, llevándose las manos a la cadera—. Te recordaba más guapo. El tiempo no te hace justicia... sobre todo porque si la vida fuese justa, te estarían comiendo los gusanos desde hace tiempo.

—Mi hermosa, mi bella Shannon... —El pintor hincó la rodilla y extendió la mano en un gesto teatral—. Cuánto he extrañado tu hermosura sin parangón.

—¿Crees que soy estúpida? He tenido doscientos años para reflexionar sobre todas tus patrañas. —Shannon la miró directamente a ella, sin perder su gesto a medio camino entre el aburrimiento y la indignación—. ¿Cómo le habéis convencido?

—No necesitaron convencerme, anhelaba tanto volver a contemplar... —La ira en los ojos de Shannon le enmudeció—. ¿Lo siento? —Se encogió de hombros.

—¿Que lo sientes? No sé si reír o si matarte. Oh, si pudiese salir de este estúpido cuadro...

—Mi obra, querrás decir. Uno de los mejores cuadros que pinté. —William miró a su alrededor con la nariz encogida—. No me extraña que nunca alcanzase la fama, ¿qué hace mi obra en un lugar como este, sin que nadie pueda admirarla en su esplendor? Tendría que estar en una galería, un museo...

—¡Ja! ¿Y quién iba a querer exponer tus birrias de cuadros?

—¿Qué? Dijiste que te encantaban mis cuadros.

—Y tú que yo era tu único y verdadero amor, tu musa, tu ninfa, y todas esas paparruchas.

—Las mujeres y su irracional empeño en atrapar a un hombre libre en el sagrado voto matrimonial —refunfuñó, logrando caerle un poquito peor a todas las mujeres presentes en la sala y haciendo que Luc se avergonzase y pusiese su mejor cara de «no nos representa»—. ¡Yo nunca dije tal cosa! Soy un verdadero artista, mi corazón no pertenece a nadie más que a la belleza.

—Pues mejor, tendría que haber estado como un cencerro para casarme contigo. Solo sirves para pasar un buen rato...

El comentario pareció calar hondo al pintor, que se llevó una mano al pecho, ultrajado.

La puerta se abrió y una clienta, una bruja con el pelo rubio recogido en un moño, se detuvo en seco ante la inesperada escena.

—Aila, querida. Buenas noticias, me acaban de llegar tus flores de Nagapushpa, pero ¿te importaría volver luego? —La mujer asintió y dio media vuelta como si de repente tuviese mucha prisa—. Shannon, niña mía. Sabes cuánto te estimo. Mi familia te ha acogido durante generaciones, te considero casi una hermana. Comprendo que necesitéis... aclarar ciertos asuntos, pero habéis venido a la tienda *precisamente* en hora punta. ¿Os importaría hacer esto rápido?

—No te preocupes. No hay nada de qué hablar. Cuanto antes acabemos, mejor —dijo Shannon, cruzándose de brazos.

—Por una vez estamos de acuerdo —sentenció William.

La tendera dio media vuelta hacia las estanterías tras el mostrador y escogió un libro que abrió de par en par sobre la mesa en la página marcada. Sabele sospechó que llevaban mucho tiempo esperando para poder usar ese hechizo.

—Querido, ¿te importaría leer esto? —Tendió el libro hacia William y este lo observó con espanto.

—¿Pretendes que practique brujería y que vaya directo a las puertas del infierno?

—Hazlo —ordenó Shannon desde su lienzo.

El pintor aceptó el pesado y ajado volumen a regañadientes.

Se aclaró la garganta y, cuando dirigió la vista al libro, sacudió la cabeza, sorprendido.

—Ya... ya no siento nada. Solo indiferencia. Yo te libero. —Recitó las palabras como un robot, cerró el libro y se hizo el silencio.

—¿Y ya está? —dijo Luc para sí mismo—. Pues vaya...

—Creo que os habéis equivocado. Os lo advertí, soy un siervo del Señor, no un hechicero.

—Eso es porque no has sentido las palabras —dijo Ame, que se había

mantenido en un segundo plano. Todas las miradas se clavaron en ella—. La primera vez, el pacto con las hadas surtió efecto porque creías lo que decías, ¿no? Pensabas de verdad que Shannon era una obra de arte y ellas la convirtieron en una. Haz lo mismo ahora. —Se encogió de hombros, algo azorada, antes de volver a su silencio.

William tomó aire, indeciso, y buscó el permiso de Shannon con un gesto de incomodidad. La bruja asintió, decidida.

—Dilo. Podré con ello. Ya te lo he dicho, he tenido doscientos años para hacerme a la idea. Además, cariño, tú tampoco eres el amor de mi vida, precisamente... —dijo cruzándose de brazos.

El pintor asintió y esta vez se tomó unos segundos para meditar sus palabras, para encontrar la verdad en su interior. Agachó la mirada hacia las ajadas páginas, pero en el último instante, decidió alzarla para mirar a los ojos a la que había sido su musa, su amada.

—No me importas. Y sentía cosas, pero... ninguna de ellas es amor, no como te merecías... Te adoraba, lo juro, pero nunca he sabido lo que es querer a alguien más que a mí mismo. Lo siento. No creí que las hadas fuesen a hacerte esto, lo juro. Nunca habría aceptado de haberlo sabido. Y... espero que su hechizo se rompa. —No era el texto del libro, pero unas palabras leídas jamás tendrían tanta fuerza como las que emanaban con sinceridad de un corazón abierto.

Shannon asintió, solemne, aceptando el peso de la declaración.

—Lo siento, Shannon, de verdad. Nunca quise causarte dañ... ¡Ah! —El pintor se encogió sobre sí mismo. El libro se escapó de entre sus manos y cayó al suelo con un seco y sonoro golpe que hizo que sus páginas crujiesen.

Ame se apresuró a asistirle, pero la tendera le detuvo.

—¡No! El hechizo debe concluir. Pobre chico. Me temo que no hay otra manera.

Sabele vio el pavor en los ojos de su amiga al comprender que iba a tener que resignarse a ver sufrir a otra persona ante sus ojos sin que hubiese nada que pudiera hacer. Caminó hacia ella y dejó que Ame rodease su cintura con el brazo.

—No tienes por qué mirar —susurró mientras el hechizo se cobraba su

precio, pero Ame, rebotante de valor, no apartó la vista un solo segundo para honrar el sacrificio.

William permaneció encogido durante varios segundos hasta que reunió las fuerzas suficientes para afrontar el final cara a cara. El poder de la magia sacudió el suelo y las paredes de la tienda, y cuando el pintor alzó la mirada, encontró a Shannon detenida frente a él. Una mujer de carne y hueso.

—Parece que he llegado justo a tiempo... —Observó sus propias manos, las manos de un anciano. Su pelo se había tornado completamente blanco y las arrugas habían distorsionado su rostro hasta volverlo irreconocible.

Shannon negó con la cabeza.

—Sospecho que el cuadro era lo único que te mantenía ligado a este mundo, mi amor.

—Oh... bueno. No habría durado mucho de todas formas, ¿verdad? —Intentó sonreír, pero sus dientes se habían consumido y sus últimas palabras fueron ininteligibles.

William perdió el equilibrio y Shannon se agachó para sostenerle entre sus brazos.

—Lo cierto es que eras un pendenciero encantador. —Sonrió, aunque Sabele creyó ver una lágrima asomándose en sus ojos.

—Tu pelo... —masculló él, intentando alzar la mano hacia su salvaje melena, en balde—. Nunca vi un pelo tan rojo, tan bello... —Cerró los ojos y su mano cayó inerte. En cuestión de un solo instante, su cuerpo se desintegró y dejó tras de sí una montaña de polvo que se escurrió entre los dedos de Shannon.

—Buen viaje, canalla.

Ame y Sabele se separaron cuando todo hubo pasado. Desviaron la vista, incómodas, sintiendo que se entrometían en un acontecimiento íntimo sin permiso por el mero hecho de estar allí.

—Es... esperaremos fuera —dijo Sabele, e incluso la tendera se sumó a la iniciativa y desapareció en la parte trasera de la tienda.

Shannon no respondió. Continuaba acariciando el polvo con la yema de sus dedos. Sabele supuso que, a pesar de todo, doscientos años no eran

suficientes para no sentir nada cuando la persona a la que habías amado se consumía en tus brazos, aunque fuese un impresentable, aunque no te correspondiese, aunque para él solo fueses la mejor de sus obras.

—Qué palo —dijo Luc una vez fuera.

—Creí que la estábamos ayudando, pero... no sé —dijo Ame, abrazándose a sí misma.

—Lo superará, aunque a veces sea duro —dijo Sabele—. Tiene que averiguar cómo se siente, y cuando lo haga, podrá dejarlo atrás, centrarse en recuperar su vida. Estoy segura de que le va a encantar el siglo XXI.

Luc la miró intrigado. Supuso que sonaba demasiado bien informada sobre el tema. Sin proponérselo, sus manos se encontraron. Sintió un cosquilleo en el estómago y que sus mejillas se sonrojaban. Estaba segura de que algún día se atenuarían los efectos del potente combo de hormonas del enamoramiento, pero mientras tanto, ¿por qué no disfrutarlos?

—He intentado no parecer una loca —dijo Ame—, pero algún día tendremos que hablar de esto. —Ame les enmarcó imitando la forma de un corazón con ambos dedos índices y con los pulgares—. Lo sabía. De nada —dijo mirando a Sabele— y de nada. —Esta vez miró a Luc—. Mi magia funciona. Y como diría Rosita, me podéis besar el... Bueno, no. Qué vergüenza, no. Ya sabéis lo que quiero decir. Que yo tenía razón y vosotros no.

—Eh, oye, para el carro. —Luc alzó su mano libre en el aire.

—Ame... —Sabele puso los ojos en blanco—. Cogerse de la mano con alguien no significa que sea tu alma gemela.

Ame resopló frustrada.

—¿De verdad? ¿Por qué no lo podéis admitir? «Ame, que nos casemos no significa que sea mi alma gemela. Ame, que tengamos cinco hijos no significa que seamos almas gemelas». Mira, me tenéis harta. Vosotros dos... no sabéis la suerte que tenéis. —Ninguno de ellos se atrevió a llevarle la contraria, aunque las referencias al matrimonio y la maternidad y paternidad les provocasen escalofríos de terror—. Así que callaos ya.

—Vale, tía, lo que tú digas... Tranquila —dijo Luc. Sabele otorgó con el silencio.

—Así me gusta.

Ame asintió con la cabeza, satisfecha por haber cumplido su misión allí. Sabele se preguntó cómo siendo tan menuda podía tener sitio para un corazón tan grande, capaz de alegrarse por su fortuna cuando la mala suerte se empeñaba en tomarla con ella. Ame se cruzó de brazos.

—Deja de mirarme así, no me voy a romper, ¿sabes? Soy más fuerte de lo que todos pensáis.

Sabele negó con la cabeza. No, nunca habría dudado de su fortaleza, porque en ocasiones, ser generosa y amable requiere mucho más valor que desafiar al mundo.

—Sé que lo eres.



—¿E stás segura de que es por aquí? —le preguntó a Rosita, girando sobre sí misma para mirar a su espalda cuando el conductor del taxi giró a la izquierda y dejó atrás la M-30, la vía de circunvalación que delimitaba el centro de Madrid y lo separaba de los barrios y de las afueras, una diferencia que podía notarse en el precio de los alquileres y en el tipo de locales con solo dar unos cuantos pasos.

—¿No habíamos llegado al acuerdo de que confiabas en mí? —Rosita esbozó una sonrisita antes de torcer el labio—. Esta zona no me trae muy buenos recuerdos. Mi instituto no está muy lejos de aquí —dijo mientras el vehículo subía una transitada avenida—. Los profesores eran casi todos unos cretinos. Podríamos pasarnos por ahí para que les eche un mal de ojo en un momentito.

Leticia le dio un codazo al percatarse de que el conductor las miraba a través del retrovisor con recelo.

—Ja, ja, buena idea —dijo en un falso tono de broma lo bastante creíble como para que el hombre devolviese la vista al frente. Una vez lo hizo,

retomó el tema—: Me resultaría más sencillo confiar en ti si me explicases cómo es que sabes llegar hasta el Mercado del Trasgo de memoria.

El tema del Mercado del Trasgo era una cuestión espinosa. Todos en la Guardia sabían que existía y que gran parte de los problemas mágicos giraban en torno a aquel lugar. Muchos potenciales criminales acudían allí en busca de los ingredientes o utensilios que necesitasen para exceder los límites marcados por la Guardia. También traficaban con espíritus, criaturas mágicas y todo tipo de objetos embrujados. Sin embargo, optaban por no interferir en su funcionamiento. Preferían perseguir a los traficantes que les proveían o a sus clientes antes que desafiar el ancestral *statu quo* del Mercado del Trasgo. Era la diferencia entre conformarse con pescar un montón de pececillos insignificantes o arriesgarse a capturar al pez gordo. Mientras existiese el Mercado del Trasgo, al menos sabían dónde empezar a buscar.

—Son cosas que se saben. —Se encogió de hombros.

Al igual que sucedía en las sociedades de los corrientes, los centros de «corrupción y pecado» solían desplazarse hacia el exterior de las ciudades a medida que las clases acomodadas iban gentrificando las zonas más céntricas, por lo que su ubicación se iba modificando cada pocos años. Su esencia, en cambio, permanecía inmutable, al igual que su fama.

El coche giró a la derecha y comenzó a callejear por una calzada tan estrecha que Leticia temió que fuesen a perder los retrovisores por el camino.

—Aquí está bien —anunció Rosita, que se bajó del coche a la carrera.

Leticia sacó unos cuantos billetes para pagar (encima el plan le iba a costar dinero, no podía pasarlo a su hoja de gastos de la Guardia porque se suponía que no estaba allí, y tampoco podía llevar su moto por el mismo motivo), y salió tras Rosita, quien ya caminaba calle abajo hacia lo que en apariencia era un edificio normal y corriente de ladrillo rojizo y toldos verdes salvo por el gran cartel rojo que anunciaba su venta junto a un número de teléfono, que seguramente pertenecía a algún fondo buitres, y los grafitis que asolaban la fachada. A pesar del aspecto abandonado, no era el edificio en peor estado de la zona. Leticia recordó haber leído un artículo en el periódico que recogía las denuncias de vecinos de varios barrios sobre

cómo estaban propiciando la degradación de ciertas zonas para poder especular más tarde en ellas. Bastaba con echar un vistazo a un lado y a otro para creérselo.

A Leticia le confortó pensar en el *spray* de pimienta que llevaba en el bolso. También llevaba una pistola embrujada escondida en su cinturón, debajo de la chaqueta, pero nunca la había utilizado, y no le parecía buena idea estrenarla contra un corriente. Aunque no estaba segura de qué tipo de daños causaría la extraña aleación de plata bendecida y sal a un humano, tenía claro que no podía ser nada bueno. Se conformó con agarrar el *spray* de pimienta con fuerza como si se tratase de un talismán. Un par de hombres detenidos en la entrada de un portal no les quitaban el ojo de encima.

—¿Qué haces? No les mires fijamente —le reprendió Rosita en un susurro—. Bandas —dijo con los labios, sin emitir sonido alguno.

—Qué bien... justo lo que me faltaba. —Se giró hacia el edificio donde se suponía que estaba el mercado—. ¿Y cómo se supone que vamos a entrar ahí dentro ahora? Podría usar mi placa, pero no creo que sea buena idea.

—No —coincidió Rosita—. Podemos probar a llamar al timbre y cruzar los dedos para que no nos pidan contraseña.

—Muy profesional... —Leticia negó con la cabeza—. Será mejor que nos marchemos. Se lo intentaré explicar a mi jefe. Dadas las circunstancias puede que acceda a permitir la investigación. Quizá envíe una redada de una vez por todas, o a un equipo para interrogar a...

Antes de que pudiese concluir con su perfectamente válida, aunque algo ingenua, propuesta, Rosita pulsó un botón de timbre al azar durante varios segundos. Hubo una breve y silenciosa pausa antes de que la puerta se abriese con un sonoro pitido. Rosita sonrió autocomplacida.

—Después de ti, Cenicienta.

Leticia se resignó con una mueca, torció los labios y empujó la puerta.

—Sigo pensando que no tendríamos que haber venido por nuestra cuenta. —«Entonces, ¿por qué le haces caso?», murmuró una voz en su mente.

Puede que fuese porque en el fondo sabía que la Guardia no tenía capacidad para engrasar sus atascados mecanismos, basados en tradiciones

obsoletas y normas absurdas, o puede que fuese incapaz de decirle que no a esa bruja de grandes ojos negros. No tuvo tiempo para meditar sobre la verdadera razón de sus actos. Había oído decenas de historias sobre aquel lugar, pero su imaginación se había quedado corta.

Al otro lado de la puerta no se encontraba un portal oscuro y abandonado como podía dar a entender la fachada, sino un recinto de varias plantas donde se repartían puestos de todos los tamaños contruidos con telas, láminas de metal y plásticos convertidos en improvisadas paredes y techos tras los que guardar el inventario y acoger a vendedores y compradores.

—Bienvenida al Mercado del Trasgo —anunció Rosita—. ¿Sabes lo más curioso de este sitio? No importa al mercado de qué ciudad española vayas, todos convergen aquí, pero es imposible viajar de una ciudad a otra a través de él. Siempre vuelves al lugar del que viniste.

Leticia arqueó la ceja.

—¿Estás segura de que nunca habías estado aquí antes?

Rosita sonrió, picara.

—Deja de preguntar.

—Esto es serio, Rosa. Visitar un lugar como este podría arruinar la reputación de cualquier bruja, no solo ante la Guardia, también entre las tuyas. —Con el reproche solo consiguió que la sonrisa de Rosita se hiciese aún más grande.

—¿No te lo han dicho? No tengo reputación. Me preocupa más haber venido contigo que lo que piensen de mí tus amiguitos estirados de la Guardia —dijo avanzando hacia el atestado batiburrillo de puestos.

Leticia se apresuró a caminar tras la bruja.

—¿A qué te refieres? —preguntó ofendida. Después de todo, la cría irresponsable no era ella.

Rosita dio media vuelta y se detuvo de golpe haciendo que estuviesen a punto de chocar. Se puso de puntillas y sus labios carnosos rozaron el lóbulo de la oreja de Leticia. Un cosquilleo recorrió todo su cuerpo.

—Porque... es obvio que eres poli.

—¡Eso no es verdad! —Leticia sintió las miradas de los tenderos escrutándolas con desconfianza.

Rosita se encogió de hombros.

—Haz la prueba si quieres.

Leticia aceptó el reto encantada. Se aproximó con paso decidido hacia el puesto más cercano. En el expositor habían desplegado toda suerte de huesos y cráneos de animales que no podía reconocer, muchos de ellos coronados por cuernos y protuberancias extrañas que no deberían estar ahí. «Código de criaturas y seres mágicos. Artículo doce punto uno. El tráfico de restos biológicos no catalogados y no autorizados de seres mágicos está penado en el territorio de la Unión Europea con una multa de entre dos mil y treinta mil euros y entre seis meses y cinco años de cárcel». Su cerebro reprodujo automáticamente todas las infracciones a la vista que podía recordar de sus oposiciones. Alzó la vista hacia la tendera, una mujer, o al menos eso creía, en realidad ni siquiera estaba segura de que fuese humana, que había cubierto gran parte de su rostro con intrincados *piercings* y tatuajes, eclipsados tan solo por la reptiliana lengua bífida que se escurría de entre sus labios de tanto en tanto.

—Buenos días...

—Yo no sé nada —dijo, extendiendo el brazo hacia un cordel que hizo que una tela opaca cayese sobre el puesto, dejando a Leticia con la palabra en la boca.

Rosita se echó a reír y se reunió con ella para volver a susurrar en su oído.

—Te lo dije... Puede que con los fantasmas te funcione ese rollo de agente implacable de la ley, pero, al contrario que ellos, esta gente tiene mucho que perder. ¿Qué te parece si quedamos aquí dentro de una hora y te cuento lo que haya conseguido averiguar?

No le entusiasmaba la idea de permitir que una bruja sin experiencia en el terreno hiciese su trabajo por ella, pero tenía que reconocer que era consciente de las miradas de recelo a su paso. Suspiró.

—Media hora —replicó.

—Cuarenta y cinco minutos.

—Si te ocurre algo, tendré que responder por tu seguridad. ¿Quieres generar más problemas entre la... la ya sabes tú qué y el Consejo del aquelarre?

—No me va a pasar nada. —Rosita se llevó las manos a la cintura—. Pero si te quedas más tranquila, podemos quedar en cuarenta minutos.

Leticia accedió a regañadientes y se resignó a ver cómo la joven bruja se marchaba meciendo sus caderas de un lado a otro como si el mundo le perteneciera. Era el tipo de actitud que esperabas de una diva del pop como Beyoncé, Jennifer López o Rihanna. Y allí estaba ella, haciendo su entrada triunfal en un antro de pecado y corrupción como si nada.

Leticia suspiró y miró a su alrededor. Quizá lo mejor fuese que esperase en la calle, así no tendría que hacer la vista gorda cada cinco segundos ante distintas violaciones de todos los códigos penales mágicos conocidos. Resistió el impulso que le susurraba «Explora y toma nota de todo lo que veas, *necesitas* saber todo lo que ocurre aquí», y se alejó de las tiendas para apoyarse en la pared más cercana. Sacó el móvil de su enorme bolso y comprobó con sorpresa que tenía red. «Tendría que estar recolectando pruebas para meter a todo el mundo en una celda», se reprochó a sí misma. «Incluyendo a Rosita». Por cosas como estas prefería trabajar con fantasmas. Las probabilidades de tener que enfrentarse a un dilema moral eran casi nulas. Se preguntó qué había sido de Blanca.

Había conseguido librarse de ella un rato para que Rosita hiciese su hechizo ilegal la noche anterior, pero no fue fácil. Si hubiese sido uno de esos cachorritos emocionalmente dependientes de las películas, habría tenido que tirarle piedras para que se marchase. Arrojarle objetos sólidos no habría servido de nada, pero quizá Leticia había pecado de insensible al utilizar las palabras «pesada» y «asfixiante». La sonrisa de Blanca se había torcido, y si no fuese porque estaba casi segura de que los fantasmas no tenían sentimientos, habría jurado que se los había pisoteado. ¿Y si se había pasado de la raya y Blanca no volvía a aparecerse ante ella jamás? Una pequeña punzada de pena la afligió. Lo cierto era que había acabado por cogerle cariño a ese fantasma efusivo a pesar de que ignorase sistemáticamente el concepto del «espacio personal».

Para no pensar, divagó por las *apps* de su móvil en busca de algo que pudiese ocupar su mente durante los próximos treinta y cinco minutos. Tenía varios mensajes en sus grupos de WhatsApp del trabajo y abrió la conversación con el estómago encogido. Ninguno de ellos tenía que ver con

su ausencia en la oficina durante toda la mañana. A nadie parecía importarle qué había estado haciendo, y tampoco se mostraban muy preocupados por el asesinato de las Lozano (un inspector llamado Gregorio, hacia quien Leticia no sentía ningún aprecio, se había permitido el lujo de hacer varias bromitas de mal gusto al respecto). El último tema de conversación giraba en torno a un vídeo que acababan de pasar, algo titulado *Magical Girl*. «Si yo fuese de la Guardia de Edimburgo... ya estaría investigando esto», dijo un tipo llamado Antonio, que le reía las gracias a Gregorio. «Seguro que le han deslizado un filtro amoroso en la cerveza a ese *pringao*». «Qué asco, tío, no me junto con una bruja ni en broma. ASCO». Leticia puso los ojos en blanco y salió de la aplicación. No soportaba los grupos de WhatsApp en general, pero el de la Guardia iba a acabar por volverla loca. «Tú sí que das asco, Antonio».

Cuando alzó la vista comprobó, muy a su pesar, que había cosas peores que un par de *cuñados* en un chat. Una colosal mano de color violáceo le arrebató el móvil de un manotazo y lo lanzó contra la pared, haciéndolo añicos. Leticia siguió la fatídica trayectoria del objeto sin dar crédito.

Una chica de un metro cincuenta que debía de pesar cuarenta kilos permanecía impasible junto a un rocambolesco hombretón de casi dos metros y una masa muscular que podría haber competido con los pectorales de Hulk. Por si la monstruosa masa muscular y la piel violácea no fuesen bastante para delatar su condición, el tipo además tenía un gigantesco par de cuernos. Un demonio. Nunca había visto uno en persona, sabía que vivieron un tiempo en la superficie a principios de los ochenta, pero la Guardia los había desterrado al centro de la Tierra, el lugar al que pertenecían, aunque a ese en concreto no parecía preocuparle la prohibición.

—¿Sacando fotos, agente?

Aclarar que no estaba sacando fotos le pareció el menor de los malentendidos a los que iba a enfrentarse en los próximos segundos.

—La pasma no es bien recibida aquí —dijo el demonio. Negar su profesión también tenía pinta de ir a ser inútil.

—Vaya, lo lamento. Tenéis toda la razón. De hecho, ya me iba —dijo señalando la salida, pero ninguno de sus dos nuevos amigos se movió un solo milímetro para desbloquearle el paso.

—¿Qué has visto? ¿Qué has venido a buscar? —preguntó la muchacha.

Leticia la miró de arriba abajo. Su instinto le dijo que no se encontraba ante una bruja. Todas ellas tenían esa aura rebotante de vida, hasta las Lozano la tenían a su siniestra manera, mientras que la chiquilla... Su rostro era muy pálido, y tenía las cuencas de los ojos, maquillados de negro, tan hundidas que podría haber estado muerta y no le habría sorprendido.

—¡Nada! En serio, he venido a acompañar a una amiga, nada más.

—¿Tú te lo crees, Bu? —preguntó la joven. El tal Bu, quien tenía un nombre completamente desproporcionado en relación a su presencia, negó con la cabeza—. Ya, yo tampoco.

—Mirad, no quiero problemas...

—Entonces has venido al lugar equivocado —sentenció el demonio.

«Así que no vamos a conseguirlo por las buenas». Leticia inspiró hondo y se preparó para otra de sus actuaciones magistrales. Sacó las esposas del fondo de su bolso con un movimiento brusco que puso a los dos matones en alerta.

—No quiero hacerlo, pero si os interponéis, tendré que deteneros en nombre de la ley.

El gigante y la chiquilla se miraron durante unos segundos y ella se echó a reír a carcajadas. Incluso el tal Bu, brutal e inexpresivo, arqueó los labios, divertido.

La chica extendió los brazos hacia ella.

—Por favor, agente, tenga piedad.

¿Se creían que podían tomarla por una idiota? Si querían jugar, se iban a encontrar con una digna adversaria. Leticia no era de las que iban de farol. Abrió las esposas hechizadas para contener a seres mágicos y, cuando cayeron sobre la piel de la chiquilla, la atravesaron. Leticia volvió a mirar a la muchacha, intentando comprender qué había pasado. Claro. Qué estúpida. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Las esposas podían retener y anular la magia de criaturas corpóreas. Sal. Necesitaba sal. Intentó alcanzar su pistola, pero fue demasiado lenta.

—*Banshee*... —susurró un segundo antes de que la pálida joven abriese la boca de par en par, hasta un extremo imposible para cualquier humano, y comenzase a chillar.



Nunca creyó que él, que se pasó la adolescencia soñando con la grandeza y una vida al alcance de muy pocos, se fuese a deleitar tanto en algo tan mundano como hacer la cola del control de seguridad de un aeropuerto. Precisamente lo aburrido y anodino de la actividad era lo que le hacía sonreír de oreja a oreja.

Después de una semana sumido en un mundo de magia, brujas y hadas, la normalidad le sentaba como un ibuprofeno acompañando a un café bien cargado en una mañana de resaca. Hasta el gesto malhumorado de la controladora cuando le preguntó si había separado los líquidos del resto del equipaje le pareció maravilloso. Si por él fuese, no volvería a oír la palabra «hechizo» en su vida, pero con una hermana en la Guardia, una madre bruja y una... ¿una *qué*? Se frotó la incipiente barba de tres días (no hubiese sido capaz de dejarse una barba decente por mucho que quisiese, pero ahí estaban incordiando esos malditos pelillos que no acababan, ni paraban, de crecer).

¿Qué era exactamente Sabele con respecto a él?

La miró de reojo y la observó mientras se ponía las zapatillas junto a la mesita donde se depositaban las bandejas de plástico. Hasta la forma que tenía de atarse los cordones era elegante. Vale. Después de lo ocurrido en el reino Sidhe no tenía sentido negar que ahí había algo. Ahora solo necesitaba saber el qué. No estaba muy seguro de que ese rollo de «por qué ponerle nombre a lo que tenemos, no necesitamos etiquetas» les fuese a funcionar en vista de sus problemas de comunicación. Como Sabele diese la más mínima muestra de no seguir interesada en él, era perfectamente capaz de volver a subirse a su atalaya de la perpetua indiferencia y vuelta a empezar. Pero tampoco quería ser él quien sacase el tema. Se sentiría ridículo, como si fuese un niño de siete años mandando una notita a una niña de su clase preguntando «¿Quieres ser mi novia?». Estupendo. Ahora estaba envidiando a los críos de primaria. Tal vez pudiese despedirse de ella invitándola a hacer algo otro día, para sentar un precedente. Si le decía que no o ponía alguna excusa, quedaba claro que no estaba interesada en ponerle ningún nombre a nada.

Sabele se percató de que la estaba mirando y sonrió tímidamente, bajando la mirada para volver a alzarla hacia él. Ella era la antítesis de la timidez encarnada, así que, por una vez, Luc fue lo bastante listo como para comprender que estaba coqueteando. Buena señal.

Se reunió con las chicas frente a uno de esos paneles con varias pantallas que anunciaban las puertas de embarque de los aviones y caminaron hacia la que indicaba su vuelo a Londres de las doce y cuarto. Mientras volvían en tren a Edimburgo, Sabele había buscado en su móvil las opciones de vuelo que tenían para volver a casa ese mismo día. La única forma de hacerlo por un precio razonable y sin tener que pasar un par de noches durmiendo en los bancos del aeropuerto era hacer una escala en London City Airport y después coger un tren desde London Victoria que les dejase en el aeropuerto de Gatwick rumbo a Madrid. Una pequeña odisea que parecía un paseo por Hyde Park en comparación con su visita a la tierra de las hadas.

Las puertas de embarque de su vuelo no abrían hasta dentro de cuarenta y cinco minutos, así que aprovecharon la pausa para sentarse en una

cafetería con precios inflados a tomarse un café terrible y *croissants* industriales por el módico precio de 6,99 *pounds*, que merecieron la pena solo porque Sabele apoyase las manos sobre sus hombros justo antes de sentarse a su lado. Ame le dirigió una mirada cómplice y sonrió malévolamente mientras echaba cuatro sobres de azúcar al amargo café.

—Qué raro —dijo la bruja mordiéndose el labio—. ¿Por qué tengo un mensaje de Valeria felicitando a mi clan? —Frunció el ceño y a Luc se le removió el estómago ante la mención de ese nombre. Él solo había conocido a la tal Valeria en la forma de un espectro malvado que había intentado matarle. Bueno, a él y a medio Madrid.

No le vendría mal echar también un ojo a su WhatsApp para ponerse al día, aunque había hecho lo posible por ignorar los mensajes de sus colegas de banda. La última vez que se había metido en el grupo de The Pretty Tomboys se tuvo que tragar una docena de fotos que se habían hecho dándolo todo en varias fiestas llenas de músicos famosos a las que les habían invitado. Aunque no las cambiaba por lo sucedido en los últimos días, le daba rabia no haber podido hacer las dos cosas a la vez. Qué injusto era el mundo.

—¡Olvídate de Valeria! —Ame se puso en pie de un salto, sin desviar la vista de su teléfono y tapándose la boca abierta con su mano libre—. ¡Mirad esto! Acaba de pasármelo mi prima desde Japón.

Al principio, a Luc le costó distinguir algo en el borrón difuso que Ame les mostraba en la pantalla del móvil. La calidad de la imagen no era demasiado buena; el vídeo se había grabado con muchísimo *zoom* y, además, mientras anochece. El sonido tampoco era para tirar cohetes. Solo se oían los gritos de la multitud, que bebía y lo pasaba bien ante un escenario. Casi le dio un infarto cuando reconoció a la figura que se acercaba al micro para decir algo. Se hizo un silencio casi total y las primeras notas de *Magical Girl* surcaron el aire, tan claras como el agua cristalina. Alguien les había grabado y había subido el vídeo a YouTube.

—¡Tiene más de doce millones de reproducciones! —exclamó Ame, y Luc tuvo que mirar el número bajo la imagen varias veces hasta que el amasijo de cifras cobró sentido. Lo primero que pensó fue «¿Cuánta pasta es eso en anuncios?» seguido de «¿Significa eso que soy famoso?». Bajó

directo a los comentarios y comprobó que la mayoría preguntaban quiénes eran y dónde podían escuchar sus canciones; salvo por un cretino llamado Kevin666 que opinaba que tenían pinta de ser una panda de niños de papá que no sabrían hacer un riff en condiciones. «Nadie te ha preguntado, KEVIN».

—Luc —se encontró con la mirada inquisitiva de Sabele—. ¿No te han dicho nada de esto tus amigos?

La mano de Luc tanteó su teléfono en el bolsillo delantero de sus pantalones y lo desbloqueó. Tema doce llamadas perdidas de Fran. Cogió aire y, si no hubiese sido por el «Venga, llámale. ¿A qué esperas?» de Sabele, tal vez no hubiese sido capaz de reaccionar. Asintió, se puso en pie y se alejó unos cuantos pasos por el pasillo del aeropuerto, desde el que se podían ver las colosales aeronaves aterrizando y despegando. Marcó el número, se llevó el móvil a la oreja y, después de tan solo un tono, lo primero que oyó fue:

—¡Tío! ¿Se puede saber dónde te has metido? —preguntó Fran, pero más que enfadado parecía estar eufórico.

—Es... complicado. —Optó por la respuesta más sincera que le podía dar sin que pensase que se había vuelto loco del todo.

—¡Tío! —repitió; pudo oír gritos a través del auricular y supo que estaba con el resto de la banda—. ¿Lo has visto?

—Acabo de verlo, sí —dijo, preguntándose por qué su voz no sonaba tan alegre como la de su amigo. Casi parecía que viniese de un funeral y no que acabase de hacerse viral.

—¡Somos famosos!! —exclamó, aunque lo cierto era que en el vídeo no se le veía demasiado bien a ninguno. Vamos, que nadie les reconocería por la calle ni aunque hubiese visto el vídeo diez veces—. ¡Y espera, que eso no es lo mejor!

—¿Qué pasa? —dijo, preguntándose qué podía ser más increíble que tener a millones de personas escuchando tu canción.

—¡Estamos en Londres! —Escuchó una salva de gritos tras él—. ¡Y tú tendrías que estar aquí esta tarde, pedazo de idiota! —gritó como si le hubiese dicho «te quiero» en vez de insultarle—. Nos han ofrecido un maldito contrato musical. —De nuevo, gritos.

El corazón de Luc se saltó un latido.

—¿Scott West? —preguntó con un nudo en el estómago al acordarse de que le había visto escuchar entre el público a los puñeteros Telepats.

—¡Mejor aún! ¡Greylight Records, tío! —exclamó, provocando que los gritos convulsionasen en un frenesí descontrolado.

Luc tragó saliva.

Greylights Records era una de esas discográficas alternativas y *underground* fundadas en los 90 que empezaron produciendo a artistas que acabarían convirtiéndose en leyendas. Como muchas otras productoras que conseguían tocar el cielo, durante sus primeros años se había dejado comprar, muy tímidamente, por una de las grandes con la promesa de no dejarse vencer por las presiones del mercado y mantenerse fiel a su esencia.

—¿Estás ahí o te has caído de culo? —preguntó Fran entre risas.

—Estoy.

—Luc, tío, sé que suena a locura, pero ¿podrías plantarte aquí antes de las cinco? Tenemos una reunión ¡en las oficinas de Greylight Records! —Más gritos—. Te necesitamos, tío. La canción es más tuya que de ninguno de nosotros. Tienes que venir. —Un murmullo de voces afirmó al otro lado.

—¡Ven o te patearemos el culo cuando volvamos! —oyó gritar a Toni.

—Veré qué puedo hacer. —¿Por qué no les decía que iba a aterrizar en Londres en una hora y que semejante casualidad solo podía tratarse de una obra de su buena fortuna?—. Tengo... tengo que irme. Ya os llamo.

Lo último que escuchó antes de colgar fue «Tío...». Luc permaneció inmóvil en mitad de aquel aeropuerto inundado por la luz que se colaba entre las nubes. Luz gris que contrastaba con su esbelta figura vestida de negro. ¿Había algún lugar en el mundo más surrealista que un aeropuerto? Decenas de miles de personas de todas partes del mundo correteaban de un lado a otro con una diminuta selección de sus pertenencias en un espacio genérico, indefinido. Todos los aeropuertos eran iguales, territorio internacional en un limbo espacial. Tierra de nadie. Al alzar la vista de su teléfono, el mundo a su alrededor le pareció un producto de su imaginación, como si en realidad hubiese estado todo el tiempo tumbado en la cama de su habitación.

Un contrato musical. Con una discográfica *underground* que pertenecía

a una gran productora con cientos de millones de dólares de presupuesto. Tendría que haber estallado de felicidad. Iba a cumplir su sueño. Todas esas personas que, como su padre, le decían que era imposible, que era un ingenuo, que estaba tirando su vida por la borda... se equivocaban. Se podía conseguir. *Él* lo podía conseguir. No solo no estaba desperdiciando su vida, sino que la iba a emplear para crear algo trascendente. El corazón empezó a latirle más rápido mientras su mente se esforzaba por procesarlo. Estaba tan acostumbrado a que las cosas le saliesen mal que no sabía muy bien cómo se suponía que se tenía que sentir ante su racha de éxitos y buena suerte.

Guardó el móvil en el bolsillo y caminó de nuevo hacia las brujas sin creerse aún la noticia que acababa de recibir.

—¿Y bien? —preguntó Sabele, removiéndose en su asiento.

—Nos... nos han ofrecido un contrato. En Londres. —Las palabras se le atragantaron.

—¡Pero eso es genial! ¿No? —dijo ella, intentando leer su expresión en busca de pistas.

—Sí. Sí que lo es. La reunión es esta tarde. A las cinco. —Tenía la boca seca.

—Aterrizamos allí a las dos menos cuarto —dijo emocionada—. Te da tiempo de sobra.

Luc se hubiese sentido muy agradecido si todo el mundo dejase de estar tan asquerosamente feliz por él.

—Perderé el vuelo —dijo.

—Puedes intentar cambiar el billete. Y si no qué más da, nos ha costado treinta euros. ¿Qué son treinta euros a cambio de la oportunidad de tu vida?

Luc tragó saliva y de pronto le pareció que la ropa le apretaba demasiado, en especial la camisa en torno a su cuello, a pesar de que los botones superiores ni siquiera estaban abrochados.

—¿Qué pasa? —preguntó Sabele, preocupada.

Él desvió la mirada y sus ojos dieron por casualidad con los de Ame, que depositó su vaso de café en la mesa y anunció que tenía que ir al baño. Antes de irse le guiñó el ojo a Luc en señal de apoyo. ¿Cómo lo hacía para ser tan perceptiva? Mientras que él no se enteraba prácticamente de nada, a

Ame no se le escapaba ni una. A pesar de que se llevaba bien con la joven bruja y de que empezaba a considerarla una amiga (era la única que había confiado en él, antes incluso que Sabele), no se sentía preparado para abrirse ante ella. Ni siquiera estaba seguro de poder hacerlo con Sabele.

—Eh... —dijo ella apoyándole una mano en el hombro.

—No pasa nada, es una tontería.

Sabele negó con la cabeza.

—No. No lo es. Vamos, te debo una, ¿recuerdas? —Él entrecerró los ojos sin comprender.

—En... el baño de tu sótano. Aquella mañana. Cuando... ya sabes. — Le consoló no ser el único al que le costaba mostrarse vulnerable. Sí. Se acordaba. Claro. Cómo no iba a acordarse. Abrió la puerta y se encontró a Sabele tirada en el suelo en mitad de un ataque de ansiedad. Se le había partido el corazón al verla así. Alguien tan fuerte, tan rebotante de energía y vida como ella... Se dio cuenta de que la ansiedad no distinguía razones a la hora de elegir a sus víctimas. Nadie estaba libre de peligro—. Así que, aunque sea, hazlo para que no tenga que seguir sintiéndome en deuda.

Sintió la mano de Sabele sobre la suya y la calidez de su afecto embriagándole, más potente que cualquier chupito que hubiese probado en los bares madrileños.

—Llevo tanto tiempo soñando con esto... —Y una vez que empezó a hablar, no pudo parar—. Es lo que me ha mantenido cuerdo, ¿sabes? El motivo por el que me levanto cada mañana y todo ese rollo. Mi plan siempre ha sido conseguirlo, llegar hasta ahí, pero... después de eso, no hay nada. Nunca he pensado qué iba a pasar después, solo he... fantaseado. ¿Y si sale mal? ¿Y si sale bien? No sé cuál de las dos cosas me da más miedo.

Sabele acercó su silla a la suya y alzó su mano hacia él. Por un instante estuvo a punto de echarse hacia atrás, pero Sabele fue más rápida que su instinto de supervivencia y acarició su mejilla con la mano. La bola de angustia en su pecho se convirtió en un amasijo de mariposas en su estómago.

—Es normal tener miedo. A veces significa que estás creciendo, que vas por el buen camino.

Luc sonrió.

—Venga ya, tía. Cúrratelo más. Eso parece la típica frase ñoña de la taza que le regalas por su cumpleaños a alguien que apenas conoces. — Sabele le dio un empujón en señal de ofensa en el hombro.

—Pues paso de ti. ¿Sabes qué? Vas a fracasar y nadie querrá trabajar contigo nunca más y tendrás que currar doce horas al día el resto de tu vida en un trabajo que odies, un trabajo donde acabarás contándoles una y otra vez las batallitas de cuando casi fuiste músico a todos los chavales que trabajen contigo para intentar pagarse la universidad.

Luc disimuló una sonrisa.

—Mucho mejor. —Sabele puso los ojos en blanco.

—Centrémonos, ¿quieres? Todo va a salir bien, ¿sabes por qué? Porque hasta cuando te detestaba pensaba que eras un artista increíble. Cualquiera puede verlo.

—Espera, ¿me detestabas de verdad? ¿No era un juegucito *sexy*? — preguntó algo dolido, aunque tampoco le extrañaba. Estaba tan convencido de que nunca iba a haber algo entre ellos que se había comportado como un auténtico cretino en su primera cita, aún dolido por la forma en que le había abandonado su primera banda, como si quisiese dejar claro que le importaba un pepino que fuese a pasar de él.

Sabele puso una expresión que gritaba «¿En serio me estás preguntando esto? ¿Es que no es obvia la respuesta?».

—Sí, no te soportaba, pero ese tampoco es el tema. El tema es que no tienes motivos para preocuparte, aunque no pasa nada por tener miedo.

—Yo no tengo miedo —protestó, y de nuevo volvió *esa* expresión al rostro de Sabele. Esa que le recordaba que solo se engañaba a sí mismo—. Solo... no sé. He vivido esto tantas veces en mi cabeza que no sé cómo afrontar la realidad.

Claro que, por otra parte, también había soñado despierto muchas veces con estar en brazos de Sabele y la realidad había superado con creces su imaginación. Pero eso era trampa, Sabele era una bruja. Todo lo que tocaba se volvía mágico.

Ella sonrió.

—¿Sabes? Estás muy mono cuando dejas de intentar parecer un pasota de la vida.

—Vamos a ir por partes. Soy un pasota de la vida. Y... ¿mono? —
Extendió los brazos en señal de protesta—. Mejor, atractivo *rockero* de
fama internacional. Yo que tú estaría atenta, me voy a tener que quitar a la
gente de encima cuando saquemos el disco.

Sabele suspiró y negó con la cabeza.

—Fue bonito mientras duró. Me alegra haberte ayudado a volver a la
normalidad.

Luc se preguntó si ese era el tipo de situaciones en las que esa etiqueta
que tanto le preocupaba se iba a definir y se dio cuenta de que, si lo era,
estaba a punto de cagarla y mucho. Sabele retrocedió para volver al asiento,
pero Luc se inclinó hacia ella en busca de un beso que ella entregó sin
reparos, rodeando su cuello con los brazos.

—De nada —susurró él cuando sus labios se separaron— por alegrarte,
el beso ha sido de regalo.

Sabele se echó a reír.

—Mira que eres tonto —dijo, pero no se alejó de él un solo milímetro
—. Que no se den cuenta en esa reunión o van a pasar de tu cara apestosa.

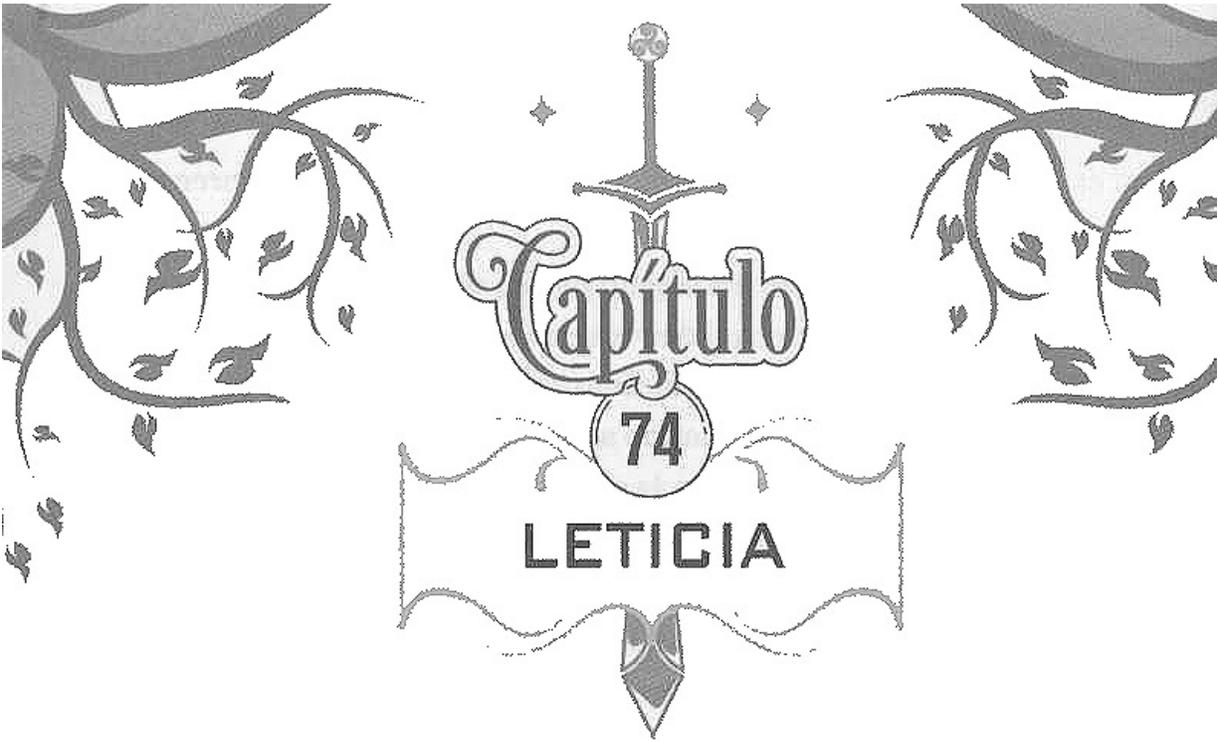
—¿No decías que les gustaría porque soy un «artista increíble»?

La bruja se encogió de hombros.

—Para hacerte sentir mejor, nada más...

Podrían haberse pasado así toda la tarde si no estuviesen anunciando por
megafonía que las puertas de embarque de su vuelo acababan de abrir.
Ame reapareció con un grado tal de oportunismo que Luc sospechó que
llevaba un rato observándoles desde la distancia, esperando el momento
apropiado para volver a su sitio.

Cuando se pusieron en marcha, Sabele le cogió de la mano y Lucas tuvo
que pellizcarse la piel del antebrazo para recordarse que estaban a punto de
volver a la vida real, aunque cada vez se pareciese más a un sueño.



Leticia se llevó las manos a las orejas en un intento desesperado por protegerse del infernal e insoportable sonido que emanaba de la garganta de la banshee. No era la única, más de un cliente y unos cuantos tenderos gritaron para protestar por el estruendo, lo cual era inútil; sus quejas enmudecían al chocar contra la voz de la banshee. Claro que ninguno de ellos estaba sufriendo sus estragos como Leticia, hacia quien la criatura dirigía su lamento directamente. La fuerza del legendario bramido la ancló a la pared e impidió que moviese un solo músculo. Su único plan por el momento era resistir. La banshee no podría seguir gritando para siempre. Incluso los espíritus malignos tenían sus límites.

Repasó todo lo que sabía sobre aquel ser, aturullada por el insoportable chillido que apenas le dejaba oír sus propios pensamientos. Se alimentaban del hedor de la muerte, de la putrefacción en el aire, por eso solían morar a los moribundos o los lugares en que eran habituales los fallecimientos. En ocasiones aceleraban el proceso gritando día y noche para enloquecer a la

víctima. Ninguno de aquellos datos le servirían para derrotarla. Tendría que limitarse a esperar a que parara para contraatacar y confiar en que, para entonces, mantendría la razón intacta.

—¡Eh, tú, bocina averiada! —Una voz se elevó por encima del quejido y un instante después la banshee se encogía de dolor. Tras ella apreció Rosita con una pistola de agua de colorines de la que goteaba un líquido amarillento.

Leticia aprovechó el momento de confusión para poner en práctica lo que había aprendido en el programa de formación física de la Guardia. Agarró al demonio por la muñeca, se la retorció hasta hacerle gritar y aprovechó el momento de vulnerabilidad para reducirle contra el suelo, aprovechando su enorme peso en su contra. La gravedad hizo el resto. El demonio hizo un ademán de embestir a Leticia con sus cuernos mientras la agente se esforzaba por mantenerle inmovilizado, pero Rosita le apuntó con el arma.

—Ni se te ocurra.

La banshee la miró horrorizada, sosteniendo su brazo dolorido con su otra mano.

—Maldita bruja...

—Podría detenerte por agresión, ahora que sé qué eres. —Leticia extrajo un diminuto espejo de su bolso de los domingos. Normalmente lucía todos aquellos artilugios en el porta-armas de su cinturón, pero se suponía que estaban de incógnito. «Buen trabajo pasando desapercibida», se dijo. La banshee reconoció el objeto en el acto: un captador de esencias. Si Leticia quisiera, podría dejarla allí atrapada durante décadas o incluso siglos—. Si os marcháis ahora y nos dejáis en paz... olvidaremos esto. —Omitió que detenerles y llevarles ante la Guardia le causaría más problemas a ella que a los presuntos criminales.

La banshee asintió con la cabeza y Leticia liberó a su compañero, que se puso en pie con un brusco movimiento. La miró fijamente a los ojos, herido en su orgullo. Leticia tragó saliva. Por un instante estuvo convencida de que iba a estrangularla con sus manos enormes y peludas.

—Vámonos, Bu.

El demonio asintió y se puso en marcha tras la joven, quien debía de

estar poco acostumbrada a toparse con mortales capaces de hacerle daño. Leticia les vio marchar con esa incredulidad de quien no acaba de creer algo que ha sucedido hace solo un segundo.

Leticia se dejó caer contra la pared y se deslizó hasta quedar de cuclillas, agotada por el ataque, y Rosita corrió para agacharse junto a ella. A pesar de lo aparatoso de la reyerta, nadie les miró dos veces. Los conflictos debían ser algo habitual, y si un lugar como aquel había sobrevivido durante tanto tiempo era porque cada cual sabía en qué asuntos no inmiscuirse.

—¿Estás bien?

Leticia asintió con la cabeza. Solo necesitaba un par de segundos para recomponerse.

—¿Se puede saber qué llevas ahí dentro? —dijo señalando la pistola.

—Ya te dije que no me iban a volver a pillar desprevenida —dijo apoyando el arma sobre su hombro como un ángel de Charlie recién caído del cielo—. Es jugo *espantayuyus*, como lo llama mi abuelita, capaz de repeler a cualquier espíritu, fantasma o espectro. Salvia, hierba de San Juan, belladona, mucha sal y un par de ingredientes secretos que no te puedo contar o la señora Costello me mataría.

—Repelente de espectros... Entonces, ¿no surte efecto en las personas de carne y hueso?

Rosita sonrió y disparó un chorro en su mejilla. Lo único que Leticia sintió fue humedad y una leve sensación de irritación por que la hubiese elegido como blanco.

—Se llama marcarse un farol —dijo la bruja, de nuevo, orgullosa de sí misma—. No me mires así. Ha funcionado, ¿no? De nada por salvarte la vida.

—Vámonos de aquí antes de que nos metamos en más problemas —dijo Leticia, poniéndose en pie.

—De eso nada. —Rosita la imitó—. Me han chivado dónde se puede comprar exma por aquí. —Sonrió—. Así que vamos a tener que meternos en esos problemas de los que hablas.

—O pasarle la información a la... —descendió el volumen de su voz hasta que prácticamente solo pudo oírse ella misma— Guardia y dejar que

ellos se encarguen.

—Cenicienta, mi amor. No quiero ser agorera ni destruir la burbuja de honor y honestidad en la que vives, pero estoy bastante convencida de que, si no han desmantelado todo esto todavía, es porque hay alguien muy untado en la Guardia.

Leticia frunció el ceño. Tenía que ser otro de sus «faroles».

—Eso no es verdad.

—Vale. —Rosita se encogió de hombros—. Hagamos la prueba. Dale la información a la Guardia y frustra una investigación de vital importancia para el futuro de la comunidad mágica. No digas que no te lo advertí cuando te lleguen órdenes de no intervenir.

Leticia se cruzó de brazos. Solo eran especulaciones, Rosita no podía estar en lo cierto. Tenía que haber un buen motivo por el que la Guardia no se involucraba en los negocios de los bajos fondos, siempre les habían dicho que no interviniesen o echarían a perder investigaciones importantes. Pero ¿y si tenía razón y lo que en realidad ocurría era que preferían mirar hacia otro lado? Farol o no, Rosita volvió a salirse con la suya.

Leticia la siguió a través del laberinto de puestos, cruzando los dedos para que ninguno de los presentes fuese un informador de la Guardia que la delatase ante sus jefes. La voz parecía haberse corrido sobre su presencia y encontraron muchos comercios cerrados (Leticia estaba convencida de que reabrían tan pronto como pasase de largo), además de miradas hostiles. Nada de esto importunaba a Rosita, que avanzaba con paso decidido, como si supiese perfectamente hacia dónde se dirigían. Tras unos cuantos minutos de paseo, la bruja la condujo a través de unas escaleras oscuras que llevaban a un sótano donde vendedores y clientes parecían haber sido sacados de un episodio de *Buffy Cazavampiros*. De pronto parecía de noche. Los neones tintineantes apenas alcanzaban a iluminar el suelo a sus pies y tuvo que concentrarse para no tropezar. Se preguntó cómo podían ver por dónde iban todas esas figuras encapuchadas.

—¿Se puede saber a qué clase de lugar me has traído? —preguntó en un susurro incriminador.

—A mí no me mires. —Rosita se encogió de hombros—. Te lo creas o no, también es mi primera vez en la planta baja. Avísame si ves algún cartel

que señale el baño.

«¿El baño?». Tenía que haber oído mal, ¿verdad? Avanzaron cabizbajas, pegadas a la pared, siguiendo la lógica de que los servicios siempre estaban al fondo a la derecha.

La mayoría de los vendedores mantenían su mercancía oculta tras frondosas telas y tapices oscuros, y algunos de ellos aguardaban a la entrada de sus locales con un aire misterioso mientras que otros les ofrecían sus productos. «¿Veneno de Gorgona? Puede matarte, puede salvarte». (Aparentemente, la gracia era usarlo en una especie de ruleta rusa mágica). «Señoritas, ¿buscan genios? Me acaba de llegar un ifrit del golfo Pérsico que podrá cumplir las peores pesadillas de vuestros enemigos... o vuestras mejores fantasías». Leticia se preguntó qué escondían en las tiendas más secretistas si hablaban tranquilamente de matar, atormentar y de cosas que sonaban mucho más asquerosas a voz en grito. Pasaron por delante de un puesto repleto de libros ajados y Leticia, lectora empedernida, no pudo resistir la tentación de detenerse un momento a echar un ojo. No esperaba encontrar *Mujercitas* ni *Ana de las Tejas Verdes*, pero los títulos le revolviéron el estómago. Recetarios antropófagos y poemarios que adoraban al rey de los demonios convivían sin ningún pudor. Un libro de cuero negro con brillantes letras rojas bordadas llamó su atención:

Un día en el infierno, de Charles Dickens. Leticia frunció el ceño. Lo que le faltaba por ver. Conocía bien la obra del autor y estaba convencida de que nunca se había publicado semejante libro, al menos, no en el mundo corriente.

Para su sorpresa, los servicios estaban, en efecto, muy bien indicados a través de un gran y luminoso cartel que en vez de distinguir entre damas y caballeros indicaba tres posibles puertas en función de las extremidades de cada cual (piernas, tentáculos o pezuñas).

Leticia decidió que tan pronto como terminase con ese caso iba a pedir que volvieresen a trasladarla a la División de Fantasma y Espectros.

—Espera —le dijo a Rosita. Sacó la vara inhibitora de su bolso, la extendió y adoptó una pose defensiva—, déjame pasar a mí primero.

—¿Estás loca? Si entras en ese plan no nos van a contar nada. Guarda eso antes de que nos saquen de aquí a patadas.

—Odio este lugar —susurró mientras Rosita abría la puerta de los humanos.

Apoyado contra las baldosas de la pared al fondo del servicio, que, sorprendentemente, tenía el aspecto de cualquier baño público corriente (olor a jabón barato y desinfectante incluido), había un hombre delgaducho vestido con una enorme gabardina que le hacía parecer aún más enclenque. Tenía el rostro lleno de marcas de lo que podría haber sido viruela si no estuviese erradicada («Entre los corrientes», se corrigió de nuevo) y lucía un corte de pelo pasado de moda, ese típico *look* ochentero con el pelo corto de punta por delante y algo de melena por detrás. Sonrió y Leticia pudo ver que la mitad de sus dientes eran de oro.

—Vaya, vaya, una bruja viciosa y una policía corrupta. ¿Qué se os ha perdido en las cloacas del mundo mágico? —dijo incorporándose.

Leticia sintió que le hervía la sangre. Que cuestionase su honor la irritaba, pero que se atreviese a hablar así de Rosita era inadmisibile.

—Ni viciosas ni corruptas —dijo sacando la placa para plantársela en la cara mientras sostenía la vara con la otra—. Se te acusa de tráfico de sustancias mágicas ilegales. Si no quieres que te arrastre a prisión, muestra más respeto.

Rosita suspiró y se llevó la mano al rostro en señal de frustración. El camello sonrió nervioso.

—Eh, vamos, amigas. No hay ninguna necesidad de ponerse así. Todos saldríamos perdiendo. Yo me llevo fama de problemático y vosotras... dudo que lleguéis a la salida. A nadie aquí le gustan los agentes de la Guardia, y menos los que tienen principios. ¿Cómo puedo ayudaros?

Rosita sacó las pastillas de su bolsillo, envueltas en un pañuelo de papel, las distribuyó en la palma de su mano y la extendió hacia el camello.

—¿Las reconoces?

El hombrecillo se acercó a ellas con un extraño andar que hizo que Leticia recordase el cartel del baño. Se preguntó si el tipo estaba en el indicado. El traficante agarró la mano de Rosita haciendo que Leticia sujetase la vara con aún más fuerza, dispuesta a intervenir si era necesario.

—Parecen de una de mis hornadas... —Hizo una mueca de desagrado—. ¿De dónde las habéis sacado?

—Aquí las preguntas las hacemos nosotras —dijo Leticia, convencida de que había oído esa frase en alguna serie policíaca—. Necesitamos una lista de tu clientela reciente.

El camello negó con la cabeza.

—Si fuese prodigando por ahí quién viene a comprar, nadie querría ser mi cliente. Además, la mayoría no vienen a cara descubierta como vosotras.

Quizá una capa con capucha sí habría sido una buena idea, pero ya era tarde para arrepentirse.

—¿Qué quieres a cambio? —dijo Rosita, cruzándose de brazos.

—Depende, ¿qué tienes que me pueda interesar?

Leticia tiró del brazo de Rosita para darle la espalda al hombre. Las pastillas estuvieron a punto de caer en todas direcciones, pero la bruja cerró la mano justo a tiempo.

—¡Ey!

—No vamos a negociar con un delincuente. De ninguna ma...

—Cariño, ya hemos llegado hasta aquí. ¿De verdad crees que, si tus jefes te pillan, esto va a cambiar mucho la situación? Tranquila —dijo zafándose de ella—, he venido preparada. —Abrió su bolso-mochila y se lo lanzó al hombre, que retrocedió un paso por el impacto. Acto seguido se dispuso a examinar su contenido con una total falta de interés.

—Legal —dijo tras ojear el primer frasquito para dejarlo caer de nuevo en el interior del bolso—. Legal, aburrido, legal... —suspiró—. Puedo conseguir esto en cualquier parte —dijo agitando en el aire un líquido de color fucsia.

Le lanzó el bolso de vuelta a Rosita con una fuerza sorprendente. La bruja resopló indignada. ¿Así que por fin alguien había logrado herirla en su orgullo?

—Son recetas secretas y centenarias del Caribe, así que eso lo dudo.

—En cualquier caso —se encogió de hombros— no me interesan. Pero eso... —Sus ojos se iluminaron a la vez que se abrían de par en par. Señaló al interior del bolso de Leticia, que había olvidado cerrar—. Eso sí me interesa.

Siguió la trayectoria de su dedo sin comprender a qué se refería hasta que se percató de que había olvidado sacar la caja de Kyteler de su bolso.

El hombre olfateó en el aire como un animalillo silvestre y cerró los ojos para concentrarse en el aroma, lo que no hizo más que reforzar las sospechas de Leticia de que el tipo no era del todo humano.

—Qué buena reserva de recuerdos de bruja... ¿de los años ochenta? Por algo así, sí que podría dejaros echar una ojeada a esto —dijo aireando en el aire una pequeña y sucia agenda que había sacado del interior de su gabardina.

—No. Te equivocas. No son... —enmudeció. Todavía no había averiguado por qué su madre guardaba una caja llena de recuerdos, y no estaba dispuesta a discutirlo con alguien como ese tipo, y tampoco en un momento como ese. Además, tenía la sensación de que con cada nuevo dato que aprendía sobre la caja y lo que contenía, más incógnitas se le planteaban—. Lo siento. Tendrás que pedir otra cosa.

El hombre se encogió de hombros.

—A mí me da igual. Sois vosotras las que habéis venido a pedir respuestas.

Comenzó a guardar la agenda cuando una figura traslúcida atravesó la pared tras él. A juzgar por la expresión de su rostro, Blanca seguía algo dolida. Una bombilla se encendió en su cabeza al verla. «Que Dios te bendiga».

—¡Espera! —dijo Leticia, para asombro de Rosita—. Esa agenda me interesa mucho. Quiero cogerla y llevármela de aquí —dijo alto y muy despacio, intentando mirar hacia donde se encontraba Blanca para comprobar si había captado la indirecta sin levantar las sospechas del hombre.

—¿Así que te lo has pensado mejor? —dijo el hombre, agitándola en el aire.

Leticia sabía que Blanca podría hacerlo. Había visto a otros fantasmas hacerlo en varias ocasiones. Solo necesitaba concentrar toda su energía en un punto durante el tiempo suficiente para poder afectar a los objetos materiales. Blanca había cambiado de estado recientemente (en comparación con otros fantasmas que vagaban por Madrid), no tendría que suponerle un problema. El fantasma alzó la libreta por encima de sus cabezas y Leticia aprovechó la sorpresa del camello para atizarle un golpe

en las espinillas con la vara. Una descarga recorrió su cuerpo y anuló sus poderes mágicos temporalmente. No sabía cuánto tiempo tenían antes de que los recuperase. Le habían advertido que el margen dependía del grado de poder de la criatura. Rosita aprovechó la vulnerabilidad de su enemigo para abrir uno de sus frascos misteriosos y verter el contenido en su boca, mientras le sujetaban entre las dos para reducir sus intentos de resistirse. El hombre dejó de zarandearse al cabo de unos pocos segundos y Rosita besó el frasco.

—Así que no te interesan mis pócimas, ¿eh? Pues chúpate esa. Somnífero Costello, amigo. No lo busques en tu mercado local.

Leticia alzó la vista hacia el espectro que flotaba frente a ella. Blanca se acercó tímidamente, rodeando la agenda con los brazos y sosteniéndola contra su pecho.

—Gracias —dijo, con un asentimiento de cabeza solemne.

Blanca le tendió el cuaderno y Leticia lo guardó en el interior de su bolso junto al resto de sus cosas, no sin antes ojearlo para comprobar que lo que había allí escrito eran letras en un idioma ininteligible. «Estupendo», pensó sarcástica.

—Sé que no piensas lo que dijiste. Salvo lo de pesada... Puede que sí sea un poco cargante. —Se encogió de hombros—. Es que hacía mucho tiempo que no tenía una amiga.

—Entonces... ¿me perdonas?

Blanca hizo como que se lo pensaba.

—Solo si me incluíis la próxima vez que vayáis a hacer cosas malas —dijo con una sonrisa picara.

A Leticia se le encogió el corazón y no pudo evitar sentirse culpable por no haber confiado en ella. *Amiga*. Sí. También había pasado mucho tiempo desde que ella se había atrevido a llamar de esa forma a alguien, y que se tratase de un fantasma no hacía más que confirmar sus pésimas aptitudes sociales. Quien tiene un amigo tiene un tesoro, dicen. En su caso, más bien le parecía un milagro.

—Me parece justo. Y... no eres pesada. Lo que pasa es que yo soy un poco seca. —Se encogió de hombros—. Lo dice todo el mundo. Así que me viene bien que... actúes con insistencia. —Se atrevió a sonreír.

—Somos tal para cual. —Blanca se alzó unos cuantos centímetros en el aire de pura felicidad.

—Precioso... —dijo Rosita—, y ahora, ¿podemos irnos antes de que alguien se mosquee o entre aquí por casualidad?

Leticia asintió con la cabeza. No sentía el más mínimo deseo de permanecer en el Mercado del Trasgo, rodeada de seres y objetos mágicos oscuros, más tiempo del estrictamente necesario. Es más, si por ella fuese, no volvería a poner un pie allí en su vida. Su prioridad ahora era encontrar a alguien capaz de traducir el extraño alfabeto. Estaban a tan solo un paso de dar con un criminal lo bastante poderoso para acabar con las tres Lozano de golpe. Una proeza como esa podría suponerle un nuevo ascenso, suponiendo que no la despedían por actuar por su cuenta... de nuevo. «Suponiendo que no nos matan también a nosotras», pensó mirando a Rosita. Era demasiado peligroso. Por eso decidió que sería la última vez que ponía a Rosita en peligro. Su ayuda le había resultado fundamental, pero no podía volver a permitir que se arriesgase tanto; como agente, era su responsabilidad y estaba dispuesta a cumplirla.

—Sí. Vámonos.



La ciudad de Londres era una vieja conocida para Sabele. Había vivido allí junto a su tía durante casi un año entero, desde los catorce a los quince. Después de dos años recorriendo los pueblos y pequeñas localidades de Sudamérica, a Jimena se le había antojado retornar a la gran ciudad.

Al principio, Sabele la había detestado. Tan grande, ruidosa, gris y fría. Todo el mundo iba y venía de un lado a otro con prisas y sin pararse a mirar a su alrededor. Sabele solía preguntarse si su ceguera selectiva también se aplicaba a su sentido del olfato, porque tenía la sensación de que, fuese a donde fuera, siempre había algo que apestaba. Incluso había intentado bloquear su nariz permanentemente con un hechizo que casi provocó que se ahogase. A su relación con la ciudad no contribuyó que el traslado la pillase en plena fase rebelde de su adolescencia. Es mucho más fácil convencerse de que el mundo está en tu contra cuando llegas a un lugar nuevo donde nadie te conoce. Por aquel entonces, la Sabele-adolescente-furiosa no era

consciente de su fortuna. A una chica lista, con estilo y abierta como ella nunca le costaba demasiado hacer nuevos amigos, y pronto se integró con el resto de adolescentes del vecindario, concretamente con un grupito de chicas y chicos que escuchaban los *hits* de la MTV Rock y pasaban las tardes buscando ropa *vintage* en el centro y en Camden Town. Ninguna de ellas era bruja, pero a Sabele no le importaba. Era divertido vagar con ellas por la ciudad, y fueron las responsables de que se comprase sus primeras Doctor Martens (de segunda mano; aunque por aquel entonces comenzaba a mostrarse reticente a ponerse algo en los pies que hubiese requerido matar a un animal, todavía le quedaba mucho por aprender).

Los buenos recuerdos la asaltaron mientras avanzaban por London Victoria, tirando de sus *trolleys* en dirección al andén del que partiría el Gatwick Express en unos minutos. Londres era una ciudad dura de pelar, pero, como ocurría con algunas personas, una vez que la conocías bien y descubrías el candor bajo tanta frialdad, resultaba difícil de olvidar.

—¿En qué piensas? —preguntó Ame a su lado—. ¿En Luc, en cuánto le echas ya de menos?

Sabele torció el labio. Acababan de despedirse del músico, que se había echado su bolsa y su guitarra al hombro para encaminarse a la discográfica y reunirse con sus amigos. Sabele le había deseado suerte con un casto beso en la mejilla que resultó casi más embarazoso que un morreo en toda regla. Se sentía algo desbordada por las infinitas posibilidades de la complicidad física que había nacido entre ellos casi de la noche a la mañana. Con Cal había sido distinto. Ella era una cría inexperta cuando se conocieron, así que durante mucho tiempo se contentaba con darle la mano, lo que por aquel entonces le parecía el culmen de la intimidad entre dos personas, y con unos cuantos e inofensivos piquitos. Sabía que no tendría que estar comparando, pero no podía evitarlo. La experiencia era completamente distinta. Mientras que los pequeños gestos le resultaban extraños, en su mente tenía una idea muy clara de hasta dónde quería llegar con Luc... y no tenía nada de inocente.

—Ahora sí —protestó—. Pero, en cualquier caso, creo que podré sobrevivir —dijo sarcástica. Una cosa era pensar en un chico y otra muy distinta ir llorando por las esquinas.

—¿Cuándo piensas darme las gracias y pedirme perdón? —dijo su amiga.

—¿Cómo? ¿A qué te refieres?

—¡Al hechizo! Os he tenido que oír a Rosita y a ti decir cientos de veces que era una tontería y que la había liado y mira, fíjate, resulta que te he hecho el favor de tu vida.

Sabele estudió su rostro y su lenguaje corporal. La miraba fijamente y se había cruzado de brazos, dejando la maleta frente a ella. Lo decía muy en serio.

—Lo que ha pasado no tiene nada que ver con el hilo rojo —dijo, convencida de sus palabras.

—¿De verdad? —Ame agarró la maleta bruscamente y siguió andando—. Increíble. Lo que me faltaba por oír.

—Sigo sin creerme todo ese rollo del alma gemela. Lo siento. Hay más de siete mil millones de personas en este planeta. Admito que tu hechizo —cogió aire— ha dado con una que... no me disgusta del todo. —Ame enterró el rostro en su mano derecha en un acto de pura frustración—. Quizá lo que de veras hace el hechizo sea encontrar a la persona compatible más cerca de ti.

—No. El hechizo del hilo rojo es una poderosa invocación ancestral, no una app de citas para solteras exigentes —refunfuñó—. ¿No te alegras ni un poco de haber encontrado a Luc?

Sabele se mordió el labio, pensativa. Si escuchaba a sus hormonas y al ronroneo constante en su cabeza, no había nada que le hiciese liberar más serotonina ahora mismo, una sensación a la que era fácil volverse adicta. Si prestaba atención a la fuerza del sentido común...

—Es pronto para valorarlo.

—Tú siempre tan romántica —se burló Ame, quien había aprendido de Rosita todo lo que sabía sobre el sarcasmo.

Las dos amigas se echaron a reír ante el control de billetes que les permitiría acceder al andén, ganándose una mirada de desdén por parte de la revisora. Sus risas se detuvieron en seco cuando distinguieron a una figura detenida en mitad del andén. Mithali Apte las miraba fijamente, con una intensidad que revelaba que el encuentro no podía tratarse de una

casualidad. La líder del clan de Camden no dio un solo paso adelante, sino que esperó a que ellas llegasen a su altura en un alarde de *statu quo* que dejaba claro quién estaba por encima de quién.

—Mithali —saludo Sabele, sin saber cómo sentirse al respecto de su presencia. La bruja sonrió sin mostrar un solo diente. Igual que la última vez, Mithali llevaba los ojos maquillados con un intenso kohl negro y un *piercing* dorado en la nariz. Sin embargo, en esta ocasión vestía un conjunto sencillo. Una sudadera negra bajo la *bomber* amarilla del clan de Camden, pantalones oscuros muy holgados y altos calcetines blancos combinados con unas Vans.

—Mi bola de cristal me avisó de que podría encontrarte aquí —dijo con su marcado acento londinense. Por qué o para qué Mithali Apte quería saber dónde encontrarla a ella era algo que su imaginación se resistía a adivinar.

Las luces del tren aparecieron en la distancia con un sonoro traqueteo y se detuvo lentamente en el andén junto a ellas. El reloj del andén indicaba que el tren partiría en cinco minutos, así que aún tenían algo de tiempo para averiguarlo.

—Contaba con poder hablar contigo en los festejos de Lugnasad, pero no te vimos por allí —explicó la bruja.

—Ya, fue una noche... movidita.

Mithali miró hacia la cuenta atrás, resignada.

—Me hubiese gustado poder charlar largo y tendido contigo sobre este tema —suspiró—, pero parece que no tenemos mucho tiempo. ¿Qué te parece si voy directa al grano? —dijo Mithali. Sabele asintió con la cabeza, sin la menor sospecha de lo que venía a continuación—. ¿Sabes cuál es el lema de nuestro clan?

—«No hay barrera, cerradura ni cerrojo que puedas imponer a la libertad de mi mente» —citó Sabele—. Es una frase de Virginia Woolf.

Mithali sonrió, complacida.

—Nuestro clan nació para acoger a todas aquellas brujas que necesitan un lugar y recursos para poder expresarse. Magia y arte no tienen por qué ser incompatibles. Muchas de las grandes pintoras, músicas, escritoras y poetisas del siglo XX eran brujas, pero acabaron por renunciar a sus aspiraciones en la comunidad mágica... Nosotras queremos que eso se

acabe, que ninguna hermana se vea obligada a dividirse en dos, o a renunciar a una de sus mitades. Aunque siempre pedimos algo a cambio. Y... hace tiempo que te tenemos echado el ojo, Sabele Yeats. —La escrutó como si intentase adivinar cómo iba a reaccionar a su propuesta. Se preguntó si no había visto eso en su bola de cristal.

Sabele agradeció su franqueza, la prefería un millón de veces a los intentos de Valeria por mostrarse amigable solo para allanarse el terreno. Mithali, en cambio, iba a ponerle una oferta sobre la mesa, o la tomaba, o dejaba pasar el tren. Solo dependía de ella tomar la decisión, con todas las cartas sobre la mesa.

—Yo no soy una artista, solo grabo vídeos y los subo a internet. — Sonrió y se encogió de hombros.

—Tu trabajo genera un impacto en el mundo, Sabele. Ponle el nombre que más te guste, pero no finjas que lo que haces no sale del corazón. —No supo qué responder a eso. Sí. Mithali estaba en lo cierto. Creaba porque no podía no hacerlo. Llegado cierto punto no era una cuestión de constancia, sino de necesidad—. Creemos que eres justo el tipo de bruja que buscamos. Con el coraje de la Diosa en el corazón y la mente puesta en el futuro. Sé que aspiras a ser aprendiz, pero me temo que, aunque lo consiguieses, encontrarías las enseñanzas de los aquelarres algo... obsoletas. En Croydon School, en cambio, están haciendo muchos esfuerzos por ponerse al día.

La insinuación en la mirada de Mithali lo decía todo. Le estaba ofreciendo la opción de estudiar en una de las cuatro grandes escuelas de magia, la única en Europa. El corazón de Sabele se disparó. Acceder a una plaza era una proeza tan grande que ni siquiera se lo había planteado. Ir a Croydon, a Joan Wytte o a sus otros dos equivalentes era una oportunidad que solo se te presentaba si pertenecías a la élite, a *la crème de la crème*; solo las hijas de las más célebres y poderosas brujas o aquellas tan talentosas que obtenían un nombre gracias a su trabajo se podían permitir acceder a la educación superior que allí ofrecían.

—El clan lleva un tiempo colaborando con ellas para modernizar sus asignaturas. Ya hemos hablado con nuestro enlace. Estarían encantados de tenerte el próximo curso... a cambio de que trabajes como asistente para una de las profesoras, *Miss Kizlari*, y le ayudes a preparar las materias

relacionadas. Además de admirar tus aptitudes con la cámara, cree fervientemente en tu teoría de que «todos tenemos magia en las venas».

Sabele negó con la cabeza.

—No lo entiendo. Estoy segura de que hay cientos de brujas por ahí que saben editar un vídeo mejor que yo.

Mithali sonrió.

—Puede. Pero te hemos elegido a ti, y no precisamente por eso. Y si aceptas y quieres que *Miss Kizlari* te respete, yo me iría deshaciendo de esa ingenua modestia tuya. No sirve para nada. —Las duras palabras de la bruja guardaban un resquicio de verdad. La mejor forma de sabotearse a una misma era insistir en que no merecías lo que tenías y lo bueno que te pudiese ocurrir.

—Hay algo más, ¿verdad? —preguntó Sabele suspicaz. Mithali podría haber enviado a cualquier bruja del clan a hablar con ella, pero se había tomado la molestia de hacerle la propuesta en persona. Dudaba que una mujer tan ocupada fuese a dedicarle tanto tiempo a una aprendiz por un puesto de asistente. Mithali sonrió, complacida por su deducción igual que un espectador de carreras que está convencido de haber apostado por el caballo vencedor.

—El programa dura dos años. Mientras dure, espero que tengas un rol activo en nuestro clan, y cuando acabe, me gustaría que considerases unirme a él. El clan necesita sangre fresca, nuevas brujas que le den impulso. Sé que eres la última de las Yeats en el aquelarre de Madrid, pero me gustaría que lo meditates y que tomases la que creas que es la mejor decisión para ti y tu carrera.

Dos años. Como mínimo tenía que entregarle dos años de su vida al clan de Camden a cambio de una oportunidad que podía concederle la vida con la que siempre había soñado. Dos años lejos de su ciudad, de sus amigas, del aquelarre, de todo lo que tan seguro y acogedor le había parecido cuando decidió instalarse allí.

—No espero que me des una respuesta ahora. Piénsatelo y llámame cuando hayas tomado una decisión. —Una tarjeta de visita apareció entre sus dedos y se la tendió a Sabele. No aparecía en ella ningún número de teléfono, solo su nombre. Como no podía ser de otro modo, estaba

hechizada. Solo tenía que llamarla mientras la sostenía y estarían en contacto directo—. Oh, casi lo olvido —dijo antes de sacar un paquete envuelto en papel pinocho violeta del bolsillo de su sudadera—. No he venido solo para intentar reclutarte. —Se lo tendió y Sabele lo aceptó anonadada, con un tímido «gracias»—. Es incienso de sándalo, te ayudará a encontrar el equilibrio que buscas y a pensar con claridad. Buen viaje a ambas —dijo dirigiéndose por primera vez a Ame.

Las dos amigas se quedaron calladas mientras observaban a Mithali alejarse con las manos en los bolsillos.

Sabele apretó la tarjeta en su mano, y el incienso contra su pecho, preguntándose cómo demonios iba a tomar una decisión tan importante, aunque en el fondo ya supiese cuál iba a ser la respuesta.

Se apresuraron a subir al vagón más cercano y tomaron asiento junto a la ventanilla, la una frente a la otra. Ame dejó su bolso en asiento de al lado a modo de señal para el resto de pasajeros. No querían compañía. Tenían temas de los que hablar que era mejor que ningún corriente escuchase. Aunque eso sería más tarde. Mientras el tren comenzaba a avanzar, Sabele dejaba que su mirada se perdiese en el paisaje urbano, incapaz de serenar sus agitados pensamientos.

—Vas a aceptar, ¿verdad? —dijo Ame por fin tras un largo silencio.

Sabele negó con la cabeza.

—No lo sé. —Y creía que era cierto.

—Si Luc firma el contrato, tendrá que pasar un montón de tiempo aquí. Puede que hasta se mude. —Sabele la miró fijamente. Tenía razón. No se había parado a pensarlo. Estaba demasiado feliz por él para darle demasiadas vueltas, y tampoco estaba acostumbrada a la dinámica entre ambos. Ni se le pasó por la mente cómo podría afectarles a ambos, a ella, ni su oportunidad discográfica ni la oferta de Mithali—. ¿De verdad sigues sin creer en el hilo rojo? Que os surja a los dos una oportunidad en Londres a la vez me parece demasiada casualidad. El universo confabula de nuevo para uniros. —Se encogió de hombros, satisfecha consigo misma y a la vez cargada con una honda tristeza—. Seguro... seguro que en el mismo momento en que Mithali y su clan te eligieron a ti, la canción de Luc se viralizó. —Ame se cubrió la boca con la mano mientras se mordía el labio

—. Te voy a echar de menos.

—¡Ame! —le reprendió Sabele—. Es una decisión demasiado grande como para tomarla a la ligera. Aún no hay nada escrito —dijo, aunque sabía que las cartas en su bolso no estarían de acuerdo con ella.



El metro de Londres era una mierda. Una *gran* mierda. Había visitado la ciudad un par de veces antes, pero no había tenido tiempo de salir de los circuitos turísticos ni de enfrentarse a las complejas líneas del subterráneo londinense, que, por cierto, parecía estar a punto de venirse abajo. ¿Se suponía que las redes que evitaban desprendimientos de fragmentos del techo tenían que hacerle sentir más seguro? Por no hablar de lo de tener líneas iguales, pero con distintos destinos (y cuando al fin encontró el tren al que tenía que subirse, descubrió que tenía que agachar la cabeza para no golpearse con el techo), o de la suerte de personajes que lo moraban. Recorrer el reino de Sidhe parecía un paseo por el parque al lado de su trayecto hasta la estación de Aldgate East. Y eso que era un trayecto directo. Puede que Luc estuviese exagerando *un poco*, pero era más fácil pagar sus frustraciones con el transporte público británico que admitir que estaba aterrado y que no sabía si su política de *fake it' til you make it* le iba a servir de algo en esta ocasión. Después de todo se iba a sentar a hablar

frente a profesionales con décadas de experiencia en el sector. No era como fardar delante de sus colegas en la plaza del Dos de Mayo.

Había quedado con los chicos de la banda en una especie de cafetería-restaurante mexicano que, según ellos, estaba al lado de las oficinas de la discográfica, así que una vez en la calle y con el móvil en la mano bajo el cielo gris, que amenazaba con descargar lluvia en cualquier momento, caminó a tientas hasta dar con un colorido local repleto de macetas y decorado con una estética industrial. «Pfff, hípsters», maldijo para sí mismo. ¿Cuándo pensaban pasarse de moda del todo de una vez? Qué aburrimiento.

Localizó a sus amigos al fondo del local. Engullían como animales una cuantiosa fuente de nachos con carne, frijoles, guacamole, queso, salsa agria, tomate y pico de gallo. Una preciosa obscenidad de la que no tenía pensado probar un bocado.

Caminó hacia ellos y, ante su sorpresa, se encontró con una ronda de abrazos y de afecto sincero. No estaba acostumbrado a causar ese efecto en la gente, la verdad.

—Ey —respondió ante el ininteligible amasijo de «Tíooo», «Fieraaa», «Máquinaaa» y demás apelativos.

—¡Ven, siéntate! —dijo Fran—. Tenemos que celebrarlo. ¡Vamos a ser famosos!

—¡Y ricos! —añadió Dani, que había guardado un sitio para Luc a su lado.

—Por no hablar de cuánto vamos a ligar... —dijo Toni, cómo no, volviendo a su tema favorito.

—Ya... bueno. —La absoluta falta de emoción en su voz cortó de súbito el buen rollo que imperaba en la mesa—. Quiero decir... —añadió al darse cuenta de que la había cagado. Ah, por fin. Los viejos hábitos de siempre—. No hay que cantar victoria tan pronto.

—¿Pronto? —protestó Toni—. Colega, tenemos catorce millones de visualizaciones y subiendo.

—Estarás agotado por el viaje —dijo Fran, conciliador.

—Claro que, por cierto —dijo Dani, llevándose un nacho bien cargado a la boca. Al menos su escepticismo no les había quitado el apetito—, ¿qué

demonios has estado haciendo? La mitad de las veces que te llamábamos saltaba la vocecita del teléfono diciendo que tu número no existía.

—Sí, tío —dijo Toni—. Ya pensábamos que te habían secuestrado y descuartizado.

—Es una larga historia. —Se le escapó una media sonrisa que Toni no dejó pasar.

—¡Uhhh! Eso me suena a una nena —dijo, agitando a Fran a su lado, que se convirtió en el chivo expiatorio de Luc, protegido por la mesa—. Nosotros preocupados por ti y tú estabas dándote una alegría, ¿eh?

Dani frunció el ceño y se llevó los dedos a la boca en un gesto internacionalmente conocido como «vomito».

—No exactamente —dijo Luc con la esperanza de que alguien cambiase de tema. No le apetecía discutir su vida amorosa delante de alguien tan... instintivo como Toni.

—¿Vamos tirando? —le salvó Fran, mirando el reloj en su muñeca.

El grupo asintió y, después de que Dani se metiese en la boca a toda prisa las migas que quedaban en el plato, se pusieron en marcha.

Caminaron por una pequeña avenida comercial repleta de tiendecitas que acogían desde herboristerías locales a marcas conocidas que no eran precisamente baratas y callejearon hasta detenerse frente a un edificio de cuatro plantas y puertas de cristal. A pesar de que sus paredes habían sido pintadas de un elegante tono negro, sus grandes ventanales delataban que en otro tiempo debía de haber sido una nave industrial o un almacén. Tan solo una diminuta placa plateada señalaba que se encontraban en las puertas de un importante sello discográfico. Luc miró a su alrededor y comprobó que era con diferencia el edificio más discreto de la zona, a pesar de los coloridos grafitis que decoraban uno de sus laterales.

El entusiasmo y la euforia inicial dieron paso a las dudas y el grupo se detuvo en seco hasta que empezó a resultar embarazoso. «Al menos no estoy loco», se dijo Luc al ver cómo se desinflaban. Cogió aire y se recordó que no podían leerle la mente ni saber cómo se sentía por dentro. Después de todo era el líder de la banda y tenía que parecerlo. Caminó con fingida confianza y llamó al timbre. Se percató de que le observaban a través de una cámara esférica y oscura sobre su cabeza en el mismo momento en que

sonó un pitido que desbloqueó la puerta.

Luc entró en las oficinas de Greylight Records con la solemnidad de un guerrero antes de la batalla y el estilo de un modelo en plena pasarela, amparado por su banda, que caminaba un par de pasos tras él. Se visualizaba a sí mismo y se sintió hasta orgulloso. Claro que estaba convencido de que a los trabajadores de Greylight Records no les impresionaría un chiquillo de veinte años con una camisa hortera.

—¿Esto es una oficina? —preguntó Toni con los ojos abiertos de par en par—. Flipas...

Habían mantenido la esencia de la vieja nave valiéndose de bombillas colgadas en el aire y cañerías a la vista, pero combinándolo con genialidades como una barra de bar en la planta baja, un futbolín y una mesa de *ping-pong*. Luc no era de los que se planteaban la posibilidad de recurrir a un plan B, pero, si por lo que fuese fracasaba en la música, no le dolería tanto si acabase currando en un lugar como ese.

—¿*Magical Girl*? —preguntó un recepcionista al que apenas se le veía la cara debajo de una frondosa barba, un sombrero y gruesas gafas de pasta. Luc se dispuso a aclarar que, en realidad, se llamaban The Pretty Tomboys cuando el tipo continuó hablando—. Wu os está esperando arriba —dijo, devolviendo su atención a la pantalla de su ordenador—. ¡Buena suerte!

El peso de lo importantes que podían ser los próximos minutos y de la influencia que podían ejercer sobre el resto de su vida cayó de golpe sobre sus hombros. Y a juzgar por el silencio tras él, no era el único.

Subió los escalones uno a uno hasta llegar a la última planta. A pesar del buen ambiente en el recibidor, el resto de la oficina estaba repleto de mesas de oficina, ordenadores, pantallas para hacer presentaciones, tabloneros para organizar el trabajo. Más le valía que la conversación fuese bien. Pensándolo de nuevo, prefería ser la estrella invitada que se pasaba por allí de vez en cuando. En la penúltima planta se encontraban las oficinas de los jefes, y sobre sus cabezas, el estudio de grabación.

Luc sintió un escalofrío cuando puso la mano en el pomo de la puerta. Sabele le había prometido que el hechizo de buena suerte que había aplicado en uno de sus anillos le ayudaría («El oro y la plata son excelentes portadores de magia», le había explicado tras pronunciar una de sus

ridículas y entrañables rimas), pero no estaba seguro de que no le hubiese colado un placebo en toda regla. «Qué más da», magia o placebo, lo importante era que funcionase.

Empujó la puerta y al otro lado aparecieron varios tipos con pinta bohemia que les examinaron con lupa de pies a cabeza antes de que uno de ellos, el que había estado sentado sobre la mesa, se pusiese en pie y caminase hacia The Pretty Tomboys con una sonrisa de oreja a oreja. El hombre, vestido con una sudadera varias tallas más grande de lo que correspondía y unas zapatillas multicolores que lucía sin complejos, extendió la mano hacia él y, en vez de estrechársela, se la chocó.

—¡*Magical Girl!* Menudo *hit*, ¿eh? —dijo en español, con un acento suave. Luc recordó haber leído que vivió en Miami durante muchos años y que estuvo casado con una mujer puertorriqueña—. Venid, venid, sentaos —dijo ofreciéndoles asiento en torno a una alargada mesa negra—. Soy Mike Wu —se presentó, colocando los mechones negros de su larga y lisa melena tras su oreja. Las presentaciones sobraban. Todos ellos sabían quién era Mike Wu. Lo que a Luc le costaba entender era qué había visto un famoso rapero de los noventa en una joven banda de *rock*—. Y vosotros sois los chicos... y chica —dijo mirando a Dani— del momento.

El resto de su equipo no dijo una sola palabra.

—¿Os gustan las oficinas?

Asintieron y dedicaron unos pocos minutos a romper el hielo hablando de la barra de la planta baja, del ambiente nocturno en el barrio y del tiempo en Londres mientras Luc aguardaba en silencio, suspicaz. Algo no acababa de cuadrarle.

—¡Pero qué maleducado soy! ¿Queréis beber algo? —ofreció.

—Una cerveza no estaría mal —dijo Toni. El resto de la banda asintió. Mike Wu sonrió de nuevo.

—Sois todos mayores de edad, espero —bromeó—. Gareth, ¿traerías cuatro cervezas para nuestras estrellas de internet? —pidió en inglés.

El tal Gareth asintió y abandonó la sala con paso ligero.

—Bueno, ¿qué os parece si empezamos con lo que habéis venido a oír? Nos gusta vuestro rollo. Creemos que encajáis en Greylight Records y queremos producir un pequeño EP, tres o cuatro canciones y un *single*

potente para ver cómo funciona la cosa. Formato físico, digital, Spotify, iTunes, ya sabéis cómo va. ¿Suenan bien?

No iba a decirle que no. Sonaba alucinante. Por eso le costaba tanto creer que fuese real. En su vida nadie le había dado nada gratis. No es que no creyese en su talento, ni ninguna movida de esas. Si alguien preguntaba, respondería que era el amo del universo. Pero... le costaba creer que Mike Wu opinase lo mismo.

Gareth volvió con un cubo de cervezas y las repartió entre ellos. Si alguien le hubiese dicho a Luc hacía unos meses que iba a tener una cerveza fría delante y que no le iba a apetecer darle un trago jamás lo habría creído.

—Para poder empezar a trabajar cuanto antes, lo primero sería firmar el contrato.

Como si la palabra «contrato» fuese su señal de acción, una de las mujeres presentes, vestida con un traje negro de chaqueta y falda y el pelo rubio platino peinado en una ceñida coleta, caminó hacia ellos y les tendió un documento de varios folios grapados y un boli para cada uno. Toni apretó el botón del bolígrafo con un sonoro clic y se lanzó a firmar el contrato, pero Luc se apresuró a interceptar el documento. Llevaba demasiados años oyendo a su padre decir que solo un idiota firmaba un contrato sin leerlo como para no haber aprendido la lección.

—Le echaremos un ojo antes. —Dirigió una significativa mirada a sus compañeros de mesa, que asintieron con la cabeza y permanecieron en silencio. Tardó unos segundos en comprender que contaban con él para que se encargase del asunto.

Por suerte, Luc había estado tan convencido de que este día llegaría (aunque ahora que había ocurrido le resultase surrealista) que había consultado distintas páginas web y leído modelos de contratos discográficos para asegurarse de que no le tomaban el pelo. Su padre habría estado orgulloso. Quizá por eso Luc nunca le había mencionado el tema. Si le hubiese pedido ayuda legal, Luis le habría acompañado a la Facultad de Derecho más cercana para que se matriculase. Si tuviesen un mánager, él o ella se estaría encargando de sacar todo el partido que pudiese a la situación, pero como por ahora nadie había querido representarles, Luc se resignó a contentarse con su propio sentido común.

Se aclaró la garganta como había visto hacer a su padre cientos de veces y se dispuso a leer las numerosas cláusulas del voluminoso documento. Dio gracias por no haber probado la cerveza. Necesitaba la mente lo más despejada posible. A simple vista parecía un contrato 360 grados estándar. La discográfica se encargaría de la producción de sus discos, pero también de las giras y conciertos, de los contratos de publicidad y del *merchandising*. Lo que significaba que también se quedaría con una significativa parte de los beneficios que produjesen. Tal y como estaba la cosa, la venta de discos era la parte de la industria que menos ingresos generaba.

Aparte de eso, las condiciones que les proponían parecían también bastante estándar, lo cual era un buen indicador de que no estaban intentando estafarles. Teniendo en cuenta su posición como novatos sin contactos hubiese sido fácil colar alguna cláusula abusiva, pero todo le resultó razonable. Se comprometían a grabar dos discos con ellos en los próximos tres años (en caso de que así lo desease la productora) y a permanecer en Greylight Records durante al menos cinco. Cesión de derechos de propiedad intelectual de doce años renovable. Los *royalties* también eran los habituales, incluso generosos dada su situación, un veinte por ciento en copias digitales y un diez en las físicas, y el caché de los conciertos dependería de los beneficios. Parecía justo, tampoco era como si pudiesen pedir nada mejor. Cuando llegó a la parte del adelanto por cada componente de la banda, Luc casi se atragantó con su propia lengua. ¿Tanto esperaban que vendiesen? Tras un eterno cuarto de hora que comenzó con un tenso silencio que fue gradualmente sustituido por una charla cordial que indicaba que se habían olvidado de su presencia, Luc llegó a la última página. En ella, The Pretty Tomboys figuraban como intérpretes y como creadores. No notó nada raro hasta que llegó al último párrafo, donde se leía: «Arreglos: Mike Wu». Un momento, ¿arreglos? ¿Qué arreglos? Nadie había dicho nada de arreglos.

—¿Habéis cambiado la canción?

—Oh. Sí, cierto. No os preocupéis, solo le hemos dado un toquecillo para acabar de rematarla. Arjun, ¿me harías el favor de mostrarles la canción? —dijo en inglés. El joven, que no debía de ser mucho más mayor

que ellos, tomó asiento junto a Wu y depositó el ordenador portátil sobre la mesa. «Cómo no, un Mac», se dijo Luc poniendo los ojos en blanco mentalmente—. Estoy seguro de que os encantará.

El tal Arjun tocó unas cuantas teclas y una melodía que apenas pudieron reconocer surgió de un pequeño altavoz que había conectado al ordenador. Pero ¿qué le habían hecho a su bebé? El sonido del bajo apenas podía apreciarse, sepultado por una base electrónica elaborada con un ordenador, tan artificial como las distorsiones ochenteras que poblaban la canción con sonidos agudos. También se habían tomado la libertad de añadir un teclado y un saxofón de fondo como acompañamiento de las guitarras, que pasaban totalmente desapercibidas. Una voz femenina comenzó a cantar, alterada por el metálico sonido del *autotune*, cosa que se exageraba de forma premeditada en los coros, que sonaban como voces surgidas del más allá. Luc parpadeó, incrédulo. No sabía qué estaba escuchando, pero desde luego no era su canción. Permaneció en silencio e intercambió miradas de horror con sus compañeros hasta que acabó la canción. Le consolaba no ser el único que no daba crédito.

—¿Y bien? —preguntó Mike Wu, con una seguridad en sí mismo que resultaba casi cómica; en la posición donde estaba sentado Luc, le pareció más bien insultante. El tipo estaba convencido de que lo que les acababa de mostrar era un diamante del tamaño de un puño.

—Es... pop —dijo incrédulo.

El productor les dedicó una sonrisa condescendiente, como si dijese «Oh, ya veo. No comprendes. Deja que te explique».

—En realidad es *indie pop rock* con un toque de *synth pop* —explicó como si fuese obvio. Luc cogió aire. ¿*Indie* qué? Había que ver lo que la gente era capaz de inventarse para camuflar la palabra «pop».

—Estoy confuso. Habéis dicho que os gustaba nuestro estilo. Eso —señaló el ordenador con una mueca de desprecio— no es nuestro estilo.

—Sí, por supuesto, comprendo vuestros reparos. El ego del artista, ¿eh? —Luc, ofendido, alzó una ceja, pero al productor no pareció importarle—. Creemos que se le puede sacar mucho jugo a vuestro rollo, pero el *rock* murió hace décadas. Guitarra, bajo y batería es una gran combinación para empezar en un garaje, pero ya habéis salido del garaje, chicos, hay que

llevarlo al siguiente nivel. Esto —señaló el ordenador— es lo que el mercado está pidiendo. Eso que acabáis de escuchar es el *single* con el que lo petaréis en discotecas de todo el mundo. Creedme, cuando empiecen a llegar las transferencias de los derechos de autor a vuestras cuentas, me lo agradeceréis.

Luc se preguntó cuándo y cómo un rapero que había triunfado por su fama de inconformista y rebelde se convertía en un ejecutivo preocupado por el mercado, las ventas y los márgenes de beneficios.

—Puede que sea lo que se lleva, pero... no es nuestro rollo.

—Comprendo... —Mike Wu rio divertido—. Ya sé por dónde va esto. ¿Cuánto queréis? Podemos aumentar el adelanto a quince mil libras cada uno, ¿cómo lo veis?

Toni se llevó la mano al rostro entre tosidos para contener la cerveza que intentaba escapar de sus fosas nasales por el sobresalto. El dinero no era lo que más le preocupaba a Luc del contrato, pero tenía que admitir que quince mil libras era una suma considerable para un chaval de veinte años. Miró a sus compañeros. Quince mil libras les vendrían muy bien a todos.

La pierna de Luc comenzó a agitarse bajo la mesa con vida propia. Tenía claro que el camino hacia sus sueños no iba a ser una noche de *selfcare* bebiendo té chai y bañándose en esencia de rosas. Contaba con que un buen margen de dramas y crisis existenciales marcaran su paso por la Tierra (¿sobre qué iba a escribir si no?); se había mentalizado para las consecuencias del éxito, pero no para lo que iba a perder por el camino para llegar hasta él. Siempre dio por hecho que lo lograría siendo él mismo, por y con su música.

¿Era renunciar a su alma la única forma de escalar hasta la cima, el precio a pagar?

—No hace falta que lo decidáis hoy, por supuesto. ¿Por qué no os tomáis un par de días para discutirlo? ¿Tenéis hotel en Londres? Pasadle la factura a mi compañera. Aprovechad para disfrutar un poco de la ciudad, ¿eh? Mañana por la noche organizamos una fiesta para celebrar el disco de oro de Louvre Machines, ¿por qué no os pasáis?

Luc le oía hablar y no podía evitar la sensación de que pretendía comprarles con la promesa de fiestas y cosas gratis. Ante el silencio de Luc,

los chicos se miraron entre sí sin saber qué decir, y la falta de entusiasmo ante su propuesta tensó a Mike Wu, un hombre acostumbrado a salirse con la suya.

—Mirad, chavales, dejadme que sea brutalmente sincero. No vais a recibir ninguna oferta tan buena como esta. Puede que hoy hayáis tenido unos cuantos millones de visitas, pero sin una productora detrás, os habrán olvidado en dos días. Cualquier entrevista cutre de Katy Perry os dobla en visitas, por no hablar de los vídeos de gatos. Pero nosotros sabemos exactamente cómo sacarle partido a lo que tenéis. Solo necesitáis ropa cara y un experto en redes sociales para lanzaros al estrellato. Sois guapos, modernos, sabéis moveros en el escenario... Vais a volver locas y locos a todos los adolescentes, porque dejad que os diga que tener una chica en el grupo es una gran baza a vuestro favor —dijo señalando a Dani como si se tratase de un nuevo espécimen de alguna extraña especie de insecto descubierto en el Amazonas. Dani se sonrojó al darse cuenta de que todos la estaban mirando—. Las niñas se sentirán identificadas con ella y os dará el toque inclusivo que tanto se lleva. —Luc se removió incómodo en su asiento, ¿por qué se empeñaba en hablar de Dani como si no estuviese?—. Aunque... —La miró detenidamente—. Dime, cariño, ¿qué te parecería un corte de pelo y un tinte rubio? Sí... —dijo, imaginando el resultado—. Un cambio de *look* y algo de maquillaje, que se note que eres una chica. Con esa enorme camiseta vieja se pensarán que eres otro chico mono —rio.

Luc alzó las cejas incrédulo, preguntándose quién demonios se creía un hombre de más de cuarenta que vestía como un adolescente para juzgar la apariencia de los demás de esa manera. Miró hacia Dani y vio como su amiga agachaba la cabeza para esconderse tras su larga y lisa melena, muerta de vergüenza y sin saber qué decir. Dani era capaz de defenderse cuando era alguno de ellos quien se comportaba como un idiota, pero ¿qué se supone que tenía que hacer uno cuando un poderoso, rico e influyente productor musical se pasaba de la raya? Cualquiera se quedaría sin palabras, cualquiera capaz de pensárselo dos veces. Por suerte, Luc no tenía el hábito de razonar sus palabras ni de medir sus consecuencias antes de soltarlas.

—No hay nada que pensar. No vamos a firmar —dijo lanzando el

contrato sobre la mesa—. Esto es lo que hay —dijo señalándose a sí mismo y después a sus compañeros—. O lo tomas o lo dejas, pero no vamos a dejar de ser como somos para «encajar» en ese mercado tuyo.

Se puso en pie y, en el momento en que vio desde lo alto la expresión anonadada de Wu y el asombro de sus compañeros, dudó. ¿Estaba fallándoles? Dani se puso también en pie, decidida, y miró a los ojos a Wu en actitud desafiante. Toni y Fran la imitaron y la sorpresa de Wu se transformó en una sonrisa incrédula.

—Admiro tu decisión, pero... no voy a gastarme una millonada en producir una balada de *rock*. Todo eso de ser fiel a tus principios y a ti mismo es precioso, pero así no vas a llegar a ningún lado, chico.

Luc se encogió de hombros.

—Puede que tengas razón. —Le tendió la mano a Mike Wu, quien se la estrechó sin poderse creer el rechazo que acaba de sufrir—. Siento haberle hecho perder su preciado tiempo, señor Wu. Que disfrute mientras pueda de sus discos de oro y de sus *hits* de discoteca.

Emprendió el camino hacia la salida, seguido de The Pretty Tomboys, deteniéndose justo antes de rozar el pomo de la puerta con la mano. Se giró de nuevo hacia el célebre productor y añadió, antes de marcharse:

—Ah, y esa mierda... —señaló de nuevo el ordenadores pop.



El restaurante-cafetería en el que había quedado con su madre no tenía nada de especial salvo que era su favorito. No I el de Leticia, ni el de su madre, sino el de *ellas*. De las dos. La decoración estaba algo pasada de moda, la comida era normalita, el trato al cliente era correcto, pero muy justo. Lo que lo hacía especial era que se había convertido en su pequeño refugio, el único sitio al que iban las dos juntas, a solas, desde que nació Luc. Se sentaban allí a devorar un plato de patatas fritas y, si se venían arriba con la merienda-cena, un cuenco de aritos de cebolla con un copioso batido (lo cual sonaba como una combinación repugnante, pero que funcionaba bastante bien y había acabado por saber a tradición familiar en su paladar) cada vez que tenían algo que celebrar: las buenas noticias, el fin de las clases, que a Leticia se le cayese otro de sus dientes de leche... A medida que Leticia se hacía mayor, también empezaron a ir cuando las cosas salían mal. Cuando Mercedes tenía un día torcido en el trabajo, cuando Leticia sacaba *solo* un notable o cuando se

enamoraba de una chica que no le hacía ni caso y se sentía triste; aunque en esos casos no solía atreverse a confesar cuál era la auténtica razón de su pesar. A veces iban simplemente porque necesitaban descansar de sus roles de madre y esposa y de hermana e hija.

Leticia miraba hacia la puerta del restaurante, sentada en uno de esos asientos rojos de estilo *dinner*, cada cinco segundos. Aún no sabía muy bien cómo se lo iba a decir, pero después de que aquel camello del Mercado del Trasgo le recordase la verdadera naturaleza de lo que ocultaba esa caja, no podía seguir evadiendo la pregunta cuando tenía la fuente de todas las respuestas que necesitaba como contacto de emergencia en su teléfono móvil. Tendría que asumir las consecuencias de sus actos a cambio de la verdad. Tampoco podía quejarse demasiado y ponerse en plan victimista. Se lo había buscado ella sólita. Ese era el tipo de malas decisiones que le recordaban que Luc y ella compartían más genes de los que le gustaría admitir.

Por fin Mercedes apareció por la puerta, tan elegante como siempre, con su peinado de peluquería, sus pendientes caros, su collar de perlas. Mercedes era toda una señora, de esas que se escriben con mayúsculas. Una Señora con clase de las que parecen sacadas de otro siglo; pero a la vez se las apañaba para mantener un juvenil aire de «mujer moderna de armas tomar» con algún que otro toque excéntrico en el estampado de sus pañuelos o en un broche llamativo a modo de recordatorio de que trabajaba en la industria creativa.

—Hola, cielo —dijo mientras avanzaba hacia ella por el pasillo, cargada con un voluminoso bolso, donde llevaba desde su portátil hasta un par de manoleínas por si necesitaba prescindir de los discretos tacones, y con una aparatosa carpeta que dejó en el asiento junto a ella—. Vaya día llevo. Uf. Ni te imaginas. No sabes lo que me alegra que me hayas llamado, necesitaba esto desesperadamente. Justo esta mañana había pensado en llamarte yo. ¿Te encuentras bien? —preguntó cuando por fin colocó todos los trastos y pudo mirar a su hija a los ojos.

Leticia asintió y se esforzó por sonreír. Aunque no era como si uno pudiese engañar a su madre con una sonrisa falsa. Aun así, Mercedes fingió creerla, por el momento.

—De acuerdo... ¿has pedido ya?

Leticia asintió y su madre la miró fijamente. Leticia siempre había sido la menos habladora de la familia, pero estaba siendo escueta hasta para su estándar.

—En realidad... —dijo, sintiendo la pregunta en la mirada de Mercedes—. Te he llamado porque quería hablar contigo de... un tema en concreto.

—¿Es por esa chica con la que estás saliendo? —preguntó su madre con una media sonrisa divertida.

Leticia sintió como sus mejillas y sus orejas se tintaban con un intenso y humillante rosa rojizo.

—¿Qué? ¡No! Quiero decir... no hay nadie —mintió descaradamente una vez más, como si una pudiese mentir a su madre tan fácilmente.

—Qué curioso, porque Luc me dijo que iba a ayudarte a elegir ropa para una cita.

«Traidor». La próxima vez que le viese, cuando volviese de ese estúpido viaje a Escocia, iba a encontrar el modo de vengarse.

—Es que... no estamos saliendo, no exactamente. Pero no —negó con la cabeza y con las manos a la vez—, no tiene nada que ver con eso.

—De acuerdo, no tienes por qué contarme nada que no quieras, cielo. Cuando estés preparada.

Leticia iba a insistir en que no se trataba de estar preparada o no, sino de que realmente no estaban saliendo, no de esa forma. Al menos, como ella lo entendía, Rosita se lo había dejado claro. No era de las que se ataban a una sola persona. Leticia aún estaba digiriendo cómo eso podía afectar a su no-relación, o a lo que quiera que tuviesen. No había tenido mucho tiempo para pensaren sus asuntos personales entre unas cosas y otras. Por suerte, el camarero llegó en el momento justo para desviar la atención de la conversación.

—Vaya, también has pedido batatas —comentó su madre impresionada—. ¿No me digas que celebramos algo?

Leticia cogió aire. Desde luego su madre no tenía ni la más remota idea de por dónde iba la cosa. Supuso que era buena señal. Significaba que no se había molestado en comprobar que la caja seguía allí durante todo ese tiempo, lo que, a su vez, indicaba que no era tan importante para ella,

¿verdad? O quizá la evitaba porque sí lo era y resultaba doloroso por algún extraño motivo. Oh, mierda. No había ninguna forma fácil de explicar lo que había hecho, ¿verdad?

—Tampoco es eso...

—Pues tú dirás, cariño.

Leticia cogió aire. Ya no había marcha atrás.

—Primero, hay algo que me gustaría confesarte. Para que entiendas por qué necesito que seas muy sincera cuando te haga unas cuantas preguntas, y porque, bueno... supongo que porque demuestra que todos tenemos secretos.

—Cielo, me estás empezando a preocupar —dijo Mercedes, que extendió las manos en la mesa hacia ella solo por si Leticia quería buscar apoyo en ellas, pero el sentimiento de culpa se lo impedía.

—No trabajo para un bufete de abogados —dijo tan rápido que casi se le trabó la voz, suponiendo que si arrancaba la tirita de un tirón dolería menos—. Lo dejé la primera semana porque no lo podía soportar. Soy agente en la Guardia.

Mercedes no parecía ni disgustada ni sorprendida.

—Le dije a tu padre mil veces que no te presionara, que en ese aspecto no eres como él y que no estás hecha ni para las oficinas ni para los juzgados —suspiró resignada—. Pero ya sabes lo cabezota que puede llegar a ser tu padre... en eso sí que os parecéis.

Leticia parpadeó un par de veces, confusa. Vaya, eso sí que no se lo esperaba.

—No... ¿no estás enfadada?

Su comprensión absoluta solo logró que se sintiese más culpable por abusar de su confianza.

—Puedo entender por qué mentiste, pero algún día tendrás que contarle la verdad a tu padre, y espero que estés preparada para asumir las consecuencias de tus mentiras. Pero no, cielo, no estoy enfadada. Aunque me inquieta un poco no saber por qué has decidido confesármelo precisamente ahora —dijo suspicaz.

—Quiero que sepas que... lo siento mucho. —Era la hora, reunió todo su valor y sacó la caja del interior de su bolso con cuidado. Apartó el bol de

batatas para hacerle un hueco entre el batido de arándanos y los aritos, lo cual resultaba un tanto indigno. Su madre se incorporó alerta al ver la caja y sus labios quedaron entreabiertos por el asombro.

—¿De dónde has sacado eso?

—Lo siento. Sé que no tengo excusa. Que no tendría que haber estado husmeando, que no tendría que haberla cogido sin permiso... Sabía que me ocultabas algo, nunca pensé que fuera... esto —dijo señalando la caja.

—Oh... Leticia. —Su madre se llevó las manos a las sienes, exasperada, como si quisiese decir «Justo lo que me faltaba después de un día de mierda».

—Como hija me gustaría que me contases la historia de esta caja, pero como agente de la Guardia necesito respuestas precisas. ¿Por qué guardas los recuerdos de una bruja? ¿Dónde lo conseguiste? ¿Qué hay en ellos tan importante? —Para su asombro, Mercedes se echó a reír. Era una risa amarga.

—No lo sé. —Se encogió de hombros—. No tengo ni idea de qué hay en esos frascos. He sentido la tentación de comprobarlo miles de veces, pero al final nunca soy capaz de hacerlo. Quiero decir, si en su momento decidí deshacerme de esos recuerdos, seguramente sería por un buen motivo, ¿no?

Leticia intentó dar sentido a las palabras de su madre, y para eso tuvo que sacar sus propias conclusiones. Era evidente, alguien había engañado a Mercedes, aprovechándose de su ignorancia, y le había cargado con esos recuerdos en lugar de con los suyos. Un cambiazo.

—¿Quién se encargó? Escucha, no lo entiendes, estos no son tus recuerdos, son los de una bruja.

El rostro de Mercedes se llenó de ternura al mirar a su hija con una sonrisa melancólica.

—Cariño, para ser una agente no estás siendo muy perspicaz. No se encargó nadie. La bruja soy yo.

Leticia mantuvo la vista clavada en su madre, sin parpadear una sola vez durante lo que le pareció una eternidad.

—¿Que *qué*? —repitió, convencida de que había entendido mal y de que, cuando su madre volviese a repetir la frase, las palabras «la bruja soy

yo» se desvanecerían y en su lugar aparecería cualquier otra cosa con mucho más sentido.

—Soy una bruja. —Se encogió de hombros. Alto y claro. Lo bastante para que no cupiese duda.

—No. Claro que no —dijo Leticia, negando con la cabeza—. Si tú fueses una bruja, entonces yo... —Enmudeció al ver como su madre hacía una mueca con sus labios que venía a significar «Bueeeno... lo cierto es que...»—. No, no puede ser. Pasé las pruebas de la Guardia —dijo mientras el corazón le tamborileaba en el pecho—. No tengo sangre mágica...

De hecho, había acudido a las pruebas muy tranquila. Los análisis, en teoría, podían detectar restos de magia ascendentes hasta la tercera generación. Ni hijos, ni nietos, ni bisnietos de brujas o nigromantes eran admitidos en la Guardia. A veces había aspirantes que se llevaban una sorpresa al descubrir un secreto familiar o que necesitaban una prueba de ADN urgente, pero no era su caso; los hijos de revelados nunca fueron considerados una amenaza por la Guardia.

—No me sorprende, nunca tuviste demasiado poder, así que supongo que el desuso habrá diluido casi toda tu magia. Cuando eras niña intenté enseñarte algo de control emocional, pero nada, no podías ni provocar una sonrisilla.

—¿Control emocional?

—El don de la familia. El clan Zambrano siempre se ha caracterizado por el poder de adormecer o acentuar las emociones ajenas —dijo posando su mano sobre su pecho izquierdo, justo sobre el corazón.

Cerró los ojos y, cinco segundos después, un camarero que tomaba nota en la mesa de al lado se echó a reír como si acabase de recordar el mejor chiste que había oído en su vida para ponerse a gimotear un segundo después. Leticia tardó en comprender que lo que estaba ocurriendo era fruto del don de su madre.

—¡Pero qué haces!

El camarero recuperó la compostura y se disculpó azorado, sin comprender qué había ocurrido. Tendría que dejarle una muy buena propina para compensar eso.

—¿Es que te has vuelto loca? —protestó.

—Tranquila, nadie nos presta atención. Pero tienes razón, debería ser más discreta. Me he dejado llevar por la emoción. Llevo tantos años queriendo hablarte de esto... Pero tu padre... Oh, él no tiene ni idea, y no debe saberlo nunca.

—¿Qué ha sido de lo de asumir las consecuencias de las mentiras?

—Oh, esta es de las que no se confiesan ni en el lecho de muerte, cariño.

Leticia tuvo que agarrarse a la mesa para no desmayarse en el intento por procesar la información. Ella era bruja, su madre era bruja y todas sus antepasadas eran, por supuesto, brujas. Si la Guardia se enteraba tardarían tres segundos en ponerla de patitas en la calle, puede que hasta la encerrasen por espionaje. Recordó las palabras de Helena Lozano aquel día en la celda, cuando le había echado en cara que trabajase para la Guardia «con sus dones», ¿acaso había detectado una magia de la que ni siquiera ella era consciente?

—¿Qué más puedes hacer? —preguntó, esforzándose por apelar a su lado racional. De acuerdo. Toda su vida era una gran mentira, lo cual en algún momento, y con total seguridad, requeriría la intervención de un terapeuta, pero por ahora se conformaba con poner cada cosa en su sitio.

—Un poquito de todo. Pócimas sencillas, echar las cartas, levitar, hechizos protectores...

«Hechizos protectores». Leticia se llevó la mano a la cruz que colgaba de su cuello y la acarició con las yemas de los dedos.

—Buen instinto —asintió su madre—. Aproveché tu bautizo para añadir un pequeño conjuro. Pensé que cuanto más protección tuvieses, mejor.

¿Pequeño conjuro? Leticia no tenía ni idea de qué clase de combinación de fuerzas de la naturaleza se había producido al bendecir y conjurar a la vez el mismo objeto, pero su diminuta y sencilla cruz había ocultado su débil naturaleza mágica ante la Guardia y la había protegido de ser abrasada viva por un poderoso hechizo. Cuánto le debía a un viejo amuleto al que nunca le había prestado demasiada atención.

—¿Crees... crees en Dios? —preguntó Leticia. Había visto a su madre ir a misa todos los domingos de su vida.

—Claro —dijo como si fuese lo más normal del mundo, una bruja en la

iglesia comulgando. Sí. Obvio. Lo típico—. Sé que en la ciudad es lo habitual, pero no todas las brujas somos unas paganas, cielo. Y ahora, por favor, devuélveme eso —dijo señalando la caja—. Nada de esto cambia que hicieses algo horrible llevándotela. —Negó con la cabeza, decepcionada.

—¿Hay algo más que tengas que contarme? —dijo Leticia, resistiéndose a devolverle sus recuerdos tan fácilmente. Al menos podía utilizarlos para obtener información. Por Dios... estaba hablando de su propia madre, qué desastre—. No sé, una abuela sirena, una tía centauro, el fantasma de alguna antepasada merodeando por la casa, quizá.

Mercedes suspiró.

—No. Eso es todo. Y, oh, bueno... tu hermano lo sabe.

—¡Se lo has contado a Lucas y a mí no! —exclamó indignada, recordando el secreto por el que todo aquello había comenzado.

—No fue exactamente una decisión... no tenía pensado contároslo nunca a ninguno de los tres. Pero supongo que con que tu padre no lo sepa es suficiente.

Leticia gruñó fruto de la frustración. Estupendo. Iba a pasar de robar a su madre a ocultarle a su padre otro secreto más y a mentirle durante el resto de su vida. Estaba hecha una gran hija, de eso no cabía duda. Aunque estaba de acuerdo con su madre. Luis Fonseca nunca, jamás, bajo ningún concepto, podía saber que se había casado con una bruja y engendrado otra, por mucho que no tuviese poderes. «Seguro que su odio por lo paranormal los ha anulado a nivel celular», pensó.

Se sintió abrumada al imaginar lo distinta que podía haber sido su vida si sus dones mágicos se hubiesen manifestado. En lugar de en la Guardia, quizá estuviese aprendiendo conjuros, e iría a los aquelarres no como intrusa, sino como una invitada. Puede que incluso hubiese sido amiga inseparable de todas esas brujas a las que ahora se encargaba de controlar. Habría luchado en la Batalla de los Traidores. Puede que hubiese conocido a Rosita hacía años, como iguales. Toda una vida perdida que jamás experimentaría, una Leticia que nunca existiría. ¿Habría sido esa Leticia más feliz de lo que era ella? ¿Y su madre? ¿Era más feliz desde que había renunciado a un pedazo de su vida? Ni siquiera podía comparar, aunque lo cierto era que su madre siempre había sido una de esas personas radiantes a

pesar del profundo gris que arrojaba su padre por doquier (claro que saber que podía controlar la intensidad de las emociones humanas explicaba por qué su matrimonio había durado tantos años). ¿Habría tenido el mismo carácter luminoso si hubiese conservado esos recuerdos?

Cogió la caja y sintió su peso entre las manos; para ser una simple unión de láminas de madera, sentía que podría haberla arrastrado hasta el fondo de cualquier lago. Se la tendió a su madre, que la recuperó con ganas y se dispuso a guardarla en su bolso, sin embargo, un pensamiento la detuvo en seco. Alzó la vista hacia su hija y, tras un momento de duda, le tendió de vuelta la caja.

—¿Sabes qué? ¿Por qué seguir tentando a la suerte? Puede que algún día mi fuerza de voluntad flaquee e intente recuperar esos recuerdos. Basta con beberlos, ¿sabes? Es demasiado fácil... y no querría hacerlo. —Leticia sostuvo su mirada, intentando adivinar qué esperaba de ella, pero su madre se lo puso fácil—. ¿Cuidarías tú de ellos por mí?

Leticia sintió una onda expansiva de candor en su pecho. A pesar de todos los secretos y mentiras, a pesar de haber violado su intimidad, su madre aún confiaba en ella. Puede que Luc hubiese sabido su secreto el primero, pero ella sería la encargada de velar por su posesión más preciada.

Leticia asintió y devolvió la caja al lugar que había ocupado en su bolso.

—Y ahora, ¿por qué no me cuentas lo de esa chica con la que no estás saliendo? Si quieres, claro —dijo su madre antes de dar un sorbo a su batido y dando por zanjado el tema.

Leticia sonrió. «Gracias», pensó, sin saber cómo decirlo en voz alta. Era una palabra demasiado sencilla para todo lo que quería decir con ella. «Gracias por ser mi madre».



Bajarse del gélido avión después de casi dos semanas disfrutando del húmedo y fresco verano escocés para recibir en la cara el olor de la calima sahariana que asolaba Madrid, con temperaturas que rebasaban a menudo los cuarenta grados, era lo más parecido a una paliza que le habían dado nunca. A pesar de las agitadas experiencias de los últimos días, supo que iba a añorar las montañas y valles de las Highlands.

—Aghhhhh —exclamó Ame, protegiéndose del sol bajo el paraguas que llevaba en el bolso pensando en la lluvia escocesa—. ¡Qué calor!

El viaje en transporte público hasta su céntrico barrio tampoco había sido demasiado agradable. El ayuntamiento tendría que emprender algún tipo de campaña para prohibir que los muslos te sudasen sobre los asientos del autobús y que se quedasen pegados al plástico y probablemente a los restos de sudor de unos cuantos desconocidos.

Arrastraron sus maletas bajo el sol abrasador de la tarde hasta el portal de su casa en la Corredera Alta de San Pablo. Por aquel entonces,

cualquiera que pasease por allí podría distinguir el piso donde vivían las tres amigas por la ristra de amuletos que colgaban de su balcón. Una bruja nunca podía dejar su hogar desprotegido ante fantasmas, espectros, malos espíritus, sombras o puede que incluso ante otras brujas.

Subieron sus maletas hasta el primer piso, introdujeron la llave y, antes de que pudiesen girarla, la puerta se abrió y Rosita apreció al otro lado con una expresión que recordaba a un progenitor preocupado que pasa la noche en vela porque su cachorro llega de madrugada sin avisar, algo así como indignada, preocupada y aliviada a la vez.

Tras unos segundos de tenso silencio, Rosita dijo:

—Empezaba a pensar que se os había tragado el monstruo del lago Ness.

—Ojalá —dijo Sabele. Ame asintió con la cabeza.

Rosita extendió los brazos y las tres amigas se sumieron en un abrazo colectivo.

—Como volváis a no incluirme en una de las ridículas misiones de las hermanas Sanderson —dijo aludiendo al nombre de su grupo de WhatsApp—, os prometo que me vengaré.

—No podríamos —dijo Sabele en tono juguetón—. Eres Winifred, necesitamos tu liderazgo.

—¿Winifred? —Rosita meditó la sugerencia y pareció no disgustarle demasiado, porque acabó por asentir con la cabeza—. Solo si tú admites que eres un poco Sarah... Jessica Parker.

—Hecho. Creo que eso significa que ya tenemos un disfraz colectivo para este Halloween. —Miraron a Ame, que siempre era la encargada de sus disfraces para las fiestas corrientes.

A la mayoría de las brujas de cierta edad les habría parecido obsceno por todos los estereotipos que conllevaba, pero ellas siempre procuraban disfrazarse de brujas de la cultura pop en Halloween cuando se mezclaban con corrientes. Les parecía irónico y divertido que ninguno de ellos sospechase que eran brujas de verdad. El último año se habían vestido con guantes y pelucas como las brujas de Roald Dahl, pero casi nadie había pillado la referencia. Este año tenían que probar con algo un poco más impactante.

—¡Eh, sí! Puedes pedirle a Luc que se disfrace de Billy Butcherson, y Bartolomé será Binx... Espera, ¿eso significa que yo tendría que ser Mary? ¡No quiero ser Mary! A nadie le importa Mary.

—El año pasado fuiste Anjelica Huston, no te quejes —protestó Rosita—. Y paso de incluir a ningún corriente, ni a ningún tío, la verdad, en nuestro disfraz. No. Esto es cosa de brujas.

Las tres amigas entraron en el apartamento mientras discutían los pormenores de su próximo disfraz como si los últimos días no hubiesen sido un desastre. Por fin se dejaron caer en el salón.

—Ahora en serio, chicas —dijo Rosita, palabras que en ella solo podían anunciar un mal augurio—. Han pasado muchas cosas... estoy preocupada. —De nuevo, que Rosita se alejase de su estoica posición de cínica empedernida logró que Sabele y Ame se mirasen la una a la otra con recelo. «Preocupada» no era un estado que soliese encontrarse entre el rango de emociones de Rosita.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Sabele— ¿Qué *no* ha pasado? Veamos, Helena Lozano escapó de prisión gracias a sus primas, después las asesinaron a todas y la Guardia no tiene ni idea de quién lo hizo, tu tía es la nueva Dama y tu exnovio se ha negado a firmar el Tratado de Paz. Y no sé cuál de todas esas cosas me da más miedo, pero se me está empezando a caer más pelo de lo normal —dijo, alzando en el aire uno de sus rizados cabellos.

El cerebro de Sabele estuvo a punto de estallar, incapaz de procesar todo lo que acababa de oír.

—¿Que mi tía es la nueva qué? —No comprendía qué motivos ocultos podía tener Cal para no firmar la paz, que hubiesen asesinado a las Lozano le resultaba abrumador, pero que su tía hubiese sido escogida por la magia le parecía simplemente imposible.

—Como lo oyes. Y no ha huido ni nada, se ha sentado y se ha puesto a hacer su trabajo. En serio, si algún día me pasa algo así, me vuelvo loca. Y sí. Bueno. Eso es todo. ¿Qué hay de vosotras?

—También... también han sido unos días de locura —dijo Sabele, cabizbaja.

Oyó un sollozo junto a ella y se percató de que Ame estaba llorando. A

pesar de las circunstancias y de que Ame era la típica persona que lloraba con todos los anuncios en los que había perritos que se hacían amigos de caballos, no la había visto llorar ni una sola vez desde que reapareció en un charco de lágrimas que bañaron tanto el reino de Sidhe como su realidad.

—Oh, por el amor de Morgana, dime que esto no es por un chico —dijo Rosita, y Sabele le hizo un gesto negando con la cabeza para que no siguiese por ahí, pero Rosita no le hizo demasiado caso—. Si tengo que pegarle a alguien, lo haré, ya lo sabes.

—No servirá de nada... porque solo yo puedo salvarle. —Rosita la miró sin comprender, y cuando Ame consiguió secarse las lágrimas y coger aire, le contó toda la historia.

Que Sabele y Luc se habían casado por accidente (lo que, por supuesto, provocó una ristra de burlas y risas), que la mujer en el cuadro les había dicho quién podía romper el hechizo a cambio de que la ayudasen a ella, su viaje hasta las Highlands, la búsqueda del reino de Sidhe, su extraña estancia en aquel mundo en el que el tiempo parecía no existir y donde la magia de las brujas no surtía efecto, el precio que tuvieron que pagar por rescatar a William... le contó todo, salvo los secretos que habían tenido que confesar.

—Vaya, Ame... lo siento. ¿Qué puedo hacer?

—Nada. —Ame negó con la cabeza—. Las hadas fueron claras, solo yo puedo salvarle.

Rosita colocó un mechón de la corta melena negra de Ame detrás de su oreja.

—Entonces ese chico no tiene nada de qué preocuparse. No he visto a nadie más perseverante que tú.

Ame estuvo a punto de echarse a llorar de nuevo, pero se contuvo y dijo:

—Hay... hay algo más. Algo que lo complica todo. —El gesto de Rosita reveló preocupación. ¿Qué más podía haber? Cuando Ame le terminó de relatar los motivos por los que se iba a casar con un completo desconocido en un matrimonio de conveniencia (¿conveniencia para quién?), Rosita se puso en pie y negó con la cabeza.

—¿Qué? ¡No puedes casarte con alguien que no conoces! Tienes

veintiún años, estamos en el siglo XXI y en un Estado de derecho. ¡No pueden obligarte!

—No me obligan. —Ame se encogió de hombros.

—Ya... tampoco es como si te diesen otra opción. ¡Esto no está bien! —Miro a Sabele en busca de apoyo. Pensaba exactamente lo mismo que ella, pero no creía que gritar a Ame fuese a servir de nada, salvo para hacerla sentir aún peor—. Es ridículo. ¡Te están coaccionando!

—Puede que mis circunstancias me limiten —dijo Ame, con una pose regia que le dio el aire de una dama de otro tiempo más solemne que el nuestro—, pero no soy menos libre por ello. He asumido las consecuencias de mi decisión porque las prefiero a las consecuencias de defraudar a mi familia. No siempre nos gustan las opciones que tenemos en la vida, pero aun así podemos decidir. Te agradecería que no me juzgases por mi decisión —dijo dando por finalizada la discusión. Rosita nunca se atrevería a cuestionar el concepto de libre albedrío, y tampoco iba a darle la razón ni a pedir disculpas en voz alta porque no era su estilo. En lugar de eso, hizo lo que mejor se le daba: desviar la atención.

—Hablando de bodas... no estamos dedicándole a Sabele la atención que se merece. —Sabele frunció el labio. Por qué poco. Supuso que era una ingenua por creer que iba a librarse—. Yo hubiese preferido pasar mi luna de miel en Cancón o algún sitio así, pero oye, los cinco minutos en que no llueve, Escocia no está tan mal. ¿Qué tal vuestra *suite* nupcial? Espero que las hadas os diesen una con hidromasaje.

—Estamos felizmente divorciados, gracias por tu interés. —Tal y como esperaba, eso solo aumentó la intensidad de las burlas de Rosita, pero al menos consiguieron sacarle una sonrisa a Ame entre las dos.

—Bueno, mira el lado positivo —dijo Rosita después de una larga ristra de burlas—. Es imposible que vayas a peor con tu próximo matrimonio. —La antipatía que su amiga sentía por Luc no era ningún secreto. A Sabele se le hizo un nudo en la garganta.

—Ya... bueno. Verás, es gracioso, pero... creo que estamos saliendo... o algo así.

Las cejas de Rosita se alzaron hasta casi alcanzar su frente.

—¿Saliendo o algo así?! —Se incorporó hasta quedar subida en el sofá

en cuclillas, mirando a Ame y a Sabele para confirmar que iba en serio y que no le estaba tomando el pelo a modo de venganza—. ¿Cómo se sale o *algo así* con ese patán? A ver, la cancioncita no estaba mal, yo le hubiese dado una oportunidad para un *affaire* después de eso, incluso aunque no sea para nada mi tipo; pero, tía... no —dijo, remarcando la negativa con todos los gestos posibles. Sabele se encogió de hombros con un gesto inocente, como si la cosa no fuese con ella. Había ocurrido y no lo había podido evitar, sin más, como un accidente o una tormenta en verano—. Una se casa con un desconocido y tú te echas por novio al chaval más tonto de todo Madrid. No os puedo dejar ni dos días solas. —Se giró hacia ella en el sofá para mirarla fijamente y sintió que sus mejillas se tornaban rojas. Era una de esas veces en que no estaba segura de hasta qué punto su amiga bromeaba—. Eres consciente de que no le vas a poder cambiar, ¿verdad? Nunca cambian.

Sabele se mordió el labio.

—Lo sé... Sé que tiene muchos defectos, que es un pasota, un bocazas, inmaduro... Sé que no suena como el novio perfecto, pero... también tiene cosas buenas.

Rosita se llevó la mano a la frente, exasperada, pero Sabele no se rindió. No tenía por qué justificar su elección, pero quería que su amiga la comprendiese.

—El... nunca me ha tratado como una muñequita de cristal a punto de romperse como hacen los demás. Tampoco me venera como si fuese una diosa perfecta solo porque salgo bien en todas las fotos para luego horrorizarse cuando llevo las gafas sucias y el pelo enredado —suspiró. Puede que sonase absurdo, desde niñas les habían repetido mil veces en los cuentos e historias que tenían que esperar al príncipe que las llevase en volandas a su castillo, pero ella no era una princesa, era una bruja—. Él... es mucho más valiente de lo que puedas imaginar, no duda en ayudar a los suyos. Y aunque se haga el duro, es sincero, tierno a su manera y... No sé, en realidad me gusta que tenga su propia visión del mundo y que no le importe lo que puedan pensar los demás. Me gusta que no tenga miedo a decir no, porque eso significa que cuando dice *sí*, lo hace de verdad, o de alzar la voz para expresar lo que piensa. —Se percató de que estaba

sonriendo y de que se había abrazado a un cojín en algún momento de su discurso—. Sé que somos muy distintos y que hay cosas en las que nunca estaremos de acuerdo, pero... creo que nos parecemos en lo importante. Creo que, más o menos, nos entendemos.

—Vaya... —dijo Rosita, volviendo a sentarse como una persona normal en el sofá—. Es verdad que te estás enamorando de él —dijo como si fuese un gran dato que procesar—. No va a salir bien —sentenció—. Lo siento, sé que no quieres oírlo, pero yo lo tengo que decir. Solo es mi opinión.

Sabele notó un nudo en el estómago al sentir que Rosita acababa de verter, sin darse cuenta, una profecía sobre ellos.

—¿Por qué no? —protestó Ame, siempre dispuesta a defender el poder del amor—. Cuando se vayan a vivir a Londres... —Ame enmudeció ante la expresión de absoluta incomprensión de Rosita y miró a Sabele con el temor de haber hablado de más.

—Está bien —dijo—. Somos amigas, no tenemos por qué tener secretos. Siempre y cuando no se lo cuentes a Valeria. —Miró a su amiga y Rosita frunció el ceño, confusa.

—¿Estás de coña? Claro que no se lo voy a contar. Empieza a largar.

—Es posible que... bueno, no es nada seguro, pero Mithali Apte me ha hecho una propuesta de trabajo, de estudios, no sé. La idea es que podría pasar dos cursos estudiando en Croydon School y a Luc le han hecho una oferta discográfica allí y... —Se encogió de hombros de nuevo. Últimamente le estaban ocurriendo demasiadas cosas que escapaban a su control, y a pesar de que en apariencia fuesen buenas, aún había muchas decisiones que tomar al respecto—. No sé. Es posible que acepte, o puede que no. No hay nada decidido aún —se apresuró a decir.

Rosita se dejó caer sobre el sofá sin energías, como si acabasen de golpearla con una bola de demolición en el pecho.

—Hay una cosilla que puede que no os haya contado. Puede que hayáis notado que... os he evitado un poco durante el festival. —Sus dos amigas adoptaron una expresión que decía «¡NO! ¿Tú crees?»—. Es porque había una cosa que quería contaros, pero no sabía cómo y... cuando vi allí a Valeria pensé, ¿igual no tengo por qué decirlo aún? Pero creo que no puedo seguir haciéndome la loca. —Rosita se cruzó de brazos, protegiéndose a sí

misma del impacto de las palabras que estaba a punto de arrojar sobre ellas —. Voy a volver a República Dominicana, y no precisamente de vacaciones.

—¿Ha ocurrido algo? —Sabele se acercó a su amiga. Sabía que su abuela era una mujer bastante mayor, y aunque las brujas, gracias a sus hechizos y al poder de su magia, tendían a vivir más y a conservar su juventud durante muchos años, ninguna de ellas era infalible ante el paso del tiempo o las enfermedades del cuerpo y la mente.

Rosita negó con la cabeza.

—Me encanta la ciudad, de verdad, ha sido muy divertido vivir en el centro todos estos años y, sobre todo, vivir con vosotras —sonrió con tristeza—. Pero este verano lo he comprendido. Mi problema no es ser incapaz de encontrar mi vocación en la vida, ya sabéis: empezar una cosa ilusionada, dejarla a medias y vuelta a empezar. Creo que lo que me pasa es que la he estado buscando en el lugar equivocado. No tengo claro que este sea mi sitio. —Con cada sílaba que pronunciaba, una honda melancolía cargaba más y más el corazón de Sabele hasta que empezó a sentir como el órgano se hundía en su cuerpo, a pesar de que fuese físicamente imposible —. Madrid me está quitando más de lo que me da, y, además, nos renuevan el contrato en un par de meses y yo no me puedo permitir pagar el nuevo alquiler —resopla—. No me lo puedo permitir ni de coña. ¿Sabéis qué he estado haciendo esta tarde? Repartir currículums en bares y tiendas. Me han dicho en una cafetería de ahí abajo que a lo mejor les queda una vacante para un puesto a media jornada a la vuelta del verano. ¿Cómo voy a pagar seiscientos euros de alquiler con un sueldo de media jornada y además pagar impuestos, la luz, el gas, el agua? ¿Se creen que no necesitamos comer? Es... es como si este sistema odiase a la gente joven. —Ame se dispuso a hablar y Rosita la cortó de nuevo antes de que pudiese empezar —. Ni se os ocurra ofrecerme a pagar mi parte del alquiler —negó con la cabeza—. Eso no soluciona nada. Tengo veintidós años, casi veintitrés. Va siendo hora de que ponga mi vida en orden —cogió aire—, así que me quedaré estos meses para arreglar mis asuntos, recuperar el dinero que avancé para ese dichoso curso y después... me marchó. Y eso sí que está decidido.

El silencio cayó sobre ellas como si una guadaña invisible les hubiese arrancado un pedazo de vida a todas, la vida en común que habían vivido durante años, su amistad irrompible, su equilibrada trinidad. Todas sabían lo que ocurría después.

—Así que... —dijo Ame, siendo la más valiente—. Este es el final. Tú te vas a Santo Domingo, Sabele a Londres y yo... vuelvo a Japón. Se acabó.

Sabele volvió a abrazarse al cojín, esta vez intentando protegerse de lo inevitable. Aunque en el fondo de su ser sabía que sus caminos podrían separarse, nunca había pensado demasiado en ello. Ni siquiera cuando salía con Cal y podían haberse mudado juntos sin problemas se le había pasado por la cabeza abandonar a sus chicas. Eran una hermandad, un pequeño clan. Estarían juntas para siempre.

—El fin de una era —dijo Rosita, con el mismo tono de voz con que podría haber dicho que el mundo acabaría mañana, con la misma melancolía que un «os echaré de menos» prematuro.

Sí. Pensó Sabele. Ella también las iba a echar de menos. Tanto que ya le dolía su ausencia a pesar de que siguiesen juntas.



La Guardia había ido perdiendo gran parte de su relevancia política a lo largo de los últimos siglos. Era un hecho innegable, aunque muchos optasen por mirar hacia otro lado y fingir que todo seguía como siempre. Quedaban muy pocos corrientes que aún creyesen en la magia, en brujas y fantasmas, y quienes lo hacían estaban bastante mal informados, así que con el paso del tiempo habían pasado de ser una extremidad fundamental de la Corona a un apéndice que formaba parte del cuerpo de la democracia, aunque no supiesen muy bien con qué fin, al que los políticos no prestaban demasiada atención siempre y cuando no se inflamase.

No obstante, gracias al peso de la tradición, la Guardia aún conservaba ciertos privilegios.

Uno de ellos era un pasillo en la tercera planta del Hospital General Universitario Gregorio Marañón reservada para el tratamiento de

enfermedades, accidentes y ataques mágicos. Tras un cartel de «Solo personal autorizado» se encontraba el mejor equipo de médicos especializados en sanar a corrientes que habían jugado demasiado cerca de lo inexplicable o a agentes de la Guardia que sufriesen un percance. Por supuesto, el resto del personal del hospital, incluido el director, no tenían ni la menor idea de lo que ocurría tras esa puerta y se habían difundido todo tipo de rumores, cada cual más inverosímil (una instalación de emergencia especial para casos de pandemia, un laboratorio secreto del Estado, una zona del servicio de inteligencia donde podían atender tanto a sus agentes como a espías extranjeros a los que interrogar más tarde), aunque el misterio había acabado por perder todo su interés con las décadas.

Leticia podía comprender por qué aquel pasillo lograba pasar desapercibido.

Las brujas y nigromantes tenían sus propios curanderos, así que nada fuera de lo común ocurría salvo que los productos y medicamentos que utilizaban se parecían más a lo que uno esperaba encontrar en un herbolario que en un hospital. Las habitaciones eran idénticas a las del resto de la planta, con el mismo olor a desinfectante y a decadencia humana, las mismas sábanas ásperas, persianas amarillentas y sillones de un nada acogedor azul verdoso recubierto con gasas. Leticia tenía la teoría de que procuraban utilizar los elementos menos apetecibles posibles en los hospitales para no arruinar una buena decoración. Si pintasen las paredes del hospital de un color cálido, pusiesen suelo de parqué y decorasen las habitaciones con madera de roble, nadie volvería a sentirse a gusto en su casa porque les trasladaría irremediabilmente a los malos ratos que pasaban en esas habitaciones. Sin embargo, ¿quién iba a poner un incómodo sillón azul verdoso en su salón? No había ninguna asociación posible.

A pesar de los esfuerzos del decorador (¿decorador de hospitales, era eso una profesión?), Leticia trajo consigo un jarrón con flores recién cortadas y lo depositó entre las camas de sus dos compañeros con la esperanza de hacer la estancia un poco más acogedora.

La mayor parte de los cuerpos de Mateo y Patricia continuaba protegida por vendas y, aunque permanecían inconscientes, Leticia pensó que les vendría bien algo de compañía.

El acceso de visitas se restringía con cautela (solo revelados registrados y brujas o nigromantes autorizados previamente), y por lo que había indagado, ninguno de los dos procedía de familias con una larga tradición de revelados como ella, así que lo más probable era que la Guardia se hubiera encargado de contar alguna mentira a sus familias, familias que sin duda creían que sus hijos eran funcionarios normales y corrientes al servicio del Gobierno. Ella no era la única que tenía que mantener oculta su profesión.

Colocó las flores en la mesilla de noche junto a Mateo, quien se había llevado la peor parte de la explosión. No se atrevía a tocarle, así que se limitó a permanecer en pie junto a él unos minutos con la esperanza de que, tal vez, pudiese intuir su energía. Oyó que el aquelarre había enviado a una bruja para ayudar a tratarles, quizá porque se sintiesen culpables de que la responsable fuese una de las suyas. Leticia les observó y dudó que hubiesen sobrevivido de no haber sido por el efecto de la magia. «Al menos las Lozano han recibido su merecido». El oscuro pensamiento la abrumó y asustó. Sabía que lo que les había ocurrido no tenía nada que ver con la justicia, que no estaba bien, pero una parte de sí misma era incapaz de sentirlo al ver así a sus amigos, aunque eso no significaba que no estuviese dispuesta a encontrar al culpable para hacerle pagar por sus actos.

Después de un rato haciendo compañía de cerca a Mateo y Patricia se sentó en el sillón frente a ellos y comenzó a estudiar las anotaciones escritas en el cuaderno robado. Su única pista. La combinación de signos retorcidos escritos en cursiva y con muy mal pulso con tinta negra no parecían dispuestos a ponérselo fácil.

Tomó un folio en blanco, lo apoyó sobre una carpeta y comenzó a rebuscar en un viejo libro que había rescatado de su estantería.

Su padre le había regalado su ejemplar de *Cómo crear y resolver códigos secretos usando la ciencia* cuando tenía ocho años y tuvo una etapa en la que insistía en comunicarse con sus amigas usando notas en clave. Ninguna de ellas compartió su entusiasmo y eventualmente tuvo que rendirse y volver al alfabeto. Su padre, en cambio, estuvo convencido de que era un claro indicio de que su pequeña iba para abogada penalista. El libro había permanecido olvidado en sus estantes hasta que llegó el día de la

mudanza a su minúscula buhardilla y la nostalgia la había invadido, además del extraño presentimiento de que algún día lo necesitaría. Leticia había dado por hecho que esas repentinas certezas no eran más que una aguda intuición mezclada con su capacidad de observación, pero después de averiguar lo de su madre, tenía que reconsiderar cada pequeño detalle de su vida y preguntarse si tenía algo que ver con su sangre mágica.

Bruja o no, iba a tener que resolver aquel acertijo a la vieja usanza. «No puede ser peor que Enigma, ¿no?», se dijo. Ella no era Alan Turing, pero un pastillero de los bajos fondos de la comunidad mágica tampoco podía ser una brillante mente del mal. Basándose en la idea de que su «rival» no apuntaba maneras a ser un gran contrincante, probó con la técnica de la sustitución, la más básica de todas, aunque no estaba resultando fácil, ya que la mayoría de las anotaciones eran nombres propios. Decidió jugársela y asumir que la palabra repetida al final de cada apunte era «gramos» y comenzó a buscar letras similares. Se removió en su incómodo asiento buscando una postura adecuada sin éxito.

Había deducido el significado de cerca de diez letras cuando sintió una presencia junto a la puerta. Alzó la vista, alerta, y volvió a relajar los músculos al comprobar que la persona que entraba en la habitación era la joven doctora que la había asistido cuando despertó en mitad del caos.

—Hola —sonrió con una de esas sonrisas llenas de paz que te hacen sentir que ningún problema es demasiado grave. Ojalá todos los médicos fuesen así—. ¿Has venido a ver a tus compañeros? —dijo con su suave y pausada voz. Leticia se preguntó cómo alguien era capaz no solo de mantener, sino también de contagiar un estado de ánimo tan sereno a pesar de pasar tantas horas metida en un hospital. Ella llevaba allí media hora y ya se encontraba mal a pesar de estar perfectamente sana.

Leticia asintió con la cabeza e intentó volver a su trabajo, distrayéndose cada pocos segundos con la figura de la doctora moviéndose de un lado a otro.

—Sus metabolismos casi han vuelto a la normalidad —dijo revisando los informes—. No deberían tardar mucho más en despertar. Aunque sus cuerpos han pasado por mucho... ¿Tú cómo estás?

Leticia vaciló por un momento. Le resultaba extraña su preocupación

por ella cuando sus compañeros seguían en una especie de coma inducido.

—Bien... bien. —Se llevó la mano a la cruz en el cuello, el amuleto protector que quizá le había salvado la vida—. Supongo que tuve suerte.

La doctora le dirigió una mirada compasiva.

—Es un detalle que vengas a verles. —Se giró hacia las flores y acarició los pétalos de un tímido girasol—. ¿Las has traído tú? —Leticia asintió—. Son preciosas.

—Somos compañeros —se encogió de hombros—, ellos habrían hecho lo mismo.

La joven doctora dio un paso hacia ella y las manos de Leticia cobraron vida propia haciendo que el cuaderno y sus notas cayesen al suelo. «Estupendo, además de bacterias de demonios y engendros ahora también está llena de virus de hospital».

Se agachó para recogerlo, pero la doctora fue más rápida. Sus manos se encontraron durante un instante y Leticia se esforzó para convencerse de que no había nada de romántico en la situación, aunque fuese como se conocían los protagonistas de la mitad de las películas de instituto. Ya bastante confusa se sentía con respecto a su relación con Rosita.

Recogió el cuaderno mientras Leticia ordenaba los papeles. Sus miradas se encontraron al ponerse en pie, la doctora sonrió y se fijó en que había una placa en su bata blanca que la identificaba como «Dra. Carbajal».

—Así que estudias griego... —dijo tendiéndole los folios en los que había estado trabajando.

—¿Perdona? —dijo sintiéndose estúpida.

—Griego antiguo... —Señaló el folio—. No me acuerdo de mucho, solo di un año de griego y latín, pero yo diría que esto de aquí es alfa, esto omega, épsilon... —dijo señalando los caracteres—. No soy la más indicada para decirlo, ya sabes, médico —dijo con una sonrisa divertida mientras sacudía la cabeza a modo de disculpas—, pero la caligrafía es un poco extraña, como si las letras estuviesen torcidas.

Leticia cogió el papel más bruscamente de lo que hubiese querido y miró los signos boquiabierta. Tenía razón. El camello no había estado escribiendo en un código inventado para mantener ocultos a sus clientes, sino en griego antiguo con una pésima caligrafía.

—Tengo que irme. Gracias. Muchas gracias, doctora Carbajal —dijo apresurándose hacia la puerta.

—No sé muy bien por qué, pero de nada —dijo sin perder esa eterna sonrisa—. Y puedes llamarme Olga.

Leticia asintió, sin un solo segundo que perder, y salió del hospital en busca de la cafetería con *wifi* más cercana. Escogió una cadena de sándwiches medio vacía, pidió un café y se sentó en una mesa cualquiera junto a la ventana. Depositó el cuaderno y sus apuntes en la mesa. No tardó en olvidarse por completo del café. Descargó una *app* que traducía el griego antiguo al español y comenzó a buscar el equivalente de cada letra, lo que le llevó un buen rato teniendo en cuenta el mal pulso del camello.

Una vez lo tuvo, fue pan comido.

Comenzó a anotar las traducciones de cada nombre apuntado en el mes de julio, uno a uno. Al cabo de un rato había memorizado la mayoría de signos y apenas necesitaba mirar sus notas.

Ninguno de los nombres le resultaba remotamente familiar, así que cuando tuviese la lista completa la pasaría por el registro de criminales en busca de reincidentes y si hacía falta los investigaría uno a uno hasta dar con el asesino o asesina. Aunque estaba convencida de que muchos de esos nombres tenían que ser falsos, o bien porque eran demasiado simples (María Pérez, sí claro, típico nombre de hechicera malvada), o demasiado rimbombantes (se negaba a creer que Emiliana Benedicta Salieri de Padua fuese un nombre real), o porque directamente eran nombres de personajes ficticios (parecía que al barón Georg von Trapp le gustaba enseñar disciplina a sus siete hijos por las mañanas, cantar con la niñera por la tarde y consumir droga mágica de diseño por las noches). Claro que Leticia suponía que ninguno de ellos era lo suficientemente incauto para dar su nombre real después de llevar a cabo una actividad ilegal si le preguntaban, así que suponía que era el camello quien anotaba las identidades que sonaban más creíbles, o bien porque les reconocía o porque indagaba por ahí. Al cabo de veinte minutos apenas le quedaban cinco nombres, y seguía sin tener la menor idea de quién de todos aquellos peculiares personajes podía querer a las Lozano muertas y, sobre todo, de esa manera tan cruda.

Siguió trabajando sin desviar la atención de su labor ni un solo instante,

nombre a nombre.

Anotó «K» al reconocer la letra kappa, «A» de alfa, «L» de lambda, «E» de épsilon, «B» de beta. «Vaya, así que los personajes bíblicos también se mezclan entre los seres oscuros y demonios de este mundo...». Continuó con el apellido y toda la diversión desapareció de su juego a medida que iba cobrando forma. Sigma, alfa, alfa, beta, épsilon, delta, rho, alfa. Saavedra. *Caleb Saavedra.*

El bolígrafo se escurrió de entre sus dedos. Chacal, Cal, como le llamaban sus allegados, había pasado por mucho en los últimos meses. Tampoco sería tan extraño que un chico joven, solo y perdido, hubiese recurrido a ayudas externas en busca de alivio, aunque nunca le pareció el tipo de persona que coqueteaba con las drogas, pero ¿cuánto sabía de él después de todo?

El alma se le cayó a los pies solo con pensarlo. Se recostó en el asiento, abrumada.

Cal tenía motivos de sobra para querer enviar a las Lozano al más allá; carecía de poder, pero disponía de medios de sobra para conseguirlo. Caleb Saavedra tenía motivos, medios y oportunidades. Leticia sintió un nudo en la garganta, ¿habría sido capaz el joven al que le había salvado la vida de un crimen tan atroz? No le quedaba otra opción que interrogarle y cruzar los dedos para que tuviese una buena coartada.



Jimena llevaba toda su vida trasladándose de un lugar a otro, pero nunca antes había sufrido el tedio de una mudanza. Por una parte, su lista de posesiones era bastante escueta (un par de cajas de libros, una maleta de ropa, su baraja de cartas, un pequeño caldero y poca cosa más), y por otra, siempre había recurrido a la magia como ayuda extra a la hora de empacar. Si los objetos se movían solos por el aire hacia su destino era mucho más sencillo hacer las maletas.

Llevaba toda la mañana ayudando a Flora a trasladar dos décadas de su vida en forma de muebles, cuadros, vestidos, joyas, cepillos para el pelo, bolas de cristal y toda suerte de objetos acumulados con los años. A pesar de lo farragoso del trabajo, Jimena había optado por prescindir de la magia para no incomodar a Flora y porque así tenía una excusa para pasarse todo el día alejada del despacho.

—No tendrías que estar haciendo esto —le reprochó Flora por enésima vez mientras embalaban su colección de piedras preciosas.

—Es cierto, esto es trabajo de plebeyos —dijo burlona—. Qué pasa, ¿qué como ahora soy «la Dama» no puedo mancharme un poco las manos?

—No se trata de eso y lo sabes. Tal y como están las cosas me imagino que tienes un millón de asuntos que atender.

—¿Por qué crees que te estoy ayudando, por amistad? Estoy escaqueándome del trabajo —le guiñó un ojo y Flora suspiró resignada—. ¿Estás segura de que quieres marcharte? —se atrevió a preguntar por fin. *Había* sido Flora la que había insistido en retirar sus cosas de la planta de arriba. En teoría eran los aposentos de la Dama y ahora Jimena tendría que instalarse en ellos, pero no sentía ninguna prisa por echar el ancla—. ¿Dónde vas a estar mejor que con nosotras? —sonrió. Qué hipócrita, ella misma se había pasado la vida huyendo de aquel lugar.

—En una casita en el bosque, o junto a la playa. Puede que vaya hacia el norte, echo de menos el verde. Por otra parte, los inviernos son duros y el verano se está acabando. Puede que me vaya a pasar una temporada a Monaco o a Italia, quién sabe.

Jimena sintió una punzada de envidia. Sonaba absurdo teniendo en cuenta el precio que Flora había pagado por su libertad, pero solo llevaba una semana en el cargo y ya echaba de menos esa sensación de tener infinitas posibilidades en el aire y no tener ni idea de cuál se cumpliría hasta el último momento.

—Sabes que puedes volver cuando quieras, ¿verdad? Esta siempre será tu casa.

Le tendió la mano y Flora la aceptó.

—Solo lo dices porque necesitas a alguien que te diga qué es lo que tienes que hacer como Dama —bromeó, mientras apretaba los dedos contra los suyos.

—Desesperadamente.

—Pues para eso quizá deberías ir pensando a quién nombrarás como tu asesora.

Era una tradición ancestral que la nueva Dama nombrase a una bruja como su guardiana personal, una especie de segunda al mando que le juraría lealtad y a la que ella juraba proteger. Hablar de ese tema tampoco debía de ser fácil para Flora. Ella no había sido capaz de cumplir su parte del

juramento, aunque nadie la culpase por ello, nadie... salvo ella misma. No hacía ni un par de meses desde que había perdido a su fiel ayudante, Carolina, a manos de Helena Lozano. Carolina también había formado parte de la pandilla de las Gatas Doradas en su juventud, pero sin duda, Flora siempre fue a quien más unida estuvo. Aunque de una forma distinta, Jimena también había perdido a su más íntima y mejor amiga, a su querida hermana, así que podía comprender perfectamente cómo debía sentirse. Dos meses, veinte años. Daba igual. El dolor nunca acababa de desaparecer, no del todo.

—¿Por qué no te nombro a ti y te quedas una temporada más con nosotras? —propuso a pesar de que sabía que Flora jamás se tomaría en serio la proposición.

—¿Qué hay de Sabele? Podrías proponérselo, tiene muchas ganas de aprender.

Jimena negó con la cabeza.

—Precisamente por eso... es demasiado joven para comprometerse de por vida —suspiró, preguntándose cuánto duraría su propia condena.

Flora ladeó la cabeza, pensativa.

—Daniela y Juana parecen estar haciendo muchos méritos para ganarse tu confianza —comentó, llenando un frasco con un puñado de cristales amarillos.

Jimena resopló. Era cierto que las dos brujas se habían volcado en ayudarla a gestionarse en los últimos días, pero estaba más segura de que era por disfrutar de la cercanía del poder que por lealtad.

—¿Te recuerdo que hace dos días estaban deseando relevarte del puesto?

—Lucharon bien en la Batalla de los Traidores —comentó, en apariencia distraída.

También era cierto, pero de nuevo Jimena dudaba de sus motivos. En ese caso tampoco había sido una cuestión de lealtad, sino de mera supervivencia.

—Además —añadió Flora—, estoy segura de que pensaban con total sinceridad que hacían lo mejor para sus familias.

Jimena volvió a bufar.

—No seas ingenua...

—¿Por qué? Tú misma dijiste que, a pesar de lo poderosos que pudiesen ser mis conjuros, no estaba preparada para gobernar. Creo que las palabras exactas fueron «No estás hecha de esta pasta» —sonrió, nostálgica.

—Oh, vamos, teníamos veintialgo y estaba enfadada qué sé yo por qué, con el mundo, supongo. —En realidad lo que le había molestado era que, mientras su hermana pagaba las consecuencias de los errores de todas, a ella la fortuna le hubiese sonreído, que pudiese dejar atrás el pasado tan rápido, tan fácilmente. Había tardado décadas en comprender que el razonamiento no tenía sentido, que la vida tenía que seguir para todas.

—Veintitantos más bien...

—¿Y? Yo maduro un poco más despacio que la gente normal, ya lo sabemos. Además, tú también dijiste que yo no podría criar a una niña, ¿lo decías en serio?

Flora desvió la mirada y depositó unos cuantos frascos en una caja de cartón junto a ella.

—¿Flora?

—Lo cierto es que sí. Lo pensaba. Pero también dudaba de mí misma. Durante muchos años no comprendí por qué la magia me había elegido. No soy autoritaria, no me interesa el poder... aprendí a fingir que el cargo me iba a medida, a posar, pero, después de lo que ha ocurrido, empiezo a pensar...

—No —Jimena se acercó a ella, arrastrando las piernas por la alfombra—. No te hagas eso.

—¿Y si me eligió porque soy prescindible?

Jimena se quedó sin palabras. La verdad era que Flora siempre había sido un tanto estirada y altiva, más alta, más hermosa, más poderosa, más interesante que todas las demás. Ver a alguien que destacaba en todos los aspectos dudar de sí misma resultaba doloroso.

—La magia te eligió porque durante años has cuidado de todas nosotras. Tus cristales incrustados en la fachada han vuelto más eficientes los hechizos protectores, has incluido a nuevas familias en el Consejo sin pensártelo dos veces, has escrito dos libros de conjuros que se consideran de manual y todas tus aprendices se convierten en grandes brujas. No sé, tan

mal no te ha ido, guapa. Por no hablar de lo de convertirte en nuestra heroína salvadora.

—Mártir —corrigió Flora.

—Mira —dijo mirándola fijamente a los ojos—, puede que esas brujas ambiciosas olvidasen los límites de la sororidad pensando en lo bien que quedarían sus mágicas posaderas en tu asiento, pero ninguna de ellas va a olvidar nunca lo que has hecho por nosotras. Así que sí, por sorprendente que parezca, tú has sido una gran Dama y yo una tía estupenda.

—Eso último es cuestionable. —Se giró hacia las escaleras y descubrió a Sabele cruzada de brazos con cara de muy pocos amigos frente a ella.

Miró a Flora y se acercó para susurrar en su oído.

—Lo que no tengo claro es que pueda hacer las dos cosas a la vez, ¿qué tal si te quedas tú con ella?

—¡Puedo oírte! —protestó su sobrina.

—Discúlpame, ahora vuelvo... —Se puso en pie con desgana y caminó hacia su sobrina, cogiéndola del brazo y conduciéndola escaleras abajo hacia su despacho vacío. Su despacho. Diosa, no iba a acostumbrarse nunca.

—Hasta luego, Flora. —Sabele se despidió con una lánguida sonrisa. Más o menos el mismo efecto que causaba Flora en todo el mundo esos últimos días. Se irritaría por el empeño de todas las brujas por compadecerla, pero en el fondo se sentía igual—. ¿Cuándo pensabas contarme que la magia te ha elegido como Dama? —preguntó la joven bruja tan pronto como se quedaron a solas.

—Si hubieses estado allí lo hubieses sabido en el momento —reprochó—. No te voy a preguntar qué demonios has estado haciendo porque eres mayorcita, pero creía que te interesaba formar parte de la sociedad mágica.

—¡Me interesa! Pero no estamos hablando de mí, no desvíes la atención.

—Bueno, vale, pero como Dama tengo que recordarte que tienes unos cuantos días de servicio al aquelarre pendientes como castigo, jovencita. —¿Jovencita, en serio? Ni siquiera su madre les había dicho nunca «jovencita» a Diana o a ella. Sintió un escalofrío al recordar a su progenitora. No era precisamente una mujer de trato fácil. Tampoco había

creído en ella cuando se dispuso a asumir la tutela de Sabele.

Por fin llegaron al despacho e invitó a Sabele a entrar, quien la miraba boquiabierta.

—No me puedo creer que tengas un despacho —dijo. Jimena se encogió de hombros. Al menos no era la única que lo pensaba—. ¿Vas a aceptar el cargo de verdad?

—No funciona exactamente así. Ya sabes, la magia decide cuándo empiezas y cuándo acabas con tu cometido. —«Y debe de tener un gran sentido del humor»—. Negarme no serviría de nada.

Sabele se mordió el labio y miró de un lado a otro, dudando sobre lo que iba a decir.

—Eso significa que tu piso en Londres va a seguir vacío una temporada, ¿no?

Durante su estancia en Reino Unido se había convertido en la vidente preferida de una adinerada y longeva dama inglesa que la visitaba al menos una vez a la semana. Entre muchos de los servicios que le había proporcionado se incluían largas charlas con su marido, con su amante y con su mejor amiga, aunque nunca a la vez, claro (todos ellos fantasmas, aunque Jimena había fingido que eran sesiones de espiritismo porque le parecía más emocionante que hacer de intermediaria sin más), lecturas de tarot, pócimas para aliviar los dolores de la artrosis y, lo que más había marcado su amistad: otear en su bola de cristal le había permitido descubrir cuáles de sus nietos estaban deseando asistir a su funeral para recibir la herencia. Después de eso, la anciana había cambiado su testamento, no solo para darles una desagradable sorpresita a sus nietos más cínicos, sino también para dejarle a Jimena una de sus numerosas propiedades en Londres a modo de agradecimiento.

—Supongo... ¿por? —Por muy considerada y responsable que fuese Sabele, seguía siendo una Yeats. Su animal protector era la serpiente por varios motivos, porque el cambio de piel y el renacer continuo eran su forma de vida y porque se le daba bien... deslizarse. Sabía que la visita y la pregunta de su sobrina tenían un propósito.

Sabele le contó toda la historia, o bueno, la parte de la historia que mejor la dejaba, porque Jimena también había sido joven y sabía cómo

funcionaba el tema.

—Por eso no pude estar aquí la noche de la elección —explicó.

—Claro, pobrecita, porque tú no tienes culpa alguna, ¿verdad? —se burló—. ¿A quién dices que besaste durante Lughnasad?

Su sobrina la ignoró y continuó contando su historia repleta de lagunas hasta que llegó a su encuentro con la tal Mithali Apte. Jimena había oído hablar de ella en varias de sus visitas a la ciudad, por lo visto estaba poniendo patas arribas el aquelarre de Londres, lo que provocaba un sentimiento de profunda admiración en ella. Cuando era joven también les había dado muchos dolores de cabeza a las brujas más mayores, aunque nunca había tenido la conciencia social de las jovencitas de Camden. Ella solo quería pasárselo bien y llevar la contraria. No le entusiasmaban muchas cosas del mundo, pero no tenía intenciones de cambiarlo, solo de sacarle el máximo jugo posible.

Cuando Sabele acabó de contarle lo que le había ofrecido la bruja inglesa en su encuentro, se hizo el silencio y Jimena supo que era su turno para hablar.

—¿Y tú qué quieres hacer? —preguntó. Jimena se habría muerto de aburrimiento en una universidad cualquiera, y en una tan estirada como Croydon School todavía más, pero Sabele siempre había ansiado formarse. De niña le enseñó todo cuanto sabía, pero pronto sus conocimientos habían sido rebasados por la curiosidad de la pequeña Sabele.

—Es una gran oportunidad... y ser aprendiz en el aquelarre de Madrid ha perdido todo el sentido ahora que serías tú mi tutora.

—Sí —asintió—, ya nos tenemos demasiado vistas.

—Por otra parte, hay muchas cosas que echaría de menos de esta ciudad: mi habitación, a Bartolomé, a las chicas...

—A ese músico pendenciero —añadió provocando que su sobrina se sonrojase—. Yo también he visto ese dichoso vídeo, como todo el maldito planeta, creo. Por muy dura que intentes ser lo llevas en la sangre. Ninguna Yeats ha podido resistirse nunca a que le escriban una canción. Alimenta nuestro ego, aunque es peligroso.

—Lo sé, en Edimburgo tuve la oportunidad de comprobar qué ocurre cuando un artista roba el alma de su musa. —Su sobrina suspiró.

A Jimena se le escapó una sonrisa al comprobar que Sabele por fin había dejado de ignorar su instinto aventurero.

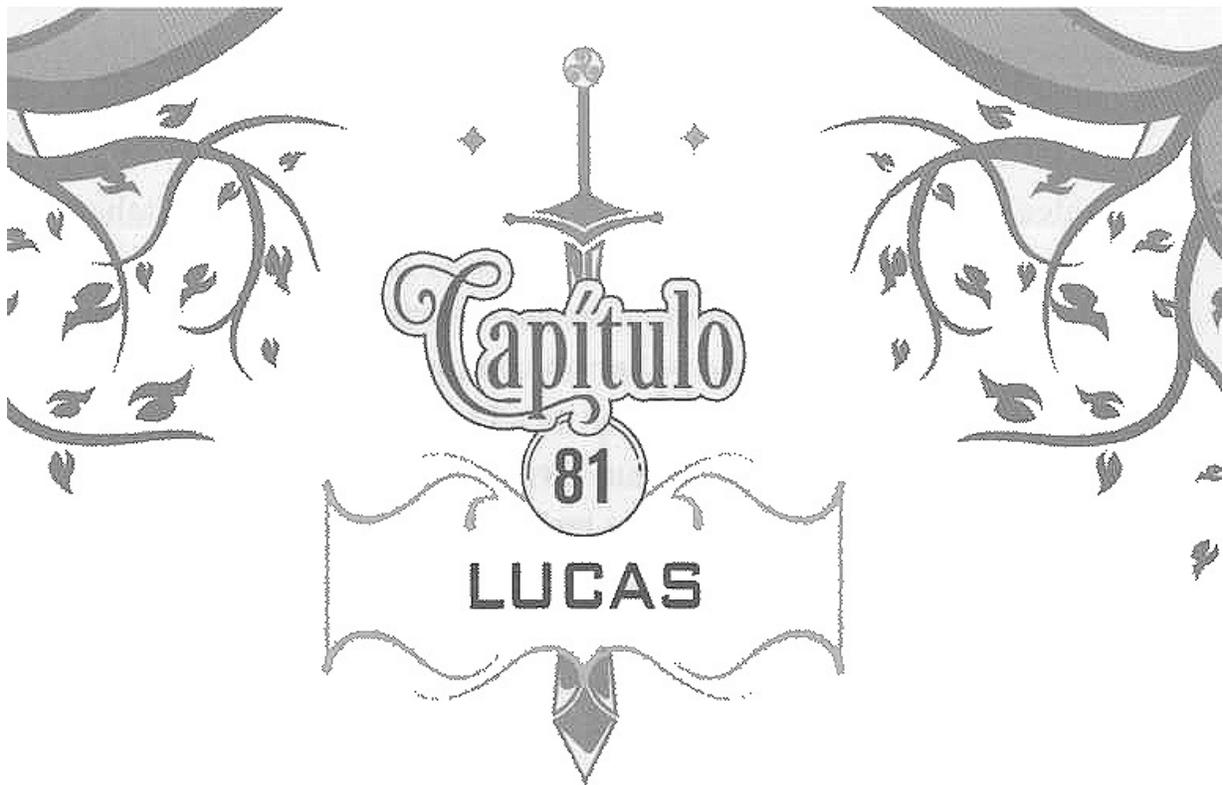
—No me estás pidiendo ni opinión ni permiso, ¿verdad? Creo que ya has tomado tu decisión —dijo henchida de orgullo, pero intentando que no se le notase demasiado.

Sabele se mordió el labio.

—Hay algo más. Mithali me ha pedido que considere... que considere la opción de unirme a su clan. —Jimena se incorporó en su asiento. Vaya, esa Mithali no se andaba con tonterías—. No es una condición necesaria del acuerdo, me ha dicho que depende de mí y que tengo tiempo para decidirlo, pero quería saber cómo te sentirías al respecto si al final... aceptase. —La miró con esos brillantes ojos azules suyos, radiantes de juventud, de ilusión y de vida. ¿Cómo iba a decirle que no?

Jimena nunca había concedido mucha importancia (prácticamente ninguna) a toda esa historia de las tradiciones, las familias y clanes más allá del hecho de que Sabele era su familia y de que la quería más que a su vida. Lo demás le resultaba bastante indiferente. Era vagamente consciente de que si Sabele decidía no tener hijos o si resultaban ser todos varones (algo poco probable, ya que la mayoría de las brujas tendían a alumbrar a niñas con mucha más frecuencia), el clan Yeats de España desaparecería. Pero las brujas Yeats se habían movido por todo el mundo y eran numerosas en casi todos los países, en especial en Irlanda, donde las Yeats autóctonas solían gobernar los aquelarres. Así que no. No le preocupaba en lo más mínimo si decidía renunciar al clan siempre y cuando siguiese dejando que la atosigase como pariente. Sin embargo, era su oportunidad para pedirle a Sabele que hiciese lo correcto, y no iba a dejarla escapar. No era su estilo imponer nada, pero sabía que Sabele acabaría arrepintiéndose si no lo hacía.

—Está bien, puedes mudarte a Londres y tomar la decisión que desees cuando llegue el momento, pero, a cambio, tienes que despedirte de tu madre.



Pararse a mirar a su alrededor y pensar en lugar de dar tumbos de un lado a otro no era un hábito, ni un talento, que Lucas Fonseca poseyese. Hasta que no se encontró sentado frente un asiento vacío en uno de esos bares madrileños que normalmente están llenos, pero que en agosto se quedan prácticamente desiertos, su cerebro no tuvo tiempo de pararse a procesar todo lo que le había ocurrido en los últimos días.

Tenía una banda, un tema viral y algo así como una novia. La mejoría con respecto a la semana anterior era casi inconmensurable. Había pasado de pringado absoluto a suertudo en cuestión de horas y podía percibirse hasta en su forma de no hacer nada. Desprendía ese peculiar halo de las personas a las que les sonríe el universo, esas que confían en que todo va a ir bien sin cuestionárselo. Se sentía tan radiante que ni siquiera tenía ganas de emborracharse, ni se acordaba de la larga lista de cosas que odiaba, a pesar de tener varias ante sus narices, como «los camareros que se dedican

a coquetear con las chicas monas en lugar de hacer su puñetero trabajo», los pegotes de comida ajena en la mesa o el goteo incesante del aire acondicionado. ¿A quién le importaban esas minucias?

Había tenido una reunión de emergencia con The Pretty Tom-boys esa misma mañana y se habían comprometido a tomárselo en serio y a poner pasta para grabar un CD por su cuenta. No necesitaban ni a Mike Wu ni a ningún otro productor para conseguirlo. Ya lo habían hecho una vez, solo tenían que repetirlo. Fran se había convertido en su *community manager* y en solo unas cuantas horas sus nuevas y flamantes cuentas de Instagram, Twitter, YouTube, Spotify y Bandcamp se habían plagado de seguidores que llevaban días preguntándose quiénes eran esos chicos del vídeo. Por no hablar de que Sabele aún le debía ese *shout-out* en redes.

Sabele. Más que mariposas en el estómago se sentía como si tuviese a una familia de dragones. Había quedado con ella en un bar frente a la cafetería en la que se conocieron y esta vez era ella quien se retrasaba a pesar de vivir justo en frente (sí, él había llegado el primero y puntual, para que luego digan que las personas no cambian; claro que lo hacen, la cosa es que no se deciden a cambiar cuando los demás quieren, sino cuando ellos mismos encuentran los motivos para hacerlo). Si hubiese tenido una máquina del tiempo habría viajado directo al pasado, a esa horrenda cita a la que llegó más de media hora tarde para advertirse a sí mismo de que no fuese estúpido, que sí, que de acuerdo que esa chica fuese demasiado guapa e interesante para él, pero comportarse como un idiota no era la mejor técnica de ligue, ni para ser un ser humano decente. Aunque, por otra parte, si no hubiese estado inmerso en un momento tan caótico y absurdo de su vida cuando la conoció, nunca hubiese compuesto *Magical Girl*.

Por fin la bruja apareció por la puerta con su larga melena meciéndose de un lado a otro con cada paso. Su presencia siempre resultaba tan espectacular que Luc se puso en pie sin darse cuenta, como quien se levanta en misa para recibir el Espíritu Santo.

Tenías que ser de piedra para que no te diese un vuelco el corazón cuando Sabele entraba en la sala. Llevaba puesta una falda granate que contrastaba con el tono moreno de sus piernas infinitas y una camiseta negra con el dibujo de una mano de Fátima. Aún no se podía creer que *ella*

estuviese ahí para verle a él. Y a juzgar por lo rápido que se acercó a la mesa después de media hora ignorándole, el camarero tampoco.

—Buenas tardes, princesa —dijo con la misma voz cantarina con que llevaba un rato tirando ficha a dos amigas sentadas frente a ellos antes de que Sabele pudiese sentarse—. ¿Qué te pongo?

Luc puso los ojos en blanco. «Princesa». Si el tipo supiese que la chica con la que hablaba podía convertirle en sapo quizá hubiese escogido mejor sus palabras. Sabele, que debía de estar más acostumbrada que él a ese tipo de conductas empalagosas, se limitó a responder de la forma más correcta pero cortante posible que le trajese una copa de tinto.

—Yo tomaré una cerveza —se apresuró a decir para asegurarse de que el tipo no se olvidaba de su existencia. El camarero asintió y le miró de los pies a la cabeza como si intentase adivinar si era su cita o su amigo gay. «Tendrás que ir haciéndote a la idea», se dijo, mientras añadía a la lista mental otra cosa que odiar. Tampoco hay por qué perder todos los viejos hábitos solo porque estés enamorado.

—¿Caña o tercio? —preguntó, pero en su mirada Luc sintió que la verdadera duda era «¿Gay, hetero, bi?». No era la primera vez que sentía *esa* mirada escrutándole, y no podía dejar de preguntarse por qué era algo que le importaba tantísimo a la gente. No es que a él le preocupase demasiado, y era *su* vida.

—Tercio —dijo sosteniéndole la mirada.

El tipo asintió, percatándose de que era obvio lo que estaba pensando: «¿Qué hace una tía como ella con un tipo como este?», y se marchó algo azorado.

—Tinto a las cinco de la tarde —comentó Luc con una sonrisa burlona—. Y luego dicen que yo soy la mala influencia.

La bruja le sacó la lengua.

—¿Llevas mucho esperando? —preguntó Sabele mientras dejaba su bolso en el respaldo de la silla. Luc se encogió de hombros para negarlo y ella sonrió—. Qué sorpresa verte siendo puntual. Sí que tienes ganas de contarme lo del contrato. —Se apoyó sobre la mesa y dijo—: Quiero saberlo todo.

De pronto le invadió el temor infundado de que Sabele se sintiese

decepcionada al saber que no salía con una estrella internacional, después de todo, estaba acostumbrada a ser la novia de Cal, un chico *it* de Instagram que no dejaba de exponer sus obras (y sus abdominales) por doquier, aunque últimamente estuviese desaparecido en redes (sí, le había cotilleado).

—Bueno... —La pierna de Luc comenzó a agitarse con vida propia—. Lo cierto es que no firmamos.

El gesto de Sabele no reveló decepción, sino preocupación.

—¿Y eso? ¿Por qué, qué ha pasado?

—Su rollo no iba con nosotros. Pretendían convertir *Magical Girl* en un *hit* popero de esos que se olvidan en seis meses y... no nos va. Así que hemos decidido intentarlo por nuestra cuenta.

—Vaya... —A Luc no se le daba demasiado bien leer las emociones ajenas, pero diría que Sabele estaba... ¿impresionada?—. Eso es muy valiente.

—Hay quien diría que es estúpido.

—No, no lo creo. Puede que sea más difícil y que tardéis más, pero merece la pena conseguirlo siendo tú mismo.

—Sí, eso es justo lo que pienso —dijo aliviado por que no creyese que era un fracasado. Dicho así sonaba hasta heroico, cursi, pero heroico.

—Entonces, ¿te quedas en Madrid? —No parecía demasiado entusiasmada con la idea y dudaba que eso pudiese ser buena señal.

—Hmmm, sí, supongo. No te vas a librar de mí tan fácilmente —bromeó, aunque una parte de sí mismo temiese que eso era justo lo que pensaba, lo cual resultaba absurdo, ¿por qué iba a estar allí con él si no quisiese estar allí con él? «Agh, estúpido cerebro», se reprendió ante sus súbitas inseguridades.

—Verás, es que... a mí también me han hecho una oferta.

Le explicó toda esa movida de los clanes, de la tal Mithali, de sus sueños y de la prestigiosa escuela en la que iba a estudiar.

—Pero eso es genial, ¿no? Quiero decir... ¡te vas a Hogwarts! Vas a cumplir el sueño de todos los niños de una generación.

Sabele se mordió los labios exasperada, los chistes y comparaciones con Harry Potter tenían que resultar algo aburridos y repetitivos para una bruja,

pero aun así se le escapó el inicio de una sonrisa.

—No es un castillo, pero sí, supongo que algo así.

—Es genial —dijo, compartimentando en su corazón demasiadas emociones a la vez. Por una parte, alegría y orgullo por que Sabele consiguiese lo que siempre había querido, por otra, tristeza al pensar que justo cuando empezaban a conocerse a fondo iba a alejarse de su vida y miedo por que decidiese que no le quería en ella. Aunque estaba muy dispuesto a dejar que ella solo percibiese la primera, a pesar del nudo en su estómago. ¿Era mucho pedir tener una vida perfecta durante más de doce horas? Aunque suponía que era más de lo que conseguía mucha gente, pero le repateaba que el mundo le pusiese el caramelo en la punta de la lengua para después quitárselo. Primero el contrato, ahora Sabele, ¿qué sería lo próximo, un crítico musical diciendo en la tele que *Magical Girl* era el peor tema jamás compuesto?

En mitad de su pequeña crisis existencial, el camarero les trajo las bebidas y se marchó algo frustrado cuando Sabele no le prestó más atención que un «gracias» distraído.

—¿Cuándo te vas?

—Las clases empiezan el uno de septiembre y ya tengo piso, así que en unos días lo tendré todo listo. La idea es marcharme la semana que viene para empezar a trabajar con la profesora Kizlari cuanto antes.

Luc sintió un nudo en el estómago y se obligó a ser positivo y optimista, aunque estaba seguro de que, si mantenía esa actitud durante demasiado tiempo, acabaría haciéndosele una bola en el estómago que a la larga se transformaría en una úlcera o un quiste.

—Entonces tendremos que aprovechar el tiempo, si quieres, claro; supongo que estás muy ocupada, quiero decir...

—¿No te molesta que me marche justo ahora? —preguntó Sabele.

—Te vas a cumplir tus sueños, ¿por qué me iba a molestar? —preguntó confuso. Sí, le entristecía saber que no iban a tener citas como esas a menudo, pero sería un idiota si «le molestase»—. ¿Qué pasa, no estás contenta? —preguntó en un intento por descifrar sus pensamientos.

—Sí, sí lo estoy. Es una gran oportunidad, quiero decir, aunque me da un poco de miedo no estar a la altura...

—Lo estarás —dijo tajante. Ni siquiera tuvo que pensarlo, la respuesta fue instintiva.

—Voy a echar de menos muchas cosas. Londres es una ciudad emocionante, pero no es ni de lejos tan acogedora como Madrid. Aunque podré ir a Camden Town tan a menudo como quiera, a conciertos todas las semanas... y comer *curry* y *pad thai* de verdad. Y nadie te mira dos veces en la calle o el metro vistas como vistas.

—Para ya, que me vas acabar dando envidia. A lo mejor aún puedo llamar a ese productor... —fingió pensárselo y Sabele le dio una patadita por debajo de la mesa.

—¡Ni se te ocurra!

Se hizo un breve silencio mientras los dos daban sorbos a su bebida. La copa de vino en la mano le daba un aire señorial y altivo.

—Puede que sea lo mejor. —Luc dejó su botellín en la mesa—. Cuanto menos tiempo pasemos juntos, menos probabilidades de que la lée —dijo, mitad en broma, mitad en serio.

—Pues también es verdad —dijo Sabele, con total seriedad para acabar sonriendo, aunque él no se rio.

—No quiero liarla —dijo, y esta vez hablaba muy en serio. No sabía de dónde había sacado las fuerzas para ser tan sincero y vulnerable, pero no podía dejar que Sabele se marchase sin saberlo, porque era muy probable que lo hiciese, que metiese la pata una y otra vez.

—¿Qué te parece si hacemos un trato? Yo hago la vista gorda cuando hagas una estupidez de las tuyas si tú vienes a verme a Londres —propuso, y Luc no veía dónde estaba la parte del trato en que salía perdiendo.

Arrugó la nariz, como si no le convenciese la idea.

—Uf... Londres está muy lejos y los aeropuertos me ponen de los nervios.

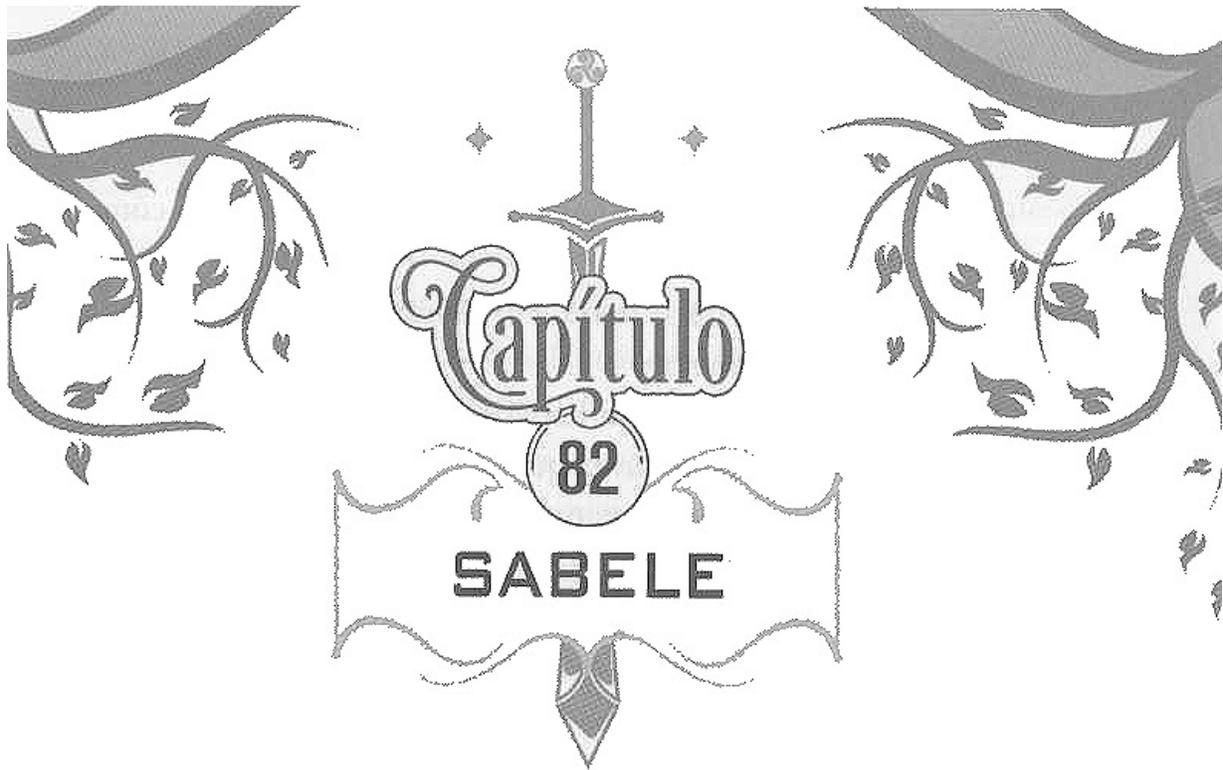
Sabele volvió a darle un golpecito con el pie y se cruzó de brazos.

—Vale, pues olvídalo. No vengas a verme, pero que sepas que compraré un cuaderno para apuntar todo lo que hagas mal y así no olvidarlo nunca.

—Vas a necesitar un cuaderno muy grande —dijo mientras decidía dejar de reprimir el impulso que llevaba acosándole desde que Sabele entró por la puerta.

Se inclinó sobre la mesa para besarla. Por un momento temió que se apartase, molesta, pero respondió a su beso con ganas, como si ella también hubiese estado esperando ese momento, preguntándose por qué ninguno de los dos hacía que ocurriese. Se encontró a sí mismo sonriendo en sus labios y a Sabele devolviéndole la sonrisa.

Cuánto iba a echarla de menos a pesar del poco tiempo que llevaba en su vida. Tendría que haber comprendido antes, sumido en su propia oscuridad, que había otra forma de hacer las cosas, que había personas en el mundo que brillaban tanto como Sabele. Sabele era luz. Luz cálida, suave, pero persistente, que no te ciega, sino que te permite verte a ti mismo.



Después de un mes completamente anodino, la última semana estaba resultando mucho más intensa de lo que le habría gustado. Sabelle se encontraba en un punto intermedio entre la desidia y el estrés continuo, como una especie de Ricitos de Oro que combatía la ansiedad como si se tratase de osos hambrientos y furiosos. No paraba de retorcer un pañuelo de papel que tenía entre los dedos, llenando de virutas blancas los caros asientos del coche de Cal.

Podría haber llamado para que la recogiese un taxi y haber ido sola, pero le había pedido a Cal que la acompañase por varios motivos. El primero, porque sabía que por muy fuerte que intentase ser, alguien iba a tener que ayudarle a recoger los pedacitos de sí misma después de visitar a su madre. No entendía por qué su tía le hacía pasar por eso, era inútil, no ayudaba a nadie y a ella la llenaba de desazón. El segundo motivo era que sabía que Cal nunca se negaría a ayudarla y el tercero que, aparte de

Jimena, él era la única persona de su entorno que había visitado antes a Diana y sabía lo que iba a encontrarse.

—¿Estás bien? —preguntó al ver por el rabillo del ojo cómo torturaba al indefenso clínex.

Sabele asintió sin decir nada. «Preparándome para dejar de estarlo», añadió mentalmente.

El lugar al que se dirigían había sido fundado por una longeva bruja en las afueras de un pequeño pueblo en la falda de las montañas, más cerca de Segovia que de la capital. No era exactamente una residencia de ancianos, porque la mayoría de las brujas que convivían allí eran capaces de valerse por sí mismas y no todas ellas se encontraban en su vejez. Era más bien una especie de retiro espiritual en plena naturaleza para brujas que se habían hartado de la política y burocracia de sus semejantes y de la intromisión de los corrientes. Rodeadas por pinos, robles y encinas del bosque protegido de Valsaín, la comunidad de brujas dedicaba su tiempo a cultivar sus propias verduras, frutas y legumbres, a cuidar de sus animales y a invocar a la paz interior. Era frecuente que, al llegar a cierta edad, la llamada de la naturaleza y la vida rebotante de las tierras fértiles ejerciese una intensa llamada al corazón de las brujas, y aquella modesta finca era una prueba de ello. Jimena comentaba a menudo que cuando ella llegase a los ochenta sería mejor que la buscasen en las playas de Cuba antes que en uno de esos retiros.

Cal condujo por caminos cada vez más estrechos y menos civilizados hasta detenerse en la entrada del caserío. Sabele se bajó del coche y, antes de que llegase a la entrada, una mujer con el cabello completamente blanco, que caía en cascada hasta su cintura, salió a recibirles.

—Buenos días, joven Yeats —saludó Herminia, la fundadora del retiro—. Las cartas me avisaron de una visita inesperada y vi tus ojos en mi bola de cristal. Han pasado muchos años, me alegra volver a verte —dijo sopesando las manos de la muchacha entre sus dedos rugosos.

Mientras que era habitual que los nigromantes consumiesen su vida y su poder siendo relativamente jóvenes, no era tan raro ver a una bruja llegar a los ciento cincuenta años fresca como una rosa, y, a pesar de superar los cien, Herminia no aparentaba más de los setenta muy bien llevados.

—Buenos días, Herminia, vengo...

—Ya supongo a lo que vienes, niña. No creo que una jovencita tan lozana como tú vaya a visitarnos porque le agrada la paz del bosque. No, a las niñas os atrae el ruido y la confusión, ¿verdad? Ven, te llevaré con tu madre. —Miró a Cal de pies a cabeza—. Otra vez tú, nigromante. — Herminia aún recordaba vívidamente los tiempos en que los recelos entre brujas y nigromantes dejaban al menos un muerto en cada bando a la semana. Ninguno de los dos se podía permitir esas cifras, y quizá por eso la paz acabó siendo inevitable, aunque siempre frágil.

—Buenos días —saludó con sobriedad.

Sabele le notaba extraño. No le había visto desde su desencuentro en la inauguración de su exposición y desde entonces había cambiado su forma de vestir, su forma de hablar y hasta su manera de moverse, que se había tornado más precisa y felina. Atribuyó las transformaciones a las exigencias de su puesto y a la pérdida de sus poderes. Teniendo en cuenta el estado en que se encontraba su madre tras perderlos, volverse un tanto más distante y estirado no le parecía la peor de las consecuencias, aunque extrañaba al chico espontáneo que preparaba una mochila de manera improvisada el jueves por la noche porque le habían invitado a hacer *puenting* en unas cuevas de Bulgaria. Por otra parte, suponía que renunció al derecho de echar de menos nada de él cuando rompió su relación, así que no comentó nada, ni siquiera se atrevió a preguntarle por qué se había negado a firmar el tratado. No le parecía propio del Cal que había conocido, pero, de nuevo, aquel Cal no tenía que liderar a todo su pueblo privado de sus dones.

Herminia les condujo a través de los pasillos y les hizo cruzar una sala donde un grupo de brujas elaboraba piezas de artesanía en arcilla por simple diversión.

—Te alegrará saber que tu madre se encuentra muy bien últimamente — comentó la bruja, lo que seguramente significaba que masticaba su comida sin protestar, que apenas se ahogaba por las noches por culpa de la apnea nocturna o que llevaba semanas sin un ataque de asma.

La encontraron sentada en una mecedora en un porche desde el que se veían los árboles y parte del huerto. La habían sentado entre cojines para que se sintiese más cómoda. Como si a ella le importase su postura cuando

ni siquiera había sido capaz de interesarse por su hija en todos esos años.

—Hola, mamá —saludó Sabele con un nudo en el estómago y otro en la garganta. Siempre que la visitaba le sucedía lo mismo. No sabía si tenía más ganas de llorar o de vomitar—. Soy yo, Sabele.

Su madre permaneció inmóvil y con la mirada perdida en el infinito. Cualquier intento de hacerla reaccionar, todas las medicaciones y hechizos que existían habían sido inútiles. El cuerpo de Diana Yeats estaba allí con ellas, pero su espíritu se negaba a volver del rincón en su mente en el que se había refugiado.

Sabele tuvo una etapa en la que había intentado comprender lo que le había ocurrido a su madre y por qué se encontraba así. Buscó en el lugar equivocado, en páginas web sobre psiquiatría y medicina de los corrientes, intentó sin resultado hallar una explicación física a aquel estado de catatonía. Jimena decía que el arpa de Morgana se había llevado no solo su magia, sino un pedazo de su alma, el que la impulsaba a seguir viva. Sabele sabía que ella no tocó el arpa por una decisión racional como había hecho Flora. Diana acudió a ella embriagada por la desesperación. «Su estado de ánimo llevaba meses deteriorándose», le había explicado su tía, quien, como el resto de brujas de su pandilla, se culpaba en secreto por no haberse dado cuenta, por no haber sabido reaccionar.

Su tía le había contado aquella historia por primera vez cuando tenía seis años, de una forma muy resumida, y había ido añadiendo los detalles a medida que ella iba teniendo la edad suficiente para poder comprenderlos.

«Eramos jóvenes imprudentes, aunque la peor de todas era yo. Yo tenía que haber pagado las consecuencias, no tu madre. Ella era la más dulce, la más pura. Cometió errores, claro, en parte porque la incitamos nosotras, pero no se merecía nada de lo que ocurrió».

Habían empezado recurriendo a los hechizos para las pequeñas cosas: no tener que hacer cola para entrar en las discotecas, conseguir unas entradas gratis de última hora para un concierto de alguna banda, encontrar rebajado un par de botas que querían... Poco a poco, la escala de sus deseos y de su osadía aumentaron y, cuando quisieron darse cuenta, estaban empleando la magia para cumplir sus mayores sueños (puede que por eso su tía le hubiese inculcado desde tan pequeña la importancia del trabajo: había

aprendido que todo tiene un precio). Eran jóvenes, astutas, hermosas y fuertes. Se creían invencibles, intocables. Diana, su preciosa madre, consiguió el puesto como profesora de música que la ilusionaba desde niña en el instituto donde estudió. Diana había aprendido en un conservatorio. La disciplina de la interpretación profesional y exponerse al público no la atraían, pero sí la magia que fluía en el aire cuando tocaba un instrumento. Merecía el puesto, como muchas otras, pero no lo consiguió porque tuviese más experiencia, ni por estar en el momento o lugar acertado, sino gracias a un hechizo que hizo que la anterior maestra encontrase un puesto mejor en su Zaragoza natal. Por arte de magia, el profesor de matemáticas del que tan encaprichada había estado durante su adolescencia se fijó en la mujer en que se había convertido. Un conjuro consiguió que se encontrasen de nuevo, y ahora que ella era una belleza de veinticinco y que él se encontraba en plena crisis de los cincuenta tras un duro divorcio, le resultó irresistible. Para Sabele era imposible pensar en ese hombre como su padre, pero el último de los regalos envenenados que la magia se cobraría con intereses fue el ansiado embarazo. El mayor sueño de Diana siempre fue ser madre.

Diana no podía ser más feliz.

Tendría que haberlo dejado ahí, ya había abusado lo suficiente del universo, pero una vez que una probaba las delicias de la buena fortuna era imposible devolverla a su caprichoso caos. Diana empleó la magia en los pequeños antojos del día a día, también para encontrar una casa más grande y luminosa en una zona del centro que no se podía permitir y para ganar un viaje a Italia en un concurso. Le daría la buena noticia a su amado frente al Coliseo, y quizá él se arrodillaría y le pediría matrimonio. Fue entonces cuando la magia y la suerte se unieron para decir basta. El profesor de matemáticas decidió cortar la relación y volver junto a su exesposa, iban a darse una segunda oportunidad. Al corazón devastado de su madre se sumó un despido repentino por falta de fondos en el instituto y una notificación de desahucio.

Jimena la acogió en su casa durante los últimos meses del embarazo. «Ninguna de las dos nos podíamos creer que a mí me estuviese yendo mejor que a ella», suspiró. «Todos esos meses, Diana parecía un fantasma; se

consumía poco a poco en su pena. No importaba que le dijésemos que ese cerdo no la merecía y que encontraría un trabajo mejor tarde o temprano, que todas nosotras la ayudaríamos a cuidar de ti si hacía falta. Creímos que ver tus gigantescos ojos azules y que oír tu risita cantarína la animaría, pero nadie nos había advertido sobre la depresión posparto. En aquellos tiempos no se hablaba de esas cosas, ni siquiera entre brujas».

El resto era historia.

Acosada por los pensamientos oscuros y la desesperación en su pecho, Diana creyó que, si renunciaba a su magia, esta la perdonaría. Tocó el arpa convencida de que acabaría con su dolor, de que su amado volvería a ella, de que recuperaría su trabajo y su hogar y de que juntos serían la familia feliz con la que tanto había soñado.

Solo halló más dolor.

Jimena se había esforzado mucho por hacerle saber lo fuerte, generosa y valiente que era su madre. No quería que Sabele pensase que Diana había sido una persona débil. Pero eso no la consolaba, ni le traía paz, sino todo lo contrario. Cargaba en su corazón la pesada certeza de que lo que le había pasado a su madre podía ocurrirle a cualquiera, que no importaba lo duro que trabajase y lo mucho que se esforzara, la pena y la desdicha podían venir a por ella en cualquier momento. Intentaba ignorar ese pensamiento, fingir que el miedo a sufrir, a perder, al abandono, no la habían acompañado en cada decisión de su vida, que, aunque en numerosas ocasiones hubiese optado por ignorarlo, seguía ahí.

—Jimena te envía recuerdos. —En realidad le había pedido que le dijese que la quería, pero el verbo se le atragantaba—. Y yo, yo venía a decirte que me voy a ir a vivir a Londres una temporada, otra vez. Voy a estudiar en Croydon School, así que estoy muy contenta —dijo. Estaba acostumbrada a hablar a solas en su cuarto con una cámara que no podía responderle, aunque tomase nota de cada una de sus palabras. La sensación era parecida—. Solo era eso, espero que estés bien. Adiós.

Dio media vuelta y echó a caminar hacia la entrada, seguida de Cal.

—¿No quieres quedarte a tomar un café? Ordeñamos la vaca nosotras mismas.

La bruja centenaria se apresuró a interponerse en su camino. Sabele se

zafó de ella con cuidado y siguió andando.

—¡No, gradas! —gritó sin darse la vuelta. No se detuvo hasta que estuvo en el exterior del caserío de piedra. Se apoyó contra el coche de Cal e intentó recuperar la calma.

El nigromante le dio algo de espacio y de tiempo antes de acercarse a ella con cautela. Una de las cosas que la habían unido a Cal desde el principio era que entendía perfectamente cómo se sentía. Él también había perdido a su madre antes de tiempo, así que sabía exactamente lo que uno necesitaba en esas circunstancias, ni frases de aliento manidas ni compasión, solo alguien que estuviese ahí.

—Sabele...

Apoyó la mano sobre su hombro y Sabele sintió una corriente de frío recorriéndola que hizo que se apartase por puro instinto. «Qué extraño, juraría que... no, no puede ser», se dijo, sin darle más importancia a la sensación. Tenía que tranquilizarse, eso estaba claro.

—Estoy bien —asintió con la cabeza—. Bueno, no. Pero no quiero hablar de ello ahora mismo.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó el nigromante. En sus ojos encontró su habitual ternura, pero también una dureza que no reconocía.

—Irme a casa —dijo sin vacilar.

Cal asintió y se subió en el asiento del conductor. En otros tiempos, el nigromante podría haberles transportado en una sombra en cuestión de segundos, pero el Audi era mucho más comfortable que un torbellino de muerte y oscuridad. Era una lástima que con la llegada del espacio aéreo las escobas hubiesen dejado de ser populares entre las brujas.

Sabele se subió al coche y Cal condujo en silencio durante un largo rato.

—Gracias por acompañarme —se atrevió a decir Sabele mientras recorrían la montaña. Tampoco debía de haber sido fácil para él.

Él negó con la cabeza.

—Sabes que puedes contar conmigo. *Siempre*. —La forma en que pronunció esa última palabra hizo que la recorriese un nuevo escalofrío, aunque no supo explicar por qué.

—¿Cómo te va todo? —preguntó, intentando cambiar de tema y sintiéndose una desagradecida. Se suponía que era algo bueno que una

persona quisiese cuidar de ti, ¿no?—. Has provocado un buen revuelo con lo del tratado, ¿eh? —dijo sin estar segura de si era un tema sobre el que podían hablar, y extrañó los tiempos en que no había barreras entre ellos. Creyó que, si seguían siendo amigos, la intimidad sobreviviría, aunque sentía que la distancia que les alejaba no tenía nada que ver con su ruptura.

—Sí, bueno. Lo lamento por Jimena, pero no es nada personal. Ya sabes, política.

—Ya, cierto. Sé cuánto la detestas, la política. ¿Qué tal la exposición? —dijo en busca de un tema menos conflictivo.

—La verdad es que eso ya no me interesa.

Sabele estudió su rostro, impenetrable, su vista fija en la carretera. Ni un solo músculo reaccionó ante su declaración.

—¿A qué te refieres? —El arte, junto a la aventura, era lo más importante de su vida.

—He podido comprobar que el placer del arte da muy pocas y pobres satisfacciones en comparación con el fiel respeto de tus súbditos.

¿Súbditos? ¿Fiel respeto? Sabele volvió a examinarle, buscando deliberadamente la prueba que delatase que se trataba de una broma, aunque Cal nunca había sido precisamente un bromista. El Cal que ella conocía jamás hubiese empleado palabras como esas. ¿Tanto cambiaba el poder a las personas? Si había conseguido que su tía se sentase a hacer papeleo detrás de un escritorio, quizá también hubiese convertido a su querido y dulce Cal en una persona fría y rígida que hablaba de sus hermanos refiriéndose a ellos como «súbditos».

—¿Y qué piensan tus «súbditos» de que estés por ahí con una bruja? —preguntó, tanteándole.

—Estoy seguro de que la idea no les entusiasma, pero ninguno se atrevería a recriminármelo. Me han jurado lealtad.

Sabele cogió aire. La incomodidad y un mal presentimiento se abrían paso desde lo más hondo de sus entrañas. ¿Quién era ese hombre al que los nigromantes temían?

—¿Ocurre algo? —preguntó Cal, y ella se encogió de hombros. Al Cal de siempre le habría contado sus pensamientos sin dudar, pero ¿qué tal se lo tomaría la persona en que se estaba convirtiendo?

—Nada... No me había dado cuenta de lo mucho que has cambiado.

—¿Eso es malo?

—Depende.

Cal desvió la vista fugazmente de la carretera para atravesarla con sus oscuros ojos verdes, los mismos que Sabele recordaba brillantes en su memoria.

—Tienes razón, Sabele. No soy el mismo, ahora soy... más. Yo nunca habría dejado que Fausto traicionase a mi padre, ni que Abel radicalizase a los jóvenes; tampoco te hubiese dejado marchar sin más. Yo habría luchado por ti —dijo mirándola de nuevo— en lugar de rendirme.

El espacioso interior del coche de alta gama de pronto le pareció angosto, asfixiante, y tuvo la súbita sensación de que no solo era un vehículo en movimiento, sino una jaula de la que no podía huir. A pesar del sentimiento de urgencia. A pesar de lo mucho que desearía hacerlo.

—Eso no habría cambiado nada —se atrevió a decir—. Y dudo que ahora fuésemos amigos si hubieses tenido esa actitud.

—No tengo ningún interés en ser tu amigo.

Sabele apoyó la mano en el tirador de la puerta. Sabía que no podía bajarse en marcha en mitad de una autopista. Un hechizo protector y su habilidad para levitar la ayudarían a salir indemne, pero aun así conllevaba muchos riesgos. «Por la Diosa, es Cal, nunca me haría daño». No. No iba a saltar en marcha. Pero el contacto del tirador en su mano la tranquilizó.

—Por eso voy a recuperarte. Voy a construir un mundo para ti y para mí. Cuando lo veas, no podrás rechazarlo.

El instinto de Sabele, presintiendo la violencia en sus gestos, la agresión en sus palabras, le pidió que guardase silencio, pero el recuerdo de su madre postrada una silla era demasiado reciente para renunciar a su voz.

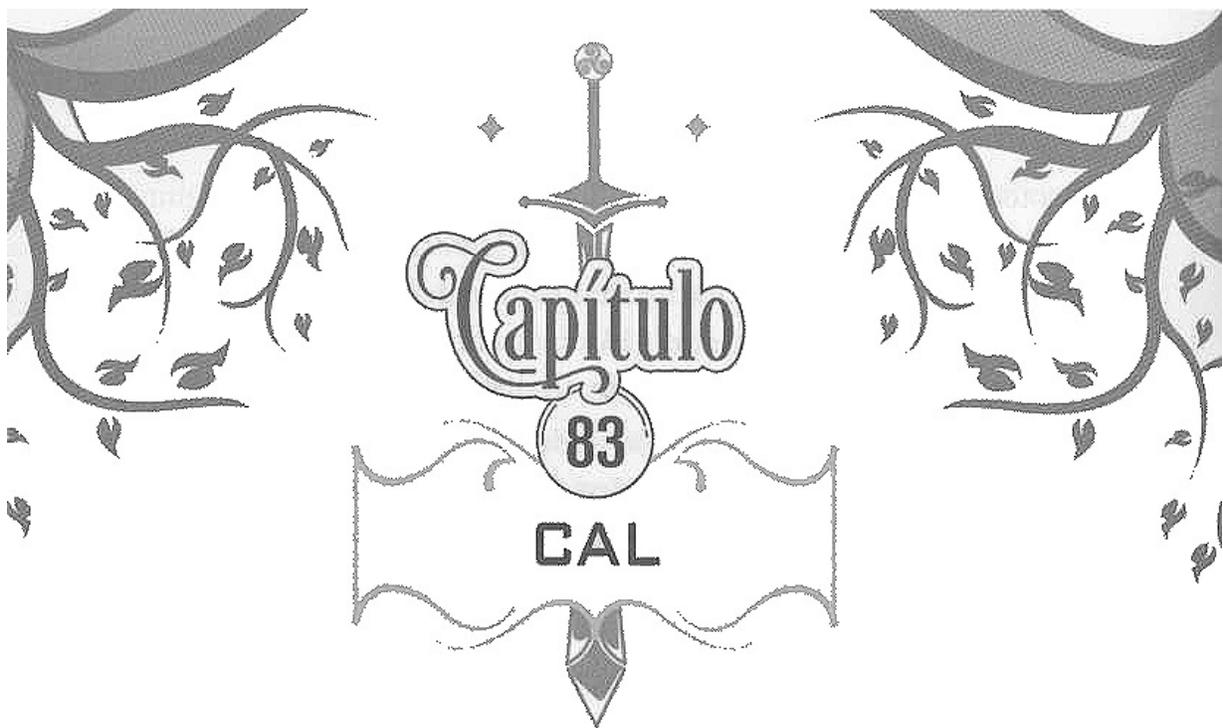
—No sé de qué estás hablando, Cal, y espero que sea una broma de mal gusto, porque me estás haciendo sentir muy incómoda.

Por fin, Cal pareció vacilar.

—Lo siento —se limitó a decir.

Un silencio impenetrable se estableció entre ambos, a pesar de que Sabele no podía quitarse sus palabras de la cabeza. «Voy a recuperarte». «Un mundo para ti y para mí». Desvió la vista por la ventanilla sin soltar el

tirador. Había pensado en contarle que estaba saliendo con Luc, pero después de lo que había oído no le pareció el mejor momento. Darse cuenta de que ya no podía confiar en Cal fue como perderle por segunda vez, y lo que peor la hacía sentir era que no comprendía por qué.



No podía quitarse de la cabeza la expresión de Sabele, quien apenas se había atrevido a mirarle al bajar del coche. A pesar de las restricciones de tráfico de la zona centro, Cal había insistido en dejar a Sabele justo frente a la puerta de su casa («¿Y qué si le ponían una multa por no ser residente? Nadie se iba a atrever a reclamarle nada»). Tan pronto como el coche se detuvo, la bruja había abierto la puerta del vehículo con ímpetu y se había bajado casi corriendo, como si llevase una eternidad aguardando el momento. Sabele se había despedido con un austero «Bueno... gracias, adiós», dejándole a solas con su monólogo interior. A medida que avanzaba callejeando por las estrechas calles en dirección a la plaza de Alonso Martínez, se sucedía el siempre tenso intercambio de opiniones entre él y la Voz en su cabeza.

—La hemos intimidado demasiado. Tendría que haber sido más cauto. He hablado de más.

La Voz emitió un sonido burlón a medio camino entre un resoplido y

una risotada seca.

«Tu chica es demasiado débil. Puede que la quieras como un capricho, pero no está preparada para formar parte de nuestros planes. No deberías malgastar tu energía en ella».

Cal sintió como la rabia agarrotaba sus músculos. Sabele era importante para él y la Voz lo sabía de sobra. ¿Por qué jugaba con él? ¿Acaso no se había ganado su respeto, no se había mostrado fiel a sus objetivos?

—Cuando se lo explique mejor, lo comprenderá. —Aunque había intentado justificar sus planes de mil formas posibles, la única y verdadera explicación era que estaba hambriento, un nuevo tipo de ansia que no había conocido antes y que solo se saciaba con la energía vibrante de nueva y fresca magia palpitando en sus venas. A la Voz no le preocupaban sus excusas siempre y cuando se mantuviese alimentado.

«¿Explicarle el qué? ¿Tu limpieza de injusticias y maldad de este mundo? ¿Un lugar más justo y próspero para todos? Ese mundo no existe, el único futuro razonable es arrebatárselo lo que no se merecen. Ser selectivo solo te frenará».

—¿Qué pretendes hacer cuando hayas consumido toda la magia de este mundo? —preguntó alterado—. ¿Cómo va a ayudar eso a brujas y nigromantes?

«Les libraré de una pesada carga». Casi pudo ver cómo la Voz sonreía en su mente. «Míralos», dijo, refiriéndose a los centenares de personas que paseaban por las calles de Madrid. «Ninguno de ellos echa de menos la magia, quizá anhelan algo sin saber qué es, pero encuentran la forma de consolarse, ¿verdad? El fútbol, las redes sociales, la televisión basura, la comida grasienta, la ropa barata... No tienen ni idea del poder que existe dentro de ellos, del mundo a sus pies que ignoran por completo. ¿Crees que les haría más felices saberlo? No tenemos que limpiar este mundo de traidores, hay que aprovechar la magia de su superficie. Hazlo y todos tus problemas se acabarán. Yo puedo ayudarte».

Mientras la Voz le seducía, Cal sentía en todo su cuerpo el hormigueo que le asolaba desde que había arrebatado la magia a ese necio chiquillo que intentó asesinarle. El exma había ayudado a mantener el ansia a raya, pero en algún momento de su forcejeo con Helena Lozano debía de haber

perdido sus preciadas pastillas. Puede que el Cal de hacía meses hubiese percibido las lagunas en las sugerencias de la Voz, puede que hubiese reparado en que no compartían el sentido de la justicia y que aquella fuerza oscura solo quería que le diera más a cualquier precio por motivos que aún no comprendía, pero ya era tarde para ser racional. Quería llenarse de magia hasta estallar. La necesitaba para cumplir su misión. Nadie se interpondría en su camino ni haría daño a sus seres queridos cuando fuese el hombre más poderoso del mundo.

«Necesitas centrarte, chico».

—¿Me ayudarás o no a recuperar a Sabele?

«¿Acaso podrías hacerlo por ti mismo?», se burló. «Tendré que resignarme, quizá cuando tengas a esa dichosa niña a tus pies dejes de meter la pata. Tu mente está en el sitio equivocado, chico».

—Eso no es cierto.

«¿Ah, no? Esa moto de ahí ha estado siguiéndonos desde la casa de la bruja y tú ni siquiera te has percatado».

Cal miró por el retrovisor. Estaba en lo cierto. Había una moto roja pisándoles los talones y era demasiada casualidad que hubiese tomado las mismas y estrechas calles que él.

«Defiende lo que es tuyo».

Cal rodeó la rotonda de Alonso Martínez en pleno carril bus sin inmutarse en lo más mínimo por la normativa de tráfico. Qué le importaban a él los diminutos asuntos de los corrientes. El único motivo por el que no había empleado las sombras para aparecerse donde le convenía era que quería que Sabele siguiese creyendo que había perdido toda su magia, por ahora.

Bajó del coche decidido y se detuvo en el borde de la acera, mirando directamente al motorista con actitud desafiante, haciendo saber a su perseguidor que era consciente de su juego. «Veamos si tienes lo que hay que tener». La moto se detuvo y, tras unos segundos, Leticia Fonseca apareció debajo del casco. No era a quien esperaba ver. Estaba convencido de haberse ganado enemigos entre las brujas y nigromantes (aunque después de su golpe de efecto dudaba que estos últimos se fuesen a atrever a manifestarse), pero ¿qué había hecho para atraer la atención de la

Guardia? ¿Sospechaban de su negativa a firmar el Tratado de Paz, le habían vinculado con la merecida ejecución de las Lozano? Si por él hubiese sido, las habrían quemado a plena luz del día y a vista de todos, culpables de todos los crímenes de los que se las pudiese acusar.

Leticia caminó hacia él con ese paso firme y recto que la delataba como fuerza de la ley. No quería hacerle daño a Leticia. Según su criterio era una mujer justa que, además, le había salvado la vida.

«Justa, injusta. ¿Qué más da?», dijo la Voz. «Baila en función de su interés, igual que todos esos diminutos e ignorantes corrientes. No debes fiarte de ella».

—Buenos días, Leticia —saludó—. Si querías verme bastaba con que me llamas. —Si el recuerdo de Mercedes Zambrano luchando incansable por cada brizna de su vida no fuese demasiado reciente, quizá no hubiese perdonado el gesto reprobatorio con que ella le miraba—. ¿O es que querías comprobar que no me estuviese deshaciendo de un cadáver?

Su broma fue recibida con una total falta de entusiasmo o humor.

—Vengo como agente, no como amiga —dijo secamente, mostrándole su placa—. Necesito hacerte unas preguntas sobre el asesinato de las hermanas Lozano. Tendrás que acompañarme a la Guardia.

Cal no se movió un solo milímetro ni tenía intención de hacerlo.

—¿Asesinato? No... el asesinato implica inocencia. Las Lozano fueron ajusticiadas —sonrió y, de nuevo, su afabilidad fue respondida con la más absoluta frialdad—. No creo que haya necesidad de ir hasta la Guardia, sería una pérdida de tiempo. ¿Qué te parece si vamos a un sitio cómodo y tranquilo dónde podamos hablar? —dijo señalando su coche.

—Prefiero hablar aquí —dijo Leticia, tajante.

—Ah, ya... la vía pública, repleta de testigos.

Su paciencia comenzaba a acabarse y la Voz le apremiaba sin descanso.

«Vamos. ¿A qué esperas? Deshazte de ella, solo es otra sarnosa de la Guardia. No es tu amiga, te salvó porque le convenía».

Suspiró, era evidente por qué le buscaba. Sabía que él era el responsable.

«Si la Guardia no se hubiese convertido en un hatajo de pusilánimes y lloricas yo no tendría que haberme encargado de su trabajo sucio», razonó.

—Dime, ¿qué es lo que te ha llevado hasta mí?

—El exma. Tenía la esperanza de estar equivocada, de que fuese una casualidad... Supongo que te juzgué mal.

Leticia retrocedió sus manos en busca de las esposas inhibitoras de magia en su cinturón, pero Cal fue más rápido. Empapado por su nuevo y creciente poder no necesitó llamar a las sombras para invocar su poder, para moverse entre ellas como una más. Para asombro de Leticia, casi pareció teletransportarse ante ella mientras una capa de oscuridad les envolvía, tornándoles invisibles al mundo. Sostuvo el rostro de Leticia entre sus manos sin poder evitar pensar en esa rata rastrera, Luc. El parecido era innegable.

Al posar las yemas de sus dedos sobre la piel de la revelada sintió una leve palpitación que le arrancó una sonrisa. Magia.

«Vaya, vaya», dijo la Voz. «Así que estamos ante una bruja».

El rastro de la magia en su interior era apenas perceptible, un susurro tan leve y débil que solo había podido advertirlo gracias a su percepción agudizada por el ansia, la sed de poder.

Los dedos de Cal reclamaron las escasas gotas de poder para sí mismo y un hilillo de magia comenzó a abandonar el cuerpo de Leticia. Ella gimió de dolor y furiosas convulsiones agitaron su cuerpo. Si seguía así estaría muerta entre sus brazos en cuestión de segundos. Cal reconoció el dolor que ella experimentaba, el mismo del que le había salvado cuando se jugó su puesto y su vida para levantarle a duras penas del suelo de la nave industrial y llevarle a rastras hasta su casa. Perder su magia había sido la experiencia más dolorosa y desagradable que jamás había experimentado, peor que hallarse ante las puertas de la muerte, peor que las sombras reclamando su cuerpo.

Liberó a Leticia un solo instante antes del fatal desenlace y sostuvo su cuerpo inerte un segundo antes de dejarlo caer en el suelo.

«¿Qué has hecho?», protestó la Voz, iracunda. Cal sabía que no se lo perdonaría, pero no le importaba. Él tampoco hubiese podido perdonarse si hubiese llegado a hacerlo. ¿En qué clase de hombre se estaba convirtiendo? Había justificado ante sí mismo lo que ocurrió con las Lozano por todo el dolor que habían causado, lo que les hizo a Ruiz y don Lázaro porque

querían hacerle daño a su familia, y ahora, era él quien se convertía en el torturador, en el verdugo.

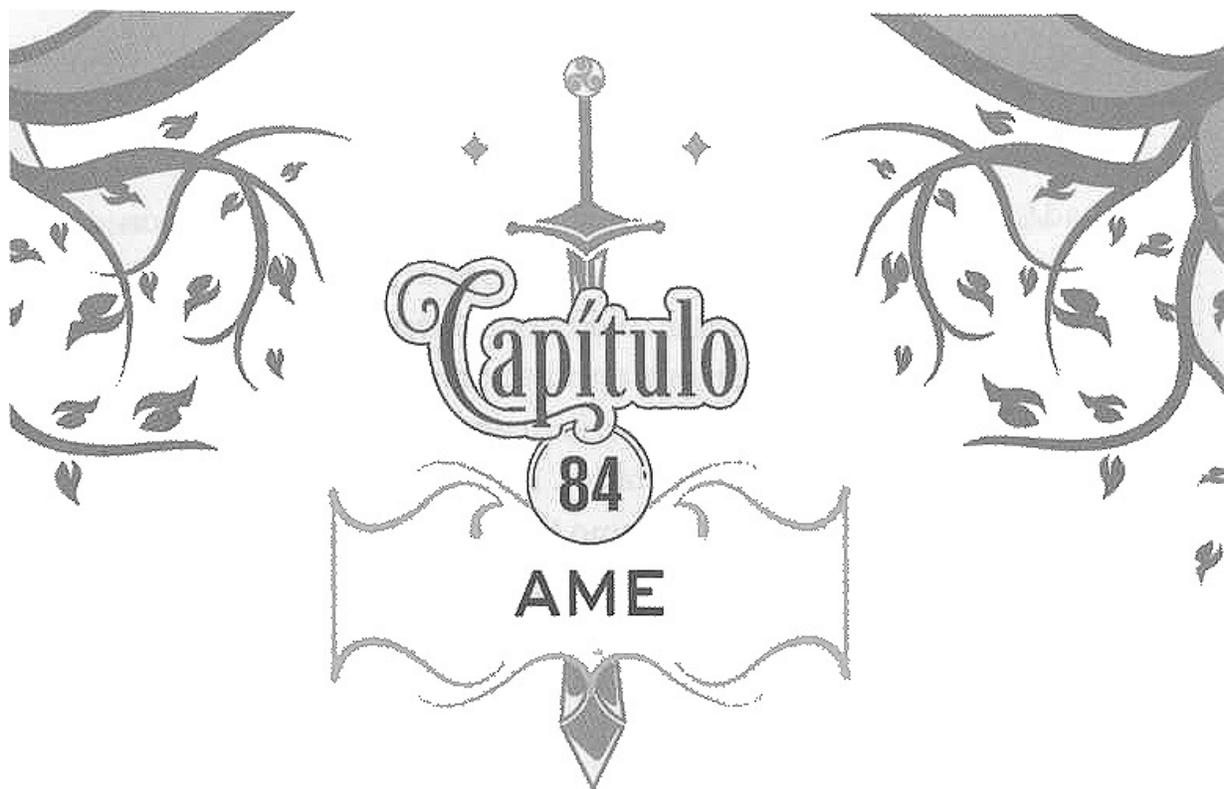
«Aún eres débil», le reprochó la Voz.

—Cállate.

«Es nuestra enemiga. ¿Te haces a la idea de lo que sucederá cuando despierte?».

Cal tragó saliva y observó a la joven inconsciente en el suelo, cuya vida pendía de un pálido hilo de magia que se aferraba a su cuerpo con ímpetu. Cuando Leticia despertase le acusaría por todos sus crímenes ante la Guardia, y la única forma de permanecer en su posición sería entablar una guerra abierta que enfrentaría al aquelarre y la Guardia contra la hermandad de los nigromantes, lo que tendría nefastas consecuencias para todos los bandos. La única salida pacífica sería que se entregase y cumplierse con su sentencia entre unos barrotes que arrinconarían el poder de su magia y que truncaría su misión; su nuevo mundo se derrumbaría antes de existir. No, no podía permitir que ese fuese su destino, pero tampoco tenía valor para matarla a sangre fría. A pesar de todo quería seguir creyendo que no era un asesino.

—No dirá nada. No despertará hasta que estemos preparados, hasta que seamos tan fuertes que no se atrevan a desafiarnos. *Okham sienain oskha ianai dum* —susurró, y un fino manto, traslúcido y vaporoso como una tela, se posó sobre sus ojos y se diluyó sobre ellos, absorbido por sus células, sedientas de la magia que habían perdido—. Felices sueños.



Además de ser una ciudad prolífica en museos, exposiciones y bares, Ame acababa de descubrir que Madrid contaba con una elevada concentración de librerías especializadas en brujería y esoterismo (aunque muchas de ellas solo tenían los productos y libros adecuados por casualidad; era fácil distinguir cuando un libro había sido escrito por una bruja de cuando un corriente creía haber descubierto los secretos de la magia a golpe de superstición). Ame había pasado la mañana recorriéndolas con la esperanza de encontrar algún dato útil que le pudiese ayudar a liberar a Matt. Sabele y Rosita habían insistido en ayudarla, pero se había negado. No solo por la insistencia de las hadas en que solo ella podría conseguirlo, sino porque sabía que las dos tenían sus propias preocupaciones y no quería convertirse en una carga, ni tampoco en la indefensa e ingenua Ame, como a veces sentía que la veían. Esta vez no necesitaría, ni aceptaría, ayuda de ningún tipo. Iba a conseguirlo, igual que había logrado una plaza en su

escuela y convencido a sus padres para que le permitiesen mudarse a España por su cuenta. Un grupo de hadas inmortales no eran nada al lado de la sobreprotección de su madre.

Llamó al timbre, cargada de libros, para no tener que rebuscar la llave en su bolso cuando apenas podía cargar con los pesados ejemplares (no sabía si encontraría lo que buscaba en sus páginas, pero estaba dispuesta a intentarlo). Parecía que no había nadie en casa. No le sorprendió. Tal y como había creído, las dos tenían que estar muy atareadas con sus respectivas mudanzas. Aún no sabía si el hecho de que la ruptura del grupo fuese inevitable la hacía sentir mejor o peor que cuando creía que sería culpa suya y de su «compromiso».

Al entrar en el portal se percató de que un sobre blanco sobresalía de su buzón. Se acercó con cuidado para cogerlo y, cuando lo tuvo en la mano, pudo reconocer el sello rojo con la grulla del clan Hitomi. Maldijo en sus adentros. ¿Es que era imposible pensar en su madre sin invocarla? El sobre había sido directamente enviado desde Japón. Tenía que tratarse de una cuestión de protocolo, sin duda relacionada con la boda, para que en lugar de enviarle un WhatsApp se hubiese tomado las molestias de hacer que el sobre cruzase el Pacífico y el Atlántico a través de la magia para llegar hasta ella.

Lo sabio hubiese sido esperar a llegar a casa, prepararse un té, sentarse y tomar fuerzas antes de leer su contenido, pero la impaciencia la dominó. Necesitaba saber qué nueva sorpresa le deparaba su familia.

Rompió el sello y abrió la carta usando los dedos de una mano. La mitad de los libros con los que cargaba, todos los que no cabían en su bolsa de tela, cayeron al suelo cuando leyó el contenido de la carta y las manos le empezaron a temblar.

Su madre le anunciaba que «para garantizar un próspero y feliz matrimonio» su «futuro y estimado cónyuge» la visitaría en octubre con el propósito de «estrechar lazos respetuosos y sinceros antes del enlace». Octubre. Ame había contado con disfrutar de su libertad de veinteañera y de su vida de estudiante hasta final de curso. Octubre era dentro de poco más de un mes. Tuvo que sentarse en las escaleras, ajena a los libros esparcidos por doquier.

Había asumido su destino, pero no esperaba que viniese a por ella tan pronto.



Rosita y Sabele subieron las escaleras del metro a la carrera y no frenaron hasta encontrarse en el recibidor del hospital. Caminaron hacia la recepcionista y, cuando le preguntaron por la habitación TELM-12, la mujer de mediana edad las miró de pies a cabeza como si se preguntase qué clase de educación habían recibido las nuevas generaciones para creer que gastar bromas en un hospital era divertido. Acto seguido les informó de que tal habitación no existía con un tono que sugería algo así como «marchaos a molestar a otra parte».

Las brujas se miraron sin comprender y se dirigieron hacia la sala de espera.

—¿Seguro que te dijo bien la habitación? —preguntó Rosita, hecha un manojito de nervios e incapaz de estarse quieta más de medio segundo.

Sabele asintió. Normalmente no le habría sorprendido que Luc llamase a la hora de la siesta sin previo aviso por ningún motivo en particular (había hecho cosas más extrañas), pero cuando cogió el teléfono para responder,

un mal presentimiento la invadió. No era la primera vez que deseaba que su intuición fallase alguna vez.

—A lo mejor nos hemos equivocado de hospital —insistió su amiga. Sabele empezó a dudar de sí misma; ¿había apuntado bien los datos con los nervios?

—¡Sabele! —Giraron la cabeza y vieron a Jimena asomada tras una puerta y haciéndoles gestos con la mano para que se acercasen, seguidas por la mirada recelosa de la recepcionista, con aspecto de estar muy dispuesta a intervenir si Jimena se atrevía a volver a gritar.

Caminaron hacia ella y la siguieron escaleras arriba.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Sabele a su tía.

—Hacer de Dama —dijo con una mueca. Este trabajo me trae por el camino de la amargura. Esa pobre chica... —suspiró— Parece ser que la magia con la que la han maldecido proviene del poder de las sombras y la muerte. —Sabele tragó saliva, liso significaba que el atacante era un nigromante—. Acabo de tomar un repulsivo café de máquina de hospital con José Antonio Herrera; parece ser que en la Guardia no están muy contentos con las últimas actuaciones de la hermandad. Qué raro, ¿verdad? —dijo sarcástica, y Sabele se preguntó hasta qué punto era lícito que ella, una mera estudiante, estuviese siendo partícipe de las conversaciones secretas sobre asuntos de Estado entre altos mandos—. Tres brujas muertas, un tratado sin firmar y, ahora, una agente de la Guardia herida, y todo en solo unos días. Quieren saber si pueden contar con nuestro apoyo en caso de intervención.

—¿Y qué les has dicho? —preguntó Sabele, con un nudo en el estómago al recordar las palabras de Cal, de cómo se le habían encendido los ojos al hablar del nuevo mundo que quería construir, pero en ningún momento aclaró si pretendía hacerlo a través de la paz o mediante la guerra, si las brujas y la Guardia tenían cabida en él ni cómo.

—La verdad es que no tengo ni idea. Solo sé que preferiría no ser recordada como la Dama que lo mandó todo a la porra por meterse donde no la llamaban. Chicas —dijo girándose hacia ellas cuando dejó de subir escalones y se dirigió hacia la puerta del rellano—, de esto que os acabo de contar ni una palabra a nadie.

Ambas asintieron vehementes, pero a Jimena no le bastó. Les tendió un meñique a cada una; y como cualquiera sabe, una promesa de meñique no es cualquier cosa, menos aún cuando eres una bruja.

—Ni siquiera a ese novio tuyo, por mucho que sea su hermana.

Sabele asintió de nuevo y entrelazó su meñique con el suyo. Cruzaron la puerta y caminaron hacia un pasillo separado por una nueva puerta sobre la que un cartel anunciaba «Solo personal autorizado». Al reconocerla, el guardia que custodiaba la puerta se hizo a un lado y las dejó pasar.

En mitad del pasillo, apoyado sobre una pared y con el rostro sostenido por una mano, encorvado como si su altura en sí misma le pesase demasiado, estaba Luc. Los metros que les separaban se eternizaron. Luc alzó la vista hacia ella, con los ojos secos, pero la mirada rota. Lo estrechó entre sus brazos tan pronto como la distancia se lo permitió y en ellos Luc se convirtió, por unos instantes, en un niño asustado.

—¿Cómo está?

—La verdad... No lo sé... —dijo Luc, recuperando la compostura—. Los médicos han dicho algo de una sombra. No saben cómo quitársela sin matarla —resopló indignado y negó con la cabeza. Sabele buscó su mano y la estrechó con fuerza, aunque él apenas reaccionó—. ¿Sabes? Nunca pensé que su trabajo fuese realmente peligroso. Nunca creí que pudiese ocurrirle nada malo. Es mi hermana mayor. —Hablabas sin ser capaz de mirarla a los ojos, desviando la vista hacia los lánguidos fluorescentes del techo—. Es mi hermana mayor, y yo el desastre. Se supone que tiene que cuidar de mí... —enmudeció en el acto al ver a Rosita acercándose—. Rosita, ¿qué haces aquí?

Sabele se mordió el labio. Esperaba no haber metido la pata.

—Se lo dije cuando llamaste.

A Rosita no pareció en absoluto importarle qué opinión podía tener nadie sobre su presencia allí.

—¿Puedo verla? —preguntó.

Luc asintió con la cabeza y la siguió con la mirada, algo confuso.

—Vaya...

—¿Qué pasa? —preguntó Sabele, con la incómoda sensación de haberse perdido algo. Luc se encogió de hombros.

—Mi hermana me contó que le había dicho que no quería saber nada de relaciones, así que, no sé... supongo que no pensé que le importase tanto.

—Rosita es muy... independiente —dijo, escogiendo bien sus palabras—. Por eso a veces la gente se confunde con ella y cree que es muy desapegada, pero el caso es que, en realidad, es lo contrario.

—Sabele —la llamó su tía tras ella, interrumpiendo la conversación—. Cariño, me marchó. Tengo mil asuntos que atender. —Miró a Luc y vaciló unos segundos, sin saber qué decir. Era raro que su tía se quedase sin palabras—. Si necesitáis algo, cualquiera de los dos, llamadme.

Sabele asintió con la cabeza. Sabía que Jimena era de esas personas que solo usaban aquella frase cuando lo decían de verdad.

Antes de que su tía pudiese marcharse, una elegante mujer salió de la habitación con los ojos empapados de lágrimas y un pañuelo cubriendo su rostro.

—¡Oh! —dijo sorprendida al descubrirse rodeada de gente. Tardó unos segundos en reajustarse del íntimo dolor a su puesta en escena en sociedad—. Tú debes de ser Sabele. Vaya, sí que eres guapa, oh, pero estarás harta de oírlo. Seguro que tienes otras muchas cualidades. Luc me ha dicho que te acaban de dar una beca muy importante, ¿no?

Luc pareció mortificado y Sabele no pudo hacer otra cosa que asentir con la cabeza. Nunca se lo había imaginado como el tipo de chico que le cuenta todo a su madre, aunque pensándolo bien, sí que era un poco niño de mamá.

—¿Merche? —dijo Jimena antes de que Sabele pudiese responder a la pregunta.

La madre de Luc la observó confusa.

—Perdone, ¿nos conocemos?

Tras vacilar unos segundos, Jimena negó con la cabeza.

—La he debido de confundir con alguien. Disculpe. Mis mejores deseos para su hija. Encenderé unas velas y quemaré clavo para rogarle a la Diosa por su recuperación —se despidió de nuevo y se marchó, sumiéndoles en un extraño silencio.

—Bueno... Sabele —continuó la madre de Luc—, me alegro mucho de conocerte por fin, ya empezaba a pensar que la música iba a ser la única

chica en la vida de Luc —bromeó, pero su sonrisa se quebró rápidamente —, aunque hubiese preferido que fuese en otras circunstancias.

—Mamá, ¿por qué no vas a casa y descansas? No has comido nada — dijo Luc preocupado. Su madre negó con la cabeza, resistiéndose a abandonar a su hija—. No podrás cuidar de ella si te desmayas — argumentó, y Sabele experimentó una agradable conmoción en el pecho al ver aquella faceta suya que tan rara vez mostraba—. Nosotros estaremos pendientes.

Tras pensárselo unos segundos, Mercedes acabó por asentir.

—Leticia no tiene sus cosas...

—Yo iré luego, cuando vuelvas —dijo Luc.

A Sabele se le rompió el alma al ver a la mujer alejarse cabizbaja, derrotada, pero sin estar dispuesta a dejar que las circunstancias la vencieran. No podía ni imaginarse lo que tenía que ser ver a tu joven y prometedora hija postrada en la cama de un hospital sin saber cuándo iba a despertar, como una bella durmiente víctima de un hechizo que ningún beso de amor podría romper.

Un enfermero les regañó por permanecer en el pasillo y, tras asomarse y ver a Rosita sosteniendo la mano de Leticia, quien de veras parecía estar sumida en un plácido sueño, decidieron que iría para rato. Se sentaron en la sala de espera, rodeados por desconocidos con las mismas expresiones agotadas que ellos tenían y por máquinas expendedoras donde solo ofrecían *snacks* ultraprocesados y refrescos repletos de azúcar. Casi pudo leer los pensamientos de Luc. Mataría por una cerveza.

Luc intentó acomodarse en el asiento de plástico, pero sus largas piernas apenas se lo permitían. Al final se resignó a mantener una incómoda postura.

—Gracias por venir —dijo. Sabele negó con la cabeza. No se le habría ocurrido hacer otra cosa—. Mi padre se ha negado a verla —resopló dolido—. Ha dicho que ninguna agente de la Guardia es hija suya y que no podemos obligarle a tener nada que ver con brujas y nigromantes.

Renegar de tu hija cuando más te necesitaba no parecía un comportamiento que le fuese a valer el premio al padre del año, pero Sabele hizo un esfuerzo por imaginar cómo tenía que sentirse aquel hombre. Luc le

había dicho que se había pasado la vida intentando alejarles de lo paranormal, quizá sintiese que había fracasado, que era su culpa.

—Estoy segura de que solo es su forma de lidiar con el dolor.

—Puede que tengas razón. Leticia es su favorita, no creo que quiera que yo me convierta en su único hijo. Puede que se esté protegiendo a sí mismo, pero también hace daño a los demás.

Sabele no supo qué otra cosa decir salvo:

—Lo siento.

Esta vez fue Luc quien buscó su mano y se atrevió a mirarla fugazmente a los ojos.

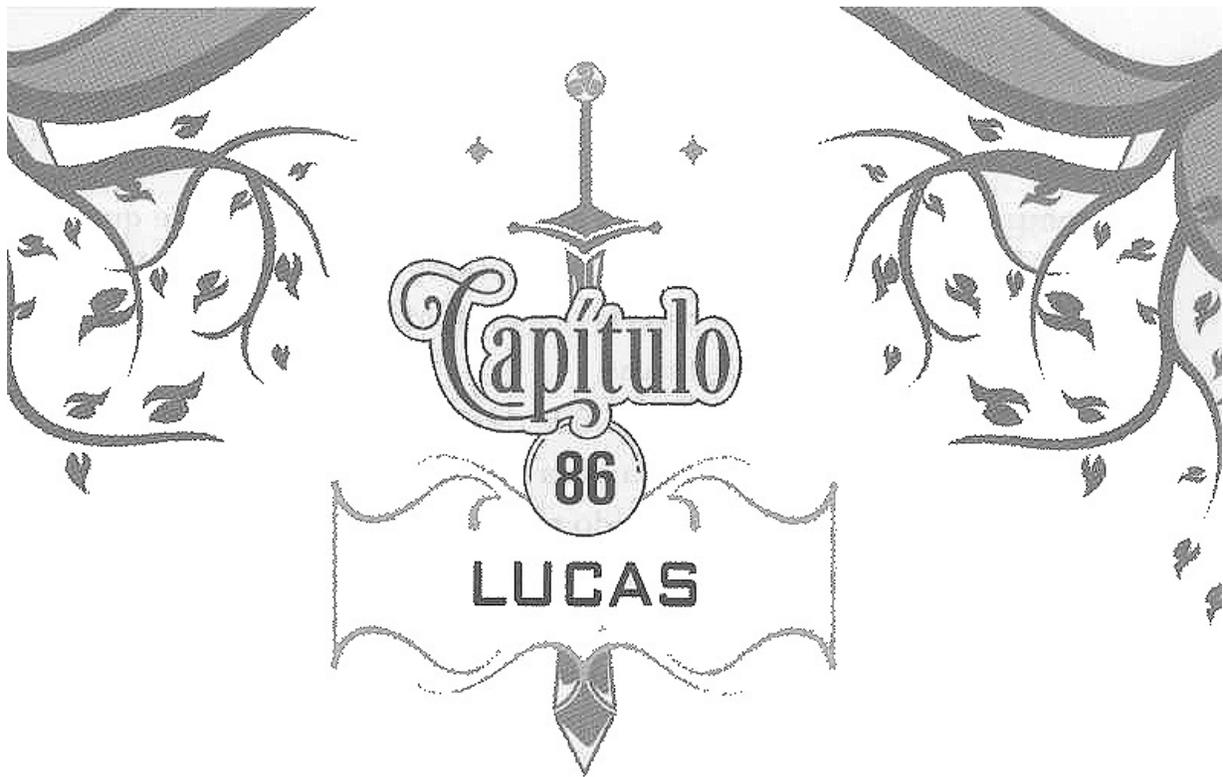
—Tú eres bruja... Todos estos médicos... se supone que se han especializado, pero solo son revelados, ninguno de ellos conoce la magia como tú. —Sabele sintió su temor transformándose en presión sobre sus dedos—. ¿Crees que despertará?

Sabele meditó su respuesta. No quería darle vanas esperanzas en la forma de palabras vacías; podría haber dicho «Seguro que sí», o «Ya verás como todo sale bien». Pero ¿qué sentido tenía si no lo pensaba de verdad?

Pensó en su madre, a quien había visto hacía solo unas horas. A Diana, toda la magia del mundo no le había servido de nada, pero Leticia no era como su madre. Tenía demasiadas ganas de vivir, de proteger a su gente y, sobre todo, de demostrar de lo que era capaz. Si alguien podía resistir a la oscuridad de las sombras, esa era Leticia.

—La magia ha sido capaz de unirnos a nosotros dos. Estoy convencida de que, si puede conseguir eso, también nos devolverá a tu hermana.

—Ojalá tengas razón —dijo Luc, dejando que su mirada se perdiese en el infinito, en un rincón de su ser donde Sabele sabía que no podía alcanzarle.



Una parte de sí mismo, a la que se estaba esforzando por ignorar mediante todas las técnicas que le había enseñado su terapeuta en la adolescencia (incluyendo la de imaginarse esa vocecita en su cabeza saliendo de un ridículo Mickey Mouse disfrazado de flamenca), no cesaba de susurrarle que la culpa de lo que le había sucedido a Leticia era suya. Que se había atrevido a creer que podía llegar a ser algo parecido a «feliz» y sus seres queridos estaban pagando las consecuencias. El sentido común le decía que eso no tenía ningún sentido, que la lógica no funcionaba así, que lo que le había ocurrido a Leticia era el fruto de un trabajo peligroso, no de sus ridículas aspiraciones.

Lo más probable era que Leticia hubiese hecho un descubrimiento que incomodase a alguien lo suficiente para querer callarla.

Por eso se apresuraba en dirección al apartamento de Leticia.

Al volver al hospital, su madre le había hecho una lista de objetos que

necesitaría: un pijama, unas pantuflas por si despertaba, un cepillo de dientes por el mismo motivo, una de sus plantas (siempre reseca, porque olvidaba regarlas) para que le hiciese compañía y su libro favorito. Su madre estaba convencida de que las energías positivas de sus objetos queridos la ayudarían a sobrellevar su estado. A Luc le parecía una estupidez, pero había aprendido a no cuestionar a las brujas.

Debía darse prisa. Era cuestión de tiempo que la Guardia enviase a una patrulla a su casa para intentar descubrir qué había averiguado que la hubiese podido poner en peligro.

Luc subió en el viejo ascensor con la esperanza de no llegar demasiado tarde. Cuando se detuvo ante la puerta y esta se abrió con solo introducir la llave, sin que tuviese que girarla siquiera, el corazón se le encogió en un puño. Pero al abrirla no encontró ningún equipo de la Guardia sacando fotografías y enumerando pruebas en un escenario del crimen, sino el pequeño pero luminoso piso de Leticia tal y como lo recordaba, una perfecta combinación de orden y un matiz de desastre propiciado por sus siempre atareados pensamientos. Lo único que había dejado fuera de su sitio esta vez eran unos cuantos folios esparcidos por la cama junto a un bloc de notas y una hoja manchada de café que Rosita sostenía entre las manos.

—Rosita, ¿qué haces aquí? —Si no hubiese salido del hospital mucho más enfadada que dolida hubiese sospechado de ella.

La bruja alzó la mirada hacia él, desbordada por la rabia. Su mano temblaba cuando le tendió el folio que examinaba. Luc se acercó a ella y lo cogió sin saber qué pretendía que mirase exactamente. Era una lista titulada «Sospechosos caso Lozano» bajo la que se extendía una larga enumeración de nombres que no le decían nada.

—Las sombras solo pueden ser manejadas por nigromantes —le recordó Rosita. Su voz se entrecortaba por la agitación, debatiéndose entre el dolor y la ira.

Luc siguió leyendo los nombres hasta llegar al último de ellos, dos palabras que habían sido subrayadas con ímpetu.

Caleb Saavedra.

AGRADECIMIENTOS Y RECUERDOS

Si *Hermandad* fue el culmen de un sueño, *Rituales* ha sido una montaña rusa de emociones, quizá porque he puesto más de mí misma en esta novela que en ninguna otra, o porque por primera vez he escrito con la certeza de que alguien leería mis palabras. Entre estas páginas encontraréis un mundo mágico por descubrir, pero también una historia sobre los cambios, esos que tanto tememos, pero que no se pueden evitar; los que significan que estamos creciendo. Por eso les doy las gracias a todas las personas que han compartido el camino conmigo: a mi familia, por su incondicional apoyo y por recordarme que mi trabajo tiene mucho más valor del que a veces yo misma le doy; a Lidia y a Vanessa por volver a visitar a mis brujas y nigromantes, por nuestro mutuo apoyo en los momentos más oscuros y por las celebraciones cuando por fin el trabajo da sus frutos; a Bibiana por abrirme las puertas de su casa (si hubiese más gente como tú, el mundo iría mucho mejor); a María, por recordarme que no estoy sola y por enseñarme que no hay nada que una ración de nachos con queso no pueda mejorar; a Mikey por combatir a los monstruos con valentía; a Gonzalo, que siempre tiene un momento para pensar en los demás; a Cristina y Patricia por ponerme los pies en el suelo; a mi hermana bruja Inés, por llenar el mundo de luz con su alegría y a Isabel por ayudarme a sacarle el máximo partido posible a esta historia.

Gracias también a todas las personas que me han acompañado en la locura de las primeras presentaciones y entrevistas (sois quienes me habéis mantenido cuerda): Silvia, Iris, Samuel, Inma, Vanessa y, por supuesto, a

todo el equipo de Hydra.

Gracias a todas las personas que le han dado una oportunidad a mi mundo de brujas sin saber qué se iban a encontrar y a todas las que han decidido seguir en él; gracias por recomendarlo, por venir a las firmas y presentaciones, por *fangirlear*, por los *fanarts* y *aesthetics*, por vuestro tiempo e ilusión. Gracias por todos vuestros mensajes diciéndome que necesitabais esta segunda parte. Gracias y mil veces gracias. No os imagináis lo importantes que habéis sido.

Y, por último, gracias a las hadas por dejarme echar un vistazo a su mundo sin retenerme en él.



RAQUEL BRUNE nació en Madrid en 1994, lo que significa que lleva catorce años esperando su carta de Hogwarts. Mientras tanto estudió un Doble Grado de Publicidad y ADE, y probó suerte trabajando en comunicación. Fue entonces cuando comprendió que si quería vivir rodeada de magia, tendría que crearla ella misma. Hermandad es su primera novela publicada y el principio de una nueva aventura. Compagina la escritura con la creación de contenidos digitales en su canal literario (Raquel Bookish), su blog y sus redes sociales, donde se reúnen más de 85.000 aficionados a la lectura.